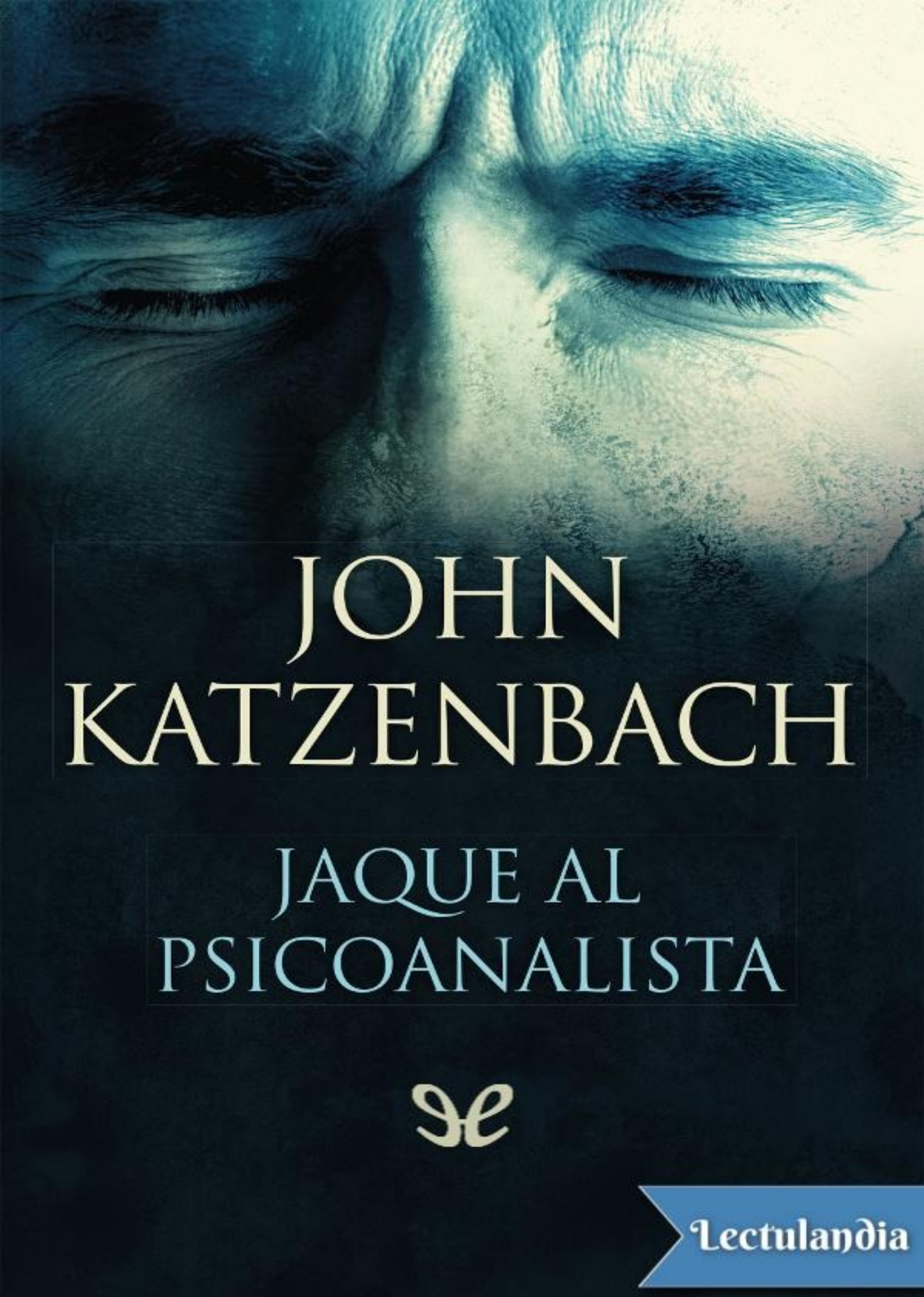


JOHN KATZENBACH

JAQUE AL PSICOANALISTA

Lectulandia

Han pasado cinco años desde que el doctor Starks acabó con la pesadilla que casi le cuesta la vida y que arrasó con todo lo que había sido hasta entonces, descubriéndole las facetas más oscuras del alma humana, también la suya. Desde entonces, ha logrado reconstruir su vida profesional y vuelve a ejercer de psicoanalista instalado en Miami y atendiendo a adolescentes con graves problemas psicológicos y también a pacientes adinerados de la sociedad de Florida. Sin embargo, una noche, cuando entra en su consulta, descubre tumbado en el diván a aquel al que había dado por muerto: Rumplestilskin ha vuelto y esta vez no busca acabar con él sino solicitar su ayuda. Por supuesto, no va a aceptar un no por respuesta.

Lectulandia

John Katzenbach

Jaque al psicoanalista

ePub r1.0
NoTanMalo 07-05-2019

Título original: *The Analyst II*
John Katzenbach, 2018
Traducción: Laura Paredes

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r2.1


más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Negación

La pesadilla era siempre la misma: un reflejo distorsionado de la realidad, pervertido por el sueño, que lo atormentaba. Odiaba cada uno de los segundos que duraba:

> Estaba escondido en el exterior de las ruinas carbonizadas de su casa de veraneo de Cape Cod, bajo una andrajosa lona que ocultaba su figura, esperando al asesino que llevaba semanas acosándolo. La amenaza inicial —«Suicídese o un inocente morirá»— se había convertido en él o yo. La pistola semiautomática le quemaba en la mano. Mientras esperaba escondido, en el sueño veía al asesino maniobrando en medio de la penumbra nocturna, tal como había sucedido en la vida real hacía cinco años. Le daba la espalda. Él levantaba el arma. Pero cuando el asesino se volvía bruscamente, empuñando una pistola, el sueño abandonaba la realidad y la historia. En aquella repentina pesadilla, primero se le empañaban las gafas y la silueta del asesino se volvía borrosa, hasta fundirse con la oscuridad. Después se le encasquillaba la pistola. Era como si se le hubiera congelado el dedo en un gatillo atascado y, por fuerte que apretara una y otra vez, el arma no se disparaba. Y entonces la pistola se le desintegraba en la mano y se convertía en un montón de fragmentos inútiles que caían a sus pies. En el sueño veía al asesino apuntándolo con su arma. Y entonces chillaba: «¡Eso no está bien! ¡No es así como pasó!». Pero su grito quedaba tapado por el disparo del asesino, y era como si estuviera fuera de su cuerpo, viendo cómo la bala le atravesaba el corazón y cómo la sangre de su vida pasada se derramaba por el suelo.

Y entonces se despertaba. Yacía entre las sábanas empapadas de sudor, examinando la pesadilla y tratando de determinar qué cosa había oído, visto o recordado exactamente durante aquel día que hubiera podido desencadenar aquel sueño, mientras dudaba de que pudiera volver a dormirse fuera la hora que fuese.

Sabía que el sueño mezclaba lo sencillo y lo complejo en un pantano emocional. Lo comprendía y, aun así, no quería hacerlo. Como su figura aquella noche bajo la lona, combinaba lo oculto con lo vulnerable. En la realidad, había sido letal yendo un pasito por delante. En el sueño, se convertía en una víctima yendo un pasito por detrás. Y, a pesar de ser psicoanalista, se le escapaba su verdadero significado. Próximo, pero esquivo.

Cinco años después

Detestaba las turbulencias.

Era algo relativamente nuevo en su vida, un miedo que le había surgido de forma inesperada los últimos meses. A diez mil seiscientos metros de altura, cada vez que el avión daba alguna sacudida, Ricky Starks sentía aumentar su angustia. El estómago cerrado. Las palmas sudorosas. Era la perfecta contradicción entre lo que sabía con certeza (que los bandazos y las oscilaciones eran perfectamente normales, nada por lo que hubiera que preocuparse demasiado) y lo que imaginaba en lo más profundo de su ser (que cada vez que el avión parecía patinar por el aire, los pilotos estaban perdiendo frenéticamente el control). Encajado en su asiento de primera clase, era totalmente incapaz de hacer nada al respecto. Sabía que había muchos medicamentos que servían para combatir esos repentinos ataques de ansiedad. A menudo se los recetaba a sus pacientes, pero nunca a sí mismo. Jamás había intentado cuestionarse esa absurda bravuconada suya de «puedo aguantarlo», aparte de pensar de vez en cuando a qué obedecería y, acto seguido, rechazar la pregunta antes de encontrar una respuesta.

Volaba a Washington para dar un discurso en un seminario del Instituto Nacional de la Salud sobre los trastornos de estrés postraumático que afectaban a los jóvenes supervivientes del huracán Katrina y la posterior inundación que había golpeado Nueva Orleans. Las fotografías de la catástrofe, con personas subidas a los tejados de sus casas, calles inundadas y escenas de desesperación en el interior del estadio Superdome, lo había

atraído poderosamente a la ciudad. La tormenta se había desatado poco tiempo después de que hubiera recuperado su nombre: se había deshecho por fin de la falsa identidad de Richard Lively, adoptada tras su encuentro con la familia que quería matarlo, y, prudentemente, había vuelto a ser un poco quien era: el doctor Frederick Starks; viudo, solitario, antiguo psicoanalista adinerado de Nueva York y figura emergente en la jerarquía de psicoterapeutas de esa ciudad.

Pero el mundo de la psiquiatría para la clase alta de Manhattan estaba ahora fuera de su vida. Su consulta, su reputación, sus finanzas, hasta su casa, todo había sido arruinado por las personas que querían verle muerto. Había dedicado los últimos seis meses a tratar a niños de Nueva Orleans con problemas graves. La tormenta se había cobrado un severo peaje: incontinencia y terrores nocturnos, temblores incontrolables, tartamudeo, incapacidad para concentrarse en tareas sencillas, ataques repentinos de depresión incapacitante. Y, además, agresividad: desobediencia, resentimiento, un resurgimiento de las conexiones con las bandas incluso en preadolescentes que poco antes estaban viendo los dibujos animados de los sábados por la mañana, mayor consumo de drogas, más violencia sin sentido.

Había oído una y otra vez lo siguiente:

«Quiero una pistola».

No puedes disparar a un viento de ciento noventa kilómetros por hora.

«Quiero luchar».

No puedes hacer retroceder el agua que desborda un dique.

«Quiero matar».

No puedes matar a la naturaleza.

Aquella situación parecía irle como anillo al dedo: personas que habían sido abandonadas y olvidadas. Su paciente favorito había sido un chaval atormentado de trece años llamado Tarik, que había pasado veinticuatro horas atrapado en un desván junto al cadáver de su tío ahogado. El chico se mostraba reacio a hablar porque pronunciaba cada una de sus palabras con un tartamudeo incesante. Así que Ricky había ideado un plan: jugaban a las damas. Cada vez que Tarik capturaba una de las piezas de Ricky o coronaba, paraban el juego y el chico tenía que contarle algo que recordara sobre el tiempo que había pasado en aquel desván. Cuanto más jugaban, mayor parte de la historia del chaval afloraba.

Martes y jueves de cuatro a cinco. Al principio fue lento, porque Tarik evitaba capturar ninguna pieza de Ricky y perdía aposta, o a veces, frustrado, tiraba el tablero al suelo, pero al final empezó a abrirse más y comenzó a

ganar partidas. Y Ricky observaba que, con cada victoria en el tablero, el tartamudeo disminuía muy ligeramente. A medida que este iba desapareciendo, el niño empezaba también a perdonarse por haber logrado sobrevivir mientras su querido tío fallecía.

Pero un martes no fue a la consulta a la hora de su cita. Ni tampoco llamó su madre para dar explicación alguna.

Esa misma noche, a las diez, Ricky puso las noticias en su pisito de alquiler junto a Magazine Street en Garden District. El locutor anunció entrecortadamente: «Otro incidente de violencia callejera postormenta en el Lower 9th Ward se cobra la vida de un chico de trece años…».

Una banda rival había disparado a Tarik y lo había dejado morir. El tirador lo había confundido con su hermano, apenas un año mayor que él. Ricky llamó a la policía para obtener más detalles, pero no le fueron de mucha ayuda. También llamó al forense del condado y averiguó que el chico había sufrido una agonía prolongada y solitaria en mitad de la noche. El asesinato dejó a Ricky traumatizado, sensación que empeoró cuando, la semana siguiente, la afligida madre de Tarik se presentó a la hora habitual de las visitas de su hijo.

Lo recordaba palabra por palabra:

—Doctor, necesito saber algo y nadie quiere decírmelo.

—¿De qué se trata? Si puedo ayudarla…

—La ambulancia tardó casi dos horas en llegar. Les asusta ir allí a esas horas de la noche. Necesito saberlo. ¿Sufrió mi niño? ¿Sintió dolor antes de que Jesús se lo llevara entre sus brazos? Necesito saberlo. Tengo el corazón roto y necesito saberlo.

Lo había mirado con una poderosa mezcla de paciencia y resignación. Así que Ricky decidió mentirle:

—Creo que no, señora Johnson. Lo más probable es que Tarik estuviera inconsciente y en estado de *shock*, sin conciencia de lo que le rodeaba ni de lo que le estaba pasando.

Nada de aquello era cierto y se había detestado a sí mismo por cada palabra deshonesta que había pronunciado. En realidad, había ocurrido lo contrario: había sido una muerte espantosa; con los ojos abiertos y consciente, desangrándose lentamente, ahogándose; incapaz de pedir auxilio y de arrastrarse en busca de ayuda, con la muerte y el miedo llegando a él cogidos de la mano. También había sido una muerte innecesaria. Ricky sabía que si la ambulancia hubiese llegado pronto, Tarik podría haber sobrevivido.

La señora Johnson había sacudido la cabeza enérgicamente, hacia atrás y hacia delante.

—Está intentando que me sienta mejor, pero sus palabras no lo consiguen.

Ricky había sido incapaz de contestarle nada, y esa era la respuesta que ella realmente temía. Pero, aunque ya habían empezado a resbalarle las lágrimas por las mejillas, la mujer se había levantado con la cabeza bien alta y le había estrechado la mano con firmeza.

—Quiero darle las gracias por todo lo que hizo por mi niño. Le encantaba venir aquí. Decía que eran los mejores días de la semana.

Y se había marchado sin decir nada más.

No había ocupado la hora de Tarik en su agenda. No sabía muy bien por qué, ya que la lógica sugería que debía hacerlo, pero no lo había hecho. Y la semana siguiente, a la hora de su cita, el hermano mayor de Tarik se presentó en su consulta. Los primeros diez minutos, el joven se sentó en el mismo asiento que primero su hermano, y después su madre, habían ocupado. Se quedó inmóvil, sin mostrarse nervioso: parecía una roca.

—Fue culpa mía que le dispararan —dijo finalmente—. Fue todo culpa mía. Hasta el último ápice. Siempre será culpa mía.

Miró cómo los ojos del hermano mayor se llenaban de lágrimas y, en aquel momento, decidió irse de Nueva Orleans.

Ricky lo había comprendido: un huracán había lastimado a Tarik. Un segundo huracán había zarandeado a su madre y al único hijo que le quedaba. Le pareció una máquina de movimiento perpetuo.

Estaba pensando en esa madre e imaginando tanto a su hijo difunto como al que seguía vivo, preguntándose qué sería de ellos, cuando el avión dio una ligera sacudida y, de inmediato, se agarró a los apoyabrazos. Tarik era un pilar del discurso que iba a dar, el cual formaba parte del proceso de rehabilitación progresiva de su prestigio profesional. Tenía intención de conectar intelectualmente el trauma grave con planes de tratamiento funcional. «Damas —pensó—. El riesgo y la recompensa son los mismos: tienes que saltar cada pieza, lo que te lleva más cerca de la victoria. También puede situarte al borde de la derrota. Un juego de anticipación. Un juego de desgaste. Un juego de supervivencia».

Pero comprendía algo: «Los planes no sirven de nada cuando doblas la esquina equivocada a una hora demasiado tardía de la noche en un mundo lleno de rabia».

El avión cabeceó de nuevo, como si hubiera pillado un bache en una carretera. Casi en el mismo instante, el sonido de campanilla que usan los auxiliares de vuelo para comunicar algo de un extremo a otro del aparato sonó tres veces consecutivas, seguido de un segundo trío de alarmas.

Ricky alzó los ojos rápidamente y vio que una de las tres auxiliares recorría a toda prisa el pasillo central con una mirada de preocupación en la cara.

Menos de un minuto después, se oyó un anuncio por el altavoz: «¿Hay algún médico a bordo?».

Ricky se levantó vacilante de su asiento, con la esperanza de que algún internista, traumatólogo o cardiólogo lo hiciera también. No vio a ninguno.

Sujetándose primero con una mano y luego con la otra a los respaldos de los asientos, dado que el avión daba otra vez bandazos, se dirigió con dificultad hacia la parte posterior. Vio a una auxiliar de vuelo inclinada sobre una figura que yacía en el pasillo y otras dos que alargaban el cuello desde detrás de ella. Las personas de los asientos adyacentes estaban medio levantadas y miraban fijamente la escena. En los rostros que vio se mezclaban la curiosidad con los tonos blancos de la conmoción.

La auxiliar de vuelo se volvió hacia él.

—¿Es usted…? —empezó a decir.

—Soy médico —afirmó Ricky—. Pero…

No terminó. Sus ojos fueron directos a la figura que había en el suelo. Era un hombre inmenso, gigantesco, que fácilmente pesaría ciento treinta kilos, con una camisa *sport* azul marino y unos pantalones cortos de camuflaje. Le afeaban el semblante unas sombras rojas y blancas, ruborizadas y fantasmales a la vez. Se aferraba el pecho con los dedos rechonchos y se retorcía la ropa. Tenía los ojos cerrados de dolor y su respiración era áspera y superficial. Un estremecimiento inmenso, como una sacudida sísmica, le recorrió el cuerpo y gimió con fuerza.

—¿Llevan un desfibrilador a bordo? —preguntó Ricky.

La auxiliar de vuelo negó con la cabeza.

Ricky vaciló. De pronto fue consciente de que alguien se le había acercado por detrás. Se volvió y vio a una joven imponente, pelirroja y esbelta, que debía de tener unos veinticinco años.

—Solo estoy en segundo de medicina —dijo la joven—. Pero soy técnica de emergencias sanitarias. ¿Puedo ayudar en algo?

Ricky señaló al hombre agonizante y se hizo a un lado para dejarla pasar.

Vio que la joven alargaba la mano hacia la muñeca del hombre para tomarle el pulso, pero mientras lo hacía, este se estremeció por segunda vez de pies a cabeza, como si tuviera todo el cuerpo atrapado en las mismas turbulencias que zarandeaban el avión. Se le agarrotaron las articulaciones, las estrías rojas de las mejillas le palidecieron al instante, dio un par de boqueadas, gimió, abrió un segundo los ojos, que se le pusieron en blanco, y, con un ruido de asfixia, dejó de respirar.

—Dios mío —exclamó Ricky.

La estudiante de medicina se agachó de inmediato, tiró de la mandíbula del hombre y empezó a hacerle el boca a boca. Con la mano libre, señaló el pecho de la víctima y, entre una respiración y otra, murmuró una orden a Ricky:

—¡Inicie las compresiones!

Ricky colocó las manos sobre la camisa y empujó hacia abajo con fuerza. Tenía dudas de si la presión que ejercía conseguía penetrar las capas gelatinosas de grasa y piel hasta alcanzar el corazón del hombre.

—Uno, dos, tres —susurró.

El hombre se estremeció de nuevo de la cabeza a los pies y, de repente, pareció quedarse rígido.

«Ha muerto —pensó Ricky—. Así, sin más».

—No pare —gruñó la estudiante.

Ricky alzó la vista y vio, por encima del hombro de ella, que uno de los pilotos los observaba. Este pareció captar rápidamente la situación, se volvió y regresó con una carrera por el pasillo hacia la cabina.

—Cuatro, cinco —siguió, mientras presionaba repetidamente el pecho del hombre.

En unos segundos oyó un segundo anuncio: «Señores pasajeros, tenemos una emergencia médica a bordo. Vamos a desviarnos al aeropuerto más cercano. Por favor, regresen a sus asientos y abróchense los cinturones de seguridad».

Notó que el avión empezaba a descender. No de la forma suave y paciente que es habitual, sino en picado, perdiendo altitud lo más rápido posible.

—Seis, siete, ocho, nueve… —prosiguió. Cuando llegó a diez, empezó de nuevo.

La cara del hombre infartado adquirió de repente un atisbo de color rojo.

—Tiene pulso —aseguró la estudiante de medicina, levantándose. Se dirigió a una de las auxiliares—: ¿Llevan oxígeno portátil?

Esta vez la auxiliar sí que asintió.

—Tráiganlo enseguida —dijo la estudiante, con un tono marcial—. Ya puede parar —le indicó a Ricky.

El hombre pestañeó y abrió los ojos, y Ricky vio el pánico en ellos. Había recuperado algo de color.

—Una aspirina o cualquier clase de anticoagulante nos iría de perlas —comentó la estudiante de medicina, mientras ajustaba una máscara de oxígeno de plástico amarillo a la cara del hombre y giraba un regulador de una bombona verde. Luego se volvió hacia la auxiliar de vuelo—. Dígale al piloto que nos consiga una ambulancia lo antes posible —añadió.

Era joven, pero no le costaba nada dar órdenes de manera enérgica. Ricky vio que los ojos de aquel hombre descomunal volvían a quedarse en blanco y a cerrarse una segunda vez. No parecía estar consciente. La auxiliar se acercó a un teléfono intercomunicador y habló rápidamente por él. Esperó, escuchando la respuesta, y volvió al pasillo, donde estaban los tres.

—Diecisiete minutos —anunció.

—Demasiado tiempo —susurró la estudiante de medicina negando con la cabeza. Se quedó mirando cómo el pecho del hombre ascendía y descendía mientras inspiraba y espiraba. A Ricky le pareció que el movimiento era asincopado e irregular. La joven situó los dedos sobre la arteria carótida del hombre y volvió a negar con la cabeza—. Débil y cada vez más —dijo—. ¿Qué clase de médico es usted, doctor?

—Psicoanalista —respondió Ricky en voz baja.

—Esta no es exactamente su clase de emergencia —comentó la joven con una media sonrisa.

—No —coincidió Ricky. «Alucinaciones. Psicosis. Crisis nerviosas. Intentos de suicidio. Esas son mis emergencias»—. Pero le ha salvado la vida.

La estudiante de medicina miró al hombre que estaba en el suelo.

—Creo que no —susurró bajito.

Permanecieron allí, inclinados sobre el hombre, mientras el avión surcaba la noche tras las ventanillas. Cada minuto parecía corto y largo a la vez, como si el paso regular del tiempo se hubiera visto alterado. La respiración del hombre era áspera y sibilante. Parecía estar descendiendo con la misma rapidez que el avión. Ricky notó que el tren de aterrizaje bajaba.

—Tienen que tomar asiento —indicó la auxiliar de vuelo—. Estamos aterrizando.

—No —respondió la estudiante de medicina negando con la cabeza, mientras se aferraba al apoyabrazos más cercano con una mano. Con la otra

siguió sujetando la muñeca de la víctima, como si quisiera reconfortarla. Ricky simplemente se sujetó.

El personal de la ambulancia estaba aguardando en la puerta para recorrer a la carrera el pasillo central del avión. Todo el mundo permaneció sentado mientras se esforzaban por cargar al corpulento hombre en una camilla y lo sacaban a toda prisa por el acceso delantero al aparato. Ricky oyó cómo una mujer hacía callar a sus dos hijos pequeños, que rebosaban de curiosidad. Los pasajeros siguieron con la mirada el camino que recorrió el equipo de rescate, la mayoría con una expresión en el rostro de «le podría pasar a cualquiera».

—¿Va a acompañarles? —preguntó la estudiante de medicina a Ricky.

—No. Tendría que ir usted.

—Creo que no —respondió tras un instante de vacilación.

Cada palabra que había pronunciado estaba cargada de contradicciones: duda y comprensión. Parecía exhausta y Ricky se percató de que él también debía de sonar igual.

Pasó una hora antes de que el avión despegara de nuevo. La estudiante de medicina regresó a su asiento en clase turista y Ricky, a primera. La auxiliar de vuelo le preguntó si quería beber algo mientras esperaban autorización en la pista, pero no le apetecía tomar nada. A pesar de que el avión estaba inmóvil sobre el asfalto, él seguía agarrándose a los apoyabrazos. Después de despegar, y una vez hubieron alcanzado la altitud de crucero, el piloto salió de la cabina. Se acercó primero a Ricky.

—Gracias por su ayuda —dijo con el inconfundible acento de un piloto veterano del Medio Oeste—. Le estamos realmente agradecidos.

—¿Se sabe algo del hombre…? —preguntó Ricky.

El piloto empezó a decir algo, pero se detuvo y se inclinó hacia él para responderle en voz baja:

—Mala suerte. Murió en la ambulancia: no pudieron reanimarlo una segunda vez. —Se enderezó y añadió—: Tengo que comunicárselo al otro médico, del asiento 24E. —Se refería a la estudiante de medicina.

Ricky se percató de que no sabía cómo se llamaba el difunto. Ni quién era, ni tampoco de dónde. Nada, aparte de que era enorme, tenía sobrepeso, llevaba unos pantalones cortos de camuflaje y que ahora estaba muerto. Familia. Amigos. Trabajo. Carrera profesional. Casado. Divorciado. Entrenador de la liga infantil de béisbol. Golfista. Papá Noel en las fiestas de

la oficina. Republicano. Demócrata. Todo aquello que había sido desapareció en el pasillo del avión.

Se recostó en el asiento cuando el piloto salió de la primera clase.

«¿Qué le dimos? ¿Veinte minutos más de vida? ¿Treinta?».

Notó que el avión se zarandeaba de nuevo.

«¿Qué puedes hacer con esos veinte minutos más? —se preguntó—. ¿Hacer las paces? ¿Despedirte? ¿Maldecir tu mala suerte o rezar? ¿Arrepentirte de todos tus errores y pecados? ¿Es un tiempo suficiente para cualquier otra cosa que no sea el dolor y el terror al ver que la vida se te escapa?».

El avión cabeceó una segunda vez. Su imaginación parecía un revoltijo de imágenes de aquel corpulento hombre agonizando mientras él lo observaba impotente, de las pesadillas sobre cuando casi murió en Cape Cod cinco años antes y de Tarik desangrándose solo en una esquina. Intentó impedir que estos pensamientos se fundieran entre sí, pero no lo logró. Sobre él, la señal roja del cinturón de seguridad parpadeó, acompañada de nuevo de un sonido de campanilla cuando el avión se adentró en más turbulencias imprevistas.

PRIMERA PARTE

LA VISITA INOPORTUNA

Puedes escalar una montaña,
puedes surcar a nado el mar.
Puedes lanzarte a las llamas,
pero nunca serás libre…

HARRY NILSSON,
Jump Into The Fire, 1973

Vivimos atrapados entre el pasado agitado y examinado, y un futuro que espera nuestro trabajo.

ANNA FREUD,
Prose Reflections, 1920

1

La mañana del quinto aniversario del día en que murió y resucitó, lo único que oyó el doctor Frederick Starks fue una rabia apenas controlada, y lo único que vio fueron lágrimas y sollozos espontáneos.

La rabia había adoptado diversas formas.

Palabrotas: «Cabrones. Hijos de puta. Gilipollas». Torrentes de palabras despiadadamente amargas, dichas en aluviones de tonos de frustración. Unas eran susurradas, otras espetadas y unas cuantas más proferidas en los confines de su consulta casi a gritos. En voz alta. Murmuradas. Furibundas. Tristes. Las palabras florecían en su consulta, elevándose un instante, hundiéndose en el siguiente. Iban destinadas casi siempre a las madres, los padres, los hermanos, los jefes, las parejas infieles, los amigos mentirosos y los colegas deshonestos, incluso una vez, sorprendentemente en boca de la refinada señora Heath, sirvieron para describir a sus increíblemente desagradecidos hijos. Todos ellos parecían en extremo descontentos con las disposiciones de la última versión de su testamento, especialmente con la gran contribución que tenía intención de hacer a Médicos Sin Fronteras. A lo largo de toda la mañana, ninguna palabrota pronunciada por ningún paciente iba dirigida contra ellos mismos. Nadie había dicho sin el menor rigor científico: «¿Cómo he podido ser tan idiota, coño?».

Expresiones: había caras contorsionadas, ruborizadas. Labios que parecían fruncirse. Mandíbulas que se apretaban. Dientes que rechinaban. Ojos que se cerraban con fuerza, como si la rabia se contuviera mejor en una oscuridad interior. Oyó más de una vez: «Ojalá estuvieran muertos». O la variación estándar semificticia: «Me gustaría matarlos».

Sencillo de pensar.

Fácil de decir.

Difícil de hacer.

Lo sabía por experiencia propia.

Los pacientes lloraban por enfermedades. Lloraban por la muerte. Lloraban por las oportunidades perdidas y las esperanzas frustradas. Lloraban por sus pasados. Lloraban, presas de la desesperación, por lo que veían en sus futuros. Lloraban porque se sentían culpables. Lloraban porque no se sentían culpables. Sollozaban por lo que se les había hecho con crueldad o por lo que habían hecho de manera desconsiderada a otras personas.

Lágrimas de cocodrilo. Lágrimas sinceras. Lágrimas que ocultaban problemas complejos. Lágrimas enérgicas que obedecían a simples errores.

Sabía lo que era *Rosebud*.

Y la mayoría de las veces, esa mañana arquetípica, los sollozos se transformaban en rabia o la rabia se desintegraba en sollozos. Eran reflejos de las mismas imágenes. Él opinaba que la psiquiatría se parecía a veces a mirarse en un espejo y sujetar después otro, de modo que se creara una imagen dentro de otra imagen, en el interior de otra imagen, empequeñeciéndose hasta el infinito, pero mostrando siempre el mismo aspecto.

La señora Heath, su última paciente de la mañana, lo miró y dijo con una impotencia que contradecía la dureza que había caracterizado gran parte de sus ochenta y siete años:

—¿Por qué no puedo morir exactamente como quiero?

Ricky aguardó un instante, por si continuaba hablando, antes de responder:

—¿Cree que alguno de nosotros puede diseñar su propia muerte?

«Yo lo hice —pensó de repente—. En otra época, en otro mundo, salvé mi vida diseñando mi propia muerte». No lo dijo en voz alta, aunque aquel día de aniversario sabía por qué aquellos recuerdos teñían implacablemente todas las palabras de cada uno de sus pacientes.

—Cuando has tenido tanto en la vida, ¿por qué no puede ser igual morirse? —continuó la señora Heath—. ¿Por qué es egoísta o está mal de algún modo querer morir de cierta forma?

—¿Cómo quiere usted morir, señora Heath?

La mujer soltó una carcajada que llenó la habitación.

—Oh, Ricky, quizá en la silla de montar en un arreo de ganado en Wyoming. O puede que al volante de un Ferrari a 190 km/h por el Bois de Boulogne en París. Tal vez unida por el sedal a un pez aguja de dieciocho kilos en la corriente del Golfo…

Era la única paciente que utilizaba un tono tan informal. Los demás preferían dirigirse a él como «doctor Starks» para asegurarse a sí mismos que cada hora de terapia era una manera formalizada de abordar una enfermedad fácilmente reconocible, como si los problemas que los llevaban a su consulta no fueran más complejos que un padrastro o un simple resfriado.

La señora Heath rio con ganas. Lucía una melena abundante y bien peinada de un rebelde cabello plateado. Su piel reflejaba el paso de los años, aunque no demasiado, de modo que las arrugas le conferían autoridad y no

parecían tanto las huellas del envejecimiento. La señora Heath iba poco maquillada y llevaba ropa de marca, elegante y de tonos vivos, por lo que a menudo tenía el aspecto de un ave exótica especialmente vistosa. Tenía unos animados ojos azules que veían el aspecto divertido de muchas cosas. Sonrisa fácil. Risa cordial. Una mujer consciente de que había sido tan hermosa que solo tenía que entrar en un sitio para captar la atención pero que no estaba demasiado consternada por el deterioro de su aspecto. Para estar muy preocupada por el proceso de la muerte, la señora Heath parecía extraordinariamente alegre y abrumadoramente sana. Se le daba muy bien ocultar que su corazón estaba enfermo. El dolor físico parecía intrascendente para ella. Y sus abundantes problemas actuales no residían en su pasado, que Ricky supiera. Le habían llegado los últimos meses gracias a los batallones de familiares que la rondaban con las manos extendidas.

«¿Oh, tía, estás enferma? Eso es terrible. Terrible, sin duda. ¡Qué mal me sabe! Pero ¿qué hay de mi fondo fiduciario?».

Revisar esta clase de final emocional de su bagaje vital era lo que la había llevado a su consulta hacía seis meses. Al principio, él se había mostrado reacio a aceptarla como paciente («¿Qué soy? ¿Un psicoanalista de la muerte?»), pero eso había cambiado rápidamente, y ahora aguardaba con ansia sus sesiones.

La señora Heath se detuvo, meditó sus palabras y sonrió.

—Bueno, es muy posible que no me importe si hay alguien en mi familia que me entienda.

Se tapó la boca para ocultar su carcajada.

—¿Eso me convierte en una persona horrible, Ricky?

—No —respondió este.

—¿Tal vez un poquito horrible? —insistió, con un tono cantarín en la voz —. No me importa nada ser un poquito horrible. Hasta podría gustarme.

—No creo —la contradijo él.

—Ricky, Ricky… —dijo la señora Heath, echando la cabeza hacia atrás —. Todos somos un poquito horribles a veces.

Él sospechaba que eso era cierto.

—Si después de ochenta y siete años no ves la muerte como una enorme broma cósmica, bueno, es probable que la encuentres aterradora —aseguró con confianza.

—Usted es una auténtica filósofa —dijo Ricky.

Normalmente no solía dar así su opinión.

—Supongo que sí —admitió la señora Heath tras sonreír de nuevo—. Una heredera filósofa —añadió y, tras una pausa, se encogió de hombros y dijo—: Una heredera filósofa que se muere. Muy de Charles Dickens, ¿no crees? Suena al típico romanticismo de los páramos ingleses.

Ricky asintió.

—Ya no hay suficiente romanticismo en mi vida —prosiguió la señora Heath—. Es una pena. Lo que daría por hacer retroceder el reloj unas décadas. Me encantaría revivir uno o dos momentos. Eso sería bonito. Hubo un tiempo, Ricky… Caray, la de historias que podría contarte. Historias escandalosas. —Pronunció la palabra «escandalosas» como si fuera una invitación.

Ricky dudó que nada de lo que hubiera hecho fuera a escandalizarlo.

—En su día fui bastante atrevida —comentó moviendo la mano con displicencia—. Rebelde. Peligrosa. Aunque no te lo creas. —Echó un vistazo a su reloj—. Supongo que esto es todo por hoy —indicó—. Me siento mucho, muchísimo mejor. Gracias por escucharme, Ricky.

—Hasta la próxima entonces —respondió este.

—Si todavía sigo aquí —dijo la señora Heath sonriendo de nuevo, como si fuera la continuación de la misma broma. Se levantó del gran sillón de cuero reservado para los pacientes. Tomó el caro bastón escocés de endrino tallado a mano del lugar donde lo había colgado en el perchero, golpeó con él un par de veces la alfombra y anunció—: Realmente no lo necesito, pero me da un toque de distinción.

Y se marchó riendo, mientras pasaba por delante del diván que los pacientes rara vez utilizaban. Ya no había demasiadas personas que tuvieran el tiempo, la cobertura sanitaria o las ganas de realizar un psicoanálisis freudiano tradicional; el viejo estilo, entre cuatro y cinco días a la semana, una semana tras otra durante años, revisando recuerdos y experiencias para llegar a conocerse, había, en gran parte, desaparecido. Ahora la gente quería conversaciones rápidas cara a cara, buenos consejos y recetas de pastillas.

Y, si tenían que privarse de algo, prescindían de la conversación y de los consejos. Pero nadie renunciaba jamás a las pastillas.

«Soy un dinosaurio avanzando pesadamente por un mundo de coches-cohete. Muy pronto me habré extinguido», pensó.

Observó cómo la señora Heath salía de su consulta. Su chófer estaría fuera, aguardándola pacientemente junto a su limusina. En todas sus sesiones no había llorado ni una sola vez por su muerte inminente. Se preguntaba si alguna vez lo haría. Lo dudaba.

Pasó ese mediodía con una única variación de su rutina. Normalmente se ponía unos pantalones cortos y unas zapatillas deportivas y recorría tres kilómetros por el parque Kennedy, cerca de la orilla de la bahía. Hoy el sol parecía haberse tomado un respiro de su costumbre de abrasar el mundo tropical y la temperatura era suave. Pero, antes de salir, se sentó tras su escritorio. Abrió primero el cajón de arriba y sacó una fotografía enmarcada de su mujer. En la imagen estaba cuidando del jardín de su antigua casa de veraneo en Cape Cod, la que él había arrasado en un incendio para huir de la familia que quería verlo muerto. En la imagen, su mujer lucía una deliciosa medio sonrisa, como si quisiera decir: «¿Por qué me haces una foto ahora, cuando voy hecha un asco?». Siempre le había encantado esta fotografía. Lo decía todo sobre lo felices que habían sido y nada sobre el cáncer que había acabado con su vida. Tras mirarla un buen rato, la guardó y sacó el talonario de cheques. Extendió cuidadosamente los correspondientes a unos pequeños donativos a The Jimmy Fund en Boston por su lucha contra los cánceres pediátricos; a The Florida Wildlife Federation por su defensa de la pantera de Florida, un animal en peligro de extinción; a varios programas académicos que investigaban nuevos enfoques terapéuticos para las enfermedades mentales y, por último, a Puppies Behind Bars, una organización que ponía perros en manos de presos, quienes los adiestraban para ayudar a militares discapacitados. Hizo todas las contribuciones, salvo esta última, a nombre de su difunta esposa.

Puso la de los cachorros de perro a nombre de Tyson.

Lo hizo así para recordar a la familia que había intentado matarlo media década antes.

«De Virgil, Merlin y el señor R», escribió en el talón.

Hacía estos donativos dos veces al año: el aniversario del día de la muerte de su mujer y el del día en que había logrado no morir asesinado por aquellos tres hermanos. Actriz. Abogado. Asesino a sueldo.

Metió cada cheque en un sobre prefranqueado. Satisfecho, se levantó y recorrió su casa. Era, a su entender, la variación en Miami de la que había tenido en Manhattan. Allí había aceras, cemento y una cacofonía incesante y enérgica de bocinas y cláxones, amortiguada por la máquina de ruido blanco que tenía en su consulta. Aquí estaba en un exuberante mundo tropical lleno de palmeras y helechos que proporcionaban privacidad y contenían sin esfuerzo el mundano martilleo de la cercana bahía. Había un pequeño aparcamiento de grava con capacidad suficiente para un par de coches: un

paciente que llegaba y otro que se iba. Desde su silla en la consulta oía el ruido de la grava crujiendo bajo los neumáticos. En lugar del sistema de timbres que había instalado para sus pacientes en su piso del Upper East Side de Nueva York, estos entraban ahora por una verja cerrada provista de un sistema de seguridad con teclado numérico. Proporcionaba el código de cuatro cifras al cerrar la primera cita y el mismo número abría la puerta principal. Su consulta estaba junto al vestíbulo, que había reconvertido en una pequeña sala de espera.

El parque adonde solía ir a correr estaba a una breve pero angustiosa distancia en bicicleta. El recorrido era muy peligroso, pues los conductores de Miami tienen una merecidísima fama de sacar a los ciclistas de la carretera. O algo peor.

A él le resultaba más difícil capear con la sensación que le provocaban las turbulencias aéreas, a las que tenía que enfrentarse sentado, inmóvil e impotente, que el hecho de tener que zigzaguear con la bicicleta por las calles entre Escila y Caribdis para ir de su casa al cercano parque. Podía morir, o quedarse lisiado, pero por lo menos era él quien se arriesgaba.

Ese mediodía, el tráfico era maravillosamente excepcional; esquivó a un último Mercedes negro con las ventanillas tintadas y entró en el aparcamiento con su cara bicicleta de montaña. La encadenó a un soporte metálico y se dirigió hacia la pista artificial que serpenteaba por el parque. Se puso los auriculares y se sacó un anticuado iPod de los pantalones cortos. Le gustaba escuchar *rock* de los sesenta y los setenta: Bruce Springsteen y la E Street Band, Jefferson Airplane, John Mellencamp y la Creedence Clearwater. Alzó los ojos hacia el vasto cielo azul pálido mientras los primeros acordes de «Rosalita» le sonaban en los oídos, notó que la espesa humedad cargaba invisiblemente el aire y supuso que después estallaría una tormenta.

Inspiró hondo y se puso a trotar.

Pensó que sus días de correr estaban llegando a su fin. Aunque todavía estaba en forma, su ritmo era ahora relajado. Dado el calor constante de Miami, enseguida empezó a transpirar y el sudor comenzó a escocerle en los ojos.

La luz que se reflejaba en las intensas aguas azules de la bahía Vizcaína casi lo cegaba mientras recorría el parque. Las hojas de las palmeras susurraban, mecidas por una suave brisa. Veía embarcaciones en la bahía y parte del ruido de las calles penetraba en la música que le resonaba en los oídos, pero tenía la sensación de estar solo.

A medida que los metros pasaban bajo sus pies, adquirió ritmo. Decidió que su nueva vida le gustaba. Estaba totalmente entregado a ser una persona solitaria en una ciudad dedicada a las relaciones. Era un refugiado, por eso se había decantado por Miami antes que por Boston, San Francisco o Chicago, o por cualquiera de las ciudades en las que había recalado los últimos años. Miami acogía a los desplazados.

Llevaba una consulta pequeña, y llenaba solo las horas con pacientes adinerados, de modo que le quedara tiempo para trabajar en el ala de psiquiatría. Había adquirido un interés permanente por los trastornos de estrés postraumáticos y había visitado a veces algunos sitios en los que estos estaban extendidos: Nueva Orleans tras la inundación, Haití tras el terremoto, Red Lake tras el tiroteo en la escuela. Se consideraba un psiquiatra itinerante, lo menos arraigado que podía, algo que contradecía la naturaleza misma de su profesión. Solo había algunas conexiones con su pasado: sus recuerdos y un revólver Magnum 357 que guardaba totalmente cargado en el cajón de su mesilla de noche.

Sus zapatillas deportivas golpeaban sonoramente la pista con cada zancada.

«Enfréntate a una pistola y se te queda grabado. Enfréntate a una muerte y se te queda grabado».

Sus pensamientos le habían hecho acelerar el paso más de lo que esperarse. Tuvo que obligarse a aminorar la marcha.

Jadeante y sudoroso, caminó los últimos cincuenta metros que lo separaban del aparcamiento. Un par de muchachas con patines en línea se cruzaron con él. Llevaban unos ajustados pantalones cortos fluorescentes y camisetas sin mangas, y sospechó que ambas eran hermosas, al estilo moreno y escultural que Miami parece a veces adorar en exceso, pero habían pasado tan deprisa que no había podido verles la cara, y solo había alcanzado a distinguir unas piernas largas y unas ondeantes cabelleras rubias. Observó cómo se alejaban rápidamente. Después dirigió la vista hacia el aparcamiento.

Su bicicleta había desaparecido.

La cadena que había utilizado para sujetarla yacía partida por la mitad en el macadán negro, perfectamente cortada con un napoleón.

—Maldita sea —murmuró.

Dio tres pasos rápidos, agitando las manos infructuosamente. Después se detuvo en seco.

Instintivamente echó un vistazo a su alrededor, pensando que tal vez podría localizar a algún policía o acaso a alguien que hubiera presenciado el

robo y se hubiera fijado en una matrícula, pero no vio a nadie cerca.

En sus oídos, Grace Slick estaba cantando: «*Don't you want somebody to love? Don't you need somebody to love*?». Se quitó los auriculares, pero la música siguió sonando en el iPod, de repente distante y metálica, como si se estuviera interpretando en otro sitio.

—Maldita sea —repitió.

Se acercó y recogió los dos trozos de la cadena. Los miró con impotencia.

—Maldita sea.

«No hay mucho más que decir —pensó—. Ni que hacer». Sabía que podía ir más tarde a la comisaría local, presentar una denuncia por robo y añadir su nombre a unas estadísticas deprimentes. El policía de servicio no se lo diría, pero su tono daría a entender que «no volverá a ver esa bici en su vida». Y le dirían que comprobara si su seguro de hogar cubría la pérdida. Aburrido. Rutinario. Burocrático.

Dejó caer de nuevo la cadena al suelo del aparcamiento y con un puntapié indignado lanzó aquellos trozos inútiles al bordillo. Después regresó a pie a su casa. «Cómprate una bici nueva —se dijo—. Pero, esta vez, ponle uno de esos candados de acero al carbono con una combinación indescifrable, maldita sea». De repente el sol, que parecía calentar mucho más, le caía a plomo sobre la cabeza. Vestido con la escasa ropa sudada que llevaba, se sintió desnudo. Se sintió ridículo.

De golpe se sintió viejo.

Silencio.

Una mirada intensa, feroz, dirigida por encima de su hombro izquierdo a una pared blanca totalmente vacía. Ricky se preguntó por qué el enorme hospital donde trabajaba a tiempo parcial insistía en las paredes lisas en el pabellón de psiquiatría cerrado con llave. Sospechaba que el joven sentado delante de él estaba atareado llenando el espacio vacío con diversas visiones descabelladas, sin duda aterradoras. La rabia que había en sus ojos era con toda certeza un modo de protegerse, como si al mostrar a sus visiones que no les tenía miedo, pudiera ocultar el temor de su voz temblorosa y su frente sudorosa. Ricky pensó que, en este aspecto, el trastorno bipolar imitaba a la cordura.

—Charlie —dijo en voz baja—. ¿Qué ves?

No esperaba respuesta a esta pregunta y no la obtuvo.

—Nada.

La mirada seguía horadando la pared. Cada segundo que pasaba aumentaba las ganas que tenía Ricky de ayudar al joven, pero reducía las probabilidades de hacerlo.

—¿Te está hablando alguien? Aparte de mí…

—No.

Dos mentiras. Ricky se decidió por una tercera pregunta.

—Si fuera así, ¿me lo dirías?

Charlie apartó a regañadientes la mirada de lo que estuviera viendo en la pared y fijó los ojos en Ricky. Se levantó, dio unos pasos a la derecha, otros a la izquierda, y se dejó caer de nuevo en la silla.

—Por supuesto, doctor Starks.

—¿Has estado tomando tu medicación?

—Totalmente.

Esta palabra vino acompañada de una mirada rápida a la pared, como si Charlie buscara aprobación por su diligencia. Ricky tenía pocas dudas de que el joven no había seguido su tratamiento farmacológico regular, lo que propiciaba una reaparición de sus visiones y ciertas alucinaciones auditivas, y su subsiguiente regreso al pabellón de psiquiatría. Se trataba de alucinaciones que daban órdenes (las visiones y las voces decían a Charlie qué hacer), lo que suponía el escenario más peligroso. Charlie, de apenas veintitrés años, estaba algo demacrado porque cuando su enfermedad reaparecía solía olvidarse de comer. Llevaba una rebelde mata de pelo castaño enmarañado que parecía desafiar a cualquier peine que intentara imponer organización y un aspecto formal. Ricky imaginó que debía de ser increíblemente difícil satisfacer las exigencias de sus alucinaciones y las peticiones de los médicos que lo trataban. Charlie estaba atrapado: las alucinaciones querían que siguiera estando loco para albergarlas; los médicos querían que se tragara las pastillas antipsicóticas para facilitarles el trabajo. Ninguna de las dos partes quería comprender a la otra y, atrapado en medio, Charlie acababa lastimado. Escuchó atentamente lo que este pudiera querer contarle. Dudaba que las cosas que Charlie veía y oía en la pared vacía del hospital ardieran en deseos de que le comunicara detalles importantes a Ricky.

—Deja que te pregunte algo, Charlie —dijo, hablando aún despacio y con cautela—. Cuando ves u oyes cosas que tal vez los demás no perciben, ¿eso te asusta?

Charlie se giró un poco en su asiento. Los dos estaban en una pequeña sala, desprovista de cualquier comodidad real, tan solo una mesa y dos sillas metálicas. La pregunta de Ricky provocó otra mirada rápida a la pared vacía

antes de tener respuesta. El joven se inclinó hacia delante y, casi con aire de conspiración, bajó la voz.

—Todo me asusta, doctor. —Inspiró hondo—. Simplemente procuro que no se note —añadió.

—Eso es importante, ¿verdad?

—Lo es para todo el mundo —respondió el joven en tono burlón—. Tanto si está enfermo como si no.

Ricky creyó que había mucho de cierto en esa frase. Tomó nota mentalmente de que debía retocar un poco la medicación de Charlie. En teoría un ajuste serviría para estabilizarlo. Pero Ricky no estaba seguro de si podría ayudarlo. Quería hacerlo con todas sus fuerzas. Pero el deseo y la realidad estaban separados por un abismo considerable en el pabellón de psiquiatría.

—A lo mejor tú y yo juntos podemos mejorar las cosas —dijo Ricky.

—Nadie me ha ayudado jamás. Me gustaría —añadió Charlie.

Ricky lo miró y esperó que el joven siguiera. Charlie parecía pensativo, como si las voces se hubieran callado.

—¿Sabe qué detesto de este sitio, doctor Starks?

—¿Qué, Charlie?

—Aquí no soy yo. O no exactamente yo. Soy síntomas. Soy un diagnóstico. Soy números en el *Manual diagnóstico y estadístico*. De hecho, doscientos noventa y seis, cuarenta y tres. Soy solamente una enfermedad. Tómate esto. Tómate aquello. Mejoras. Empeoras. Por lo menos fuera soy alguien. Puede que no sea bueno, pero soy alguien. Soy una especie de alguien invisible.

—Quiero que me visites cuando salgas de aquí —dijo Ricky—. Citas regulares. Dos veces a la semana, como mínimo, al principio.

—Querrá decir si salgo de aquí —replicó Charlie con una sonrisa. Pero asintió para darle su conformidad, lo que significaba, supuso Ricky, que había obtenido el consenso de sus alucinaciones.

Empezaba a caer la noche cuando Ricky salió del hospital y se dirigió a casa en coche. Las sombras habían empezado a cubrir sin pausa la ciudad. El cielo se había oscurecido, el anochecer tenía visos de medianoche y la tormenta que Ricky había previsto acechaba en la periferia de su mundo. Oyó el estruendo de los truenos a lo lejos, en la zona de los Everglades. El resto de la sesión de Charlie había ido mejor de lo que esperaba. El chico se había relajado y parte

de sus problemas de confianza habían desaparecido. Ricky era ligeramente optimista.

Estaba sentado en el coche, frente a la verja con el código de entrada, y recordó algo curioso, lo último que el joven le había dicho:

—Buena suerte, doctor.

Alargó la mano e introdujo el código de entrada en el teclado. Deseó que liberar al joven paciente del hospital fuera tan sencillo como pulsar cuatro teclas y ver que la verja se abría deslizándose.

Al entrar en su casa, le seguía dando vueltas a este asunto, preguntándose cómo lograría que Charlie se abriera más a él. El interior estaba totalmente oscuro y el frescor del aire acondicionado en marcha le recorrió la piel como un paño húmedo que borra las palabras garabateadas en una pizarra. Mientras buscaba a tientas el interruptor del vestíbulo le vino de repente a la cabeza la señora Heath y comparó el aluvión de exigencias de su familia con las necesidades de un chico abandonado con trastorno bipolar. Pensó que había algunas extrañas similitudes entre la mujer moribunda y el joven. Ambos parecían ser rebeldes a su manera.

Absorto en esta idea, encendió la luz del vestíbulo y se dirigió hacia su consulta.

Con un solo movimiento, abrió la puerta y alargó la mano hacia otro interruptor.

La luz iluminó de golpe la habitación.

—¡Dios mío! —exclamó. Sintió una punzada de miedo al instante.

Había un hombre tumbado en el diván de psicoanálisis apuntándole directamente a la cara con una pistola semiautomática.

—Hola, Ricky —dijo el hombre.

Ricky se tambaleó hacia atrás, como un borracho que acaba de recibir un puñetazo y empezó a jadear de inmediato. Sintió que estaba inmovilizado en un bloque de hielo.

—No retroceda, doctor —dijo el hombre. Levantó el percutor de su arma —. Pase.

Sabía exactamente quién era.

«El personaje de su pesadilla recurrente. El personaje del recuerdo real de su vida. La persona a quien había disparado y herido, y que podría haber muerto pero no lo había hecho».

Quiso huir. Esconderse. Gritar.

—Supongo que creía que nunca volvería a verme —comentó el hombre.

Quiso soltar «no», pero de repente le costaba demasiado respirar. Hiperventilaba. Notó que el corazón le latía con fuerza y se sintió mareado, como si estuviera atrapado en el calor y en el frío a la vez. Imaginó que el suelo que pisaba se resquebrajaba como una capa fina de hielo o se derretía como el alquitrán en un día caluroso. No sabría decidirse por cuál de las dos opciones.

—¿Recuerda qué día es hoy? —prosiguió el hombre.

El silencio se apoderó sigilosamente de la habitación como una enfermedad mortal. Ricky sabía que supuestamente tenía que romperlo, pero no pudo. Tenía la garganta cerrada. Los labios hinchados, cosidos por el miedo.

—Nuestro aniversario —dijo el hombre—. El suyo y el mío.

Otro silencio. Ricky sintió que la pared le presionaba la espalda. Era como si la habitación estuviera menguando.

—Es el día en que me dejó morir.

El silencio pareció volverse gélido.

—Me mató o, quizá, creyó que me había matado lo suficiente. Y entonces ¿pensó que podría vivir para siempre?

El hombre al que Ricky había conocido encarnando a tres personas distintas: Rumplestiltskin, el personaje burlón que le había exigido que se suicidara; Zimmerman, el falso paciente de psicoanálisis que se había inventado mentiras y lo había estudiado desde el diván, y el señor R, el asesino a sueldo que no había logrado acabar con su vida, se removió en su asiento. Le indicó con un gesto que se acercara a su escritorio y ocupara su silla habitual. Agitó la pistola como un director de orquesta movería la batuta para pedir atención a los músicos justo antes de interpretar las primeras notas.

—Se imaginaba que estaba a salvo, ¿verdad?

Ricky no contestó.

—No lo está. Nadie lo está de verdad nunca, por más que quiera creerse esa fantasía.

La pistola era como un remolino enorme en el centro de un océano. Ricky notaba cómo la corriente tiraba de él y lo arrastraba inexorablemente. Tuvo la sensación de que se ahogaba.

2

Ricky echó un vistazo frenético a su alrededor, intentando imaginar qué podría usar como arma. «¿Una lámpara? ¿Una silla? ¿De qué me sirven los puños contra una pistola?». Notó que le recorrían el cuerpo oleadas constantes de pánico. Fantasía: «Corre. Escóndete. Huye». Inspiró hondo para intentar centrarse. Realidad: «No puedes correr más que una bala. Tarik te enseñó eso». Necesitó una considerable fuerza de voluntad para dominar su miedo, conservar cierta compostura y acercarse despacio a su lado del escritorio para ocupar su silla.

Quería contraatacar, aunque no sabía muy bien cómo. El señor R pareció leerle los pensamientos.

—Supongo que estará pensando en el revólver que, de manera muy previsible, guarda en su mesilla de noche —comentó como si tal cosa, casi como si le divirtiera—. Y de algún modo desearía poder materializarlo en el cajón de arriba de su escritorio para poder hacerse disimuladamente con él. Salvo que su arma no está en ninguno de esos dos sitios. Está aquí. La tengo yo.

El asesinó levantó la mano izquierda. Ricky vio que llevaba puestos unos guantes quirúrgicos. El revólver le colgaba de un dedo extendido.

—¿Lo ve?

El señor R abrió con habilidad el tambor del arma de Ricky, dejó caer las seis balas al suelo y estas cayeron sobre la gruesa alfombra oriental que lo cubría sin hacer el menor ruido. Entonces se agachó y recogió una. La introdujo en el Magnum 357, cerró de golpe el tambor con un movimiento de la muñeca y lo hizo girar.

—Tal vez podríamos jugar, doctor. Ya sabe que me gustan los juegos. ¿La ruleta rusa, quizá? ¿Usted y yo?

Levantó el percutor y apuntó con el revólver a Ricky.

—¿Debería disparar? ¿Cuánta confianza tiene, doctor?

Ricky permaneció inmóvil.

—¿No es la vida entera una ruleta rusa? —dijo el asesino con una sonrisa.

Luego dejó el revólver y cogió su semiautomática con ambas manos para apuntar directamente al pecho de Ricky.

—¿Para qué crees que servirá matarme? ¿Para desquitarte? —soltó Ricky.

Miró fijamente la pistola e intentó recordarse a sí mismo que ya se había enfrentado antes con un arma parecida en las mismas manos y había salido vivo de aquella confrontación.

—Una vez me dio por muerto —comentó el asesino, que se levantó del diván y se dirigió hacia el sillón de cuero que estaba situado delante del escritorio.

Ricky observó que no podía decirse que el asesino cojeara, pero sí que parecía casi achispado.

Recuperó su tono experto de psicoanalista. Firme. Sin temor. Sin arrepentimientos. Sin críticas. Era como si lo hubiera encontrado bajo una piedra en lo más profundo de su interior.

—Creo que tendrías que ser mucho más preciso —indicó—. Llamé a una ambulancia, describí de manera apropiada tus heridas, les di tu localización exacta y después, como no podía hacer nada más, te dejé con una oportunidad realista de sobrevivir. Una oportunidad que, al parecer, aprovechaste.

—Una pequeña oportunidad —dijo el señor R negando con la cabeza.

—Pero evidentemente lo bastante grande —replicó Ricky tras inspirar.

—De acuerdo. Lo reconozco —dijo el señor R con una sonora carcajada.

—Creí que habíamos terminado —prosiguió Ricky—. Ese era el acuerdo. Tú intentaste matarme. Yo intenté matarte. Tú viviste gracias a mí. Tu hermano y tu hermana también salieron con vida. Todo ello en un equilibrio práctico. Como si pulsáramos la tecla de reinicio. Yo podía volver a mi práctica profesional. Tú podías seguir asesinando o lo que quisieras hacer. Tú seguiste tu camino. Yo seguí el mío. Nuestro pasado compartido ya estaba resuelto.

—Creo que no, Ricky —respondió el señor R con frialdad y un cambio brusco de tono y al tuteo—. Ambos fallecimos la última vez que nos vimos. Solo que tú no te diste cuenta de ello.

«¿Es eso cierto?», pensó Ricky, alterado por el asesino. De repente visualizó cómo enfocaba su aislamiento. La soledad. «¿Me he estado escondiendo? Sí».

La afirmación del señor R lo traspasó con la misma peligrosidad que una bala.

«Pero ese era mi antiguo yo. No mi nuevo yo. Mi nuevo yo merece vivir», quiso gritar. No lo hizo. Parecía atrapado entre «era» y «podría ser».

Permanecía sentado, inmóvil, rígido. Notó cómo todos los músculos del cuerpo se le tensaban y agarrotaban. Esperaba que el semblante no le hubiera palidecido y que las manos no le temblaran. Se quedó mirando al asesino. El

señor R parecía haber envejecido más de cinco años; el gris le salpicaba las sienes, le habían salido patas de gallo y se movía con vacilación, como un anciano aquejado de un dolor constante. Ricky pensó que tenía el aspecto de un hombre que se había pasado demasiados años trabajando duro, con el pico en la mano, encorvado en una mina de carbón a gran profundidad. Lo único que le faltaba era la letal tos de la enfermedad del pulmón negro.

Intentó detectar rabia, ira. Buscó en cada arruga de su cara los absolutos definidos por el arma que sostenía. Quería encontrar alternativas al asesinato, pero estas parecían escondidas entre las sombras que cruzaban el rostro del asesino.

—¿Eso es lo que pretendes? —preguntó con frialdad—. ¿Crees que puedes matarme y de algún modo irte de rositas?

—He hecho lo mismo muchas veces —afirmó el señor R—. ¿Por qué crees que no podría volver a hacerlo?

—Porque no puedes saber, por lo menos con total certeza, si me he preparado para este momento —respondió Ricky, mientras buscaba que se le ocurriera algo—. A lo mejor he estado esperando cada día tu llegada. ¿Qué medidas puedo haber tomado? Algunas fáciles, como una carta en los archivos de algún abogado con fotografías, documentos y todo lo necesario para culparte a ti y a tus hermanos, cerrada con la indicación en el caso de mi asesinato. O quizá haya instalado un circuito cerrado de cámaras que graba todo lo que ocurre en esta habitación. Tal vez haya pulsado ya una alarma silenciosa y la policía esté de camino. ¿Crees que puedo haber pasado los últimos cinco años formándome para matar y entonces esté, a pesar de las apariencias, totalmente preparado para este encuentro?

—Muchos «quizá» y «tal vez» en lo que sugieres, Ricky —replicó con seguridad—. No, doctor —dijo con una sonrisa y, encogiéndose de hombros, añadió—: No creo que hayas hecho nada de eso. Por más inteligente que seas, y yo no creo que lo seas tanto, no me imagino que te hayas preparado para este momento. Creo que en nuestro encuentro anterior creíste que habías ganado. Fuiste tú quien se marchó victorioso. Y los vencedores siempre están convencidos de que son inmunes. Nunca creen que el juego pueda no haber terminado. Y, en cualquier caso, no puede decirse que esta clase de preparativos sean propios de un psicoanalista, ¿verdad? Te dedicas a escuchar. Valoras. Y después reflexionas, pero nunca elaboras un plan detallado y te ciñes a él del modo en que, bueno, lo haría yo.

—Tu último plan fue mentirme y acudir a mí como Zimmerman, cuando el verdadero Zimmerman estaba muerto. Mi falso paciente —lo interrumpió

Ricky, que no pudo disimular cierta amargura en su voz.

—Exacto. Pero ¿no opinas que cualquier psicoanalista sabe que un paciente acaba conociendo el proceso terapéutico al mismo nivel que el médico?

El asesino bajó la mirada hasta el cañón del arma; parecía algo meditabundo.

—¿No crees que hay iras que duran toda la vida? Se cuecen a fuego lento día tras día, año tras año —dijo el señor R.

Ricky no respondió la pregunta.

—Pero estoy divagando. A ver, doctor, nadie con tu formación se prepara para evitar la propia muerte. Y «evitar» es la palabra crucial. Podríamos llevar a cabo lo que nos gustaría creer que es algún tipo de póliza de seguros, claro… como, por ejemplo, comprar un revólver y guardarlo en algún sitio a mano. Previsible. Pero, además, tú guardaste el tuyo en el lugar más habitual. O instalar algún sistema sofisticado como el que has descrito. Pero tampoco lo hiciste, porque esa clase de sistema violaría la privacidad de tus pacientes. —Negó levemente la cabeza—. Y, además, Ricky, no te gusta imaginarte como un paranoico…

A Ricky le pareció detestable que todo lo que dijera el asesino fuera verdad.

—… Aunque puede que un poquito de paranoia te hubiera ido bien.

El señor R aguardó una réplica que no iba a llegar.

—¿No tienes nada que decir, doctor? Pues permíteme que te diga que son unos preparativos muy pobres para mantenerse con vida —prosiguió el señor R—. Parecen los botes salvavidas de un crucero. Podrían resultar de ayuda en una tormenta. Pero tal vez podrían ser también como los del *Titanic*, totalmente insuficientes. Y, en cualquier caso, ¿no es el peligro real algo diferente? ¿Como una epidemia que se propaga en el barco? ¿O tal vez algo más al estilo de Hollywood: un asesino en serie que actúa a bordo? Los botes salvavidas no sirven para nada. De todos modos, eso no es lo que va a pasar aquí esta noche. —Se detuvo y observó el rostro de Ricky—. O no es exactamente lo que está pasando aquí esta noche.

Ricky se revolvió en su asiento.

—Bueno, entonces ¿qué es lo que está pasando aquí esta noche?

—¿Ves lo que esta arma lleva incorporado, Ricky?

Ya se había dado cuenta. Una prolongación tubular negra enroscada al cañón. Familiar para cualquiera que haya ido alguna vez al cine o haya visto una serie policíaca en la televisión.

—Un silenciador —respondió.

—Convierte un sonoro ¡bang! en un suave ¡puf! —dijo el asesino tras asentir con la cabeza—. Es un accesorio maravilloso. No impide la muerte que pretende causar el arma. Pero cambia la naturaleza de todo durante una fracción de segundo. Al disminuir el ruido, crea una oportunidad. Reduce una parte de esta relación. El sonido de tu muerte queda alterado. Es ilegal tener un arma que lleve uno incorporado, ¿sabes, Ricky? Siempre he pensado que esto no tiene demasiado sentido. Quiero decir lo siguiente: puedes entrar en una armería, quizá rellenar algún formulario y salir con un arma letal. Pero el accesorio que cambia el ruido lo convierte en delito. Hay cierta ironía filosófica en eso, ¿no crees?

Ricky quiso contestar algo, pero como se le había vuelto a quedar la garganta seca, se limitó a asentir.

El asesino cambió de postura, aunque el arma que tenía en la mano no pareció moverse.

—Me gustaría que tuvieras el silenciador, y su verdadera función, en cuenta.

Ricky intentó reunir fuerzas para lanzarse por encima de la mesa en un intento desesperado y vano de apoderarse de la pistola que lo estaba apuntando. Sabía que no lo conseguiría, pero no quería que el último momento de su vida fuera pasivo y resignado. Juntó los pies para impulsarse. Tensó los músculos e intentó darles órdenes. Empezó a decirse en silencio: «Preparado. Listo…». Estaba a punto de gritar mentalmente «¡Ya!» cuando…

—Enciende el ordenador —dijo con frialdad el asesino.

Ricky se detuvo.

—¿Qué?

—Enciende el ordenador. El que tienes en la esquina de la mesa. No creo que sea una petición tan difícil de entender, Ricky —soltó el señor R con un tono burlón en la voz.

—¿Para qué?

—¿No quieres averiguar por qué estoy aquí esta noche? —respondió el asesino con una carcajada sardónica.

Ricky encendió el ordenador. La pantalla negra adquirió color y apareció un previsible salvapantallas con el perfil de Miami.

—Ahora, pon esto —indicó con calma el señor R. Sacó un CD de un bolsillo de la chaqueta y lo lanzó sobre la mesa. Ricky lo cogió con cautela, como si fuera radiactivo, y lo deslizó en el dispositivo correspondiente.

Apareció una flecha en el centro de la pantalla.

—Clica en ella —ordenó el señor R, haciendo un pequeño gesto con la pistola.

Al principio, Ricky solo oyó un ruido: una orquesta que ascendía hacia las notas complejas de una pieza clásica, algo remotamente familiar.

Diez segundos. Nada más.

Se detuvo de golpe.

Y entonces vio en la pantalla una imagen borrosa, ligeramente desenfocada. En la parte inferior había una típica barra de instrucciones, con la flecha de reproducción a la izquierda. Apenas pudo distinguir a dos personas inmóviles en el centro de la imagen. Superpuesto a ellas había un mensaje en letras negras de palo seco:

16 de septiembre
21:37 Teatro Repertory de la calle Trece 70 de la calle Trece Oeste de Nueva York
Segundo ensayo/Sin guion

La fecha correspondía a seis días antes. Ricky vio un escenario pequeño y oscuro, con una pared de ladrillos rojos descoloridos a un lado y un telón negro que cubría el fondo. En medio del escenario había una silla de madera.

En ella estaba sentado un hombre que enseñaba las manos como si las tuviera atadas. Ricky no reconoció al actor. A unos metros de distancia, mirando al hombre, vio a una actriz.

La reconoció de inmediato.

La hermana menor del asesino. La mujer que él había conocido con el nombre de Virgil.

Llevaba una pistola de atrezo, o por lo menos eso supuso, en la mano derecha. Estaba tan hermosa como el primer día que Ricky la había visto, cuando le hizo llegar la primera amenaza y lo empezó a conducir a una situación en la que todo lo que creía que era su vida había sido sistemáticamente derribado y destruido. Verla en la pantalla lo embargó de emociones diversas. Aunque pareciera extraño, culpaba a Virgil de lo que iba a ocurrir incluso más que a su hermano mayor, el asesino que supuestamente esa misma noche iba a matarlo de un tiro. Sintió una rabia inconexa y contradictoria, como si pudiera alargar la mano hacia el ordenador y agarrarla del cuello, pero sin saber qué haría una vez que la tuviera sujeta.

Se volvió hacia el señor R.

—Solo nos falta tu hermano, el abogado que se hacía llamar Merlin.

—Sí —coincidió el asesino—. Pero no hemos terminado. Reproduce la escena.

Ricky hizo clic en la flecha de reproducción.

La acción se inició, casi a mitad de una frase.

Virgil apuntaba con la pistola de atrezo al hombre de la silla. Ricky apenas atisbaba la furia contenida que reflejaba su rostro. La expresión del actor sentado mezclaba el pánico con una resignación por lo que iba a pasar y que acababa desembocando en determinación. Por un segundo, Ricky se sintió desconcertado. Pensó que el hombre sentado en el escenario era él, como si el actor estuviera imitando todo lo que le había pasado por la imaginación. Y entonces se le ocurrió algo aterrador: «No es ninguna obra. Es real». Seguido de: «No, no lo es». Dejó esos pensamientos a un lado y observó la acción que se desarrollaba ante él.

—Tienes diez segundos —decía Virgil con una voz que rezumaba asesinato en aquellas frases preparadas—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis…

Entre bambalinas, fuera de lo que enfocaba la cámara, una voz enérgica de hombre indicaba:

—Procura usar la pistola para recalcar la cuenta…

Virgil asentía. Se preparaba y se ponía de nuevo en situación.

—Tienes diez segundos —repetía. El tono era el mismo, pero esta vez tendía el arma bruscamente—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis… —Al pronunciar cada número, movía ligeramente el cañón de la pistola.

—Perfecto —decía la voz entre bambalinas—. Eso es a lo que me refería.

—Se acaba el tiempo —continuó Virgil—. ¡Siete! ¡Dilo!

El hombre de la silla pareció incorporarse, desafiante.

—No. No lo haré. ¡Porque aunque confiese, nunca te darás por satisfecha!

Virgil vacilaba en el escenario. Sin abandonar su concentración, pedía urgentemente en un susurro: «¡Frase!».

Casi al instante, desde una parte oculta del teatro en penumbra, otra voz hablaba en voz alta:

—¡Mata a tu hermano! ¡Mátalo esta noche! ¡Mátalo mañana! ¡Es la única forma de salvarte!

En el escenario los dos actores se detenían de golpe. Miraban a su alrededor, confundidos y sorprendidos. Fuera de cámara, se oía la voz del director preguntando, enojado: «¿Quién ha dicho eso? ¡Eso no está en el guion! ¡Maldita sea! ¿Quién lo ha dicho?».

Ricky vio que Virgil dejaba caer de repente la pistola de atrezo al suelo con una expresión de pánico en la cara. Y luego, la pantalla se volvió negra.

Pasados unos segundos, apareció otra flecha de reproducción en la pantalla.

—Espera —dijo el señor R con frialdad—. Aguarda un segundo.

Ricky había estado a punto de desplazar el ratón del ordenador hacia esa flecha, pero se detuvo. Dirigió una mirada al señor R, quien parecía tener la mandíbula apretada.

—¿Quién…? —empezó a preguntar.

—No lo sé —respondió el señor R.

—Pero seguro que…

—No. Cuando encendieron las luces unos minutos después, no había nadie en el teatro aparte de mi hermana, el otro actor que estaba en el escenario, el director, un escenógrafo y su novia, que había ido esa noche a echar una mano. Quien dijo esas frases ya no estaba en el teatro.

—Bueno, ¿y el cámara que captaba las imágenes? —Ricky trató de analizar lo que había visto.

—Se había ido. O deje que lo diga de otra forma: no sabían que los habían grabado hasta que al día siguiente llegó este CD al piso de mi hermana.

Ricky se quedó mirando al señor R. Al igual que el actor del escenario, la mirada del asesino reflejaba contradicción.

—Ella me llamó inmediatamente después del ensayo y me contó lo que había pasado.

—¿Y?

—No me la creí del todo. Pensé que, de algún modo, lo habría entendido mal. Después de todo, está muy concentrada en el escenario. Creí que sería alguna de las típicas confusiones del teatro, algo de lo que reírse la noche del estreno. Es extraño, ¿no le parece, Ricky? Mi reacción: ¿Un mecanismo de defensa? ¿Negación? ¿Qué clase de término psiquiátrico aplicaría al hecho de no creer a alguien en quien has confiado toda tu vida? Especialmente en el caso de alguien acostumbrado a… —Se detuvo para echar un vistazo al arma que tenía en la mano—. Bueno, digamos que a las excentricidades de la muerte.

—Yo no califico… —empezó a decir Ricky.

—Claro que no —lo interrumpió el señor R con un resoplido insolente—. Ricky se mantiene al margen. Ahora dele a esa nueva flecha de reproducción.

Se vio otra imagen fija en la pantalla, acompañada de la correspondiente barra de instrucciones en la parte inferior. Se trataba de la imagen de una calle bordeada de árboles frondosos, extrañamente familiar, situada en una zona residencial. Al fondo había una pequeña furgoneta blanca de nueve plazas. A

pesar de que la imagen estaba ligeramente desenfocada, Ricky distinguió el nombre de una escuela en el costado. De nuevo, unas letras negras de palo seco destacaban por encima de la imagen fija:

16 de septiembre
7:17
247 Middle Street
Greenwich, Connecticut
Ruta de recogida núm. 4

—Adelante. Reproduzca el vídeo —dijo el señor R.

Ricky pulsó el ratón. Vio lo siguiente:

Un niño de unos diez años, vestido con unos pantalones de camuflaje y una camisa azul claro, salía dando saltos de la puerta principal de una gran casa de estilo Tudor muy bien cuidada, justo cuando la furgoneta se detenía en un *stop* de la calle adyacente. Saludaba un momento con la mano a alguien que estaba dentro de la casa y corría entusiasmado hacia el vehículo que lo esperaba. La puerta de la furgoneta se abría y se vislumbraba a otros chavales en su interior antes de que el niño se sentara y desapareciera de la vista.

En la pantalla aparecieron estas palabras:

Mark hijo.
«No pierdas el autobús...»

La pantalla fundió a negro.

Sonó música por los altavoces del ordenador mientras la pantalla permanecía en negro. Una orquesta cobró ímpetu. Era la continuación de lo que había sonado antes. Siguió *in crescendo* un momento hasta detenerse de golpe.

Diez segundos más. Nada más.

Otra imagen fija en la pantalla:

La fachada de la misma casa.

Las mismas letras negras de palo seco:

16 de septiembre
7:22
247 Middle Street
Greenwich, Connecticut

La misma flecha de reproducción. El señor R hizo un gesto con su pistola.

El vídeo mostraba la puerta una fracción de segundo. Acto seguido, una atractiva mujer morena, vestida con pantalones de marca y una blusa de seda, salía con una chiquilla de la misma edad que el niño de la imagen anterior. La niña llevaba unos vaqueros y una camiseta escarlata, y andaba prácticamente a brincos, llena de entusiasmo. Se ponía una mochila de color rosa vivo al hombro y luego se sentaba en el asiento del copiloto de un caro SUV Mercedes de color blanco. La cámara seguía su partida como un par de ojos, antes de regresar a la puerta principal.

Luego mantenía ese plano otros treinta segundos, casi el tiempo suficiente para resultar aburrido. En ese momento se abría la puerta y salía el hombre al que Ricky había conocido en su día como Merlin. Llevaba una chaqueta azul de raya diplomática al hombro y un reluciente maletín de piel marrón en una mano: era la viva imagen de un abogado adinerado. Cerraba la puerta con llave y se dirigía con aire despreocupado hacia un sedán Mercedes plateado, se sentaba al volante y recorría el camino de entrada, igual que había hecho el otro coche, para desaparecer sin vacilar manzana abajo. La imagen se congelaba después de que el Mercedes desapareciera.

Y, como antes, debajo de la última imagen:

Molly y su madre, Laura.
«Vamos al cole, tralará...»
Mark padre.
«Silbando al trabajar. Ay ho...»

La pantalla fundió a negro de nuevo. Tres segundos.

Y luego aparecieron las letras rojas de palo seco.

Mismo día.
Misma dirección.
7:39

Estas letras permanecieron en pantalla un momento, antes de convertirse en una imagen del reloj digital de un horno que marcaba la misma hora.

La cámara parecía retroceder y empezaba a recorrer el lugar:

Una cocina bien equipada de gama alta. Electrodomésticos nuevos, modernos, de acero inoxidable. Encimeras de granito. Armarios a medida. Nevera para vinos. Lámparas colgantes caras.

Seguía un *travelling* en el que la cámara recorría un elegante comedor con una mesa grande y reluciente de madera oscura, un amplio salón amueblado

en blanco que parecía asépticamente limpio y una sala de televisión con cuatro sillones reclinables de cuero negro reunidos frente a una enorme pantalla plana colgada en la pared, y subía después una escalera decorada con diversas fotografías de la familia enmarcadas hasta llegar a un dormitorio principal, donde la cámara se entretenía unos instantes, casi como si acariciara la ropa colgada en los armarios, los cojines de seda, el conjunto de envases de un caro maquillaje y entraba, por fin, en las habitaciones que claramente pertenecían a los dos niños. En una destacaban los pósteres de deportistas y de una película de Disney, y una cama hecha apresuradamente con sábanas de *Star Wars*. La otra estaba llena de fotografías de estrellas del pop y tenía una gran casa de muñecas, tallada a mano, en un rincón. La cámara se concentraba en una colección de peluches: un Oso Paddington, un dinosaurio amarillo, un caimán verde, varios gatitos, un perro de orejas grandes y ojos tristes y una muñeca de trapo Raggedy Andy. En la imagen aparecía una mano enfundada en un guante negro. Se quedaba suspendida sobre el conjunto y apartaba entonces varios peluches de un golpe antes de fijarse en el Oso Paddington. Agarraba el peluche por el cuello y le retorcía el pescuezo. Al osito se le soltaba el sombrerito amarillo, que acababa cayendo al suelo. El pelaje artificial se rasgaba y se le salía algo del relleno. El cuello del osito quedaba retorcido, como si lo tuviera roto. Entonces, la mano enguantada dejaba caer el peluche destrozado sobre la cama. Pasado un segundo, la mano volvía a aparecer blandiendo un cuchillo para filetear. Rasgaba el peluche y desaparecía. La cámara se concentraba en esa imagen unos segundos y, después, se fundía profesionalmente en un primer plano de una de las fotografías de familia que estaban colgadas en la pared: Merlin, su esposa y sus dos hijos en una playa. Una familia típica en una instantánea veraniega: sonrisas y rostros bronceados, cubos de plástico y un castillo de arena.

La mano enguantada aparecía de nuevo en la imagen y esta vez sujetaba un rotulador rojo. Dibujaba cuidadosamente un círculo alrededor de la cara de cada persona que aparecía en la fotografía, antes de ir tachándolas una a una con una cruz. La mano con el rotulador salía de la imagen un momento. Y, después, volvía a aparecer de repente para asestar un puñetazo de gran violencia a la fotografía, de modo que el cristal se hacía añicos sin que se oyera ningún sonido.

La cámara enfocaba los trozos de cristal roto.

Cambiaba entonces ligeramente de ángulo y aparecía la misma mano enguantada sosteniendo ahora una cajita marrón. Daba la vuelta a la caja y de ella caían aproximadamente una docena de piezas de madera; un puzle casero,

pero no uno de esos tan complicados, con más de mil piezas, que lleva todo el verano montar. Este era más bien una versión infantil, consistente en una sencilla imagen cortada en piezas y montada sobre una lámina de madera. Fuera cual fuese, la imagen que tenía que mostrar el puzle estaba oculta. La cámara se detenía en las piezas desparramadas. Entonces, la mano enguantada recogía dos piezas con una forma extraña y las sostenía un momento antes de unirlas.

Las mismas letras negras de palo seco volvieron a aparecer:

Primera pieza. Segunda pieza. ¿Las reconoces?

La pantalla fundió a negro de repente.

El volumen de la música era cada vez más alto.

Diez segundos más de orquesta.

Esto terminaba bruscamente con una nota que resonaba de manera artificial. Ricky se quedó mirando la pantalla.

—¿Hay más? —preguntó.

—No —contestó el señor R.

—¿Qué estoy mirando exactamente? —quiso saber Ricky.

—La muerte —dijo el señor R—. La muerte acercándose mucho.

Ricky se removió en su asiento.

Empezó a tener mucho calor, como si de repente se hubiera puesto bajo la luz de un foco. Como los actores que ensayaban la obra, lo invadía la sensación de que cada movimiento, cada expresión y cada inflexión de cada palabra que decía era valorada, medida y examinada.

El señor R parecía de hierro. Imposible de doblegar. Cuando Ricky lo miró, observó una ausencia total de expresión en su rostro. Pensó que debía de ser como el momento exacto antes de apretar el gatillo: el asesino se volvería un témpano de hielo. Parecían los ojos de un tiburón cuando se ponen blancos a la hora de atacar. La mano en la que sostenía la pistola no le había temblado ni una sola vez.

—¿La música? —preguntó el señor R—. ¿No la has reconocido?

—No.

—Schubert. ¿Y qué me dices del fragmento de la obra de teatro? ¿Has reconocido esa parte del diálogo? ¿El decorado, tal vez?

—Algo moderno.

—Sí. Y bastante famoso. Te doy una pista: venganza.

El señor R entornó los ojos.

—Tu cultura es terriblemente escasa, Ricky.

En otros labios, esto podría haber sido el preludio de una broma. Ricky estaba sumando y restando mentalmente a toda velocidad, como si fuera una especie de ábaco barajando las cifras que acompañaban a su posible asesinato: «En el lado positivo, vivo… En el lado negativo, muero…». El hombre que tenía delante era un asesino, un sociópata, perfectamente capaz de hacerle ver toda una actuación simplemente para juzgar cuál era su reacción el segundo antes de apretar el gatillo. El señor R era un hombre que no necesitaba explicaciones para sus actos. Era un hombre de ejecución, tanto literal como figuradamente. De niño, lo había convertido cuidadosamente en una máquina asesina un experto en ese campo, en concreto el hombre que había formado a Ricky en el psicoanálisis y había sido su mentor. La única satisfacción real del señor R consistía en disfrutar de la perversa relación entre quien administraba la muerte y quien la recibía. En ese simposio, el señor R tenía un máster.

Araña. Mosca. Telaraña.

Observó al señor R: «Un hombre a quien le encanta la venganza y la muerte».

Inspiró hondo.

«Eso no es del todo cierto —se recordó Ricky—. También quiere profundamente a sus hermanos menores y hará cualquier cosa por ellos. Ellos son las únicas fuerzas que lo unen al mundo real y que dan algún significado a sus actos. Por ellos no hay límites. No es un autómata. Es un sociópata con la pizca más pequeña posible de humanidad. Pero puede que ahora mismo esta sea la más importante».

—Muy bien —prosiguió el señor R. Todavía frío. Todavía peligroso. Un hombre que podía decantar al instante su rabia interior hacia cualquiera de esos dos extremos—. Dime, señor Psicoanalista, ¿qué significado tiene ese CD para ti?

—¿Significado?

—Interprétalo.

—Quieres que…

—Sí.

—Así, a bote pronto…

—Exacto.

—Era una amenaza —dijo Ricky pasado un instante.

—Sí. Obviamente.

—Alguien quiere ver muerto a alguien.

—Sí. Obviamente.

—Alguien anda a la caza.

—Sí. De nuevo, doctor, eso es obvio.

—Alguien quiere que tu hermana te mate.

Ricky se detuvo. Le vino a la cabeza otra idea.

—O quizá quiera que tu hermana mate a tu hermano. En el ensayo, esa voz solo dice: «Mata a tu hermano». Supongo que podría referirse a cualquiera de vosotros dos.

—Sí. Mejor. Eso también se me ocurrió a mí.

—Tu hermano es abogado. Tiene que haberse ganado grandes enemigos.

—Sí. Así es. —La frialdad del señor R se transformó en una sonrisa—. ¿No lo dijo ya Shakespeare? «Lo primero que debemos hacer es matar a todos los abogados…».

—Creo que hay muchos letrados que tienen esa cita enmarcada en la pared porque la consideran divertida —respondió Ricky.

—Continúa —dijo el señor R, encogiéndose de hombros con una sonrisa en los labios.

—El segundo elemento del CD sugiere claramente que el objetivo es tu hermano —prosiguió Ricky.

—Sí. Es lo que yo pensé. Pero no estaba seguro.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Ricky.

—Estoy en pleno conflicto. La lógica ofrece dos respuestas fácilmente aceptables a la duda que suscita el CD. Se puede argumentar convincentemente que el objetivo es él por el allanamiento de su hogar y de su espacio familiar. Pero también se puede argumentar que en realidad soy yo.

—¿Y eso? —preguntó rápidamente Ricky.

—Porque soy yo quien debería ser el objetivo —contestó el señor R con frialdad. El asesino titubeó—. Míralo de este modo: tal vez porque, llegado el momento de ir al confesionario y detallar nuestros pecados, el rato que yo pasaría dentro sería considerablemente más largo. A fin de cuentas, doctor, como tú y yo sabemos, soy un auténtico chico malo. Hasta la médula. De los pies a la cabeza. Él es un mero abogado. Yo he matado, por lo que quizá merezca morir. Sin embargo, él, en el transcurso de su carrera profesional, ha arruinado sin duda algunas vidas. Ha hecho bastantes cosas que ambos podríamos considerar terribles, eso sí, todas ellas dentro de los parámetros legales, pero que podrían llevar a alguien al extremo de querer buscar… —El asesino titubeó de nuevo y sonrió para finalizar—: Digamos simplemente una venganza de tipo extracurricular.

El señor R sacudió la cabeza, entre frustrado y enojado.

—Pero puede que el hecho de merecerlo no sea la forma adecuada de plantear este asunto. No puedo arriesgarme a equivocarme.

Esta frase estuvo acompañada de una mirada que traspasó a Ricky. La sensación de estar bajo un foco lo invadió de nuevo. Ambos hombres guardaron silencio un momento. Ricky se concentró tanto en lo que había visto en el CD como en el hombre que tenía delante. Tenía la garganta seca. Pensó que las palabras que iba a decir eran tan peligrosas como la descarga eléctrica de un cable pelado.

—Creo que te das demasiada importancia —comentó despacio.

Por un instante, el señor R pareció sorprendido. Acto seguido, frunció el ceño, airado, e inmediatamente sustituyó ese gesto por una sonrisa retorcida.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—El mero hecho de ser quien eres no significa que tú constituyas el objetivo. Todo lo que hay en ese CD indica que es tu hermano, y su familia, quien corre peligro. ¿Qué te induce a pensar que la persona que hizo el CD sabe siquiera quién eres? Tu profesión… —Ricky bajó la voz— exige una gran cantidad de confidencialidad y de anonimato, ¿no?

—Sí. Es cierto. —El señor R habló casi como si se disculpara.

—«Mata a tu hermano. Sálvate». Creo que eso está claro —dijo Ricky.

Luego se detuvo y empezó a dar vueltas a esa amenaza en la cabeza.

—Sí —dijo el señor R tras asimilar, al parecer, sus palabras—. Supongo que tienes razón. Un asesino siempre cree que en el fondo todo tiene que ver con el asesinato. Me pregunto si será consciente de lo que soy capaz. No mucha gente lo sabe, doctor. Si es así, bueno, el problema es uno. Si no, se trata de otro problema diferente. Así que ¿puedes responder esa pregunta por mí?

—No —contestó Ricky—. Aún no. Pero comprendo tu dilema.

—Pensaba que así sería —dijo el señor R, sacudiendo la cabeza—. De hecho, no se me ocurrió a nadie más experto que tú a la hora de analizar lo que de forma extraña llamas «dilema». —La pistola que apuntaba al pecho de Ricky no se movió ni un milímetro—. ¿Qué más has visto en el CD, doctor?

—La segunda parte posee elementos de ambigüedad y otros de certeza —explicó Ricky. Pensó que sonaba monótono, como si estuviera impartiendo una clase, y se preguntó si ese tono sería adecuado—. Por un lado, es un poderoso alegato que muestra la vulnerabilidad de tu hermano y tu familia ante alguien con intenciones asesinas. Otorga a esta persona el control.

—Sí —asintió el señor R—, eso es inquietante. Pero continúa.

—Tendría que estudiarlo más, pero… —empezó a decir Ricky.

—Por favor, doctor —lo interrumpió el señor R con un gesto del arma que cortaba en seco el evidente pretexto de Ricky para ganar tiempo.

—El Oso Paddington. La imagen de las vacaciones en familia —añadió apresuradamente Ricky.

—¿Qué opinas de ello?

—La mujer y los hijos… gemelos, ¿verdad? Bueno, eso sugiere que también son posibles objetivos, creo. Es algo contradictorio. Dice «Mata a tu hermano», pero si él fuera el único objetivo potencial, ¿por qué concentrarse en todos los miembros de su familia? ¿También están ellos en peligro?

—Sí, diría que sí —respondió el señor R—. Son un punto débil en todo este asunto. Es difícil mantener a salvo a niños inocentes, ¿verdad?

«Es difícil mantener a salvo a nadie —pensó Ricky—. Pero al final siempre hay riesgos. Como caminar por una calle del Distrito Nueve de Nueva Orleans a altas horas de la noche».

—¿Crees, doctor, según tu opinión como psiquiatra, por supuesto, que yo podría soportar el impacto de que uno de mis dos sobrinos muriera asesinado? ¿O de que mataran a uno de mis dos hermanos sin que yo, a pesar de todo de lo que soy capaz, pudiera impedirlo?

Ricky reflexionó un momento. Era una afirmación, dicha con una mezcla tóxica de amargura y de furia, expresada en forma de un par de preguntas. Fue consciente de que esta era, más o menos, la amenaza a la que él se había enfrentado hacía cinco años. Era una ironía que no le pareció prudente mencionar en voz alta.

—El reloj de la cocina. El del horno. Enfocó la cámara en ellos para mostrar la facilidad con la que podía sortear el sistema de alarma que tu hermano tenga en casa, por sofisticado que sea.

—Eso es evidente —convino el asesino.

—E, implícitamente, de cualquier otro sistema electrónico.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Las tomas exteriores de la mañana… indican claramente que conoce los horarios diarios de la familia.

—Intenta decirme algo que no sepa, doctor.

Ricky notó que se le entremezclaban las ideas. Trató de encontrar algo a lo que aferrarse. El experto en asesinatos quería respuestas de un experto en emociones.

—El recorrido por la casa de tu hermano. Eso creaba intimidad, ¿verdad?

—Otra vez, sí. Muy personal, ¿no te parece, doctor?

Ricky asintió. Se dijo a sí mismo que debía medir cuidadosamente sus palabras.

—La imagen del Oso Paddington era muy potente. Transmitía una rabia profundamente arraigada. No algo inmediato, sino algo que existe desde hace mucho tiempo.

—Conozco esa clase de rabia —soltó el señor R con dureza asintiendo—. Sí, sigue, por favor.

—El hombre tras la cámara podría haber destruido la habitación. O acuchillado la cama de tu hermano o rasgado algunas de sus prendas de vestir. O toqueteado sugerentemente la ropa interior de su mujer. Quizá incluso haberse masturbado usando unas de sus medias. Eso habría captado tu atención. Pero no hizo ninguna de esas cosas. Eligió destripar el peluche de la niña. En cierto sentido, es una elección más aterradora.

—¿Acaso se trata de una rabia al borde incluso de la psicosis?

—Quizá. Pero lo dudo. La psicosis es enemiga de una planificación meticulosa —explicó Ricky—. Pero hay dos momentos claros en que esta persona perdió el control. El del Oso Paddington y, evidentemente, después de tachar con unas cruces las caras de tu hermano y de su familia. No pudo contenerse. Además, tuvo que romper el cristal. Es la personificación de una rabia apenas contenida.

Hablaba como si estuviera dando una conferencia en la sesión clínica de un hospital. No tenía la menor duda de que el señor R comprendía de manera innata lo que estaba diciendo.

—Hay algo más que hace que la psicosis sea poco probable —prosiguió tras vacilar un instante—. La imagen del reloj al principio…

—Sí. ¿Y eso?

—Bueno, no se vuelve al reloj, por lo que no sabemos cuánto rato estuvo esta persona en casa de tu hermano. Ni si había estado en ella antes y, de ese modo, sabía qué imágenes quería captar. El vídeo está hecho hasta el final desde su punto de vista. Eso es significativo. Dicho de otro modo, o bien ya conocía el lugar, o bien se tomó el tiempo suficiente para averiguar la distribución de la casa antes de grabar el vídeo.

El señor R pareció dar vueltas a estas palabras en su cabeza.

—Interesante —dijo—. Sí. No me había fijado en eso. —Soltó una carcajada—. Bravo, Ricky. La mayoría de los policías tampoco se habría fijado en eso.

—Lo que me mostraste sugeriría algo más próximo a una obsesión muy desarrollada —sentenció Ricky tras tragar saliva con fuerza.

—Sí, yo también deduje eso. Pero ¿cuál es esa obsesión? O, lo que es más importante, ¿de dónde viene?

—No sé si tenemos información suficiente… —empezó a decir Ricky, pero se detuvo al ver que el asesino fruncía el ceño—. El Oso Paddington: creo que hay que analizarlo más a fondo —añadió enseguida.

—¿Y eso? —dijo el señor R.

—La persona tras la cámara podría haber seleccionado cualquier animal de peluche para destruirlo, pero se decantó por el Oso Paddington. En el vídeo se observa que tuvo que apartar otros peluches para elegir ese en concreto.

—Sigue —pidió el asesino—. No había caído en eso.

—En el cuento original, al menos que yo recuerde, el Oso Paddington está perdido hasta que una familia lo adopta.

—Esa es la clase de observación que solo haría un psicoanalista —dijo el señor R sonriendo de nuevo.

—La acción: rasgar y estrangular al peluche. Apuñalarlo. Dejarlo maltrecho en la cama de la niña. Eso envía un mensaje claro. Como tachar las caras de todos los miembros de la familia y romper después el cristal del marco que contenía la imagen. Con ello subrayaba sus riesgos y su vulnerabilidad. Forma parte del mismo mensaje, a mi entender.

—¿Y cuál es? —preguntó el señor R asintiendo ligeramente.

—Ten miedo.

—Sí. ¿Y?

—El hombre tras el CD es muy peligroso.

—Sí —coincidió el asesino pasado un instante—. Exacto. Dicho de otro modo, es como yo en ese aspecto.

Los dos estuvieron callados un momento hasta que Ricky dijo:

—Pero…

—Naturalmente. Pero. El puzle. ¿Y qué te ha dicho eso, doctor?

—Verás, el concepto cambia. Primero, el vídeo es lo que ve el hombre. Luego pasa a ser lo que él quiere que veas. Y eso sugiere que se trata de un juego que hay que reconstruir.

El señor R miró a Ricky.

—La muerte siempre es un juego, doctor.

Ricky no replicó nada.

—Lo he jugado muchas veces. ¿Qué dice la gente? «Fulanito o menganito burló a la muerte…», como si morirse fuera siempre una contienda. Ya se sabe, nadie ha vencido a la muerte. Pero, a veces, esta parece precisar que se lleve la puntuación. Eso es cierto si te estás enfrentando a un arma de nueve

milímetros cargada, como la que yo tengo en la mano, o si vas a dar un paseo en bicicleta a mediodía por las calles de Manhattan.

Ricky se quedó petrificado.

—En toda mi vida profesional solo hay una persona que me haya superado en este tipo concreto de juego —afirmó el señor R.

Otro breve silencio se interpuso entre ambos.

—Tú. —Lo señaló con el cañón de la pistola—. No tengo intención de volver a perder. Y mucho menos esta vez.

—Si es un juego, ¿cuáles son las normas?

—No lo sabemos. Pero sí conocemos algo, ¿verdad, Ricky?

Este pensó un momento.

—Sí —respondió lentamente—. Ambos sabemos que quien se tomó la molestia de preparar este CD tendrá algo más en mente.

—El puzle todavía no ha empezado a tomar forma —dijo el señor R con una sonrisa—. ¿Es lo que estás diciendo, doctor?

—Sí. De modo que cabe esperar la exposición de otras piezas.

—Creo que estás en lo cierto —dijo el señor R.

De nuevo se produjo un breve silencio. Era como si ambos hombres necesitaran inspirar y espirar. Pasado un instante, Ricky habló. La ronquera se había apoderado finalmente de su voz, y tuvo que gruñir su pregunta:

—¿Qué quieres de mí?

—Hombre, doctor, quiero lo mismo que cualquiera que se sienta en este sillón o se tumba en ese diván. Quiero su ayuda.

Esta vez, el silencio envolvió a ambos hombres como una soga.

—¿Qué clase de ayuda?

—La que decidas que necesito —contestó el señor R.

Ricky señaló la pistola que el asesino tenía en la mano.

—No hay demasiadas personas que me pidan ayuda a punta de pistola —observó.

—Tal vez deberían hacerlo —replicó el señor R con una carcajada.

—Supongamos que me niego —dijo Ricky en voz baja.

—No lo harás —aseguró el señor R—. Por varias razones: la primera, no es propio de ti desentenderse de una petición sincera de ayuda. La segunda es que sabes que podría ser una opción peligrosa. Tú dices «no» y yo respondo «entendido» y ¡bang! Nuestra pequeña sesión se termina. El último psicoanálisis del doctor Starks. O una tercera posibilidad: me marcho y te mato cuando mejor me parezca. Mañana. La semana que viene. El mes que viene. Cuando yo decida. Nunca sabrás cuándo puedo surgir de las sombras y

¡bang! Con cada paso que des a continuación te preguntarás «¿Y si?» y «¿Por qué no lo hice?».

El señor R se levantó. Por primera vez, había bajado el arma.

—Ahí va otra razón por la que vas a ayudarme, doctor.

—¿Cuál?

—Haces esto por mí y nuestra relación termina de verdad. Tú sigues tu camino, y yo el mío. Mis hermanos también siguen el suyo. Todas las cuentas quedan finalmente saldadas por completo. Una oferta atractiva, ¿no te parece, doctor? No tendrás que preguntarte nunca más cuándo podría presentarme con malas intenciones.

Se quedó mirando a Ricky como si examinara su reacción.

—Este es el trato, doctor. Es bueno. Tendrías que aceptarlo, con entusiasmo.

Ricky se sentía como si tuviera todos los músculos del cuerpo clavados.

—Tomaré tu silencio como un sí —dijo el asesino—. Te dejo eso —añadió, señalando el CD—. Haz tus deberes. Estaremos en contacto.

—¿Cuándo? —pudo soltar por fin Ricky.

—Cuando yo lo decida.

—¿Cómo?

—Como yo quiera. Prefiero ser yo quien concierte mis citas —dijo, y rio como si hubiera contado un chiste—, según mi agenda. Aunque no sucede lo mismo con mis hermanos: están esperando tu llamada. Esta noche. Tienen miedo, aunque no es probable que lo admitan. —Se sacó un papelito del bolsillo. En él había un número de teléfono impreso. Lo dejó caer sobre la mesa.

Señaló con su arma el Magnum 357 de Ricky y las inútiles balas, esparcidas de cualquier forma sobre la alfombra.

—Creo que tal vez podrías necesitarlo antes de que terminemos con esto —comentó.

Ricky puso cara de póquer.

—La última vez que nos encontramos salvaste tu propia vida. ¿Cómo lo conseguiste? Volviéndote un poco como yo. Esta vez tienes que salvar la vida de otras personas. Yo quiero vivir, Ricky. Pero, por encima de eso, quiero que mis hermanos vivan. Sanos y salvos. ¿Cómo era el típico final de los cuentos? —Sonrió—. Como cualquier Rumplestiltskin te diría: «Fueron felices y comieron perdices». Eso es lo que quiero. Así que tal vez vas a salvar sus vidas. Y, naturalmente, también es posible que nos salves a todos nosotros. —Se detuvo un instante antes de continuar—: Y supongo que esta vez podrías

salvarte de verdad a ti mismo —dijo, y añadió tras una pausa—: Ahora que me ha dado por la literatura, te diré lo que pienso sobre cuál es tu papel en todo este asunto: ¿*La dama o el tigre*? —Sonrió de oreja a oreja—. No hace falta que me acompañes. Conozco el camino. —El señor R se dirigió hacia la puerta—. ¿Sabes qué, Ricky? Nunca he estado aquí. Ni tampoco hemos tenido esta conversación. Todo lo que hemos hablado pertenece a otro mundo. Mi mundo. Bienvenido a él. —Y, al alargar la mano hacia el pomo de la puerta, añadió—: Fuiste muy inteligente, doctor. Hace cinco años me privaste de una muerte. La tuya. De modo que ahora me debes otra. La muerte es como cualquier deuda de dudoso cobro. Al final, hay que pagarla.

3

Su primer pensamiento después de que el señor R se marchase: «Corre».

Su segundo pensamiento: «Volverán a encontrarte y entonces te matarán».

Una vorágine de ideas contradictorias e innumerables dudas arremolinándose en la cabeza como si todo fuera inútil e imposible zarandeaba a Ricky. Un sudor caliente le impregnaba las axilas. Tenía la piel fría, pegajosa. Se sentía como si estuviera cayendo. Hubo un momento en que se miró las uñas, casi esperando verlas ensangrentadas y rotas de intentar fútilmente aferrarse a una implacable pared lisa y dura de granito negruzco.

Sentado todavía a su escritorio como si sus pensamientos lo paralizaran en su sitio, echó un vistazo a su consulta intentando fijar la mirada en algo tranquilizador. Los muebles eran prácticamente nuevos. Las obras de arte de las paredes eran distintas de las que había elegido en su día para su consulta de Nueva York, aparte de la famosa y obligatoria fotografía de Freud fumando un puro con el ceño fruncido relegada a un rincón oscuro. Ahora tenía las paredes llenas de pinturas abstractas y de arte moderno, unas imágenes llenas de color.

Apoyó la cabeza en sus manos, se tapó la cara, se preguntó si podría encontrarse a sí mismo en su pasado tal como defiende el psicoanálisis o si tendría que buscarse a sí mismo en un futuro caracterizado por ayudar a personas que, tiempo atrás, habían querido obligarle a suicidarse de manera sádica. Después se levantó, se acercó al lugar donde el asesino había dejado caer el revólver, lo recogió junto con las balas de la alfombra y volvió a cargarlo lentamente. «Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis». Le pesaba increíblemente en la mano, casi como si no fuera capaz de sostenerlo. Tras cerrar de golpe el tambor, alargó la mano hacia el teléfono y se obligó a llamar, tal como el asesino le había dicho que hiciera, aunque era reacio a marcar el número. Le asaltó un único pensamiento: ni siquiera quería llamar a Virgil y a Merlin sin tener un arma en la mano.

Fue una breve conversación a tres bandas que reveló mucho y poco a la vez. Tres tonos de llamada. Ningún saludo.

RICKY: Tu hermano me pidió que llamara. Quiere que os ayude.

MERLIN: Una idea horrible. Totalmente inútil. Váyase a la mierda, doctor.

RICKY: ¿No quieres mi ayuda?

MERLIN: Me parece que un psicoanalista debería entender fácilmente la frase «váyase a la mierda» sin demasiados problemas. No da lugar a muchas interpretaciones distintas por más que a uno le gusten Freud, Jung, Adler y todas sus enseñanzas. Creo que eso responde bastante bien a su pregunta.

VIRGIL: No estoy segura. Si él quiere que Ricky intervenga en este asunto, tendrá sus motivos.

MERLIN: No voy a hablar por teléfono de esto.

VIRGIL: Pues Ricky tendría que venir aquí y hablar con nosotros en persona. Ya sabe dónde encontrarnos. Creo que lo necesitamos. No, sé que lo necesitamos.

RICKY: ¿Os habéis planteado denunciar esta amenaza a las autoridades?

MERLIN: ¿Ves lo que digo? ¡Menuda tontería! No, doctor Starks, claro que no nos hemos planteado denunciar este problema a las autoridades.

VIRGIL: Creo que, como sabes muy bien, no podemos hacer eso, Ricky: Ni ahora. Ni mañana. Ni nunca. Te daré mi nueva dirección. ¿Cuándo puedes plantarte aquí?

Noche en blanco.

Horas pasadas mirando una y otra vez el CD. A cámara lenta. A cámara rápida. En primer plano. Intentando examinar cada imagen para encontrar información relevante. Tomó muchas notas, sin la menor certeza de que fueran correctas en ningún sentido, ni de que fuera a compartirlas. Se sentía un poco como si volviera a ser un estudiante de medicina, nervioso antes de un examen importante.

«Mata a tu hermano. Sálvate».

«Oso Paddington».

«Cristal roto de una foto familiar».

«Un puzle».

Contó las piezas del puzle casero que veía en la pantalla.

«13. Un número que da mala suerte».

La imagen que formarían las piezas no estaba clara. Le pareció distinguir una franja de cielo azul sobre otra de pinceladas marrones en la pieza del puzle que alcanzaba a vislumbrar en la mano enguantada. Pero no estaba seguro.

Escuchó de nuevo la música clásica. Encontró el título: *La muerte y la doncella*, compuesta por Franz Schubert en 1817.

Eso lo llevó directamente a la famosa obra del mismo nombre.

La muerte y la doncella, del dramaturgo chileno Ariel Dorfman, se representó por primera vez en 1991. Posteriormente fue adaptada a la gran pantalla.

«Un drama sobre las profundidades de la venganza; en el centro, tres personajes: una mujer que es violada, torturada y agraviada por una dictadura insensible; un marido que quiere olvidar y pasar página; el antiguo violador y torturador convertido en una víctima inesperadamente vulnerable».

Pero ¿era consciente de todo esto quien preparó el CD?

¿O acaso era pura coincidencia, aunque afortunada, que esta fuera la obra que Virgil estaba ensayando cuando la orden anónima la interrumpió? El mensaje podría haberse entregado en el ensayo de cualquier obra, en cualquier momento en que una frase huyera de la memoria. La música podría haberse añadido al CD como algo útil y escalofriante pensado con posterioridad.

Las preguntas sin respuestas lo azotaban como las olas embravecidas que golpean la costa una hora tras otra hasta bien entrada la noche en pleno temporal. De vez en cuando se decía a sí mismo: «Una vez te convertiste en detective. Puedes volver a hacerlo». Pero, por más tranquilizador que fuera ese pensamiento, no acababa de creérselo.

La luz del amanecer se fue elevando sobre la vasta extensión de agua. Ricky estaba en el extremo del parque en el que le gustaba correr contemplando cómo los rayos de luz se le acercaban velozmente. Con cada minuto que pasaba, los colores de la bahía Vizcaína cambiaban. El agua pasó de negra a gris, después a azul oscuro y, por último, cuando el sol ascendió más en el cielo, al familiar azul cielo que tanto gustaba a los planificadores turísticos, los veraneantes extranjeros y los promotores inmobiliarios. Parecía que cada color que se desvanecía fuera una mentira, sustituida por una verdad que se metamorfoseaba en otra mentira. Observó la bahía y pensó que, a pesar de su actitud de luces rojas de neón y cielos azules despejados, Miami es un lugar de sombras. Tendría que haber sido un lugar excelente para ocultarse y volver a empezar. Es una ciudad que parece acoger a quienes viven al margen de la sociedad, desde Al Capone y Murder Incorporated en el pasado, pasando por Scarface y los Cocaine Cowboys, hasta los diversos disturbios de los barrios pobres del centro de la ciudad y el éxodo del Mariel. Ganada a los fétidos terrenos pantanosos y limitada por la implacable acción del mar, sometida a

las constantes amenazas de devastadores huracanes, es una ciudad que acepta las segundas oportunidades y que ensalza las contradicciones; un Ferrari amarillo aparcado junto a una vía fluvial donde nada tranquilamente un caimán al que la evolución no ha cambiado con el paso de los siglos. Ricky pensó que él solo era en parte delincuente, que es el nivel adecuado para Miami, y que debería haber sido capaz de permanecer oculto. No sabía exactamente cómo lo había encontrado el señor R, pero no estaba seguro de que aquello tuviera ya ninguna importancia. Cuando había recuperado ingenuamente su nombre y su querida profesión, había vuelto a ser vulnerable. Se regañó a sí mismo por haber llegado a pensar en algún momento que estaba a salvo. Cinco años le habían dado una sensación de seguridad que era falsa.

«Cada minuto de esos cinco años fue otra mentira, una detrás de otra, construida sobre algo que no era real: mi nueva vida —pensó—. Creía que mis cimientos eran de hormigón y resulta que eran de arena».

Sabía algo con certeza: «Alguien va a morir».

A sus pies había una vieja bolsa de viaje, con un par de mudas.

Imaginaba que tenía muchas alternativas.

Imaginaba que no tenía ninguna.

Mientras contemplaba el alba, se preguntó si se estaría despidiendo. O, tal vez, empezando a decir adiós.

Atrapado entre pensamientos contradictorios, Ricky lanzó la bolsa sobre el asiento de atrás de su coche. Se sentía como si actuara con una especie de piloto automático y se movía como un robot. «Gira a la derecha. Gira a la izquierda. Ve más deprisa. Ve más despacio. Frena. Espera. Arranca. No pienses». Se dirigió hacia el aeropuerto. A pesar de la recomendación del señor R, se dejó la pistola.

4

Todos los demás pasajeros del avión estiraban el cuello hacia las ventanillas, intentando captar la imagen de la conocida silueta de Manhattan cuando el aparato descendió por debajo de la capa de nubes e inició su aproximación final. Ricky se había pasado el vuelo leyendo la obra que Virgil estaba ensayando.

Había leído una frase una y otra vez: «Así que alguien te hizo cosas terribles y ahora me las estás haciendo a mí y mañana alguien más las hará, y así sucesivamente».

Mientras el avión descendía, apagó el portátil para olvidarse del texto y cerró los ojos hasta notar el impacto de las ruedas contra el suelo y la desaceleración cuando el piloto frenó el avión en la pista. Al salir de la terminal con la bolsa, le pareció saborear ciertas diferencias en el aire. Parecía que el ruido fuera amargo y cada respiración raspara como el papel de lija. Titubeó en la acera como si fuera a dar media vuelta, correr de nuevo hacia la terminal y tomar el primer vuelo a cualquier parte; le costó cierto esfuerzo subirse al autobús lanzadera que cubría la distancia entre el aeropuerto de LaGuardia y el Midtown. Desde un asiento de la última fila, cada imagen que el vehículo dejaba atrás le resultaba conocida, pero inquietante. Calzadas. Puentes. Las señales verdes de la autovía FDR o la autopista Cross Bronx Expressway, la 95 dirección norte hacia Nueva Inglaterra. Los taxis amarillos que zigzagueaban por entre el tráfico. La extensión gris oscura del East River. Los impasibles edificios de colores apagados con aparatos de aire acondicionado colgando como imperfecciones en las ventanas de los pisos. Pensaba que nunca volvería a la ciudad donde, tiempo atrás, había tenido su próspera consulta y su vida. El hecho de conocer las líneas de metro, en qué calles era más probable que se produjera un atasco en hora punta con una frustración cargada de estridentes cláxones y dónde se vendían los mejores bagels del Upper East Side le parecía parte de un sueño muy antiguo. Se sintió un poco como un viejo soldado entrecano que volvía años después a un campo de batalla ahora silencioso y cubierto de hierba verde donde hacía mucho tiempo había perdido su inocencia y a sus amigos rodeado de sangre, barro y muerte al azar.

«O quizá —pensó—, se parezca a encontrarse veinticinco años después a la chica a la que amaste en la universidad. Puede que le veas las arrugas y los

senos caídos o puede que no».

El autobús lo dejó delante de la estación de tren de Grand Central. Se abrió paso a empujones, serpenteando entre una tupida multitud de personas que lucían esa expresión y ese paso rápido de determinación urbana que indicaba que tenían un lugar al que ir, un tren que tomar, una reunión que celebrar. Recorrió un par de manzanas hacia el oeste, en dirección al Algonquin Hotel, con su famoso vestíbulo lleno de esos viejos sillones que se te tragan al sentarte y un bar decorado en roble oscuro que recordaba otras épocas. Se registró en una de sus habitaciones más pequeñas, en la sexta planta. El papel pintado de los pasillos consistía en viñetas del *New York Magazine*: chistes, repetidos al parecer infinitamente, graciosos la primera vez, y que iban perdiendo la gracia la tercera, la cuarta o la quinta vez que los leyó. Su habitación tenía una sola ventana con unas vistas claustrofóbicas de un callejón, una escalera de incendios metálica y otro edificio que se encontraba tan cerca que Ricky casi tenía la impresión de que podría llegar a conocer a las personas que veía trabajando en los despachos.

Dejó caer la bolsa en el suelo de su habitación. Fue al cuarto de baño y se inclinó sobre el retrete con arcadas. Luego, desenvolvió una pastilla de jabón y se lavó vigorosamente las manos con agua hirviendo con la misma diligencia y rapidez que un cardiocirujano momentos antes de prepararse para abrirle el pecho a un paciente agonizante.

Logró echar una siestecita reparadora de dos horas antes de dirigirse al centro. Era la última hora de la tarde, uno de esos momentos en que el verano intenta aferrarse al día, reacio a ceder y permitir el cambio de estación. Los restos del calor descendían y se sumaban a los gases de los tubos de escape a pie de la calle. Anduvo deprisa, esquivando a la gente que salía del trabajo y volvía a su casa. Pensó que una vez había formado parte de aquel mismo propósito diario, pero tuvo la sensación de que aquello había ocurrido en otra vida. Se preguntó por un momento si había retrocedido en el tiempo.

El piso de Virgil estaba en un edificio de piedra caliza de cuatro plantas sin ascensor en lo que pasa por una parte tranquila de Chelsea, justo al norte de West Village. Vio un timbre con el nombre Tyson.

Por un momento se quedó inmóvil en la entrada, con el dedo suspendido frente al timbre. De los tres hijos de la mujer a la que tanto había fallado tiempo atrás, Virgil era la única que había adoptado posteriormente el apellido de su madre asesinada. Conocía la causa del origen de lo que le había

pasado hacía cinco años: «Muchos años atrás, cuando era un psicoterapeuta joven e inexperto, fallé de verdad a aquella mujer y a sus tres hijos pequeños. Ella necesitaba más ayuda de la que yo era capaz de proporcionarle. Estaba desesperada. Yo actué con torpeza. Durante mi guardia la asesinó un novio maltratador y drogadicto sobre el que yo tendría que haberle advertido. Los tres huérfanos fueron después adoptados ilegalmente por un hombre que combinaba la psicopatología con el psicoanálisis. Y, años más tarde, el resultado fue la venganza, porque yo era la persona a quien era más cómodo culpar. Todo el mundo unido para siempre por un solo fracaso. Mi fracaso». Se miró el dedo índice, que se acercaba al timbre.

Pensó: «Daniel entrando en el foso de los leones».

Y pulsó el timbre.

El altavoz del interfono se llenó de una voz incorpórea, robótica:

—¿Quién es?

—El doctor Starks.

Se oyó el sonido del portero automático y entró. Tuvo un pensamiento extraño: «¿Habrá un portero automático en la entrada del cielo o en las puertas del infierno?».

Subió la escalera hasta el tercer piso combatiendo la sensación de que en realidad descendía hacia algo y vio a Virgil esperándolo en el pasillo, frente a la puerta abierta de su piso.

Llevaba otro peinado. La imponente cabellera rubia que le había visto cinco años antes y que había destacado en la escena del ensayo teatral del CD había sido sustituida por un tono negro azabache. Sus penetrantes ojos esmeralda, sin embargo, eran los mismos.

«Han pasado cinco años, pero está igual que el primer día que entró en mi consulta y dinamitó mi vida. Sigue siendo extraordinariamente hermosa… —pensó—. Incluso con esa tensa expresión de preocupación en la cara».

Lo hizo pasar sin decir una palabra.

Había una pared de ladrillos vistos con un enorme póster enmarcado de *Casablanca* colgado detrás de un caro sofá de algodón blanco. Bogart y Bergman se daban un abrazo vacilante, más allá del amor, sin demasiadas oportunidades de futuro ante ellos. Virgil señaló un sillón con el asiento bajo, mientras ella se acomodaba en el sofá. Ricky pensó que era un piso que reflejaba dinero y éxito, aunque fuera algo austero. Los escasos muebles eran nuevos, de estilo moderno. Si el exterior del edificio le había parecido modesto, el interior ponía esa imagen en entredicho. Era una sensación que recordaba de sus días en Nueva York, en que el exterior era una mentira y el

interior, la verdad. Lo contrario también solía ser cierto: un exterior lujosísimo, con un conserje uniformado bajo un gran toldo, un personal atento y acogedor en una recepción, un ascensorista sonriente y unos candelabros dorados en la pared daban paso a unos pisos de lo más normales y corrientes, en los que las habitaciones parecían amontonarse unas sobre otras.

Echó un vistazo a su alrededor, captando la mayor impresión posible del espacio lo más rápido posible.

—Sinceramente, no esperaba que vinieras —dijo Virgil.

Ricky no respondió a ese comentario.

—¿Tu hermano? —preguntó.

—De camino. A regañadientes. Tenía una reunión a última hora.

—¿Y tú?

—No tengo ensayo hasta las nueve de la noche.

—¿Ha contactado otra vez contigo la persona que te envió el CD? —No parecía un psicoanalista, sino más bien un oncólogo valorando los factores de riesgo.

—Todavía no.

—¿Y ambos seguís con la rutina habitual de vuestras vidas? —preguntó pasado un momento—. ¿Cómo si no hubiera sucedido nada?

Virgil asintió.

—De momento —dijo—. No sé qué otra cosa podríamos hacer. Dudo que esto dure mucho más.

Parecía resignada. Ricky buscó aquella ferocidad y seguridad tan seductoras que había mostrado al intentar arruinarle la vida.

«Están en alguna parte —se dijo a sí mismo—. Simplemente se encuentran ocultas».

—Pero ¿dónde están mis modales? —soltó Virgil levantándose de su asiento—. ¿Quieres tomar algo? ¿Tal vez un refresco?

—Café —contestó.

—Enseguida. ¿Con leche y azúcar?

—Solo.

Se fue a la cocina, situada detrás de donde él estaba sentado, por lo que le era difícil observarla. Oyó el sonido de una cafetera exprés. Ricky intentó volver la cabeza para ver qué había en el piso que pudiera decirle algo sobre Virgil, sobre quién había sido o quería ser. A diferencia de las paredes del hogar de su hermano abogado, no había ninguna foto informal de unas vacaciones en familia. De una pared colgaba un tapiz multicolor hecho a mano y había una escultura de estilo libre en un rincón. La habitación era fría

y poco acogedora, salvo por un puñado de portadas enmarcadas de la revista *Playbill* dispuestas en una pared lejana. Supuso que pertenecían a representaciones en las que ella había participado. Se preguntó si habría tenido un papel protagonista en alguna de ellas. Se preguntó si alguna interpretación en el escenario habría superado la que le había dedicado, desnuda y provocativa, en su consulta cinco años antes.

«A ninguna actriz le gusta mostrar quién es en realidad; solo desean enseñar quién quieren llegar a ser. Incluso cuando están desnudas, ese es el mensaje», pensó.

Le vino a la cabeza la palabra «camaleón», pero antes de que pudiera procesarla, oyó lo que podían haber sido dos sollozos medio sofocados procedentes de la cocina. No dijo nada y aguardó. En unos segundos, Virgil regresó al salón. Serena.

Llevaba dos tazas de café y dejó la suya en una mesa que tenía delante. La persona que había sollozado se había desvanecido. Se sentó frente a él, se descalzó de las sandalias con los pies, escondió sus largas piernas bajo el cuerpo y dio un sorbo a su café, como si aquel encuentro fuera una relajada reunión de viejos amigos. Todavía se movía con una sensualidad que hacía que cada gesto pareciera el preludio de algo intenso, sudoroso y sexual. Incluso preocupada, seguía insinuando misterio y una sutil provocación.

—Creí que no volvería a verte nunca —comentó.

—Yo también —indicó Ricky asintiendo con la cabeza.

—Pareces más viejo, Ricky.

—Soy más viejo.

—¿Y también más sabio?

—Eso está por verse —respondió. No se había esperado esta pregunta.

—¿Eres feliz, Ricky?

Decidió no contestar. Esperó un momento y la miró directamente a los ojos.

—¿Cómo os llamo? Tenéis un nombre real. Una vida real.

Virgil no le respondió de inmediato, por lo que él mismo se contestó:

—Creo que seguiré usando los que me parecen adecuados. Y familiares. Aquellos con los que os conocí. Virgil. ¿Qué fue lo que me dijiste hace cinco años? ¿«Todo el mundo necesita un guía que lo lleve al infierno»? Y Merlin, el mago de la abogacía, que dices que está de camino. Y, naturalmente, está tu otro hermano, que ya vino a verme: el señor R.

No añadió: el asesino. Ni: sin invitación.

Hubo otra breve pausa antes de proseguir:

—Dime, Virgil: ¿cómo va tu carrera?

Ella sacudió la cabeza, lo que hizo ondear su largo cabello negro. Al contestar, su voz fue seca y autoritaria, pero también ronca, y habló como una mujer que pide un cóctel en un bar oscuro junto al hombre al que sabe que va a seducir esa noche.

—El teatro es siempre todo o nada —dijo—. Tiene momentos de una inmensa alegría y satisfacción, y después períodos improductivos. Pero no te estoy diciendo nada que no sepas. La regularidad no es el sello de la vida sobre un escenario, ni siquiera delante de una cámara. Pero cuando se juntan todos los factores: papel, producción y dirección adecuados, es la mejor profesión del mundo.

—¿Y esta última obra? *La muerte y la doncella*. ¿Es interesante?

De nuevo, Virgil sonrió mientras tomaba un largo sorbo de café.

—Me va como anillo al dedo —aseguró—. Pero sospecho que ya lo habrás imaginado. Vengarme es algo que hago con total naturalidad.

Ricky ignoró esta afirmación.

—¿Tu pelo? —dijo, señalándolo.

—Ricky, tan observador como siempre —replicó encogiéndose ligeramente de hombros—. Una obra latinoamericana. Un aspecto latinoamericano.

Ricky iba a seguir preguntando al respecto pero se contuvo. «Un psicoanalista aprende rápidamente a seguir en silencio cuando el ambiente ya está cargado de preguntas». Dio un sorbo a su café. Le pareció extraordinariamente amargo. Sonó el timbre de la puerta.

—Será mi hermano —dijo Virgil.

Se levantó deprisa, cruzó la habitación con dos o tres zancadas y se inclinó hacia el interfono.

—Soy yo. Ya estoy aquí —oyó Ricky—. ¿Y el doctor Starks?

—Está aquí. Esperándote.

Virgil abrió la puerta de entrada al abogado.

Merlin no le estrechó la mano. Llevaba un traje de raya diplomática oscuro. Un maletín de piel con sus iniciales. Unos caros zapatos de cordones. Tenía algo de tripa y entradas en el pelo. El suyo era el aspecto de un hombre encantado de conocerse a sí mismo, dispuesto a tomar el tren de cercanías hacia la felicidad de las afueras tras un día redondo ganando dinero, si no hubiera sido por la dureza que reflejaban sus ojos. Se limitó a mirar a Ricky con el ceño fruncido y a sentarse frente a él.

—No veo cómo va a ayudarnos —soltó.

—Eso no lo sabes —replicó Virgil.

—Bueno, lo que sí sé es que no quiero su ayuda —prosiguió Merlin—. De hecho, no quiero tener nada que ver con el doctor Starks. Es tóxico. Es infeccioso. Es una enfermedad. Es un cabronazo y un fracasado que nos ha costado lo que no está escrito. Tendría que estar muerto. Ojalá estuviera muerto. Así que creo que es mejor pensar en él como si así fuera. —Habló con dureza, mirando a Ricky, pero dirigiendo sus palabras a su hermana, usando el énfasis típico de un abogado todo el rato—. Estamos mucho mejor sin él.

Merlin había hablado de él como si no estuviera en la habitación. Ricky sospechó que aquello era la repetición de la discusión que habían tenido la noche anterior, después de que su llamada. Virgil se quedó callada y, pasados unos segundos, el abogado se dirigió a él:

—De hecho, doctor, ¿por qué no se va ahora mismo? Haga mutis por el foro. Salga de escena.

Era una pregunta hecha a modo de orden.

Ricky permaneció en silencio. Cada tono, cada inflexión, cada una de las palabras del abogado y su rígido lenguaje corporal irradiaban desdén. Quiso levantarse y largarse inmediatamente de la habitación. Pero también sabía que abandonar a los hermanos del señor R desencadenaría una respuesta por parte de este. Y sabía que no quería sumirse tambaleante en esa incerteza.

¿*La dama o el tigre*?

El truco era no mostrar qué puerta abriría.

—Tal vez, si tenemos suerte —siguió Merlin con sarcasmo—, alguien atropelle al buen médico cuando regrese a su hotel. O dondequiera que se aloje. —Se detuvo un momento antes de continuar—: No, debe de ser un hotel. Ricky ya no tiene amigos aquí, en el mundo del psicoanálisis. De hecho, nunca tuvo ningún otro amigo, por lo menos, no de la clase que lo acogería sin ninguna explicación y con poca antelación. Y tampoco tiene ya una casa aquí. Así que, a no ser que esté durmiendo en la calle, Ricky se hospeda en un hotel, ¿cierto?

—Parece evidente —contestó Ricky.

—Un sitio bonito, pero no el Ritz.

—El Algonquin —dijo Ricky.

—Famoso. Esnob —asintió Merlin—. La mesa redonda del Algonquin; muchas tertulias intelectuales y pretensiones creativas en los felices años veinte. ¿Por qué no regresa ya a su habitación?

—Si me voy ahora, no volveréis a verme jamás… —empezó a decir Ricky, aunque no tenía forma de saber si eso era cierto o no. Solo le pareció la amenaza adecuada en aquel momento.

—… Esa es la idea —lo interrumpió Merlin.

—Y el hombre que rasgó ese Oso Paddington en el cuarto de tu hija seguirá acechándoos y uno de vosotros morirá —sentenció Ricky. Señaló primero a Merlin y luego a Virgil—. ¿Quieres arriesgarte a eso?

No hubo respuesta.

—Y, además, yo me arriesgaré a enfurecer a tu hermano. No quiero tener que lidiar con eso.

—No me diga —soltó Merlin entre dientes.

Ambos hermanos se quedaron callados. Ricky sintió frío interior, como si el hecho de estar en aquella habitación con dos de las personas que tiempo atrás habían conspirado para arruinarle la vida hasta el punto de querer llevarle al suicidio lo convirtiera en una especie de témpano, de modo que pudiera dejar fácilmente de lado la empatía y la compasión.

—¿Estás dispuesta a matar a tu hermano para seguir con vida? —preguntó de repente a Virgil mientras señalaba a Merlin—. Porque creo que eso es lo que te han pedido que hagas.

Virgil no respondió nada, aparte de negar con la cabeza.

Ricky se volvió luego hacia el abogado.

—¿Quién podría querer matarte?

Este se recostó en su asiento y cruzó los brazos. Mantuvo los labios cerrados con fuerza.

—¿Quién podría querer atormentaros?

Más silencio.

—¿Quién podría querer hacer una petición imposible? Esto es lo que en la facultad de Medicina solíamos llamar una pregunta de bote salvavidas: «En el bote salvavidas solo hay sitio para uno de vosotros dos. Uno vive. El otro muere. Elegid».

—Hacemos la misma pregunta en la facultad de Derecho —dijo Merlin tras fruncir el ceño.

—La única ventaja que tenéis en esta situación es vuestro hermano —dijo Ricky—, que quiere manteneros con vida y a salvo. Es muy posible que el hombre que os amenaza no sepa nada de él. O al menos no conozca todas sus capacidades. Y vuestro hermano está cualificado para hacer lo que sea necesario para manteneros con vida, pero solo cuando sepa quién os tiene en

el punto de mira. ¿Podéis manteneros con vida el tiempo suficiente para conseguirle esta información?

—No lo sabemos —dijo Virgil.

—Bueno —prosiguió Ricky—. Este hombre que quiere verte muerto sabe algo: que no iréis a la policía. Me parece importante averiguar cómo ha llegado a esta conclusión.

—Podría haber varias razones —respondió Merlin. No dio más detalles de momento—. Pero ya sabe cuál es la principal. Las personas con un hermano en esta profesión concreta no involucran a las autoridades en sus asuntos bajo ninguna circunstancia. En esto está usted en lo cierto —añadió de mala gana con una voz fría, hablando en el tono habitual de los abogados.

—El reloj va corriendo —dijo Ricky tras vacilar un momento—. ¿Tenéis días? ¿Horas? ¿Semanas o meses? ¿Acaso minutos? —Miró al abogado—. Quizá cuando vuelva al centro me atropelle un camión, como te gustaría. Pero es mucho más probable que este hombre que quiere verte muerto esté esperándote fuera y seas tú quien no sobreviva a esta noche. Creo que estás en un peligro mucho mayor que yo.

—Puedo arreglármelas solo —fanfarroneó Merlin.

—Lo dudo —dijo Ricky.

Eso era algo habitual en el mundo psicológico de Ricky. El paciente con el problema acudía a él negando que lo tuviera. O al menos minimizándolo, incluso cuando sabía inconscientemente que este era lo bastante importante como para haber acudido a su consulta. A menudo se sentía como un mecánico manchado de grasa: el paciente cree que lo único que necesita es una rápida puesta a punto, cuando en realidad lo que necesitaba era una revisión general.

Se volvió hacia Virgil.

—Esta persona sabía que nadie en su sano juicio respondería de inmediato a la orden «Mata a tu hermano. Sálvate» sin saber gran cosa más, ¿comprendes? Antes de actuar, deberías conocer los parámetros concretos de la amenaza. ¿Os enfrentáis los dos a la misma amenaza? «Sálvate» es una palabra interesante. Podría tener varias interpretaciones. Así que es acertado suponer que va a proporcionar algún tipo de mensaje que sea convincente, en su opinión, para que así comprendáis lo que hay en juego. Lo imagina como pesas en una balanza: un lado tiene que hacer bajar el otro. O subir. No estarán equilibrados.

—Lo entiendo —respondió Virgil.

—Entonces ¿cómo propone ayudarnos? —quiso saber Merlin.

No sonó sincero.

Echó una mirada a los dos hermanos. Intentó poner una etiqueta a su conocimiento sobre ellos. ¿Como familiares? No. ¿Como amigos íntimos? No. ¿Como unos enemigos imprevisibles y peligrosos? Puede ser.

Dudó antes de responder a la pregunta.

—Tal vez habrá otro CD, o alguna clase de comunicación que probablemente habrá planificado con una considerable antelación. Querrá mostrar otra parte del puzle. Y seguramente después le seguirá otra pieza. Esto es lo que tenéis que hacer: debéis averiguar quién os está amenazando antes de que el puzle esté completo. Porque cuando lo esté y haya una imagen clara, ya será demasiado tarde. Y creo que eso es lo que vuestro hermano me ha pedido que haga: ayudaros a averiguar esto.

Merlin resopló.

—Parece que quiere hacer una especie de psicoanálisis chapucero —dijo con una voz llena de desdén.

—Bueno —respondió Ricky sin alterarse—, chapucera o no, venga de donde venga esta amenaza, está en vuestro pasado. —Miró al abogado—. Te lo preguntaré de nuevo: ¿quién quiere matarte?

Merlin pareció incómodo: parte de su bravuconería se había disipado. Sin embargo, respondió:

—Estoy analizando este tema.

Rígido y formal.

—Estupendo —dijo Ricky—. Pero, mientras lo hagas, hay algo más que tener en cuenta —prosiguió—. Basándome en lo que había en ese primer CD, diría que Jack el Destripador del Oso Paddington está más que dispuesto a considerar a uno de tus hijos o a tu mujer como una alternativa aceptable a tu muerte. Tu hermano me dijo que no podría vivir con eso. Dudo que tú tampoco pudieras.

El abogado se removió en su asiento.

—Naturalmente que no —aseguró. Con frialdad. Parecía que la habitación se hubiera llenado de un viento invernal.

—Pues entonces creo que deberíamos responder mi pregunta antes de que la contesten por ti —asintió Ricky—. ¿Quién quiere matarte?

—Lo he estado pensando —respondió Merlin despacio—. Tengo un par de ideas.

Ricky esperó a que el abogado siguiera, pero, al ver que no lo hacía, se giró de repente hacia Virgil.

—Hay otra alternativa, claro. ¿Por qué no lo matas ahora mismo? —le preguntó señalando a su hermano—. Resolvería el problema al instante. Estoy seguro de que tienes alguna arma a mano. ¿Puede que una pistola? Seguramente no, dado lo restrictiva que es la legislación de Nueva York al respecto. ¿Quizá otra arma, como un hacha o una navaja automática? O tal vez un práctico cuchillo de cocina. Te colocas furtivamente detrás de él porque confía en ti y le rebanas el pescuezo… —Hizo una demostración, sobreactuando como un actor particularmente malo—. Eso podría servir. ¿O qué tal unos somníferos? Podrías echarle una docena o así en el café. Eso le pararía el corazón. Y ni siquiera te perderías el ensayo.

Sintió una satisfacción infantil con esta crueldad sarcástica.

Decidió intensificarla, así que volvió a dirigirse a Merlin.

—O tal vez podrías facilitarnos las cosas a todos: suicídate. Ahora mismo. Corta el problema de raíz, por así decirlo. Sé decidido. Creo recordar de nuestros contactos anteriores que tenías esa cualidad. ¿Lo harás? Y así mañana podría tomar un vuelo de vuelta a casa.

No necesitaba la respuesta a esa pregunta.

La sabía. «Esta es la opción que me dieron hace cinco años. Da gusto darle la vuelta a la tortilla».

La habitación volvió a sumirse en el silencio unos segundos.

—Así pues, ¿hay alguien, alguna persona en alguna parte del mundo, quien sea, aparte de mí, que esté dispuesto a ayudaros? —preguntó Ricky, manteniendo todavía un elevado sarcasmo.

—Ya conoces la respuesta —contestó Virgil.

—Exacto —dijo Ricky, gélido pero satisfecho—. La sé.

5

Observó cómo un huraño Merlin paraba un taxi y se dirigía al centro. Lo último que dijo el abogado antes de entrar en el vehículo fue:

—Muy bien, doctor. Mañana a las diez de la mañana. Nos vemos en el vestíbulo del Yale Club. Podemos empezar a averiguar quién está tan impaciente por verme muerto.

—Allí estaré —había contestado Ricky, pero no estaba seguro de que Merlin lo hubiera oído.

Se quedó un momento en la esquina de la calle, viendo cómo las relucientes luces de neón y el ocaso se tragaban el taxi de Merlin. Iba a levantar el brazo para detener otro taxi, pero de repente decidió tomar el metro. Bajó trotando la escalera de la parada de la calle Veintitrés, sintiéndose un poco como el confiado neoyorquino que había sido tiempo atrás. La cacofonía subterránea le era familiar: los chirridos y los traqueteos de los trenes que iban disparados. Los apretujones de la gente en el andén le eran igualmente familiares. Tuvo la impresión de que solo habían pasado unos días desde la última vez que había estado esperando en un andén, no cinco años. Alzó los ojos y vio a una mujer vestida de enfermera apoyada en una columna de acero, leyendo un libro con las cubiertas desvaídas. Había dos personas más que también estaban leyendo: el señor Empresario, enfrascado en el *Wall Street Journal*, y el señor Universitario, que repasaba un manual de química mientras se ajustaba los auriculares. No muy lejos, una pareja hetero se abrazaba y se hacía arrumacos como si no hubiera nadie a su alrededor. Apartó la vista de ellos y vio a un hombre entrecano, barbudo y sucio, ataviado con un abrigo, con demasiada ropa encima para el calor que hacía esa tarde, mascullando. Pilló las palabras «espacio sideral» y «CIA» antes de que se alejara unos metros. Pensó que debía de tener alucinaciones. Oyó el sonido estridente de un tren que se acercaba y de repente recordó que cinco años antes el auténtico señor Zimmerman había muerto en unas vías parecidas a manos del señor R, que lo había empujado para que cayera delante de un tren que iba a toda velocidad.

Retrocedió nervioso, alejándose del borde del andén, casi como si notara una mano en la espalda. Se volvió a derecha y a izquierda y se percató de que estaba solo, o lo que pasa por estar solo en la ciudad. No había nadie a menos de unos treinta centímetros de él. Aun así, notó que se le contraían los

músculos y de repente se preparó para agarrarse a cualquiera que quisiera empujarlo. Vio llegar el tren a la parada y tuvo la sensación de que alguien lo estaba observando.

El tren entrante se detuvo con un chirrido.

Se abrieron las puertas. Salió gente. Entró gente.

Ricky entró en el vagón y se agarró a uno de los asideros metálicos. La enfermera del libro desvaído se sentó cerca de él, todavía absorta en la lectura. Aunque parecía no haber apartado en ningún momento su mirada de las palabras, había logrado encontrar el único asiento vacío.

La voz metálica que advertía de que había que apartarse de las puertas que estaban cerrándose sonó con estrépito. El tren empezó a acelerar tras arrancar y, por un momento, creyó que iba a perder el equilibrio y tuvo que combatir la sensación de que el vehículo que circulaba a toda velocidad por los túneles subterráneos estaba a punto de perder el control.

Una vez de vuelta en la habitación del hotel, se desnudó y se metió en la ducha. Dejó que el agua humeante le cayera en cascada por el cuerpo antes de enjabonarse enérgicamente. Antes había pensado que se estaba lavando las manos como un cirujano. Ahora lo hacía como un sepulturero que preparaba un cadáver para que lo vieran.

No oyó el teléfono hasta que salió de debajo del agua y empezó a secarse.

Todavía empapado, con una toalla enrollada apresuradamente a la cintura, corrió desde el cuarto de baño hasta al lado de la cama y alargó la mano hacia el aparato justo cuando este dejaba de sonar.

Descolgó.

—¿Diga?

Nadie.

—¿Hola? ¿Hola?

Fue inútil.

Colgó de nuevo el teléfono y retrocedió.

De repente vio que la luz roja indicadora de mensajes empezaba a parpadear. Solo había tres personas que sabían que estaba en Nueva York y acababa de separarse de dos de ellas. No creía que fuera propio del señor R llamarle para preguntar cómo había ido su encuentro con sus hermanos, ya que aquello podría parecer demasiado normal, pero imaginó que la llamada sería por eso. Protectora. Casi maternal. Típica de un hermano mayor abnegado y, a la vez, nada típica de un asesino a sueldo sociópata preocupado

por los sentimientos. Pulsó la tecla para oír el mensaje, descolgó y esperó la voz del señor R. Pasado un momento, oyó una voz diferente, que no reconoció al instante.

Baja. Ronca. Crispada. Perturbadora. Pero cargada de una inconfundible curiosidad:

—Hola, doctor Starks. ¿Quién es usted exactamente? ¿Y por qué se pondría deliberadamente una persona cuerda entre un cazador y su presa? Creo que tendríamos que hablar muy pronto sobre este error de cálculo suyo. Pero considere esto como su primer aviso.

Y la comunicación se cortó.

El silencio pareció resonar a su alrededor.

Se quedó petrificado junto a la cama con el teléfono en la mano, incapaz de moverse. De golpe, había tenido la misma sensación que en aquel momento en el metro: casi perdió el equilibrio, como si una mano lo hubiera empujado mientras estaba en el andén. A toda prisa se acercó a la única ventana de la habitación y, tras echar un vistazo a los despachos oscuros de los edificios adyacentes que había delante, bajó de golpe la persiana.

Fue consciente de que todavía estaba mojado de la ducha. Pero cruzó la habitación y comprobó que la puerta estaba cerrada con llave. Regresó a la cama, descolgó el teléfono y escuchó otra vez el mensaje antes de quitarse la toalla.

«Un cazador y su presa».

«¿Quién es usted exactamente?».

Se puso unos pantalones y una camiseta y se sentó en el borde de la cama.

«¿Quién?».

Conocía la respuesta: Jack el Destripador del Oso Paddington.

La reducida habitación le pareció claustrofóbica, como si estuviera menguando a su alrededor. Tenía la garganta dolorida, casi cerrada. Descolgó el teléfono y llamó a recepción.

—Soy el doctor Starks, de la habitación 602 —dijo a la recepcionista, escupiendo las palabras, pero intentando parecer lo más benévolo posible—. Acabo de recibir un mensaje telefónico importante, pero la persona que realizó la llamada se olvidó sin querer de dejar su número para que pudiera devolvérsela. Podría tratarse de una emergencia médica —mintió—. Necesitaría que comprobara inmediatamente los registros de las llamadas entrantes.

—Por supuesto, doctor —dijo la recepcionista—. Ahora mismo hablo con el telefonista del hotel.

Ricky esperó hasta que la recepcionista volvió a dirigirse a él.

—Lo siento, doctor. No hay ninguna llamada entrante registrada.

—Pero tiene que haber alguna para que se haya comunicado con mi habitación.

—No si la llamada se hizo aquí, desde el teléfono del hotel. ¿Tal vez la persona con quien tiene que ponerse en contacto lo está esperando en el vestíbulo?

—Sí. Puede ser —mintió Ricky de nuevo. Solo que no estaba seguro de que no fuera cierto. Colgó el teléfono.

«¿Me ha seguido alguien en el metro? —pensó—. ¿Estaba solo en el ascensor?».

No. Había otras personas apretujadas a su alrededor. «Pero ¿quiénes?». No había prestado atención.

«¿Bajó alguien en esta planta al mismo tiempo que yo para poder ver cuál era el número de mi habitación?».

No lo recordaba.

Eso le enfureció. Sabía que era un juego mortal, y tenía que jugarlo mejor. La rabia se le mezcló con los nervios. No estaba seguro de si tenía miedo o no, pero imaginó que un hombre sabio tenía que ser sumamente cauteloso. Esperó ser así de sensato.

Reunió rápidamente los zapatos, unos calcetines y una camisa, y se vistió a toda prisa. Se pasó un peine por el pelo, cogió la llave de la habitación y, con la sensación de que podría estar demasiado cerca de un tren que se acercaba, salió de la habitación, se dirigió a los ascensores y bajó al vestíbulo.

El vestíbulo del Algonquin es una sala amplia y espaciosa, diseñada para que la gente se dé cita allí de manera informal. Unos viejos y cómodos sillones distribuidos en pequeños grupos para que se reúnan dos, cuatro o más personas alrededor de unas mesitas y conversen con cierta privacidad mientras se toman unos caros cócteles servidos por unos camareros ataviados con una chaqueta negra que dan vueltas por la sala con una determinación distante. Es uno de los lugares de reunión favoritos para los románticos literarios de Nueva York, de los que hay muchos, y allí se reunía tradicionalmente el famoso personal de *The New Yorker Magazine*. Esa noche estaba solo medio lleno. Ricky echó un vistazo a las personas que había. En cada mesa, la gente parecía mucho más interesada en lo que tenía que contarse. Un par de conversaciones animadas. Un par de conversaciones íntimas. Solo había un par de hombres solos en el vestíbulo. Uno consultaba impaciente su reloj de pulsera, claramente esperando a que alguien cruzara las

puertas del hotel. El otro estaba bebiendo a sorbos un martini y leyendo un fajo de documentos de aspecto legal. Ninguno de los dos dirigió la mirada hacia él. Ninguno de los dos parecía sospechoso.

La recepción está situada justo a un lado del vestíbulo y Ricky se aproximó a ella.

—Buenas noches, señor —dijo la recepcionista.

—Buenas noches. Soy el doctor Starks, de la habitación 602. Acabo de llamar…

—Sí. Por el mensaje telefónico. Yo atendí su llamada. —La recepcionista era una joven con la voz grave y un trato profesional y servicial. Llevaba un elegante traje gris entallado que acentuaba las curvas de su juventud a la vez que parecía reflejar su eficiencia en el trabajo.

—Si esa llamada se hizo desde el teléfono del hotel…

—Sí. Está ahí. —Lo señaló.

A un lado había un guardarropa sin ninguna persona. Junto a esa puerta había un estante de madera con un anticuado teléfono negro.

—¿Por casualidad no se habrá fijado…? —Ricky empezó con la pregunta más evidente.

—Lo siento, doctor. No. A veces la gente se acerca y pregunta dónde está el teléfono del hotel o pide antes un número de habitación, pero no recuerdo que nadie haya preguntado por usted, y llevó aquí unas cuantas horas.

—¿Tiene el hotel un sistema de cámaras de seguridad que pueda haber captado a quien fuera…? —preguntó Ricky tras pensar un momento.

La recepcionista negó con la cabeza.

—Puede que lo haya en otros establecimientos más nuevos. Como los de Novatel o Holiday Inn. Pero ¿aquí, en el Algonquin? No somos tan modernos, aunque tengo entendido que podría haber planes para instalar uno. Lo lamento, doctor.

Ricky se obligó a sí mismo a sonreír.

—Bueno, quizá volverá a llamar —soltó, aunque era una afirmación bastante incongruente que indicaba que la supuesta emergencia no debía de serlo tanto.

Se volvió y miró de nuevo a las personas reunidas alrededor de las mesas del vestíbulo.

Tanto el hombre que bebía el martini como el que consultaba el reloj se habían ido.

6

Ricky estaba decidido a llegar al Yale Club un poco pronto, pero vio que Merlin ya lo estaba esperando junto a la puerta principal. El abogado no lo saludó, simplemente señaló la entrada con la cabeza y manifestó lo evidente:

—Llega puntual.

Su actitud brusca hizo que Ricky se reafirmara en su decisión de no mencionar el mensaje telefónico que había recibido la noche anterior. Entró tras el abogado en el viejo edificio señorial y pasó bajo una bandera de Estados Unidos junto a otra blanca y azul oscuro del Yale Club. Merlin hizo un gesto para indicar al personal de la recepción que Ricky era invitado suyo.

«Un invitado al que una vez intentaste asesinar», pensó Ricky.

Pasaron junto a un letrerito que indicaba que era obligatorio llevar chaqueta y corbata pasadas las cuatro de la tarde. Merlin iba vestido como si tuviera que comparecer ante el tribunal, mientras que Ricky lucía unos viejos vaqueros descoloridos, unas zapatillas de deporte y una americana raída. Tuvo la impresión de que su estilo informal merecía una mirada de desaprobación por parte de más de un miembro canoso con lustrosos zapatos de cordones al que, muchos años después de sus días de estudiante, seguramente seguía desconcertando el blasón de la universidad, con la expresión latina *Lux et Veritas* yuxtapuesta a unas escrituras en hebreo.

Subieron y entraron en una gran sala de lectura con una pared cubierta de estanterías llenas de textos antiguos encuadernados en piel, zonas para sentarse lo bastante separadas entre sí como para que pudieran cerrarse importantes acuerdos financieros en privado sin que nadie más oyera ningún detalle revelador y tuviera la tentación de saltarse alguna regla de la Comisión de Bolsa y Valores usando la información que había averiguado. Merlin lo llevó hacia el fondo de la sala.

Se sentó con pesadez en una butaca de piel marrón. Abrió el maletín y extrajo de él varios sobres de papel manila. Luego se sacó una cara pluma Montblanc negra del bolsillo interior de la chaqueta y dio con ella unos golpecitos sobre los sobres.

—Estas son mis mejores suposiciones —dijo con frialdad—. Tres casos que terminaron… bueno, mal para algunas personas. No tan mal para otras.

—Al decir «otras» te refieres a…

—A mí y a mis clientes —dijo Merlin—. Tiendo a ganar. Frecuentemente. Considerablemente.

—¿Qué clase de casos…? —empezó a preguntar Ricky, pero el abogado lo interrumpió antes de que pudiera terminar.

—Una demanda colectiva por contaminación, el fraude de una aseguradora y un homicidio con violación. Mi bufete trabaja normalmente con empresas importantes, pero también se nos anima a aceptar algunos casos de oficio. El último era de este tipo. Nada de dinero. Se supone que obtenemos cierta satisfacción por hacer un trabajo excelente para clientes pobres. Así es como los abogados pensamos que iremos al cielo. En el primero representé los intereses de la empresa; en el segundo a algunas de las personas que fueron estafadas. Tal vez los idiotas que perdieron quieren verme muerto. Usted dirá. Mis otros casos… bueno, dudo muchísimo que una gran empresa involucrada en una disputa contractual quiera asesinarme. Torturarme hasta la muerte con legalismos crípticos delante de un juez federal, sin duda. Forma parte del trabajo. Pero ¿acecharme y matarme, asesinar a uno de mis hijos o pedir a mi hermana que acabe conmigo para salvarse ella? No es nada probable. —Empujó los archivos hacia Ricky—. Me pagaron muy bien por dos de ellos —dijo—. El otro fue de oficio, como ya le dije. Pero tal vez ahora vaya a haber otro tipo de pago.

—¿Quieres decir que te lo van a hacer pagar? —comentó Ricky.

—Exacto. —Merlin pareció encontrarlo divertido.

Ricky no cogió de inmediato los tres archivos.

—¿Por qué no se los entregas a tu hermano, y no a mí, si crees que el hombre que quiere verte muerto está en uno de ellos? —quiso saber—. Deja que haga su trabajo. Mantenme al margen.

Merlin lo miró con dureza e intransigencia. Ricky supuso que aquella era la mirada que lucía cuando repreguntaba a un testigo de la otra parte durante una vista contenciosa.

—En primer lugar porque su… llamémosle búsqueda… se limita normalmente a una sola persona. Y porque dada la cantidad de gente que hay en estos archivos, tal vez decidiera que es una pérdida de su valioso tiempo evaluar a cada una de ellas y entonces se diera cuenta de que no puede elegir entre todas, porque cualquiera de ellas podría ser la que quiere verme muerto, por lo que podría llegar a pensar que es más fácil matarlas a todas —dijo con sarcasmo— para que no haya posibilidad de error. Y hasta un inspector de capacidades discretas descubriría que lo único que unía a estas víctimas era una desafortunada relación de enfrentamiento conmigo. De modo que

empezarían a prestar mucha más atención a mi vida. Ya sabe adónde podría llevar eso —añadió con una nota de amargura en la voz.

—Sí —respondió Ricky.

—Es importante conservar el anonimato de mi hermano. —Merlin negó con la cabeza.

—Mi hermana y yo tenemos que estar completamente seguros sobre quién, qué y dónde antes de que decidamos recurrir a sus talentos especiales.

—¿Completamente? —preguntó Ricky.

—Bueno, razonablemente seguros —contestó Merlin con una sonrisa malévola. Luego se inclinó hacia delante antes de proseguir—: No tengo ningún problema en deshacerme de alguien que me amenaza a mí y a mi familia —aseguró—. «Deshacerse» es una forma educada de referirme a las aptitudes de mi hermano. Sin ni siquiera una pizca de culpa. Sería como aplastar de un manotazo a un mosquito que me está picando en el brazo. No creo que sea diferente de la mayoría de gente en ese aspecto. Pero es muy probable que aquí se incluya gente simplemente desafortunada, que perdió su caso, pero que, por lo demás, es inocente, aunque no sea lista, y yo no voy a contribuir a… bueno, ¿cómo lo llamaría usted, doctor?

Ricky no respondió nada, aunque la palabra «ejecución» le vino a los labios.

Sin embargo, el abogado acabó contestando a su propia pregunta:

—Una coincidencia que de repente se vuelve funesta.

El cerebro de Ricky trabajaba a toda velocidad. Veía la importancia de mantener ciertas barreras, especialmente con el abogado. Sintió que las delicadas corrientes del asesinato tiraban de él en distintas direcciones. «Conspiración» era la palabra que había hecho salir ampollas en su mente, sustituyendo a «ejecución» y seguida rápidamente por «cómplice». Y él estaba en medio de todo aquello.

—Entonces ¿qué quieres que haga con ellos? —dijo, señalando los archivos.

—Míreselos. Léalos usando sus conocimientos psicológicos. Después dígame qué persona que aparezca en uno de estos archivos podría estar montando un puzle. ¿Cuál es el candidato más probable a destrozar un animal de peluche y a interrumpir un ensayo teatral? Averigüe eso, doctor. ¿Quién anhela vengarse? Una vez lo sepamos, bueno, todos estaremos a salvo. Para siempre.

Ricky se quedó mirando los archivos.

«Si me los llevo, estaré cometiendo un crimen. O empezando a cometer un crimen —pensó—. Puede que el primero de varios».

Pero, antes de que pudiera exponer esta objeción, Merlin se levantó.

—Nuestra primera sesión ha terminado —dijo. Se agachó y dio unos golpecitos a los archivos—. Toca estudiar —añadió, antes de volverse de repente y marcharse tras recoger el maletín. Lo dejó allí, sentado, y cruzó deprisa la sala, con la cabeza gacha, hasta desaparecer por la puerta sin mirar hacia atrás ni una sola vez.

Ricky se recostó en su asiento valorando sus opciones. No tenía demasiadas. Una parte de él quería tirar los tres archivos a la primera papelera que viera. Sin embargo, sabía que no podía hacer eso. Y se percató de que se estaba adentrando en un profundo terreno pantanoso parecido a los Everglades. Parecía que cada paso que daba por la selva que veía ante él podría ser mortal. ¿Caería en un agujero o pisaría arenas movedizas? ¿Lo devoraría un caimán o lo atacaría una pantera? ¿Moriría de agotamiento por el calor o lo mordería una serpiente venenosa?

Cogió los archivos, que parecieron quemarle en las manos. Empezó a abrir el que estaba arriba cuando de repente tuvo la inquietante sensación de que Merlin había vuelto sobre sus pasos y estaba mirándole por encima del hombro para supervisar cómo examinaba los archivos. Apartó aquella sensación y se dio cuenta de que su nivel de ansiedad había pasado de bajo a altísimo en un abrir y cerrar de ojos. Pulso acelerado. Tal vez algo de sudor en la frente. Garganta seca. Todos los síntomas de un miedo incipiente.

Se sentía exactamente así durante las turbulencias en un vuelo. No podía ver las oscilaciones del aire que provocaban que el avión se zarandeara. Pero eso no significaba que no fueran reales.

Se marchó con rigidez.

El Yale Club estaba a apenas tres manzanas de su hotel. Caminó deprisa y, tras eludir al conserje, alguien lo interrumpió cuando iba directo al ascensor.

La misma joven estaba atendiendo la recepción y lo llamó.

—Oh, doctor Starks, disculpe un momento, por favor.

Ricky se detuvo y se acercó a ella.

—Han dejado un paquete para usted.

—¿Un paquete?

—Sí —dijo—. Lo tengo aquí.

La recepcionista se agachó y le ofreció un pequeño sobre acolchado.

—¿Quién lo ha traído? —quiso saber.

—Un mensajero.

Miró el sobre. No tenía ninguna marca externa aparte de su nombre y su número de habitación, que figuraban de modo destacado sobre el nombre del hotel.

—¿Se ha fijado en qué empresa de mensajería era? —preguntó pasado un momento.

—Lo siento —contestó la recepcionista, vacilante—. El hombre lo dejó en el mostrador y se marchó zumbando.

—No tiene importancia —aseguró, aunque creía lo contrario.

En su habitación dejó las «posibilidades» de Merlin sobre la cama y abrió el sobre. Contenía un pequeño móvil desechable de prepago y una hoja de papel blanco con un mensaje impreso:

Mediodía.
Hoy.
¿Quién es usted, doctor?
El teléfono tiene programado el número correcto.

7

Cuando faltaban cinco minutos para mediodía, Ricky pensó que estaba preparado para hablar con un hombre que deseaba una muerte. Sabía que la llamada estaba planeada para que el aspirante a asesino recabara información sobre él. Y sabía instintivamente que el truco consistía en aparentar responder sus preguntas sin contestar en realidad demasiado, mientras averiguaba muchísimas más cosas acerca del hombre que estaba al otro lado del teléfono. Se recordó a sí mismo que, en cualquier psicoanálisis, una pregunta suele ser tan reveladora como una respuesta.

Era el proceso de «dar poco y recibir mucho» que tan bien conocía. Recordó que muchas veces los pacientes que estaban tumbados en el diván lo habían acribillado de repente a preguntas, todas ellas para intentar conocer al hombre sentado fuera de su vista, ubicado detrás de su cabeza. Era una parte imprescindible del proceso de transferencia, esencial para el psicoanálisis. Cuanto más vagas eran sus respuestas y más impenetrable se volvía él, más volcaba el paciente una curiosidad igual de inmensa en sí mismo y emprendía el camino para llegar a conocerse.

Una idea pesimista lo preocupaba: «La única vez que un asesino estuvo tumbado en ese diván fue el señor R… y me engañó por completo».

Echó un vistazo al montón de archivos que Merlin le había dado. Estaban sin abrir, esparcidos sobre la cama como una amante desdeñada que aguardaba impacientemente que le prestara atención. Esperaba poder relacionar lo que oyera por teléfono con algo de alguno de esos archivos. Una frase reveladora, un *lapsus linguae*, algún pequeño detalle que dijera Jack el Destripador del Oso Paddington y que él pudiera conectar con algún dato de los documentos. Lugar. Historia. Rabia. Móvil. Plan. Obsesión. Existían varias posibilidades, como en el puzle: había que encontrar cada forma y ver cómo encajaba para formar una imagen. Tenía que oír una palabra o frase que condujera a un retrato. Y, una vez establecido ese vínculo, su trabajo habría terminado y sería libre.

«Lanzando a un asesino sobre otro».

Miró el móvil, que había dejado en una mesa de madera. Durante esos últimos minutos previos a la llamada, la reducida habitación del hotel pareció menguar. Notó una subida brusca de la temperatura, echó un vistazo al termostato y comprendió que el calor que sentía no tenía nada que ver con la

realidad. Era un calor imaginado. El calor de la ansiedad. El calor de la intranquilidad. Un calor inevitable.

Tenía un bolígrafo y un bloc a punto. Estaba atento a su reloj.

Exactamente un minuto antes de las doce, alargó la mano hacia el teléfono.

Cuando tenía los dedos a unos centímetros del móvil, este sonó con fuerza. Ricky dio un brinco de asombro y lo cogió de la mesa. Aprovechó ese mismo movimiento para situar el bolígrafo sobre el papel. Pulsó la tecla para contestar en aquel teléfono barato.

«Nada de cháchara. Directo al grano».

—Hola, doctor. ¿Quién es usted?

Ricky inspiró hondo.

—Al preguntar quién soy, ¿quiere saber mi currículum profesional? ¿Mi historial académico?

—Claro que no. ¿Quién es usted, doctor? ¿Es un agente de policía? ¿Un inspector? ¿Un mercenario? ¿Es un guardaespaldas, un asesino a sueldo o un detective privado? ¿Es un entrometido que no sabe dónde se está metiendo? ¿Es un amigo? ¿Un amante? ¿O es usted simplemente un pobre infeliz?

Ricky trató de captar algún acento.

«Ninguno. Tonos animados, casi curiosos y cordiales. Como dos colegas del pasado que se encuentran por casualidad por la calle e intercambian los cumplidos de rigor», pensó.

Intentó ver qué podían indicarle las palabras que había elegido su interlocutor.

«Educado. Blanco. Mediana edad, no joven. Urbano. Sofisticado. —Y lo que era más importante—: Sin miedo».

—No —dijo—. No soy ninguna de esas cosas.

—¿Está usted seguro respecto a la última categoría, doctor? La de «pobre infeliz». ¿Le gustaría plantearse algo más rato esa posibilidad?

«Provocador. Burlón. Completamente al mando. Seguro. ¿Otro abogado? De los que entran en el juzgado sabiendo que tienen los hechos, las pruebas y la ley de su parte», se dijo.

—No. No creo que esas palabras me describan —replicó.

—Personalmente, yo no llegaría tan deprisa a esa conclusión, pero tal vez sea simplemente la arrogancia de su profesión la que habla. Pones esa «D» y esa «R» delante del apellido y te acercas un paso de gigante a Dios, ¿no? Pero, vamos, entonces ¿quién es usted, doctor?

—Creo que ya lo sabe —aventuró Ricky.

La voz del teléfono pareció haber previsto esa afirmación.

—Puede que sí. Puede que no. Pero me parece que mi pregunta tiene varios posibles significados. ¿No nos estamos preguntando siempre quiénes somos? O quizá esa es la pregunta que tendríamos que lanzarnos pero somos demasiado ciegos, estúpidos o egocéntricos para hacerla. Es una cuestión profunda, ¿verdad?

Ricky buscó locura en sus palabras. Buscó psicosis. Buscó obsesión. Buscó ira. Pero lo que había oído hasta entonces era filosófico. Casi psicoanalítico. Al instante tuvo la impresión de estar hablando con alguien que había estudiado los mismos libros que él, que había subrayado las mismas frases.

—Sí. Correcto.

—Así pues, doctor Starks, ¿quién es usted?

Ricky vaciló un momento antes de responder:

—Soy un intérprete.

Oyó una breve carcajada llena de desdén.

—Muy bien, doctor Starks. Eso me gusta. ¿Y qué clase de intérprete es usted? ¿Traduce del alemán? ¿Del francés? ¿Del árabe? ¿Sabe traducir el lenguaje de la muerte?

Ricky se mordió el labio antes de responder:

—Sí.

—¿Está seguro? —respondió su interlocutor con rapidez.

Pero él ya estaba preparado para contestar.

—Ha planteado unas preguntas extremadamente difíciles a personas a las que da la casualidad que conozco. De forma razonable me han pedido que las ayude a encontrar las respuestas adecuadas.

—Pero, doctor, solo hay una respuesta fundamental: la respuesta buena para mí y mala para ellos. Es una pena. Mala suerte. La próxima vez irá mejor. Salvo que no habrá próxima vez. Usted lo sabe. Yo también. Supongo que igual que ellos, solo que no están dispuestos a aceptarlo. La gente siempre es reacia a aceptar lo inevitable.

—Tal vez yo pueda ayudarles a entenderlo.

Una pausa.

—¿Por qué haría usted eso, doctor? ¿Realmente le están pagando tan bien sus servicios? ¿Qué clase de tarifa cobra un intérprete como usted?

Había dicho esto en un tono ligeramente socarrón.

—No, no me pagan nada.

—Sinceramente lo dudo. ¿Acaso alguna otra obligación? ¿Saben algo sobre usted? ¿Quizá le chantajean?

«Una buena suposición —pensó Ricky—. No quiero que se acerque más a la verdad».

Sabía que su titubeo en la voz ya había dado al hombre al otro lado del teléfono la respuesta que estaba buscando.

—¿Por qué no iba a ayudarlos? —respondió Ricky. Pero le pareció un argumento débil, así que insistió—: Es lo que hago. Ayudo a gente que lo necesita.

«Todavía débil y endeble», pensó.

Otra breve carcajada.

—Ya le he contestado a esa pregunta, doctor. Nadie debería inmiscuirse voluntariamente entre un cazador y su presa. ¿Está dispuesto a arriesgar su vida por esas personas? No, permítame que lo exprese de una manera más precisa: ¿está dispuesto a dar su vida por esas personas?

«Frío. Seguro. No se siente para nada amenazado», pensó Ricky.

—¿Qué le hace pensar que era consciente de que estaba esto en juego cuando me pidieron ayuda? A lo mejor acabo de darme cuenta de dónde me he metido.

—Buena pregunta, doctor —respondió la voz con una repentina familiaridad—. Pero, antes de contestar, deje que le pregunte algo: ¿está haciendo ya las maletas para irse? ¿Ha llamado a recepción y ha pedido que le preparen la factura?

Ricky no respondió.

—Diría que no. Pero tendría que hacerlo. Si antes no sabía qué hacer, ahora ya no es así. Le daré un consejito, doctor: no se meta en medio. El medio es siempre un mal sitio, donde no pasa nada bueno. Aunque usted ya sabe eso. Váyase. No: váyase corriendo. Ahora mismo. Antes de quedarse atrapado. No deje que ese puto abogado o su hermana de los cojones lo arrastren con ellos. Sálvese. Huya. Y no vuelva la vista atrás.

«El primer atisbo de ira», observó Ricky.

Otra pausa.

El hombre al otro lado del teléfono parecía aguardar una respuesta, pero Ricky guardó silencio.

—Muy bien, doctor. Supongamos que le han enseñado los materiales que proporcioné a…

Ricky notó que su interlocutor rebuscaba en su cabeza cómo llamar a Virgil y a Merlin.

—Los hermanos que pronto estarán muertos. O mejor dicho: el uno o la otra que pronto morirá…

«De modo que era "sálvate… o muere"». Ricky lo anotó mientras el hombre al otro lado del teléfono proseguía:

—¿La pareja moribunda? Eso suena romántico. Shakesperiano, solo que no son Romeo y Julieta. Más bien Otelo y Desdémona…

«¿Instruido? Jack el Destripador del Oso Paddington habla como si fuera Jack el Profesor de Literatura Inglesa», concluyó Ricky.

—Cualquiera que viese lo que les hice llegar sabría de inmediato lo que está en juego. Así que, por favor, doctor, procure limitar sus mentiras a las que no sean absolutamente obvias.

—¿Por qué quiere matar? —quiso saber Ricky.

—Bueno, a lo mejor he agotado todas las demás opciones.

—Cuesta de creer. Siempre hay alternativas.

—No en esta situación. Lo siento. Va a ser la muerte. Lo que quiero es sencillo: una muerte fea. Una muerte mala. Una muerte dolorosa. Una muerte brusca. Una muerte sangrienta. Una de estas. Es la única posibilidad que queda.

«¿Un hombre que ha agotado todas las opciones jurídicas ante los tribunales?», sopesó Ricky.

—¿Ha matado antes? ¿Está preparado de verdad para este desafío? ¿No hay ningún otro enfoque que pueda adoptar? ¿A qué obedece esta necesidad de venganza? ¿Qué le hizo que fuera tan terrible que exige solamente este resultado? ¿Por qué está tan herido? —Ricky lanzó esta sucesión trepidante de preguntas a través de la línea telefónica.

La idea era que el hombre al otro lado del teléfono le hablara sobre su rabia. Por eso había utilizado el adjetivo «herido». Según su experiencia, era difícil resistirse a este tipo de provocación verbal. Esperaba una respuesta que por lo menos le diera una pista sobre el origen de sus deseos asesinos.

No tuvo esa suerte.

El hombre esperó un instante y Ricky notó que reflexionaba antes de responder con otra cuestión que eludía todo lo que él había preguntado.

—Ah, el intérprete de la muerte trabajando duro. Para responder a su pregunta, establezcamos algo: estoy familiarizado con la muerte. Pero de repente siento curiosidad. ¿Qué clase de médico es usted, doctor Starks?

«Ya lo sabe», pensó Ricky.

—Soy psicoanalista.

—Por supuesto. Tendría que haberlo adivinado. ¿Y de dónde es usted, doctor?

«Ya lo sabe», pensó de nuevo Ricky.

—De fuera de la ciudad.

—Evidentemente. Está en la habitación de un hotel. ¿De dónde es usted, doctor?

«Miente —pensó Ricky, aunque se lo pensó mejor—. No. Ya lo sabe».

—De Miami.

—Bonita ciudad. Calurosa. Con mucha diversión. Playas de arena con biquinis bien rellenos y aguas cristalinas —dijo con lo que Ricky supuso que sería un sonrisa al otro lado del teléfono—. Está muy lejos de casa. ¿Y de qué conoce a mi presa, doctor?

Ricky titubeó. El hombre había usado la palabra «presa» con la confianza relajada que se emplea en una fiesta, casi como si hubiera dicho «amigo». Cada palabra, cada énfasis de su interlocutor, reflejaba una obsesión bien formada, arraigada y preparada desde hacía mucho. Su impresión fue que su interlocutor telefónico conocía cada pregunta que él le hacía o le haría, incluso las espontáneas, como si tuviera delante un guion preparado. También parecía haber previsto muchas de las respuestas. Pero todo aquello era solo una manera de valorar la sinceridad de Ricky. Es una vieja técnica: pregunta lo que ya sabes y evalúa la respuesta. La había usado mil veces en mil terapias. En Nueva Orleans con Tarik. Con Charlie en el pabellón de psiquiatría y con la señora Heath en su consulta. Pensó que también la había usado con Virgil, con Merlin y con el señor R.

—Confidencialidad entre médico y paciente —respondió en tono condescendiente—. Lo siento, pero no puedo infringirla, ni siquiera con alguien que quiere asesinarlos.

«Eso lo enojará —pensó—. Puede que le haga cometer un desliz».

Pero no fue así.

—Tengo entendido que si un paciente fuera a verlo y le dijera «Voy a matar a alguien», usted estaría legalmente obligado a informar de ello a las autoridades. Me pregunto si esto no será más o menos lo mismo.

—No —contestó Ricky.

—Por favor, doctor. Está insultando mi inteligencia.

—No, no he contactado con las autoridades ni tengo intención de hacerlo. Eso no es asunto mío. Y, a fin de cuentas, es responsabilidad de mis clientes.

—Ellos no lo harán. —Sus palabras denotaron certeza.

«Sabe lo del señor R. O al menos sabe algo», dedujo.

—Y, en cualquier caso, ¿a qué autoridades podría recurrir? ¿Quién cree que iba a creerme?

—En eso lleva razón. Y ahora entiendo mejor a qué ha venido aquí.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ricky.

—Está intentando resolver un crimen antes de que se cometa —dijo, y la vivacidad de su voz aumentó un poco—. Es un reto de tres pares de narices. —Esta última frase reflejó más seguridad y frialdad.

«Cree que no tengo la menor oportunidad. Está demasiado bien oculto —pensó—. O tal vez le dé igual».

Esta posibilidad hizo que Ricky se removiera nervioso en su asiento. Los dos hombres permanecieron un momento callados. Ricky rompió el silencio intentando infundir un irritante tono de médico sabelotodo en su voz.

—Mire, ahora ya sabe quién soy y conoce mi nombre, de dónde vengo y qué hago. Así que, para empezar, ¿cómo lo llamo a usted?

La misma risa.

—Bueno, ¿qué nombre ha estado usando hasta ahora, doctor?

Ricky inspiró con fuerza.

«Cambia el ritmo. Presiónalo. Por más peligroso que sea», se dijo a sí mismo.

—En privado, me refiero a usted como Jack el Destripador del Oso Paddington. Eso se debe a su elección de peluches en la casa. Pero tal vez…

Su interlocutor lo interrumpió inmediatamente.

—Me gusta —aseguró casi con entusiasmo—. Un poco largo, desde luego, pero bastante descriptivo.

Ricky se aferró al detalle.

—¿Por qué el Oso Paddington?

Notó que el aspirante a asesino reflexionaba con cautela.

—Una historia maravillosa, ¿verdad? Una de mis favoritas de todos los tiempos. Pero contestando a su pregunta: porque el Oso Paddington estaba perdido y abandonado. Y luego lo encontraron. Yo no soy distinto. Estaba perdido, gracias a sus clientes. Y ahora me he encontrado, de nuevo gracias a sus clientes. O permítame que lo exprese mejor: me habré encontrado por completo cuando el abogado muera.

«De modo que conoce el argumento del cuento infantil. Esto podría ser importantísimo. No lo leyó él solo. Se lo leyó a un niño», observó.

—¿Por qué es tan importante para usted matarlo?

—Bueno, matarlo sería bonito. Satisfactorio. Tener su cuello entre mis manos sería delicioso. Realmente merece morir, pero creo que eso usted ya lo

sabe, doctor. Al menos lo sabe si ha hablado con él más de una vez. ¿No cree que merece morir? Es irritante, arrogante, egoísta, cruel y desconsiderado… bueno, podría seguir y seguir. Pero estas son solo cualidades adicionales que lo hacen todo más fácil. No, merece morir por lo que hizo. Pero la ruina es realmente lo que nos mueve a todos, doctor. ¿Arruinaría su vida que sus actos provocaran la muerte de su esposa o de sus hijos? Sería mucho más fácil matarlos porque son inocentes y siguen sus rutinas diarias sin volver ni una sola vez la cabeza pensando en que yo podría estar detrás de ellos. ¿Y qué me dice de la hermana? ¿Y si él fuera el causante de su muerte? ¿Qué clase de amargura saborearía al despertarse cada uno de los lamentables, solitarios y patéticos días que le quedaran de vida? ¿Puede responderme a eso, señor Intérprete?

La voz de Jack el Destripador del Oso Paddington se había acelerado al decir estas últimas palabras y había adoptado un tono entusiasta, casi infantil. Por primera vez en aquella conversación, Ricky se quedó helado. Recordó haber mirado al señor R a los ojos. Era como si de repente sus tonos de voz fueran idénticos y estuviera lidiando con dos caras de la misma moneda. Inspiró hondo de nuevo, aunque tenía la impresión de no poder introducir aire suficiente en su cuerpo para llenar sus pulmones. Intentó, sin éxito, encontrar una respuesta.

—Hay otras clases de muerte, ¿no cree, doctor? De las que van más allá de poner los ojos en blanco, dejar de respirar, estirar la pata, hacer la señal de la cruz y *requiescat in pace*. Aquellas en las que estás vivo pero en realidad no. La desgracia, en que cada momento de vigilia es más doloroso que el anterior. ¿Qué opina de esas muertes, doctor?

El odio cantarín que le llegaba a través de la línea telefónica casi abrumó a Ricky, que no contestó. Mientras titubeaba y daba vueltas a esas ideas en su cabeza, la voz de su interlocutor cambió bruscamente:

—Le he hecho una pregunta, doctor.

Lo que había sido frialdad, cinismo, burla y dureza se volvió de repente ferocidad e intensidad.

—Son las peores —contestó Ricky.

—Sí, son las peores. —Al instante, la voz de Jack volvió a adoptar el ritmo y el timbre de antes—. Hacia allí nos dirigimos todos, doctor. Cogidos de la mano, dando brincos como niños por el camino de la perdición. Y dudo que pueda hacer gran cosa para hacer descarrilar este tren concreto. Tendría que saltar ahora. Es mi última advertencia. Trenes y caminos. Disculpe,

doctor. Es una metáfora mezclada. Pero creo que se habrá hecho una idea general.

Había dicho esto último con desdén.

La inquietante sensación de que estaban a punto de empujarlo que había tenido en el andén del metro invadió de nuevo a Ricky. Vacilación. Terror.

—Eso es lo que debería decirles. No pueden hacer nada. No, eso no es cierto. Ella tendría que matarlo. Hacer el trabajo por mí y, después, seguir adelante con su vida. O él tendría que suicidarse. Y ahorrarnos muchos problemas a todos los demás. Deberían actuar antes de que yo lo haga. Sería más fácil para todos.

«Le da igual vivir o morir, siempre y cuando vea antes cumplido su deseo —se percató Ricky—. Es la clase más peligrosa de asesino, porque no necesita sobrevivir. Puede que no quiera hacerlo».

Jack el Destripador del Oso Paddington rio de repente, pero las notas de su carcajada habían cambiado. Era una risa realmente gélida.

—¿Sabe qué? Creo que no es consciente de ello, pero es totalmente posible, no, probable, que me esté ayudando a conseguir mis objetivos sin saberlo, doctor. ¿No sería eso toda una sorpresa para usted? Y también algo irónico. Eso sería bonito. Peligroso pero bonito. Un intérprete. Bueno, a veces todos necesitamos un intérprete. Pero el intérprete necesita que confíen en él, ¿verdad? Cuando dice «esto es lo que todas esas palabras significan», bueno, hay que tenerle una confianza ciega, ¿verdad? Pero ¿y si se equivoca? ¿Aunque solo sea un poquito? Traduce «amor» por «odio», o «vida» por «muerte». Espero que sobreviva a esto, doctor, aunque dudo que pueda.

Ricky se quedó callado. Jack el Destripador del Oso Paddington hizo lo mismo.

El hombre rompió por fin el silencio.

—Esta charla ha sido esclarecedora, ¿sabe? Terapéutica, incluso, si el propósito de la terapia es acercarme a mi meta. He disfrutado mucho de nuestra conversación.

Ricky se apresuró a hacer su siguiente pregunta:

—Ese puzle. Llegarán más piezas, ¿verdad?

—Naturalmente, doctor. Eso usted ya lo sabía.

Y se cortó la comunicación.

Ricky se quedó mirando el teléfono.

El brusco silencio le impulsó a levantarse. Se tambaleó unos pasos hacia atrás. Respiraba con dificultad.

El calor de la habitación parecía haber aumentado aún más. Notaba que apenas podía respirar y se tiró del cuello de la camisa, aunque ya lo llevaba desabrochado.

Volvió a coger el teléfono para mirarlo como un mecánico que examina una pieza desconocida de una máquina y buscó el número programado, como Jack le había dicho que hiciera cuando le envió el teléfono. Pulsó «Contactos» y, luego «Favoritos».

La lista estaba vacía.

Entonces pulsó «Recientes» y apareció un número. Pulsó «Rellamada».

Se oyó un chirrido electrónico.

El número ya no existía. Pulsó «Rellamada» por lo menos seis veces, pero fue en vano. Era como si Jack hubiera desaparecido.

8

Ricky salió de la habitación, recorrió el pasillo y bajó en el ascensor.

Con el pecho oprimido como si estuviera sufriendo un ataque de asma, agachó la cabeza y cruzó a toda velocidad el vestíbulo del hotel para salir a la calle. Agredido por el repentino estruendo del tráfico, de las obras constantes y de una actividad incesante, dobló a la derecha y empezó a andar deprisa calle abajo. Una manzana. Dos. Tres. Pronto perdió la cuenta. Con el mentón bajado, sin atreverse a mirar atrás, a duras penas capaz de mirar hacia delante. Se sentía un poco como un ciego intentando avanzar rápido, tanteando inútilmente el terreno con el bastón blanco.

Empezó a subir la Quinta Avenida hacia Central Park. Engullido a ratos por la avalancha de transeúntes del mediodía, se fue abriendo paso entre la habitual mezcla de personas de Manhattan, que abarcaba desde los indigentes que pedían limosna en las esquinas hasta las personas adineradas que iban de compras. Desde la suciedad incrustada hasta la seda más fina. Le pareció un paisaje ajeno. Se sentía como un turista escandaloso al que dan la bienvenida en el Disney World del Asesinato. Quien lo recibía en la entrada no era una actriz maquillada como Blancanieves, ni nadie disfrazado de Goofy, Mickey o Pluto, sino Charles Manson o un Ted Bundy manchado de sangre que, sonriendo de manera enfermiza, lo conducía hacia una montaña rusa.

Sabía cuál tenía que ser su siguiente paso: comparar todo lo que había oído con lo que hubiera en los archivos que le había proporcionado Merlin. Esperaba poder encontrar una conexión oculta. Las palabras de Jack el Destripador del Oso Paddington resonaban en su interior.

Después esperaría la siguiente pieza del puzle.

Se detuvo frente a una tienda cara de ropa, se volvió hacia el escaparate y observó su imagen reflejada en el cristal.

«¿De verdad me importaría que matasen a Merlin? —reflexionó—. Realmente no. Aunque parezca extraño, Jack el Destripador del Oso Paddington tiene toda la razón. Merlin es exactamente como lo ha descrito: un hombre egocéntrico, odioso y cruel».

Lo único que sentía por el abogado era desprecio. Su muerte no le afectaría lo más mínimo. Incluso una parte de él se alegraría de verdad por ella. Tenía todo el derecho de odiar a Merlin, a su hermana y a su sanguinario hermano. Ver morir a cualquiera de ellos apelaría a su lado más oscuro.

Era como esperar que el diablo pudiera ganar la batalla de los ángeles.

Inspiró y le costó tragar el aire cálido.

«Salva a quien no se lo merece», pensó.

—Dios mío —murmuró en voz alta.

Esas palabras quedaron sofocadas por la cacofonía de la calle, absorbidas por el claxon estridente de un coche y por el resoplido de un autobús diésel al acelerar.

Ricky no sabía si había estado frente a la tienda observando su reflejo cinco segundos o cinco minutos. No se marchó hasta que vio a una dependienta imponente, alta como una modelo y peligrosamente delgada, sin un solo cabello fuera de su sitio, gesticulando desde dentro con el ceño fruncido para apremiarle a que se marchara. El movimiento de su brazo contenía un mensaje inconfundible: «Váyase. Ya».

Volvió a agachar la cabeza, siguió andando y recorrió cuatro manzanas más antes de reducir el paso.

Cuando se dio la vuelta, lo hizo con brusquedad, como si así pudiera ver a quienquiera que lo estuviese siguiendo. «Nadie».

O: «Nadie evidente».

La ciudad puede conseguir eso. Hacerle sentir a uno solo cuando está rodeado de gente o hacinado cuando está solo.

Los tres archivos esparcidos sobre la colcha le gritaban: «Estoy aquí. Oculto entre un montón de nombres. Busca cuidadosamente».

Caso número 1

Merlin había formado parte del equipo de abogados que defendía a una gran industria química acusada en una demanda civil de verter residuos en un arroyo cuyas aguas subterráneas afectaban a un grupo de granjas en el noroeste de Pennsylvania que pertenecían a diversas familias. Los habitantes de las granjas habían desarrollado diversas enfermedades muy dañinas que comprendían desde cánceres hasta daños neurológicos. Era jurídicamente parecido al caso de Love Canal, en el estado de Nueva York, o a otros tipos de contaminación industrial causados por la negligencia y la desconsideración. En la lista de demandantes figuraban personas que habían sufrido muchísimo. Ricky extrapoló lo siguiente: «Algunas murieron. Algunas sufrieron grandes daños. Algunas quedaron incapacitadas. Algunas

acabaron necesitando cuidados constantes». Si multiplicaba cada nombre por dos o por tres como mínimo, obtendría las personas a su alrededor que tenían que vivir con las consecuencias, como el niño obligado a cuidar de un padre postrado en la cama, el progenitor que ve consumirse a su hijo pequeño debido a un tumor cerebral inoperable o la recién casada que averigua que nunca va a poder tener hijos. Mucha rabia, especialmente después de que los demandantes no pudieran demostrar las relaciones necesarias entre las enfermedades sufridas y las sustancias químicas vertidas. Habían realizado un esfuerzo jurídico quijotesco durante tres años para llevar los casos ante un jurado comprensivo, algo que nunca llegó a ocurrir.

«Seguramente se quedaron sin dinero —pensó Ricky—. Adiós a los abogados. Adiós a los investigadores. Adiós al testimonio de los expertos. Pero la industria química no había tenido ese mismo problema. —Reconoció la táctica—: Sumir al pequeño en el olvido jurídico con los infinitos recursos del grande. Crear un pantano legal».

Siguió reflexionando: «Si yo considerara mi vida y lo único que viera en el futuro fuese unos años horribles cuidando de un progenitor con daños neurológicos o un hijo confinado en una cama, incapaz de ver, oír o recordar a nadie, ¿estaría dispuesto a matar para vengar mi rabia? Sin duda. ¿Me preocuparía lo que me pasara después de haber obtenido mi venganza? No».

Le dio vueltas a esto en la cabeza.

«Aunque puede que no fuera así. Puede que tuviera que preocuparme debido a esa espantosa obligación».

Sin saber con seguridad cuál era la respuesta correcta, examinó detenidamente los documentos que Merlin le había proporcionado. Vio que había sido simplemente uno de muchos, y ni siquiera el abogado principal en la mayoría de alegaciones. Había hecho su trabajo entre bastidores jurídicos, preparando a los testigos, organizando las repreguntas, redactando informes. Merlin había sido una parte esencial del proceso, pero ¿era el hombre con el que alguien se obsesionaría? No acababa de verlo claro. Había otros abogados que habrían asumido esa función. ¿Posible? Tal vez. ¿Probable? Tenía sus dudas.

Y Jack era evidentemente culto y parecía disfrutar jugando con el lenguaje. Tenía más pinta de ser de un ático de lujo que de una casa de labranza. Los demandantes eran más la sal de la tierra. Sofisticados en cuanto a las estaciones, los calendarios de siembra, los tractores y demás maquinaria, las cosechas y los mercados. Pero ¿Shakespeare y Otelo?

No era probable.

Dejó a un lado el archivo, convencido pero no convencido.

Caso número 2

Se trataba de un fraude de una aseguradora en el que gente muy rica había perdido millones de dólares, seducida por la promesa de obtener dinero fácil y la creencia de que iban a ganar muchísimo. Había habido un rápido enjuiciamiento penal que había desembocado en un acuerdo con el fiscal y una breve oleada de grandes titulares. Merlin había participado en la acción civil posterior a la condena, en la que los perdedores intentaron resarcirse a través de la familia del hombre que había ideado la estafa y que iba camino de la cárcel. Era un paisaje jurídico de pérdida y furia, un laberinto de demandas y contrademandas. Estaba lleno de personas muy agraviadas con mucho dinero. Supuso que el tema habría sido la comidilla en más de una cena en un piso de lujo de Nueva York. Los clientes de Merlin habían perdido mucho y recuperado poco. Centavos a cambio de los dólares desaparecidos. Al leer los documentos, percibió fácilmente la rabia de los ricos. Merlin había sido contratado como un rottweiler legal. Había sido una parte esencial a la hora de arruinar a la familia de aquel artista de la estafa. Había sido implacable en su persecución judicial, asaltando tenazmente cualquier activo que pudiera tener la familia, dando con lo oculto y lo encubierto, y asegurándose por completo de que todos sus miembros se hubieran quedado sin blanca.

«En la miseria, pero merecidamente —pensó Ricky—. Si te lo han arrebatado todo, ¿qué puedes perder? Pero lo que impulsaba a Jack era más complejo que la simple pérdida de dinero. Alguien dispuesto a amenazar con matar a un niño inocente para vengarse está entrando en un terreno que va mucho más allá de una cuenta bancaria».

Imaginó el cuchillo que rasgaba el oso de peluche.

Imaginó la foto familiar que acababa rota.

Negó con la cabeza. No estaba dispuesto a descartar por completo que este archivo fuera la base de Jack, pero a primera vista parecía poco probable.

Dejó los documentos a un lado y tomó el último de los gruesos archivos.

El tercer caso del trío de «posibilidades» de Merlin era muy distinto de los otros dos.

Caso número 3

«De oficio. Por el bien público».

Como parte del compromiso con la comunidad de su bufete, Merlin había pasado tres meses en Dothan, Alabama, hacía poco más de dos años para ayudar a los abogados locales designados por el tribunal en un caso con pena capital. Para sorpresa de Ricky, Merlin había formado parte de la defensa en una violación con homicidio que había ocurrido a unos kilómetros del centro de la pequeña ciudad, en el campo, cerca de la frontera con el colindante estado de Florida. Es un lugar donde la gente usa expresiones muy características del Sur, llama a todas las mujeres «señoras», dice mucho «sí, señor» y «no, señor», y logra ocultar la pobreza, la violencia y las esperanzas perdidas con los oficios baptistas de los domingos por la mañana y la firme creencia de que Jesús o tal vez Dios mismo tiene definitivamente un plan bien desarrollado para todos y cada uno de sus fieles que es fácil de oír si uno escucha con la suficiente atención. Una camioneta es el medio preferido de transporte y si lleva una pegatina de la bandera de Estados Unidos y el típico adhesivo en el parachoques de *Roll Tide*! para animar a los equipos de la Universidad de Alabama es todavía mejor.

El Sur rural de Estados Unidos.

Una carretera oscura y solitaria.

Una niña flaca de trece años con aparatos en los dientes, fan de las estrellas de pop, que había hecho de canguro y a quien, según se informaba en los archivos, habían dejado a unos treinta metros de su casa, pero que jamás llegó a entrar en ella, a pesar del escaso trecho que la separaba. Un grupo de *boyscouts* había encontrado su cadáver durante una acampada tres semanas después de su desaparición, ligeramente sumergido bajo los árboles hundidos en las aguas de un pantano cercano. Uno de los *scouts* había avistado un destello de color justo debajo de la superficie cuando había lanzado un anzuelo para pescar percas. Este se había enredado en el brazo de la niña y lo había levantado, para la estupefacción del chico. Al principio había creído que había picado un pez, después que había enganchado la rama de un árbol con el anzuelo y finalmente, al darse cuenta de lo que había al final del sedal, se había puesto a gritar. El destello amarillo que había visto resultó ser la camiseta que la niña llevaba puesta cuando la raptaron. Era la única prenda de ropa que aún quedaba en el cuerpo.

Ricky leyó atentamente las páginas de los informes. No le aportaron demasiado, aparte de un relato sucinto y burocrático de lo que había sido una noche llena de maldad.

Por desgracia, las turbias aguas habían destruido la mayoría de las pruebas forenses.

La autopsia había revelado lesiones en el cuello: la habían estrangulado antes de lanzarla al agua. También presentaba heridas de arma blanca en el pecho y el estómago que el patólogo consideraba que probablemente eran *post mortem*, lo que indicaba que el asesino se había enfurecido tras intentar y probablemente no lograr culminar el sexo. El informe también «sugería» que había existido violación, debido a las magulladuras y los desgarros de la zona genital, pero, una vez más, el agua y la descomposición habían afectado a gran parte de estas pruebas. Posteriormente, el análisis de sangre había revelado restos de fenobarbital en su organismo.

«Toma, bonita. Bébete esto. No hagas caso del sabor a tiza», pensó Ricky.

La policía jamás llegó a encontrar la escena del crimen.

«Inconsciente, violada y asesinada en alguna parte. ¿Un coche? ¿Un cobertizo abandonado? ¿Un campo solitario? Y posteriormente tirada como si fuera basura al pantano. Adiós, bonita. Tal vez nadie te encuentre jamás», reflexionó Ricky.

Le pareció un crimen de una crueldad excepcional.

Al principio se había pensado que la niña se había fugado de casa. Había problemas en su hogar: un padre ausente, una madre alcohólica. Se habían emitido boletines policiales. Pero la investigación no había cobrado impulso hasta que los asustados *boyscouts* habían llamado a la jefatura de policía.

Los agentes locales habían fijado su atención de inmediato en el hombre que la había dejado cerca de su casa aquella noche. Era subdirector de una farmacia local y había contratado a la víctima para que cuidara de sus hijos de cuatro y cinco años. Niño y niña.

Lo habían llevado a comisaría y lo habían interrogado durante once horas.

No había confesado. Ni las amenazas, ni el agotamiento ni la tergiversación de sus palabras habían propiciado que admitiera los hechos. Incluso cuando se habían inventado unas pruebas inexistentes y le habían mentido asegurándole que lo habían pillado de todas las formas posibles y que el único modo de evitar la pena de muerte era confesar y cooperar, había contestado negando con la cabeza sin cesar. Hasta habían intentado la táctica de: «Piensa en la familia de la chica. ¿No quieres darles algo de paz?». Pero tampoco había funcionado.

Él se había ceñido a su historia: «La dejé fuera de su casa. Le pagué diez dólares. Le pregunté si quería que la acompañara hasta la puerta, pero se rio y dijo que no. Me despedí con un gesto de la mano y me marché. No la vi entrar

en casa. Eso es todo. No tengo ni idea de lo que ocurrió entre la puerta del coche y la de la entrada».

Repetido hasta la saciedad.

«Ni idea. Ni idea. No lo sé, inspectores».

La policía había sido implacable. El farmacéutico se había mantenido firme.

Y, cuando le habían dicho que iban a encerrarlo de todas formas, había pedido un abogado y había salido de la comisaría una hora después.

Ricky siguió leyendo. El farmacéutico estaba en medio de un divorcio contencioso. El motivo de que aquella noche tuviera la custodia de los dos niños y de su necesidad de un canguro no estaba claro.

Su futura ex había prestado declaración a la policía: lo había abandonado tres meses antes, después de que una noche le diera un puñetazo en la mandíbula durante una discusión lo bastante fuerte para que la oyeran los vecinos que vivían al otro lado de la calle. Ella había caído al suelo y él la había golpeado repetidamente. Aquella noche había terminado en urgencias y la mujer había negado que la agredieran a pesar de los dientes rotos, las costillas fracturadas y el ojo morado después de que los entrometidos vecinos contaran algo muy distinto a los investigadores. Cuando la policía había ido a verla y le había contado que su futuro ex era un violador y un asesino, ella había insistido con firmeza en que su marido «era un hombre temeroso de Dios» y que «no podía haber cometido aquellas atrocidades».

—¿Tiene algún cuchillo? —había preguntado un inspector.

—Bueno, le gusta cazar venados, así que estoy segura de que sí tiene alguno —había contestado ella.

La policía había desmantelado la casa del farmacéutico con una orden de registro esperando encontrar la hoja que había infligido las heridas a la víctima.

Sin suerte. Lo que sí habían encontrado los agentes era una funda vacía en la que encajaría una hoja grande del estilo de un cuchillo Bowie. El farmacéutico repuso que había perdido el cuchillo en el bosque durante su última salida de caza.

La policía, naturalmente, no había creído ni una sola de sus palabras.

Habían vuelto a hablar con la ex.

—Cuéntenos la verdad. Su marido no podía cumplir en la cama, ¿no?

—Pero, bueno, agentes, es el padre de nuestros hijos. ¿No responde eso a su pregunta?

Ricky sabía que, naturalmente, no lo hacía. Se imaginaba que la insistencia naíf de la ex habría acabado enfureciendo a los inspectores de policía.

Cuando la policía incautó el automóvil del farmacéutico para buscar pruebas del crimen, como tal vez sangre de la víctima en el maletero o en el asiento de atrás, se encontró con que lo había limpiado hacía poco con detergentes con base de amoníaco.

Habían encontrado, eso sí, varios pelos de la niña cerca del asiento delantero.

—Creo que se cepilló el pelo mientras yo conducía —había dicho el farmacéutico.

Un inspector listo había efectuado un tedioso registro en la farmacia del sospechoso. Para su enorme satisfacción, había descubierto que faltaban seis pastillas de un anestésico llamado ketamina en las existencias de la farmacia. El policía sabía que este narcótico se usa a veces como droga de la violación y que actúa muy deprisa. La discrepancia entre el inventario y las existencias reales, junto con el informe del médico forense en el que se afirmaba que los fármacos que faltaban en la farmacia eran químicamente parecidos a los residuos encontrados en el organismo de la víctima, había bastado para detenerlo e imputarlo.

Ricky vio que aquello era la piedra angular en la que se basaba el juicio.

Sospechó también que la conexión era vaga. El acusado no era la única persona que tenía acceso a los narcóticos, un detalle en el que la defensa hizo hincapié. Aun así, aquello era el Sur y las absoluciones en casos de pena capital son poco frecuentes.

Salvo esta vez.

No había confesión. No había pruebas directas. No había restos de ADN.

El jurado había deliberado dieciséis horas a lo largo de dos días. Sus miembros habían regresado a la sala, según rezaba una noticia que Merlin había adjuntado al archivo, y habían anunciado que habían llegado a un punto muerto. El juez, evidentemente furioso, los había enviado a deliberar de nuevo. Una hora después, habían salido por segunda vez.

No culpable.

El artículo del periódico contenía una fotografía de la madre y el abuelo de la víctima saliendo de la sala en compañía de familiares y amigos. La madre se tapaba la cabeza con las manos para intentar eludir a los periodistas. El abuelo parecía afligido y furioso a la vez. En la parte de atrás de la instantánea, Ricky vio a Merlin y al hombre que supuso que sería el abogado

local acompañando al farmacéutico, que salía sonriendo de oreja a oreja con el puño en alto.

«Esa sonrisa podría hacer que alguien quisiera matar —pensó Ricky—. ¿Olvidarías jamás esa expresión? No. Pero ¿por qué atacarías al abogado? El objetivo tendría que ser el farmacéutico asesino».

Reflexionó al respecto.

«Cuchillo. Cortes. Oso Paddington. Perdido y encontrado después. ¿Está Jack aquí?».

Lo invadió una sensación fría, cargada de ansiedad.

Mientras seguía mirando la foto con grano del periódico y dándole vueltas a estas sospechas en la cabeza, sonó el teléfono de la habitación del hotel. Se incorporó, sorprendido, y de repente la adrenalina se le puso a tope. Descolgó con cautela, sin decir nada hasta oír la voz al otro lado de la línea telefónica:

—¿Ricky?

Era Virgil.

—¿Sí?

—El puzle. He recibido otra pieza.

—¿Le has echado un vistazo?

—Sí.

—¿Qué muestra? —No pudo evitar preguntar.

Virgil no respondió.

—Tengo miedo —dijo en su lugar.

9

Virgil quiso quedar en un lugar público.

Esto sorprendió a Ricky. Había supuesto que ella preferiría un lugar tranquilo y relativamente privado, como su piso, donde podría enseñarle lo que había llegado a sus manos y él podría examinarlo detenidamente. Pero ella insistió, sin dar explicación alguna, en quedar en el punto de información de la estación Grand Central, a unas manzanas de su hotel. Ricky decidió darle cuarenta minutos, creyó que ella tendría el tiempo suficiente para llegar.

También era el tiempo suficiente para que él hiciera las preceptivas llamadas telefónicas.

—Lo siento. He tenido que salir de la ciudad debido a una emergencia familiar. Voy a tener que posponer nuestra cita habitual hasta mi vuelta.

Las respuestas habituales de los pacientes: «Típicas. Esperadas».

Rabia.

Frustración.

Resignación.

Egoísmo del tipo «pero ¿y yo qué?».

La única llamada en la que alguien mostró preocupación por él fue, naturalmente, la de la señora Heath:

—Caramba, Ricky, es horrible. Echaré de menos nuestra sesión, pero estaré bien. Y espero que todo se solucione…

—Eso espero yo también.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

—No, pero gracias.

—Tú me has ayudado mucho. Me gustaría devolverte el favor. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírmela.

—Es muy amable por su parte, señora Heath. Gracias.

—Lo digo en serio, Ricky. Cualquier cosa.

—Lo tendré presente, y gracias de nuevo.

Colgó. Se percató de que hablar con la anciana heredera moribunda había sido considerablemente más difícil de lo que tenía previsto. Se recordó a sí mismo que debía mantener unos límites adecuados entre médico y paciente.

Todavía pensando en esto, hizo su última llamada importante. La había dejado para el final porque no estaba seguro de cómo afectaría cualquier

alteración a la fragilidad de su paciente. La enfermera de la recepción contestó al teléfono simplemente con:

—Pabellón de seguridad.

—Soy el doctor Starks. No voy a poder acudir a mi cita habitual con Charlie. Dele hora con el doctor Kessel y pídale a este que compruebe la eficacia de los ajustes que hice en su medicación.

—Sí, doctor. Así lo haré.

—Y, por favor, pídale al doctor que le dé a Charlie algo más de tiempo para conversar. Creo que lo necesita.

—Lo he apuntado todo en una nota para dársela al doctor Kessel.

—Estupendo. ¿Está Charlie ahora en la sala de día?

—Creo que sí.

—Páseme allí la llamada.

Tardó unos minutos, un tiempo durante el que estuvo a la espera con un almibarado hilo musical donde sonaba una versión enlatada casi irreconocible de éxitos de los Beatles; luego tuvo una breve conversación con otra enfermera, a la que pareció desconcertar la petición de que Charlie se pusiera al teléfono, antes de que oyera la voz temblorosa de su joven paciente bipolar.

—¿Sí? ¿Doctor Starks?

—Hola, Charlie. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Bien, supongo.

—¿Qué tal la nueva medicación?

—Bien, supongo.

—¿Notas algún cambio?

—Creo que sí.

Ricky se imaginó al joven mirando una pared blanca del hospital, como si comprobara si las vívidas alucinaciones seguían allí o no. Dudó que lo estuvieran. Seguramente las dosis más potentes las aplacaban. Pero tal vez no al cien por cien. Intentó descifrar esto en la voz de Charlie.

—No voy poder venir a nuestra próxima hora. Lo he organizado todo para que te visite otro médico.

—¿Por qué no? Contaba con ello.

—He tenido que salir de la ciudad debido a una emergencia familiar. Inevitable.

Charlie vaciló como si se planteara qué clase de emergencia podía ser inevitable antes de preguntar sin rodeos:

—¿Va a morir alguien?

—No lo sé, Charlie. Todavía no. Espero que no, pero…

Se detuvo. Aquello no era cierto. Estaba bastante seguro de que alguien iba a morir. Pero no sabía lo que esperaba. La palabra «sí» podía sustituir perfectamente a «no».

—¡Qué pena! —dijo Charlie.

Ricky notó que el muchacho estaba pensando.

—¿Sabe qué, doctor? —prosiguió Charlie—. He estado pensando mucho sobre la muerte. ¿Podemos hablar de ello cuando usted regrese y yo salga?

—Por supuesto —respondió Ricky, quizá demasiado deprisa—. No estarás mucho más tiempo en el pabellón. Creo que tendríamos que tocar ese tema cuando hablemos cara a cara.

—Me gustaría —contestó Charlie, casi con alegría. Y entonces añadió—: Espero que todo se solucione, doctor.

«Yo también», pensó Ricky mientras colgaba. Se sintió como si hubiera fallado a algunas personas que contaban con él y que le gustaban para ayudar a otras que le desagradaban. El balance era negativo.

Echó un vistazo al reloj. Todavía le quedaban veinte minutos antes de salir. Dirigió la mirada a los archivos que tenía sobre la cama: un asesinato en la zona rural de Alabama, un vertido de sustancias químicas en Pennsylvania y un fraude económico en Nueva York.

«¿Engendra asesinato el asesinato? —se preguntó—. Es muy posible».

Esta pregunta y esta respuesta parecieron seguirle como un terrible hedor en cuanto cruzó la puerta del hotel.

Aguardó junto al punto circular de información en el centro de la cavernosa estación mientras una multitud se movía a su alrededor. Era un poco como estar inmóvil a la orilla del mar mientras el constante oleaje llegaba a la costa. Cuando apareció Virgil, procedente de uno de los túneles de los trenes, como un fantasma, avanzó hacia él zigzagueando como un avión de combate que tiene a su espalda un caza enemigo. Cuando estuvo a unos cuatro metros de Ricky, señaló en silencio con la cabeza una gran antesala en la que había hileras de bancos de madera marrón donde sentarse a esperar.

La siguió discretamente y esperó hasta que ella se dejó caer en el banco más vacío que había. En una punta, un indigente farfullaba una retahíla de miedos y de alucinaciones, de modo muy parecido al hombre que había visto en el metro. Estaba evidentemente descansando, hasta que un guardia de seguridad se acercó para decirle que él y sus delirios se marcharan a otra parte. En la otra punta, un hombre de negocios con un traje gris barato miraba

fijamente la muchedumbre. Tenía la expresión algo aturdida de un hombre a quien acaban de despedir de un trabajo en el que se ha pasado todos los días en la misma mesa encargándose del mismo papeleo durante treinta años. Ricky se sentó al lado de Virgil.

Antes de que pudiera decir: «¿Qué recibiste de Jack?», Virgil dijo en voz baja:

—Estoy bastante segura de que alguien me sigue.

No miró a Ricky mientras hablaba, sino que dirigió la mirada a derecha y a izquierda.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

No le mencionó la conversación telefónica con Jack, ni que la misma sensación de que lo seguían lo había prácticamente dominado después.

Virgil negó con la cabeza, como si la respuesta no fuera necesaria.

Ricky observó cómo ella continuaba examinando la gente que recorría la estación. Siguió su mirada, como si juntos pudieran reconocer a la persona que iba tras ella: «¿Esa con camisa a cuadros y casco de obrero que fingía leer el *New York Post*? ¿O tal vez aquel mochilero barbudo que parecía estar mirando los horarios del Metro-North?». Virgil estaba pálida. Intranquila. Parecía que su belleza natural hubiera menguado. Se removió incómoda en su asiento. Sus primeras palabras habían sido tensas, cargadas de nerviosismo. Pero cuando empezó a hablarle entre susurros, Ricky se percató de que había logrado controlar su ansiedad para fraguar un plan y que parte de la Virgil segura, arrogante, manipuladora y al mando que él recordaba de cinco años antes, aunque no toda, había aflorado brevemente a la superficie.

—Muy bien, doctor, te diré lo que quiero que hagas —dijo en una voz baja y ronca que habría resultado *sexy* en una amante al otro lado de una cama revuelta—. Primero, cuando me vaya, espera al menos cinco minutos antes de bajar al nivel inferior y pasarte tres minutos más en el aseo de caballeros. Lávate las manos, sal, detente, vuelve dentro y lávate las manos otra vez. No apartes los ojos de los espejos. Comprueba si alguien te sigue dentro y sale contigo. Después sal, pero detente muy de golpe y aguarda unos minutos en el local de comida que hay justo al lado de los servicios. Pide una taza de café. Comprueba si alguien que hubiera en el baño hace lo mismo o se entretiene allí un poco. A continuación ve al nivel del metro y toma la línea número cuatro en dirección al norte. Baja en la parada siguiente, cruza al otro andén y toma el primer metro de la línea cuatro hacia el sur. Cuando estés de vuelta aquí, en Grand Central, sal del vagón, titubea un poco y vuelve a entrar en él. Ve hasta Washington Square, que es la parada de Astor Place…

—Ya lo sé —la interrumpió Ricky.

Recordaba la película *Contra el imperio de la droga*, en la que Gene Hackman, que interpreta al inspector Popeye Doyle, trata de seguir a un traficante de heroína francés, Frog One, pero este lo despista mediante esta misma técnica aplicada con maestría. Se preguntó si Virgil habría visto ese filme.

—Sí, por supuesto —prosiguió Virgil—. Muy bien, dirígete después hacia la salida que pone East, y ve en dirección este más o menos una manzana, da media vuelta de golpe y regresa hacia el oeste. Por el camino entra en cualquier tienda. Quédate en ella unos minutos sin comprar nada. Los supermercados van muy bien, pues puedes ver quién te sigue por los pasillos. Las tiendas de ropa también sirven, porque puedes esconderte detrás de los burros llenos de prendas. Después sal y reúnete conmigo en la plaza debajo del arco. Fíjate todo el rato en las caras y en la gente de tu alrededor. Mantente alerta. Hazlo constantemente.

—Bastante elaborado. Sinuoso. Como si fuéramos espías. ¿Y tú…?

—Yo haré más o menos lo mismo en una dirección completamente distinta —lo interrumpió Virgil—, pero acabaré en el mismo sitio para encontrarme contigo. Entonces hablaremos.

—Si alguien me sigue y lo detecto…

—Sacude la cabeza y me largaré. Más tarde te llamaré al hotel y volveremos a quedar.

—De acuerdo, pero…

—Mira el reloj. Nos veremos aproximadamente en unos sesenta y siete minutos. En el parque.

—Esto parece…

—¿Excesivo? Sí, ya sé lo que parece, Ricky. Pero a ti no te han pedido que mates a nadie. Especialmente a tu hermano, aunque ya sé que no tienes ninguno al que matar. Así que compláceme.

De repente su tono era electrizante.

—Imagino que un profesional… —dijo Ricky pasado un momento.

—Claro —lo interrumpió Virgil de nuevo, ligeramente irritada—. Evidentemente. No se puede despistar a alguien entrenado en técnicas de vigilancia con todos estos giros y vueltas. Aun así, es difícil que una sola persona logre seguirte sin ser detectada, si estás alerta. Por otro lado, si a ti o a mí nos sigue un equipo de personas, se irán turnando para hacerlo. Ya lo sé. Pero ¿crees que el hombre que quiere matar a mi hermano posee esta clase de entrenamiento?

—Todavía no lo sé. Puede que sí. Puede que no.

—¿Crees que alguien le ayuda?

—Tampoco lo sé. Pero lo dudo mucho.

—Bueno, a lo mejor lo descubrimos porque no puede seguirnos a los dos a la vez. Y si puede, bueno, eso nos dirá algo, ¿no?

Ricky iba a responder, pero Virgil no le dio tiempo a hacerlo.

—Nos dirá que es capaz de obrar milagros —dijo.

Y con ese toque de cinismo, sin esperar respuesta, se levantó, echó un vistazo a su alrededor para examinar a la gente como si tuviera que observar cada cara en busca de algún indicio que delatara a un posible homicida y después se marchó rápidamente, con la espalda muy erguida y su habitual sensualidad, desechada como un envoltorio vacío. A los pocos segundos, Ricky la perdió de vista mientras ella zigzagueaba de nuevo de modo imprevisible entre la gente que abarrotaba la estación.

«Espera cinco minutos», le había dicho.

Y así lo hizo. Era la única parte de su laberíntico plan que había decidido llevar a cabo. Si alguien iba a seguirlo, la idea de despistarlo no tenía demasiado sentido. Era mejor encontrar una forma de verlo.

Así que continuó esperando. Una parte de Ricky deseaba haber seguido a Virgil.

Los cinco minutos ordenados pasaron. Prescindió de la visita indicada al aseo de caballeros, la parada para tomar café y el plan de dar un paso al norte y dos al sur en el metro. Se limitó a quedarse sentado en el banco, lanzando miradas de un lado a otro, intentando encontrar a alguien igual de paciente, algo que era difícil en una estación de tren en la que la mitad de la norma era esperar y la otra darse prisa.

«Un centenar de personas podría estar vigilándome. Nadie me está vigilando», se dijo.

Notaba la tensión en cada músculo de su cuerpo. En la punta del banco, el hombre triste del traje gris se levantó por fin y se dirigió penosamente hacia los trenes de cercanías. Unos minutos después, Ricky vio que el hombre que deliraba había visto que un guardia de seguridad se le acercaba con pinta de estar harto de su presencia, así que también se levantó y se marchó tambaleante a la calle. Caminaba como un buque contenedor mal equilibrado, escorándose mucho hacia la derecha. Ricky miró la hora en el gran reloj que ocupaba el centro de la estación: habían pasado más de treinta minutos. De

modo que salió tras el hombre que deliraba, se encaminó hacia la parada de taxis y se subió al primero que había en la cola.

—A Washington Square —pidió—. Pero quiero que me deje un poco antes de llegar.

El taxista, que llevaba una espesa barba negra y un turbante púrpura, asintió. Puso el taxímetro en marcha y subió el volumen de la música que sonaba por la radio.

Ricky se dirigió al sur escuchando una especie de *soft rock* indiopaquistaní con voces agudas y muchos platillos. El taxista daba golpecitos al volante para seguir el ritmo de la melodía y solo de vez en cuando tocaba el claxon. Ricky quería mirar por la luneta trasera para ver si lo seguían, pero sabía que era inútil. Seguramente habría un montón de taxis amarillos zumbando por la calle. Tenía otra idea en mente.

A unas cuantas manzanas de la plaza, se inclinó hacia delante y le dijo al taxista:

—Aquí está bien.

El taxista se paró junto a la acera derecha. Ricky pagó deprisa y bajó del taxi.

Esperó un instante y entró a toda velocidad en el edificio de la esquina. Formaba parte de The New School for Social Research, una institución neoyorquina con la que estaba algo familiarizado. Aquella era la sede de las oficinas, que albergaba la administración y la ayuda financiera, y estaba lleno de estudiantes. Además, estaba situado en una esquina, por lo que Ricky podía entretenerse en la zona del vestíbulo mirando quién entraba por las puertas que tenía detrás, observando a todo el mundo para ver si alguien podría parecer algo fuera de lugar.

Aguardó.

Nadie. O, mejor dicho, nadie que no pareciera saber adónde iba. O, mejor dicho, nadie que agachara la cabeza o se volviera al ver que él estaba en un rincón observándolo.

Siguió aguardando.

Era como contar los segundos antes de una explosión.

Finalmente, convencido de que nadie lo había seguido al interior del edificio, recorrió un pasillo adyacente. Había otra salida que daba a una calle lateral. Agachó la cabeza y cruzó deprisa esa amplia puerta, esquivando a un par de universitarios que entraban enfrascados en una conversación con los brazos cargados de libros.

No vaciló. Simplemente bajó la calle a toda prisa. Al llegar a la esquina, tendría que haber doblado a la izquierda, hacia Washington Square. Pero no lo hizo, sino que dobló a la derecha y dio una vuelta completa a la manzana. Cuando estaba a punto de llegar de nuevo a la Quinta Avenida, a pocos metros de donde lo había dejado el taxi, se detuvo y pasó unos minutos observando a toda la gente que había en la calle detrás de él y en la otra acera. Después avanzó, dobló la esquina, se detuvo y realizó la misma inspección de la parte delantera del edificio. Dejó que su mirada recorriera también a todos los que estaban al otro lado, como si mágicamente fuera capaz de memorizar cada rostro.

Finalmente, al ver que nadie que él creyera que podía ser Jack el Destripador del Oso Paddington o al decidir que todo el mundo podría serlo, se dirigió hacia la plaza.

Se dio cuenta de que en el pasado había aprendido a ser un criminal.

«Quizá no uno de verdad. Pero tal vez uno pasable».

La oyó antes de verla.

—¡Ricky!

Estaba a un lado, cerca del arco que había en la entrada de la plaza. Ahora llevaba unas gafas de sol oscuras y una gorra vieja de los Yankees de Nueva York que no había lucido en la estación de tren. Cerca de ella, un hombre alto y enjuto que estaba jugando al trile en una mesita plegable había congregado a un grupo de gente a su alrededor. Su tono cantarín seguía el ritmo que usaba para mover las cartas. Por allí pasaban jóvenes, algunos paseando tomados del brazo, otros con la típica prisa de los estudiantes de la Universidad de Nueva York que llegan tarde a clase. La luz de sol se deslizaba a través de los árboles, proyectando sombras al azar en el parque, y el aire era cálido. Había gente paseando perros, unas cuantas mujeres empujando sillas de paseo y un aspirante a cantante folk desmelenado tocando la guitarra. Otro hombre, a unos treinta metros de distancia, cantaba «La Donna e Mobile» de la ópera *Rigoletto* de Verdi a voz en grito. Abría los brazos como si aceptara un abrazo del cielo. Era más bien un esquizofrénico que recordaba algo de su formación en música clásica. Apartó los ojos de él y observó a Virgil, que se le acercaba rápidamente.

—¿Algún problema? —preguntó ella.

—Ninguno.

—¿Estás seguro?

No contestó.

—¿Alguna observación?

Era una pregunta extraña, pero sabía qué quería decir, y no tenía nada que ver con la ópera, la locura o el trile. Significaba: «¿Has visto a alguien que pudiera ser Jack?».

—No.

Virgil siguió mirando a su alrededor, contrastando las caras como si fueran a tener la suerte de ver a Jack el Destripador del Oso Paddington con un cartel colgado al cuello que rezara: «Quiero matar».

Tras girarse a izquierda y derecha para echar un último vistazo al parque, Virgil le pasó un paquetito.

—Me dejaron esto en el teatro.

—¿Te lo dejaron? ¿Quién?

—Un servicio de mensajería. No sé cuál. Seguramente uno en bicicleta. Nadie lo preguntó ni prestó atención, lo que es típico. Ya sabes cómo es el teatro. Todo el mundo cree que su trabajo es mucho más importante que el de los demás y que no se le puede molestar en aquel momento con algo mundano. La ayudante que estaba en la puerta firmó y lo dejó en una mesa de un camerino. Y ahí estaba cuando yo llegué.

«Era el mismo método mediante el cual le había hecho llegar a él el móvil». No dijo nada al respecto.

—¿Lo has mirado? —preguntó a Virgil.

Ella se bajó un poco las gafas de sol y le dirigió una mirada gélida por encima de ellas.

—¿Tú que crees? —No tuvo que añadir: «Por supuesto que sí».

—¿Y?

—Míralo y dime qué debería hacer.

Le entregó un sobre acolchado de papel manila. Ricky notó que contenía un CD.

—Mira hacia allí, a tu izquierda —pidió Virgil despacio tras dar un paso atrás, y señaló con la cabeza en esa dirección—. Hay unos doce tableros de ajedrez hechos de hormigón. A la gente le gusta jugar cuando hace una tarde tan bonita como esta.

Ricky miró hacia donde ella le había indicado.

—Mesa número siete —dijo Virgil.

Después, sin decir nada más, se volvió y se marchó con la misma rapidez con la que lo había hecho en la estación de tren, dispersando a un trío de palomas que estaba detrás de ella comiendo migas en la acera. Ricky se quedó

petrificado un instante, contemplándola hasta que la multitud de gente la engulló.

Se giró y bajó por el camino de macadán negro hacia la hilera de mesas. Las contó. Cuando se acercaba a la séptima, un hombre corpulento, obeso y con barba que llevaba unos vaqueros viejos y una camiseta blanca ajustada se levantó de un asiento, con lo que le tapó en parte la línea de visión.

—Bien jugado —oyó Ricky que decía—. No vi venir esa reina a torre tres. Quizá la próxima vez, ¿no?

El hombre se marchó en sentido contrario sin esperar una respuesta y Ricky vio al señor R disponiendo lentamente las piezas en un tablero.

El asesinó levantó la mirada.

—Hola, doctor —dijo—. ¿Tienes tiempo para jugar una partida? ¿Qué prefieres: blancas o negras?

10

El mate del loco: jaque mate en dos jugadas.

El mate del pastor: jaque mate en cuatro jugadas.

Errores cometidos a menudo por novatos.

La defensa siciliana. Preferida por muchos grandes maestros.

—Negras —dijo Ricky tras pensarlo un momento.

Se sentó delante del asesino.

El señor R terminó de colocar las piezas en el tablero. Alzó la vista.

—Como dos viejos amigos jugando una partida amistosa, ¿verdad, doctor?

—No.

—Dime, doctor: ¿te sientes seguro?

—No.

—¿Crees que mi hermano o mi hermana se sienten seguros?

—No.

—Salgo yo —dijo el señor R.

Luego puso a cero un reloj de madera de dos dígitos que había a un lado. Echó una sola mirada al tablero, tocó el reloj y avanzó un peón blanco. Ricky lo imitó, movió un peón para que pudiera capturarlo y tocó el reloj. Se produjo un intercambio previsible. Ricky movió de nuevo, dejando más vulnerable uno de sus lados. El señor R movió inmediatamente su reina en diagonal y Ricky fue incapaz de mover pieza. Su rey estaba sitiado. Eso era exactamente lo que había planeado. La partida había terminado en menos de un minuto.

El hermano asesino miró el tablero, alzó los ojos y sonrió.

—Jaque mate —anunció—. O no sabes jugar o lo has hecho aposta.

—No me gusta este juego —respondió Ricky, aunque era mentira. Estaba desentrenado, pero había sido campeón del club de ajedrez en la universidad.

—¿Prefieres otros juegos? —pregunto el señor R—. ¿Póquer Texas Hold'em con apuestas altas? ¿Cribbage? ¿Canasta? ¿Mahjong con las señoras?

Ricky permaneció callado.

—¿Qué tal el juego del asesinato?

El señor R recorrió el tablero con un brazo para hacer caer todas las piezas en una cajita de cartón. Repiquetearon al precipitarse por el borde.

—¿Te ha dado mi hermana el último regalo de nuestra «persona de interés»?

—Sí. Ahora mismo.

—Es de lo más intrigante. Casi lo admiro…

—¿Lo admiras? —lo interrumpió Ricky.

—Ese hombre sabe alterar las emociones a un nivel íntimo. Ya lo verás. De un asesino a otro, es algo que respeto. —Sonrió, con la misma expresión y el mismo tono retorcidos, cargados de ironía, que había utilizado cuando se habían visto en Miami—. Llámalo admiración profesional.

Ricky negó con la cabeza a modo de respuesta; primero se echó hacia atrás, después se inclinó hacia delante. No estaba cómodo en ninguna postura.

—Te haré una pregunta importante, doctor: ¿has estudiado los tres casos que te dio mi hermano?

—Sí. Puede que no tan a fondo como me hubiera gustado, pero los he leído.

—¿Ves alguna solución a nuestro problema?

—Todavía no —contestó Ricky.

—Creo que se está acabando el tiempo —dijo el señor R—. Apúrate, Ricky. Tenemos que actuar antes de que lo haga nuestro objetivo.

«Es un asesino con una tarea pero sin un objetivo —se percató Ricky—. El hombre de acción incapaz de moverse. Por más frío que parezca, tiene que estar que arde por dentro».

Tuvo que detenerse ahí. Escuchar al asesino como si fuera un paciente era un error.

—Pero, doctor, a lo mejor hay algo en esta última entrega que te orienta en la dirección adecuada. Cuento con ello.

—Yo… —empezó a decir Ricky, pero el señor R alzó una mano para detenerlo.

—Este es tu trabajo en todo este asunto. Tu único trabajo. Una tarea fundamental. No fracases. Sálvalos. Y sálvate. No es complicado —dijo estas frases como si fuera una ametralladora.

Continuó mirando fijamente a Ricky, casi como si pudiera ver que le estaba ocultando algo simplemente por el lenguaje que reflejaba su cara. El señor R se inclinó hacia él por encima de la mesa.

—¿Qué puedes decirme de este hombre? ¿Qué has averiguado hasta ahora?

—Creo que es detallista, un planificador cuidadoso, y que lleva trabajando en esto desde hace mucho tiempo —respondió Ricky demasiado deprisa.

—Por supuesto. —El señor R pareció pensar un momento—. ¿Está cerca entonces?

—Sí.

—¿Vigilando?

—Un psicoanalista está siempre vigilando.

—Muy bien, doctor. Esa es una buena observación. Está empezando a gustarme tu modo de pensar. Es mi estilo.

Ricky encontró odiosa esa caracterización.

—Muy bien. Dime, doctor: ¿estás tomando notas como harías tras una sesión en su consulta?

—No —admitió Ricky—. ¿Tendría que hacerlo?

El señor R frunció el ceño.

—Muy bien. No lo hagas. En mi profesión, doctor, detestamos dejar rastros. —El señor R hizo una pausa antes de proseguir—: Lo que hace un psicoanalista es juntar porciones de recuerdos con porciones de emociones y muchas respuestas para llegar a obtener una imagen. Eso es lo que yo necesito. Concretamente, lo que necesito de ti es un nombre y un lugar. Y más cosas. También necesito saber las capacidades del hombre al que me enfrento. ¿Somos iguales? ¿Es un psicópata retorcido o tan solo un tipo enfadado? ¿Está entrenado o es un aficionado? ¿Militar? ¿Policía? ¿Exagente de la CIA o de la DEA? ¿Autodidacta? ¿Torpe o listo? ¿Y qué tal un hombre que lee demasiadas novelas de misterio de quiosco y de repente se cree que sabe cómo asesinar? ¿Cómo mido armas con él? ¿Cómo contrarresto sus habilidades y cómo uso las mías? ¿Le gustan los cuchillos o prefiere las pistolas? ¿Y de qué calibre? Preguntas, doctor. ¿Te acuerdas del *Cluedo*, el juego de mesa infantil? El coronel Mostaza en la biblioteca con el candelabro. Necesito respuestas. Oriéntame. Proporcióname información. Prevé sus movimientos. Todos contamos contigo.

—Todavía estoy preparando un perfil.

—Sí. Un perfil. Muy bien. Eso es útil. Es lo que necesito. Tendrías que acercarte más a él —dijo el señor R—. El vídeo debería ayudarte. Aproximarte lo bastante para que no haya ningún error sobre quién es exactamente, qué tiene intención de hacer y cuándo. Y en el momento en que sepamos todo esto, podré actuar.

—Lo estoy intentando.

—Inténtalo mejor.

El señor R se recostó contra su asiento y contempló fijamente a Ricky un largo rato.

Después, desvió la mirada y se agachó. Por un instante Ricky se quedó petrificado al pensar que cogía un arma, a pesar de que aquello no tenía sentido en un concurrido parque a plena luz del día, rodeados de gente. Pero el señor R sostenía en la mano la reina negra de su juego de ajedrez.

—Es interesante que la pieza más capaz del tablero, la que puede moverse de más formas diferentes y es con creces la más peligrosa y valiosa a la vez, sea femenina, ¿no crees, doctor?

Ricky no supo qué responder.

El señor R acarició la pieza de ajedrez un momento. Después, de repente, la sujetó como si fuera una pistola y apuntó con ella a Ricky. Este tuvo que esforzarse para no echarse hacia atrás.

Pasado un buen rato, el señor R volvió a guardar la pieza en su cajita.

—¿Tienes alguna vez la sensación de que algo, o alguien, está fuera de tu alcance y de que si pudieras encontrar un método de acercarte tan solo un milímetro, todo se aclararía? —preguntó el asesino. Luego el señor R rio de nuevo, sin esperar una respuesta—. Soy un experto en ganar ese último milímetro. Nuestros encuentros anteriores sugieren que también lo eres, doctor. —Señaló el paquete que contenía el CD—. No hay gran cosa que yo pueda hacer sin, bueno, centrarme. Necesito ponerme a trabajar.

Ricky no dijo nada. Sabía que quería decir «trabajar».

—No tardes, doctor. Cada minuto que seguimos sin acercarnos nos pone a todos nosotros en un peligro cada vez mayor. Las apuestas suben con cada segundo que pasa. Tictac. El tiempo corre. Así que apúrate. Pero hazlo con sentido. Dime lo que necesito saber para que todos podamos volver a dedicarnos a lo que hacemos mejor en este mundo. —El señor R prosiguió en voz muy baja y regular—: La muerte significa libertad, doctor.

Pareció como si en aquel momento los sonidos de la ciudad, la calidez de la tarde y la naturaleza relajada y benévola del parque se desvanecieran y Ricky se quedara solamente con las palabras del asesino resonándole en la cabeza. Casi esperó ver cómo sus manos y las del asesino se llenaban de sangre.

El silencio entre ambos era fuerte. Casi como un grito.

El señor R vaciló y, después, se levantó de golpe. Se puso rápidamente la cajita con las piezas de ajedrez debajo del brazo.

Sonrió con frialdad, hizo un gesto con la cabeza y se marchó con garbo, aunque Ricky observó que, como la otra vez en su consulta, se seguía moviendo con cierto desequilibrio, como un jugador de fútbol americano que ha recibido un buen golpe y no quiere que se note lo mucho que le duele.

Ricky lo observó cruzar el parque, en dirección al otro lado por el mismo camino que Virgil había tomado antes. Observó que el asesino no se volvía ni una sola vez para ver si él también se había ido. Esperó hasta que el señor R desapareció entre la gente, el sol de la tarde, el tráfico de la hora punta y el estrépito constante. A su alrededor, pareció que el volumen de la ciudad fuera volviendo lentamente a la normalidad, pero no se movió.

Su aspecto debía de haber parecido casi ensimismado, inmóvil ante la mesa, hasta que alzó la vista y vio acercarse a un hombre de mediana edad con un elegante traje de sirsaca azul y corbata, que lucía unas gafas de sol de estilo aviador y llevaba una cara caja de madera tallada a mano.

—Hola, ¿quiere jugar una partida? —preguntó el hombre, que parecía ansioso, casi como si hubiera pronunciado una frase para ligarse a una chica en un bar.

—No —contestó Ricky.

Echó un vistazo a su alrededor en busca del señor R: no había ni rastro de él. No sabía si habían pasado cinco segundos, cinco minutos o más tiempo desde que había estado sentado frente al asesino.

«El tiempo de un asesinato parece elástico», pensó.

—Ya he terminado.

El hombre buscó piezas de ajedrez en la mesa.

—¿Una partida invisible, jugada mentalmente? —dijo—. Bueno, pues si ya ha acabado, ¿puedo usar esta mesa?

Era la típica actitud neoyorquina: «Voy a ser de lo más educado y, a la vez, a te enviaré a la mierda».

Ricky empezó a levantarse pero dijo:

—Venga, va, una partida.

El hombre sonrió y se sentó. No se molestó en presentarse. Sacó unas piezas de ajedrez grandes, preciosas, cada una de ellas tallada a mano, como la caja donde estaban guardadas. El caballo hacía cabriolas. La torre parecía maciza. El alfil, severo. El rey y la reina, elegantes, adornados con galas talladas. También sacó un reloj muy parecido al que había usado el señor R.

—Sale usted —dijo el hombre, señalando el tablero.

Ricky activó el reloj y movió un peón. Sus aptitudes regresaron rápidamente.

Jaque mate en cuarenta jugadas.

El hombre trajeado parecía consternado.

—Me ha pillado por sorpresa. Juega muy bien —comentó a regañadientes —. ¿Otra? ¿Me da una segunda oportunidad? Necesito redimirme.

—No —respondió Ricky, recogiendo el paquete con el CD que le había dado Virgil—. Llego tarde a una cita.

11

Pantalla negra.
Un fundido.
Letras negras de palo seco. «Como antes».

Preparado especialmente para ti.
Fecha innecesaria.
Hora innecesaria.
Lugar: Mucho más cerca de lo que crees.

En el centro apareció una flecha para la reproducción. Ricky desplazó el cursor y pulsó el ratón.

Se oía un ruido chirriante e indeterminado, y después a un hombre que tarareaba. O, por lo menos, eso parecía. Era difícil saberlo. Parecían los sonidos grabados en una cámara de eco que llegaban de muy lejos, apagados y, al principio, difíciles de distinguir. El tarareo se detenía, había un momento de silencio y luego se oía una sola nota, punteada en una guitarra.

Resonaba.

Iba seguida de una segunda. Una tercera. Una cuarta. Una quinta.

Las tocaban despacio. No acordes, solo notas solitarias.

Pero juntas formaban un ritmo distintivo, fácilmente reconocible para cualquiera que hubiera tenido una radio en la década de 1970 o escuchado los viejos éxitos de la música pop. Ricky alargó el cuello hacia la pantalla del ordenador y subió el volumen.

Las notas de la guitarra persistían unos segundos, cada vez más fuertes, como si la persona que las tocaba se fuera acercando cada vez más, hasta que, de repente, la música se detenía. Un compás. Dos compases. Tres. Entonces oyó la voz de una joven que cantaba una letra que tiempo atrás fue muy conocida, muy popular, siguiendo el compás de la guitarra ahora muda.

Bye, bye Miss American Pie…

Una pausa. La joven aumentaba el ritmo.

Drove my Chevy to the levee,

But the levee was dry…
And them good ole boys were drinking
But the levee was dry…
Whiskey and rye…

Otra pausa. Muy animado.

Singin' this'll be the day that you die.
This'll be the day that you die…

El canto se iba convirtiendo poco a poco en un eco. Algo de lo que había oído le preocupaba pero, antes de que pudiera concentrarse en esta sensación, apareció de golpe una imagen en la pantalla: una hilera corta de lápidas de granito gris en un cementerio vacío.

La cámara de vídeo enfocaba los diversos monumentos funerarios. No eran cruces blancas del ejército ni estrellas de David dispuestas en precisas hileras como en el Cementerio Nacional de Arlington. Este estaba mucho más descuidado y desatendido. El césped estaba amarronado y lleno de malas hierbas. La mayoría de las lápidas tenían los bordes desgastados. Algunas habían empezado a desintegrarse y otras se inclinaban en ángulos extraños. Solo unas cuantas estaban adornadas con ángeles y querubines, pergaminos y mensajes esculpidos para los vivos, como «madre amada» o «padre abnegado». Algunas tenían también banderitas estadounidenses hechas jirones clavadas en la tierra. Otras tenían arreglos florales que estaban tan secos y muertos como las personas en las tumbas que señalaban. Sobre una de ellas había un par de latas de Bud Light aplastadas. Había otra con una esvástica pintada con aerosol. La cámara recorría la hilera y Ricky vio a una adolescente, tal vez quinceañera, sentada con las piernas cruzadas en el suelo. Estaba de espaldas a la cámara. Llevaba una camiseta rosa muy ajustada y unas zapatillas deportivas negras, y sostenía dos objetos. La imagen se acercaba por encima de su hombro izquierdo y se concentraba primero en lo que ella tenía en las manos y, después, en lo que había a su lado: una tumba poco profunda recién cavada.

La cámara se acercaba más y la chica empezaba a cantar en voz baja la misma melodía pegadiza de Don Maclean. Esta vez se saltaba un trozo y repetía las palabras:

This'll be the day that you die.

Ricky se acercó más a la pantalla del portátil. Observó los detalles: en la mano derecha tenía una fotografía en color de 20 × 25 cm de Merlin. En la izquierda, una imagen del mismo tamaño de Virgil. La cámara se acercaba para ofrecer primeros planos de cada una de ellas. La instantánea del abogado sonriente lo mostraba saliendo de un juzgado indeterminado un precioso día de sol. La actriz aparecía en un escenario vestida de época, al estilo de la década de 1890, con una camisa de cuello alto y un sombrero de ala ancha. Ambas fotografías eran en color. Parecía que la joven estuviera cantando a las imágenes. Pero el único mensaje que tenía para ambas era el mismo, que aquel era el día en que iban a morir:

This'll be the day that you die…

La joven, todavía filmada desde detrás de modo que no se le viera la cara, sostenía primero una fotografía y después la otra sobre la tumba abierta, como si estuviera intentando elegir cuál de las dos. Se acercaba una y luego la otra varias veces para subrayar su indecisión, como si examinara cada una de ellas detenidamente, sin saber cuál de las dos dejar caer. Negaba con la cabeza y su ondulado cabello moreno ondeaba mientras intentaba decidirse.

Mano derecha: la alargaba con la fotografía de Merlin.

Las mismas letras negras de palo seco aparecieron en la parte inferior de la imagen en pantalla:

Primero la sentencia, el veredicto después.

La chica reía de una manera forzada, de ese modo en que la risa no significa que algo sea gracioso.

Mano izquierda: la alargaba con la fotografía de Virgil.

Más palabras del mismo estilo:

Tan joven y tan discreto rara vez vive mucho.

Ricky reconoció ambas citas. La primera era de *Alicia en el país de las maravillas* y la decía la Reina de Corazones. La segunda procedía de la famosa obra de Shakespeare *Ricardo III*: un momento de pura psicopatología cuando el rey planea los asesinatos de sus inocentes sobrinos en la Torre de Londres.

En la pantalla, la chica encorvaba ligeramente los hombros como si la decisión la abrumara. Volvía a levantar cada fotografía. Cuando parecía estar

a punto de dejar caer la una u la otra, la imagen de la cámara se desplazaba y se asomaba al agujero abierto en la tierra. Mostraba el vacío un instante. Ricky imaginó que vería caer las dos fotografías, directas al fondo. Acertó y se equivocó. Las imágenes caían, efectivamente. Pero entonces, de golpe: una mano oculta lanzaba a la tumba algo largo, delgado y oscuro que aterrizaba sobre las fotografías… Era una serpiente.

Ricky observó cómo la víbora del vídeo se deslizaba primero hacia un lado y después hacia el otro, como si la asustara su nuevo y desconocido hogar. Como las paredes de la tumba le impedían salir, adoptaba una postura defensiva y abría la boca para mostrar amenazadoramente los colmillos. Vio un grueso cuerpo marrón, unas manchas romboidales irregulares y una cabeza angulosa. La imagen de la pantalla mostraba la serpiente, que se enroscaba cada vez más mientras parecía enfadarse.

Entonces, con la misma rapidez con que la serpiente había sido lanzada a la tumba, aparecía un palo largo de bambú con un cuchillo Bowie pegado con cinta adhesiva en el extremo. La punta de la hoja pinchaba la serpiente, que se retorcía y trataba de atacar al cuchillo. Con un movimiento repentino, la hoja inmovilizaba la cabeza de la serpiente contra el suelo. Había un momento de vacilación y, entonces, se clavaba para separar la cabeza del cuerpo. La cámara enfocaba al animal muerto, cuyos músculos se retorcían inútilmente mientras sangraba sobre las dos fotografías.

Ricky pensó que aquello era como observar lentamente a la muerte en acción. Pero no dispuso de demasiado tiempo para procesar esta imagen antes de que lo que aparecía en pantalla cambiara de nuevo.

Una lápida gris.

Pero vio la diferencia al instante: donde tendría que haber un nombre, había una tira de cartulina marrón con estas palabras escritas a mano:

¿QUÉ NOMBRE PONDREMOS AQUÍ?

Debajo de eso, la cámara enfocaba una segunda tira de cartulina:

NACIMIENTO: YA CONOCES LAS FECHAS.
MUERTE: MUY PRONTO.

Y después, una última frase en una cartulina:

ÉXODO: 21, 23.

La pantalla volvió a fundir a negro. Pasaron uno o dos segundos y entonces apareció la flecha roja de reproducción por segunda vez. Ricky situó el cursor sobre ella y pulsó el ratón.

Una mano con un guante negro estaba suspendida sobre las piezas del puzle del primer vídeo. Dejaba al descubierto tres de ellas, que mostraban un cielo azul. La mano enguantada elegía dos piezas más y las encajaba entre sí. Pertenecían a la parte inferior del puzle y parecían mostrar unos pantalones. El efecto era visibilizar un parte de la imagen, pero no la fundamental, donde la persona de la fotografía sería reconocible. Joven. Mayor. Hombre. Mujer. Era imposible saberlo.

La cámara enfocaba esa imagen un momento. Después cambiaba de golpe y pasaba a mostrar el primer plano de un gran reloj, de los que suelen colocarse en lo alto de edificios gubernamentales señoriales. Ricky no reconoció el lugar, pero tenía reminiscencias del Big Ben o del reloj de la plaza del pueblo de *Regreso al futuro*. La esfera del reloj señalaba las doce menos cinco. Se fijó en ello: Jack el Destripador del Oso Paddington lo había llamado a las doce menos un minuto y esta era otra imagen con el doce como elemento principal.

«Averigua la importancia de este número», se dijo a sí mismo mientras el vídeo continuaba.

La cámara se acercó y la manecilla de los minutos avanzó para marcar las doce menos cuatro. Estaba oscuro, por lo que Ricky supuso que sería medianoche.

La pantalla volvió a fundir a negro.

Ricky apartó el ordenador a un lado y se dirigió hacia la mesilla de noche de su habitación del hotel. En el segundo cajón había una Biblia. La sacó y buscó el versículo mencionado en el vídeo.

> Pero si produjeran otros daños, entonces pagarás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente...

12

«Herpetólogo».

Breve definición del diccionario: «Persona que estudia los reptiles y los anfibios».

«Examina la serpiente», pensó.

Solo en su habitación de hotel, Ricky se preguntó a sí mismo en voz alta:

—¿Ha querido Jack usar cualquier tipo de serpiente para mostrar lo que quería?

Se respondió a sí mismo:

—No, diría que no.

Se sentó frente al ordenador y tecleó «Imágenes de serpientes venenosas». No tardó demasiado en ver una que se parecía a la serpiente del CD. Hizo clic en ella.

«Boca de algodón o mocasín de agua (*Agkistrodon piscivorus*): Esta serpiente extremadamente venenosa es frecuente en áreas pantanosas de los estados del Sur de Estados Unidos, donde se alimenta básicamente de ranas y de pequeños roedores».

Había un mapa con una zona sombreada que indicaba el área de distribución de la serpiente. Se incluían algunas fotografías en color de regiones pantanosas (Ricky pensó de inmediato en los Everglades) que figuraban como hábitat preferido.

Un cuerpo grueso y marrón enroscado. Unas curiosas manchas diagonales. Una cabeza angulosa, viperina. Unos ojos amarillos que seguían el movimiento. Ricky echó un vistazo a los tres archivos de Merlin esparcidos sobre su cama.

«No está en la ciudad de Nueva York. No está en el campo rico en carbón de Pennsylvania».

—Hola, Jack —susurró.

«Alabama, el caso de un cadáver abandonado en un pantano, el asesinato de una niña. Lugar de serpientes y de muerte».

—Tendrías que haber utilizado otra serpiente si querías matar a alguien —soltó en voz alta, aunque apenas fue más que un susurro.

Llamó a recepción. Contestó la misma mujer simpática que antes.

—¿Qué se le ofrece, doctor?

—¿Tienen por casualidad una trituradora de papel?

Imaginó que no era una petición habitual. Más jabón o toallas. Una llamada para despertarse temprano. Entradas para ir a ver *El fantasma de la ópera* a un teatro de Broadway. Esas eran las cuestiones urgentes que la recepcionista trataba a diario.

—Pues la verdad es que sí —contestó tras titubear—. En administración.

—Fantástico —dijo Ricky—. ¿Puedo usarla?

—Supongo que sí —respondió la recepcionista.

—Ahora mismo bajo.

—Cuando quiera.

Rebuscó en las páginas de información sobre el vertido de residuos tóxicos en Pennsylvania y el fraude de la aseguradora en Nueva York. Los archivos, a su entender, no le servían de nada y lo agobiaban. Tenía que deshacerse de ellos. Pero el archivo completo de documentos sobre el asesinato, la detención, el juicio y la absolución en Dothan, Alabama, se quedó sobre su cama.

Poco antes de medianoche, Ricky llamó al Iroquois. Se trataba de un hotel situado a menos de media manzana de distancia del Algonquin.

—¿Tienen una habitación para esta noche? Siento pedirla con tan poca antelación. Es una emergencia.

—Nos queda una libre. Una habitación doble con salón, que dispone de…

—Me la quedo.

—¿Su nombre, señor?

—Smith.

—Entendido. Muy bien, señor Smith. Muy bien.

—Llegaré en media hora —aseguró Ricky antes de colgar. Aguardó diez segundos y marcó el cero para hablar con recepción.

Contestó la misma joven simpática.

—¿Sí?

—Lamento molestarla, pero he recibido el aviso de una emergencia médica. ¿Podría prepararme la factura, por favor?

La palabra «médica» siempre le daba más importancia a todo.

—¿Quiere marcharse esta misma noche?

—Sí, exacto. Bajaré en tres minutos.

Colgó y aguardó diez segundos más antes de hacer su última llamada. Imaginó que Virgil habría vuelto de su ensayo. Contestó después del primer tono.

—¿Ricky?

—Quiero que le digas a tu hermano que voy a estar algo de tiempo fuera de la ciudad y no va a poder localizarme.

—Espera un segundo, doctor… —De repente adoptó una voz fría y formal—. Se supone que nos estás ayudando. Imagina que Jack…

La interrumpió.

—Estaré en contacto. Cuando sea necesario. —Era consciente de que esta era más o menos la misma promesa que el señor R le había hecho a él.

—Bueno, ¿y adónde vas? Te necesitamos aquí. Y tenemos que poder hablar contigo siempre que…

—Llamaré cuando averigüe lo que necesito —volvió a cortarla.

—Pero ¿adónde vas? —repitió Virgil. Su voz había adoptado un tono familiar.

—A Pennsylvania —dijo—. Residuos tóxicos en el campo. Imaginaba que te habría resultado bastante obvio después del último CD.

Colgó con brusquedad. Esa descarada mentira le produjo cierta satisfacción. Cinco años antes, había sido Virgil quien infundía incerteza a su vida. Volverle un poco las tornas le proporcionó una oleada de placer. Tomó la bolsa de viaje y metió los restantes documentos del abogado y su portátil en una mochila pequeña.

La recepcionista estaba intrigada pero se mostró reservada.

—Lo siento, doctor. Espero que todo se solucione.

—Estoy seguro de ello —dijo Ricky sin convicción—. Otra cosa, por favor.

—Por supuesto, doctor.

—Si alguien pregunta por mí, por mi marcha o por mi estancia en el hotel, les ruego que respeten mi confidencialidad.

La recepcionista pareció sorprendida, pero inmediatamente ocultó su reacción y adoptó la expresión de alguien acostumbrado a que los huéspedes del hotel se marchen en mitad de la noche.

—Por supuesto —dijo despacio. Titubeó—. ¿Qué clase de médico es usted, doctor?

—Un médico especializado en la privacidad —respondió Ricky.

Dio cinco dólares al portero de noche y se subió a un taxi que lo estaba esperando.

—¿Adónde lo llevo en esta noche espléndida? —preguntó el taxista. Era un hombre negro, alto e imponente, con rastas, unas gafas con montura metálica y un colorido gorro de punto, que, por lo que se deducía de su melodioso acento, procedía evidentemente de las islas.

—Doble la esquina —respondió Ricky sin vacilar—. Después lléveme seis manzanas al norte. Doble a la derecha. Recorra dos manzanas. Doble otra vez a la derecha. Siga adelante. Y… —echó un vistazo a la licencia del taxista, que estaba en la parte posterior del asiento del conductor—, Jean-Louis…

—¿Sí?

—Le daré veinte dólares de propina si consigue saltarse por lo menos un semáforo rojo.

—¿Lo sigue alguien, hermano? —preguntó el taxista.

Creía que la respuesta era «sí». Pero al final dijo:

—Puede que sí. Puede que no. No lo sé. Prefiero estar realmente seguro.

—Claro que sí. Mejor prevenir que curar, a no ser que quien le siga sea una amiga. Eso lo complica más todo —dijo, y rio—. No se preocupe por nada. Nadie va a seguirlo después de este trayecto. De eso me encargo yo, hermano.

Pisó el acelerador con agresividad y Ricky se estampó contra el respaldo. Sujetando con fuerza su bolsa, inició lo que parecía una huida o tal vez una desaparición, aunque en realidad solo era la oportunidad de buscar algo sin tener que volver todo el rato la cabeza para ver quién podría estar siguiéndolo.

13

Quería viajar de manera anónima, así que trazó una ruta poco sistemática que esperaba que se escapara de ciertos tipos de lógica. «En concreto, la del asesino». No era el trayecto que seguiría nadie razonable para llegar a su destino. Era consciente de que había dos asesinos que estarían considerablemente interesados en sus planes. Uno al que ya conocía. Y otro al que iba a conocer. Pero tenía que dejarlos a ambos atrás mientras intentaba averiguar el porqué del inminente crimen para poder adelantarse a ellos con una idea de lo que había que hacer al respecto. Sabía que aquella maniobra lo dejaba pendiendo de un hilo. Un asesino estaría impaciente por saber si hacía progresos en la identificación del otro. El otro asesino podría pasar a la acción si sabía que Ricky se aproximaba a él. Los dos se volverían peligrosos cuando se enteraran de que se había esfumado. Todo eso sumado lo llevaba a una sola conclusión contundente: no tenía demasiado tiempo.

Primer paso: un taxi a primera hora de la mañana hasta la calle Setenta y nueve. Una vez allí, dio la vuelta a pie a la manzana, después retrocedió sobre sus pasos e hizo el mismo camino en sentido contrario antes de meterse en el metro. Dos trenes lo llevaron hasta la estación de la Autoridad Portuaria y un tren de cercanías al Aeropuerto de Newark.

Segundo paso: vuelo a Atlanta.

Tercer paso: segundo vuelo a Nueva Orleans en un avión regional, más pequeño. Con mucho traqueteo y desagradable. Estuvo nervioso e incómodo todo el viaje.

Alquiler de coches: «¿Cuánto tiempo necesitará el vehículo, señor?». Pensó: «¿Cuánto tiempo se tarda en encontrar a un asesino?». Condujo tres horas. Pasó por Pensacola y Fort Walton Beach, en la frontera con la colindante Florida, giró ligeramente hacia el norte y recorrió pinares y campos abiertos. Pudo ver algunos cultivos de algodón, algunas cabezas de ganado y ordenadas hileras verdes de cacahuetes sembrados. De vez en cuando observó algún que otro silo moderno pero, mucho más a menudo, unos graneros destartalados que se desmoronaban en un rincón olvidado de unos campos de labranza ligeramente ondulados. Vio algunos árboles inmensos y frondosos con las ramas retorcidas que supuso que serían magnolios preparándose para florecer. Pasó frente a más de una iglesia baptista de madera pintada de blanco. Siempre tenían un cartel de bienvenida

delante con alguna admonición religiosa que no respetaba demasiado la puntuación: JESÚS VA A LLEGAR PRONTO. ¿ESTARÁS PREPARADO PARA RECIBIRLO? Era un mundo distinto a todo con lo que él estaba familiarizado. Era como si la ciudad de Nueva York estuviera en algún lugar de Marte y él fuera un extraterrestre que había acabado en medio de un planeta desconocido y extraño. Costaba imaginar que lo que veía mientras conducía formaba parte de su país.

Paró el coche junto a un motel, el Friendly Shores Motor Inn, que anunciaba «HBO y *wifi* gratuitos». Consiguió una habitación barata, que tuvo que pagar por adelantado. Ciento ochenta dólares por tres noches. El recepcionista, que llevaba unas inmensas patillas a lo Elvis y tenía el cabello moreno rizado, era de lo más servicial; tomó su dinero y le entregó la llave de una habitación. No dejaba de hacer bromas inspiradas en una cámara de comercio sobre lo bien que iba la Alabama rural para huir del estrés y de los agobios de la vida moderna. Ricky imaginó que aquello era la parte agradable del nombre del motel, que se traduciría por Costas Agradables. Sin embargo, las costas más cercanas estaban en el golfo de México, a una hora larga en coche. Casi esperaba que el recepcionista se pusiera a cantar algún tema de Elvis, como *Hound Dog* o *Heartbreak Hotel*. Cuando Ricky se dio la vuelta para dirigirse hacia su habitación, el recepcionista lo miró con atención y le preguntó si no se sentía un poquito solo y tal vez buscaba algo de compañía femenina. Pareció confuso a la vez que decepcionado cuando Ricky le contestó que no.

—Entonces ¿no es usted de por aquí? —le preguntó como si contratar una prostituta y visitar después los escasos encantos y paisajes locales fueran de la mano.

—No.

—¿Es comercial, señor? —dijo el recepcionista tras asentir con la cabeza.

—No, no exactamente.

—¿A algún otro negocio entonces?

—Sí.

—Habla como un hombre de ciudad, ¿sabe?

—Exacto.

—De la costa Este, supongo.

—Ha acertado de nuevo.

—¿De Nueva York? Tiene que ser de Nueva York.

—Tiempo atrás. Pero ya no.

El recepcionista hizo una pausa, como si esperara una ampliación de detalles que Ricky no le proporcionó.

—Bueno, ¿y qué trae a un hombre de la gran ciudad por aquí si no ha venido a vendernos algo?

—Estoy documentándome. Para una historia.

—¿Es periodista?

El hombre entornó los ojos y lo miró con recelo. Ricky se dio cuenta de que no tenía demasiada pinta de periodista, aunque no estaba seguro de cuál tenía que ser esta.

—Sí, más o menos —respondió. No sabía muy bien cuánto quería contar. El recepcionista pareció prever esta vacilación y se puso a hablar a toda velocidad:

—Bueno, ¿qué historia le interesa, si no le importa que se lo pregunte? Aquí no pasan demasiadas cosas que puedan atraer a un sofisticado periodista de la costa Este. Somos bastante tranquilos por estos lares, y muy reservados. Vamos a trabajar los lunes. Barbacoa con los vecinos los sábados antes del partido. Iglesia los domingos para escuchar a algún predicador temeroso de Dios que dice que hay que ir por el buen camino para obtener la recompensa merecida, y de vuelta a empezar la mañana siguiente, una semana tras otra.

El recepcionista parecía irritante, curioso y amablemente pintoresco a partes iguales. Ricky sabía que tenía que empezar por algún lado y, en aquel momento, el recepcionista le pareció de repente tan bueno como cualquiera.

—¿Y si no hay partido el sábado? —preguntó, intentando corresponder a la simpatía con simpatía.

—Bueno, pues entonces hablamos sobre los partidos jugados o quizá sobre los futuros, señor. Pero tampoco tiene usted pinta de periodista deportivo.

—No —dijo Ricky—. He venido por un caso de asesinato no demasiado antiguo. Una adolescente. Hizo de canguro para un farmacéutico local. No llegó a casa esa noche. Su cadáver apareció en el pantano. Pero el hombre al que detuvieron fue exculpado en el juicio…

El recepcionista levantó la mano. Era un hombre bajo, fornido, con barba de dos días bajo las exageradas patillas, los dedos regordetes y un acento imperecedero. Daba la impresión de ser de la clase de personas que diría «He nacido y me he criado aquí, y jamás he visto ningún motivo para marcharme», y se sentiría orgulloso de ello.

—Caramba, señor. Ese caso es el de Jimmy Conway y la pequeña Julia. Es un auténtico avispero.

—¿Y eso por qué? —preguntó Ricky.

—Porque la gente de por aquí no olvida fácilmente cosas como las que pasaron.

—¿El caso dejó huella?

—Sí, podría decirse que sí. Ya lo creo. —El recepcionista sacudió la cabeza—. Nunca antes había pasado. Nunca ha vuelto a pasar. O no exactamente —rectificó, removiéndose en su asiento como si el recuerdo se lo hubiera calentado—. A veces hay crímenes que no parecen terminar jamás —prosiguió despacio. Su acento sureño alargaba sin prisas las palabras, pero estas parecían resonar en la pequeña recepción—. Como si nunca fueran a parar. Se supone que pasan a formar parte de la historia, ¿sabe? Siguen vivos y, a pesar de que la gente esté muerta y enterrada, es como si en realidad no lo estuviera debido a que las personas que fueron y lo que hicieron permanece. Puede que sea muy diferente en la gran ciudad o en Nueva York, o de dondequiera que usted sea, donde te acostumbras a los asesinatos y esas cosas, ¿sabe? Pero aquí abajo no es así —dijo con una sonrisita en los labios —. Tiene que saber algo muy importante sobre este sitio: Nos gustan nuestros fantasmas.

No le dio más detalles. Sencillamente se dio la vuelta, como si algo que Ricky hubiera dicho hubiese cerrado al instante los grifos gemelos de la curiosidad y la insistente educación sureña.

Jack el Destripador del Oso Paddington le había preguntado en primer lugar «¿Quién es usted?». Ahora, en la pequeña ciudad en la que Jack podría haberse convertido en quien era, Ricky no estaba seguro de cómo describirse a sí mismo, o de quién ser.

Cinco años antes, cuando para salvar su vida había investigado a las tres personas a las que ahora estaba intentando ayudar, había creado el entramado de una identidad totalmente nueva: Richard Lively. Pero el carnet de conducir falso, la tarjeta de la seguridad social robada, la información bancaria, las tarjetas de crédito, el historial laboral y la actitud implacable de aquella creación estaban guardados en un cajón en Miami, junto con un revólver Magnum 357. No había tenido tiempo de recuperar el personaje que tantos servicios le había prestado ni de crear al instante uno nuevo ahora. Así que sabía que tenía que tomar como punto de partida al doctor Frederick Starks. Podría mentir sobre quién era, pero esto podía explotarle con mucha facilidad en la cara. Así que sabía que, en aquel caso, no podía ser exactamente nadie

más. Ninguna persona ficticia. Pero era probable que la presencia de un psiquiatra de otro estado en una población próxima a Dothan, Alabama, haciendo preguntas sobre un famoso asesinato local fuera a suscitar algo más que la curiosidad del recepcionista. Así que necesitaba una explicación verosímil para lo que estaba haciendo.

«¿Qué otro forastero viajaría hasta aquí para hacer preguntas? ¿Y obtendría respuestas?», pensó.

Ricky le dio vueltas en la cabeza a esto. Se acercó a la ventana de su habitación del motel, abrió las persianas y contempló el aparcamiento. Al otro lado de la carretera había un par de edificios bajos, uno de los cuales albergaba un restaurante y el otro, equipo agrícola. Si se giraba un poco, podía ver el letrero iluminado del motel: «HBO y *wifi* gratuitos».

Tuvo una idea. Lo que había funcionado una vez en otro contexto hacía cinco años podría volver a hacerlo. Se alejó de la ventana y tomó una anticuada guía telefónica que había junto al teléfono de la mesilla de noche. La hojeó rápidamente y encontró lo que buscaba: una copistería con servicio de impresión rápida que estaba abierta hasta tarde. Cogió las llaves de su coche de alquiler y se marchó deprisa.

—Estaba a punto de cerrar —le advirtió la joven dependienta. No había nadie más en la tienda y su frustración fue evidente en cuanto Ricky cruzó la puerta.

—Será un momento —dijo él.

—Eso es lo que dice todo el mundo —replicó la joven.

—Necesito que me hagas un favor.

—No sé —dijo, aunque había negado con la cabeza—. Es hora de cerrar. No me pagan horas extras si me quedo más rato.

Ricky se sacó cinco billetes de veinte dólares de la cartera y los dejó en el mostrador.

—Esto cubrirá las horas extras, ¿no? Estoy realmente en apuros —dijo—. Ayúdame, cóbrame lo que quieras por trabajar un rato más y esto es para ti de propina.

La joven iba de negro gótico. Llevaba un *piercing* en la nariz y por lo menos seis pendientes en una oreja mientras que lucía un único agujero redondo en la otra. Vestía una camiseta de AC/DC que estaba estratégicamente rasgada en varios sitios, y tenía una parte del cabello púrpura y la otra, de color negro. Imaginó que en una ciudad pequeña de Alabama no habría muchos más jóvenes con una forma parecida de rebelarse.

Para ser diferentes, algunos jóvenes adoptaban un uniforme casi tan reconocible como el de un soldado o un policía.

«El arte social de ser incluido y excluido a la vez», pensó.

—Bueno —dijo la muchacha arrastrando esa palabra durante lo que parecieron cinco minutos—. ¿Qué necesita exactamente?

—Nada demasiado difícil.

—Eso está bien.

—Mira, el problema es el siguiente: me dejé las puñeteras tarjetas de visita en mi escritorio de casa —explicó Ricky. Era verosímil—. Tengo varias citas programadas y necesito poder entregarle algo a la gente para que pueda ponerse en contacto conmigo más adelante y parecer profesional, ¿sabes? Así que lo que necesito son unas cuantas tarjetas hechas muy deprisa. Nada del otro mundo. Solo unas tarjetas normales y corrientes, sin nada especial. —Sabía que se estaba repitiendo, pero quería recalcar lo fácil que le sería conseguir esos cien dólares—. Sé que puedes hacerlo con tu ordenador.

La dependienta asintió.

—Normalmente cuando hacemos tarjetas de visita, realizamos el diseño, tardamos veinticuatro horas y la gente las compra de cien en cien.

Ricky dio unos golpecitos en el cristal del mostrador junto a los cien dólares.

—Si no es complicado… —dijo la dependienta.

Ricky tomó un pedacito de papel y un bolígrafo del mostrador. Dibujó un rectángulo en el centro y lo llenó de información antes de empujarlo hacia la joven. Observó que llevaba un corazón negro atravesado con una flecha roja y el nombre Steve en su interior tatuado en el dorso de la mano.

—¿Novio? ¿Marido? —preguntó Ricky, señalándolo.

—Amor de secundaria —respondió con una sonrisita triste—. Creíamos que estaríamos juntos para siempre. Él se hizo uno igual. Pero cuando no encontró trabajo al acabar los estudios, se cortó el pelo, se alistó en el ejército y de pronto está aprendiendo a pilotar helicópteros y hasta ha dejado de escuchar Black Sabbath. Ahora solo le va el *country*. Basura como *Stand by your man* y *I love my country's flag*. Tengo que cambiarme el tatuaje, pero pensé que esperaría a tener otra relación más o menos seria con alguien. A lo mejor, si tengo suerte, también se llamará Steve, lo que facilitaría mucho las cosas.

Soltó una carcajada y Ricky se unió a ella.

—Un planteamiento muy práctico —aseguró él.

—No se llamará Steve, ¿verdad? —siguió bromeando la joven.

—Ojalá. No, lo siento —respondió Ricky.

Los dos sonrieron con el coqueteo.

—Muy bien —dijo la muchacha, cogiendo el papel. Echó un vistazo a lo que Ricky había escrito en el rectángulo dibujado a mano.

—Es un trabajo genial —dijo.

—Ya lo creo —asintió Ricky—. Incluso para un vejestorio como yo.

—No parece tan viejo —replicó la joven, encogiéndose de hombros.

—*Riders on the storm* —soltó Ricky, no exactamente cantando, sino dando algo de entonación a las palabras—. *Into this house we're born. Into this world we're thrown*… —Vio que la joven sonreía a modo de respuesta—. No son Black Sabbath, pero tal vez sí que ayudaron a lanzar la música que te gusta.

—Conozco a The Doors —dijo—. Puede que sea *rock* antiguo, pero esa canción todavía suena en las emisoras alternativas de radio locales. Suelen ponerla cuando los hombres del tiempo emiten avisos de tornados en verano. Pero es una música muy antigua. The Doors vivieron y murieron mucho antes de que yo ni siquiera hubiera nacido. Sigue siendo una canción genial, solo que cuando la oyes, sabes que se acerca mal tiempo. Y dígame: ¿qué le trae de la gran ciudad a un sitio perdido de la mano de Dios como este?

—Un caso de asesinato de hace unos años.

—Tiene que ser el de Jimmy —dijo, asintiendo con la cabeza—. ¿Verdad?

Esta vez fue él quien asintió con la cabeza.

—*Riders on the storm* —repitió la joven.

Ricky observó cómo se llevaba su tarjeta dibujada a una mesa con una pantalla grande de ordenador.

—Tiene razón —dijo la joven—. Esto solo llevará un par de minutos. Relájese.

14

La bibliotecaria miró la tarjeta de visita de Ricky por encima de las gafas de cerca entornando levemente los ojos, como si las palabras que contenía estuvieran desenfocadas:

DR. F. STARKS
PRODUCTOR ASOCIADO
PADDINGTON FILMS

Bajo estas palabras figuraba la dirección de Virgil en Nueva York y el número de teléfono del móvil desechable que Jack el Destripador del Oso Paddington le había enviado. Imaginó que podría serle útil durante los siguientes días. Le gustaba el papel de «productor». Había funcionado para arrinconar cinco años atrás a Virgil, la actriz en ciernes, en Nueva York.

«Interpretar la misma canción pero a personas distintas», pensó.

—¿Un documental? —preguntó la bibliotecaria—. ¿Está haciendo un documental?

La bibliotecaria era de mediana edad y estaba algo rellenita, pero se comportaba como si fuera la dueña de toda la información que había entre las paredes de ladrillo de su pequeño feudo y, una vez recopilada, solo la compartiera a regañadientes. Ricky se preguntó dónde habría ido a parar la hospitalidad sureña.

—Sí, señora —respondió Ricky, aproximándose lo más posible a los usos locales del lenguaje.

—¿Para el cine?

—Es más probable que sea para la televisión —contestó, hablando a toda velocidad en lo que imaginaba que debía de ser el lenguaje típico de un productor—. Un programa de sucesos, ¿sabe? Lo que nos gustaría es hacer reconstrucciones del crimen. Normalmente contratamos a intérpretes locales para eso. Muchos planos cortos de la escena del crimen mezclados con panorámicas de la zona. —Al hablar, puso los dedos como si enmarcara un plano para conferir más autenticidad a lo que decía—. Después contratamos a un ávido guionista para que escriba los textos de los intervalos entre las tomas de la cámara y las entrevistas con la policía, los fiscales, los abogados de la defensa y cualquiera involucrado en el caso. Llamamos a todas esas personas

«bustos parlantes». No es difícil conseguir que un actor algo conocido ponga la voz en *off* por una cantidad no demasiado grande de dinero y, casi sin darte cuenta, ¡sorpresa! Ya tenemos nuestro documental. Estoy seguro de que sabe a qué clase de programa me refiero.

—Sí —dijo la mujer—. No los veo demasiado. Prefiero comedias como *Seinfeld*, aunque solo Dios sabe qué tienen en la cabeza los personajes de esa serie. Pero a mi marido le gustan los programas sobre crímenes de la vida real —añadió, mucho más afable—. Es teniente del departamento de bomberos. Sígame. —Se puso a recorrer inmediatamente las estanterías.

«Una niña inocente fue asesinada. El hombre que la mató quedó impune de ese crimen. ¿Tenía la víctima un hermano mayor? ¿Un padre? ¿Un tío enfadado o un primo compulsivo? ¿Quién en su círculo inmediato habría tomado lo ocurrido en un juzgado y lo habría mezclado con su psicopatología para convertirse en Jack?».

Ricky sabía que esas personas eran las opciones más evidentes. Temía que fijarse en lo más obvio fuera un error, que él no quería cometer.

Trató de meterse en la mente retorcida de Jack el Destripador del Oso Paddington. Podía culparse a mucha gente de que el hombre equivocado quedara libre. ¿Quién podía cargar la mayor parte de culpa?

Siguió a la bibliotecaria a través de hileras de libros hacia una sala trasera con unos cuantos ordenadores.

—Creo que lo dejaré primero con los archivos de los periódicos locales —comentó—. La mayoría de los nombres importantes involucrados en su caso están en los artículos de la prensa. Los periodistas siguieron muy de cerca el suceso. No tenemos demasiados asesinatos, y cuando se producen, suele tratarse de violencia doméstica. Demasiada cerveza o *whisky* de centeno y una discusión del tipo «¿por qué nunca llegas a casa a tiempo?» que acaba con una bofetada, con un puñetazo y, finalmente, con una pistola que había por ahí…

—Eso tengo entendido —respondió Ricky.

Pensó en el juez y en el jurado. Se percató de la facilidad con la que podrían convertirse en objetivos, por lo que la posibilidad era real: «¿Se obsesionó uno de ellos con la absolución, le pareció una injusticia terrible que un hombre culpable se fuera de rositas y tal vez pasó a creer que tendría que crear una justicia diferente? ¿Influyó el juez de este caso en el resultado con sus decisiones? ¿Y se lamentó tras lo sucedido? ¿Lo abrumó la culpa después de que un hombre culpable quedara libre? ¿Y los policías que habían preparado tan mal el caso? ¿Decidió alguno de ellos que estaba

excepcionalmente dotado para realizar con impunidad un trabajito de justicieros inspirado en Jack? ¿Quién podría llegar a ser un asesino?».

Se sentía inseguro. Era como estar en la cubierta de un barco zarandeado por las olas. La bibliotecaria le señaló un asiento y él se sentó agradecido. Ella se inclinó por encima de su hombro y pulsó algunas teclas del ordenador.

—Ya está. Avíseme si necesita cualquier otra cosa.

—Me gustaría visitar la escena del crimen…

—Se refiere al lugar donde encontraron el cadáver de Julia. Jamás descubrieron dónde fue asesinada exactamente.

—Es verdad. Disculpe.

—Puedo darle una copia de un mapa de la zona. No está demasiado lejos. Cerca de un terreno de acampada. Aparcas, caminas kilómetro y medio más o menos y ya estás ahí.

—¿Donde los *boyscouts* habían acampado?

—Exactamente. Aunque estaban algo más alejados del agua. A los chicos les gusta ir de excursión.

—Le agradeceré ese mapa.

—Ese fue uno de los principales problemas en el juicio —añadió la bibliotecaria.

—¿Y eso?

Parecía estar empezando a caerle bien a aquella mujer.

—Bueno, el cadáver de la pobrecita niña estaba metido debajo de la rama de un árbol hundida en el agua a unos quince metros de la orilla. No hay corrientes ni nada que pudiera llevarla hasta esa distancia, por lo que o bien el asesino tenía una embarcación o bien llevó el cadáver hasta allí nadando. A oscuras. Entre serpientes y caimanes. Habría vuelto empapado a la orilla y le habría quedado algún resto de agua del pantano o tal vez hojas, tierra y cosas así en los zapatos y en el suelo del coche. Pero no encontraron nada de eso, ni en la ropa de Jimmy ni en su vehículo, y aquel abogado de postín de Nueva York le dio mucha importancia a este detalle.

Jimmy era el farmacéutico. El «abogado de postín de Nueva York» era Merlin. «Y los policías no vieron lo obvio: Jimmy iba en pelota picada cuando llevó ese cadáver hasta allí a nado».

—Es una buena observación, señora —dijo Ricky. Puede que la bibliotecaria pasara más tiempo viendo programas sobre crímenes en la televisión de lo que decía—. Parece saber mucho del caso.

—Igual que cualquiera de por aquí. Leí todo lo que se publicaba en el periódico. Durante muchos días nadie hablaba de otra cosa. Fui al juzgado

una tarde que tenía fiesta, pero no conseguí sentarme. Llegué demasiado tarde y ya había cola para entrar. —Señaló el ordenador—. Le traeré esa copia de un mapa de la zona. Asegúrese de leer todos los artículos —aconsejó—. Hasta el final.

Enigmática. Una inclinación de la cabeza. Ricky comprendió que le estaba diciendo algo importante, pero la mujer se volvió y se marchó antes de que pudiera preguntarle nada. Volvió a mirar el ordenador. El titular del *Register-Eagle* de Dothan que tenía delante rezaba: «Se encuentra el cadáver de la adolescente tras dieciséis días de búsqueda».

Tuvo la impresión de estar adentrándose en el mismo pantano.

«Encontraron el cadáver: Julia. Ese fue el punto de partida. Un hombre queda impune: Jimmy. Pero ese nunca es el punto final».

Pensó que esas frases podrían aplicarse fácilmente a lo que le había pasado a él hacía cinco años.

Se inclinó hacia la pantalla del ordenador. Tenía un bloc de papel y un bolígrafo a punto para tomar notas y apuntar nombres. Desplegó el primero de los muchos artículos existentes en la pantalla.

«Lo que el psicoanálisis enseña es que para cada momento y cada acto existe un impacto en cadena que dura años. Eso es lo que estoy buscando aquí», pensó.

Leyó cada artículo del periódico hasta que llegó al último de la serie. El último titular pareció agarrarlo por la garganta: «El farmacéutico absuelto del asesinato de la adolescente fallece en un accidente de coche».

Ricky asimiló los escasos detalles que aportaba el artículo: una noche de tormenta, una carretera resbaladiza por la lluvia, una curva cerrada, unos neumáticos gastados, mucho alcohol, un roble viejo y una cuneta cercana, sin cinturón de seguridad.

«Iba borracho. Perdió el control. Chocó con un árbol. Salió disparado del coche».

Puede que no muriera al instante, por lo que indicaba la noticia, pero sí bastante deprisa. Contusiones generalizadas. El personal sanitario lo estuvo atendiendo varios minutos antes de declararlo muerto allí mismo.

Reflexionó sobre lo que aparecía en la pantalla del ordenador que tenía delante.

«Estaba solo. Fue un accidente con un solo coche involucrado. Sin testigos».

Una pausa para releer cada palabra. Las dudas lo asediaban.

Pensó algo: «El personal sanitario lo estuvo atendiendo… bueno, a lo mejor no lo hizo. Puede que se limitaran a pasar el rato con uno o dos policías cuando vieron que quien estaba tumbado junto a la carretera era Jimmy. Fumaron un pitillo. Contaron algunos chistes. Esperaron a que muriera».

Echó un vistazo a la noticia una tercera y última vez, balanceándose hacia atrás y hacia delante en su asiento de la biblioteca.

¿Quién fue a su funeral?, se preguntó.

Imaginó que no se derramarían demasiadas lágrimas sobre su ataúd. Tenía tres palabras en la cabeza: «Un auténtico avispero».

Se inclinó hacia delante. Le vino otra idea a la cabeza: «Empezó como un caso de pena capital. Lo sigue siendo».

15

La funeraria Willoughby Funeral Home («De propiedad y gestión familiar desde hace veinticinco años: “Estaremos aquí cuando nos necesite”») estaba situada junto a la carretera principal, en el extremo de un pequeño centro comercial no demasiado alejado del centro de la población. Un magnolio daba sombra a los peldaños delanteros. Dentro se estaba muy fresco, gracias a un aire acondicionado puesto a todo trapo. Una música tenue, muy lúgubre, sonaba de fondo por unos altavoces discretamente ocultos en el techo. Una mujer, apenas una adolescente, pero con un traje de chaqueta azul marino y una reluciente blusa blanca de botones que contradecía su juventud, estaba sentada tras un brillante mostrador de madera marrón cuando Ricky entró en la recepción por una puerta de cristal. Su sonrisa era estudiada: un saludo a la vez que un reconocimiento de que quien entraba podía estar sumido en la desesperación. O no. Su trabajo era como el de una enfermera de triaje en un campo de batalla: evaluar y dirigir.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo.

Ricky dejó en el bolsillo su tarjeta falsa de productor de cine y empezó a mentir:

—Un viejo amigo, bueno, en realidad no era un amigo, sino más bien un conocido de mis días universitarios, nos dejó hace poco —tartamudeó. Quería dar la impresión de estar mal informado—. Acabo de enterarme; casualmente pasaba por la ciudad y he imaginado que la familia Willoughby se encargó de su funeral. No consigo obtener ningún detalle de su muerte y me preguntaba si quizá ustedes podrían ayudarme. Me gustaría presentar mis respetos a su familia. No he visto a mi viejo compañero desde hace muchos años y no he mantenido el contacto con él en absoluto, pero quiero hacer lo que es cristiano. Tal vez llevar unas flores y leer un versículo de la Biblia. —Se puso las puntas de los dedos sobre el corazón para que su actuación fuera algo más convincente.

La joven asintió. Ricky creyó que su devoción era una cualidad con la que ella estaba familiarizada. Solo que la mayor parte del tiempo no era falsa, como sí sucedía en su caso.

—Naturalmente, señor. Es lo justo. ¿Y cómo se llamaba el fallecido?

—Jimmy Conway —respondió Ricky con el mismo tono seguro y suave que seguramente utiliza el diablo cuando cierra un trato con un alma díscola.

La joven inspiró profundamente. El nombre había sido una sorpresa, como una bofetada inesperada en la cara. Ricky vio que se sonrojaba un poco y que casi inmediatamente recobraba la compostura. Trabajar en una funeraria enseña a controlar rápidamente la exteriorización de las emociones. Una expresión vaga de preocupación fingida y falsa sinceridad sirve para la mayoría de situaciones, por más incómodas que sean.

—Sí, el señor Conway. Fue muy triste.

«Eso es mentira —pensó Ricky—. Pero no es peor que ninguna de las mías».

—Creo que será mejor que hable directamente con el señor Willoughby sobre esa defunción concreta —prosiguió la joven, alargando rápidamente la mano hacia un intercomunicador—. Tal vez él pueda ayudarlo.

«Se parece a Uriah Heep —pensó Ricky mientras el señor Willoughby le señalaba con la mano un asiento para que se sentara ante su mesa—. Dickens estaría orgulloso».

El director de la funeraria era un hombre alto con el pecho hundido, calvo por la parte superior de la cabeza pero con una cinta de cabello plateado tras las orejas. Llevaba unas gafas de montura negra y un traje y corbata del mismo color, con una camisa blanca. Sus zapatos negros estaban tan lustrados que relucían. Tenía los dedos largos, casi femeninos y hechos para retorcérselos con una preocupación fingida.

—El señor Conway fue un caso muy poco corriente —dijo al ocupar su asiento—, señor…

—Puede llamarme Frederick —respondió Ricky. Tener un nombre de pila que también puede ser un apellido tiene sus ventajas.

—Muy poco corriente, señor Frederick —repitió el director de la funeraria. Ricky no lo corrigió.

—¿Y eso?

—No era, bueno, demasiado popular por aquí.

—¿Por qué? —Ricky conocía la respuesta, pero lo preguntó igualmente.

—Bueno, había estado implicado en un homicidio local que impresionó muchísimo a la gente.

—Dios mío —soltó Ricky, simulando sorpresa—. Desde luego, eso no tiene nada que ver con el chico que conocí en la facultad de Farmacia durante la clase de estudio sobre la Biblia. ¿Implicado? Pero ¿de qué manera?

—Acusado, juzgado pero exculpado —entonó el director de la funeraria —. La víctima era una muchachita. Fue de lo más trágico. La fiscalía tenía, al parecer, un caso muy poco sólido.

—Dios mío —repitió Ricky, inclinándose hacia delante—. No tenía ni idea. Eso es horrible. Pero ¿dice que en realidad no lo hizo?

—Bueno —contestó el director de la funeraria con cautela—, que te declaren no culpable no es lo mismo que ser inocente del crimen, o al menos eso me han dicho.

—Sí, es verdad —coincidió Ricky, intentando dar un toque de solemnidad a su respuesta—. Pero ¿qué le pasó a Jimmy?

—Pues, al parecer, salir en libertad del tribunal fue solo el comienzo de una serie de nuevos problemas. La gente no le hablaba. Perdió su trabajo en la cadena de farmacias. Aunque eso no fue ninguna sorpresa. Se dio a la bebida. Eso tampoco fue ninguna sorpresa. Cuando había empinado el codo, se jactaba de que ya nadie podía tocarlo, pero si alguien le preguntaba a qué se refería, simplemente sonreía y se limitaba a mascullar algo acerca de la prohibición del doble enjuiciamiento. Estuvo así un mes tras otro, bebiendo demasiado y hablando más de la cuenta, como si le gustara la mala fama de ser el individuo que se fue de rositas. Volvió locos a los inspectores que habían trabajado en el caso. La mayoría de la gente creía que se cansaría de vivir aquí marginado, que recogería sus bártulos y se trasladaría a la gran ciudad, puede que a Mobile o a Nueva Orleans, donde podría perderse y empezar de cero, pero no lo hizo. Y era como si su presencia aquí, bueno, había quien la consideraba un insulto. Creo que mucha gente de aquí llegó a pensar que a Jimmy le gustaba mofarse de los demás con su mera presencia.

—Vaya, no tenía ni idea… —dijo Ricky. Otra mentira. Todo lo que decía el director de la funeraria se situaba dentro de lo esperado.

—Un caso triste.

—Sí. Pero entonces se murió…

—Un accidente en la carretera. No puedo decir que le supiera demasiado mal a nadie.

Ricky vaciló. No se le ocurría ninguna otra forma de decir lo que quería, así que simplemente lo soltó:

—¿Todo el mundo estuvo seguro de que fue un accidente? Quiero decir, tal como lo describe, parece que a más de uno le habría gustado ver al pobre Jimmy desaparecer de la faz de la tierra.

—Sí, señor. Tiene razón. Tiene toda la razón. Pero la policía local investigó y dijo que había sido un accidente, y allí se acabó todo.

—¿No creerá que quizá se trató de un suicidio? —preguntó tras asentir con la cabeza—. ¿Abrumado por la culpa y todo eso? ¿Que chocó deliberadamente su coche con ese árbol, a pesar de su comportamiento en el bar?

—No, señor —aseguró rotundamente el señor Willoughby—. No lo creo en absoluto.

Estuvieron callados un momento.

—El funeral —prosiguió Ricky—. ¿Asistió mucha gente?

—No, señor. En realidad no se puede hablar propiamente de una ceremonia. Y, además, podría decirse que fue poco corriente.

—¿Y eso?

—Nadie, ningún familiar, sus padres viven bastante lejos y supongo que son bastante mayores, su hermano en Atlanta nos colgó cuando llamamos diciéndonos que no quería tener nada que ver con aquello, ni tampoco su ex, que ahora se ha mudado al norte; ni tampoco amigos, ni vecinos, ni compañeros de trabajo, nadie se ofreció a hacerse cargo de su cadáver. Nadie quiso asumir la responsabilidad. Eso significaba que sus exequias correrían por cuenta del Estado, ¿sabe? Y habría mucho papeleo. Pero recibimos una llamada de una persona anónima, un hombre que nunca se identificó de ninguna forma y que estaba dispuesto a pagar una incineración sencilla siempre y cuando cumpliéramos una petición poco habitual. Normalmente no se habría permitido. Pero aquellas eran, como dije, unas circunstancias especiales. Bueno, el Estado estuvo contento de no tener que pagar la factura y se lavó las manos al respecto. Recuerdo que el funcionario le dijo a mi ayudante: «Este maldito Jimmy Conway ya nos ha costado demasiado». Así que procedimos con ello…

—¿Cuál era la petición?

—Quería que sus cenizas fueran esparcidas en un lugar concreto.

—¿Y?

—Bueno, pues tras la incineración, llevé las cenizas allí a primera hora de la mañana, las esparcí lo mejor que pude y así terminó todo.

—¿Vio a alguien más…?

—No, señor. Estaba completamente solo, que yo sepa.

—¿Y dónde fue?

—Puedo decirle cómo llegar. Se trata de un lugar algo apartado, podría decirse, pero no es demasiado difícil de encontrar.

—¿Alguna idea de por qué esa persona eligió ese sitio? —preguntó Ricky.

—No, señor. Y tampoco quise ponerme a elucubrar. Ni idea.

Ricky se percató de que el director de la funeraria no era una persona curiosa.

—¿Y no se le ocurre quién pudo pagar sus servicios? ¿No usó un talón o una tarjeta de crédito que pudiera usted rastrear?

—No, señor. Llegó un sobre por correo con el dinero necesario en efectivo. Con matasellos local. Sin remitente. Tan solo un papel con las palabras PARA JIMMY. SEGÚN LO ACORDADO escritas junto a unos cuantos billetes nuevos de cien dólares. No se incluía ninguna firma.

—¿Su hermano?

—No, señor.

—¿Su ex o acaso sus excompañeros de la farmacia?

—No, señor. Hice algunas comprobaciones. No, señor. No querían tener nada que ver con Jimmy después de… —vaciló—. Bueno, de aquel suceso tan desagradable.

—Bueno, tal vez los miembros de su iglesia pensaron que hasta un pecador merece algo de generosidad…

—No, señor. Su iglesia era la misma en cuyo coro cantaba la pequeña Julia. Aquella gente odiaba a Jimmy, y con razón.

—Quizá los familiares de la víctima… —Ricky había pasado a la pregunta más evidente.

—No, señor. No creo que fueran ellos. Y, después de todo, ¿por qué iban a querer que los restos de Jimmy fueran tratados con algo de dignidad? Aunque fueran personas cristianas y compasivas, y no sé si ese es el caso o no, y ya no están aquí para preguntárselo, no creo que dispusieran de esa cantidad de dinero —aseguró tajantemente.

—Entonces ¿quién? —pregunto Ricky.

—Tal vez un viejo amigo, como usted, señor, pero alguien que quisiera mantenerse en el anonimato, por así decirlo, porque era probable que esto le valiera ciertas, cómo decirlo, críticas. Este sitio es lo bastante pequeño para que esta clase de cotilleo y las miradas desagradables de los vecinos importen. Así que, a mi entender, su identidad siempre será un misterio.

«No, no lo será —pensó Ricky—. Yo tendré que averiguarlo».

—¿Había pasado alguna vez algo parecido a esto…? —empezó a preguntar Ricky, pero el director de la funeraria ya estaba negando enérgicamente con la cabeza.

—No, señor. Nunca. En mis más de veinte años al frente de este negocio no he recibido jamás una petición y un pago como este del caso de Jimmy

Conway. —Tosió una vez—. E imagino que no es probable que reciba nunca otro igual.

Ricky sacó el mapa que la bibliotecaria le había dado.

—Quizá podría señalarme el lugar —comentó.

—Por supuesto —respondió el director de la funeraria, alargando la mano hacia el papel—. Si planea llevar flores y decir algunas palabras, el sitio es este —dijo—. Aunque no sé si hay palabras que puedan reconfortar el alma de Jimmy donde es probable que esté ahora.

Ricky condujo el coche de alquiler por el campo, pasando junto a alguna que otra casa y granja, lejos de la modesta zona urbana de Dothan.

Giro a la derecha. Giro a la izquierda. Otro kilómetro y medio por lo menos. Una vieja verja oxidada daba acceso a un camino de entrada de gravilla que estaba acribillado de baches, sin el menor indicio de que nadie lo hubiera recorrido en años.

Supo de inmediato dónde estaba exactamente.

Ricky aparcó a un lado y bajó del coche. Hacía bochorno y sintió que el aire lo agobiaba. El despejado cielo azul parecía empujar el aire abrasador hacia él. Empezó a sudar en cuanto se puso a andar.

Imaginó que estaba siguiendo los pasos de Jack el Destripador del Oso Paddington.

La única diferencia era que ninguna muchacha jugaba con unas fotografías junto a una tumba abierta y que no llevaba ninguna cámara de vídeo en la mano.

Pero las lápidas desgastadas y abandonadas eran las mismas que aparecían en el CD que había recibido Virgil. Pensó que los hierbajos no habían crecido mucho más de lo que había visto en el CD.

Todo estaba en silencio salvo por el esporádico graznido de algún cuervo que se perdía entre los frondosos grupos de árboles que rodeaban gran parte del cementerio. Dio un puntapié a un trozo suelto de cemento del deteriorado camino simplemente para hacer algo de ruido y no sentirse tan solo. El aire estaba en calma. Tranquilo. Al principio tuvo la impresión de que alguien lo estaba observando, después comprendió que solo se trataba de la inquietante sensación que pueden causar fácilmente los difuntos.

Avanzó un poco más, intentando casar lo que veía con lo que recordaba del CD. Se detuvo cuando estuvo seguro de que se encontraba cerca de dónde había estado Jack.

Echó un vistazo a su alrededor y vio que había tierra removida cerca.

—Ahí es donde cavaste la tumba —dijo en voz alta. El sonido de su voz pareció alejarse resonando.

Contempló el sitio. Sabía que podría cavar allí y encontrar los restos de una mocasín de agua decapitada en el fondo.

—Pero ¿por qué aquí? ¿Qué hace tan especial a este lugar?

Tuvo una idea. Volvió rápidamente a su coche y sacó la mochila con el ordenador y las notas. Encontró la copia del mapa local que la bibliotecaria le había dado.

Señaló con un dedo el lugar en el que se encontraba en aquel momento.

Después tomó un lápiz y dibujó una línea hasta la casa a la que Julia no había llegado la noche en que murió.

«Casi cinco kilómetros. Carreteras secundarias».

Echó un vistazo a su alrededor. Había un pequeño montículo en el deteriorado camino de entrada, y las hileras de lápidas y monumentos funerarios en mal estado llegaban hasta un pequeño valle.

«Si viniera aquí en un vehículo de noche y apagara los faros, nadie me vería», pensó.

Inspiró profundamente un aire que parecía estar hirviendo.

«Un lugar perfecto para asesinar a alguien —se dijo a sí mismo—. Un lugar tranquilo donde matar a alguien. No se oiría ningún sonido salvo el ruido de la agonía. Aunque la niña gritara, a pesar de que no pudiera hacerlo cuando la droga de la violación le hiciera efecto, no había nadie lo bastante cerca para oír nada».

Miró el mapa.

Señaló con un dedo el lugar donde los *boyscouts* habían acampado y donde habían encontrado finalmente a Julia.

«Seis kilómetros y medio más. Tres carreteras secundarias más».

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad? —preguntó, como si las cenizas de Jimmy Conway, el farmacéutico infanticida, pudieran responderle—. Seguramente habías cronometrado cada trecho. Y sabías que estarías solo.

Solo que no estaba exactamente solo. Tenía el cuerpo inconsciente de una niña de trece años a su lado, pensó.

Ricky sabía que tenía que conducir el último trecho que se recorrió durante la última noche en que la pequeña Julia estuvo viva, ver el lugar donde la habían lanzado al agua. Pero titubeó, preocupado por un único pensamiento: «¿Cómo conocía Jack este sitio? ¿Cómo sabía que era aquí donde Julia había muerto y donde había que esparcir las cenizas de Jimmy?».

Sabía que si llegaba a responder esta pregunta, averiguaría quién era Jack. No se permitió confiar, ni tampoco dudar. Estas dos cualidades contradictorias le parecían un lujo. Se percató de que estaba cayendo por el abismo de un asesinato y que este era la cuna de otro que amenazaba con producirse. Tal como sabía gracias a las muchas terapias en las que había participado, estaba reuniendo los fragmentos de los recuerdos para poder saber lo que iba a suceder.

Ya lo hiciste una vez. Puedes repetirlo, se recordó a sí mismo.

Dejó atrás las lápidas solitarias y se sentó al volante. Sin dudarlo, arrancó en dirección al cercano pantano. Trató de imaginarse las sensaciones del asesino la noche en que Julia murió. Su cadáver iría en el asiento del copiloto o tal vez envuelto en una lona en la parte de atrás de la camioneta. Fuera como fuese, estaría cerca. El asesino seguramente tendría la adrenalina a tope. El sudor le escocería en los ojos. Seguramente tendría los nudillos de las manos blancos debido a la fuerza con la que sujetaría el volante. Falto de aliento y con los dientes apretados, seguramente tendría que recordarse de manera constante que no debía exceder el límite de velocidad y no tenía que apartar la mirada de la carretera. El mensaje de no dejarse vencer por el pánico se mezclaría con la calidez de la satisfacción y el vacío de la consecución. Ricky sabía que todos los sentimientos que pudiera imaginarse eran mera rutina para el señor R. Jimmy, sin embargo, era un principiante en el arte del asesinato, por lo que se habría visto obligado a controlar unas sensaciones nuevas en las que el señor R ya era todo un experto. Y en algún lugar de esta imagen también encajaba Jack. Solo que Ricky todavía no podía verlo. Pero, como el pantano al que se aproximaba rápidamente, sentía que estaba cerca.

En el extremo de un diminuto aparcamiento de tierra en una zona ganada a un grupo de árboles, había una pequeña señal de madera que rezaba: Pantano de ellis, 2 km. Área de acampada de benfey, 4 km. Sendero de rathbun, 4,2 km.

—Es un largo trecho para tener que cargar con un cuerpo —dijo Ricky en voz alta como si estuviera hablando con Jimmy, el farmacéutico, de pie, a su lado.

Estaba solo y titubeante junto a los árboles. Veía el camino que se adentraba en el bosque. Los primeros cincuenta metros, hasta donde alcanzaba la vista antes de que el sendero girara a la izquierda, eran llanos y anchos, y se encontraban en buen estado. Se volvió y se percató de que, al

igual que en el viejo cementerio, no era probable que los conductores que pasaban por la carretera vieran un vehículo estacionado en un rincón del aparcamiento. Estaba intentando sumar mentalmente todos los factores del asesinato. Noche. Oscuro como boca de lobo.

«Necesitaste una linterna, ¿verdad, Jimmy? —pensó, y recordó que más tarde hubo tormentas en la región—. Un asesino afortunado. La lluvia haría desaparecer las huellas».

Recordó el informe de la autopsia. Julia era menuda y liviana, apenas cuarenta y cinco kilos. Jimmy iba habitualmente al gimnasio, medía más de metro ochenta, pesaba el doble que ella y estaba acostumbrado a levantar pesos.

«La cargaste al hombro. Aun así, es una buena excursión con un peso muerto. Pero cuanto más lejos pudieras llegar, más difícil le resultaría a la policía encontrarla. Eso te incitó a seguir adelante, ¿verdad? Hizo que su cadáver te pareciera más ligero a cada paso, no más pesado», concluyó.

El calor había ido en aumento. Se desabrochó el cuello y se sacó la camisa por fuera de los pantalones. Llevaba zapatillas deportivas, lo que no era el calzado idóneo para el camino, pero tendrían que servirle. Inició la marcha a buen ritmo.

No era un sendero difícil e intentó imaginárselo de noche. Unas cuantas curvas a la derecha y a la izquierda, unos cuantos puntos rocosos, pero básicamente un recorrido llano y embarrado a través del bosque. Tras instalarse en Miami, había hecho el Anhinga Trail por los Everglades, como muchos turistas, y esta ruta era parecida. Se dio cuenta de que el trayecto hasta el pantano no era difícil. Incorporó esa idea a las demás:

«Aislado pero asequible. Eras de aquí y creciste al aire libre, así que conocías esta zona, ¿verdad, Jimmy?».

Oyó que el difunto farmacéutico le decía al oído con acento sureño: «Sí, señor, la conocía. Y tanto que la conocía».

Llegó a la orilla del pantano sin demasiados problemas. La luz se filtraba a través de los árboles y se volvía más brillante a medida que la espesor del bosque menguaba, lo que acabó conduciéndole al lugar donde creía que el farmacéutico había llevado el cadáver de la niña. Había una pequeña franja de tierra junto a las aguas tranquilas y oscuras.

«Si tuviera una caña de pescar, probaría suerte aquí —se dijo. Seguramente el *boyscout* había pensado lo mismo—. La lanzaría muy lejos para que el cebo de cuchara abarcara la mayor superficie posible. Hay percas grandes en estas aguas».

Echó un vistazo a su alrededor en busca de serpientes y caimanes. No logró ver ninguno, pero eso no significaba que no los hubiera. Un par de garzas blancas sobrevolaron el agua, elegantes, majestuosas, casi fuera de lugar en un sitio donde se había cometido un acto tan malvado. Observó cómo desaparecían hacia el horizonte. A lo lejos avistó las ramas retorcidas de los árboles que señalaban el borde del pantano y conducían hacia un muro de follaje verde. Más cerca de la orilla donde estaba, vio un tocón que se elevaba por encima de las oscuras y plácidas aguas. Supuso que lo habría derribado una tormenta. Pero las ramas secas recordaban unos dedos huesudos que se extendían hacia el cielo.

«Es aquí —se dijo—. No es un recorrido demasiado difícil a nado, ni siquiera arrastrando por el agua a una niña asesinada».

Pensó en el *boyscout* pescador.

Un buen sitio para un cadáver.

Un buen sitio para una perca.

Se detuvo un momento, repasando la zona con la mirada y dejando que el aliento de una muerte violenta lo cubriera. Cuando creyó que se había formado una imagen sólida de aquella noche en la cabeza, se volvió e inició el camino de vuelta. El calor empezó a presionarle la cabeza como un peso. Se sintió como si nadara contra la corriente.

Seguía valorando, evaluando, sumando, restando, intentando situar cada imagen en el retrato de un asesinato cuando llegó al aparcamiento. Junto a su coche de alquiler había estacionado un sedán normal y corriente último modelo. Dos hombres con camisa blanca almidonada y una pistola en el cinturón lo estaban esperando. Uno de ellos le mostró una placa.

—Amigo, ¿así que tiene algunas preguntas sobre nuestro Jimmy y la niña a la que asesinó? —preguntó el primer inspector.

El otro se limitó a mirar a Ricky con frialdad.

16

Inmediatamente pensó en ellos como en los dos mosqueteros, alias Smith y Jones. O en Mutt y Jeff. O en Estragon y Vladimir. Puede que hasta en Butch Cassidy y Sundance Kid. Al haberlo pillado por sorpresa al salir del camino que conducía al pantano, había sido incapaz de retener sus verdaderos nombres. Los dos inspectores pertenecían a unas modestas fuerzas del orden de Alabama en un pueblo que aspiraba a ser una ciudad o quizá en una ciudad que se estaba quedando reducida a pueblo. Sintió la incomodidad inherente de un norteño ante la policía sureña, con su acento marcado que parecía arrastrar nombres y palabras, y con unos modales que parecían sacados de alguna película antigua, como *En el calor de la noche* o *Arde Mississippi*. Ricky era lo bastante listo para saber que probablemente esos dos no serían distintos del recepcionista de su motel, la bibliotecaria, la dependienta de la copistería o incluso del director de la funeraria. Pero la presencia de las armas y la mirada ligeramente retorcida que le dirigían lo intranquilizaron. Espejos gemelos de la desconfianza.

«No mientas —se dijo a sí mismo—. Te pillarán en un santiamén».

Sabía que tenía que proceder con cautela. Si dejaba caer algún detalle acerca del señor R, Virgil y Merlin, o hacía alguna pregunta sobre su conciudadano Jack el Destripador del Oso Paddington, corría el riesgo de implicar de algún modo a la policía en el asunto y no podía permitírselo. Una palabra en falso podría desencadenar actos sobre los que no tenía el menor control. Esta era otra de las muchas ironías que lo agobiaban: estaba apoyado en la puerta de su coche de alquiler frente a las autoridades legítimas, que eran perfectamente capaces de ayudarlo de muchas formas si decidía recurrir a ellas; lo único que tenía que decir era: «Estoy intentando impedir un asesinato», pero lo que básicamente lo preocupaba era proteger el anonimato de un par de asesinos. No veía ninguna otra forma de seguir con vida.

—Entonces cuéntenos: ¿qué está haciendo exactamente aquí, preguntando sobre Jimmy Conway? ¿A qué obedece su interés por ese caso?

El que habló era Smith. Medía algo más de metro ochenta, era robusto y llevaba la cabeza rapada y una corbata roja con el nudo aflojado, lo que le confería un aspecto ligeramente desaliñado; Ricky fue lo bastante listo para comprender que sin duda ocultaba unas buenas dotes de investigación. Llevaba la placa colgando de un cordón alrededor del cuello y la nueve

milímetros a la cadera. Ricky se fijó al instante en que ambos hombres acercaban la mano a la culata de la pistola de vez en cuando, como si quisieran asegurarse de que seguía estando ahí, a su alcance, si la necesitaban. Era como observar los tics que los medicamentos antipsicóticos pueden producir en pacientes graves.

Jones era algo más joven, algo más bajo, enjuto y con un corte de pelo que seguramente satisfaría las directrices militares. A pesar de su marcado acento, cortaba bruscamente las palabras. Seguía llevando puestas las gafas de sol a pesar de que anochecía rápidamente. Las sombras se proyectaban desde el bosque como si se hubieran formado en las oscuras aguas del pantano situado detrás de Ricky.

—No tenemos demasiados turistas atraídos por los crímenes en esta zona —aseguró con decisión.

—No soy ningún turista —replicó Ricky—. He venido a documentarme sobre este caso.

—¿Y a qué se debe eso? —insistió Jones.

—Llevo muchos años trabajando como médico —Ricky distorsionó un poco la realidad—, pero últimamente me he interesado por los documentales y creo que podría dedicarme a ello como segunda profesión después de jubilarme, ¿saben?

—No veo ninguna cámara —dijo Jones.

—Solo estoy tratando de captar el ambiente del lugar y del crimen.

Indecisión. Los dos policías se miraron entre sí.

—¿Captar? ¿Qué coño es eso? —soltó Smith.

Ricky no contestó.

—Cabría suponer que nosotros deberíamos haber sido los primeros a quienes fuera a ver —intervino Jones—. Eso le habría ahorrado algo de tiempo y de dinero.

—Están en mi lista —aseguró Ricky.

—Ajá —dijo Smith, asintiendo con la cabeza de un modo que no indicaba conformidad, sino todo lo contrario—. Comprendo. Se presenta aquí un día sin ningún contacto previo con nadie de por aquí, empieza a hacer preguntas a la gente y a ir a las escenas del crimen, afirma estar trabajando en una chapuza de película sobre el homicidio que destrozó nuestra ciudad, pero ¿no llama a los dos inspectores que se encargaron del caso?

—No sabía que hubiera ninguna ley que prohibiese lo que he estado haciendo —dijo Ricky… demasiado deprisa.

Los dos policías intercambiaron una mirada rápida.

—Bueno, eso dependerá, por supuesto, de lo esté haciendo exactamente —soltó Smith.

—Que yo sigo sin creerme del todo —añadió Jones—. No me acaba de sonar bien.

—Solo estoy intentando averiguar qué pasó la noche que Julia fue asesinada. De verdad. Nada más, agentes. Y también cómo Jimmy quedó impune de ello. Y después ver si todo eso funcionará en forma de documental.

Ricky era consciente de que estaba interpretando un papel con el que no estaba muy familiarizado, pero tenía que hacerlo bien. Señaló hacia atrás, en dirección al pantano.

—Por ejemplo, ese es un largo trecho para cargar un cadáver.

Smith asintió de nuevo.

—No para Jimmy. No esa noche.

Ricky sabía cuál era la pregunta obvia: «Si están tan seguros de lo que pasó, ¿por qué no pudieron llevarlo al corredor de la muerte?». También sabía que no tenía que hacerla. Ahora le tocaba asentir a él con la cabeza.

—Ese accidente de coche en el que murió. ¿Están seguros de…? —empezó a decir. Tenía la palabra «oportuno» en la punta de la lengua, pero tanto Smith como Jones lo interrumpieron con un gesto de la mano.

—No creo que nadie quiera hablar sobre ello. Fue considerado como un accidente y así va a seguir. Puso fin a algo que realmente alteraba a todo nuestro pueblo. Permitió que la gente pasara página, por así decirlo. La pequeña Julia está con los angelitos, su familia se marchó de aquí porque los recuerdos le resultaban demasiado duros y Jimmy fue a parar adonde se merecía, sin duda un sitio nada bueno. Fin de la historia. Y no creo que nadie de por aquí quiera que venga alguien a remover de nuevo el asunto, especialmente un aspirante a cineasta. Creo que será mejor que lo tenga en cuenta. Y tal vez quiera tomar sus preguntas e ir a buscar otro sitio y tal vez otro asesinato en el que husmear. —Jones pareció pensar un momento antes de proseguir—: A veces, cuando las cosas están resueltas y acabadas, aparecer por un lugar y hacer que todo el mundo reviva algo como la noche en que Jimmy asesinó a la pequeña Julia, bueno, puede cabrear bastante a la gente. Puede ser realmente peligroso. Peligroso al estilo de una pistola del calibre doce. Quiero decir que es imposible saber lo que puede hacer la gente cuando se la empuja así a recordar cosas que ya ha olvidado. ¿Está seguro de querer hacer eso? Yo creo que no. No, señor. Estoy totalmente seguro de ello.

—En mi opinión, puede que sea hora de que haga el equipaje y se vaya —añadió Smith. Avinagrado.

«No puede amenazarme de forma más clara —pensó Ricky—, a pesar de toda esa musicalidad sureña al hablar».

Antes de que pudiera responder nada, Smith habló de nuevo. En voz baja. Con la cabeza agachada. Y cada palabra transmitía una claridad aterradora:

—Le estamos dando un muy buen consejo, doctor cineasta. Será mejor que lo siga.

El silencio posterior habló con la misma fuerza que todo lo que habían dicho.

—¿Quién les ha dicho que estaba aquí? —soltó Ricky. Se arrepintió de la pregunta en cuanto la pronunció.

—«*Forget the hearse ‘cause I’ll never die*» —respondió Jones sacudiendo la cabeza con una sonrisa desagradable en los labios.

—¿Perdón?

—Eso es de AC/DC. *Back in Black*. Los australianos. ¿Cómo lo ve? A mi hermana pequeña le gusta mucho escucharlos.

«La chica de la copistería». Ricky no la culpaba.

—Pero lo de *I’ll never die*, es decir, que nunca moriré, no es cierto —prosiguió Jones—. Es lo que aprendes en Homicidios. Todos podemos morir. A veces, ni siquiera cuesta demasiado.

Hubo otro momento de silencio. El tiempo suficiente para que Ricky notara que se le aceleraba el pulso.

—Le diría «Ya nos veremos, doctor cineasta», pero no creo que volvamos a encontrarnos —dijo Jones.

Después, los dos policías se dieron la vuelta y regresaron a su coche. Ambos hombres lo miraron con dureza antes de tomar asiento.

«En realidad, la muerte de Jimmy no fue ningún accidente —pensó Ricky de golpe—. Simplemente fue considerado como tal. Un poco de justicia aplicada fuera de los cauces oficiales en la Alabama rural. Puede. No puede saberse con seguridad, pero eso parece. Posible. Muy posible».

Pusieron en marcha el motor y el coche salió del aparcamiento quemando neumáticos y lanzando una lluvia de tierra y gravilla en su dirección. El sonido tapó otro ruido. Ricky tardó unos segundos en darse cuenta de que el móvil desechable que llevaba en el bolsillo estaba sonando.

Aguardó un instante. Sabía quién era. Inspiró con fuerza una, dos veces, con el pulso todavía acelerado por su conversación con los dos inspectores. Se esforzó por recobrar la compostura. Recorrió el aparcamiento con la mirada, como si estuviera buscando el lugar donde estaba escondido el hombre que había al otro lado del teléfono, observándolo, por más improbable que fuera.

Se sintió confuso, desorganizado. Débil. Era como si el asesinato succionara la energía de sus músculos.

Se preparó y pulsó el botón de contestar en el móvil.

«Sin preámbulos, como antes. Solo una pregunta elocuente».

—¿Dónde está, doctor?

Tuvo que obligarse a sí mismo a mantener su voz regular, impertérrita.

—¿Para qué quiere saberlo?

Una breve carcajada.

—Creía que estábamos de acuerdo: una muerte violenta es una partida. Y uno tiene que saber siempre dónde están exactamente todas las piezas en el tablero —dijo Jack. Y, tras vacilar un momento, añadió—: Y ahora que lo pienso, también es importante saber no solo dónde están, sino cómo pueden moverse y qué pueden hacer. El caballo solo puede moverse de un modo; el alfil, de otro. Y el rey, el objeto de nuestro juego, bueno, tiene un margen de maniobra limitadísimo.

«Ajedrez. Igual que el señor R.». Esta idea dejó helado a Ricky.

—De modo que se lo repito: ¿dónde está, doctor?

Ricky no tenía forma de saber si Jack ya conocía la respuesta a esta pregunta o no. Ambas cosas eran posibles por el tono de su voz. Pensó que tenía que cambiar inmediatamente la dinámica de la conversación.

—Bueno, ya no estoy en Nueva York.

—Sí.

—Y no estoy en casa.

—Sí. Así pues, ¿dónde está, doctor?

Esta tercera vez que le hacía la pregunta Ricky captó algo de rabia, algo de impaciencia y algo de incerteza.

«Explótalo», pensó.

—Estoy en un lugar donde creo que puedo averiguar quién es usted —contestó.

El silencio que le llegó desde el otro lado del teléfono se prolongó diez segundos. Veinte. Treinta. Casi hasta llegar al punto en que Ricky se preguntó si Jack habría colgado.

—Interesante —dijo por fin el aspirante a asesino.

Solo había frialdad y rabia oculta en su voz.

Ricky no respondió.

—Está en una situación curiosa, doctor.

—¿Curiosa?

—Sí. Si descubre quién soy, alguien muere. Si no logra descubrir quién soy, alguien muere. No es una posición envidiable en la que encontrarse, doctor, aunque estoy seguro de que en su profesión está acostumbrado a circunstancias en las que no hay un resultado que no entrañe peligro. No para todos. Usted. Yo. El abogado y su hermana actriz. O la familia del abogado. Unos niños preciosos. Una esposa preciosa. Una vida preciosa que está a punto de terminar.

—Tiene una idea falsa de lo que es la venganza —aseguró Ricky. Se le había secado la garganta como antes, pero esta vez logró gruñir cada palabra.

—Creo que está equivocado, doctor. Mortalmente equivocado.

Ricky echó un vistazo a su alrededor, observando de nuevo de manera frenética el mundo que se oscurecía a su alrededor. La sensación de que había algo mal, de que algo no cuadraba, casi lo abrumó.

—Jack —dijo despacio, usando el nombre que habían acordado para recalcar la familiaridad, en el mismo tono que habría utilizado para hablar con un paciente al que trataba desde hacía mucho tiempo—. ¿Sabe el peligro al que se arriesga? ¿Por qué cree que soy la única persona dedicada a impedir que lleve a cabo sus planes?

—¿Por qué piensa que no me he planteado esas preguntas? —Una respuesta rápida. Una pregunta por otra.

Ricky permaneció callado, escuchando la respiración de Jack.

Hubo una pausa momentánea. Después Jack volvió a expresarse con una furia apenas contenida:

—Tictac. El reloj va corriendo. La partida casi ha terminado. Disfrute buscando quién soy, doctor. Adelante. Hágalo lo mejor que pueda. Husmee por ahí y pregunte a todo el mundo: «Disculpe, ¿por casualidad no conocerá a Jack?». Pero, en serio, ¿no tiene la terrible sensación de que lo averiguará un segundo o dos demasiado tarde para poder hacer algo con lo que descubra? A la gente le gusta hablar de las veces en que todo pasó justo a tiempo. Nadie recuerda todas aquellas en que fue demasiado tarde.

Ricky volvió a quedarse callado.

A Jack pareció divertirle que no le respondiera.

—Hace calor allí abajo, ¿verdad, doctor?

La llamada se cortó y Ricky notó de repente que tenía el cuello sudado, y que cada gotita era como un dedo que le presionaba la garganta, amenazando con estrangularlo.

17

—Esto no es ningún juego —dijo Ricky en voz alta, como si Jack pudiera oírlo.

«Aunque sí que lo es», pensó.

Tomó una bocanada de aire cálido y húmedo con dificultad.

Las sombras vespertinas procedentes del pantano y del bosque avanzaban sigilosamente a su alrededor, rodeándolo progresivamente como si la oscuridad se estuviera apoderando de él. Pero de momento se quedó donde estaba. Se dio cuenta de que ya no era un psicoterapeuta. Y tampoco era para nada un detective. No era, desde luego, un realizador de documentales. Alzó los ojos hacia la creciente penumbra y se preguntó en qué se había convertido, porque no encontraba una palabra que lo describiera.

Estaba rodeado de amenazas que intentaban engullirlo como arenas movedizas. Amenazas reales. Amenazas posibles. Amenazas imaginarias. Amenazas próximas. Amenazas remotas. Cada vez era más difícil distinguir entre los buenos y los malos, incluido él mismo.

«A lo mejor no los hay en esta historia y nunca los habrá», pensó.

Sabía cuál tenía que ser su próximo paso. No sería hacer las maletas y huir, aunque los dos inspectores y Jack el Destripador del Oso Paddington hubieran hecho que esa razonable opción fuera obvia. Sería otra visita a la historia cercana.

Ricky tuvo suerte: las luces todavía estaban encendidas en el bufete del abogado. Estaba situado en la planta superior de un pequeño edificio de ladrillos rojos en una estrecha y tranquila calle lateral bordeada de árboles. Solo había cuatro negocios en el edificio: un agente inmobiliario y un decorador de interiores en la planta baja, y un contable y un abogado en el primer piso. Los nombres aparecían en una lista en una puerta de cristal. El del abogado era el más destacado:

AUGUSTUS SHARPE, DERECHO PENAL, TESTAMENTOS, FONDOS FIDUCIARIOS, BIENES INMUEBLES Y MULTAS DE TRÁFICO. Ricky pensó que aquella selección abarcaba prácticamente todo lo que un abogado de una ciudad pequeña debía hacer para tener un bonito Buick último modelo, aunque no un Mercedes.

Si había alguien que pudiera conectar a Merlin con la absolución de Jimmy, la venganza y Jack, Ricky imaginaba que debía de ser el hombre que había estado sentado junto al asesino de la canguro y el abogado de postín de Nueva York que trabajaba de oficio.

Subió las escaleras: el edificio estaba en silencio. Abrió la puerta del despacho del abogado y oyó una campanilla que anunciaba su entrada. Entró en una pequeña recepción: una mesa para una secretaria ausente, una estantería con textos jurídicos, un sofá y una mesa con algunas revistas viejas para los clientes que esperaban. Una única lámpara de mesa todavía encendida dejaba gran parte de la habitación a oscuras. Vio una segunda puerta que daba a lo que supuso que sería el despacho principal del abogado.

—¿Señor Sharpe? —llamó en voz alta.

Un breve silencio. Y entonces:

—Estoy aquí —fue la respuesta.

Ricky se dirigió hacia la puerta y la abrió.

Lo único que vio al principio fue el cañón de una escopeta apuntándole directamente.

—Si se mueve, lo mato —dijo el abogado. En tono agudo y asustado.

Estaba agazapado detrás de su escritorio, que usaba a modo de escudo. La frente y los ojos fueron lo único que se asomaba desde detrás de la barrera de grueso roble encerado.

Ricky levantó despacio las manos.

—¡De rodillas, coño! No baje las manos.

El psicoanalista hizo lo que le ordenaban.

—No soy quién usted cree —aseguró.

—Cierre el pico, joder.

—Solo he venido a hablar con usted.

—Que cierre el pico, joder.

«Menuda locura —pensó—. ¿Un abogado de una ciudad pequeña al que nunca he visto, con el que nunca he hablado y con el que ni siquiera me he topado por la calle va a matarme antes de que yo haya dicho apenas una palabra?».

La situación era tan absurda que venció al miedo y le provocó algo de sarcasmo.

—¿Es así como recibe a sus clientes?

—Que cierre el pico.

—¿Son todos en esta ciudad tan cordiales como usted?

—Que cierre el pico. Es mi último aviso.

Ricky decidió que sería prudente callar. El abogado parecía estar temblando, indudablemente nervioso. Era como si el miedo le hubiera puesto una venda en los ojos y un temblor en los dedos, uno de los cuales estaba tenso alrededor del gatillo de la escopeta.

«No mueras por ser sarcástico», se dijo Ricky a sí mismo.

El abogado fijó la mirada más allá del psicoanalista, como si esperase que hubiera alguien detrás de él.

—¿Ha venido solo? —preguntó.

—Sí.

—No me creo ni una puta palabra. Quédese donde está.

—Como usted diga. Es usted quien tiene el arma.

El abogado salió de detrás de su escritorio. Avanzó con dificultad hacia la pared al lado de la puerta principal de su bufete sin dejar de apuntar a Ricky con la escopeta y barriendo después con ella el espacio de la recepción. Actuaba como haría el protagonista masculino de una serie de la tele. Ricky dudó de que el abogado hubiera disparado alguna vez la escopeta. El cañón de acero negro brillaba y la culata reluciente de madera reflejaba la tenue luz. Nueva. Recién comprada. Lo único que le faltaba era la etiqueta con el precio colgando del seguro.

Avanzando con dificultad mientras intentaba controlar a la vez con la mirada a Ricky y el espacio vacío, aunque esto fuera imposible, el abogado se giró hacia la derecha y hacia la izquierda, en busca del cómplice inexistente de su visita. Finalmente cruzó la recepción, se asomó al exterior de la puerta de su bufete para comprobar la escalera y a continuación volvió a apuntar con el arma a la cabeza de Ricky. Se peleó un momento con la cerradura de la puerta del bufete y repitió todos sus pasos a la inversa hasta terminar delante de Ricky, mientras seguía apuntándolo con la escopeta.

—Muy bien —dijo—. ¿Quién coño es usted? Y no me mienta, gilipollas, porque ahora mismo tengo tolerancia cero a las mentiras.

Adelantó el cañón de la escopeta para recalcar sus palabras.

Ricky reflexionó un momento.

—El letrero que tiene en la puerta dice derecho penal, lo que me indica que se mueve como pez en el agua entre toda clase de mentiras —dijo encogiéndose de hombros—. A no ser que solo esté dispuesto a representar a personas casadas con la verdad, algo que dudo mucho. Diría que las mentiras son una parte necesaria de su negocio.

—No se haga el listo. ¿Quién es usted?

Ricky ignoró la pregunta.

—Es probable que el difunto Jimmy Conway le dijese una de esas mentiras. «Yo no maté a la pequeña Julia. No, señor. No fui yo. Fue otra persona». ¿Recuerda esa mentira concreta, señor Sharpe?

—Joder, lo sabía —soltó el abogado—. Todo esto tiene que ver con Jimmy. ¿Quién lo contrató para que viniera aquí a matarme? Mierda, tendría que acabar con usted ya.

Movió el cañón de la escopeta como si se preparara para disparar, aunque Ricky sabía que a aquella distancia no era necesario que el abogado apuntara. Bastaría con que apretara el gatillo. Pero, por extraño que pareciera aquello, cuanto más cerca se encontraba de la muerte, más tranquilo estaba.

—No sería una buena decisión. Un hombre desarmado de rodillas en medio de su despacho con las manos en alto. Usted es abogado defensor. ¿Cuáles supone que serían los cargos? ¿Homicidio involuntario? ¿Asesinato en segundo grado? ¿Asesinato en primer grado? En el estado soberano de Alabama, eso es un delito capital. ¿Cómo llaman en el corredor de la muerte a acabar en la silla eléctrica? ¿Una cita con la Vieja Chispas? Es ahí donde iría a parar.

El abogado se acercó lentamente con la escopeta.

—Defensa propia —aseguró—. Sencillo de argumentar.

—Creo que no. Los médicos forenses demostrarán fácilmente que eso es mentira incluso en una ciudad pequeña como esta. En cualquier caso, ¿tiene alguna arma más que pueda ponerme en la mano para que parezca que tuvo que defenderse? Lo dudo.

El abogado guardó silencio un momento.

—¿Y tiene muchos amigos en el cuerpo de policía local? —prosiguió Ricky, hablando con frialdad—. Esos inspectores a los que avergonzó en el estrado, ¿le parece que se van a creer lo que les diga ahora?

Estas palabras tocaban directamente lo que Ricky imaginaba que era el ego del letrado: «Todos los abogados creen que avergüenzan a la parte contraria». Vio que su interlocutor esbozaba una mueca de rabia. Prosiguió, cada vez con más ímpetu:

—¿Y qué me dice del jurado local? ¿Cree que muchos habitantes de la zona serán benevolentes con el hombre que hizo que Jimmy Conway saliera libre como un pajarillo, pero que está ahora expuesto a una acusación por asesinato? ¿Le parece probable que se crean sus palabras?

«Ahí le he dado», pensó Ricky.

—Conseguiré un cambio de jurisdicción —dijo el abogado con frialdad.

—¿Está seguro de eso?

Vio que el cañón de la escopeta temblaba.

—¿Quién coño es usted?

—Soy el hombre que quiere averiguar cosas sobre su defensa de Jimmy Conway.

—¿Por qué?

—Porque alguien relacionado con ese caso quiere vengarse y necesito saber quién es.

—¿Quién coño es usted? —preguntó el abogado por cuarta vez.

Ricky reflexionó un momento y recordó su conversación con Jack.

—Soy el intérprete —dijo.

18

El abogado estaba sentado, moviéndose incómodo hacia un lado y hacia otro como si lo estuvieran pinchando con una aguja. Había dejado la escopeta sobre la mesa. Mantenía una mano cerca del arma para subrayar que podía alcanzarla cuando quisiera.

—Muy bien, doctor Starks, si ese es su nombre verdadero, aunque lo dudo mucho. No me creo para nada que sea un realizador de documentales de poca monta buscando información sobre la absolución de Jimmy Conway. Así que dígame: ¿a quién representa y por qué coño está aquí, y a qué se refiere cuando dice que es un intérprete?

El abogado era un hombre regordete con forma de pera que no sabría hacer funcionar una cinta de correr ni aunque estuviera subido en una. Era la clase de persona que era la primera en romper a sudar cuando hacía calor y que no necesitaba abrigarse cuando hacía frío. Merlin y él tenían unas figuras casi idénticas, y debían de haber parecido Tararí y Tarará al entrar en el juzgado. Intentaba mantenerse concentrado en Ricky, pero tenía tendencia a mirar al techo cuando pensaba lo que quería decir. Las palabras eran como ladrillos que necesitaba para construir una pared maciza. Ricky vio a un hombre ordenado y cauteloso cuya organizada vida se había ido de repente al garete. Donde esperaba encontrar la seguridad y la autoridad habituales de un abogado, vio un miedo bien oculto por unos localismos que alternaba con jerga legal.

—¿Por qué tiene una escopeta? —preguntó Ricky, ignorando las razonables preguntas del abogado.

—Por seguridad.

—Eso no es ninguna respuesta.

—De acuerdo. Digamos que soy propenso a la ansiedad.

—Eso es un diagnóstico, no una respuesta.

—Puede que haya mucha delincuencia en esta zona al anochecer y que crea que necesito protección cuando trabajo hasta tarde.

Ricky valoró esta última no-respuesta antes de continuar:

—Bueno, ¿quién lo ha amenazado de muerte? —preguntó despacio.

—¿Qué le hace creer eso? —dijo el abogado, revolviéndose en su asiento.

Ricky se limitó a señalar la escopeta.

—Las amenazas de muerte son gajes del oficio de un abogado defensor… —empezó a decir el hombre encogiéndose de hombros.

—Conducir bajo los efectos del alcohol —lo interrumpió Ricky—. Robos. Disputas domésticas que terminan ante los tribunales: «Él dijo. Ella dijo». ¿No es ese su repertorio habitual?

Sharpe frunció el ceño.

—Sí. Eso es cierto. Pero…

—Pero una vez llevó un destacado caso capital —volvió a interrumpirlo Ricky.

Sharpe siguió retorciéndose.

—Sí, así fue. Y con éxito. Muchas veces la gente detesta ver cómo un hombre culpable se va de rositas. Quieren culpar a alguien y, en esta ocasión, ese alguien es un servidor. Normalmente esta clase de amenazas solo las hacen tipos enojados que han bebido demasiado en el bar y fanfarronean ante quienes quieran escucharlos diciendo un montón de tonterías que no tienen ninguna intención real de llevar a cabo. Nada más que eso.

—¿Esta vez es distinto?

—Yo no he dicho eso —respondió el abogado.

—Sí que lo ha dicho —replicó Ricky.

Sharpe, casi ausente, recorrió con un dedo el cañón de la escopeta. Después se inclinó hacia delante y miró directamente a Ricky a los ojos.

—No vamos a seguir con esta conversación hasta que sepa exactamente por qué ha venido.

Ricky reflexionó un momento antes de hablar:

—Había tres personas en aquella mesa: usted, el acusado y el abogado de Nueva York…

—Sí, Mark Thomas. Un tipo muy bueno. Su contribución fue decisiva en muchos sentidos. Un abogado excelente. No era nada petulante solo por ser de Nueva York, ¿sabe? Vino aquí y se dedicó por completo al caso. Nos designó el tribunal. Resultó que Jimmy no tenía donde caerse muerto. Y como yo no tenía demasiada experiencia en un caso con pena capital, el tribunal aceptó una recomendación de una lista de bufetes que hacen trabajo de oficio. Esperaba que apareciera algún pez gordo de la gran ciudad, de esos que no aceptan que intentes corregirlos. Pero Mark fue un buen compañero desde el principio. Me sentí orgulloso de sentarme a su lado…

—Un mago del derecho… —soltó Ricky. En su interior prefería «Merlin» al nombre verdadero del abogado. Y nada de lo que había visto sugería que Merlin fuera para nada un buen compañero.

—Es una buena forma de describir sus habilidades —dijo Augustus Sharpe—. Pero yo también soy bastante experto, modestia aparte.

—¿Un caso complicado?

—No era el más sencillo del mundo. Teníamos algunas cosas a favor, como la ausencia de una confesión; otras que no eran tan fáciles, como que la víctima fuera una niña y que nuestro cliente tuviese el aspecto exacto de alguien que acababa de matar a una chiquilla inocente… pero ¿por qué me lo pregunta?

—El buen compañero con el que en su día compartió la defensa de este caso también ha recibido amenazas. Y su defendido está muerto. ¿Cree que de verdad se trató de un accidente? Y usted me ha recibido con una escopeta. ¿Ve el patrón, señor Sharpe?

Como psicoanalista, Ricky rara vez se dedicaba a repreguntar. Pero esta vez aquello le hizo sentir bien.

El abogado se siguió balanceando incómodo.

—¿Han amenazado a Mark? Eso no me lo esperaba. Quiero decir que es alguien de fuera de la ciudad. Me imaginaba que este asunto era meramente local.

—¿Para quién era esta escopeta, señor Sharpe?

—¿Qué clase de amenaza ha recibido Mark?

—¿Quién esperaba que entrara por esa puerta?

—¿Está Mark a salvo? ¿Qué está haciendo para mantenerse…?

—He venido hasta aquí para mantenerlo a salvo —respondió enseguida Ricky. Y, antes de que el abogado pudiera reaccionar, preguntó por tercera vez—: ¿A quién esperaba matar esta noche, señor Sharpe?

El abogado dejó de removerse y se encogió de hombros, nervioso.

—No lo sé —dijo—. Por lo menos, no con exactitud. Digamos simplemente que si bien puede que sea propenso a la ansiedad, como ya le he dicho, lo que no soy es propenso a los accidentes, y mi amigo del calibre doce me ayuda a seguir así.

Miró con recelo a Ricky. Alargó la mano hacia un teléfono que estaba en la mesa, lo descolgó y marcó varios números. Titubeó antes de pulsar el último.

—Estoy llamando al letrado de Nueva York con quien compartí la defensa; ¿me confirmará quién es usted y por qué diantres está aquí haciendo todas estas preguntas?

—Por supuesto —aseguró Ricky—. Él me envió aquí. —Era otra verdad a medias. No quería que Sharpe pulsara esa última tecla hasta que hubieran

terminado de hablar. Imaginaba que el abogado haría la llamada cuando él se hubiera ido, pero se estaba haciendo tarde y era muy probable que no pudiera ponerse en contacto con Merlin hasta el día siguiente. Era una apuesta que se había visto obligado a hacer, así que se encogió de hombros de forma muy exagerada—. Pero cuando se entere de que usted también ha recibido amenazas, podría asustarse. O podría esconderse. Algo que me dificultaría mucho el trabajo. Pero, básicamente, empezará a hacer las mismas preguntas que yo.

El abogado volvió a colgar el teléfono.

—¿Por qué no me llamó y me dijo que usted venía hacia aquí?

—¿Cree que sería prudente en este tipo de situación? —Ricky respondió a su pregunta con otra pregunta formulada en tono sabihondo, con lo que pasó a dominar eficazmente esta línea de interrogatorio.

—¿Qué clase de doctor es usted?

Ricky adoptó su mirada más dura.

—No soy la clase de doctor al que le pediría hora —sentenció.

Le pareció que estaba interpretando bien su papel. Daba la impresión de ser una especie de «doctor en asesinato a sueldo», aunque la realidad fuera «psicoanalista». De todos modos, sabía que su respuesta no era una absoluta mentira. Augustus Sharpe no parecía la clase de persona que fuera a ir nunca a terapia y tampoco era la clase de abogado que tuviese demasiada experiencia con asesinos a sueldo aparte de las versiones hollywoodienses que había visto en la televisión.

El abogado pareció reflexionar. Un minuto. Dos. Ricky se sumó al silencio que llenaba la habitación.

—La amenaza que recibió, háble me de ella.

—¿Y la de Mark?

—Le llegó en un CD. Muy elaborada.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Puede darme más detalles?

—No —dijo Ricky negando con la cabeza—. No estoy autorizado para hacerlo. Por lo de la confidencialidad y tal.

«Una bonita mentira», pensó.

Esto pareció tener sentido para el abogado.

—La mía fue directa al grano. —Sharpe se agachó y abrió un cajón del escritorio. Sacó de él un sobre de papel manila, que empujó por el tablero de la mesa hacia Ricky—. Tenga. Lo he guardado. Dígame qué le parece.

Ricky abrió lentamente el sobre. Sentía el veneno en las manos.

Era una colección de papeles sueltos.

El primero era una hoja blanca de tamaño carta con el siguiente texto impreso en ella:

30-3-06 a las 11:06
El Pueblo contra Augustus Sharpe
Cargo: Asesinato en primer grado

—¿Qué…? —empezó a decir Ricky.

—Es la fecha y la hora exactas —lo interrumpió el abogado— en que se leyó el veredicto de no culpabilidad de Jimmy Conway en audiencia pública y en que su absolución fue registrada por el secretario en las actas del juicio.

Ricky asintió. Dejó a un lado esa hoja y miró la siguiente. En la parte superior rezaba:

Votación oficial del jurado del estado de Alabama

Abajo había una línea:

Jurado núm. 1

Y debajo de ella había dos casillas:

El acusado en el caso (vacío) es:
CULPABLE
NO CULPABLE

La casilla correspondiente a «Culpable» contenía una gran X en negrita.

Ricky miró la siguiente hoja. Era igual, salvo que estaba dedicada al Jurado núm. 2. Había doce papeles, todos ellos con votos de culpabilidad que daban un veredicto unánime.

Alzó otra vez la mirada hacia Sharpe.

—En nuestro estado no existe ningún documento de votación oficial de jurado —dijo este—. Es muy hábil. El mensaje te llega rápidamente.

Ricky los dejó a un lado. Quedaba una última página dentro del sobre y la sacó. Como todas las demás, era una simple hoja de papel que incluía lo siguiente:

Código de Alabama, título 13 A.

—Es la ley que rige la pena de muerte en el estado de Alabama. Relaciona elementos destacados, como los factores agravantes y atenuantes que deben considerar los miembros del jurado en un caso con pena capital e incluye las indicaciones del juez. Es decir, lo que tiene que comentarles antes de que empiecen a deliberar todas las cosas que suelen ignorar —dijo Sharpe con bastante cinismo—. En nuestro estado nos gusta mucho llevar a la gente al corredor de la muerte.

Ricky se quedó mirando la página un momento.

—Bastante evidente —dijo el abogado—, ¿no le parece, señor Intérprete? Diría que alguien me ha llevado a juicio, me ha encontrado culpable y me ha condenado a pena de muerte.

—¿Cómo le llegó esto?

—Me lo pasaron por debajo de la puerta una noche. La secretaria lo encontró por la mañana. Exsecretaria, debería decir. O, mejor, secretaria nueva que se convirtió en exsecretaria un par de minutos después de ver esto y la escopeta que salí a comprarme de inmediato. Solo llevaba unos días en su puesto y presentó su dimisión en el acto. Y, además, era guapa. La secretaria más bonita que he tenido en mi vida. Desde entonces, bueno, he tenido un poco los nervios de punta y no he contratado a ninguna otra joven. Es difícil encontrar a alguien dispuesto a sentarse entre tu persona y quienquiera que vaya a entrar por esa puerta con una ametralladora en la mano. O una escopeta. O una pistola. Y por una paga semanal de menos de seiscientos dólares. No es mucho, dadas las exigencias del trabajo.

Augustus Sharpe hizo girar su silla. A Ricky le vino a la cabeza *La gata sobre el tejado de zinc*, de Tennessee Williams.

—Así que yo soy culpable. Jimmy está muerto. ¿Y qué hay de Mark? —prosiguió Sharpe.

—¿Tiene usted familia, señor Sharpe?

—No, señor. Soy soltero de toda la vida. Y me gusta que sea así. He sido una persona solitaria desde que era joven. Pero Mark tiene familia. Durante los escasos minutos que no dedicábamos a trabajar en el caso de Jimmy solía decir que los echaba muchísimo de menos. ¿Están…? —El abogado no terminó la pregunta.

—¿… En peligro? —Ricky la acabó por él—. Sí.

—Mierda. Eso no está bien. Entonces quiero ayudar en lo que pueda.

—Estupendo —dijo Ricky—. ¿Cree que alguien más ha recibido amenazas de muerte por el hecho de que Jimmy Conway quedara libre?

—¿Como quién?

—El juez. ¿Tal vez los miembros del jurado que lo absolvió? ¿Los policías o los fiscales que la cagaron en el caso? Venga, señor Sharpe, ¿alguien más?

—No, creo que no.

—Pero no lo sabe.

—Exacto. No lo sé. Pero si alguien estuviera en peligro, bueno, creo que me habría enterado.

—¿Qué me dice de la familia de Jimmy? ¿Han recibido ellos amenazas?

—No. Y, de todas maneras, ¿a quién amenazarían? ¿A su exmujer, que cogió a los niños y se marchó de aquí? Supongo que si fuera alguien realmente enfermo con verdaderas intenciones de aplicar lo del ojo por ojo, podría tener como objetivo a esos pequeños. Pero me parece ir demasiado lejos. Y ningún otro familiar de Jimmy tuvo nada que ver con el crimen o el juicio.

«Tengo que encontrar a la exmujer y a sus hijos», se dijo Ricky.

—Válgame Dios —exclamó el abogado negando con la cabeza—. Pensaba que solo era yo. Y Jimmy, claro. No creo que cargárselo fuera demasiado difícil. Le gustaba conducir borracho a toda pastilla por esas carreteras secundarias a muy altas horas de la noche, ya me entiende. Toda una invitación para alguien con malas intenciones. —Pareció analizar la situación—. Lo cierto es que una vez que lograron liquidar a Jimmy (da lo mismo si fue un accidente o algo deliberado, ¿qué diferencia hay?), cabría pensar que darían el asunto por zanjado. Julia está muerta y ahora Jimmy también. Hasta su casa, el lugar donde Julia hizo de canguro, está cerrada, atrancada con tablas y a la venta, aunque no es probable que nadie la compre. Por lo menos, nadie que sea de por aquí y conozca toda la historia. Así que todo terminó. Entonces ¿por qué van a por los abogados? ¿Qué sentido tiene? Coño, solo hacíamos nuestro trabajo, igual que cualquier otro letrado en cualquier juzgado de cualquier lugar de Estados Unidos.

Ricky no tenía respuestas a su pregunta. Señaló los papeles.

—¿Ha llamado a la policía?

—No estoy totalmente seguro de que no fueran ellos quienes me lo enviaron. —Agitó uno de los papeles de la votación oficial del jurado en el aire—. Aunque admito que parece un poco más sofisticado de lo que uno esperaría de los miembros de nuestro cuerpo local de policía. «Torpe» es la

palabra que le viene a uno a la cabeza cuando piensa en ellos. En lo que a amenazas se refiere, esta parece algo más elaborada que si fuera obra suya.

Ricky creyó que aquello era verdad.

—Entonces ¿quién podría tener este nivel de sofisticación, querer vengarse por lo que Jimmy hizo y que usted sufra mientras aguarda a que le suceda algo? —preguntó.

—Bueno, señor —dijo lentamente el abogado, como si le costara pronunciar cada palabra—. ¿No es esa la pregunta del millón de dólares?

Se inclinó hacia delante y abrió otro cajón del escritorio.

Mientras lo hacía, Ricky dijo:

—Oso Paddington.

El abogado, que tenía otro papel en la mano, lo miró socarronamente.

—¿Qué ha sido eso, señor Intérprete?

—Oso Paddington. ¿Significa algo para usted?

—¿Es alguna clase especial de animal? —preguntó el abogado con el ceño fruncido—. No tenemos osos en esta parte del estado.

—Olvídelo —pidió Ricky.

—He hecho una lista —prosiguió Sharpe—. No es larga. Me ha preguntado antes a quién creía que iba a matar esta noche. Pues bien, me parece que podría haber sido a una de las personas esperables, como el abuelo y los dos primos de Julia, ambos con antecedentes policiales. Y también he incluido los nombres de un par de inspectores. El padre de Julia murió hace tiempo, pero su tío, que por lo me han contado es un tipo duro, acudió todos los días al juzgado y no parecía demasiado contento con lo que estaba pasando. Después, hay un par de personas que no eran tan allegadas a la familia, pero que se interesaron mucho por el asesinato de Julia. Una profesora de sociología de la universidad que era miembro destacado de una organización para el empoderamiento de la mujer, Recuperemos la Noche, una especie de grupo antiviolación, aunque no sé muy bien quién puede ser proviolación. Enviaban a alguien a seguir el juicio todos los días. Esa mujer organizó además a algunos de sus alumnos para que aparecieran con pancartas delante del juzgado, ya sabe, en lo que se habría considerado una manifestación si más gente le hubiera prestado atención. Quise añadir también a un par de personas de la iglesia de Julia; sus nombres están ahí. Esos buenos cristianos no nos dijeron ninguna palabra caritativa a Mark o a mí en ningún momento; no, señor. El profesor de Julia también vino al juzgado. Se le veía enfadado y decepcionado. El problema es, señor Intérprete, que si empieza a

buscar a posibles asesinos, hay muchísima gente cabreada, pero ¿están dispuestos a ir un paso más allá?

Ricky no dijo nada. Dio vueltas a estas palabras en su cabeza: «Un paso más allá».

—Trece nombres —continuó Sharpe. Empujó la lista hacia Ricky—. Quédesela —dijo—. Pero que conste que no le estoy preguntando cuáles son sus intenciones con ella.

«Bueno —pensó Ricky—, eso le permite negarlo de algún modo si alguien se lo pregunta. Como la policía. O el FBI. Es una precaución típica de un abogado».

—¿Quién de esta lista…? —empezó a decir Ricky, pero esta vez el abogado lo interrumpió.

—… No, señor. No hay ninguno por el que me decante por encima de los demás. Simplemente imaginé que el que se presentara en mi despacho o en mi casa una noche sería el correcto. Supongo que podríamos llamarlo «proceso de eliminación», porque quedarían eliminados muy deprisa con el calibre doce. —Se recostó en su asiento—. Era broma, señor Intérprete. Y pienso que con esto nuestra conversación podría darse por acabada.

Ricky ignoró este último comentario.

—Durante el juicio, o en los momentos previas o posteriores, ¿hubo algo que…?

—No, señor. Nada fuera de lo normal. La gente no nos hablaba demasiado. Te parabas a tomar café en la cafetería local y puede que la chica que te servía no se molestara en decirte el habitual «buenos días» o «¿cómo está?». Pero eso es de lo más normal cuando estás en mitad de un juicio por asesinato, ¿sabe? Nosotros íbamos a lo nuestro. Tomábamos declaraciones. Presentábamos mociones. Repreguntábamos a testigos. Pero diría que la mitad de la gente de por aquí se obsesionó con los detalles, se aferró a cada uno de ellos y no quería tener nada que ver con algo que estuviera relacionado con este asunto. Así son las cosas.

Ricky pensó un momento. Miró la pared situada detrás del abogado, donde había una hilera de archivadores.

—Su excompañero me dio algunos documentos relacionados con el caso: informes de la autopsia, archivos policiales…

—Debe de tratarse de lo que nos dieron durante la presentación de pruebas a la defensa. La fiscalía tiene que informar de todas las pruebas de las que dispone.

—Me pregunto si habría algo que él no tuviera…

Augustus Sharpe pareció reflexionar un momento.

—Creo que Mark se llevó una copia de todo… —Se detuvo e hizo una ligera mueca, frunciendo los labios—. Bueno, no —prosiguió—. Eso no es del todo cierto. Yo me encargué de todas las fotografías relacionadas con el caso. Y no creo que Mark se llevara con él ninguna de ellas. ¿Por qué iba a hacerlo, no?

—¿Fotos?

—Sí. La policía tomó fotografías de todo. De cada etapa del camino. De cuando encontraron el cadáver. De cuando registraron la casa de Jimmy. De todo. Nos lo entregaron todo. Buscaban lo que fuera para relacionar a Jimmy con el asesinato. Pero, por supuesto, cuando llegaron a hacerlo…

No tuvo que añadir «ya era demasiado tarde».

Augustus Sharpe hizo girar la silla y se desplazó con ella hacia uno de los archivadores. Lo abrió y, en unos segundos, sacó una gran carpeta acordeón de color marrón.

—Si quiere ver las fotografías, aquí las tiene.

La gruesa carpeta, llena hasta los topes, estaba sujeta con una goma elástica para evitar que el contenido se saliera. Ricky la abrió y echó un vistazo. Vio que las fotografías estaban ordenada en cuatro apartados: «Fotos de la autopsia», «Fotos de la escena del crimen», «Fotos de las pruebas» y «Fotos del registro domiciliario». Se saltó el apartado de la autopsia. Ya había visto suficientes cadáveres en la facultad de Medicina hacía años. No le había gustado entonces e imaginaba que tampoco le gustaría ahora. Repasó el apartado de la escena del crimen: eran fotografías tomadas en el pantano. Primeros planos de huellas en el fango. Observó que había imágenes de la caña de pescar que había usado el *boyscout*, y hasta unas cuantas instantáneas subacuáticas que había tomado un buzo en el lugar donde se había encontrado el cadáver de Julia. Pudo distinguir la silueta de la niña a través de las turbias y oscuras aguas. La selección de pruebas era escasa, pero contenía fotografías de Jimmy Conway tomadas en la comisaría de policía, incluidas algunas de espaldas y de frente sin camisa. Era delgado, enjuto, sin pelo en el pecho y con un burdo tatuaje de la bandera confederada en un brazo. Había primeros planos de esto último. Augustus Sharpe debió de fijarse en que Ricky contemplaba con atención esta fotografía en concreto porque soltó:

—Creo que hace cincuenta años el viejo Jimmy habría sido del Ku Klux Klan.

Ricky asintió. Supuso que esas imágenes semidesnudo eran para mostrar que la policía no lo había golpeado. El último grupo era el de las imágenes del

registro. Por lo menos cincuenta fotografías brillantes en color de 20 × 25 llenaban esa entrada.

—No hay gran cosa, aunque usaron mucha película. O lo habrían hecho, ahora todo es digital —comentó Sharpe.

Ricky empezó a hojearlas despacio. Había tres imágenes de la funda de cuchillo vacía que encontró la policía.

—Hasta tomaron algunas fotos de la habitación donde dormían los hijos de Jimmy. Después de todo, Julia era su canguro y es probable que hubiera acostado a los niños esa noche antes de que Jimmy llegara a casa.

Ricky las vio: «Una típica habitación infantil, llena de juguetes. Juegos. Pósteres de vivos colores en las paredes. Camas gemelas sin hacer con sábanas con motivos de *Buscando a Nemo* y *La guerra de las galaxias*. En general, cierto desorden».

Había una pequeña mesa de madera en un rincón.

En ella estaba amontonado de cualquier modo un puñado de libros.

El que estaba encima tenía una sobrecubierta azul pálido.

Una imagen inconfundible, reconocible al instante:

Un oso marrón. Con una enorme sonrisa.

Una gabardina azul.

Un sombrero amarillo.

Una destartalada maleta marrón.

Una etiqueta escrita a mano colgada del asa: «Cuiden de este oso, por favor».

Ricky estuvo a punto de decir: «Hola, Paddington».

Pero decidió guardárselo para sí mismo.

19

«Encuentra al Oso Paddington. Encuentra a Jack», pensó Ricky.

Este se marchó del bufete del abogado convencido de que la identidad del aspirante a asesino estaba estrechamente relacionada con el libro infantil. Si este había cometido un error, y la palabra que asolaba sus pensamientos era «si», porque no alcanzaba a ver ningún otro, había sido cuando había cogido aquel animal de peluche de la cama de la hija de Merlin y lo había destrozado con un cuchillo. Una rabia apenas controlada. Era lo más cerca que había estado Jack de una repentina ira psicótica.

El oso significó algo importante para él cuando lo vio en la cama —reflexionó—. Desencadenó una reacción que desentonaba con su planificación. Tachar las caras con una cruz y romper el cristal era una forma previsible de sembrar el miedo. Hasta a mí se le habría ocurrido hacer eso. Pero atacar al oso… aquello fue diferente.

La cuestión del «si» que dominaba los pensamientos de Ricky señalaba una única respuesta: «Jack no reaccionó como alguien que ha cometido un error revelador cuando le dije alegremente el nombre con el que le he bautizado. Le hizo gracia».

Esa reacción no encajaba del todo. Contradecía con claridad la rabia que Ricky había visto al hundirse aquel cuchillo en la parte central del oso de peluche.

—¿Por qué? —se preguntó Ricky a sí mismo en un susurro.

Sabía que tenía que encontrar esa respuesta. En su profesión, «por qué» solía traducirse como «quién». Su mayor miedo era obtener la respuesta al mismo tiempo que averiguara la identidad de Jack, lo que sería demasiado tarde. Exactamente tal como Jack había pronosticado.

Otra cosa le ponía los nervios de punta: «El libro no estaba en el lugar correcto».

—Paddington debería haber estado en la habitación de Julia. —Pronunció la palabra «debería» más alto que las demás, de modo que resonó en el interior del coche—. Pero no era así. Estaba en la habitación de los hijos de Jimmy. ¿Cómo llegó hasta allí? ¿Y quién lo sabía?

Más preguntas. Que precisaban más respuestas.

La superficie de la carretera se extendía ante él sin final a la vista, desapareciendo en la mezcla semirrural de luces aleatorias, extensiones de

tierra de cultivo verde y un inquieto y oscuro bosque frondoso. Miró por el parabrisas en busca del Friendly Shores. Sabía que no debía de estar a más de kilómetro y medio de distancia.

Ricky también era consciente de otra cosa: no tenía demasiado tiempo.

Un abogado llamaría al otro, que a su vez llamaría a su hermano, el asesino, que llamaría a su hermana, la actriz, y todos ellos se preguntarían: «¿Qué está haciendo Ricky en Alabama cuando dijo que iba a Pennsylvania?».

Y lo que era más importante: «¿Por qué nos ha mentido?».

Se recostó en el asiento sujetando con fuerza el volante. La discrepancia entre lo que era cierto y lo que era falso no le parecía suficiente para que el señor R le disparara de inmediato. Estaría enfadado, pero no homicida. O al menos más homicida de lo habitual.

«Una mentira no va a matarme», esperó.

Estaba sumido en un mar de contradicciones. Cada una de ellas era como otra pieza de un puzle. En el asiento del copiloto estaba la lista del abogado:

«Trece nombres. A lo mejor los asesina a todos».

Ricky se sentía como un matemático enfrentándose a un problema complejo, consciente de que en algún conjunto de raíces cuadradas, cosenos, parámetros y factores tenía que haber una solución que no dejaba de eludirle.

«Jack me había preguntado: "¿Quién es usted?". Me estoy convirtiendo en el facilitador de la muerte», pensó.

Vio el letrero reluciente del motel y entró en el aparcamiento. Recogió la lista de nombres que le había dado Augustus Sharpe, pero al principio le pareció desenfocada bajo la luz difusa. Sabía que podía entregar aquella lista al señor R y decirle: «Aquí tienes. Jack está en esta lista. Mi deuda, si es que alguna vez la hubo, se encuentra totalmente saldada. Estamos todos en paz. No quiero volver a veros, ni a ti ni a tus hermanos, nunca más».

El exterior del coche estaba en penumbra. Solo rasgaban la negra y húmeda noche el letrero rojo de neón del motel que indicaba habitaciones libres y algún par de faros que pasaban de vez en cuando por la carretera.

Ricky miró fuera, pensando que había sombras por doquier. El calor aumentaba rápidamente en el interior del coche, pero siguió sin moverse de detrás del volante.

«La venganza puede ser tan densa y negra como el aire de aquí fuera. Puede ocultarse en la oscuridad», pensó.

Su imaginación bullía de relaciones, todas ellas surgidas de un trayecto en coche de vuelta a casa una noche después de hacer de canguro. Un breve

trayecto de la rutina al terror: «Julia y Jimmy».

Sujetó la lista del abogado para repasar unos nombres que apenas lograba distinguir en medio de la penumbra. Personas afectadas por el asesinato de la pequeña Julia y la absolución del hombre que la había matado. Una rabia infinita. Una tristeza incesante. Años de depresión, como una herida que nunca sana. Habrá fracaso y furia; exageraciones del tipo «me gustaría tenerlo en mis manos cinco minutos». Pero todo eso no conducirá a nada.

«El silencioso será Jack», pensó.

Empezó a dominarlo la duda.

Finalmente salió del su coche de alquiler y se sumió en la oscuridad sacudiendo la cabeza para intentar dejar la mente en blanco, como si hacer borrón y cuenta nueva fuera a ayudarlo. Se preguntó cómo alguien podía respirar el denso aire nocturno de Alabama. Si podía decirse que la noche de Miami era aterciopelada, esta resultaba abrasadora. Se dirigió despacio hacia su habitación: su paso contradecía la velocidad de sus pensamientos. El Friendly Shores no era un lugar muy complejo: una hilera larga y estrecha de unas veinte habitaciones reunidas bajo una marquesina metálica en una sola planta. La única comodidad que podía reivindicar era la limpieza. Ricky ocupaba la habitación 107; se detuvo ante la delgada puerta de madera prensada y se dio cuenta de que había una luz exterior en cada puerta del motel. La suya estaba fundida. Dio un paso atrás y echó un vistazo a las demás habitaciones. Solo había un par de coches más estacionados frente a los cuartos individuales. Observó que en el extremo del pasillo había una o dos luces exteriores apagadas, así que no era nada fuera de lo normal que la suya estuviera fundida. Escuchó atentamente un momento. El zumbido de los insectos nocturnos y el canto de las cigarras se mezclaban con los sonidos distantes de la carretera. Sacó la llave de su habitación, abrió la puerta y alargó la mano hacia un interruptor situado en la pared contigua.

Encendió la luz.

La habitación estaba en total desorden.

Su primera reacción fue retroceder como si le hubieran dado un empujón en el pecho.

Se quedó en el umbral observando el desastre.

Se volvió a un lado y a otro, como si pudiera ver a la persona que había registrado su habitación. Pero la vista del Friendly Shores estaba vacía y los habituales ruidos nocturnos habían quedado en silencio.

Aguardó un momento, dejando que la impresión se disipara y la sorpresa remitiera. Le costó recobrar la compostura pero, al final, lo hizo y se recordó

a sí mismo: «Lo que ves es un retrato».

Ricky entró en la habitación, valorando con cuidado cada detalle. En primer lugar, echó un vistazo a la endeble cerradura de la puerta. No vio indicios de que alguien la hubiera forzado. Eso le dijo algo. Después empezó a mirarlo todo.

La cama estaba deshecha y torcida.

Alguien comprobó si había escondido algo debajo del colchón, pensó.

Los cajones de la barata cómoda estaban fuera de su sitio.

Aquí también buscaban algo escondido. Tal vez pegado con cinta adhesiva bajo un cajón, se dijo a sí mismo.

Todos los muebles habían sido separados de la pared.

«Así que pensaban que había dejado algo escondido. No ha habido suerte».

Sus escasas prendas de vestir estaban esparcidas por la habitación.

El teléfono de la mesilla de noche estaba en el suelo.

Ricky empezó a poner bien las sábanas. Recogió su ropa y volvió a guardarla en los cajones de la cómoda. No tardó demasiado en volver a dejar la habitación en un orden aceptable.

«¿Qué estaban buscando?».

Se dio cuenta de que aquella era una pregunta contradictoria. ¿Lo estaban buscando a él? ¿O tal vez buscaban drogas o un arma, y se trataba simplemente de un robo rutinario en un lugar al margen de la civilización que seguramente había sido escenario de varios allanamientos en el pasado? Empezó a repasar mentalmente qué podía haber visto o no la persona que había entrado en su habitación: ¿un billete de avión arrugado y tirado en una papelera?

«No. Era de Atlanta a Nueva Orleans. No decía demasiado».

¿El contrato de alquiler del coche con el número del carnet de conducir y la tarjeta de crédito?

«No. Eso estaba en la guantera del coche».

¿La factura del hotel de Nueva York?

«No. Eso estaba con todos los documentos que Merlin me dio, y los llevaba conmigo en el coche».

Siguió recorriendo la diminuta habitación, haciéndose preguntas y respondiéndose. Al entrar en el angosto cuarto de baño, casi se había convencido de que aquel desorden era solamente consecuencia de haber alquilado una habitación en un motel ubicado en un ambiente algo cuestionable.

—Mierda —dijo en voz alta.

Habían vaciado su neceser en el lavabo. Había una colección inocente de objetos: Tylenol PM sin receta, cepillo y pasta de dientes, navaja y crema de afeitar, hilo dental, hilo y aguja, cortaúñas. Recogió el neceser y empezó a guardar cada cosa.

—Mierda —repitió. Esta vez más alto.

Faltaba una cosa:

Un frasquito de plástico con unas pastillas para la alergia.

Era un objeto habitual para alguien procedente de Miami. En Florida abundan distintos tipos de polen en diversas épocas del año, y el goteo nasal, los estornudos y la irritación ocular son algo bastante corriente para cualquiera que viva allí.

Ricky no estaba congestionado.

Y el medicamento no le serviría a nadie para colocarse por más que lo triturara, lo esnifara, lo disolviera en agua, lo calentara y se lo inyectara en las venas, o se liara un cigarrillo con él y se lo fumara.

Ese no era el problema.

El problema era que la etiqueta que llevaba el frasquito de plástico incluía su nombre, la dirección de su casa y el número de la receta. Con este último verían que se había recetado el medicamento a sí mismo. No sabía qué haría con la información la persona que se había llevado el frasco pero, en aquel momento, alguien sabía dónde vivía, a qué se dedicaba, quién era y sobre qué había estado mintiendo. Todo gracias a una sola etiqueta.

—Mierda —dijo por tercera vez.

Pero la palabra no captaba la profundidad de su repentino malestar. Notó que las sensaciones le recorrían todo el cuerpo como si le aplicaran impulsos eléctricos en el lado izquierdo y en el derecho, arriba y abajo y, finalmente, por todas partes. Se miró en el espejo del baño. Imaginó que podía ver la vulnerabilidad en las arrugas de su rostro. Se frotó la mejilla, como si pudiera sustituirla por determinación.

A continuación recogió los demás artículos del lavabo y los guardó de nuevo en el neceser de piel. Abrió el grifo de agua fría y se echó un poco en la cara. Eso lo ayudó.

Algo. Pero no mucho.

20

El recepcionista de las patillas alzó la mirada desde detrás del mostrador cuando Ricky entró en el motel.

—Hola, señor Documentalista, ¿cómo van sus pesquisas?

Había algo de nerviosismo en su saludo. La pregunta que le hacía la formulaba para desviar lo que fuera que esperase, es decir que le gritara, lo amenazara o lo intimidara. Algo que era consecuencia del desorden de su habitación; el recepcionista del Friendly Shores sabía perfectamente lo que había sucedido pero no quería que su cliente se diera cuenta de ello. Ricky se armó de valor y pensó en cuál debía ser su respuesta.

Dejó que la duda surgiera entre ambos.

—Muy bien —respondió Ricky—. Una historia de lo más fascinante. Parece despertar muchas emociones en la gente, tal como usted me dijo. Un auténtico avispero.

—¿De veras?

—Ya lo creo. Desata muchas pasiones.

—Estoy de acuerdo —dijo el recepcionista asintiendo con la cabeza.

Ricky bajó la voz y le confirió un matiz cortante.

—Tantas pasiones que alguien decidió que sería mejor echar un vistazo a mi habitación.

El recepcionista se removió nervioso. Ricky reconoció el lenguaje corporal: «Sabe que tiene que mentir; solo que no está seguro de que este sea el momento oportuno».

—Perdone, ¿cómo dice?

—Alguien ha estado investigando un poco entre mis cosas.

El recepcionista adoptó al instante una expresión dolida, comprensiva. Aunque no le salió nada bien.

—Caramba, eso es horrible. Horrible. Nos gusta que nuestras instalaciones sean seguras. Nuestro público son familias, ya sabe.

—¿En serio? ¿Familias? ¿Cuándo fue la última vez que una familia se hospedó aquí?

El recepcionista se encogió de hombros y sonrió, como si la idea de que una familia se alojara en el Friendly Shores fuera graciosa.

—Supongo que ya había tenido algunos robos con allanamiento antes —comentó Ricky.

—De vez en cuando. Tomamos algunas medidas para reducir la probabilidad —contestó el recepcionista. Alargó la mano hacia debajo del mostrador y sacó una pistola de acero negro de nueve milímetros. La dejó lentamente en su lugar y preguntó—: ¿Le han robado algo?

A Ricky le hubiera gustado responder: «Un millón de dólares en efectivo, dos kilos de heroína pura y una ametralladora automática Uzi». Pero no lo hizo.

—No, en apariencia se han ido con las manos vacías —dijo en cambio. No iba a mencionar nada del frasco de pastillas ni de la información que contenía.

—¿Quiere que llame a la policía? —preguntó el recepcionista haciendo a la vez un gesto de la cabeza—. Vendrán enseguida y podrá presentar una denuncia por robo aunque no se hayan llevado nada.

—¿Eso no le causará problemas aquí, en el Friendly Shores?

—Sí, supongo que sí.

—Bueno, no me gustaría que pasara eso… —aseguró Ricky, en actitud conciliadora.

El recepcionista pareció aliviado.

—… Así que ¿por qué no me dice a quién le dio la llave maestra? —soltó una vez más con una repentina frialdad.

—¿La llave maestra?

—Sí, la llave que abre todas las puertas. Seguramente la persona que hace la limpieza viene cada día y la coge de detrás del mostrador antes de empezar a trabajar. Después, una vez que las habitaciones están limpias, la devuelve a su sitio.

Ricky vio que había dado en el clavo. El recepcionista no era tan buen actor como él, ni mucho menos.

—Yo no… —empezó a decir.

Ricky levantó una mano.

—No me mienta. Es insultante para mí y le hace quedar mal a usted. Claro que se la daría a alguien. Solo tenía que venir a pedirla la persona adecuada, ¿me equivoco?

El recepcionista cerró la boca.

—A ver —prosiguió Ricky—, ¿quién podría ser? La clase de persona que pide algo, como esa llave maestra, y a quien se lo dan sin hacerle ninguna pregunta. —Era una pregunta retórica. Sabía exactamente con quién cooperaría el recepcionista, puede que a regañadientes, pero aun así lo haría —. Es decir, dos personas. Con un bonito sedán normal y corriente último

modelo, la clase de vehículo que nunca llama la atención, a no ser que busques el vehículo que no destaca. Es la clase de coche que asignan a cada pareja de servicio por la mañana, ¿verdad? Y ambos sabemos que ese es el coche que conducían.

«Buena suposición», se dijo Ricky al ver cómo el recepcionista contraía ligeramente el rostro.

—No necesitaban una orden de registro, ¿verdad? Solo un pequeño favor —prosiguió.

El recepcionista empezó a tartamudear una respuesta. Ricky negó con la cabeza de forma todavía más exagerada.

—Mire —continuó—, estoy cansado. Ha sido un día muy largo en su bonita ciudad. Una parte del día ha incluido una visita poco amistosa por parte de un par de inspectores. De modo que las «costas agradables» que dan nombre a su motel me han parecido algo fuera de lugar. Esos dos inspectores, bueno, supongo que podría decirse que no son aficionados a las películas, sino más bien críticos de cine. Así que le diré qué vamos a hacer: si fueron esos dos policías los que vinieron y quisieron entrar ilegalmente en mi habitación para poder registrarla a conciencia, no me responda ni sí ni no. Simplemente levante la mano derecha y tóquese la cabeza. Podría rascarse un poquito.

—¿Qué?

—Tóquese la cabeza si fueron esos dos policías. Y así, si regresan mañana, pasado o cuando sea para hacerle más preguntas, podrá decirles con total sinceridad que no me ha dicho nada.

El recepcionista asintió. Levantó la mano y se tocó rápidamente la cabeza.

—¿Lo ve? No ha sido difícil. Y no ha hecho nada sobre lo que puedan poner pegas esos policías. Lo único que ha hecho ha sido rascarse un poquito de caspa.

—Lo cierto es que la policía no me cae demasiado bien —dijo el recepcionista con una sonrisa irónica—. Aunque las películas, sí.

—Eso es lo que me imaginaba —contestó Ricky. No estaba seguro, pero creía que podría necesitar la ayuda del recepcionista en el futuro y dejar las cosas en términos positivos podría seducir a este para que lo ayudara.

Ricky salió sigilosamente de la habitación 107 antes del alba, cuando la noche todavía era muy densa. No tardó demasiado en llegar al barrio del difunto farmacéutico.

Bajó por una calle oscura con unas modestas casas hechas con tablas de madera blancas que parecían haber caído al azar en lo que habían sido campos de cultivo, todas ellas separadas entre diez y veinte metros de la estrecha calle de dos carriles. Aparcó su coche de alquiler bajo un árbol a unos cuatrocientos metros de la antigua casa del farmacéutico.

Inspiró profundamente y empezó a avanzar trotando, moviéndose de una sombra a otra. Fue consciente de que era imposible que pareciera más sospechoso. Un perro ladró a lo lejos. Oía el leve ruido que hacía al pisar la grava y la tierra.

En una de las tablas que tapaban una ventana delantera, alguien había pintado con espray negro la palabra asesino y otra persona había intentado cubrirla con cal y lo había dejado a medias. Lo único que había ocultado era la a, como si el restante sesino fuera algo que era razonable dejar escrito.

Ricky no vaciló. Se dirigió hacia la parte posterior de la casa intentando apretujarse contra las paredes, agazapado para que no lo vieran.

El ruido era su enemigo aquella noche.

Como esperaba, había una puerta trasera. Quien había colocado las tablas había puesto mucho menos empeño en asegurar la parte de atrás.

«Es la naturaleza humana —pensó—. Imaginaron que bastaría con que la parte delantera estuviera bien cerrada para mantener alejados a los vándalos y a los adolescentes que buscan un lugar seguro donde fumar algo de hierba».

La tabla que tapaba la puerta trasera estaba suelta, apenas clavada. Ricky metió las manos bajo la fina capa de madera contrachapada. Inspiró profundamente y tiró con fuerza.

La arrancó con bastante facilidad, sin que se oyera nada más que una simple rasgadura al astillarse la madera.

Le costó un esfuerzo considerable controlar el subidón de adrenalina y las ganas de seguir con su allanamiento, pero se sentó con la espalda contra la puerta. En la penumbra persistente, visto de lejos, así parecería tan solo un bulto sin importancia.

Espero. Calculó cinco minutos. Puede que diez.

No quería que algún vecino medio vestido, medio dormido, con un rifle de gran potencia para cazar venados saliera a comprobar de dónde venían esos ruidos extraños. Respiraba despacio, intentando controlar su corazón acelerado, secándose una y otra vez las palmas sudorosas en los vaqueros. Tenía la impresión de que podía alargar la mano y acariciar el último suspiro de la noche que lo rodeaba para que lo abrazara y lo escondiera de ojos curiosos.

Cuando estuvo seguro de que el primer ruido del allanamiento no había despertado al vecindario, se levantó. Sujetó el picaporte de la puerta, deseó por un momento tener una barra o una palanca, inspiró hondo y golpeó la puerta con el hombro. Se abrió.

Se coló en el interior, que parecía más oscuro que el exterior.

Palpó la pared. Se dio cuenta de que estaba en una cocina. El fregadero, el grifo y los armarios eran como escritura en braille bajo los dedos de un invidente. Se sentó en el suelo sucio de linóleo. Notaba el sabor a humedad del aire y el polvo en sus labios. Aguardó a que le llegara un poco de luz del amanecer. Sabía que no tardaría demasiado.

La primera luz de la mañana es sutil. Las cosas toman forma. Es como si el mundo se fuera organizando poco a poco en tonos grises.

Se deslizó por la casa intentando imitar los ángulos desde los que se habían tomado las fotografías de la policía que había visto en el bufete del abogado. Habían quitado la mayor parte de las cosas. Lo que quedaba era un destartalado sofá en una habitación y una cama de matrimonio de hierro forjado rota en otra. Había dos sillas, ambas con la tela de la tapicería rasgada y parte del relleno salida, pegadas a una pared del salón. Unos cables eléctricos al descubierto mostraban el lugar que había ocupado un ventilador de aspas que había sido arrancado del techo. En una habitación, una alfombra raída estaba arrinconada, apoyada contra una cómoda marcada e inestable.

Era una casa pequeña: dos dormitorios, un salón, un comedor, una cocina, dos cuartos de baño. Las dos cortinas de ducha, manchadas de cal, seguían ahí, al igual que un cepillo de dientes usado en uno de los lavabos. No tardó demasiado en encontrar la puerta de lo que sabía que era la habitación de los niños. Le fue fácil detectarla: un póster desgarrado de *My Little Pony* seguía colgado en una pared.

Pero la mesa, y el libro que quería encontrar, habían desaparecido.

—Maldita sea —susurró.

Ya se lo imaginaba pero, aun así, había conservado la esperanza de que no fuera el caso. Y esta sensación lo había llevado a allanar aquella casa. Se sintió un poco ridículo y trató de inventarse una historia que pudiera contarle a la policía, que inevitablemente haría acto de presencia.

«Por lo menos conozco al abogado local y puedo llamarlo cuando me detengan», pensó.

La luz de las habitaciones era suave y tenue. Tuvo que contener un estornudo provocado por el polvo.

Ahora había luz suficiente para moverse fácilmente por las habitaciones. Echó un último vistazo, se encogió de hombros y, cuando estaba a punto de irse, vio un papelito brillante en el suelo de madera del salón. Se agachó para recogerlo y observó que era una etiqueta adhesiva de transporte, del tipo que los empleados de mudanzas pegan en las cajas ya cerradas.

Rezaba:

MUDANZAS Y GUARDAMUEBLES ALLIED
ENTREGAR A:
ISA CONWAY
103 PLEASANT STREET
MILFORD (CONNECTICUT) 06460

«El primer golpe de suerte de verdad», se dijo Ricky. Se metió la etiqueta en el bolsillo sin prestar mucha atención preguntándose por qué la ex del farmacéutico se habría decidido por Connecticut a la hora de huir. «Un mundo distinto —se imaginó—. Y uno en el que yo encajo mejor».

Mientras bajaba el camino de entrada de la casa del farmacéutico, vio a un hombre paseando un pastor alemán. El perro había alertado a su dueño antes de que Ricky los hubiera visto, de modo que este no tenía forma de evitar una confrontación.

—Eh, qué perro más bonito —dijo Ricky—. Estoy seguro de que mantiene este barrio tranquilo y seguro. ¿Puedo acariciarlo?

El hombre titubeó. El perro meneó el rabo.

—Claro —respondió el hombre encogiéndose de hombros—. Puede dar la impresión de que se lo comería vivo, pero en realidad es un viejo bonachón.

Ricky se agachó y le rascó detrás de las orejas.

—¿Qué está haciendo en casa de Conway? —preguntó el hombre.

—Soy contratista —contestó Ricky, adoptando al instante un tono todavía más cordial—. Hay un promotor inmobiliario que quiere comprarla, reformarla y venderla para ganar algo de dinero, ya sabe, y yo tenía que reunirme con él aquí a primera hora, pero todavía no ha venido. Me esperan en otra parte dentro de… —comprobó ostentosamente la hora en su reloj de pulsera— poquísimo tiempo. Oiga, ¿va a estar por aquí con este chavalote un rato más?

—Bueno —dijo el dueño del perro—, por lo menos hasta que haga sus necesidades. Con los años, a veces se toma su tiempo, ¿sabe?

—Normal —dijo Ricky riendo—. Supongo que nos pasará a todos algún día.

El dueño del perro sonrió también.

—Si ve al promotor inmobiliario (lo reconocerá enseguida, lleva un SUV Cadillac negro), ¿le dirá que la persona con quien había quedado ha tenido que irse? Se lo agradecería.

—Ningún problema.

Ricky se agachó y acarició al perro debajo de la barbilla. El pastor alemán levantó el cuello, evidentemente encantado con sus carantoñas.

—Muy amable por su parte —dijo Ricky, quien imaginó que su falso acento sureño colaría, aunque no duraría mucho más.

—Bueno, a todos los vecinos nos encantaría que reformaran esta casa y se la vendieran a una familia joven y agradable —comentó el dueño del perro.

—Esa es la idea —dijo Ricky.

Luego asintió con la cabeza y, sin volver la cabeza ni una sola vez, se dirigió hacia donde había aparcado el coche en plena oscuridad. Notó que, al salir el sol, la humedad matutina cedía su lugar al calor del día. Le gustaba la idea del ficticio promotor inmobiliario porque suponía que esa historia serviría de sobra para que nadie recordara quién era cuando alguna persona se fijara en la puerta trasera rota. Sin embargo, no esperaba que eso fuera a suceder pronto.

Al entrar en el motel, el recepcionista del Friendly Shores alzó la vista y se tocó de inmediato la cabeza enérgicamente.

—No se pararon —anunció—. Pero pasaron por aquí delante muy despacio.

—Es agradable saber que hay gente pendiente de ti —respondió despacio Ricky encogiéndose de hombros.

—Sí, a veces. Pero hay otras en que no es tan agradable. Creo que esta podría ser una de ellas —indicó el recepcionista—. ¿Se marcha?

—Sí —respondió Ricky.

—¿Cree que ha reunido información suficiente para su documental?

—Puede. Cuesta decirlo con certeza. Tengo que comentarlo con mis socios. A lo mejor envían al cámara para que se haga una idea de la fotografía, ya me entiende. Tiene que haber un equilibrio entre la historia, el

dinero que podemos reunir y el aspecto que tendrá cuando hayamos terminado. Ver que todo encaja bien.

—Claro.

—¿Podría guardarme el secreto? No me gustaría que el cámara, que es un chaval joven y es más probable que se sienta intimidado por un par de policías locales, se meta en problemas si lo envío aquí.

—Lo pillo —asintió el recepcionista—. Alto y claro.

—Otra cosa —dijo Ricky lo más despreocupadamente posible.

—Claro —repitió el recepcionista por segunda vez.

—Si alguien, quien sea, se presenta aquí preguntando por mí…, podrían ser esos dos policías, un forastero o alguien a quien conoce de toda la vida, le agradecería mucho que no le contara nada. No quiero que nadie me siga a Nueva Orleans para convencerme de que no haga una película. Este es el problema con los documentales —añadió Ricky—. A menudo hay tanta gente que quiere asegurarse de que no se hagan como gente que quiere verlos en la gran pantalla. O incluso en la pequeña pantalla, no sé si me entiende.

—Por supuesto —dijo el recepcionista—. Mantendré la boca cerrada.

Ricky le entregó la llave de la 107 y un billete de cincuenta dólares.

—No es necesario que… —empezó a decir el recepcionista.

—Cómase un filete a mi salud —dijo Ricky—. O una parrillada, porque estoy seguro de que conoce algún buen sitio por aquí cerca. Y yo me aseguraré de que cualquier miembro del equipo de rodaje que venga se aloje aquí. *Quid pro quo*.

—Eso sería estupendo. Normalmente tenemos habitaciones libres.

«No me diga», pensó Ricky. No tenía demasiadas esperanzas de que si esos dos policías o si el señor R se presentaban buscándolo, el recepcionista hiciera lo que le había prometido. Pero cuando abriera la boca, diría «Nueva Orleans».

Con convicción.

«Una mentira razonable —pensó Ricky—. La mejor clase de mentira. Porque ni siquiera sabrá que está mintiendo».

21

En realidad, su destino estaba más cerca de Nueva York, pero Ricky voló a Boston y, al empezar a descender sobre las aguas verdeazuladas de la bahía que baña las orillas de la Costa Sur, vislumbró el famoso depósito de gas blanco pintado por la hermana Mary Corita, artista pop y monja católica, que cubrió de vivos colores algo terriblemente prosaico. Al aterrizar en la pista del aeropuerto Logan, recordó: «Hace cinco años, hui a esta ciudad y pasé a ser alguien sin nombre ni hogar. Y después me convertí en una nueva persona. Y luego me las ingenié para transformarme de nuevo en quien había sido tiempo atrás. —Vio el perfil de la ciudad y sintió un aluvión de emociones contradictorias—. Esta es la ciudad donde empecé a salvar mi vida».

Ricky alquiló un nuevo automóvil y se dirigió hacia el sur por la 95, los ocho carriles rápidos que recorren casi la totalidad del litoral oriental. No recordaba haber estado nunca en Milford, Connecticut, pero sabía que había sobrevolado y rodeado esa población docenas de veces, en avión, en tren o en coche. Es una de las pequeñas ciudades que salpican la costa y el interior de Nueva Inglaterra, fundada en la primera década del siglo XVII por colonos ariscos, aventureros temerarios y refugiados religiosos. Imaginó que él encajaba en alguna de estas categorías. Exuberantes campos verdes, iglesias blancas con campanarios, algunos edificios viejos de piedra tallada que se remontaban a la fundación de la ciudad, un pequeño río en el centro y una playa de arena que daba al estrecho de Long Island. No se diferenciaba demasiado de la ciudad de Alabama que acababa de dejar atrás, en el sentido de que estaba atrapada entre lugares mucho más destacados. No podía decirse que fuera una zona residencial, una ciudad dormitorio o una animada metrópolis. En Alabama se había desplazado de la ciudad al campo sin esfuerzo, en un trayecto de pocos minutos. Imaginaba que en Connecticut iría de lo pintoresco a lo tranquilo con la misma rapidez. Milford era la clase de sitio que aspiraba a ser más pero que a la vez quería conservar también la sensación de ser menos, de modo que en realidad no era ninguna de las dos cosas.

«Un buen lugar para sumergirse en él y desaparecer o en el que el anonimato puede echar raíces», pensó.

Tenía un nombre. Una dirección.

Recreó mentalmente una serie de escenarios, intentando deducir cómo conseguir que la viuda de un asesino muerto cooperara con él. Lo que no quería bajo ningún concepto era que le cerrara la puerta en las narices de inmediato. «Me gustaría preguntarle por su exmarido homicida, que la maltrató antes de violar a la canguro…». Sabía que, desde el punto de vista de la mujer del farmacéutico muerto, sería evidentemente un momento del tipo «váyase a la mierda y déjeme en paz».

¿Cómo logras que alguien que sin duda quiere olvidar recuerde algo?

Era consciente de que no podía decir: «Usted no lo sabe, señora Conway, pero conoce el nombre de un hombre que tiene intención de cometer un asesinato».

Necesitaba utilizar una variación de la realidad.

Como había imaginado, se trataba de una casa evidentemente modesta, alejada de la costa y de sus casas de más de un millón de dólares con vistas al estrecho de Long Island. Lisa Conway vivía en las afueras de Milford, en una zona indudablemente obrera situada en dirección contraria al agua. En su casa había un columpio en un jardín lateral y algunos juguetes infantiles de colores brillantes esparcidos en la parte delantera. Las casas de su calle eran parecidas a la suya: mucho color blanco con adornos oscuros, céspedes que necesitaban que los cortaran, algún que otro roble majestuoso que descollaba sobre una casita, utilitarios en los caminos de entrada que reflejaban que los dos progenitores trabajaban mucho para llevar dos sueldos a casa. De modo muy parecido a lo que había visto en Alabama, era una calle de aspiraciones atenuadas por realidades. Trabajar duro. Salir adelante. Trabajar duro. Avanzar. Trabajar duro. Lograr un aumento de sueldo. Trabajar duro. Asumir más responsabilidades en el trabajo. «Hacerse rico» era un número de lotería con una probabilidad entre un billón comprado un viernes por la noche. Connecticut es uno de esos estados de EE. UU. en el que las contradicciones entre las personas que obtienen dinero fácil en las agencias de corredores de bolsa y los fondos de cobertura, y las que trabajan de nueve a cinco para ganarse la vida pueden verse fácilmente desplazándose un par de kilómetros en distintas direcciones. Es fácil viajar de la opulencia desmedida a la paga semanal: dobla a la derecha, luego a la izquierda, sigue recto cuatro kilómetros y medio, y ahí lo tienes.

Se detuvo frente a la casa y paró el motor.

Recordó algo que Jack le había dicho: «Pones esa “D” y esa “R” delante del apellido y te acercas un paso de gigante a Dios».

Salió del coche de alquiler y subió con brío el camino hasta la puerta principal, rodeando una pequeña bicicleta abandonada. Con ruedines y el manillar rosa.

«Una primera bicicleta —pensó—. Seguramente hay muchas cosas que son las primeras de algo en esta casa en la que están intentando dejar atrás Alabama».

Tras llamar al timbre, oyó una voz en el interior que le decía a otra persona:

—Ya voy yo.

Ricky enderezó la espalda en cuanto notó que abrían la puerta.

—¿Sí?

Vio a una mujer de treinta y pico años con una alborotada melena castaña que le llegaba hasta los hombros. Tenía unos preciosos ojos azules que se movían inquietos y un cuerpo fornido. Vestía unos vaqueros y una descolorida camiseta roja, blanca y azul muy ajustada.

—¿La señora Conway? —preguntó Ricky.

—Sí.

—Lamento muchísimo molestarla en su casa de este modo, pero no me dieron ningún número de teléfono ni correo electrónico con el que poder ponerme en contacto con usted, solo esta dirección…

—Sí —dijo por tercera vez—. ¿De qué se trata?

Vio un recelo evidente en su rostro y notó un ligerísimo acento sureño en su voz. Estaba apoyada contra la puerta abierta, sujetando el marco con la mano y a punto de cerrársela de golpe en las narices. Se percató de que estaba procesando quién podría ser: «¿Un cobrador? ¿Alguien de los Servicios de Atención a la Infancia? ¿Un testigo de Jehová dispuesto a entregarle un folleto que prometía la salvación eterna?».

—Soy el doctor Frederick Starks. Trabajo para el Instituto Nacional de la Salud. Estamos realizando un trabajo de investigación sobre trastornos de estrés postraumático. Me preguntaba si podría dedicarme unos minutos de su tiempo.

La mayoría de esa explicación era cierta. Estaba claro que había pillado a la mujer por sorpresa.

—¿Es usted médico?

—Sí —respondió Ricky—. Exactamente.

—¿Un trabajo de investigación?

—Sí.

—Pero ¿por qué yo?

—¿Me permitiría entrar para que podamos hablar?

Empezó a abrir la puerta, pero titubeó.

—Dígame antes de que se trata. Y me gustaría ver alguna identificación.

Ricky sacó de inmediato la cartera y le entregó su tarjeta de identificación del departamento de psiquiatría del hospital donde trataba a Charlie.

—¿Miami?

—Sí. Por desgracia tenemos que establecernos donde suelen producirse traumas relacionados con la violencia. En Miami, como sabe, abundan.

—Pero ¿qué…? —empezó a preguntar, pero cambió de opinión—. ¿Por qué yo?

—Uno de nuestros campos de estudio es el impacto de ciertos tipos de violencia sobre los niños pequeños.

Esta frase motivó un silencio incómodo.

Oyó una voz que decía desde detrás de la mujer:

—¿Quién es?

Lisa Conway volvió la cabeza para contestar:

—Es un hombre que quiere hacer unas preguntas, mamá —contestó—. No es nada importante.

«Aunque sí lo es», pensó Ricky sin exteriorizarlo.

—No sé si puedo ayudarlo… —empezó a decir la mujer.

—Intentamos entrevistarnos con familias afectadas por la violencia —la interrumpió Ricky—. Estamos llevando a cabo un estudio sobre esta cuestión en la zona semirrural de Alabama, y su nombre, y los de sus hijos, surgieron en el transcurso de nuestra investigación. Casualmente, tenía un viaje de negocios programado para esta semana. Una conferencia en la Cornell-Weill de Nueva York. Es una facultad de Medicina. Una charla a los residentes de psiquiatría sobre traumas y planes de tratamiento… —Ricky hablaba deprisa, soltándole detalles a diestro y siniestro lo más rápido que podía para intentar confundirla. Mezclaba la realidad con la ficción—. Y como solo tenía su dirección y disponía de algo de tiempo libre, bueno, se me ocurrió probar si la encontraba en casa. A veces, en los proyectos de investigación, las reuniones menos planificadas son las que salen mejor. Y debo decirle que nos esforzamos mucho en asegurarnos de que todas nuestras conversaciones sean cara a cara. De manera que le pido disculpas por abordarla de improviso, por así decirlo… —comentó con una enorme sonrisa y una pequeña carcajada, aunque su frase no tuviera la menor gracia—, pero le agradecería mucho que

me dedicara unos minutos de su tiempo. Por supuesto, cuando redactamos nuestros informes, no utilizamos ningún nombre auténtico ni ninguna característica identificativa, pero estas reuniones individualizadas son absolutamente vitales. En términos científicos, quiero decir.

Alargó la palabra «absolutamente» tal como había notado que hacían los sureños cuando querían dar énfasis a lo que decían. Eso la desarmaría.

—¿Cómo consiguió mi nombre?

Esta pregunta propició una mentira descarada.

—Unos inspectores de policía de Dothan que nos están ayudando sugirieron a alguien de nuestro equipo de investigación que habláramos con usted.

Sabía que ella jamás comprobaría este detalle.

Pareció atrapada entre dar un paso atrás y dar un paso adelante.

—Nunca tendría que haber ido allí —dijo—. Nunca tendría que haber escuchado ni una sola palabra de lo que aquel hombre me decía. Pero ¡si lo conocí en un bar, por el amor de Dios! Quiero decir: ¿es que alguna vez acaba bien eso? Especialmente todas esas chorradas de «Te quiero y viviremos juntos para siempre, eres la mujer de mi vida». Pero cuando nos conocimos, yo era muy joven y muy tonta. Fueron los peores seis años de mi vida. Ahora soy más lista, espero. En cualquier caso, ni siquiera quiero volver a pronunciar su nombre.

«Pero sigue llevando su apellido», pensó Ricky.

Notó que iba a echarse atrás.

—Lo que acaba de decir es típico de víctimas como usted —replicó suavemente Ricky—. Se trata de una verdadera crisis sanitaria nacional y deseamos encontrar respuestas. Sus palabras podrían ayudar a otra persona en alguna parte.

Al decir esto, pensó en Tarik, asesinado en el Distrito Nueve, en su madre y en su hermano. «En las damas». Este recuerdo le hizo sentir una repentina y profunda tristeza, que rápidamente sustituyó por una rabia horrible. Le gustaban las partidas de damas con Tarik. Detestaba jugar al ajedrez con el señor R.

Lisa Conway pareció flaquear. No se le ocurrió preguntarle por la contradicción: «Ha dicho Miami. ¿Qué lo llevó a Dothan?». Esto era toda una suerte, porque no tenía ninguna respuesta preparada.

—Solo le llevará unos minutos —aseguró Ricky, adoptando su mejor voz de investigador sonriente, tranquilo, nada amenazador—. Y le prometemos la más absoluta confidencialidad.

Lisa Conway titubeó una vez más.

Mientras dudaba, una mujer mayor se situó justo detrás de ella. Tenía el mismo cabello castaño, aunque el suyo era más escaso y estaba salpicado de canas. Tenía los mismos ojos azules, aunque los suyos brillaban de enfado. Algo más baja. Algo más gruesa. Con más arrugas en la piel. Con manchas de la vejez en las manos. Pero cortada por el mismo patrón.

No saludó.

—¿Quién es usted? —dijo con agresividad.

—Es un investigador del Instituto Nacional de la Salud, mamá. Ha venido por unos estudios sobre traumas. Es médico.

Ricky asintió en dirección a la mujer mayor.

—¿Y qué quiere de ti?

—Solo hacerme unas preguntas sobre Alabama.

—Alabama —dijo la mujer mayor con un bufido, casi escupiendo el nombre del estado como si fuera un taco. Miró fijamente a Ricky, pero su respuesta iba dirigida a su hija—. Nunca tendrías que haberte ido con ese cabrón. Te lo dije. Y ahora que estás intentando empezar de cero, viene un hombre que quiere hacerte preguntas.

«Lo de “Te lo dije” nunca facilita las cosas», pensó Ricky.

—No tardaremos nada —dijo lo más amablemente que pudo—. Y esperamos que nuestro estudio ayude a otras personas en circunstancias parecidas.

La mujer mayor soltó otro bufido.

—No entiendo que sacar a relucir de nuevo toda esa maldad vaya a ayudar en nada…

La mujer llevaba colgado del cuello un crucifijo de plata que había toqueteado mientras hablaba.

—Es algo que resulta interesante de las reacciones traumáticas —comentó Ricky enérgicamente—. Hemos descubierto que reconocer el pasado propicia una curación mucho más rápida. —Señaló con la cabeza el símbolo religioso que llevaba la mujer mayor—. Una de las relaciones más fascinantes que hemos descubierto es que la iglesia y la oración favorecen de verdad el proceso de curación.

Era una frase que podría ser cierta o falsa, pero sabía que sería de ayuda.

—¿Van regularmente a la iglesia? —preguntó como si tal cosa.

Ambas mujeres asintieron con la cabeza.

—Bueno, verán, esto es interesante. Muy interesante. Es una de las cosas que comprobamos. Desde un punto de vista clínico, naturalmente —dijo,

sonando estirado y simpático a la vez. Miró a Lisa Conway e hizo una suposición—. A veces es difícil ser católico en un lugar como Alabama. El Sur baptista. Adventista del séptimo día. Pentecostal. Caray, hasta está esa gente a quien le gusta toquetear serpientes venenosas… No hay demasiados católicos, creo. Ni tampoco demasiada gente a quien le importe lo que diga el Papa.

La observó para ver si la parte de las serpientes había tenido algún impacto exterior.

—Tiene toda la razón —respondió Lisa Conway.

Hubo un silencio largo y Ricky se percató de repente que toda aquella vacilación no acabaría con la puerta cerrada en sus narices.

—Cinco minutos —dijo Lisa Conway—. Nada más.

—Cinco minutos —repitió su madre—. Nada más.

«Esperemos que sean los cinco minutos adecuados», pensó Ricky al entrar en la casa.

Casi en cuanto cruzó la puerta, Ricky vio que en un rincón del salón había una colección de cosas de los niños amontonadas. Vio juguetes, animales de peluche, juegos y una caja de cartón llena de libros. Junto a otra pared había un aparador con figuritas de Hummel, pero delante había colocada una barrera de madera entrecruzada.

—A veces los niños van a toda pastilla por la casa —dijo Lisa Conway casi a modo de disculpa—. Mi madre no quiere que le destrocen su colección.

«Simbolismo», pensó Ricky. La abuela no quiere que los niños del hombre al que odiaba destruyan ninguna parte de su vida. Observó las figuritas de porcelana: querubines tocando la flauta, niños campesinos mofletudos y una pareja con traje típico bávaro cogida de la mano y con la cabeza levantada como si entonaran una canción.

Estaba claro que era una casa que había sido acogedora cuando la madre vivía sola y que se había visto inundada de repente por los nietos y una serie de bártulos, de modo que todo tenía ahora un aire apelotonado y desorganizado. Las cosas abarrotaban el espacio vacío, esparcidas al azar. Imaginaba que la madre quería y no quería a la vez que su hija y los hijos del farmacéutico muerto estuvieran por allí recordándole constantemente un consejo ignorado y un pasado marcado por el asesinato y la tragedia.

Se alejó de las figuritas y se dirigió hacia la parte abarrotada de cosas que estaba claramente destinada a zona de juego de los niños.

—Como les he dicho —comentó adoptando de nuevo su tono de investigador—, estamos muy interesados en las reacciones de los niños. Sus dos hijos tienen…

—Ahora seis y siete años —dijo Lisa Conway. Dirigió una mirada a su madre.

—¿Y habla con ellos sobre su padre?

—No —intervino la madre.

—Sí —respondió la hija.

—¿Podría decirme cómo lo plantea? —preguntó, mirando fijamente a la mujer más joven.

—Les digo que su padre no era un mal hombre, pero que hizo algunas cosas malas y que muchas se debieron a que estaba triste y bebía demasiado, y que después tuvo un accidente de coche, se murió y se fue al cielo. Salvo que dudo que realmente fuera allí, pero no es necesario que todavía lo sepan. Ya se enterarán de ello algún día. En cualquier caso, no he entrado en detalles, la verdad. Parecen aceptar esto. De momento.

Ricky asintió.

—¿Han tenido pesadillas, incontinencia nocturna o una ansiedad o nerviosismo inexplicados? —preguntó—. ¿Tal vez no se han mostrado comunicativos en el colegio? ¿Le han comentado algún estallido de violencia en el patio, como una pelea o una agresión a otro niño? ¿O se han mostrado reservados de algún modo?

Lisa Conway negó con la cabeza.

Ricky no la creyó ni por un instante.

—¿No toma notas? —preguntó, recelosa, la madre.

—No —contestó Ricky con una sonrisa—. No en las reuniones iniciales. Hemos descubierto que desalientan a los posibles sujetos. Si hacemos un seguimiento, disponemos de un cuestionario completo y, a veces, de sesiones en vídeo.

Esto era cierto y falso. Si hubiera estado haciendo lo que decía, habría abordado el caso de este modo.

Sintió una punzada en su interior. Mentir a una víctima de violencia doméstica estaba mal a tantos niveles que no sabía por dónde empezar. Se sentía ruin, pero sabía que tenía que continuar.

Señaló los juguetes y la caja de libros.

—¿Tienen sus hijos algún juego o juguete favorito, al que vuelvan una y otra vez?

Las dos mujeres se miraron entre sí.

Ricky se percató de que la respuesta era afirmativa.

—No —contestó Lisa Conway.

«Es lista —pensó Ricky—. Está poniendo una barrera alrededor de esos dos niños. Lo hará toda su vida hasta que no pueda hacerlo más. Igual que su madre puso una barrera alrededor de las figuritas de Hummel. Podría funcionar e impedir que los niños destrocen esas preciadas posesiones. Pero lo dudo».

—¿Y qué me dice de los libros? ¿Les lee usted?

Lisa Conway asintió.

—¿Tienen alguno favorito?

Vio que esta pregunta ponía a la madre extrañamente nerviosa; cambió el peso a un lado y a otro, juntó las manos delante de su cuerpo y después las soltó. Lisa Conway se sonrojó un poco, ruborizada por un recuerdo repentino, como si su pregunta hubiera sido electrizante.

—Sí —asintió, y prosiguió muy despacio—: Un libro… que les regalaron en Alabama… Lo piden todas las noches…

Se detuvo con los ojos llenos de lágrimas.

—¿De qué libro se trata? —preguntó Ricky.

—Del libro que les regalaron… —se detuvo.

Pero él conocía la respuesta. «Del libro que les regalaron la noche que su canguro murió». Sabía que no necesitaba hacer otra pregunta.

Lisa no contestó. Se dirigió hacia el rincón de los niños y alargó la mano hacia la parte superior de la caja de libros. Tal como se incorporó, Ricky reconoció la cubierta de libro.

«Hola, Paddington», pensó cuando Lisa se lo entregó.

—¿Por qué cree que este libro…? —empezó a decir, aunque no terminó la pregunta. Le pareció demasiado cruel. Los dos niños querían que les leyeran a menudo la historia del osito abandonado.

«Y usted, señora Conway —pensó—, no se da cuenta de lo profundamente que afectó a sus hijos esa noche en Alabama. Me pregunto qué vieron y qué oyeron que permanece oculto en su interior».

Lisa Conway pareció atragantarse de repente. Empezaron a caerle lágrimas por las mejillas. Su madre metió baza respondiendo lo que él ya sabía:

—Les regalaron ese libro la noche que… —Y entonces se detuvo.

Ricky abrió el libro. Le ardía en las manos como si estuviera hecho de brasas. Miró la portada: contenía una florida dedicatoria manuscrita con la letra grande e inmadura de una niña de trece años:

Para Tom-Tom y Junebug:
Este es el libro que mi profesor me regaló
cuando me costaba leer y todo
era tristeza en mi casa y realmente me
ayudó a aprender y a superar todos
los problemas, y creo que también os
ayudará a vosotros.
Besos de vuestra canguro favorita,

JULIA

«Mi profesor», pensó Ricky. En la lista que el abogado le había dado en Alabama se encontraba uno de los profesores de Julia, que había acudido al juicio todos los días. Ahora tenía un nombre. Le entraron ganas de salir corriendo de la casa para poder respirar. En aquel salón lo envolvía un aire que la desesperación calentaba de tal modo que parecía proceder del fuego de una refinería.

«Hola, Jack —se dijo a sí mismo—. Supongo que ahora vamos a conocernos».

22

Ricky pasó una noche prácticamente en blanco en un Hilton Airport.

Cuando logró dormirse unas dos horas antes de tener que levantarse, tuvo dos sueños. En el primero era un niño sentado en un balancín que era incapaz de parar. Subía y bajaba sin descanso. El segundo sueño fue reconfortante. Se vio a sí mismo dormido en la cama de su casa en Miami. Cuando se despertó en la habitación de hotel hacia el amanecer, se metió en la ducha con la esperanza de que el agua caliente y el jabón se llevaran las evidentes interpretaciones de ambos.

Tomó un vuelo temprano al Sur.

Viajaba otra vez hacia la que por algún tiempo había sido su ciudad, Nueva Orleans, donde volvió a alquilar un coche. Iba a ser un largo trayecto de vuelta a Alabama, pero necesitaba aquellas horas para valorar sus siguientes movimientos. Se preguntó en vano si le presentaría al señor R una factura por los gastos, y también se preguntó si su tarjeta de crédito estaría llegando a su límite. Volvía a Dothan, cruzando el río Mississippi por donde desemboca en el golfo de México. Tuvo que esforzarse mucho para bloquear los recuerdos de los meses que había pasado en aquella ciudad y de la clase de problemas que había tratado con sus pacientes. El sol se reflejaba en las vastas aguas del río y el resplandor lo deslumbró un poco. Atisbó un momento por el retrovisor Beale Street, el barrio francés, el Jazzfest y el Mardi Gras, antes de que desaparecieran. Pensó en Nueva Orleans como en un lugar demasiado caluroso de día y demasiado oscuro de noche. Era como si Tarik y su asesinato a medianoche hubieran suplantado su capacidad de intuir el asesinato que le ocupaba en aquel momento: el de Julia, la canguro. A medida que los kilómetros pasaban bajo las ruedas de su coche de alquiler, se recordó a sí mismo una y otra vez que debía revisar lo que había averiguado hasta ahora, no su pasado, pero aquello resultaba difícil. Hasta el zumbido de las ruedas del coche sobre el negro asfalto de la carretera parecía empujarlo hacia el pasado, cuando sabía que tenía que concentrarse en lo que estaba por venir.

«Ser más hábil que dos asesinos. Impedir dos muertes. Tres si incluyo la mía en la ecuación. Bueno, eso sería todo un logro para cualquier psicoanalista», pensó.

Imaginaba que no podría escribir nada sobre todo aquello en un artículo académico y presentarlo en el Instituto Nacional de la Salud ante un público de entusiastas psiquiatras boquiabiertos.

—Hola, señor Documentalista, ¿de nuevo por aquí?

El recepcionista imitador de Elvis del Friendly Shores alzó la mirada y sonrió cuando Ricky entró por la puerta principal.

—Eso parece.

—No esperaba que volviera tan pronto.

—Yo tampoco. Ya somos dos.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse esta vez?

—Solamente una noche, creo. Dos como mucho. —Ricky le dio el dinero.

—¿Quiere la misma habitación?

—Creo que no —respondió Ricky negando con la cabeza.

El recepcionista le dio la llave de la 109.

—¿Por casualidad ha venido alguien preguntando por…? —empezó a decir Ricky. Se detuvo de golpe cuando vio que el recepcionista asentía enérgicamente con la cabeza—. ¿Como quién? —quiso saber.

—Bueno —respondió lentamente el recepcionista, alargando su respuesta —. Un par de personas. —Se tocó la cabeza dos veces—. Sus amigos —prosiguió—. Querían saber cuándo se había marchado, adónde iba y tal. No se lo dije.

—Muy bien —comentó Ricky—. Esperaba que vinieran esos dos policías. ¿Alguien más?

—Una señora —contestó el recepcionista—. Dijo que era de por aquí y que trabajaba para un abogado de Dothan, pero tenía ese acento entre cajún y del Sur profundo, ¿sabe? Así que diría que era de la zona pantanosa de Luisiana o al menos lo fingía. He vivido aquí lo suficiente para captar estas cositas.

—¿Cómo era?

El recepcionista se encogió de hombros.

—La clase de chica que está junto a la barra cuando suena la música y la gente se lanza a bailar pero a la que nadie saca, no sé si me entiende. Pelo negro. Muy nervuda. Con gafas. Dientes feos. Una sonrisa poco agradable.

—¿Le dio algún nombre o algo así? ¿Tal vez una tarjeta de visita?

—Se lo pedí. Ya lo creo. Pero no obtuve nada a cambio.

—¿La había visto antes?

El recepcionista negó enérgicamente con la cabeza.

—No. Ni una vez que yo recuerde.

—¿Qué quería saber?

—Bueno, lo que cabría esperar. Si todavía estaba aquí, si dijo adónde se marchaba y si iba a hacer ese documental… Esa clase de cosas. No le conté demasiado. A fin de cuentas, no era policía.

—Gracias —dijo Ricky—. Ha sido muy amable. Se lo agradezco.

«Cincuenta pavos bien gastados», pensó.

—Dígame, ¿no tendrá un listín telefónico? —preguntó.

—Por supuesto —contestó el recepcionista. Alargó la mano debajo del mostrador, donde estaba escondida la nueve milímetros, sacó un grueso y viejo listín telefónico y se lo dio a Ricky. En unos segundos, este tenía la dirección que necesitaba.

—Solo una pregunta más. ¿Dónde está la escuela local?

«Es decir —pensó—, la escuela donde Julia tenía un profesor bondadoso que la ayudaba a leer mejor y que le regaló un cuento infantil sobre un oso abandonado más o menos cuando seguramente ella se sentía a su vez abandonada debido a los problemas que había en su familia. Pero ninguno de los dos sabía que el último y verdadero momento horrible de abandono de Julia estaba próximo».

23

Al salir del Friendly Shores, Ricky hizo una lista mental de cosas que tenía que comprobar.

Profesor.

«Pero ¿cómo se pasa de profesor a asesino?», pensó.

Sureño.

«Pero ¿cómo se familiarizó con Nueva York?», se preguntó.

Instruido. Inteligente. Conoce las obras de Shakespeare y cita la Biblia.

Jack era alguien lo bastante sensible y concienciado para hacerle un regalo especial a una joven alumna que estaba lidiando con problemas en casa y una capacidad de lectura deficiente. Le parecía la clase de persona que se recordaría con cariño años después en un discurso de despedida, en la inauguración de un edificio o en una distinción.

Pero…

Contradicciones: Planificador de una muerte. Obsesivo. Lleno de rabia. Vengativo. Controlador. Jugador. Decidido. No, criminalmente decidido.

Jack también había acuchillado un oso Paddington.

Verdugo de una serpiente boca de algodón.

Ricky creía que la única forma de alterar la inevitabilidad del asesinato era demostrar que iba por delante de las incesantes estratagemas que ideaban Jack y el señor R. Enfrentarse a Jack sería como cuando hizo frente al señor R cinco años antes. La diferencia era que, esta vez, su arma tenía que ser más imaginativa que una pistola automática. Tenía que ser más inteligente que el hombre que sentía ansias de matar y que el otro que acechaba entre las sombras dispuesto a matar, y no acabar muerto mientras tanto.

Ricky esperaba que el ardid del productor cinematográfico funcionara en la escuela. No se le ocurría ninguna otra alternativa.

Se detuvo ante al centro. En su bolsillo tenía un papel con una dirección, pero todavía no quería ir allí. Antes necesitaba saber más cosas.

Como en muchos centros educativos del país, de Maine a Florida y de Washington a California, la escuela parecía haberla diseñado un arquitecto aburrido que probablemente era el cuñado de alguno de los miembros del consejo escolar y que habría preferido dibujar unos planos excepcionalmente

parecidos para una cárcel de máxima seguridad. Este centro concreto consistía en un edificio achaparrado de una sola planta construido en ladrillo rojo y hormigón gris que se extendía sobre una gran superficie situada al borde de un conjunto de polvorientas instalaciones deportivas que, a su vez, lindaban con un grupo de árboles y, más allá, con tierras de cultivo. Se accedía a la escuela por un camino de entrada semicircular, donde supuso que se reunían los autobuses escolares por la mañana y por la tarde, frente a dos grandes puertas dobles de cristal. Tierra y hierba rala. Una ventana rota o dos. En el exterior, un letrero de madera tallada rezaba WILDWOOD SCHOOL, aunque no parecía que hubiera ningún bosque silvestre, o *wild wood*, cerca. Era un lugar feo, maltratado por las inclemencias del tiempo y el abandono.

Había poco movimiento en el camino de entrada. Supuso que eso cambiaría en una o dos horas, cuando los alumnos terminaran las clases de ese día.

Entró dando grandes zancadas, luciendo en su rostro una seguridad y una despreocupación que ocultaban su agitación interior. Sabía que cada paso que daba lo acercaba más a Jack y a una respuesta. Los alumnos estaban en clase, por lo que el edificio estaba sumido en un oprimente silencio a medias, interrumpido solo por alguna que otra voz apagada procedente de algún aula. Oyó cantar, aunque el sonido era muy tenue y distante, e imaginó que habría una banda o un coro ensayando. Sus pasos resonaban en el suelo de linóleo oscuro. Había unas grandes pancartas de papel marrón colgadas del techo de un pasillo, adornadas con exhortaciones escritas con pintura roja y negra: «¡Vamos, hawks!» y «¡Haz que este día sea mejor!». Pasó por debajo de las pancartas pasillo abajo y vio una puerta donde ponía dirección.

Una joven recepcionista alzó la vista de una pantalla de ordenador.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle?

Le entregó una de las tarjetas falsas de productor cinematográfico y habló rápidamente.

—Estoy valorando si vamos a realizar un documental televisivo sobre el asesinato de una niña que estudiaba aquí…

—Oh, Julia… —soltó la recepcionista—. Fue una pena. Era encantadora. Una verdadera tragedia.

—Y me gustaría hablar con algún docente o administrativo que la conociera bien.

La recepcionista pareció de repente asustada.

—No sé —dijo—. Será mejor que hable con la señora Dandridge, la directora.

—De acuerdo —respondió Ricky con una sonrisa fingida—. ¿Y dónde…?

—Voy a avisarla. —La secretaria descolgó el teléfono, marcó una tecla de comunicación interna y habló—. ¿Señora Dandridge? Aquí hay un caballero, un cineasta, que está preguntando por Julia y su asesinato. Le gustaría hablar con… —Se detuvo al llegar a este punto y empezó a escuchar lo que le decían. Asintió con la cabeza y colgó el teléfono—. Enseguida saldrá.

Ricky realzó su sonrisa fingida y alzó la mirada cuando se abrió la puerta de un despacho interior. Vio a una mujer negra, corpulenta y majestuosa, que tenía fácilmente su misma altura y que, sin duda alguna, pesaba más que él. Llevaba un vestido escarlata y unas gafas colgadas del cuello con una cadenita que reposaban sobre un considerable pecho. Era la clase de mujer para la que se había inventado la palabra «formidable».

—¿Señor…? —empezó a decir, alargando una mano enorme.

—De hecho, doctor —contestó Ricky—. Starks. Pero también soy productor cinematográfico.

La recepcionista le dio la tarjeta de visita falsa. La señora Dandridge la miró detenidamente, alzó la cabeza y señaló con ella su despacho.

—Tal vez podríamos hablar en privado —comentó—. Tengo una agenda muy apretada, pero puedo dedicarle unos minutos.

—Gracias —dijo Ricky mientras la seguía dentro.

La directora le sujetó la puerta para que entrara y le indicó una silla situada delante de su mesa. Ricky se hizo rápidamente una idea del despacho. En la pared había un par de diplomas enmarcados de la Universidad de Alabama en Birmingham y de la Universidad Vanderbilt, junto con un premio al «Docente del año». También vio algunas fotografías típicas de familia: la señora Dandridge posando muy tiesa con sus mejores galas, rodeada de un niño de ocho años y de una niña adolescente esbozando unas sonrisas forzadas, y con un hombre vestido con traje oscuro a su lado. Debió de ver que Ricky observaba la foto, porque dijo:

—Esa es mi familia. —Era obvio—. Mi marido también es médico, aunque él es ortodoncista.

—Su familia tiene unos dientes preciosos —comentó Ricky, intentando bromear—. Son muy guapos.

—Gracias.

La mujer señaló con el dedo a la adolescente de la foto.

—Ella es Kaneesha. Iba a la misma clase que Julia. —Y tras titubear, añadió—: Ella, y todos sus compañeros de clase, recordarán durante mucho tiempo lo que ocurrió.

Ricky lo sabía muy bien. Se había pasado muchas horas sentado frente a víctimas infantiles como para no saber el impacto que una muerte como la de Julia habría tenido en ellos. La culpa del superviviente. La culpa del amigo. Había un montón de etiquetas fáciles que podían ponerse a emociones que eran mucho más profundas, aterradoras y, con frecuencia, atroces. Sintió una punzada de ansiedad. Detestaba mentir sobre algo que era tan trascendente.

Sin embargo, tampoco se le ocurría ninguna alternativa.

—Sin duda, señora Dandridge. El efecto tan importante que tiene un asesinato sobre las personas podría ser uno de los temas que querríamos explorar en nuestro documental.

La directora asintió. Se sentó tras su escritorio, formal y escéptica al instante.

—Julia era encantadora y le caía muy bien a todo el mundo —explicó—. A pesar de que su vida familiar era algo complicada, como seguramente ya sabe.

—Sí.

—Dudo que nadie quiera participar, o incluso ayudar en ningún sentido, hasta tener una idea mucho más clara de lo que está proponiendo —dijo—. Algunos documentales son muy valiosos y muy positivos para la gente. Otros, bueno, explotan la situación.

—Espero evitar esto último —replicó Ricky.

—Ajá. ¿No es eso exactamente lo que diría cualquier productor cinematográfico, doctor Starks?

Ricky procuró esbozar otra sonrisa. La señora Dandridge era más perspicaz de lo que esperaba.

—Sí, supongo que tiene razón.

—No quiero ser grosera —prosiguió mientras Ricky pensaba que eso era lo que la gente decía cuando tenía intención de serlo—, pero lo máximo que puedo hacer es presentar una petición por escrito al consejo escolar para su próxima reunión, que no se celebrará hasta el mes que viene. Si, y solo si, el consejo da su visto bueno, le permitiría presentar a la comunidad lo que quiere hacer en una especie de sesión pública para ver si la gente está dispuesta a ser entrevistada. Aparte de eso, no sé cómo puedo ayudarlo.

Según la experiencia de Ricky, la gente siempre quería hablar. Decía que no, pero en realidad quería hacerlo. Sin embargo, estaba claro que la señora Dandridge no tenía ganas de ayudarlo. Era demasiado burócrata.

Así que decidió probar algo.

—Tengo entendido que Julia tenía un profesor favorito…

La señora Dandridge asintió de nuevo.

—Sí. El señor Allison…

«Lawrence Allison. El nombre en la lista del abogado. Un nombre que podría aparecer pronto en la lista de un asesino», se dijo Ricky.

—… Tutor de su curso, además de profesor de Estudios Sociales y de Historia. Larry le tenía mucho cariño; su propia hija iba a la misma clase que Kaneesha y Julia. Las tres eran el equivalente escolar de los tres mosqueteros. Larry puso mucho interés en mejorar las notas de Julia. Más dedicación. Más tiempo. Un trato especial, y dio resultado. Julia estaba empezando a dar un giro a su vida académica. Puede que a toda su vida. Todo gracias a Larry. Quedó destrozado, como muchos de nosotros, cuando la asesinaron. Se lo tomó muy mal. Como si, con ella, hubieran matado una parte de él. Fue al juicio todos los días. Y, como todos nosotros, se puso furioso cuando Conway fue absuelto. No tenía ningún sentido. Pero la justicia sabe cómo acabar imponiéndose, ¿verdad, doctor?

«Sí —pensó Ricky—. Una noche. Una carretera desierta. Demasiado alcohol. Demasiada velocidad. Y tal vez alguna ayudita por parte de unos inspectores de policía a los que, sin duda, no les gustó ver que un hombre culpable quedaba impune y decidieron hacer algo al respecto».

Se inclinó hacia delante.

—El señor Allison…

—Uno de nuestros profesores más queridos. Con mucho talento. No hay demasiados docentes con su formación que den clases a niños de esta edad. Es un viejo amigo. Hemos trabajado juntos muchos años.

—Da la impresión de que el señor Allison es un profesor muy entregado.

«Lo que usted no sabe, señora Dandridge es que también es un aspirante a asesino muy entregado», pensó.

—Lo era. Perdón. Lo es.

—Mencionó su formación…

—No tenemos demasiados profesores titulados por Columbia. Pero yo no soy quién para hablar de eso.

«Universidad de Columbia. La universidad de la Ivy League del Upper West Side de Nueva York. Eso explica por qué Jack conoce la ciudad», se dijo a sí mismo.

La directora parecía cerrarse un poco más con cada nuevo elemento de la conversación.

—Tiene que ser muy duro perder así a una alumna… —dijo Ricky.

—No puede hacerse una idea, doctor Starks. Y lo fue especialmente para Larry; después de haber perdido a su esposa unos años antes y de educar él solo a su hija, tuvo que vivir cómo asesinaban a su amiga y compañera de clase. No puede hacerse una idea —repitió.

Pero sí podía, de hecho. Lo sabía todo sobre muertes que derivaban en depresiones y depresiones que derivaban en rabia. Quiso decirlo pero no lo hizo.

—Quizá podría hablar con el señor Allison. Parece que es la persona ideal para contarme… —Ricky no esperaba que la directora accediera a esta petición.

—No —lo interrumpió la directora mientras negaba teatralmente con la cabeza—. Lo siento, no está aquí. Está…

Ricky imaginó que iba a decir «en casa» o «de vacaciones». Se había guardado en el bolsillo la dirección que había conseguido en el Friendly Shores. Le quemaba y se tocó la parte exterior de los pantalones para comprobar que seguía realmente ahí.

La directora vaciló. Se recostó en su asiento, mordiéndose el labio inferior. Ricky vio que estaba intentando organizar con mucha cautela lo que iba a decir a continuación:

—… Está de permiso. Se ha tomado un período de tiempo sabático. Ha sido muy repentino.

«Repentino, desde luego —entendió Ricky—. Repentino porque tenía que ir a Nueva York y empezar a cometer un asesinato».

Sonrió de nuevo.

—¿De permiso?

«De acuerdo —pensó—. Eso es lo mismo que de vacaciones. Unas vacaciones en Nueva York donde podría subirse al Empire State Building, visitar Central Park, tal vez ver una obra en Broadway, tomar una elegante cena de cinco platos y matar a Merlin».

—Sí.

—¿Por cuánto tiempo?

—No esperamos que regrese —dijo la directora como si cada palabra estuviera hecha de alambre de púas.

Eso pilló a Ricky por sorpresa.

—¿Ha dejado el trabajo?

—Yo no he dicho eso.

—Pues entonces…

Vio que la directora se ponía todavía más rígida.

—Ya le he contado demasiado. Los asuntos personales son privados. Lo siento.

Eso hizo titubear a Ricky. Pero, mientras intentaba formular otra pregunta, la directora se levantó.

—Creo que hasta que no me proporcione algo por escrito que pueda presentar a mis superiores, incluido el superintendente del distrito escolar, tendré que pedirle que se vaya, doctor.

24

Cuanto más pensaba en ello, más le preocupaba la hija. No encajaba en la ecuación que se estaba formando rápidamente en su cabeza.

«Pieza cuadrada. Agujero redondo».

Ricky esperó en una calle vacía frente a la casa del profesor a que la tarde se fundiera en noche, a que el calor, denso y pesado, se adueñara finalmente del mundo que lo rodeaba. Se obligó a ser paciente, aunque seguía notando el ambiente cargado de electricidad. Su respiración era superficial y tenía las manos sudadas. Imaginó que si hablaba en voz alta, tartamudearía.

«Ya te has enfrentado antes a asesinos. Ya te has enfrentado antes a asesinos en potencia», se tranquilizó a sí mismo. Solo que ahora veía un problema: «Nunca te has enfrentado a un asesino o a un asesino en potencia con un hijo».

Era consciente de que esto hacía que las cosas fueran distintas, pero no sabía muy bien cómo.

Dirigió una mirada a través de las sombras hacia la casa del profesor. Imaginó que Allison estaría en Nueva York preparándose para apretar el gatillo. Pero esta suposición quedó inmediatamente desmentida cuando alguien encendió la luz dentro de la casa.

«Hola, Jack».

Recordó parte de la letra de una canción de los Rolling Stones: «*A man of wealth and taste*». Esa melodía sobre un hombre con posibles y buen gusto sonaba en el iPod que usaba cuando corría por el parque. Mick y Keith le hacían aumentar el ritmo. «*Please allow me to introduce myself…*». Sí, eso, permítame que me presente.

Echó un vistazo calle arriba y calle abajo para valorar las casas que veía.

«Bueno, quizá solamente sea un hombre con buen gusto. No se alcanzan demasiados posibles enseñando en una escuela de la zona semirrural de Alabama. Esto dice algo sobre la entrega de Jack. Hay un largo trecho desde la Ivy League hasta un mundo familiar con comedores escolares subvencionados, cupones de comida para personas sin recursos y una pobreza latente», pensó.

¿La carencia de acento sureño? «Jack no era de allí. Había llegado a la zona hacía unos años».

¿Motivos para el asesinato? «Sí, asistió obsesivamente al juicio. Un día tras otro se sentó en un incómodo asiento del juzgado, enfadándose cada vez más por lo que veía desarrollarse ante sus ojos. “Culpable” es una conclusión. “No culpable” es una ambigüedad, y esta abona la compulsión. Estaba entregado a su alumna Julia, que era compañera de clase de su hija. ¿Atracción sexual? ¿Un amor tipo Lolita? ¿Se obsesionó con Julia porque desear a su propia hija era un tabú?». Ricky no podía saberlo con certeza pero había muchas posibilidades de que fuera así.

Más que muchas.

«Jamás subestimes el mal», se dijo a sí mismo.

Imaginó a Jack: entradas en el pelo, tal vez unas gafas de montura metálica, nada alto, la complexión delgada de un corredor por el mero hecho de pasarse todo el día de pie en un aula, unos pantalones caqui ligeramente gastados, una camisa azul cielo con cuello de botones, una corbata manchada y una americana azul marino de su época de universitario que, tras demasiadas visitas a la tintorería, le seguía yendo bien, aunque ahora le quedara un poco ajustada. Lo bastante sofisticado para darse cuenta de que quienes dejaron libre a Jimmy, el farmacéutico asesino, no fueron los miembros del jurado ni el juez, ni tampoco los policías que prepararon un caso lamentablemente flojo.

Lo sumó todo. ¿Bastaba para cruzar el umbral del asesinato?

«Sí».

Y también estaba Paddington.

El oso perdido.

«Puede que todos seamos osos perdidos —pensó—. Un libro que fue regalado una vez, y luego otra más».

Se removió nervioso.

«Y hubo una tercera vez». Lo sabía con certeza. «¿En la infancia de Jack? Era lo más probable. ¿Era Jack huérfano como el oso? La historia tenía un significado profundo para él. Por eso quería compartirla con la niña con quien se había obsesionado. Era un cuento infantil que se volvió explosivo en su cabeza. Cuando vio en casa de Merlin el oso de peluche, la peluda representación del libro que significaba algo tanto para Julia como para él, sintió de pronto una rabia incontrolable, muy superior a lo esperable. Le tocó una fibra psicológica demasiado sensible. Tuvo que rasgar y cortar. Aquel era el verdadero Jack».

Ricky estaba sentado en su coche de alquiler, sumido en la oscuridad, calculando, elaborando y valorando el perfil. En aquel momento se consideró

a sí mismo una especie de psiquiatra forense que buscaba pistas de un posible asesinato. Volvió a mirar a la casa del profesor. Una luz tenue que llegaba al borde de una calle tranquila bordeada de árboles. Un lugar modesto. Un césped muy bien cuidado. Un económico Toyota de hacía seis años estacionado en el camino de entrada. Normal en todos los sentidos, excepto en uno: ocultaba a un hombre que quería cometer un asesinato.

«A los asesinos les encanta lo corriente —pensó—. Lo corriente los oculta. Lo corriente es seguro. Lo corriente esconde toda esa maldad mejor que cualquier otra clase de velo».

Todo lo que había incluido en la receta psicológica para el asesinato tenía sentido, a su entender, salvo un elemento: Todo lo que sabía evocaba rabia. Ira. Furia. Obsesión. Pero tenía que haber algún ingrediente adicional que incitara al profesor a planear un elaborado juego mortal. Se trataba de un asesinato que era en parte un puzle y en parte un ejercicio de ansiedad con unas gotas de tortura. Su objeto no era solamente la muerte. También eran las amenazas.

«Trece piezas de un puzle». Supuso que la imagen que mostraría sería la de Julia. «La niña tenía trece años cuando murió».

Supuso que todas las demás respuestas estarían tras la puerta de la casa. Sabía lo que tenía intención de hacer.

El plan era sencillo en teoría, difícil en la práctica.

Llamar con fuerza a la puerta. Enfrentarse con quien estuviera dentro.

Un mensaje directo: «Hola, soy el doctor Starks. Hace unos días el señor Allison y yo hablamos por teléfono y él me pregunto quién era yo. Ahora va a averiguarlo porque he venido hasta aquí para decírselo. Pero más que quién soy yo, sé quién quiere ser el señor Allison».

Profesor. Padre. Aspirante a asesino.

Y a continuación el anzuelo. El señuelo. Señalarle la única salida: «Está equivocándose, a punto de cometer un error que le costará todo lo que tiene».

Imaginó una respuesta: «¿A qué se refiere al decir todo lo que tengo?».

Le vino a la cabeza una avalancha de recuerdos de hacía cinco años: todo lo que le había pasado cuando se había enfrentado con el señor R, Virgil y Merlin la primera vez. Conocía la respuesta a aquella pregunta: «Exactamente eso. Hasta la última cosa que tenga».

Aunque Jack tuviera el dedo en el gatillo a kilómetros de distancia, aunque estuviera apuntando con su arma, aunque estuviera listo para poner fin a su juego, la noticia de que Ricky estaba en la puerta de su casa le haría dudar.

Y si era Jack quien le abría la puerta, mucho mejor. No sería necesario ningún elaborado tira y afloja: «Hola, Jack. Estoy aquí para salvarte. Y para salvarme a mí».

Inspiró hondo. Por extraño que pareciera, estaba seguro. Todo aquello tenía sentido desde un punto de vista psicológico.

Pero el único elemento que parecía distorsionar su planteamiento era la hija.

Negó con la cabeza y volvió a mirar la casa.

Salió de su coche de alquiler y avanzó hacia la parte delantera de la casa del profesor. Solo rompía el silencio el zumbido de los insectos nocturnos que lo rodeaban. Notaba que el agobiante calor húmedo de las noches sureñas lo envolvía a cada paso, pero estaba tranquilo y frío, como si un aire gélido soplara sobre su cuerpo mientras caminaba.

Junto a la puerta principal de la casa del profesor había una lámpara que le lanzaba un tenue haz de luz. Vio el timbre, inspiró profundamente una vez y llamó. Oyó cómo sonaba en el interior. Luego retrocedió y aguardó.

A los pocos segundos oyó unos pasos.

Enseguida tuvo un pensamiento desconcertante: «¿La dama o el tigre?».

Y entonces se abrió la puerta.

Miró directamente a los ojos de una adolescente.

Tenía el cabello moreno, con unos mechones que le caían alrededor de la cara como si fuera despeinada. Lucía unos vaqueros descoloridos y una holgada camiseta blanca, y tenía el aspecto delicado que lucen los jóvenes que se enfrentan a algo que exige unos conocimientos superiores a los de su edad. Ricky la reconoció al instante: «Era la chica que cantaba *Bye, Bye, Miss American Pie* en el vídeo. La compañera de clase de Julia, la niña asesinada. La amiga de Julia. La hija de Jack».

—¿Sí? —dijo la chica.

—Hola —respondió Ricky con frialdad, casi con solemnidad. Esperó un momento antes de decir una segunda palabra para darle tiempo a la chica para que lo observara. Ella lo hizo, recorriéndole la cara con una mirada tan penetrante e intensa que casi lo tumbó de espaldas.

—Sí —dijo la chica por segunda vez, pero en esta ocasión fue casi un susurro.

—Soy el doctor Frederick Starks —empezó a hablar Ricky, con la voz cargada de determinación—. Soy…

La joven sujetó la puerta abierta.

—Sé quién es —dijo con dureza—. Le estábamos esperando.

25

Entró en la casa tras la adolescente.

El sofocante ambiente con olor a moho le pareció tan denso como la noche que dejaba atrás; solo había unas cuantas luces encendidas, que proyectaban sombras al azar a los rincones, dando un aspecto mal iluminado, gris y cerrado a cada habitación. Varias de las lámparas estaban tapadas con toallas o trapos para disminuir su luz, lo que hacía que el interior resultara tenebroso y fúnebre. Hacía fresco, casi frío, gracias a un sistema de aire acondicionado que zumbaba incesantemente en algún lugar oculto, pero notó que el calor aumentaba a su alrededor como si estuviera caminando por las brasas de un fuego ardiente. La chica iba unos pasos por delante de él.

—¿Tienes nombre? —preguntó Ricky.

—Sí.

Ricky esperó, pero ella no continuó.

Echó rápidamente un vistazo a su alrededor para intentar hacerse una idea de la casa de Jack. Imperaba en ella cierto desorden; vio cajas de *pizza* vacías amontonadas en la mesa de la cocina y platos sucios abandonados en el fregadero. En el salón había un colorido cuadro de arte moderno que estaba algo torcido. Junto a él había un agujero en la placa de yeso, como si alguien le hubiera dado un puñetazo en pleno ataque de furia. El agujero estaba al lado de unos estantes llenos a rebosar de novelas clásicas, obras de no ficción modernas y delgados volúmenes de poesía. Una pared abarrotada estaba dedicada a obras de arte infantiles, una imagen tras otra pegadas aleatoriamente en un *collage* de color. Supuso que representaba todas las veces que la hija había acercado el lápiz al papel desde que cumplió los tres años hasta aquella mañana. Entre los dibujos de la niña vislumbró algunos papeles del colegio, redacciones escritas a mano para la clase de Estudios Sociales o de Historia, todas ellas puntuadas en rojo con una destacada letra A en la parte superior, junto con expresiones como «¡Excelente!» o «¡Un trabajo estupendo!» con muchos signos de admiración. En el suelo del salón había una gastada alfombra oriental entre dos sofás marrones raídos y con demasiado relleno situados uno frente al otro. Una mesita de centro estaba sembrada de números antiguos de *The New Yorker, The Economist, The Atlantic Monthly* y *National Geographic*; Ricky pensó que no debían de ser la habitual lectura ligera de nadie en Alabama fuera de los círculos

universitarios. Casi todas las revistas tenían un cerco de café en algún lugar de la portada, y había por lo menos cuatro tazas a medio beber abandonadas en la mesa. Le pareció que una gruesa capa de polvo lo cubría todo. Todo lo que vio reflejaba dejadez. Tuvo la sensación de adentrarse en una cueva profunda de alguna selva, un lugar para animales pero jamás para seres humanos. Nada sugería a un hombre preciso y organizado, creador de un juego mortífero que planeaba un asesinato a cientos de kilómetros de distancia, aunque en un estante vio una cámara de vídeo junto a una fotografía enmarcada de una mujer sonriente y atractiva. «La esposa fallecida».

—En el piso de arriba —indicó la adolescente, señalando un tramo angosto de escalera—. Sígame.

Los peldaños crujieron un poco cuando ella subió.

En lo alto de la escalera, Ricky vio un pequeño dormitorio, que debía de ser de la hija a juzgar por los pósteres de *Teen Dream*, la bisutería desparramada por toda la habitación y la ropa sucia tirada por el suelo. Había un portátil abierto sobre la cama, rodeado de libros de texto y de un ejemplar maltrecho de la novela *Gente corriente*, de Judith Guest. Alcanzó a vislumbrar el salvapantallas: «Tres niñas de unos nueve años, cogidas del brazo. Dos blancas. Una negra». Había un único cuarto de baño y otra habitación al final de un pequeño pasillo, cuya puerta estaba cerrada. Le llegó una vaharada de antiséptico y, a medida que avanzó, esa sensación fue en aumento, aunque unida al característico olor de la marihuana.

—Aquí —dijo la adolescente—. Creíamos que vendría antes.

Abrió la puerta y la sostuvo para que Ricky pasara.

Fue como entrar en una habitación de hospital.

Las paredes eran totalmente blancas.

Había una sola cómoda de madera de color marrón en un rincón.

La única luz procedía de una tenue lámpara situada en la mesilla de noche.

Ricky vio la figura de un hombre debajo de una basta sábana blanca en una cama pequeña con un gota a gota salino para la medicación a un lado, una mesilla de noche abarrotada de envases de pastillas en el otro, junto a una Biblia desgastada y un ejemplar de *El mago* de John Fowles. El hombre alzó la vista y mostró unos ojos legañosos. Pálido. Nervudo, sucio, con un cabello moreno que le tapaba las orejas. Barba de tres días. Un hombre joven con aspecto de viejo. Parecía más un cadáver que una persona. La piel de los brazos le colgaba, flácida. Le temblaban ligeramente las manos. Tenía los labios secos y agrietados. Llevaba unas gafas con montura de carey. Miró a

Ricky por encima de ellas. Solo faltaba la caricatura de la Muerte con su capa negra y su guadaña rondándolo.

—Hola, doctor —carraspeó el hombre, esbozando una sonrisa—. Me alegra que por fin nos haya encontrado. No queda demasiado tiempo.

Se volvió un poco hacia la adolescente. Cada movimiento, hasta el más insignificante, parecía atravesarlo de dolor.

—¿Se ha presentado mi hija? Roxy, por favor, trae una silla al doctor Starks para que se siente.

La adolescente asintió. Se acercó a un armario y sacó de él una silla plegable de metal, que situó cerca de los pies de la cama. El hombre hizo un gesto para indicar a Ricky que se sentara.

—No se preocupe, doctor. No es contagioso.

Este miró sin querer los frascos de medicamentos que había en la mesilla de noche.

—En realidad ahora ya no me sirven de mucho —comentó el hombre—, aunque los analgésicos a base de morfina tienen cierto atractivo y fumar un poco de hierba va bien de vez en cuando.

Cada palabra que pronunciaba reflejaba dolor. Logró esbozar una sonrisita. Todo lo que decía mezclaba seguridad y fragilidad.

—Vamos, doctor. Seguro que ha visto antes a una persona próxima a su muerte.

Ricky asintió. Recordó los últimos días de su mujer.

«Distinto cáncer. Idéntico resultado», pensó.

La habitación tenía todas las características de la habitación en la que ella había terminado, excepto que faltaba el equipo para medir el pulso, el ritmo cardíaco y los niveles de oxígeno, además de la entrada y salida constante de internos, enfermeras y residentes, todos ellos vestidos de blanco y todos ellos esperando lo inevitable. Era oscura y antiséptica. Ricky miró los ojos enrojecidos y la piel amarillenta del profesor.

«Cáncer de próstata —pensó—. Puede que de hígado. Tal vez de estómago. Con metástasis. Se le ha extendido por el cuerpo. ¿A los pulmones? A los huesos, sin duda. De ahí proviene el dolor. Es insoportable. Es constante».

—No nos han presentado oficialmente, doctor, pero es como si ya lo conociera…

—Señor Allison… —lo interrumpió Ricky, pero el hombre de la cama lo ignoró.

—… Y, en cierto sentido, usted ya me conoce.

—Jack —dijo Ricky. Una palabra que era a la vez una afirmación y una pregunta.

El profesor sonrió.

—Ese es el nombre que me dijeron que utilizaría cuando nos viéramos —replicó, una respuesta que Ricky no se esperaba—. Mantenerme con vida para este encuentro me ha costado una enorme cantidad de energía. Mucho esfuerzo, y como puede decirle mi hija, no me quedan demasiados recursos. —Dirigió la mirada hacia donde estaba ella, apoyada en la pared y observando cada movimiento—. Roxanne. Mi preciosa hija. Mi maravillosa hija. Lo mejor que he creado en toda mi vida.

Ricky vio cómo los ojos de la adolescente se llenaron de lágrimas. El labio superior le temblaba. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a su padre.

—Un nombre bonito —dijo Ricky.

El profesor sonrió de nuevo con dificultad.

—Sonaba esa canción de Sting y The Police por la radio del coche cuando íbamos camino del hospital para el parto. Fue como un presagio. —Imitó la voz fina, casi aguda, con que la estrella del *rock* había cantado el nombre—. «*Roxanne… you don't have to put on the red light*…».

A pesar de lo incongruente que resultaba la canción en el ambiente agobiante de aquella habitación, su voz arrancó una sonrisita a su hija, antes de que volviera a adoptar una expresión de inquietud próxima al pánico. Ricky supuso que Allison se la había cantado muchas veces en circunstancias más felices y que al hacerlo ahora evocaba para ella unos buenos recuerdos que se enfrentaban a una realidad espantosa.

Echó un vistazo a su alrededor: una habitación aséptica. Un hombre que se estaba consumiendo. Una adolescente malhumorada y reservada. Era una estampa que distaba mucho de cuadrarle en la cabeza. El moribundo debería estar en un hospital. O tendría que haber personal sanitario atareado aliviándole el dolor con inyecciones hipodérmicas. Un hombre agonizante y una adolescente esperando que él llamara a la puerta en una casa solitaria: aquello no tenía sentido. Jack estaba en Nueva York. Jack era un asesino resuelto, enérgico, dispuesto a hacer un movimiento muy bien planeado. Jack no era un hombre postrado en la cama, con pocos meses de vida por delante, o puede que solamente unas semanas o incluso unos días. La piltrafa que estaba en la cama no se parecía en nada al Jack seguro de sí mismo que le había hablado por teléfono. Ricky notó que todo le daba vueltas. Parecía estar perdiendo el contacto con la realidad. Estaba mareado. De repente el mundo

era violentamente turbulento, como las bolsas de aire y las ráfagas de viento a diez mil seiscientos metros de altura.

El profesor pareció leerle los pensamientos.

—¿Cree que este es un lugar horrible para morir? —preguntó.

Ricky asintió sin pensarlo.

—No. Se equivoca —aseguró el profesor con una sonrisa agitando una mano en el aire—. Lo que usted ve es feo. Pero lo que yo veo, doctor, es sumamente hermoso. Pintoresco. Una extensión de ondulantes campos verdes. Un sol reluciente. Una ligera brisa. Un cielo azul, despejado. Calidez y esperanza.

Ricky tuvo la sensación de que la habitación menguaba a su alrededor.

—Esperanza… —empezó a contestar.

—Sí —lo interrumpió Allison—. La mejor clase de esperanza. Infinita, ilimitada, maravillosa. Una esperanza que se eleva como música sinfónica interpretada por ángeles. Esperanza en el futuro. Un mundo de posibilidades excelentes al alcance de la mano.

«Futuro» no era una palabra que Ricky esperara oír de labios del moribundo. Contradecía lo que veía y olía, y todo lo que sabía sobre la muerte. Pensó rápidamente en la señora Heath, que estaba en Miami, y apostó que sus últimos días no serían como lo que ahora se desplegaba ante sus ojos.

—Cuiden de este oso, por favor —dijo Allison en voz baja.

Ricky volvió a concentrarse de golpe en el profesor.

«Paddington».

Ese era el mensaje que se leía en la etiqueta de la maleta del oso cuando lo abandonaron en la estación de Paddington de Londres. Era el eje sobre el que giraba el cuento infantil.

—Un cuento maravilloso, atemporal —prosiguió Allison—. Yo se lo leía a Roxy una y otra vez cuando era pequeña. Y se lo regalé a Julia cuando necesitó ayuda. Y creo que ella lo regaló a su vez.

A Ricky le daba vueltas la cabeza. Iba a la deriva, en mares sacudidos por la tempestad.

—El vídeo… las amenazas… los abogados convertidos en blancos mortales… no ha sido usted —soltó Ricky.

El profesor sonrió de nuevo.

—Yo no sé nada de eso. Conozco lo del vídeo, supongo. En cuanto a las amenazas, bueno, no tengo ni idea de lo que está hablando. Da igual. He estado esperando que llegara este momento, doctor Starks. En realidad, solo

me esperan dos cosas: Conocerle a usted y morir. Las dos van juntas. Lo siento.

—No ha sido usted —repitió Ricky.

—Sí que he sido yo —insistió el profesor.

—No…

—Y no he sido yo.

Ricky se detuvo. Se mordió el labio inferior intentando encontrar la pregunta adecuada.

—Eso no es posible —dijo. No era exactamente una pregunta, pero conducía a una que era evidente.

—Pero se equivoca —aseguró Allison.

Sufrió un ataque terrible de tos, casi veinte segundos de movimientos convulsos del tórax, de una furia interior seca. Tenía levantada la mano libre para que Ricky se quedara en su sitio. Este vio que el repentino ataque había dejado al profesor todavía más exhausto. La hija se separó de la pared para acudir junto a la cama e incorporar un poco a su padre con la intención de ayudarlo. Pasado un momento, le acercó a los labios un vaso de agua helada, que había cogido de la mesilla de noche. El moribundo bebió un poco, se recostó ligeramente e hizo un gesto con la cabeza hacia su hija, que depositó de nuevo el vaso en la mesilla, tomó la mano de su padre y la apretó. El profesor dejó de mirar a Ricky para fijar los ojos en su hija.

—Papá —dijo esta, casi sollozando—, déjame que llame a las enfermeras. Pediré una ambulancia. Regresemos al hospital. Por favor.

El hombre negó con la cabeza.

—Roxy, ya sabíamos que esto iba a pasar. Lo practicamos. Y está ocurriendo exactamente como sabíamos que sucedería. No tengas miedo.

—No tengo miedo —respondió la adolescente con frialdad, aunque su voz la traicionaba.

«Eso es mentira —pensó Ricky observándola—. Está muy asustada».

—Muy bien —contestó el padre—. Esa es mi niña. Nunca tiene miedo.

—No quiero hacerlo —dijo—. Por favor, papá…

—Tenemos que hacerlo, cielo. No hay otra opción.

Tosió de nuevo. El espasmo pareció robarle del pecho una parte considerable de la poca vida que le quedaba.

Su hija lo ayudó a recostarse sobre un montón de almohadas y retrocedió hacia la pared situada a la izquierda de Ricky, que podía oír su respiración: laboriosa y nerviosa. Creyó que la chica sentía casi tanto dolor como su padre.

—Deje que le dibuje un retrato, doctor. Es el único retrato que me queda: un año más aquí abajo para Roxy —dijo Allison—. Un año duro, a mi entender, por todo a lo que tendrá que adaptarse cuando yo ya no esté. Pero está lista para ello. Ha hecho sus deberes. Se ha preparado. Un par de años en Exeter, Andover u otro elegante colegio privado en el noreste. Caro. Prohibitivo. Pero eso no será un problema para ella. Podrá elegir. Obtendrá las mismas buenas notas que aquí, se lo prometo. ¿Qué vendrá después? Harvard o Yale. Quizá Princeton o Stanford. ¿Una licenciatura de Derecho? ¿O un máster en Administración de Empresas por Wharton, para poder dirigir una negocio y hacerse rica? ¿O tal vez un doctorado en Medicina como usted, doctor Starks? Está destinada a grandes cosas. A lo mejor encontrará la cura para lo que me está matando. Aunque resulte demasiado tarde para mí, no lo será para otras personas.

Ricky se giró un poco. La adolescente no mostraba ninguna reacción, salvo un ligero temblor del labio superior. Las lágrimas le resbalaban silenciosamente por las mejillas.

—Es difícil lograr todo esto cuando eres un padre que está educando solo a su hija y se está muriendo en el culo del mundo, ¿no le parece?

Ricky asintió.

—Sin seguro. Sin ahorros. Sin herencia. Con muy poca pensión. Con muchas deudas. Médicos. Medicinas. De todo. Ningún familiar que pueda ayudar. Normalmente, todo eso se traduce en una falta total de oportunidades, ¿verdad, doctor? Será huérfana en más de un sentido.

Ricky no tuvo que responder.

—Pero encontré una forma de proporcionarle todas estas cosas.

—¿Cómo…? —A Ricky se le apagaba la voz.

—De hecho, para ser más exactos, se me presentó una forma de hacerlo. Puede que fuera pura suerte.

—No le comprendo.

—Lo verá claro en unos segundos. Roxy. ¿Por qué no le das al doctor Starks su primer regalo? Tenemos un par de obsequios para usted, doctor.

—¿Ahora, papá?

—Sí. Y no olvides los…

—Sé lo que tengo que hacer —lo interrumpió, temblorosa, la adolescente.

Luego se sacó un par de guantes blancos de látex de un bolsillo de los vaqueros y se los puso. En cuanto se los hubo ajustado en ambas manos, se dirigió hacia la cómoda de madera, abrió el cajón de arriba y sacó de él un

sobre grande de papel manila. Dejó el cajón abierto y ofreció el sobre a su padre.

—No —dijo este—. Pertenece al doctor Starks.

El profesor lo empujó hacia Ricky.

—Después de todo —dijo Allison—. Me han dicho que lo reconocerá.

El sobre era desconocido para Ricky. Alzó la mirada hacia el hombre acostado en la cama.

—Adelante —pidió el profesor, asintiendo ligeramente—. Ábralo.

Ricky rasgó la parte superior. Notó que había algunas cosas dentro. Metió la mano y sacó una.

Sintió en el acto que perdía pie, que se precipitaba al vacío, que caía en picado por un enorme agujero oscuro como si lo hubieran empujado desde lo alto de un precipicio hacia el centro de un tornado. Si antes estaba confundido, ahora estaba al borde de un precipicio compuesto por el auténtico miedo.

Tenía en la mano un carnet de conducir falso.

En él estaba su fotografía, tomada cinco años antes.

En él figuraba el nombre Richard Lively y la dirección de Durham, New Hampshire, donde había creado la identidad falsa que le había dado el espacio, el tiempo y la oportunidad de averiguar la verdad sobre el señor R, Virgil y Merlin, y volver las tornas contra ellos.

De repente su respiración se volvió superficial y constreñida. Echó un vistazo al interior del sobre, pero ya sabía lo que vería. Una tarjeta falsa de la Seguridad Social. Una tarjeta de crédito falsa. Algunos de los demás documentos falsos que había utilizado para crear esa identidad inexistente. Todo lo que había creído que jamás volvería a ver cuando se convirtió de nuevo en el doctor Frederick Starks. Materiales que había guardado bajo llave en su nueva consulta, en su nueva casa de Miami. Objetos que jamás había esperado volver a mirar ni una sola vez. Objetos olvidados, como si existieran en un mal sueño o en un recuerdo de un pasado que no era suyo.

«Mi fantasma —pensó—. Vuelve a la vida en el peor momento».

—¿Cómo…? —gruñó.

—Supongo que realmente no puede hablarse de un regalo cuando te dan algo que ya te pertenece —dijo el profesor.

—Yo… —empezó a decir Ricky, pero se detuvo.

Se dio cuenta de que no quería oír la respuesta a la pregunta de cómo aquellas cosas habían acabado en un cajón de la habitación de un hombre

agonizante en la Alabama rural porque ya la sabía. De golpe no quería ninguna respuesta. Quería salir corriendo.

El pánico debió de reflejársele en la cara.

Cuando levantó la mirada hacia el profesor moribundo, vio que le temblaba en la mano una pequeña pistola semiautomática con la que le apuntaba al pecho. No sabía muy bien cómo aquel hombre había reunido las fuerzas suficientes para sacarla de debajo de la sábana y sostenerla. Pero esta, como muchas otras preguntas, le pareció terriblemente irrelevante en aquel momento.

—Roxy, por favor, enséñale al doctor su otro regalo.

—Oh, papá, por favor…

—El otro regalo, Roxy.

La repetición de la orden pareció consumir todavía más cantidad de la limitada vitalidad que le quedaba. Cerró los ojos para combatir una oleada repentina de dolor.

Ricky vio que la adolescente estaba dividida. La chica se volvió hacia la cómoda y él se giró un poco hacia ella. Por un momento le dio la espalda y le tapó la visión. Pero cuando se volvió, Ricky vio lo que tenía en la mano.

Un revólver.

El Colt Python Magnum 357 que el señor R le había dicho que iba a necesitar.

Su propio revólver, que había dejado en Miami. En el mismo cajón donde estaba la falsa identificación de su antiguo *alter ego*.

Pero ya no estaba en Miami. Ahora se encontraba en aquella habitación.

Notó que se le contraían los músculos y se le paralizaban las extremidades. Se sintió encerrado en un bloque de cemento. Estaba pasando algo, pero todavía no sabía el qué.

Lo único que conocía era que la muerte estaba presente en la habitación y se acercaba deprisa al centro del escenario.

Una enfermedad. Dos armas. Su pasado. Un mundo que de repente le estrechaba la garganta con fuerza. Por un segundo tuvo la impresión de que el señor R, Virgil y Merlin estaban en la habitación con ellos. Riéndose de él.

Observó cómo la adolescente cruzaba de nuevo la habitación y dejaba cautelosamente el revólver a los pies de la cama. Si se abalanzaba sobre él, podría alcanzarlo, aunque no sabía si estaba cargado. Pero la semiautomática en la mano del profesor desaconsejaba cualquier movimiento brusco. Allison apenas parecía capaz de sujetar el arma. El cañón temblaba como el calor sobre la calzada en una tarde sofocante. Casi parecía una alucinación.

Por primera vez, Ricky fue capaz de ver más allá del pánico que lo estaba invadiendo y se fijó en que los ojos de la adolescente se estaban llenando de lágrimas. Vio, a pesar de la tenue luz, que estaba pálida y, por un instante, tuvo la impresión de que tal vez estaba tan asustada como él. Fue un cambio repentino, brusco, en el que pasó de actuar con rigidez, casi como un autómata, a estar embargada por las emociones. Vio que Roxanne estaba luchando, combatiendo, librando una batalla contra unos sentimientos implacables que tiraban de ella como la resaca que te aleja de la playa y la seguridad.

—Papá —dijo con la voz ronca, atragantándose—. No quiero que mueras. No quiero que nadie muera.

El profesor la miró casi con melancolía.

—Ya sabes que no podemos hacer nada, cielo. Excepto esto.

—No quiero matarte —soltó, casi susurrando.

—Pero no lo harás, cariño mío. Es el cáncer el que me está matando. El dolor me está matando. Lo único que vas a hacer es liberarme. Es lo que quiero y lo que tú quieres para mí, cielo. Y lo sabes. Pero esta noche será el doctor Starks quien me mate. —Se detuvo, respirando con dificultad—. Eso es lo que dirás a la policía cuando se presente en casa. Y eso es exactamente lo que la policía creerá. —Le temblaba la voz del mismo modo que el arma que sostenía. Se volvió hacia Ricky—. Una historia muy simple para unos inspectores que solo quieren una historia simple, doctor. Parecerá lo siguiente: usted sacó su arma, yo me defendí y ambos acabamos muertos.

Ricky se había quedado ronco. Tuvo que escupir cada palabra, porque le costaba tanto hablar como al profesor:

—Pero ¿por qué iba yo a…?

Allison levantó la mano para interrumpirlo.

—No puedo ayudarlo en eso, doctor. Simplemente me dijeron que su móvil quedaría establecido de un modo irrefutable por unas personas que son expertas en ello.

«Lo son —pensó Ricky—. Malditos sean. Tengo que huir. ¡Sal corriendo ya!».

Pero era incapaz de moverse.

—Roxy —prosiguió el profesor, hablando en voz baja, aunque le costaba un esfuerzo enorme—. Sabes lo del dolor. Eras consciente de que este día iba a llegar. Eres fuerte, cielo. Mucho más de lo que crees. Y tendrás que serlo más todavía. Hemos hablado largo y tendido sobre esto, y realmente es la única forma de mantener la esperanza. Lo sabes muy bien.

Ricky vio que la adolescente se estremecía de la emoción. Las lágrimas le corrían ahora por las mejillas. Pero asintió.

—Estoy bien, papá. Estaré bien.

—Sé que así será.

—Seré fuerte, te lo prometo.

—Ya lo sé. Y yo te acompañaré siempre. No estaré aquí, pero sí que estaré aquí. Ya lo sabes.

—Lo sé.

La adolescente estaba al borde de un ataque de nervios: le temblaban los hombros y se le quebraba la voz. Las emociones, desbordadas como el agua de un dique, llenaron la habitación y resonaron en ella. El profesor moribundo se volvió hacia Ricky.

—Esta noche morirán dos personas, doctor. Usted, la persona que llegó aquí dejando a su paso, según me han contado, un rastro vergonzoso de mentiras y falsedades, y yo, el respetado profesor, el hombre al que todos los miembros de esta comunidad quieren. El hombre que ya estaba muriéndose sin posibilidad de sobrevivir.

Ricky tenía la garganta seca. Ya no confiaba en su voz.

—¿Y sabe qué pasará cuando muramos? —preguntó Allison.

Ricky negó con la cabeza.

—El futuro de mi hija estará asegurado.

—¿Cómo…? —empezó a decir de nuevo.

—Como Paddington. Un huérfano que no es un huérfano.

El profesor parecía prácticamente superado. Sus palabras eran atormentadas, rasgadas por la tristeza. Su hija había sucumbido a las lágrimas y sollozaba sin cesar. Ricky vio que el hombre reunía las pocas fuerzas que le quedaban y miraba a su hija.

—Roxy —dijo—. Coge el revólver del doctor.

La adolescente avanzó y agarró el arma. Apenas parecía capaz de levantarla. Le temblaba todo el cuerpo.

—Por favor, papá. No quiero… No puedo…

Se detuvo. Ricky no sabía si eso significaba que podía o que no podía.

—Sé fuerte, mi vida —dijo el profesor—. Sé más fuerte ahora de lo que lo has sido nunca.

Apartó la mirada de su hija y la dirigió de nuevo hacia Ricky.

—Lo siento mucho, doctor. Realmente no tenía otra opción —dijo el profesor, con la voz tan baja como un susurro—. Llegué a un acuerdo. Podría decirse que hice un pacto con el diablo. Me dijeron que llegaría una noche en

que usted vendría aquí. Y que entonces tenía que dispararle y que la gente que quiere verlo muerto quedaría satisfecha. Y entonces Roxy cogería su revólver, me dispararía y yo iría hasta mi destino sabiendo que alguien cuidará de ella, como de Paddington. Mi osita. No podría morir sin saber que ella estará bien. Y, como comprenderá, nadie creerá jamás que ella disparó ese revólver. Su revólver. Tan lejos de su casa. Sabrán que fue usted. Aunque no lo haya sido.

A pesar de estar petrificado, Ricky pensaba lo más rápido que podía.

—Mienten —afirmó—. Mienten en todo. No cumplirán su parte del trato.

No sabía si aquello era cierto o no, pero era lo único que podía decir. Pensaba lo siguiente: «Me han matado. Finalmente lo han conseguido. Tal como empezaron a hacer hace cinco años. Merlin, Virgil y el señor R. Me han matado sin apretar ellos mismos el gatillo».

—Lo siento —insistió el profesor—. Sé que usted no me ha hecho nada para merecer esto. Realmente no soy ningún asesino, aunque supongo que sí debo de serlo. O que tengo que serlo. No sé muy bien cuál de las dos cosas.

Ricky notó que el profesor estaba al límite de sus fuerzas. Vio el arma levantada. Se agitaba débilmente en la mano del hombre. El cañón se bamboleaba hipnóticamente de un lado a otro. El siguiente pensamiento que atravesó su estado de *shock* fue conciso y devastador: «Me he equivocado en todo. Todo era una farsa. Y yo ayudé a crearla. Mis mentiras se sumaron a las suyas y juntas forman una sola verdad: voy a morir».

—Lo siento, doctor. Todos hacemos cosas terribles por amor, ¿verdad? Yo tengo que hacer esto para que mi hija tenga el futuro que quiero para ella.

Por un momento pareció sentirlo de verdad.

—Supongo que podría decirse que soy Jack. O quizá —prosiguió—, todos somos Jack. —Negó con la cabeza—. Pero, en realidad, no hay ningún Jack —dijo en voz baja.

Cerró los ojos por el dolor.

Y entonces disparó.

SEGUNDA PARTE

LAS VISITAS BIENVENIDAS

Fue en otra vida,
llena de sangre y sudor,
cuando la oscuridad era una virtud,
y la carretera estaba enfangada,
entonces llegué del desierto,
un ser desprovisto de forma.
Pasa, me dijo ella,
Te daré cobijo de la tormenta.

BOB DYLAN,
Shelter From the Storm (1975)

Ese era su poder. El mejor truco que el diablo inventó fue convencer al mundo de que no existía.

Sospechosos habituales (1995)
Actor: Kevin Spacey
Guionista: Christopher McQuarrie
Director: Bryan Singer

26

Todo le gritaba: «¡Muévete!».

Pero permaneció inmóvil.

«Me han disparado.

»Me estoy muriendo.

»Ya estoy muerto».

No sucedió ninguna de estas cosas, lo que solo sirvió para asombrarlo más.

«¿Dónde está el dolor? ¿Y la sangre?».

Por un momento, Ricky creyó que estaba fuera de su cuerpo, mirando hacia abajo, como si pudiera verse a sí mismo herido mortalmente y cayendo al suelo a cámara lenta, con el corazón atravesado por un balazo, jadeante, intentando vivir cuando eso era imposible. Y entonces, como una aguja que raya la superficie de un viejo disco de vinilo, regresó a su cuerpo y se percató de que todavía había vida en él. El sueño terminó. El aire, que parecía cenizas fundidas, le llenó los pulmones. Los músculos se le contrajeron espasmódicamente, pero su postura no cambió ni un milímetro. Le retumbaban los oídos, como si estuviera al lado de un reactor.

«Estoy vivo —se dijo a sí mismo—. Aunque puede que no por mucho tiempo».

Entonces las cosas sucedieron rápidamente a su alrededor: explosiones de sonido, pensamientos y acciones que llenaron la habitación mientras el eco del disparo se desvanecía.

La hija gritó. Fue algo entre un chillido y un sollozo que no aspiraba a ser lenguaje, pero que expresó íntimamente la confusión del momento. El profesor moribundo se hundió más en la cama, como si apretar el gatillo hubiera sido el último levantamiento de una serie de pesas y el esfuerzo hubiera dejado exhausto todos los músculos de su cuerpo. Soltó un grito ahogado y el arma se le cayó de las manos. Y, por último, Ricky se puso de pie de un salto y volcó ruidosamente la silla plegable de metal. Él también soltó un largo grito gutural, como el de un animal, desafiante, herido por el ruido y no por la bala, asustado; no, aterrorizado. Pero cuando se volvió para salir huyendo, el sonido se disipó. La lógica le decía que el profesor moribundo encontraría otro ápice de fuerzas, volvería a levantar la semiautomática y le pegaría otro tiro, esta vez mortal.

«No fallará dos veces», pensó Ricky.

Y en aquel mismo instante se preguntó cómo era posible que hubiera errado la primera vez.

«Indecisión. Enfermedad. Inexperiencia», concluyó.

Y entonces pensó: «¡Defiéndete!».

Se vio a sí mismo lanzándose hacia delante, sujetando el arma y forcejeando enérgicamente para arrebatársela al profesor de sus manos debilitadas. Imaginó a la hija levantando el 357 y disparándole una bala en la espalda para defender a su padre. Pudo ver una lucha desesperada entre el profesor aquejado de cáncer, la adolescente frenética y él, arañándose, clavándose las uñas, una refriega con golpes y disparos, y con la muerte observándolo todo de cerca, paciente, puede que incluso apostando, sin saber quién se impondría.

Pero eso no sucedió.

En lugar de eso se quedó quieto. Fue toda una proeza que reuniera las fuerzas suficientes para dudar en vez de correr. Notaba que el pánico que lo invadía le exigía actuar. Lo desafió pensando con frialdad, de modo calculador. El equilibrio entre estos dos deseos opuestos le resultaba esquivo.

En aquel segundo, la hija gritó:

—¡No, papá, para!

Todo pareció frenarse en la habitación, derrapando por piedras sueltas hasta detenerse.

—No puedo, papá. No puedo —dijo, embargada de nuevo por las lágrimas, y en voz baja añadió—: No podemos. —Y a continuación—. No deberíamos hacerlo.

Se oyó un fuerte golpe que al principio Ricky no supo identificar, pero enseguida cayó en la cuenta de que la adolescente habría dejado caer el pesado 357 al suelo de madera.

Ricky vio que el profesor moribundo la miraba. Tenía los ojos llenos de tristeza y de desesperación.

—Tienes que hacerlo. Tenemos que hacerlo. Es nuestra única esperanza. Por favor, Roxy. Recoge el revólver.

Fue como si Ricky ya no estuviera en la habitación.

«A lo mejor estoy muerto. A lo mejor estoy viendo todo esto desde un mundo paralelo porque estoy transitando entre la vida y la muerte», pensó.

Sin embargo, se oyó a sí mismo decir con calma:

—Hay otra posibilidad.

«¿La había?». Tenía sus dudas.

Al resonar en la habitación, su voz cambió la dirección de la mirada del profesor. Fue como si de golpe recordara que Ricky estaba allí.

Este vio que el profesor moribundo levantaba despacio la pistola. Parecía moverse entre fango o pegamento. A pesar de que todas las fibras de su ser le gritaban a Ricky que se escondiera, que se agazapara, que se lanzara al suelo, que corriera hacia la puerta, que escapara o que hiciera algo típico del protagonista de una película de acción de Hollywood, se quedó clavado en su sitio. Pero mientras que él se había quedado rígido, Roxanne exhibió de repente una agilidad atlética, como una bailarina que se mueve por el escenario bajo la luz de los focos, haciendo piruetas y proyectándose elegantemente por el aire. Lo dejó atrás de un salto y se situó al lado de su padre, puso con seguridad su mano sobre la mano con la que este sujetaba la pistola y le obligó cariñosamente a dejarla sobre la cama.

—No —susurró—, para. Por favor, para. No podemos. Me da igual mi futuro. Me da igual todas esas cosas que has dicho. Yo solo te quiero a ti, papá. Por favor.

Vio la derrota en los ojos del profesor. Mermado por la enfermedad. Incapaz de matar. Desgarrado por la desesperación. Y entonces el Ricky que parecía perdido, la parte de él que era dura, tranquila y organizada frente a las descontroladas emociones de la temeridad, la parte de él que se había enfrentado a la muerte antes y que había salido vencedora, afloró a la superficie, emergió y dijo con calma:

—Permítame que le explique algo sencillo, señor Allison.

Se detuvo teatralmente, como un actor que se prepara antes de empezar a declamar: «Ser o no ser, de eso se trata…».

—Esta noche vamos a morir todos. Usted. Yo. Y Roxanne.

Fue como si el disparo que le había pasado silbando junto a la oreja nunca hubiera tenido lugar.

La habitación se quedó en silencio.

En aquel momento, Ricky vio algo de la trampa en la que había caído. Había comenzado cuando se había encontrado al señor R esperándolo en el diván de su consulta.

«La primera mentira: nadie se prepara contra un asesino.

»El señor R no podía saber eso.

»No podía estar seguro. No podía imaginarse qué podía haber hecho yo o no por si alguna vez se presentaba en mi casa exactamente como lo hizo. Así que de ningún modo podía apretar el gatillo aquella noche.

»Tenía que encontrar a otra persona que lo hiciera. No otro asesino. Alguien inmune a la ley. Entonces estaría a salvo. Su hermano estaría a salvo. Su hermana estaría a salvo.

»Y yo estaría muerto, igual que si él me hubiera matado cinco años atrás… o aquella primera noche… o cualquier noche pasada…

»… Lo que se convirtió en la segunda mentira:

»Quiero su ayuda, doctor…».

Aquella era la trampa que él mismo había ayudado a tenderse, puede que no del todo, pero sí lo suficiente.

«Me interpretaron a la perfección. Sabían en qué agujero caería por voluntad propia», pensó.

Y reconoció que, al igual que una red abandonada que se ha desamarrado y que, arrastrada por las fuertes corrientes, va matando indiscriminadamente por el mar, la trampa en la que él estaba atrapado seguía funcionado a todo riesgo. Máximo peligro.

Casi se atragantó.

—Solo tenemos unos segundos. Tal vez unos minutos. Pero no mucho más.

Roxanne separó cariñosamente los dedos de su padre del arma. De repente, ella tenía la semiautomática en la mano.

Bajada, apuntando al suelo.

Su padre se volvió hacia Ricky.

—No comprendo —gruñó.

Ricky pudo verlo todo, como en una pantalla situada delante de él.

Otra clase de pánico le recorrió el cuerpo. Fue como si, de repente, viera el futuro inmediato.

—En un lapso muy breve de tiempo —explicó despacio, con una voz gélida que contradecía insistentemente el miedo que ardía en su interior—, se abrirá la puerta principal de su casa. Será un hombre con una pistola. El hombre con quien usted creía que había acordado un trato. No lo tenía. Y nunca fue así, a pesar de lo que él pudiera decirle o hacer. Entrará en esta casa y esperará ver lo siguiente: a mí y a usted muertos. Y a su hija de pie a nuestro lado, pero eso sucederá solamente si ella es lo bastante valiente para seguir sus instrucciones al pie de la letra. Ahora bien, si no ha podido llevar a cabo lo que se le ha dicho que haga y usted sigue vivo, a él le dará igual. No le importará en absoluto. Y hará lo siguiente: tomará esa arma, mi arma, y la matará primero a ella y después a usted. Luego me la pondrá en la mano. Y

finalmente se irá. Desaparecerá por completo. Y será como si nunca hubiera estado aquí. —Ricky se detuvo, antes de añadir—: ¿Y sabe qué?

Ni el padre ni la hija preguntaron «qué» a modo de respuesta. No era necesario.

—Él nunca habrá estado aquí. Porque puede ser un fantasma cuando quiere.

El silencio se propagó por la habitación como una enfermedad.

—¿Ha visto alguna vez al señor R en persona? —preguntó Ricky.

El profesor negó con la cabeza.

—¿Quién es el señor R? —respondió tosiendo—. Nosotros nos reunimos con una mujer…

—¿Muy hermosa?

Roxanne asintió.

«Virgil».

—Y ella dijo: «Si hacen esto cuando el doctor Starks llegue…». —Ricky se detuvo. Pudo ver en las caras de ambos que respondían «sí»: el profesor al borde de la muerte, la adolescente al borde de la pérdida—. Pero tuvo que convencerlo…

—Dijo que usted es un asesino. Una mala persona. Que quedó impune del asesinato de su padre adoptivo, al igual que Jimmy Conway se libró del asesinato de Julia. Dijo muchas cosas que yo quería oír. No me importó si eran verdad o no. Era tentadora. Y yo… —El profesor se detuvo. No fue necesario que añadiera: «Estaba desesperado y me moría». Era obvio.

—El dinero, ¿cómo le garantizó…?

—Una cuenta bancaria. Un fideicomiso. Habría un millón de dólares en él. A nombre de Roxy.

«Un millón de dólares —pensó Ricky—. Todos esos ceros eran para impresionar. Podrían haber sido mil millones de dólares. Un billón de dólares. Jamás existieron».

—Ya no estarán ahí. De hecho, nunca lo estuvieron.

—Había un abogado… —empezó a contar Roxanne—. Trajo unos documentos que papá firmó. Tenía que ser mi tutor.

—¿El señor Sharpe de Dothan?

Roxanne asintió de nuevo.

«El hombre que aportó Merlin. Creo que tendré que visitarlo otra vez», pensó Ricky con un atisbo de furia, aunque no dijo nada de esto en voz alta.

—Parte del plan, creo. Los documentos eran falsos. Y el señor Sharpe, bueno, dudo que fuera a hacer lo que creíais que haría… —Miró al padre—.

Usted no estaría aquí para enfrentarse a él. De hecho, no habría nadie.

La adolescente había recuperado algo de compostura. Ricky vio que se secaba las lágrimas de los ojos.

—¿Qué hacemos, papá? Todo está al revés. Llamemos a la policía. Te dije que deberíamos haberlos avisado. Hagámoslo ahora.

«"Al revés" es la expresión adecuada», pensó Ricky.

—La policía no será de ayuda —comentó con decisión, pensando en los inspectores Smith y Jones.

Trató de imaginar cómo esos dos policías se abrirían paso entre la maraña de mentiras que Virgil, Merlin y el señor R habían creado. «Imposible. Especialmente cuando todo se remontaba a un farmacéutico muerto que podía haber sido o no asesinado después de que ellos no consiguieran que lo declararan culpable de asesinato», pensó.

—No pueden ayudarles. ¿Cree que hay alguna prueba de su acuerdo? Ni hablar. La policía… puede que esta noche los mantenga con vida. Puede que incluso mañana. Pero ¿y después? ¿De aquí a una semana? ¿De aquí a seis meses?

«¿Y de aquí a cinco años? —se dijo a sí mismo—. Este es el tiempo que han esperado para matarme a mí».

—No —prosiguió, tratando de dar sentido a una situación que no lo tenía —. Conozco a estas personas. Son implacables. El tiempo no significa nada para ellas. —Paseó la mirada del profesor a su hija y, después, de vuelta al hombre—. Todos ellos son asesinos. Uno más que los otros: este es un asesino a sueldo, un psicópata. Son tres hermanos, dos varones y una mujer, que quieren, no, que necesitan verme muerto. Están obsesionados conmigo. Ya intentaron matarme una vez. Les da igual lo que le ocurra a cualquiera que se interponga en su camino, siempre y cuando obtengan lo que quieren. Y queden impunes.

—Pero ¿por qué? —preguntó Roxanne.

—No hay una respuesta fácil, Roxanne —dijo, girándose hacia ella—. En parte, porque una vez, hace muchos años, le fallé a su madre y eso le costó la vida. Y jamás me lo perdonarán. Se quedaron huérfanos, pero los educó para que se vengaran alguien que era… —Se detuvo. Imaginó a su antiguo mentor, el doctor Lewis—. Nunca se detendrán. Antes no lo entendía, pero ahora sí lo sé.

Vio que el profesor moribundo se mordía el labio inferior agrietado. Vio que, a través de la confusión del dolor y del miedo, Allison comprendía un detalle vital: era vulnerable.

«Acudes a un hombre que necesita terriblemente esperanza y le das un poco. Lo único que tiene que hacer es llevarse a alguien con él al morir. Es el engaño más fácil de montar. Cuiden de este oso, por favor. Solo que el oso abandonado no es Paddington, sino Roxanne, que está a punto de quedarse huérfana. Y el profesor moribundo hace por ti lo que llevas cinco años planeando. Venganza. Asesinato, pero uno con el que no estás relacionado porque puedes hacer desaparecer cualquier vínculo con él. Lo único que necesitabas era situarme en esta habitación con un hombre agonizante que se creería cualquier promesa falsa que le hicieras. El asesino sustituto ideal».

A duras penas empezaba a comprender esto. Pero cada vez lo tenía más claro. Ricky notó que le fallaba la imaginación, pero conservó la compostura en su semblante.

—Solo puedo decirles que yo no soy la persona que les dijeron que era —aseguró—. Y que ellos no son quienes ustedes creyeron que eran.

Vio que cada palabra que decía hacía mella en el rostro del profesor. El hombre postrado en la cama pareció flaquear.

—Señor Allison —dijo con una voz casi suplicante—. Usted, yo, Roxanne… todos corremos un enorme peligro.

De nuevo el silencio se apoderó de la habitación.

—Miren, señor Allison, Roxanne… si creen que ellos están diciendo la verdad y que yo les estoy mintiendo… bueno, adelante, dispárenme ahora. No fallen esta vez. De otro modo tendré que actuar, y rápido.

Le pareció que era un argumento convincente y un riesgo espantoso. Estaba pidiendo a dos personas que pasaran del homicidio a la confianza casi al instante. No sabía si lo que había dicho bastaría para que hicieran esta transición, pero, al observarlos, vio que el profesor recostaba la cabeza, miraba al techo y se inclinaba hacia delante. Dirigió a su hija una mirada que era en parte exigencia, en parte devoción.

—De todos modos voy a morirme, Roxy —dijo—. Muy pronto. Lo sabes. Pero el doctor Starks podría tener razón: tienes que huir. Y tienes que hacerlo ya. No podemos correr el riesgo de pensar que está equivocado. No puedo morir a no ser que sepa que tú estás a salvo. Eso me dolería más que nada.

—¿Adónde puedo ir? —Se le quebró la voz.

Y en aquel segundo, Ricky se percató de que su mundo había cambiado de repente, como si hubiera dejado de girar en un sentido y empezado a dar vueltas en el sentido contrario, más y más deprisa, adquiriendo impulso, irrefrenable.

—Tiene que venir conmigo —dijo en voz baja.

—No me iré de aquí —soltó la adolescente con brusquedad, volviéndose hacia él. Su cuerpo, tenso, decía «no»—. No dejaré a mi padre aquí solo. Este es nuestro hogar. —Cada palabra era desafiante.

—Ya no —soltó Ricky demasiado deprisa.

«Te matarán porque conoces su existencia —pensó y, aunque no lo dijo en voz alta, estaba convencido de algo—: Tienes quince años y no llegarás a los dieciséis».

El silencio recorrió de nuevo lentamente la pequeña habitación y pareció enconarse. Un segundo. Dos. ¿Un minuto? ¿Más? No lo sabía. Miró al profesor.

—Señor Allison… —empezó a decir.

—Creo que lo entiendo —respondió el profesor—. Necesitamos tiempo, y eso es lo que no tenemos.

A Ricky le pareció un comentario perspicaz. No había tiempo ni para planear, ni para tomar decisiones, ni tampoco para vivir y no morir. Asintió.

—¿Cuidará de ella? —preguntó el profesor lastimeramente.

—¡No voy a dejarte, papá!

—Lo haré lo mejor que pueda —replicó Ricky por encima de la negativa de la adolescente. No podía creerse que estuviera diciendo aquello, pero también creía que no tenía otro remedio que hacerlo.

—¿Cómo puedo confiar en usted? Acabo de intentar asesinarlo.

Ricky reflexionó mucho su respuesta antes de hablar:

—Porque no tiene a nadie más en quien confiar. Y no nos queda tiempo.

—No voy a marcharme —insistió Roxanne. Frustrada. Casi como si estuviera a punto de darle una pataleta como un niño pequeño que quiere llamar la atención—. ¿Me oyes? No voy a dejarte, papá. Ahora no.

—No creo que tenga otra opción, señor Allison. Debe decidirse ya. —Ricky estaba mirando al profesor, pero fue la adolescente quien intervino:

—No me iré. Cuando este hombre entre en casa, le dispararé. Lo mataré, papá. Lo haré.

El profesor se volvió hacia su hija y negó con la cabeza.

—No, no lo harás. Permitiría que me mataras a mí, Roxy, porque sabrías que estás poniendo fin a mi dolor y, más adelante, te darías cuenta de que me habías hecho un favor enorme. Pero no a esas personas que el doctor Starks describe. Y, de todos modos, no puedo arriesgarme a que corras ese peligro.

—No lo lograrás —dijo Ricky en voz baja—. Ese hombre es un experto.

—Lo intentaré —insistió Roxanne—. Con todas mis fuerzas.

—Sé que lo harías, cielo. Pero sería un error —dijo su padre.

Ricky pensó que tenía razón. Sería un error fatídico.

—Por favor —pidió—. Decídase. Creo que no tenemos mucho tiempo.

—Prométamelo —susurró el profesor, volviéndose hacia él.

Ahora era como si la adolescente no estuviera en la habitación.

—Lo haré lo mejor que pueda —respondió Ricky—. Sé que eso no es ninguna promesa. Pero es lo único que puedo ofrecerle.

«Una promesa suele estar tan cerca de ser una mentira como de ser una verdad», pensó. Su compromiso tenía mucho más peso.

El profesor pareció reflexionar, intentando aferrarse a la vida en ese momento en que tenía que utilizar todas las fuerzas que le quedaban para tomar una decisión durísima.

—No lo haré, no lo haré, no me iré —repitió de nuevo Roxanne. Le reverberaba la voz, temblorosa, y las lágrimas volvían a apoderarse de ella.

—Pero yo creo que tienes que hacerlo —dijo finalmente su padre en voz baja, volviéndose hacia ella—. Tienes que hacerlo por mí, Roxy. Será lo último que te pediré en la vida.

Con un sollozo, Roxanne se echó sobre su padre, cubriendo su consumido cuerpo con el de ella.

—No, no, no, por favor, papá, no puedo. No lo haré. Por favor, por favor, no me obligues, por favor… —Cada palabra era más triste que la anterior.

—No queda demasiado tiempo —dijo Ricky—. El hombre que nos matará está cada vez más cerca.

Sabía que esto podría ser o no cierto. Pero cuando calculaba mentalmente las probabilidades, se imaginaba al señor R en la puerta. Arma en mano. Aguardando.

—Tenemos que marcharnos ya —insistió.

La adolescente se volvió hacia él como una leona.

—No puede moverse. No puede levantarse de la cama —dijo.

«No acepta que su padre no venga con nosotros», pensó Ricky. Miró al profesor, que también tenía los ojos llenos de lágrimas. Pero este se había dado cuenta.

—Tienes razón —dijo el profesor ante la respuesta silenciosa de Ricky—. Roxy, yo no me voy. —Y, tras sonreír a su hija, añadió—: Abajo, en la estantería, está mi ejemplar de *Por quién doblan las campanas*, de Hemingway. Lo he tenido desde mi época de universitario. Léelo y, cuando llegues al final, comprenderás lo que estoy sintiendo ahora. Venga, ve a recoger algunas cosas y márchate con el doctor.

«El profesor es el romántico incorregible que había imaginado —pensó Ricky, y de repente, se le ocurrió algo—: Me pregunto si podríamos haber sido amigos si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias».

Era una forma extraña de pensar en un hombre que había intentado asesinarlo unos momentos antes o de quien había supuesto erróneamente que estaba obsesionado por una compañera de clase de su hija al estilo de *Lolita*.

—No lo haré —dijo Roxanne con terquedad.

—Sí que lo harás. Tienes que hacerlo. Y será mucho mejor así, Roxy.

De nuevo el profesor miró a Ricky, y este supo qué quería decir. «Su hija lo recordará enfermo, agonizando, pero no frío y muerto. Y este será un recuerdo algo mejor que llevarse con ella».

—¡Roxy! —dijo el profesor con toda la fuerza que su debilitada voz le permitía—. Tu mochila. Una muda o dos. Coge solo lo que puedas necesitar los próximos días. Deja todo lo demás.

La adolescente titubeó. Y entonces, para sorpresa de Ricky, asintió. Dejó la semiautomática a los pies de la cama, como si ya no tuviera ninguna importancia, y pasó junto a él para dirigirse hacia su cuarto.

—Unos minutos —advirtió Ricky—. Nada más. Y puede que ni siquiera eso.

Roxanne se marchó por el pasillo y se metió en su dormitorio. Ricky oyó cómo abría cajones y cerraba de golpe un armario.

Se volvió hacia el profesor moribundo.

—Tiene que obligarla a ir con usted —dijo Allison—. Creo que se opondrá. Puede llegar a ser tozuda.

—Lo haré lo mejor que pueda.

Recogió el 357 del suelo. También se hizo con el sobre que contenía su antigua identidad falsa de Richard Lively. El profesor señaló la semiautomática.

—Podría necesitarla —le dijo en voz baja.

Ricky vaciló y, después, se la puso en la mano.

—Dudo que vaya a servirme de mucho —comentó el profesor. Su voz carecía de convicción—. Sería más fácil suicidarme. No fallaría. —Sonó casi como un chiste fúnebre.

Ricky ignoró la perogrullada.

—En cuanto nos marchemos, llamaré a una ambulancia. Lo trasladarán a un hospital. Llevaré allí a su hija para que se reúna con usted. Eso será seguro…

—Será intercambiar una forma de muerte por otra… Pero, adelante, inténtelo. Eso hará sentir mejor a Roxy. Aunque, en realidad, no hay mucho que pueda hacerse.

Ricky pensó que el profesor entendía sutilmente la forma de pensar de su hija. «Ganaría algo de tiempo para ella si la adolescente creía que iba a pedir ayuda, aunque esta fuera inútil». Entonces cayó en la cuenta de que cinco años antes había llamado a una ambulancia para un hombre que había intentado asesinarlo. Captó la ironía.

—Prométamelo —dijo otra vez el profesor.

Ricky sabía lo que le estaba pidiendo.

—Le daré todas las oportunidades que pueda —respondió—. La mantendré a salvo.

No sabía si sería capaz de hacer estas cosas, pero era consciente de que tenía que decírselas al profesor. Lo único que sabía con certeza era que no podía dejarla allí para que se enfrentara al señor R.

—Eso me basta —dijo Allison, que inspiró profundamente. Ricky se preguntó si podría contar la cantidad de respiraciones que le quedaban a aquel hombre en esta vida—. Ella es lo único que dejo en este mundo que me importa.

—Lo sé.

Tras ellos, la hija apareció en la puerta. Llevaba una mochila llena a rebosar colgada de un hombro.

El profesor alargó la mano y ella cruzó la habitación brincando para cogerla. Se la llevó a la mejilla y sus lágrimas surcaron la piel de su padre.

—El plan es el siguiente, cielo. Tú te vas con el doctor. Cuando estéis lo bastante lejos como para que él considere que no hay peligro, llamará a una ambulancia para mí. Y puede que también a la policía para que me proteja. Sabrá a qué hospital me llevan. Y podrás reunirte allí conmigo.

La adolescente asintió, sin dejar de llorar.

«Mentiras necesarias —pensó Ricky—. Ha sido listo; ha usado la palabra “plan” cuando, en realidad, no hay ninguno. Lo único que tenemos es: irse, ocultarse, huir deprisa. Es un hombre inteligente».

Contempló al padre y a la hija. Intentó imaginar el dolor que estarían sintiendo: algo muy superior al dolor de morir; enfrentarse a una pérdida que le incitaría a uno hacer casi cualquier cosa.

—Muy bien. Venga, Roxy, por favor. Dame un abrazo. Hablaré contigo después, pero ahora márchate. Ya, Roxy. Ya. Deprisa. Vete con el doctor y no mires atrás.

La adolescente abrazó a su padre. Ricky se preguntó si presentiría las mentiras que le había dicho al tenerlo tan cerca. Sabía que si reflexionaba un momento, las captaría. Pero era muy joven y la abrumaban demasiadas emociones como para que pudiera pensar de modo racional. No vería con claridad todas las contradicciones, conflictos y falsedades que había en lo que se había dicho hasta pasadas unas horas. Puede que unos días. O tal vez no lo hiciera nunca. Entonces la adolescente se incorporó, asintió y se volvió hacia Ricky.

—Muy bien. Ya podemos marcharnos —dijo.

—Sígueme —ordenó Ricky—. No te separes de mí.

Tomó el 357 y lo sostuvo delante de él. Esperó que la adolescente no mirara hacia atrás, porque eso podría hacer que dejara de avanzar. Se dirigieron con cuidado hacia la escalera y la puerta principal, pasando frente al agujero en la pared del dormitorio que había hecho el caprichoso disparo del profesor. Tenía la impresión de que con cada paso que daba estaba más cerca del blanco de una diana. No estaba seguro de si solamente le quedaban unos segundos de vida. Y de repente se dio cuenta de que podría decir lo mismo de la chica que lo seguía y, por supuesto, del padre que se había quedado solo arriba, en su cama.

27

Ricky vaciló al llegar a la puerta principal. Se agazapó. Casi se arrodilló. Tenía la mano en el pomo, preparado para abrir la puerta de golpe.

Era muy posible que el señor R estuviera esperando fuera, entre unas sombras cercanas, y que solo pudiera dar dos o tres pasos antes de morir. Era muy posible que no estuviera allí y que pudiera salir tranquilamente como un refinado caballero sureño que quiere disfrutar de un agradable paseo vespertino. Fue consciente de que solo había una forma de averiguarlo: abrir la puerta, salir y ver qué pasaba. El cobarde que había en él quería agacharse y esperar, como un cazador parapetado que aguarda a que un ciervo, un pato o la presa inocente que tiene intención de cobrarse se ponga sin darse cuenta en su línea de tiro. El soldado que había en él insistía en que saliera al ataque, con el revólver a punto, y disparara a la primera señal de algo, porque ese algo sería su enemigo. El psicoanalista que en realidad era le decía que se estaba adentrando en un peligro incierto. Cuando se disponía a girar el pomo, se percató de que Roxanne se había escabullido de su lado y estaba agazapada delante de una estantería del salón, recorriendo rápidamente con el índice el lomo de los libros que había en ella. Quiso decir algo, pero no lo hizo. Sabía lo que estaba buscando. Mientras la miraba en silencio suplicando mentalmente que se diera prisa, vio que tomaba un libro en rústica y se lo metía de inmediato en la mochila. Entonces se detuvo un momento más y sujetó una fotografía enmarcada, que también fue a parar a su mochila. Pareció repasar los estantes con la mirada en busca de algo más antes de regresar corriendo a su lado.

—¿No deberíamos irnos? —susurró al detenerse junto a él—. Papá nos ha dicho que nos marchemos.

Ricky inspiró hondo.

—Sí —dijo.

Deseó que se le ocurriera algo inteligente, valiente o incluso sensato que decir. Pensó que tendría que aconsejar, dar órdenes, alzar el mentón sin miedo, pero todo eso le resultaba esquivo. Solo logró decir:

—No te separes de mí. Vamos a ir muy deprisa. Tengo el coche aparcado calle abajo. A la izquierda.

Levantó el 357, giró el pomo de la puerta y notó que tenía las palmas sudadas, le faltaba el aire y el sudor amenazaba con metérsele en los ojos y

nublarle las gafas. Tenía los labios secos. Consecuencias físicas de haber estado a punto de ser asesinado. Empujó la puerta.

La noche pareció alargar la mano y apoderarse de ambos.

La densa humedad de Alabama chocó con el aire frío que salía de la casa y lo dejó sin aliento.

Se alejó deprisa de la tenue luz del porche delantero. La oscuridad podía ocultar la muerte, o podía servir para esconderlos a ellos. O una cosa o la otra. Se dio cuenta de que estaba tirando los dados. Siete. Once. Un par de unos. Medio trotó hacia delante, dirigiendo la pistola primero hacia la derecha y después hacia la izquierda. Quería disparar a cada sombra. Sintió que Roxanne iba un paso detrás de él.

—¿Qué coche? —le preguntó la chica.

Se lo señaló con el cañón del revólver.

Treinta metros.

Le pareció notar una presión en el centro de la espalda, donde una bala le partiría la columna vertebral. Le pareció oír el ruido de un proyectil que entraba en la recámara justo detrás de su oreja y, más de una vez, imaginó una explosión, un ¡bang! al dispararse un arma. Pensó que tendría que esprintar, zigzaguear a la derecha y a la izquierda, agazapado, para convertirse en un blanco lo más escurridizo posible.

Veinte metros.

Se preguntó cómo sería la muerte: ¿una repentina nube roja que explotaba detrás de los ojos? ¿Dolería? ¿Acaso la muerte sería una oscuridad mayor que la de la noche de Alabama que lo envolvía? Siguió avanzando y alargó la mano hacia atrás para sujetar a Roxanne del brazo y susurrarle:

—¡Venga! ¡Venga!

Diez metros.

Imaginó que el coche de alquiler explotaría y formaría una bola de fuego que se elevaría por el aire. Cogido del brazo, él y la adolescente corrieron los últimos metros. Sus zapatos golpearon con fuerza la calzada. Ricky pensó que el ruido resonaba como un timbal golpeado con energía, lo bastante fuerte como para despertar a toda la manzana.

—¡Métete, rápido!

Roxanne prácticamente se lanzó en plancha al asiento del copiloto y se agazapó todo lo que pudo.

Ricky se situó tras el volante y luego se peleó con la llave, maldiciendo como un loco.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Cuando recuperó el control, metió la llave en el contacto y puso en marcha el motor. Arrancó y pisó el acelerador a fondo. El pequeño automóvil hizo girar las ruedas traseras y vibró hacia delante. Ricky aceleró al máximo.

Al mirar por el retrovisor, solo vio sombras. Tenía miedo de ver al señor R colocarse tranquilamente en medio de la calle, apuntar y disparar. La luneta trasera se haría añicos y él moriría. Entonces tuvo miedo de que la tensión lo cegara y así no pudiera ver al señor R apostado delante de ellos. Se trataría del mismo escenario, solo que ahora sería el parabrisas el que acabaría destrozado cuando las balas atravesaran el cristal. Y él estaría igualmente muerto. Era como tener miedo de las alucinaciones, igual que le pasaba a Charlie.

Dobló una esquina y sintió cómo el ímpetu se apoderaba de él. Quería ir a ciento treinta, a ciento sesenta, a ciento noventa kilómetros por hora. Quería dar un salto hacia delante, escapar, que el coche fuera tan rápido como su pulso. Calle abajo. Otro giro rápido. Los neumáticos chirriaron. Pisó el acelerador, volando hacia la noche. A su lado, Roxanne tiró del cinturón de seguridad y se lo colocó. Se sujetó del apoyabrazos y gruñó cuando doblaron derrapando otra esquina. Pasaron unos minutos antes de que Ricky pudiera aminorar los latidos de su corazón o reducir la velocidad del coche.

Habían recorrido unos kilómetros, apenas sabía en qué dirección, cuando finalmente detuvo el coche a un lado de una carretera rural en medio de unas tierras de labranza vacías. Los suyos eran los únicos faros que veía en la penumbra de la noche. Recostó un momento la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos para intentar valorar lo cerca que había estado de morir.

«Cerca —se dijo—. ¿Me ha pasado esa bala a unos centímetros o a unos milímetros?».

Pero ¿acaso importaba?

De golpe pareció que una pesadilla se desvanecía deprisa para dar paso a otra nueva, borrosa.

Trató de aclararse la cabeza y de analizar su situación. Miró a Roxanne. «Su situación». La adolescente lo estaba mirando. Los dos estaban en apuros.

«Nuestra situación», pensó.

—¿Adónde vamos? —preguntó Roxanne.

—¿Tienes algún amigo o familiar, alguien en alguna parte que pueda velar por ti y con quien puedas estar segura? —le preguntó.

La adolescente negó con la cabeza dramáticamente.

—Tiene que haber alguien…

—Estoy sola, excepto por mi padre —contestó, echándose a llorar.

Ricky supo que aquello no podía ser verdad, pero era demasiado joven y estaba demasiado estresada y afligida para ver quién de su mundo podría ayudarla. Se había pasado demasiados días viendo cómo la enfermedad había ido convirtiendo a su padre en poco más que un recuerdo parlante. Ricky pensó que no tenía ningún sentido contradecirla en aquel momento. Lo último que quería era que dejara de cooperar.

—Nadie —insistió Roxanne, que respiraba con dificultad—. Quiero volver a casa ahora mismo. Me da igual si algún hombre malo viene y me mata. Solo quiero volver a casa. Quiero estar con mi padre; me necesita. Por favor, doctor Starks, por favor. Volvamos.

Ricky fue consciente de algo: Nada iba a ser igual. No a partir de aquel momento y de aquella decisión.

—Roxy —dijo en voz baja—, ¿te parece bien que te llame así?

La adolescente asintió.

—Y tú puedes llamarme Ricky. Así me llaman mis amigos. Roxy y Ricky. Parece el título de unos dibujos animados para niños, ¿verdad?

Con esa frase consiguió una sonrisita de la adolescente, que asintió de nuevo.

—Creo que tengo que mantenerte a salvo por lo menos esta noche, como le prometí a tu padre. Hay que cumplir las promesas, Roxy, seguro que lo sabes…

La adolescente asintió.

—Y por la mañana podemos decidir qué hacer a continuación. Puede que llevarte a casa sea lo adecuado… —Sabía que aquella frase era una enorme mentira…—. Ya veremos. Las cosas suelen verse distintas de día. Pero, de momento, bueno, vamos a asegurarnos de que no corras peligro esta noche. Y vamos a hacer lo que hemos dicho que haríamos.

Se metió una mano en el bolsillo y le dio el móvil que le había hecho llegar Jack.

—Toma —dijo—. Yo conduciré. Tú encárgate de llamar a una ambulancia para tu padre. Tal como le hemos prometido.

—De acuerdo —respondió.

—Cuando le hayan enviado la ambulancia, iremos al hospital y nos reuniremos con él allí. En el hospital estarás a salvo.

Era algo que no podía saber con seguridad, como mucho podía esperarlo.

—De acuerdo —dijo Roxanne de nuevo.

Era un móvil con tapa y, mientras Ricky volvía a arrancar el coche y se metía de nuevo en la calzada, Roxanne lo abrió. Por el rabillo del ojo, vio que

empezaba a pulsar teclas. Una. Dos. Tres veces.

—No funciona —dijo con un sollozo, asustada, alzando la voz—. Está muerto.

—¿Estás segura? Antes iba… —Se calló.

«Pues claro que está muerto —pensó—. Porque yo también tendría que estarlo».

Miró hacia Roxanne un momento antes de volver a concentrarse en la carretera. Vio que estaba dividida entre el deseo de ser una niña y la necesidad de ser una adulta. También comprendió que era necesario que por lo menos pareciera que controlaba la situación, aunque no fuera cierto.

—Lo siento —dijo—. Se habrá quedado sin batería. —Esperó un instante y añadió—: Mira, pararemos en la primera tienda o gasolinera que tenga teléfono público y haremos esa llamada. Le enviaremos una ambulancia a tu padre. Puede que también a la policía. Es importante que no lo dejemos solo demasiado rato. ¿Te parece?

Había tanta falsedad en esta réplica que casi se sintió abrumado por ella. Esto era totalmente opuesto a su actitud como psicoanalista. Quería vivir en un mundo que intentaba buscar la verdad en las conductas. No las mentiras. Comprendió que aquel mundo podría estar ahora más allá de su alcance. Y eso lo puso un poco enfermo. Vio que la adolescente asentía con energía.

—Date prisa —le pidió.

Se dirigió hacia el Friendly Shores. No le parecía inteligente hacerlo, pero no tenía ni idea de adónde más podía ir. Y había una tienda abierta las veinticuatro horas cerca del motel que seguro que tendría un teléfono público fuera. Dejar que Roxanne hiciera esa llamada prometida la ayudaría a superar las siguientes horas.

O días.

O años.

No sabía qué cantidad de tiempo aplicar.

Esperaba que no fueran minutos o incluso segundos.

28

Como imaginaba, la tienda que había a menos de un kilómetro del Friendly Shores tenía un teléfono público fuera, y la adolescente, que lo detectó en cuanto llegaron, lo señaló frenéticamente. Ricky se percató de que Roxanne se encontraba en un terreno extraño, donde la impaciencia, el miedo, la incerteza variable y las necesidades fluctuantes se unían para formar una mezcla peligrosa. Creyó que podría ser voluble cuando era necesario que se comportase de manera calculadora. Cuando se requiriera calma, seguramente se pondría frenética. Si tuvieran que moverse deprisa, podría quedarse inmóvil. Si fuera necesario quedarse quietos, probablemente saldría disparada. Mientras conducía hacia la tienda, pensó que solo podía contar con su absoluta imprevisibilidad. Esperaba poder evitar comportarse igual que Roxanne. Confiaba en sí mismo solo un poquito más que en la chica. Intentó juzgar lo que había visto de ella aquella noche, pero estaba acostumbrado a hacer valoraciones solo horas después de una conversación emocionalmente controlada en su consulta, donde todo era seguro. Esa noche, todo había sido repentino. Se preguntó quién era Roxanne. Naturalmente, ella podría preguntarle quién era él. Y no sabía si sería capaz de responderle. Iban a la deriva.

Y tampoco sabía si ni siquiera estaban en el mismo bote salvavidas.

—Muy bien, Roxy, tendrías que llamar ahora para que envíen una ambulancia a tu padre —dijo, intentando medir cuidadosamente sus palabras.

«¿Seguirá vivo?

»No lo sé.

»¿Habrá llegado el señor R a su casa como me imaginé que sucedería?

»No lo sé.

»Dios mío —pensó—. No sé nada. Ni una puñetera cosa».

Aparcó el coche de alquiler en una plaza vacía junto al teléfono que había en la pared exterior de la tienda. Unos brillantes fluorescentes iluminaban el interior. Cerveza en una nevera, refrescos en otra. Hileras de golosinas, bolsas de patatas y dulces. Cada pasillo más iluminado que el anterior. Se dio cuenta de que habría sido mejor para ellos haber permanecido en la penumbra.

—Escúchame, Roxy —dijo cuando la chica alargaba la mano hacia el tirador de la puerta—. Dales la dirección. Y cuando te pregunten tu nombre, díselo. Pero no les digas que no estás allí. Lo sabrán de todas formas, porque

su sistema telefónico les indicará desde dónde se hace la llamada. Puede que te pregunten por otro adulto…

—Mi madre murió hace cinco años —susurró.

—… Si te preguntan eso, repite la dirección, asegúrate de que la hayan anotado bien, vuelve a decir que se trata de una emergencia, avísales de que la puerta principal está abierta y pídeles que se den prisa. No digas nada más, tan solo cuelga. ¿Entendido?

Asintió.

—Repíteme algo de lo que te he dicho.

—Entiendo lo que quieres decirme —dijo negando con ligeramente la cabeza—: que cuente lo menos posible.

Ricky vio que empezaba a preguntar el porqué, pero que cerraba la boca antes de que la palabra pudiera escaparse de sus labios.

Sin decir nada más, salió del coche. Por un momento Ricky temió que se marchara corriendo por la calle para huir. Se dio cuenta de que aquella noche no había hecho nada que le permitiera confiar en él. En su mundo todo era una posible amenaza y estaba en una edad en que el sentido común era realmente improbable. Quiso decir algo para tranquilizar a la niña que había en ella y no insultar a la adolescente, pero no se le ocurrió nada. Nunca había conocido a nadie a punto de quedarse huérfano a una edad tan vulnerable y repasó rápidamente las consideraciones clínicas, lo que lo llevó a la poco científica observación de que nada es seguro ni previsible.

Vio cómo la chica se acercaba aprisa al teléfono público y lo descolgaba. Bajó la ventanilla para intentar captar lo que decía, pero solo pudo entender unas palabras. Oyó la dirección y «enfermo», «muriendo» y «deprisa», palabras que repitió por lo menos tres veces.

Después vio que colgaba y se inclinaba hacia delante, inspirando con dificultad como un anciano exhausto tras un esfuerzo. Luego se dio la vuelta y regresó al coche.

Una vez en el asiento del copiloto, Roxanne se puso el cinturón de seguridad.

—Ya van de camino —dijo—. Sé que lo llevarán al Memorial Hospital. Es donde llevan a todo el mundo. Una vez me rompí el brazo jugando en la calle y, cuando llamamos a una ambulancia, me llevaron allí. Y es donde le hicieron todos los tratamientos… —Titubeó un momento—. Los tratamientos —dijo una segunda vez.

No lo añadió, pero Ricky supo lo que iba a continuación: «Que no funcionaron».

—Y es donde mi madre fue tras el accidente de coche.

Miró a Ricky. Se le estaban llenando los ojos de lágrimas otra vez.

«Tratamiento. Accidente». Ricky pensó que aquellas palabras eran tan fuertes como cualquier palabrota. Roxanne se mordió el labio un momento y añadió:

—Tendríamos que ir allí para reunirnos con él.

—De acuerdo —contestó Ricky.

Vio que Roxanne miraba por la ventanilla: primero las luces que iluminaban el interior de la tienda y después la noche que se extendía ante ellos.

—Quiero volver a casa —repitió.

—No hasta que sepamos que no es peligroso —dijo Ricky, algo aliviado por poder dar una respuesta.

—¿Cómo lo sabremos?

—No estoy seguro. Pero lo sabremos.

Era consciente de que no se trataba de una respuesta real y de que la adolescente se daría cuenta de ello. Iba con cuidado de no decir nada que la incitara a intentar huir y tenía las mismas precauciones a la hora de dar otro paso con ella a su lado.

De repente rememoró un recuerdo horroroso del señor R inclinado sobre el tablero de ajedrez en el parque neoyorquino de Washington Square y oyó su voz diciendo: «Jaque mate».

«Ya había perdido, pero no lo sabía —pensó—. Perdí en cuanto empecé a ayudarlos».

No fue tan insensato como para decir esto en voz alta. Sabía que tenía que mostrarse seguro y capaz. Se figuró que eso supondría todo un reto.

Puso de nuevo el motor en marcha.

—Vamos a pasar antes por mi motel para recoger mis cosas —dijo.

Pensó que aquella no era una idea inteligente, aunque no se le ocurría qué otra cosa podía hacer. Era consciente de que cualquier paso en falso podría ser fatal, pero no quería que la adolescente que tenía al lado lo notara. No quería ponerla en un mayor peligro. No quería abandonarla. No quería que se convirtiera en lo que los militares llaman «daños colaterales». Le vino una imagen breve y terrible a la cabeza: «Oye, lo siento, Roxy, pero vas a morir porque estás a mi lado y estoy a punto de ser asesinado». Pero, por otra parte, tampoco quería dejarla para que se las arreglara sola. Su imaginación valoró un montón de alternativas y ninguna le pareció aceptable. Roxanne podría ayudar. Podría acabar herida. Podría vivir. Podría morir.

Se dio cuenta de que lo mismo podía decirse de él.

En el ajedrez, jugar a la defensiva suele acabar en derrota.

Pero a veces sirve para lograr la victoria.

Solo que no estaba seguro de cuál sería su siguiente jugada.

O de cuál debería ser.

O de si incluso iba a haber siquiera una siguiente jugada que hacer.

El letrero de habitaciones libres brillaba en rojo a la entrada del motel. Una sola luz iluminaba tenuemente el interior de la recepción. Ricky detuvo el coche allí. Supuso que el recepcionista podría volver a ser servicial, pero imaginó que tendría que darle otros cincuenta pavos. No quería entrar en su habitación y encontrarse al señor R esperándolo.

—Mantén la cabeza agachada —dijo a Roxanne—. Oye, si ves a alguien, y me refiero a cualquiera, salir de alguna habitación, toca el claxon una vez. Voy a dejar el motor en marcha. Solo tardaré uno o dos minutos. Después iremos al hospital.

Roxanne asintió y se hundió en su asiento.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber.

—Un par de preguntas rápidas. Solo quiero asegurarme de que no haya venido nadie aquí a buscarnos.

Había dicho «buscarnos» pero, en realidad, había querido decir «buscarme».

Roxanne asintió por segunda vez.

Ricky echó otro vistazo al estacionamiento del motel. Unas cuantas luces. Unos cuantos coches. Muchas sombras. Recorrió toda la zona con la mirada para intentar penetrar en la oscuridad, para ver a través de las paredes y detrás de las esquinas. Que todo pareciera normal, aceptable y rutinario le pareció tan aterrador como si hubiera visto manadas de lobos aullando o zombis sanguinarios campando por el espacio que tenía delante.

—Iré deprisa —aseguró.

Salió sigilosamente del coche, agazapado. La luz del interior se encendió y se apagó cuando abrió la puerta. Pasó por delante del vehículo, de modo que la luz de los faros le rasgó las piernas y entró apresuradamente en la recepción.

No vio de entrada al servicial recepcionista.

—¿Hola? —dijo—. ¿Hola?

Miró el mostrador. Un expositor que contenía coloridos folletos sobre las diversas atracciones de los alrededores estaba tumbado de lado y su contenido, esparcido por encima.

Dio otro paso adelante.

—Hola —dijo por tercera vez.

No hubo respuesta. El silencio en la pequeña recepción le pareció de repente como un peso que le aplastaba los hombros.

—¿Hay alguien?

Todo lo que había dicho en voz alta era previsible y estúpido. Se dirigió despacio hacia el mostrador.

Cuando vio el cuerpo del recepcionista, soltó un grito ahogado. Fue como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

El hombre estaba tumbado boca arriba, con las piernas extendidas en el suelo. Un charco de sangre se estaba coagulando debajo de su cabeza y una segunda mancha de color granate oscuro le afeaba la pechera de la camisa amarilla en uno de cuyos bolsillos llevaba escrito su nombre. Tenía gran parte de la cara destrozada, teñida de franjas coloradas, y un agujero negro en la frente, producto de un disparo que le había borrado los rasgos, aunque tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa. Por un momento Ricky se fijó en las patillas a lo Elvis del hombre, que estaban impregnadas de sangre. Tenía los brazos abiertos y, cerca de su mano derecha, había una pequeña pistola, a un lado, como si solo hubiera podido cogerla antes de que le dispararan. Era obvio que le habían disparado mientras estaba sentado porque había una silla volcada que había ido a parar junto a la pared más cercana, como si el impulso de las balas que lo habían golpeado lo hubiera empujado hacia atrás, antes de que cayera al suelo. Ricky apartó la mirada. Empezó a alargar la mano hacia el 357 que todavía llevaba incómodamente en el bolsillo como si quisiera protegerse de un asesino que estuviera en la habitación con él, pero tenía los dedos como agarrotados, las manos nudosas, retorcidas y artríticas, incapaces de sujetar la culata. Vio que el cajón del dinero estaba abierto y que había algunas monedas en el suelo.

Tuvo la sensación de tener los pies hundidos en el barro.

La calma de la habitación pareció zumbarle en los oídos. Era un silencio que hacía ruido. Imposible pero preciso.

Se giró primero hacia la derecha y luego se detuvo. Dio un paso atrás. Se le tensaron los músculos, como si estuvieran a punto de estallarle. Se giró hacia la izquierda. Quiso darse la vuelta del todo, pero se quedó clavado con los ojos fijos en el cadáver del recepcionista.

Su primera intención fue salir corriendo. Cada fibra de su cuerpo le gritaba órdenes insistentes: «¡Corre! Sal corriendo ya. Márchate. Huye. Escapa. ¡Corre, maldita sea! ¡Vuelve al coche, arranca y lárgate de aquí lo más rápido que puedas! ¿A qué estás esperando?».

Sin embargo, contuvo sus emociones.

Oía su respiración: «Rápida, pesada».

Se obligó a sí mismo a mirar al recepcionista y, después, todo el espacio.

Una parte de él quería hablar con el recepcionista, preguntarle qué había pasado y quién le había hecho aquello. Era como si en la pequeña recepción todavía resonara su acento complaciente: «Bueno, señor Documentalista, estaba aquí sentado y…».

Podía imaginárselo:

«SEÑOR R: ¿Dónde está el doctor Starks?

»RECEPCIONISTA CON LAS PATILLAS DE ELVIS: No voy a decirle nada. El hombre me dio cincuenta pavos para mantener la boca cerrada, de modo que voy a seguir así.

»Pistola.

»¿Dónde está el doctor Starks?».

El recepcionista tendría que contestar. Habría acercado la mano hacia su arma. Un error.

«Quería saber dónde estaba la escuela.

»SEÑOR R: Gracias.

»Y eso habría sido todo.

»El silenciador habría hecho lo demás».

Notó que se le cerraba la garganta.

Quería gritar.

Quería conservar la calma.

Era como si distintas partes de él le exigieran reacciones diferentes.

«Si te dejas dominar ahora por el pánico —se insistió—, si te dejas dominar por el pánico después, si te dejas dominar por el pánico esta noche o mañana, la semana que viene, el año que viene o en algún momento de tu vida, morirás».

Inspiró hondo.

«Ya has visto antes a personas muertas —pensó—. Has visto morir a un hombre delante de ti: hace cinco años, cuando tu mentor, el doctor Lewis, se disparó en tu presencia después de contarte que el hombre que te daba caza y el hermano y la hermana de este último no pararían hasta verte muerto».

Intentó analizar la escena del crimen como un detective, fijándose en algunos detalles más: Un teléfono caído en el suelo, una taza de cartón medio llena de café intacta en el mostrador, un registro del motel abierto con la fecha del día destacada en la parte superior pero sin ninguna entrada debajo. Miró la pared donde estaban las llaves de las habitaciones y vio que faltaban cuatro: la clientela actual del Friendly Shores, que lo incluía a él. Quiso inclinarse por encima del mostrador para comprobar si debajo estaba colgada la llave maestra, pero de golpe se dio cuenta de que no podía hacerlo sin tocarlo y, por lo tanto, sin dejar sus huellas dactilares en él. Le costó deducir por qué estaría mal dejar sus huellas en un lugar donde era razonable que estuvieran, pero tenía la cabeza hecha un lío.

Dio un paso atrás.

«Un robo que acabó mal.

»Eso es lo que la policía pensará al instante cuando llegue.

»Pero yo sé lo que realmente pasó.

»Vino el señor R.

»¿Por qué tendría que matar al recepcionista?

»¿Por qué no tendría que matar al recepcionista?

»No seas idiota. No puede matar a todo el mundo.

»¿O sí que puede?».

Dio otro paso atrás. Pensó que el asesinato imponía un silencio espantoso a su alrededor, como si la falta misma de ruido pudiera envolverlo y asfixiarlo. Estuvo allí plantado, inmóvil, durante un momento hasta que oyó algo detrás de él. Se volvió bruscamente, con los nervios de punta y los músculos tensos, y vio a Roxy en el umbral de la recepción.

—Me he… —No pareció querer usar la palabra «asustado»—. Me ha parecido que tenía que entrar.

—Quédate ahí —respondió Ricky enseguida.

Vio que el miedo se le reflejaba en la cara.

—¿Qué pasa? —susurró tras vacilar un instante.

—Roxy, tienes que ser valiente —dijo Ricky en voz baja.

La chica se quedó totalmente quieta, pero la pregunta siguió viva en su mirada.

Ricky no sabía si lo que iba a hacer era totalmente acertado o más bien equivocado. Detrás de él, en el suelo, había una realidad. Recordó lo que el señor R le había dicho unos días antes: «Bienvenido a mi mundo». Y ese mundo estaba ahora expuesto en la recepción del Friendly Shores. Se quedó mirando a Roxy. Con quince años, estaba en el umbral de esa edad poco

definida: en parte niña, en parte adulta. Comprendió que, si querían sobrevivir hasta el día de mañana, Roxy tenía que crecer rápidamente. Había hecho algunas apuestas aquella noche y esta le pareció la mayor de ellas hasta el momento.

—Lo que pasa, Roxy, es exactamente a lo que nos enfrentamos.

La adolescente no contestó, pero pareció echarse un poco hacia atrás. Ricky supo que eso era bueno.

—¿Eres fuerte? —preguntó.

Roxy asintió ligeramente con la cabeza.

—Si das unos pasos adelante, verás a un hombre muerto —explicó Ricky —. ¿Has visto alguna vez…? —empezó a preguntar. Ella negó con la cabeza.

—Mi madre, cuando estaba en el ataúd, pero no parecía… —De nuevo se esforzó por encontrar las palabras—. Bueno, era ella pero no era ella —dijo.

—Esto es distinto —comentó Ricky.

Vio que Roxanne se estremecía un instante. En la tenue luz de la recepción y con la oscuridad que se colaba por la puerta abierta detrás de ella, no atisbó si había palidecido. Vio una mirada gélida en sus ojos.

—Pero no tienes que entrar y mirarlo si no quieres —dijo en voz baja con toda la tranquilidad que pudo—. Puedes confiar en mi palabra.

Levantó una mano para pedirle que se detuviera.

—¿Es…? —dijo Roxy tras hacer un gesto con la cabeza.

—Sí —la interrumpió Ricky—. Sangriento. Aterrador. Espantoso. Una pesadilla. Y no es alguien a quien necesites introducir en tu vida, porque se quedará contigo. No solo esta noche, sino mucho tiempo. No es una imagen que vayas a olvidar fácilmente. Pero también es la realidad, y esta, por terrible que sea, suele ser más fácil de abordar. Así que puedes dar media vuelta y marcharte o entrar y mirar. Pero yo no puedo tomar esta decisión por ti.

Vio que Roxy estaba intentando encontrar la respuesta correcta.

—Mi padre me dijo que no tuviera miedo de nada —susurró—. Y no tengo miedo.

Ricky supuso que en realidad era todo lo contrario.

—Creo que tendría que mirarlo —añadió Roxy.

La certeza de la adolescente simplemente subrayó su incerteza.

—No tienes que hacerlo si no quieres —repitió.

—Lo miraré —dijo Roxy.

Por duro que fuera, Ricky creyó que había una ligerísima posibilidad de que esa decisión fuera mejor que la de no mirar. Su imaginación crearía imágenes que podían ser considerablemente peores que la realidad. Y las

imágenes de fantasía suelen ser mucho más traumáticas que las reales. Existen peligros emocionales en ambas.

—Métete las manos en los bolsillos —indicó—. No toques nada. —Cruzó el reducido espacio y le cogió con suavidad un codo.

Ya fueran damas o ajedrez, Roxy era ahora una pieza del tablero y se percató de que era necesario que ella fuera consciente de ello.

—No grites. No hagas ningún ruido. No toques nada —dijo—. Simplemente echa un vistazo rápido y nos iremos.

Roxy primero negó y después asintió con la cabeza. Luego dio un paso adelante.

—Al otro lado del mostrador —dijo Ricky.

Ella no pareció darse cuenta de que él la estaba sujetando. Avanzó titubeante y se inclinó hacia delante para mirar.

Ricky oyó la fuerza con que inhaló el aire. Pareció balancearse, temblorosa.

Pero no dijo nada.

Vio que miraba fijamente al recepcionista muerto, asimilándolo todo.

«Esto no es la televisión. No es una película —pensó Ricky—. Es duro y es real».

A Roxy le temblaba el mentón. Siguió callada. Diez segundos. Veinte. El tiempo parecía irrelevante aunque, en realidad, era vital.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó por fin. Cada palabra pareció salir de algún lugar gélido de su interior. Por un segundo agachó la cabeza como si pudiera enterrar en el pecho todo lo que había visto allí. Después se enderezó —. Vale —susurró.

A Ricky le impresionó su ferocidad. Una palabra decía mucho.

«No me lo esperaba —pensó, pero luego rectificó—: No, en realidad sí me lo esperaba».

Siguió sujetándola por el codo mientras la acompañaba hacia la puerta abierta y dejaban atrás el asesinato. Una vez fuera, Roxy pareció tomar una bocanada de la noche y tragó saliva.

Ricky la condujo hasta la puerta del copiloto y rodeó despacio la parte delantera del coche para sentarse al volante.

—Tendríamos que avisar a alguien —susurró Roxy.

—Sí.

—Tendríamos que marcharnos.

—Sí.

—¿Podemos irnos ya, por favor?

—Sí.

Arrancó.

—¿Vamos a recoger tus cosas? —preguntó Roxy.

—Sí —respondió Ricky.

No sabía si podría abrir la puerta de su habitación sin morir. No sabía si la muerte lo esperaba dentro o no. Sabía que esa noche lo estaba esperando en algún lugar.

29

—Ahora vamos a hacer algo peligroso —comentó Ricky despacio.

Apagó los faros del coche y dio media vuelta para aparcar el coche de alquiler en un lugar situado un par de plazas más allá de su habitación. Como antes, dejó el motor en marcha.

—No deberíamos quedarnos aquí —dijo Roxy despacio.

—Tienes toda la razón —respondió Ricky—. Y no estaremos aquí más de un minuto.

«Suponiendo que sobreviva un minuto», pensó.

—Deberíamos irnos ya —insistió la adolescente.

Estaba de nuevo en lo cierto. Y, según el parecer de Ricky, también se equivocaba. Era como todo aquella larga noche: lo cierto y lo equivocado se interrelacionaba.

Tenía el 357 en la mano. Pensó que tendría que dar un consejo a Roxy, como «Mantén la cabeza agachada» o «Estate atenta por si viene alguien». Pero imaginó que ella ya lo sabía. Supuso que la educación de Roxy había aumentado considerablemente a lo largo de la noche de una forma que ningún profesor habría previsto nunca.

Ricky sabía lo siguiente: no podía huir sin más dejando atrás algo que indicara que había sido cliente del Friendly Shores porque Smith, Jones, o los inspectores que llegaran finalmente al motel para investigar el misterio del cadáver de un recepcionista asesinado se preguntarían de inmediato por qué alguien se había ido dejándose allí la ropa, el neceser y algunos documentos sueltos sobre el último día en la tierra de una canguro. Era una conexión de la que no podía imaginar salir airoso gracias a su poder de convicción.

—Por favor —dijo Roxy—. Date prisa, por favor. Quiero irme de aquí. Quiero ver a mi padre.

—Sesenta segundos —respondió Ricky mientras salía sigilosamente del coche.

Cerró la puerta lo más silenciosamente que pudo. Inspiró hondo y apretujándose contra la pared del motel, con el revólver en una mano y la llave de la habitación en la otra, se dirigió hacia la número 109. No podía creerse lo que estaba haciendo. Parecía una estupidez. Parecía necesario. Deseó poder volverse pequeño o invisible, pero no podía. En ese momento creyó que nunca volvería a pasar una noche donde pasara tanto miedo como

aquella. Alargó la mano con cuidado. Lo más silenciosamente que pudo, intentó girar el pomo para comprobar si la puerta se abría. No lo hizo. Trató de recordar todo lo que sabía sobre sigilo y asesinato, una recopilación de su experiencia de cinco años atrás, sumada a las muchas películas y series de televisión que había visto, así como a alguna que otra novela de misterio que había leído. Pensó que estaba en una especie de mundo de ficción, mientras que un asesino de la vida real podría estar esperándolo dentro. Sintió que era un verdadero inepto. Introdujo la llave en la cerradura y giró el pomo, preguntándose si así estaría provocando su propia muerte. Y la de Roxy.

Sin situarse ante el marco de la puerta, la empujó para abrirla.

Levantó el arma y adoptó la posición de disparo que había visto en las películas. Solo había disparado aquel revólver una vez. Seis disparos en un club de tiro situado en el sótano de la armería donde lo había comprado. Un dependiente servicial le había enseñado cuál era la postura correcta. No tenía ni idea de si aquel momento o cualquier otro de su pasado le había enseñado algo útil.

Se giró de golpe para entrar a toda velocidad en la habitación.

Esperaba un fogonazo.

Esperaba la muerte.

Pero solo encontró silencio.

La habitación estaba vacía.

Su bolsa de viaje estaba sobre la cama, donde la había dejado. Había unos cuantos papeles esparcidos cerca de ella.

Miró a derecha y a izquierda para repasar la habitación.

Tenía el mismo aspecto que antes. Esta vez no había ningún indicio de que alguien hubiera entrado. La cama estaba hecha. Los viejos muebles de madera estaban en su sitio. Una habitación aséptica y anodina que decía a gritos que era barata y poco memorable.

Encendió la lámpara del techo.

No le llamó la atención nada inusual ni vio indicios de que nadie hubiera entrado, aparte de él mismo esa mañana y del personal de limpieza que había ido a hacer la cama y a reponer las tazas envueltas en plástico que había en una cómoda.

Cruzó aprisa la habitación, recogió el neceser del cuarto de baño y echó un vistazo a la ducha para comprobar que no quedara en ella ninguna pastilla de jabón abierta. Dejó el revólver en el lavabo y se puso a doblar el extremo del papel higiénico en forma de triángulo, tal como estaba cuando había entrado por primera vez en la habitación, un toque de falsa elegancia.

Convencido de que el cuarto de baño estaba igual que cuando se había registrado, volvió a la zona principal. Rápidamente recogió sus pocas pertenencias y cerró la bolsa de viaje. Recorrió de nuevo la habitación con la mirada para comprobar que no se hubiera dejado nada y asegurarse de que diera la impresión de que nadie la había ocupado la noche anterior. Se acercó a la cómoda y abrió todos los cajones: vacíos. Echó un vistazo debajo de la cama: nada. Casi satisfecho, dio un paso hacia la puerta y se detuvo.

Parecía demasiado limpia.

«Se me está escapando algo —pensó—. Ha estado aquí. Lo sé».

Inspiró hondo y repasó de nuevo la habitación. Esta vez se fijó en un bultito de la cama, entre las dos almohadas.

Lo palpó con cuidado.

Notó algo pequeño que rodaba.

Metió la mano derecha por debajo de la colcha intentando no descolocar la ropa de cama y buscó el objeto.

Tocó con los dedos algo extraño y lo sacó.

Era un proyectil.

Se lo quedó mirando en la palma de su mano. Nueve milímetros. No era el calibre de su revólver. Pero sí del arma con la que el señor R le había apuntado a la cara. El silencio de la habitación de motel se le hizo agobiante. Quiso echar a correr.

Lo visualizó mentalmente: el asesinato en la recepción.

«Un arma de nueve milímetros».

Pero no habría sospechosos claros. Nada.

«Pasaría el tiempo. Limpiarían la sangre. Contratarían a otro recepcionista, este sin las patillas de Elvis. El motel se reabriría. Y la siguiente persona que se alojara en la habitación 109 encontraría un proyectil en la cama. Volverían a llamar a la policía. Y descubrirían que el proyectil era del mismo calibre que el arma utilizada para asesinar al recepcionista. Y entonces preguntarían: “¿Quién fue la persona que ocupó está habitación antes de que el recepcionista fuera asesinado?”. Y la respuesta sería: “El documentalista mentiroso”».

No sabía si estaba totalmente en lo cierto en cuanto a nada de esto. Pero era una posibilidad.

Volvió a colocar bien la ropa de cama.

Comprobó otra vez el suelo: nada. No tenía forma de saber si se había dejado alguna otra prueba en su contra o no. Esperaba que no hubiera ninguna, pero eso era lo único que podía hacer: esperar.

Se le hizo un nudo en el estómago al pensar: «Seguro que esa arma, la que mató al recepcionista, está en algún lugar de mi casa en Miami. Estará escondida en un sitio en el que no se me ocurriría mirar, pero en el que la encontraría hasta el inspector más incompetente del mundo. Y solo tendrían que preguntarme una cosa: por qué lo maté. Y cuando yo respondiera que no lo hice… No me creerían».

Se guardó el proyectil inculpador en el bolsillo y recogió la bolsa de viaje. Echó un último vistazo a la habitación. Satisfecho e insatisfecho, enojado y asustado, apagó la lámpara de techo y salió sigilosamente. Volvió a cerrar la puerta con llave y regresó al coche. Lanzó la bolsa al asiento de atrás y vio que Roxy lo miraba.

—¿Podemos irnos ya? —repitió la adolescente.

—Tengo que hacer algo más. Quédate sentada.

Cerró la puerta. Sabía que ella lo estaba mirando. Intentó moverse deprisa, con seguridad, aunque dudaba que fuera capaz de hacerlo. Cruzó el aparcamiento para volver a la recepción. Pensó que casi parecía que estuviera fuera de su cuerpo observando sus movimientos. Tuvo la extraña idea de que aquello debía de parecerse a la vida sin medicación de Charlie, su paciente. Era como si el eco de unas voces le estuviera diciendo qué hacer; en cualquier segundo, su tono podría cambiar y acabarían ordenándole que se suicidara.

Entró en la recepción.

Todo estaba exactamente igual que antes.

Algo de desorden.

Una muerte.

Con cuidado, Ricky rodeó el mostrador. Evitó tocar nada. Intentó no mirar al recepcionista muerto. Sabía que si lo hacía, la culpa podría abrumarlo, y era consciente de que no podía permitirse ninguna reacción previsible. Tenía que ser tan frío como la persona que había apretado ese gatillo.

Lo que hizo a continuación fue sencillo. Devolvió la llave de la 109 al tablero de donde colgaban todas las llaves de las habitaciones del Friendly Shores, como si se hubiera ido antes, cuando el recepcionista seguía vivo.

Y entonces, temiendo su posible torpeza, temeroso de tropezar y caerse sobre el cadáver, pero moviéndose en realidad con la precisión de un atleta olímpico, dejó atrás el asesinato. No miró a su espalda ni una sola vez. Salió de la recepción e inspiró profundamente, como si llenarse los pulmones de aire pudiera borrar la amargura que le impregnaba la lengua. La muerte sabía como si hubiera estado bebiendo de un vaso de leche cortada. Se volvió una

vez y miró por la puerta abierta. No veía el cadáver del recepcionista pero, aun así, le habló:

—Lo siento. No merecía morir. Ojalá hubiera podido…

Se detuvo ahí. No se le ocurrió nada adecuado que decir. Si sucumbía a la sensación de culpa, sabía que estaría tan traumatizado como un soldado que en el campo de batalla da a un amigo una orden que acaba siendo mortal.

Como un fantasma, cruzó rápidamente el aparcamiento.

Entró otra vez en el coche. Era como si se sumergiera en un mundo lleno de enfrentamientos violentos.

—¿Podemos irnos ya de una vez, por favor? —preguntó la adolescente por tercera vez. La urgencia tiñó cada una de sus palabras.

—Sí.

Arrancó el coche y salió del aparcamiento. Despacio, como si no pasara nada.

—Quiero ver a mi padre —masculló Roxy entre lágrimas cuando dejaron el Friendly Shores y una muerte tras ellos.

Ricky sabía que era lo único en lo que la adolescente podía pensar. No «¿adónde puedo ir?». Ni «¿qué vamos a hacer?». Ni tampoco «¿qué va a ser de mí?». Su voz estaba llena de cansancio y de tristeza. Quiso llevar el coche hacia la carretera. A cualquier carretera que lo alejara del motel. No lo hizo. Condujo hacia la ciudad.

30

La noche los envolvía. La oscuridad parecía engullirlos como si fuera arenas movedizas. Era como si las ruedas del coche estuvieran clavadas a la calzada. Combatiendo las irresistibles ansias de huir cuando no había escapatoria posible, Ricky condujo hacia el hospital donde la ambulancia a la que habían llamado llevaría al padre de Roxy.

«Existen las mismas probabilidades de que lo lleven a un depósito de cadáveres», pensó Ricky.

No sabía adónde más podrían ir.

Contempló de soslayo a la adolescente. Roxy estaba mirando por el parabrisas. Tenía los labios cerrados con fuerza y los ojos puestos en lo que tenía delante, aunque Ricky dudó que viera nada. «Los hechos la ciegan». Parecía una estatua esculpida en mármol. Ricky pensó que debía de estar procesando internamente la imagen del recepcionista muerto. Podría estar en *shock*. Podría estar desorientada. Su noche había estado marcada por el asesinato. «Unas patillas ensangrentadas». Imaginó a Tarik sentado delante de él en su consulta de Nueva Orleans y recordó el placer que sentía cada vez que oía al chico decir algo sin tartamudear. Volvió a mirar a Roxy.

«No hay tartamudeo en su voz —pensó—. No exactamente. Más bien un tartamudeo de emociones».

Sabía que los chicos de su edad podían mostrar una increíble resistencia emocional frente al dolor y el desastre. Tarik le había enseñado eso. Solo le quedaba esperar entonces que en esa noche imperara la resistencia.

Pero lo que había experimentado Roxy era más de lo que la mayoría de gente podía soportar. Ra-ta-tá, su psique ametrallada.

Una lágrima podría decirle algo. Una palabra. Un sonido. Roxy estaba callada. Impertérrita.

No creía que la adolescente fuera a hacer nada hasta tener alguna respuesta sobre su padre, pero, al mismo tiempo, temía que la muerte inminente de este la inmovilizara. Roxy estaba en el umbral del peor miedo del mundo: el vacío. Pero eso era solo si el profesor seguía vivo. Podía imaginar otras tres posibilidades. Tal vez lo hubiera matado esa noche el cáncer. Tal vez lo hubiera matado esa noche una bala disparada por él mismo. Era probable que lo hubiera matado esa noche el señor R, furioso al ver que

su cuidadosa planificación e intensa preparación se habían ido al garete. Tres resultados parecidos, pero cada uno de ellos con un significado muy distinto.

Rebuscó en su memoria alguna valoración clínica sobre algún chico enfrentado a lo que Roxy tenía delante en ese momento. Pero no le vino a la cabeza ningún estudio de casos de sus últimos cinco años, ningún artículo académico que hubiera leído en una revista científica, ninguna conferencia a la que hubiera asistido ni ninguna pregunta de una sesión médica de sus días en la facultad de Medicina que abarcara sus circunstancias. Ni siquiera nada de lo que Tarik había dicho durante sus sesiones con damas. A su entender, Roxy era un nuevo misterio.

Podía explotar.

Podía meter la cabeza en un agujero.

Más mármol. Tal vez dinamita. Imposible de predecir.

Pensó que los dos iban a la deriva sin remos en un mar de muertes en el que no se divisaba tierra a la vista. Miró de nuevo a la adolescente sentada en silencio a su lado en el pequeño coche de alquiler. Lo invadió una inmensa y vaga sensación de obligación.

«Si puedo mantenerla con vida esta noche —pensó—, tal vez pueda mantenerme vivo a mí mismo mañana».

No estaba muy seguro de cómo lidiar con ninguna de las dos cosas de modo fiable.

Se le arremolinaban las ideas en la cabeza de tal modo que, absorto como estaba, apenas oyó la furiosa sirena que gemía tras ellos. Un estridente bocinazo retumbó sobre su cabeza como el estallido de una ola. Pillado por sorpresa, miró por el retrovisor y vio un par de camiones de bomberos corriendo hacia ellos, con las luces rojas centelleantes, amenazando prácticamente con atropellarlos con las prisas. Otro bocinazo del claxon del camión llenó el reducido espacio del automóvil, y vio que Roxy se había tapado de repente las orejas con las manos y tenía la boca abierta. Podía haber estado chillando, pero cualquier sonido que emitiera quedaba tapado por el estrépito del camión de bomberos que los adelantaba a toda velocidad. Cuando el segundo camión estaba llegando a su altura se hizo a un lado para dejar que pasara, con los mismos ruidos, la misma velocidad, la misma urgencia. Pisó el freno. El cinturón de seguridad se tensó y se le clavó en el cuerpo, impulsado hacia delante. Por un segundo, mientras el coche se detenía en seco, creyó que se ahogaba.

Respiraba con dificultad, como si hubiera estado corriendo.

Se volvió hacia Roxy.

—¿Estás bien?

La adolescente asintió.

Otra sirena surcó el aire. Y la siguieron una segunda y una tercera; un torrente de gemidos agudos, clamorosos, de una emergencia frenética.

Esta vez, Ricky giró un poco el cuerpo y vio cómo una ambulancia se les acercaba rápidamente. Detrás de ella, iban dos coches patrulla. Los faros y las luces rojas y azules lanzaban sus veloces rayos hacia la oscuridad. Los tres vehículos pasaron a su lado como la primera ráfaga de viento de una tormenta inminente y, al hacerlo, les dejaron sin aliento, envolviéndolos en sonido al instante y desapareciendo después igual de deprisa. Ricky vaciló y quiso ver si se les acercaban por detrás otros vehículos de emergencia, pero no lo hizo.

—El hospital está a unos dos kilómetros. —Las palabras de Roxy fueron a rebufo de las sirenas.

Ricky esperó un momento y notó que algo le recorría la piel. Al principio, creyó que sería un bicho, pero entonces se dio cuenta de que era algo invisible. Humo. Olisqueó el aire. Bajó la ventanilla y les llegó un tenue olor a quemado.

—Algo está ardiendo —comentó Roxy.

Ricky asintió, comprobó todos los espejos y volvió a la calzada.

Una manzana. Dos. El olor aumentaba.

A lo lejos vio las luces de emergencia centelleando contra algunas fachadas, reflejándose en un reluciente cielo amarillo. Alargó el cuello al mismo tiempo que Roxy.

—Caramba —dijo la chica en voz baja—. Mira eso.

Entre los destellos rojos y azules, y mezclada con el color negro de la noche, una enorme columna borrosa de humo gris oscuro se elevaba por encima del tejado de unos edificios del centro.

De nuevo detuvo el coche a un lado.

Por un segundo sintió la conocida angustia por las turbulencias aéreas e, instintivamente, sujetó con fuerza el volante. Al mismo tiempo le vino de golpe a la cabeza un recuerdo inconexo, que le abofeteó las mejillas. Una sensación de familiaridad casi se adueñó de él. Era como si él mismo se susurrara al oído: «Sabes lo que está pasando, ¿verdad?».

—Tengo que comprobar algo —dijo. Alargó la mano hacia la guantera, metió en ella el Magnum 357 y la cerró con la llave de contacto—. Quédate en el coche, Roxy.

—Ni hablar —contestó la chica, que se desabrochó el cinturón de seguridad y salió.

Los dos bajaron deprisa por la acera hacia las luces y el ruido de emergencia. El olor acre del humo y el fuego los invadió. Doblaron una esquina y observaron el caos organizado de los hombres que combatían el fuego que devoraba un edificio al final de la calle. Sin decir nada, se situaron detrás de un reducido grupo de curiosos que se estaba congregando unos veinte metros detrás del camión de bomberos más grande, y al que un único agente de policía mantenía alejado del bullicio.

—Maaaadre mía —dijo un hombre al ver como una lengua de fuego se proyectaba hacia el cielo.

Cerca de ellos, una mujer juntó las manos y pareció ponerse a rezar. Delante había un montón de bomberos, algunos manejando mangueras, otros apresurándose a conectar líneas de agua a las bocas de incendio cercanas, y unos cuantos más poniéndose botellas de aire comprimido. Muchas voces potentes, muchas órdenes e instrucciones a gritos; una energía frenética que recorría la calle reluciente de agua de arriba abajo. Se oyeron a lo lejos más sirenas que se aproximaban. Otro agente uniformado se unió al primer policía.

—No se acerquen, por favor —dijo en voz alta—. Es peligroso. —Sus palabras eran amistosas, pero su tono era de preocupación.

—Ya te digo —soltó un joven con una gorra de la tienda de artículos de pesca Bass Pro Shops que a duras penas cubría su cabello largo y rizado.

Tanto Ricky como Roxy vieron cómo las llamas salían disparadas por una ventana rota de la planta baja y entonces, con un segundo estrépito, tres ventanas del primer piso del edificio explotaban hacia fuera y de repente había más fuego lamiendo el exterior de ladrillo. Unas cortinas de llamas y de humo se elevaron por encima del tejado. Ricky vio a tres bomberos manchados de hollín que salían a toda prisa por la puerta principal del edificio, agachados para protegerse de los escombros que llovían a su alrededor, sujetándose el casco con las manos mientras corrían hacia una relativa seguridad. Oyó que uno de ellos gritaba agitando enérgicamente los brazos:

—¡Atrás! ¡Atrás todo el mundo! ¡Vamos!

Los dos policías extendieron los brazos y los movieron para indicar a la pequeña multitud de gente que retrocediera más. Cayeron cristales a la calle a unos seis metros de distancia como si fueran metralla. Los mirones se movieron hacia atrás como ganado al que arrearan. Ricky vio que las llamas prácticamente engullían el edificio mientras unos potentes chorros de agua rasgaban la noche. Los bomberos crearon una cortina de reluciente líquido plateado que parecía una cascada para intentar impedir que el incendio se

propagara a los edificios contiguos. Vio la cara de Roxy iluminada por el fuego, salpicada de rojo, pero inexpresiva. Volvió a mirar el edificio. Se hizo una idea general de la escena y pensó: «Ya he vivido esto».

—Ya podemos irnos —susurró a la adolescente.

Esta se volvió hacia él. Había una pregunta en sus ojos.

—Lo sé —respondió Ricky. No explicó inmediatamente qué sabía.

La adolescente asintió como si sus palabras fueran una respuesta que ella esperaba. Se abrieron paso entre la multitud que no paraba de crecer. Todos los demás iban hacia el espectáculo. Ellos iban contra la corriente.

Por un momento Ricky tuvo la sensación de estar flotando.

El ruido de los hombres que combatían el incendio se desvaneció a su alrededor. Solo oía el ligero chirrido de las zapatillas deportivas de la adolescente contra la acera y su respiración regular junto a él.

—¿Sabes de quién era ese edificio? —preguntó Ricky.

Roxy negó con la cabeza.

—Del abogado que preparó los documentos falsos que tu padre firmó.

Lo que no dijo fue lo que creía del modo en que alguien cree algo que no puede demostrar: «Augustus Sharpe, abogado de una ciudad pequeña, soltero empedernido, propietario considerablemente obeso de una escopeta nueva del calibre 12 que no sabía usar, las fotografías de la escena del crimen, los informes policiales y Dios sabe qué más que hubiera en su bufete y que lo relacionaba con la exitosa defensa de un infanticida estaba dentro de aquel edificio. O, mejor dicho: lo que quedaba de él estaba dentro».

No dijo nada de esto a Roxy.

Mientras caminaba de vuelta al coche con la silenciosa adolescente a su lado, Ricky recordó lo que Virgil, Merlin y el señor R le habían hecho cinco años antes. Habían arruinado su carrera. Habían arruinado sus finanzas. Después habían destruido su piso de Nueva York. «Las autoridades lo habían considerado un escape de la cañería principal que había inundado el edificio y lo había vuelto inhabitable. Un accidente». Pero no lo fue. O, por lo menos, no fue algo provocado por unas instalaciones viejas y defectuosas que finalmente habían fallado tras demasiados años de uso. Fue un accidente orquestado de forma deliberada por tres personas que habían estudiado la muerte. Expertos.

«Esa noche han hecho lo mismo.

»Otra ciudad. Otro método.

»Un resultado parecido: han borrado todos los rastros que han dejado.

»Y yo tendría que estar muerto. Pero no lo estoy», pensó.

La entrada del hospital era un oasis de luz fluorescente en una noche desértica. Había dos coches patrulla y una ambulancia aparcados delante. Ricky vio a un par de técnicos de emergencias sanitarias y a varios agentes uniformados reunidos alrededor de una puerta abierta. Una radio de la policía emitía sonora y rápidamente palabras metálicas. Imaginó que todos estaban escuchando las llamadas para acudir al incendio del centro.

Roxy iba pegada a su lado cuando cruzaron el aparcamiento y pasaron junto al grupo de la entrada. Iba en absoluto silencio. Ricky se figuró que estaba demasiado asustada para hacer preguntas.

En cuanto cruzaron unas puertas automáticas que se abrían con un ruido suspirante, Ricky vio un mostrador de recepción y fue directo hacia él. Una mujer de mediana edad con unas gafas colgadas del cuello y un peinado ahuecado elaboradamente cardado que se había pasado de moda hacía cincuenta años alzó la mirada hacia ellos. Sonrió a Roxy y miró a Ricky, que ya se había sacado de la cartera su identificación del hospital de Miami.

—Necesitamos saber si han ingresado a Lawrence Allison esta noche —dijo, usando su mejor voz de médico al mando.

La mujer contempló la identificación.

—¿Miami? —preguntó.

—Sí. Estoy aquí por un caso difícil.

No dijo de qué clase de caso se trataba. Sabía que la mujer supondría que era un asunto médico no homicida.

—Deje que lo compruebe, doctor —dijo. Se volvió hacia la pantalla de su ordenador y empezó a teclear. Después se acercó las gafas a la cara, sosteniéndolas un poco por delante de la nariz y moviéndolas ligeramente hacia atrás y hacia delante, como si intentara enfocar los documentos de ingreso. Luego dejó caer las gafas y tecleó de nuevo. Al final se separó del ordenador y se dirigió a Ricky—: No, lo siento, ningún señor Allison esta noche.

—¿Lo ha comprobado en Urgencias?

—Por supuesto.

—¿Y en Paliativos? Enviaron una ambulancia a su casa. Es un paciente de cáncer. Terminal. Recibió aquí sus tratamientos…

No le gustó utilizar la palabra «terminal» delante de Roxy. Pero sabía que decirla añadiría cierta energía a la búsqueda de la recepcionista.

—Deje que lo compruebe otra vez —dijo esta. Tecleó, y se inclinó hacia delante y hacia atrás, moviendo las gafas—. No, lo siento. Ninguna entrada

nueva. Veo los ingresos anteriores… —Se le fue apagando la voz.

—¿Podría llamar a Urgencias? —pidió Ricky—. Tal vez ya esté allí y no hayan introducido todavía su nombre en los registros.

—Por supuesto.

Descolgó el teléfono y tecleó unos números. Ricky oyó que decía:

—Hola, Connie. Soy Dawn, de recepción. ¿Os han traído a un tal señor Allison en ambulancia esta noche? Es un paciente de cáncer que podría haber sido trasladado a Cuidados Paliativos. —Esperó, escuchando. Al colgar el teléfono, negó con la cabeza—. Lo siento, doctor. No esta noche.

—¿Tienen otras instalaciones…?

—No. No en kilómetros.

Ricky se inclinó hacia delante, pero era imposible que pudiera hablar tan bajo como para que Roxy no lo oyera.

—A lo mejor si los sanitarios de la ambulancia vieron que no respondía. Que era una defunción. Podrían haberlo llevado a…

La mujer lo interrumpió.

—A no ser que fuera un asunto policial —dijo negando con la cabeza—, y aun así, habrían llamado a la policía de inmediato.

—¿Y también a la oficina del médico forense?

—Si hubo una defunción, como usted dice, se habrían puesto inmediatamente en contacto con ella. Un médico tiene que certificar la muerte *in situ*.

—¿Podría llamar ahí?

—Lo siento. Por la noche solo hay un servicio de contestador automático que se pone en contacto con el médico forense que está de guardia. Y estoy bastante segura de que esta noche todo el mundo está en ese incendio de Market Street. Tengo entendido que hay víctimas mortales.

Ricky estaba frustrado. No se atrevió a mirar a Roxy.

—Muy bien —dijo—. Volveremos más tarde.

—Ojalá pudiera ser de más ayuda —comentó la mujer.

—No puede ser —susurró Roxy, tanto para sí misma como para que Ricky la oyera. Lo repitió mientras este regresaba hacia la entrada, y añadió —: ¿Dónde está?

Por el temblor de su voz Ricky supo que estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa. Pensó que necesitaba que se mantuviera entera un poco más.

Salieron de nuevo al arco de luz que parecía mantener a raya la noche. Los mismos sanitarios y policías estaban aún reunidos alrededor de la puerta

abierta del coche patrulla, escuchando los mensajes sobre la actividad que proporcionaba la central.

—No te separes de mí, pero no digas nada a no ser que yo te lo pida —dijo Ricky en voz baja. No oyó que Roxy aceptara sus instrucciones, pero supuso que haría lo que le decía. Debía de estar en una especie de piloto automático.

Se aproximó al grupo de hombres. Roxy iba unos pasos tras él.

—Hola —dijo con una voz lo más amistosa posible—. Me pregunto si podrían ayudarnos un momento.

Los hombres se volvieron hacia él.

—Un gran incendio, ¿eh? —dijo Ricky.

—Está costando mucho controlarlo —intervino un sanitario.

—¿Se sospecha que haya sido provocado?

—Seguramente algo relacionado con el seguro. Los investigadores del departamento de bomberos llegarán al fondo del asunto —comentó uno de los policías—. Solo les llevará un par de días.

—Estamos esperando una llamada para acudir hasta allí. Prácticamente todo el mundo está en el incendio —añadió el sanitario.

Ricky esperó un momento. Sacudió la cabeza de modo exagerado.

—Bueno, verán, detesto molestarles, pero esta noche enviaron una ambulancia a recoger a un enfermo —dijo—. En una calle rural, no demasiado lejos de la escuela…

—Sí —dijo el sanitario—. De hecho fuimos nosotros. Nosotros recibimos esa llamada. —Señaló a su compañero, que asintió para mostrar su conformidad.

—Bueno, y cuando llegaron…

—Fue extraño —explicó el hombre—. La puerta principal estaba abierta, pero no como si alguien la hubiera forzado… —Al decirlo dirigió una mirada a los policías, como para indicar que no había ningún indicio evidente de una ilegalidad, pero que era algo extraño—. En cualquier caso… El coche no estaba y no había nadie en casa. Echamos un vistazo lo mejor que pudimos, pero no encontramos a nadie. Imaginamos que sería una falsa alarma o que tal vez la central se había confundido con la dirección. A veces pasa. No demasiado a menudo, pero pasa. O a lo mejor las personas que estaban en la casa no quisieron esperar a la ambulancia, se subieron al coche y vinieron aquí. También pasa. La gente hace estupideces, mucho más a menudo de lo que cabría pensar.

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber uno de los policías.

—Es un amigo mío —respondió Ricky—. Pero supongo que yo también me confundí.

El policía pareció querer preguntar otra cosa y dirigió una larga mirada a Roxy mientras la preparaba, pero en aquel momento la voz de la central los interrumpió con una orden por radio que llamaba a todas las unidades que estuvieran cerca. Oyó que la central daba la dirección del Friendly Shores.

—¡Mierda! Somos nosotros —exclamó el otro policía. Ignoró a Ricky y a Roxy y se subió al coche patrulla. Luego se dirigió a los sanitarios—. Creo que tendríais que ir a Market Street. Me parece que van a necesitar ayuda sacando cadáveres.

—Vamos, Roxy —dijo Ricky en voz baja.

Retrocedió y volvió a sujetarla por un codo para conducirla hacia el coche aparcado. Luego la acompañó hasta la puerta del copiloto.

—No lo entiendo —dijo Roxy, mirándolo.

Quiso responderle lo siguiente: «Supuestamente no tenías que entenderlo porque no tenías que sobrevivir a esta noche. Ni yo tampoco. Estaba programado que mucha gente muriera esta noche. Hay quien lo ha hecho. Pero nosotros, no, y eso lo ha llevado todo a una dimensión que apenas puedo imaginar».

Contempló el semblante de la adolescente. Él solo veía que reflejaba un misterio: «¿Dónde está mi padre?».

Hasta que obtuviera una respuesta, se mostraría explosiva.

Y cuando la consiguiera, podría derrumbarse.

Ricky estaba haciendo unos rapidísimos cálculos mentales. Las matemáticas del asesinato.

«Lawrence Allison, que tenía que asesinarme, se ha convertido en otra cosa: un anzuelo».

—Si tu padre pudiera elegir el lugar —acabó diciendo—, ¿adónde habría querido ir antes de que lo llevaran al hospital?

La primera parte, «adónde», era lo que necesitaba saber de la adolescente. La segunda parte, «que lo llevaran al hospital», no iba a ocurrir esa noche. No dijo lo que creía: «Se lo ha llevado un asesino. Y nosotros tenemos que encontrarlo».

Roxy reflexionó un momento.

—Tengo una idea —dijo. La decisión había vuelto a su voz—. Puede que a dos sitios.

«Tengo que llevarla a esos dos lugares —pensó Ricky—. Si no lo hago, se escapará a la primera oportunidad. Se supone que en uno o en el otro vamos a

morir».

La elección correcta era huir.

Pero la única decisión que creía que podían tomar era la equivocada.

31

Roxy le indicaba el camino:

—Gira a la derecha. Ahora a la izquierda. Sigue hacia delante.

Ricky no preguntó adónde iban, pero sospechó que lo sabía y, cuando se acercaron un poco y estuvieron cerca de la entrada, tuvo la certeza de que así era. Era lógico.

—¿Dónde está enterrada? —preguntó.

—Muy adentro. Tenemos que andar —contestó Roxanne. Había cierto tono tembloroso en su voz.

—¿Ves su coche? —quiso saber Ricky.

La adolescente negó con la cabeza.

Era una pregunta absurda. No había ningún coche aparcado que él pudiera ver. Delante había hileras de lápidas y criptas grises. Ángeles y querubines de cemento. Había crucifijos y unas cuantas estrellas de David adornando las tumbas. Un cementerio a medianoche evoca toda clase de sentimientos angustiosos, un silencio profundo que pone los nervios de punta y, finalmente, la inquietante sensación de que los muertos nos observan atentamente. Pero no eran los muertos quienes lo asustaban esa noche. Eran los vivos.

—¿Tendría fuerzas para levantarse de la cama?

—No creo.

—¿Y para conducir? Si pudo llegar al coche, ¿podría hacerlo?

—No creo.

—¿Y para ir andando hasta la tumba de tu madre?

La adolescente negó con la cabeza otra vez.

Ricky lanzó una mirada a la adolescente: parecía pequeña.

«Cuando se quede huérfana, ¿acaso querrá vivir? —pensó—. ¿Puede ver los años que tiene por delante o solamente los próximos instantes?».

No tenía respuesta a eso y estaba enfadado consigo mismo por ello. Creía que era un adulto erudito, con experiencia, un hombre sensato, experto, que comprendía intenciones y actos, emociones y esperanzas. Pero esa noche todos estos conocimientos le eran esquivos. Sabía que tenía que tomar decisiones y desconfiaba de cada una de ellas.

—Muy bien —dijo—. Vamos a comprobarlo. Yo te sigo.

Sacó el revólver del coche.

—Por si acaso —comentó.

—Por si acaso —repitió Roxy.

—Llévame hasta allí —dijo.

Roxy señaló el camino.

—Pero ve despacio —añadió Ricky—. Y mantente alerta.

Los dos recorrieron sin hacer ruido las hileras de tumbas. La luna menguante proporcionaba la única luz, un enfermizo brillo amarillo que servía para poco más que darles a ellos mismos una apariencia de fantasmas. No había ningún sonido, aparte de alguna que otra brisa que desplazaba el calor de la noche entre las ramas de los árboles. Hasta el menor de los susurros sobresaltaba a Ricky, que daba un brinco por dentro y sujetaba con más fuerza el revólver. Oía pasos detrás de ellos. Notaba unos ojos clavados en su espalda. Captaba el olor amargo de un arma recién disparada. Nada de eso era real y, sin embargo, todo era posible. No dejaba de recordarse a sí mismo que tenía que mostrar fortaleza ante la chica que iba medio paso por delante de él. No estaba seguro de que le quedara demasiada.

Pasaron ante nombres, fechas y muchos sentimientos como «Amada esposa» o «Padre abnegado». Todos resultaban extraños en aquella oscuridad. Este cementerio no tenía nada que ver con aquel de aspecto descuidado que aparecía en el CD. Aquel camposanto estaba abandonado, en ruinas. Mientras que este estaba bien conservado y cuidado. Se preguntó si eso importaría a los muertos.

De repente, Roxy se detuvo.

—No está aquí —susurró, medio sollozando.

Señaló una tumba a unos seis metros. Ricky no alcanzó a leer la inscripción en la pequeña lápida de mármol.

Pero otra cosa captó su atención.

«Flores frescas».

Un ramo blanco descansaba justo debajo de las palabras grabadas en la piedra.

Oyó que Roxy se emocionaba de nuevo, daba un paso adelante y se detenía.

—Roxy —dijo Ricky después de observar la tumba—, ¿cuándo fue la última vez que tú o tu padre estuvisteis aquí?

—Hará meses —contestó—. Veníamos más a menudo, pero cuando papá volvió a enfermar, ya no pudimos.

—¿Quién más podría traerle flores…?

—Nadie.

«Pues alguien lo había hecho», pensó Ricky. Siguió contemplando el ramo y, una vez más, se sintió un inepto. Tal vez las flores no significaban nada. Tal vez las flores significaban algo.

—No está aquí —dijo Roxy.

Ricky iba a decir que alguien sí que había estado allí, pero se contuvo.

—Muy bien —dijo Roxy en voz baja—. Solo hay otro sitio al que podría haber ido.

La chica se volvió y empezó a volver al coche con Ricky a su lado. Este no dijo nada. Sabía que estaba atrapado en una telaraña de emociones. Puede que fuera increíblemente pegajosa, pero la adolescente que caminaba junto a él estaba más atrapada en ella, dando vueltas en un tornado destructivo.

Pasaron junto a un letrero: ZONA ESCOLAR. 25 KM/H.

Inmediatamente apagó los faros del coche y se detuvo a un lado de la carretera. Estaban a unos cien metros de la entrada del centro donde Lawrence Allison había dado clases.

«Seguramente se sentaba por la noche a la mesa de la cocina para mirar cómo ella hacía sus deberes —se dijo Ricky—. Cada respuesta acertada, cada observación inteligente o comentario perspicaz lo harían sentirse más orgulloso y más desesperado. Ambas cosas iban de la mano».

—¿Crees que vendría aquí? —preguntó.

—Le encanta este sitio —contestó Roxy.

Ricky observó que había hablado en presente.

Vio que ella lo miraba a través de la penumbra el edificio, que se erigía con un aspecto frío y triste. No quedaba nada de la energía matutina de los alumnos formando grupitos, los profesores, los progenitores en coches, los autobuses amarillos expulsando gases del tubo de escape y dejando chavales a medida que se iba iniciando la jornada escolar.

—No parece gran cosa de noche, ¿verdad? —comentó Roxy.

Se trataba de un edificio achaparrado de hormigón gris. Delante se levantaba un mástil vacío. En la planta baja había unas cuantas ventanas resquebrajadas. Parecía un mausoleo viejo, desgarbado y erosionado por los elementos que habría encajado mejor en el cementerio que acababan de dejar atrás.

Ricky permaneció callado.

—Tampoco parece gran cosa de día —añadió Roxy con una media sonrisa —. Pero aun así le encanta. —Otro titubeo—. Cuando veníamos en coche por

la mañana, siempre sonreía. Dice que lo bueno de ser profesor es que nunca sabes exactamente qué te espera cada día. Siempre hay alguna sorpresa. —Se detuvo, emocionada—. A veces canta mientras conduce. Tiene una voz horrorosa. Pero eso no le importa.

Ricky aguardó hasta que la chica pareció haber recuperado el control.

—¿Vamos a echar un vistazo? —preguntó.

Un ligero temblor acompañó la respuesta que susurró Roxy:

—Sí. Por favor.

«Estamos metiéndonos en una trampa», pensó Ricky.

—Roxy —dijo en voz muy baja—, esto podría ser muy peligroso.

—Tengo que verlo por mí misma. —La adolescente subrayó la dureza de sus palabras señalando el 357 de Ricky. Era como si oscilara entre la duda y la determinación.

—De acuerdo —respondió Ricky despacio—. Pero tienes que prometerme que harás lo mismo que yo. Y que harás exactamente lo que yo te diga en cuanto te lo diga.

—Te lo prometo —dijo demasiado deprisa. Ricky tenía pocas esperanzas de que fuera a seguir sus órdenes.

Salieron del coche y avanzaron hacia el edificio. Ricky intentó desplazarse sigilosamente de una sombra a otra y Roxy reprodujo sus movimientos. La única luz que había procedía de un par de farolas fluorescentes situadas en medio de un polvoriento estacionamiento de macadán negro para el personal docente y administrativo, rodeado de una valla metálica oxidada que estaba combada o rota en algunos puntos. Por lo demás, los cubría la misma oscuridad que parecía haber seguido cada uno de sus pasos esa noche.

—El coche de tu padre… —empezó a decir Ricky. La adolescente pareció entender qué quería saber exactamente.

—Es blanco —contestó—. Y pequeño, como un utilitario. No soporta conducir. No desde… —Se detuvo.

Por segunda vez esa noche, Ricky sintió una presión, como si la fuerza de una bala que le disparaban a la cabeza o al corazón le oprimiera ese punto mucho antes de salir del arma.

Pensó que se estaba moviendo con el mismo sigilo que el señor R cinco años antes, cuando había preparado esa misma clase de trampa para el asesino.

«Fui al lugar donde la lógica, la intuición y la emoción decían que estaría —recordó—. Dejé un rastro fácil de seguir. Y esperé».

Parecía que todo lo que había ideado tiempo atrás se había vuelto en su contra. Y mientras la adolescente caminaba a su lado, fue consciente de que era incapaz de alterar su rumbo.

Roxy se paró justo en el borde del perímetro del centro escolar, junto a un roble inmenso.

—No veo su coche —comentó.

Empezó a avanzar, pero Ricky alargó la mano para sujetarle el hombro y le dijo:

—Espera un minuto.

Y escudriñó la noche mientras Roxy permanecía a su lado.

Recorrió la zona de derecha a izquierda con la mirada. Procuró que sus ojos funcionaran como una máquina: «Un clic. Detente. Mira. Valora la oscuridad. Otro clic. Detente. Mira. Examina cada forma. Un tercer clic. Detente. Enfoca. Y allí está».

Desde donde se ocultaba, al borde del perímetro del centro escolar, agazapado cerca del tronco de un árbol, apenas distinguía la línea del techo de un coche. Blanco. Pequeño. Estaba tapado en parte por la valla y en parte por unos arbustos poco consistentes que estaban próximos a la entrada. La ligera ventaja que tenía por ser más alto que Roxy le había permitido detectarlo. Pero en lugar de levantar el brazo, señalarlo y empezar a dirigirse hacia allí a la vez que anunciaba el éxito de su búsqueda, dijo:

—Agáchate, Roxy. —Y él hizo lo mismo para tratar de confundirse con el tronco oscuro del árbol.

—No veo nada —dijo la adolescente—. ¿Qué pasa?

—No te muevas —contestó en voz muy baja.

Roxy se quedó inmóvil. Obediente. Estaba arrodillada a su lado.

—No veo nada —repitió.

Desde donde estaban, Ricky no alcanzaba a ver el interior del coche. No podía saber si Lawrence Allison estaba dentro, vivo. No podía saber si Lawrence Allison estaba dentro, agonizando. No podía saber si Lawrence Allison estaba dentro, muerto. Extendió el brazo como si quisiera impedir que la adolescente saliese corriendo hacia delante.

—No te muevas —repitió lo más bajo que pudo—. Pase lo que pase, no te muevas.

—¿Qué sucede? —Su voz era tensa, próxima al pánico.

—Mantente agachada —indicó Ricky. Su voz era, por su parte, ronca.

Se incorporó un poco usando el tronco del árbol para esconderse e intentó pensar como un asesino, porque de repente se dio cuenta de que el asesino

estaba pensando como él.

Notó una fría oleada de miedo en su interior.

Vio al señor R sentado en el diván de su consulta con el arma en la mano:

«¿No opinas que cualquier psicoanalista sabe que un paciente acaba conociendo el proceso terapéutico al mismo nivel que el médico?».

Se resistió a responder mentalmente a esa pregunta y se obligó a sí mismo a plantearse lo siguiente: «Si quisiera matar, ¿dónde me ocultaría?

»¿Entre las sombras, junto a la puerta?

»¿En el asiento de atrás del coche del profesor?

»¿En la esquina del edificio, donde pudiera ver en todas direcciones?

»¿Sabe que Roxy está conmigo?

»No, no con certeza. Pero es una buena suposición.

»¿Sabe que la he traído aquí conmigo?

»No, no con certeza. Pero es una buena suposición.

»¿Me mataría aquí?

»Sí.

»¿La mataría a ella aquí?

»Sí. No la dejará con vida».

Todo parecía desarrollarse teatralmente ante él.

Unas flores en una tumba. Un coche aparcado delante de una escuela.

Temía la muerte.

Temía la previsibilidad.

Pensó que las dos iban de la mano.

Mientras se serenaba y trataba de reunir algo de fuerza interior, vaciló y escudriñó de nuevo la zona.

«Sé que estás aquí —se dijo a sí mismo—. Pero ¿dónde?».

Y entonces inspiró con fuerza.

«Allí», pensó.

Estacionado al fondo del aparcamiento, junto a unos árboles, había un coche grande. Una forma negra recortada contra el fondo negro de una noche negra. Casi invisible. La luz de una de las farolas se reflejaba ligeramente en el metal del parachoques. Parecía una figura que cobrase forma entre la niebla. El parachoques delantero se convirtió en un guardabarros que, a su vez, se transformó en una puerta, un techo y, finalmente, en toda la silueta. La observó, reuniendo mentalmente detalles.

«Esa silueta significa un coche. Un coche significa un conductor. Un conductor significa la muerte».

Intentó distinguir a alguien aguardando tras el volante, pero no pudo. Sabía que eso no significaba que la persona no estuviera allí. «Tal vez fuera Virgil. Tal vez fuera Merlin. Tenía que haber dos de ellos». Se agazapó otra vez, como si reducir su perfil fuera a impedir que los detectaran.

—¿Lo ves? —preguntó a la adolescente.

Ni siquiera se atrevió a señalar con el arma. Roxy siguió su mirada hacia el coche negro. Pasó un largo segundo.

—Sí —susurró. Vaciló un momento y añadió—: No tendría que haber nadie aquí. No a estas horas.

Sin hacer ruido, Ricky alargó otra vez la mano para sujetar suavemente a Roxy por el hombro. Tiró de ella hacia atrás y la sumió más en la penumbra. Lo único que la adolescente quería era volver a ver a su padre. Pero eso podría costarles la vida a ambos.

—Creo que tenemos que irnos —dijo Ricky en voz baja. No mencionó que había visto el coche blanco. Sabía que si ella lo veía, correría hacia él. No podría contenerse. Sería fatal. Señaló el coche negro con la cabeza.

«Ajedrez. Blancas. Negras. ¿Jaque mate? No. Esta noche tenemos que esperar que acabe en tablas», pensó.

—¿Quién crees que es? —preguntó Roxy, con la voz igual de baja.

—No lo sé con seguridad —respondió, aunque sí lo sabía—. No creo que debamos quedarnos por aquí para averiguarlo.

La adolescente asintió con la cabeza. Miró primero el automóvil negro un momento y después fijó sus ojos en los de Ricky.

—Pero ¿dónde…? —empezó a decir.

El final de su pregunta quedó interrumpido de repente por una especie de golpe. Por el rabillo del ojo, a Ricky le pareció ver el centelleo de una pistola al dispararse dentro del pequeño coche blanco.

Roxy volvió la cabeza hacia el sonido, con el pánico reflejado en la cara.

Soltó un grito ahogado, casi a punto de chillar.

Ricky la rodeó al instante con los brazos, la acercó a su pecho y le tapó la boca con una mano para contener lo que sabía que iba a pasar.

—¡No mires! —susurró, pero sus palabras parecieron más fuerte que un bocinazo o una sirena.

Volvió la cabeza parar mirar la parte delantera del edificio.

Estaba en calma. Como el cementerio.

—Tenemos que marcharnos corriendo —soltó—. ¡Ya!

Vio que Roxy estaba dividida entre correr hacia delante y retroceder rápidamente. Titubeaba entre dos opciones horribles.

—Papá —soltó.

«Ninguna palabra podría ser más dolorosa», pensó Ricky.

—¡Corre! —la apremió—. Tenemos que irnos. ¡Corre, vamos!

Lo que quería decir en realidad era «vive».

La adolescente se puso en tensión en un sentido y después en el otro. Ricky tuvo la impresión de oír cómo el corazón se le partía en dos. Oyó que emitía un sonido propio de animal. Pero, para su sorpresa, le cogió la mano. En un segundo, los dos estaban corriendo.

Su rapidez era electrizante. A cada zancada, Ricky oía la respiración pesada de la adolescente, casi abrumada por las lágrimas.

Entraron a toda velocidad en el coche. Puso el motor en marcha y dio media vuelta antes de encender los faros. Y aceleró.

Solo podía pensar en una cosa: «Tenemos que huir».

Le pareció que la muerte estaba esa noche en todas partes. A la izquierda. A la derecha. Arriba. Abajo. Bajo sus pies y sobre sus cabezas. En el pasado, en el presente y probablemente también en el futuro.

32

Roxy solo dijo dos cosas durante muchos kilómetros. La primera:

—Se ha acabado, ¿verdad?

Y después añadió:

—¿Por qué tenía que morir el hombre del motel? ¿Qué había hecho?

Las contestaciones a esas preguntas eran demasiado complicadas para ese momento, así que el silencio fue la única respuesta de Ricky. Quiso decir algo tranquilizador y rebuscó en su memoria, su experiencia y su formación, pero no encontró las palabras.

Justo antes del amanecer, encontró un Holiday Inn a las afueras de Tallahassee, en Florida, y se registró en él, asegurándose de que Roxy no lo oyera cuando los describió a ambos como «mi hija y yo». Sabía que eso la sublevaría y si la recepcionista del hotel tenía la menor idea de que no eran parientes, seguramente llamaría a la policía, y los agentes harían preguntas para las que había pocas respuestas. «Estoy intentando salvar a la hija del hombre que trató de asesinarme, aunque él en realidad no quería hacerlo» no era una explicación que fuera a colar a un inquisitivo inspector del norte de Florida que estaría más bien pensando en pederastia, trata de blancas y secuestro.

Había un par de camas en la habitación. Roxy se dejó caer en la que se encontraba más cerca de la puerta y se quedó dormida casi al instante después de acurrucarse en posición fetal, sollozar dos veces en la almohada que tenía abrazada contra el pecho y hundir en ella la cabeza. La fatiga venció a la incertidumbre. El sueño pudo más que la impresión. Ricky pensó que era como si tiraran de ella en dos direcciones, un tira y afloja entre el agotamiento y la ansiedad. Él se echó en la otra cama, pensó un momento que sería incapaz de dormir porque habían pasado demasiadas cosas y se despertó horas más tarde cuando el personal de limpieza estaba llamando a la puerta. Se habían quedado dormidos más allá de la hora de salida.

Unas duchas rápidas. Cepillo y pasta de dientes. Ricky pasó un ratito pasándose un peine por el pelo rizado humedecido. Después de comer en un McDonald’s cercano volvieron a la carretera.

Ricky pensó que su compañera adolescente volvía a actuar como una especie de autómata. Era como una persona catatónica que a duras penas se movía de manera maquinal. Paseó la comida por el plato, dio unos cuantos mordiscos poco entusiastas, se quedó callada, caminó despacio cuando salieron y no dijo palabra cuando regresaron al coche ni tampoco cuando volvieron a salir a la autopista Florida's Turnpike para seguir rumbo al sur.

Tras ir a ciento diez kilómetros por hora durante quince minutos, preguntó por fin:

—Mi padre estaba allí, ¿verdad?

—No lo sé, Roxy —contestó Ricky. Aunque sí lo sabía.

—Lo mataron, ¿verdad?

—No lo sé.

Aunque lo sabía.

—Aquel ruido fue un disparo, ¿no?

—Sí. Seguramente. No estoy seguro al cien por cien.

—Lo era —dijo Roxy.

Ricky no quería mentir. No quería decir la verdad. Suponía que Roxy se encontraba en un estado en el que no quería oír ni mentiras ni verdades.

Estuvo callada kilómetro y medio. Y luego:

—¿Volveré a verle algún día?

Ricky no contestó enseguida.

—Lo veré —dijo Roxy con fiereza—. Lo sé.

Ricky sabía que estaba atrapada entre lo que estaba segura de que no quería saber y una fantasía que, en realidad, no era posible. Ni la dura realidad ni una ilusión descabellada eran particularmente reales para ella en aquel momento. Al final acabaría comprendiendo la muerte. Pero, de momento, oscilaría entre las falsas esperanzas y las realidades deprimentes. Pensó cómo tendría que contestar a su pregunta. El pragmático que había en él quería decirle que no volvería a verlo. El romántico literario pensó: «Sí, en el cielo. Te estará esperando con tu madre cuando llegues». El psicoanalista que había en él creía: «Por supuesto que lo verás, cada segundo que pase, en tu cabeza y en tu corazón, por más años que te queden de vida. Y a eso tienes que aferrarte hoy, mañana y los días venideros».

—Roxy —dijo con cautela—, ¿qué es lo que tu padre quería para ti más que nada?

—Un futuro —respondió la adolescente pasado un momento, como si hubiera reflexionado sobre la pregunta.

—Bueno —prosiguió Ricky—, creo que a partir de este momento…

—Supongo que ahora debo cumplir eso —lo interrumpió Roxy.

Ricky sonrió un poco y asintió. Esperaba que de algún modo la adolescente pudiera embotellar su dureza y tenerla a mano, porque imaginaba que la necesitaría en los días que tenía por delante. Después, casi con la misma rapidez con que había pensado esto, le vino de golpe a la cabeza una segunda idea: el juego del asesinato todavía no había terminado.

Recordó haber puesto una vez una trampa adhesiva en un rincón y, a la mañana siguiente, haber encontrado a un ratón medio muerto atrapado en ella. Una forma cruel de morir. Se odió a sí mismo por haberla usado. Pensó que ahora estaba atrapado en el mismo adhesivo y cayó en la cuenta de que la adolescente que tenía al lado, también. Miró de soslayo a Roxy, que estaba hundida en el asiento del copiloto mirando por el parabrisas, igual que la noche anterior, aunque ya no estaba cegada por la oscuridad, sino deslumbrada por la brillante luz de Florida que se colaba por el cristal.

—¿Adónde vamos? —preguntó Roxy tras unos minutos de silencio.

—A Miami.

—Nunca he estado en Miami.

—Te gustará. —En realidad, no tenía forma de saber si sería así o no.

—¿Por qué vamos ahí?

—Es donde está mi casa.

Roxy pareció reflexionar un momento.

—¿No será peligroso? —quiso saber.

—Sí —dijo Ricky—. Es probable.

—Si mi casa no es segura, ¿por qué iba a serlo la tuya?

—No lo es.

—Pero ¿vamos a ir igualmente?

—Sí.

—Vale.

Se giró un poco y cogió la mochila del asiento de atrás. Sacó el libro *Por quién doblan las campanas* de Hemingway de la parte superior y lo abrió por la primera página para sumirse de nuevo en el silencio.

«Es una chica perspicaz», pensó Ricky. Lo que no le había dicho era: «Ahora mismo no tengo otro sitio al que ir». Se figuró que debía encontrar una forma de esconderse y que, cuando estuviera oculto, podría empezar a dar la vuelta a la tortilla. Ya lo había conseguido antes. Pero la adolescente que tenía al lado subrayaba el peligro de que lo que había funcionado una vez no lo hiciera necesariamente una segunda vez. No quería que se notara lo mucho que eso lo asustaba.

Viajar al sur por el centro de Florida es como deslizarse colina abajo. Los pinos altos del norte ceden paso a campos verdes dedicados a la cría de caballos en el centro, interrumpidos por llamativos parques temáticos en las cercanías de Orlando. El paisaje deriva pronto a extensiones de hierbas ondulantes y mangles enmarañados que señalan el principio de los Everglades. El calor aumenta inexorablemente. El sol gana intensidad. El camino alterna ciudades mundialmente famosas con tierras casi primigenias; de montañas rusas a caimanes que deambulan por el «Río de Hierba», como se conoce popularmente esta región pantanosa. Por cada incursión de urbanización voraz hay un contraataque de la naturaleza enojada royendo los cultivos de cañas de azúcar y las extensiones de viviendas. Florida es un lugar de una vulnerabilidad constante; las tormentas que arrasan el interior desde el golfo de México hasta las ciudades de Palm Beach, Fort Lauderdale y Miami, en la Costa Dorada, van acompañadas de vientos peligrosos y cortinas de lluvia incesante. Los huracanes cobran fuerza sobre el Caribe y llegan al estado desde la otra dirección. Florida suele oscilar entre el pantano y el hormigón. Al avanzar sin tregua hacia el sur, Ricky vio cómo una de esas tormentas vespertinas estaba formando una amenazadora pared de nubarrones negros. Recordó que una tempestad parecida estaba en el horizonte la noche que el señor R había ido a verlo a su consulta.

Como cada relámpago que parece dispuesto a dañar Florida: algunos la golpean, otros la bordean.

La carretera se extendía ante ellos. Cientos de kilómetros.

Paró cerca del aeropuerto de Orlando y devolvió el coche de alquiler a un empleado que quería cobrarle un extra por no devolverlo en Nueva Orleans. En cuanto hubo negociado esta transacción, Ricky se dirigió a otra compañía de alquiler de automóviles y contrató otro coche para recorrer el tramo hasta Miami. No creía que este cambio fuera a despistar al señor R, a Virgil o a Merlin, si lo estaban siguiendo. Había las mismas probabilidades de que lo estuvieran esperando en alguna esquina. Cada paso que daba parecía acertado y equivocado a la vez. En este estado de dudas, imaginó que con el cambio de coche podría ganar algo de tiempo y le pareció que era la clase de movimiento que podría realizar un criminal veterano que intentase ocultar su rastro, por lo que, en este aspecto, tenía sentido hacerlo.

Roxy no parecía fijarse. Permanecía callada. Cuando le escudriñaba el rostro, Ricky no veía indecisión. No se mostraba huraña. Parecía resignada a dejar que lo que estaba ocurriendo siguiera pasando, lo que le pareció el

mejor estado emocional esperable. Cuando hicieron cola en el mostrador del alquiler de automóviles, estaban rodeados de familias. Padres frustrados. Madres cansadas. Niños inquietos con orejas de Mickey Mouse o camisetas con la imagen de algún otro personaje famoso de Disney. Goofy. El pato Donald. Blancanieves. A pesar de la cara absorta y prácticamente inexpresiva de Roxy, ella y Ricky no destacaban, camuflados por los turistas. Dudó que ninguna de las otras personas que había por allí llevara un revólver Magnum 357 en la bolsa de viaje, pero, como estaban en Florida, no podía estar seguro. Quizá todos lo llevaran. Mamá. Papá. El pequeño Joe y la pequeña Suzy.

De vuelta en la autopista, condujo deprisa, como si intentara adelantarse a la tormenta.

Una conversación normal que rápidamente se volvió anormal:

—Roxy, ¿tienes hambre?

—No.

—¿Y sed?

—No.

—¿Necesitas que paremos para ir al baño?

—No.

—Faltan por lo menos un par de horas todavía para llegar. Ya será de noche entonces. ¿Estás segura?

—Sí.

—Roxy…

—He estado pensando —dijo.

«Más bien procesando», pensó Ricky.

—Si lo mataron… —empezó a decir, pero se detuvo.

Pareció pensar un momento. Sumando y restando.

—Si lo mataron, yo los mataré a ellos.

—Mira, Roxy —dijo Ricky tras titubear un momento—, ya sabes que su enfermedad… No le quedaba mucho tiempo. Él mismo te lo dijo. Lo sabes. Y él quería que estuvieras a salvo. Que tuvieras un buen futuro. Estaba intentando darte una garantía. Como un regalo.

No dijo: «De una u otra forma, ibas a quedarte huérfana de todas maneras».

La adolescente negó con la cabeza.

—Eso no importa —contestó—. Si nos robaron un solo día. Una hora. Un minuto. No es justo. Así que los mataré. Me da igual lo que tarde.

«El señor R, Virgil y Merlin habrían estado de acuerdo con ese sentimiento», pensó.

Pero lo que dijo fue:

—La venganza no soluciona nada.

«Previsible. Tonto —se dijo a sí mismo—. La clase de tópico que dicen los adultos e ignoran los adolescentes. ¿Y qué sé yo? A lo mejor lo hace. No hay duda de que el señor R, Virgil y Merlin piensan que sí».

—¿Cómo lo sabes? —soltó Roxy con la voz repentinamente llena de escepticismo. Su pregunta reflejó con exactitud lo que él estaba pensando.

No esperó que le contestara, como si nada de lo que él pudiese decir tuviera ningún valor. Volvió la cabeza hacia la ventanilla y observó las hectáreas de campo abierto que iban dejando atrás. Seguía sosteniendo el libro que su padre le había dicho que leyera. Ricky sabía que cada palabra de esa novela sería valiosísima para ella.

Pasados por lo menos cinco minutos, Roxy se giró otra vez hacia él.

—Tendría que haberme dado cuenta de que todo lo que prometieron era mentira —dijo.

—¿Cómo ibas a saberlo? Esta gente es hábil y experta.

—La canción —dijo.

—No te sigo —contestó Ricky. Oírla hablar lo animó. Comprendió que Roxy todavía no había sucumbido al egoísmo del «¿qué será de mí?» de un adolescente. Era extraordinario.

—Cuando canté la canción. En el vídeo que la mujer quiso grabar.

—Sigo sin entenderlo —dijo Ricky.

—Me dio las dos fotografías y me dijo qué hacer después de ir a ese viejo cementerio abandonado. Estaba detrás de mí con la cámara mientras yo cantaba «*Bye, bye Miss American Pie. Drove my Chevy to the levee but the leeve was dry*…».

Roxy había entonado la melodía con voz exhausta y débil, y había gorjeado las palabras, pero el ritmo era inconfundible.

—A mi padre le encantaba esta canción —dijo—. Y también a mi madre. A veces, cuando era pequeña, la cantaban juntos solo para entretenerme. Y a veces yo me unía a ellos, de modo que la entonábamos los tres. Por eso me sabía la letra.

—Continúo sin pillarte —insistió Ricky.

—Me pidió que cambiara una palabra de la canción.

—¿Que la cambiaras?

—Sí. La canción dice que este será el día en que yo muera: *This'll be the day that I die*…

—Sí, ya lo sé…

—Pero no estaba bien.

—¿Cómo?

—Me dijo que cantara: *This'll be the day that you die*. Quiso que cambiara *I* por *you* para decir, en cambio, «este será el día en que tú mueras». Y yo lo hice. Le pregunté por qué y me respondió que se preguntaba si la persona para quien estaba cantando se daría cuenta del cambio.

—La persona…

—Supongo que se refería a ti —dijo Roxy en voz baja—. ¿Te diste cuenta?

—No —respondió Ricky—. Tenía que haberlo hecho.

«Se estaban burlando de mí y no lo pillé», pensó.

—Sí. Probablemente —dijo Roxy—. Entonces me di cuenta de que todo aquello era un error. Pero no se lo dije a nadie.

Se quedó callada otra vez. Un kilómetro. Luego, un segundo kilómetro, seguido de un tercero. Ricky vio que apoyaba la cabeza en la ventanilla y supuso que su conversación había terminado.

Pero no era así.

—Si mataron a mi padre… —repitió, hablando hacia el paisaje que dejaban atrás. Se detuvo y se volvió hacia Ricky. La rabia impregnó entonces su voz—: Un cáncer como el que él tenía no necesita que nadie lo ayude con un asesinato.

Ricky asintió.

—¿Por qué iba a perdonarlos?

Ricky imaginó al señor R, a Virgil y a Merlin. Ellos jamás lo perdonarían. Jamás cesarían en su empeño de verlo muerto. Dio vueltas a la cabeza a esta inevitabilidad como un escultor trabajando la arcilla. Y entonces se percató de que Roxy estaba esperando una respuesta.

Cuando estaba intentando formular una contestación realmente incisiva, en un lenguaje sencillo que no tratara la edad de Roxy con condescendencia y que significara mucho para la adolescente, ella interrumpió sus pensamientos con otra pregunta:

—¿Puedes enseñarme a matar?

Ricky no respondió. «Sí. No. Puede. Quizá después de enseñarme a mí mismo a matar. Creí que ya sabía, pero ahora creo que puede que no. O tal vez no sepa lo suficiente. Supongo que tendremos que aprender juntos».

Pasó ante la entrada al aeropuerto internacional de Miami, los puntos de devolución de automóviles de alquiler y el aparcamiento donde había dejado su coche hacía unos días. Seguía intentando pensar como un criminal y, cada vez que se le ocurría algo aunque solo fuera remotamente ilícito, se felicitaba a sí mismo. En este caso sabía que podía dejar el vehículo de alquiler en cualquier momento y tal vez tuviera sentido acercarse a su casa en un coche que el señor R, Virgil y Merlin no reconocieran.

Ya era casi medianoche y hacía rato que había oscurecido.

Su casa estaba en una estrecha calle lateral que los banianos, los setos y las vallas altas sumían todavía más en la penumbra. Era lo contrario del lugar de Alabama donde había estado: un exuberante mundo tropical estimulado por el ciclo continuo de lluvias, sol, calor y humedad selvática de Miami, pero maravillosamente cuidado. Un lugar de sombras que era fruto de un acuerdo tácito entre la riqueza y la naturaleza. Sabía que si aparcaba el coche en la calle, permanecerían ocultos, pero no quería que ninguno de los vecinos llamara a sus servicios de seguridad privada o a la policía, recelosos de la pareja sentada en un coche un poco más abajo de la entrada de la casa del doctor Starks.

Medio esperaba que la casa estuviera en llamas.

O inundada.

O que hubiera volado por los aires. Que estuviera, sencillamente, destruida de algún modo, con los muebles destrozados, los archivos desparramados y su vida desgarrada y aplastada otra vez hasta tal punto que resultara irreconocible.

Pero no era así.

La casa estaba simplemente a oscuras y en calma. Era casi acogedora.

La observó.

No quería intentar saltar su propia valla. Ni tampoco abrir la verja del camino de entrada. A un lado había una pequeña entrada cerrada con llave que rara vez se utilizaba y que disponía del mismo teclado de seguridad que la principal.

Una parte de él le dijo: «Da media vuelta y lárgate».

Una segunda parte le recordó: «La pistola con la que asesinaron al recepcionista del Friendly Shores. Está dentro. En alguna parte. Si no la encuentras, jamás estarás a salvo».

Y una última parte, irracional, le exigía: «Es mi casa. Tengo derecho a entrar en ella. Tendría que significar seguridad».

Mientras se debatía interiormente, le vino a la cabeza el ritmo de la canción:

«Este será el día en que yo muera».

Estaba enfadado.

Sabía que se encontraba agotado emocionalmente.

Y estas dos cosas juntas formaban un cóctel peligroso. Lo volvían imprudente.

Fue Roxy quien casi lo devolvió a la realidad.

—¿Qué hay ahí que crees que necesitas?

Quiso responder, pero se detuvo.

No había nada perteneciente a su vida que fuera realmente necesario. Ninguna fotografía de su difunta esposa. Ningún diploma. Ningún libro. Ningún recuerdo.

Era más bien la sensación de quién era.

Lo único realmente necesario era el arma, o cualquier otra prueba incriminatoria, que pudiera esconderse dentro de la casa.

—Tienes el revólver. Tienes algo de ropa. ¿Qué más necesitas? —insistió Roxy.

Lo que quería, y lo que necesitaba, era más que nada entrar en su propia casa, pensar en los pacientes que tenía programados para el día siguiente y volver a algo que se pareciera vagamente a una rutina normal. Se parecía a poder ver un retrato de sí mismo que quería tocar, pero que permanecía justo fuera de su alcance: doctor Frederick Starks, psicoanalista.

Lanzó una mirada a Roxy, que estaba observando la calle en penumbra.

—Es un sitio muy lujoso —comentó—. No tiene nada que ver con mi casa. —Y, pasado un momento, añadió en tono práctico—: Pero creo que no deberíamos quedarnos aquí.

Ella tenía razón, pero Ricky no podía soportarlo.

—Volveré en un minuto —dijo—. No te muevas.

Cogió el 357 y salió sigilosamente del coche. No miró atrás para asegurarse de que Roxy seguía sus instrucciones. Se pegó al seto más cercano y avanzó haciendo el menor ruido posible. Pisó una hoja de palmera seca y quiso maldecir, pero logró evitar que se le escapara ningún sonido por la boca, aparte de su respiración acelerada. Un paso adelante, luego otro. Los dientes apretados. El sudor escociéndole los ojos. Avanzó sin titubeos hacia la verja. Era como si su lado lógico, el que le había dicho acertadamente que no intentara cruzar esa verja le estuviera gritando con fuerza en los oídos y él lo estuviera ignorando olímpicamente. Alguna otra parte de él repasaba a toda

velocidad posibles sitios: «¿En un cajón de mi escritorio? ¿En el armario de mi dormitorio? ¿Detrás de los productos de limpieza en la cocina? ¿Dónde escondería algo un asesino?».

Absorto en estos pensamientos, fue acercándose más a la verja.

Estaba encerrado en medio del follaje, en medio de una espaldera arqueada cubierta de enredaderas que formaba un pasaje casi romántico. El camino de debajo era de un anodino ladrillo rojo. Apenas se usaba, por lo que no sabía muy bien si la cerradura de seguridad se abriría cuando tecleara el código. No sabía si la verja chirriaría y arañaría sonoramente el ladrillo al abrirse. Necesitaba silencio, pero no tenía ninguna garantía.

Era consciente del calor. Le resultaba agobiante, denso. Como el petróleo crudo. Parecía asfixiarle.

«¿Qué estás haciendo? —le gritaba la voz de la razón—. ¡Detente! ¡Retrocede! ¡Lárgate de aquí! ¡Aquí no hay nada para ti!».

Se acercó el arma al pecho y la abrazó.

«Sí que lo hay —se respondió a sí mismo—. Ahí dentro hay algo que me relaciona con un asesinato en Alabama. Tengo que llevármelo».

Recorrió todas las sombras con la mirada y alargó ligeramente el cuello hacia delante para intentar captar cualquier sonido. Pero solo oyó los ruidos lejanos de la ciudad, como una sirena o los cláxones del tráfico de la carretera South Dixie, además de algo de salsa y de *reggae* procedente de una fiesta de alguna otra manzana, y del sonido demasiado alto de una televisión que emitía un partido. Todo ello conspiraba para impedirle oír cualquier otra cosa que no fuera su respiración sibilante y difícil.

Al mismo tiempo, resonaba en su cabeza: «*Bye, bye Miss American Pie*».

Atrapado entre todas estas emociones, suposiciones, predicciones y posibilidades contradictorias, vaciló.

Entonces vio que su mano izquierda se acercaba al teclado de la verja. Su dedo índice pareció titubear sobre el primer dígito.

Una voz le dijo desde detrás:

—No haga eso, doctor.

Tuvo unos repentinos ramalazos de miedo. Explosiones de sorpresa. Oleadas de pánico. Se volvió apuntando con el revólver al sonido de la voz, sin saber si iba a gritar o a disparar a ciegas.

Vio una ligera forma que salía de la oscuridad detrás de él, a unos metros de distancia. Ropa negra en una calle negra. Con capucha y prácticamente invisible. El uniforme de un asesino. Se oyó gruñir a sí mismo. Un gruñido de desesperación.

«Soy hombre muerto», pensó, aunque no por primera vez. Esperó un fogonazo repentino y una cortina de dolor al reunirse para siempre con la noche.

Todo iba a cámara lenta.

El tiempo se había detenido a su alrededor.

Todos los demás sonidos se habían desvanecido.

No sabía por qué no estaba muerto aún, así que rodeó con más fuerza el gatillo con el dedo. El noventa y nueve por ciento de su miedo, que había crecido como una tormenta con rayos y truenos en su interior, le gritó: «¡Dispara! ¡Dispara ya!».

El uno por ciento que parecía conservar la razón en su interior le susurró: «Espera. No lo hagas».

Fuera de la penumbra, vio un rostro conocido.

Por un instante se sintió enormemente confundido. Sintió el dedo en el gatillo y los pulmones quejándose al contener el aliento. Había creído que se enfrentaba a la muerte y al señor R juntos, pero no era así, y eso lo sumió en un momentáneo torbellino de dudas.

—¿Charlie?

—Hola, doctor —dijo el joven paciente bipolar. Vio el arma apuntándole al pecho—. No me mate —añadió—. Lamento haberlo asustado pero, por favor, no entre. —Señaló la verja—. Vi que antes entraba alguien —explicó —. Por lo menos creo que era alguien. A veces me cuesta saber quién está y quién no. La realidad puede ser escurridiza, supongo. Pero esta vez estoy bastante seguro. También llevaba una pistola. Creo que si entra, podría morir. Pero supongo que eso es cosa suya.

33

Regresa al coche.

«No digas nada. Nada de explicaciones».

Pon el motor en marcha.

Recula.

Da media vuelta. Acelera.

«Deja de hacer exactamente lo que esperan que hagas».

Ricky intentó compartimentar cada acción. Quería que todas sus acciones fueran insignificantes. Sencillas. Rutinarias. Cosas que podía hacer sin apenas pensar. Era la única forma que conocía de alejarse de su casa, de alejarse del hombre armado con una pistola que podría estar esperándole, de alejarse de la muerte esa noche. Al principio condujo demasiado deprisa y bajó la calle como un bólido. Después, demasiado despacio. A paso de tortuga. Finalmente se tranquilizó lo suficiente para actuar con normalidad. Una manzana. Dos. Una tercera y después entró en el aparcamiento situado junto al parque Kennedy, donde tiempo atrás le gustaba ir a correr y donde le habían robado la bicicleta. Parecía que hubieran pasado meses, puede que años. En alguna vida anterior.

«La puñetera bicicleta robada —pensó—. Fue la primera señal de que todo andaba mal».

Charlie estaba en el asiento de atrás. Roxy estaba junto a Ricky, en el del copiloto. No había dicho nada cuando Charlie se había sentado detrás de ella. El joven llevaba unos vaqueros hechos jirones, unas zapatillas deportivas llenas de unos agujeros terribles y una sudadera negra con capucha y con un gran emblema naranja y verde de la Universidad de Miami en la parte delantera. Estaba peligrosamente delgado. Tenía la cara y las manos recubiertas de una capa de mugre. No parecía alguien que le hubiera salvado la vida esa noche a Ricky. Este miró a la adolescente. Si recoger de la calle a un joven aparentemente sin techo no la asombraba, se preguntaba qué podría hacer que su cara adoptara una expresión de sorpresa.

Inspiró profundamente. Notó que su pulso se reducía hasta las regulares sesenta pulsaciones por minuto.

«¿Qué coño hago ahora?», pensó.

Charlie sonreía abiertamente a la chica. Lo veía por el retrovisor interior.

—Hola —dijo—. Soy Charlie. Soy uno de los pacientes del doctor Starks. ¿Y tú?

—Me llamo Roxy —respondió la adolescente, girándose en el asiento.

—¿Como Roxanne, de *Cyrano de Bergerac*? Vi esa obra cuando estaba en el instituto. Ese tipo con una nariz increíblemente grande, espadachín fantástico y poeta descontrolado y totalmente genial.

Charlie extendió la mano y ella se la estrechó.

—Hola, Roxy —dijo el muchacho.

—Hola, Charlie.

—En la obra, ella acaba en un convento.

—No creo que yo vaya a hacer eso.

—Yo tampoco —dijo Charlie con una carcajada—. Así que ¿estás loca? —le preguntó sonriente.

—Creo que no —contestó la adolescente.

—Bueno, ¿también eres una paciente de psiquiatría?

—No —contestó Roxy—. No sé muy bien qué soy.

—Bueno, yo soy bipolar tipo I. A veces veo cosas que no están ahí —explicó Charlie—. Oigo cosas. Como si me hablaran. Me aceleran. Maníaco, dicen. ¿A ti también te pasa eso?

—No —contestó Roxy—. Pero muchas veces estoy triste. En especial, últimamente.

—Oh —dijo Charlie—. Es una pena. Yo también me siento triste a veces, pero nunca estoy seguro de si es porque lo estoy realmente o porque estoy enfermo.

Ricky quiso intervenir, pero no lo hizo.

—No pareces enfermo —comentó Roxy—. No como mi padre. Él tiene cáncer.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—Perdido, ¿eh?

—Más o menos.

—Yo también estoy perdido. Es duro a veces. —Sonrió de nuevo—. Roxy es un nombre bonito —añadió—. Y pareces sureña. ¿De dónde eres?

—De Alabama.

—Bueno, ahí lo tienes —dijo Charlie, y sonrió de oreja a oreja—. «*Wish I was in the land of cotton. Old times there are not forgotten. Look away, look away, look away Dixieland…*» —cantó *Dixie* en voz baja—. Nunca he estado en Alabama. ¿Es bonito?

—Eso creía —respondió Roxy, que le devolvió la sonrisa con otra más tímida—. Podría decirse que es el único lugar que conozco, por lo que no tengo forma de saber si es mejor o peor que otros. Pero estos últimos días no ha sido tan bonitos.

—¿Y eso por qué?

—Ha fallecido gente. He visto a un hombre muerto.

—Ostras. Eso es duro. ¿Cómo murió?

—De un balazo.

—¿Había sangre?

—Sí.

—Supongo que eso será una pequeña parte de la razón de que estés aquí —dijo Charlie tras asentir con la cabeza.

Roxy asintió a su vez.

—¿Huelo mal? —preguntó Charlie tras quedarse mirando un instante el techo del coche, como si estuviera reflexionando.

—Sí, un poco —contestó Roxy. Hizo una mueca, pero añadió—: Tampoco es tan horrible.

Finalmente Ricky los interrumpió:

—Charlie, ¿cuándo…? —empezó a decir.

—Me dejaron salir del pabellón de psiquiatría hace un par de días, doctor Starks. Me dieron un puñado de pastillas, me dijeron que estaba estabilizado, me entregaron un plan de medicación, me dijeron que pidiera hora para verlo a usted y se despidieron con un «hasta luego». Yo fui directo a casa, pero mis padres me echaron nada más verme. No sabía a qué otro lugar podía ir. Pensé en el albergue, pero ese sitio me da miedo y es muy peligroso. Ahí te matan por calderilla. Así que me pasé los días vagando por la ciudad; hay toda clase de cosas interesantes que ver y, si eres como yo, te vuelves invisible para los demás. Y por la noche dormía entre los arbustos que hay junto a su casa. Lo siento. Sé que no está bien, pero no sabía qué otra cosa hacer. Estaba esperando a que usted volviera. Pensé que podría hacerme algunas sugerencias prácticas. Estaba entre los arbustos preparándome para acostarme cuando vi al hombre con la pistola. Tuve mucha suerte de que él no me viera. Y no supe muy bien qué hacer. Me quedé paralizado. Como un mapache cuando lo ilumina un foco. Así que esperé para ver si volvía a salir. Y entonces apareció usted con la misma pinta de malote que el individuo que había entrado antes. Pasa algo, ¿verdad?

—Sí —respondió Ricky.

—¿Algo no demasiado bueno?

—Sí.

—Es lo que me había imaginado, pero es difícil saberlo. La cabeza me juega malas pasadas, ¿sabe? Estaba bastante seguro de que el hombre que he visto era real, pero no al cien por cien, no sé si me entiende.

Lo comprendía. Sabía exactamente lo que Charlie estaba pensando.

—¿Es algún loco que quiere matarlo?

—No está loco, pero sí quiere matarme.

—Ostras. Eso es radical. ¿Quiere matar también a Roxy?

—Puede. No estoy seguro.

—Pues no podemos permitir de ninguna manera que eso pase —dijo Charlie, sonriendo a Roxy.

—No —coincidió Ricky—. No podemos. Dime, Charlie: ¿te estás tomando tu medicación?

—Cuando me acuerdo.

—Charlie, ¿te has acordado hoy?

Charlie sonrió de nuevo.

—Me estoy acordando ahora mismo. —Metió la mano en un bolsillo de la sudadera y sacó un envase de pastillas—. Una pastilla al día mantiene las voces en la lejanía —dijo en tono cantarín. Dejó caer una en la palma y se la metió en la boca.

—¿Cuándo comiste por última vez?

—Creo que ayer —contestó sacudiendo la cabeza—. Puede que anteayer.

—Tu familia… —empezó a decir Ricky, pero Charlie negó con la cabeza con más energía incluso para exagerar el gesto.

—Dijeron «nunca más». Supongo que para ellos es duro cuando esas voces vuelven a aparecer. Ojalá comprendieran que para mí lo es mucho más.

Suspiró y, por primera vez, hizo una mueca de tristeza y le tembló un poco la voz:

—Supongo que ahora soy una especie de huérfano —dijo débilmente.

Antes de que Ricky pudiera responder, Roxy se inclinó hacia el asiento de atrás y le cogió de la mano.

—Yo también —dijo—. Tal vez podríamos ser huérfanos juntos.

—Gracias, Roxy —respondió Charlie esbozando una sonrisa enorme—. Esto me hace sentir mejor. Mucho mejor. —Se volvió hacia Ricky—: ¿Y qué hacemos ahora, doctor?

Roxy también se giró hacia él. Le estaba haciendo la misma pregunta con la expresión de su cara.

Ricky tuvo una última idea. Una posibilidad remota.

—Creo que haré una llamada telefónica —dijo.

Marcó el número en un teléfono público situado en el exterior de una tienda abierta las veinticuatro horas. Había un par de hombres morenos de mediana edad que lo miraron con recelo. Pensó que era el mundo al revés: se suponía que él era respetable; ellos, no. Se figuró que eran camellos o chulos. Los teléfonos públicos eran mucho más difíciles de rastrear que los móviles, aunque resultaban poco prácticos para conducir una operación en curso. Más de una tienda los había trasladado al interior para impedir que las pequeñas ilegalidades abarrotaran el aparcamiento. Ricky iba a consultar su reloj, pero se contuvo y se limitó a esperar que no fuera demasiado tarde. No quería saber la hora que era.

Tercer tono de llamada.

—Residencia de la señora Heath.

—Soy el doctor Starks. ¿Está la señora Heath en casa? Perdone que llame tan tarde pero es importante.

Una vacilación.

—Iré a ver. Le gusta leer hasta tarde. Pero a lo mejor ya se ha acostado.

—Gracias.

Ricky aguardó en el teléfono lo que le parecieron varios minutos.

—¿Ricky?

—Señora Heath.

—Bueno, tu llamada es de lo más inesperado a estas horas. ¿Qué problema hay?

Ricky inspiró hondo.

—Me ofreció su ayuda —empezó a decir.

—Sí, por supuesto que sí. Y con gusto, además.

—Esto infringe todos los principios y todas las normas de las relaciones entre médico y paciente —comentó—. Nunca, ni una sola vez en toda mi carrera, he hecho esto. Es lo que llamamos una violación de los límites. En cierto sentido es denunciable. Podrían prohibirme ejercer la medicina.

—Dios mío. Tiene que ser algo grave.

—Lo es.

—Me he pasado la mayor parte de mi vida negándome a aceptar los límites. Ya lo sabes —soltó la señora Heath con una ligera carcajada.

Ricky no contestó, pero asintió con la cabeza, casi como si ella pudiera verlo.

—Bueno —prosiguió la señora Heath con una voz repentinamente férrea —. Me imagino que lo que está pasando no es exactamente algo que quieras comentar por teléfono.

—Correcto.

—Es demasiado tarde para que vaya a tu consulta.

—Creo que, dadas las circunstancias, eso sería peligroso.

—Eso suena apasionante. Pues entonces tendrías que venir aquí.

«Gracias», pensó Ricky.

—Señora Heath, me acompañan dos jóvenes. Ellos también necesitan ayuda. Necesitamos ponernos a salvo.

—Dios mío —repitió—. Ahora has despertado definitivamente mi interés. —Su voz mezclaba ferocidad y curiosidad—. Y es algo de lo más estimulante. Creo que tendríais que venir enseguida.

—Gracias. Lo haremos. Estamos a pocos minutos de su casa.

—Llamaré al encargado de seguridad de la entrada. —Y, pasado un momento, añadió con un toque de ligereza que pareció cubrir la dureza que se desvanecía de su voz—: Jóvenes. Me encanta la gente joven. Y, bueno, me apuesto algo a que tienen hambre.

El guarda de seguridad armado que operaba la verja de la entrada del lujosísimo vecindario de la señora Heath miró y remiró a las tres personas que ocupaban el coche, comprobó dos veces la hoja de la tablilla y, finalmente, a regañadientes, pulsó el botón que levantaba la barrera.

—Está en la segunda calle sin salida a la derecha, al final del todo, cerca del agua —indicó.

Ricky avanzó despacio por las calles oscuras. No había farolas, pero sí algo de luz procedente del exterior de las casas. Tanto Roxy como Charlie estaban boquiabiertos ante el despliegue de casas de más de diez millones de dólares envueltas en la penumbra, más allá del alcance de los faros del automóvil. Un paisaje perfecto. Caminos de entrada de ladrillos puestos a mano. Vallas de hierro forjado. Alguna que otra piscina infinita se vislumbraba entre las hileras de majestuosas palmeras e hibiscos. Había casas del guarda más pequeñas, contiguas a garajes para cuatro coches, que se utilizaban como dependencias del servicio. Era como si el mundo de amenazas y asesinatos que los había conducido tan erráticamente desde Alabama hasta la casa de Ricky en Florida y, después, hacia la noche, hubiera desaparecido de repente, sustituido por una abrumadora riqueza y un lujo

constante. Era como conducir por un mundo ficticio, escondido del mundo real por la barrera del dinero. Ricky enfiló el camino de entrada de la señora Heath y vio que la anciana y un ama de llaves los esperaban junto a una amplia puerta de madera tallada a mano. Un hombre que Ricky reconoció como su chófer estaba a media escalinata de entrada. Iba en mangas de camisa, a diferencia de su habitual traje negro, y Ricky supuso que lo habrían despertado. La señora Heath, sin embargo, estaba sonriendo. Los saludó enérgicamente con la mano.

Salieron del coche. Roxy y Charlie parecían acobardados. Se quedaron atrás.

La señora Heath se dio cuenta de ello.

—No, no —dijo—. Entrad. Sois todos bienvenidos.

Estrechó la mano de Ricky y el ama de llaves hizo pasar al grupo. Una inmensa y reluciente araña de luces de cristal tallado colgaba sobre una entrada con baldosas de mármol. El chófer cerraba la marcha. Ricky vio un salón en un lado y un comedor en el otro. Muebles que costaban miles de dólares. Todo limpísimo, sin una mota de polvo. En una pared, sobre una repisa, había un gran cuadro de arte moderno con muchos colores. Se lo quedó mirando un instante y preguntó:

—¿Es un Jackson Pollock auténtico?

—Pues sí —respondió la señora Heath—. Imponente, ¿no?

—Vaya —soltó Charlie.

—¿Quién es Pollock? —preguntó Roxy.

—Es el famoso artista de la vanguardia neoyorquina del que todo el mundo, cuando lo contempla, dice: «Esto podría haberlo pintado mi hijo de seis años». Aunque no es verdad —contestó la señora Heath—. Nadie podría. —Extendió los brazos—. Vamos a la cocina. Consuela ha preparado unos bocadillos. —Se volvió hacia Charlie—: Y tú, jovencito, después de comer algo, te vas directo a la ducha. Con mucho jabón. ¿Has estado viviendo en la calle?

Charlie asintió a modo de disculpa.

—Más o menos. En la calle que hay junto a la casa del doctor Starks.

—Bueno —sonrió la señora Heath—, por lo menos elegiste un barrio bonito para ser un sin techo. —Se volvió hacia Roxy—: Y tú, cielo, ¿de dónde eres?

—De Alabama —contestó Roxy—. Mi padre tiene cáncer.

—Vaya por Dios. Lamento oír eso. Pero por más enfermo que esté uno, la idea es no morirse antes de su hora.

Entraron en una cocina que era casi tan grande como toda la casa de Roxy. En una reluciente encimera de granito moteado blanco había una gran bandeja con bocadillos. Cerca de ella, un antiguo cuenco de plata pulida estaba lleno de patatas de bolsa. A su lado había una hilera de refrescos, así como unos platos de porcelana y servilletas de lino.

—Es lo mejor que hemos podido hacer con tan poca antelación —comentó la señora Heath.

Los dos jóvenes se removieron, incómodos.

—Aquí estáis a salvo —dijo la señora Heath—. Servíos vosotros mismos.

Charlie alargó la mano hacia un plato, tomó un bocadillo, titubeó y luego tomó otro. Roxy lo imitó. El ama de llaves los guio hacia una mesa de cocina de roble y, en unos momentos, los dos estaban comiendo.

—¿Ricky? —dijo la señora Heath.

Extrañamente a este le pareció que no estaba bien que él comiera, pero no pudo contenerse. Tomó un bocadillo y una Coca Cola Light.

—Comed —dijo la mujer mayor—. Y después, jovencito, dale la ropa a Consuela. Ella te preparara algo para que te lo pongas mañana, porque creo que lo que llevas tiene que ir directamente a la basura. ¿Tal vez Donald tenga algo que te pueda ir bien? —Se volvió hacia el chófer, que asintió.

—Estupendo. Y tú, Ricky, quizá estaría bien una breve explicación antes de que nos vayamos a dormir. Lo suficiente para pasar la noche.

Ricky tenía la boca llena de jamón y queso. También asintió. La señora Heath lo miró con intensidad.

—¿Ha muerto alguien esta noche? —preguntó.

—Creo que no —respondió Ricky.

—Estupendo. Tendremos que seguir así.

—No puedo prometerle nada sobre mañana —dijo Ricky.

—Es lo que me imaginaba —contestó la señora Heath.

34

Después de los bocadillos, Consuela llevó a Roxy y a Charlie a las habitaciones de invitados del piso de arriba, mientras Donald, el chófer, ordenaba la cocina. La señora Heath, con una tacita de espeso café exprés solo, condujo a Ricky a un estudio con paneles de madera. Cuando cruzaron las puertas acristaladas, dijo con una sonrisa:

—Mi refugio. Aquí es donde vengo a revivir mi accidentado pasado. —Una de las paredes estaba llena de estantes con libros, que incluían muchas primeras ediciones encuadernadas en piel, entre ellas un ejemplar de 1885 de *Las aventuras de Huckleberry Finn* de Mark Twain expuesto de modo destacado. Lo señaló—: Un regalo de cumpleaños de mi difunto marido. Los diamantes nunca le gustaron.

Una chimenea con una maceta en el centro —flores, no fuego— presidía una parte de la habitación. Otra pared estaba dedicada a las fotografías. Dos grandes retratos colgaban sobre la repisa de la chimenea: la señora Heath unos cincuenta años más joven con un seductor y escotado vestido de noche y su marido, algo severo ataviado con un traje oscuro, y con un aspecto algo pícaro, como un hombre que acaba de contar su dinero planeando cómo desbaratar los planes de sus rivales en los negocios. La señora Heath alzó la mirada hacia el retrato un momento y después la dirigió hacia las fotos. Señaló una.

—Me parece que, dado lo que creo que está pasando aquí, tal vez tendrías que mirar esto —comentó, situándose a su lado—. Antes de que tengamos nuestra breve conversación.

Ricky se acercó a la pared con las fotos. Familia. Vacaciones. Fotos naturales: de París, de Roma y en la cubierta de un gran velero en los Cayos. Fijó la vista en una anticuada fotografía en treinta y cinco milímetros de color sepia de una deliciosamente joven y hermosísima señora Heath y su marido en una llanura africana. Vestidos con prendas de safari de color caqui y sujetando unos rifles de gran calibre, estaban arrodillados junto al cadáver de un enorme búfalo africano. El animal tenía los ojos tan negros como el pelaje. El marido tenía una mano sobre un cuerno, mientras que la señora Heath rodeaba con la suya el otro, de modo que los dos parecían estar levantando la inmensa cabeza del suelo. Detrás del búfalo había dos hombres blancos

entrecanos y tres nativos con lanzas. Era lo que Ricky sabía que los guías denominaban «la foto del héroe», la imagen de una cacería exitosa.

—Mi difunto marido era algo adicto a Hemingway —explicó la señora Heath—. Le encantaba África y le encantaba esta fotografía. En las fiestas decía a la gente que demostraba que yo no era la señora Macomber y él no era Francis, como en el famoso relato corto, porque ambos seguíamos vivos y el búfalo que nos atacó, no. Siempre contaba la historia con una carcajada. Pero no fue tan divertido cuando pasó. —Sonrió antes de proseguir—: Fue mi disparo el que derribó al animal. ¿Sabías que el búfalo africano es tan fiero que puedes atravesarle el corazón con una bala de cuatrocientos granos y sigue atacando aunque esté muerto?

—Impresionante —respondió Ricky—. Parece contrario a toda intuición.

—Muchas cosas en la vida lo son, ¿no crees, Ricky?

—Sí.

La señora Heath miró la fotografía por encima del borde de su tacita de café.

—Es curioso. Las actitudes cambian. En su día matar parecía un deporte. Ahora dono dinero al Fondo Mundial para la Naturaleza para la conservación de todo tipo de especies en peligro de extinción. Incluido el búfalo africano, aunque dudo que esté más amenazado que cualquier otro animal. Llámalo penitencia. O dinero manchado de sangre. —Titubeó y añadió—: Todavía conservo el rifle que usé para matar a ese animal. Está en una vitrina en el cuarto de invitados. Lleva allí cincuenta y tantos años. Un Remington 416 de cerrojo, disparado una sola vez. No he matado nada desde entonces.

Ricky asintió. La señora Heath parecía algo melancólica.

—Es toda una sensación que un animal furioso de más de quinientos kilos se te eche encima. Han pasado décadas y todavía recuerdo cada instante. ¿No es lo que dice el tópico? Como si fuera ayer. Sin demasiado tiempo para pensar o planear, y, desde luego, sin el menor tiempo para huir, ni tampoco ningún lugar adonde escapar. Así que uno confía en su entrenamiento, en su experiencia y en un poco de sangre fría para sobrevivir a la confrontación. Solo ves el punto de mira del rifle y la forma del animal que te ataca. Es un poco como un animal mítico del infierno que se te acerca como un tren de mercancías. Solo oyes tu corazón y sus cascos contra el suelo. Solo sientes la presión de tu dedo en el gatillo y el peso del rifle en tus manos. Recuerdo estar muy tranquila. Es interesante cómo cuando nos sentimos amenazados por la muerte todo, salvo la supervivencia, desaparece de repente.

Tras estas palabras, Ricky recordó el momento en que había tenido al señor R en el punto de mira hacía cinco años.

La señora Heath se volvió hacia él y le señaló un asiento.

—¿Es eso lo que está pasando esta noche?

—Más o menos —respondió Ricky.

—Eso imaginaba.

Ricky se removió incómodo. No sabía muy bien cuánto podía contar. Le pareció que era un curioso intercambio de roles. Normalmente el psicoanalista intenta sonsacar detalles al paciente. Esa noche, los papeles estaban invertidos.

—Una variedad de problemas y diversas muertes —dijo—. Resultado de una relación terapéutica que acabó en tragedia hace muchos años, cuando era joven e inexperto. Me he convertido en la obsesión de los restantes miembros de una familia, dos hermanos y una hermana, que no parecen contentarse con otra cosa que no sea mi muerte.

Pensó que había sonado frío. Formal. Imperturbable. Cuando todo lo que había pasado antes y estaba pasando ahora distaba mucho de estas cualidades.

—¿No hay ninguna otra forma de compensarlos?

—Aparentemente no.

La señora Heath valoró lo que le había dicho.

—¿Así que los pecados del pasado siguen acechando el futuro?

—Es una forma elegante de decirlo, señora Heath. Y exacta también.

—Y, para ser aburrida y práctica, ¿no puede ayudar la policía?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Confiaré en tu palabra al respecto. ¿Tienes mucha experiencia con estas personas?

Recordó: «Feliz quincuagésimo tercer cumpleaños, doctor. Bienvenido al primer día de su muerte».

—Sí. Hace cinco años. Su primer intento. Mortífero y ruinoso. Pero entonces fui más hábil que ellos. Creí que todo había acabado. Pero…

La señora Heath terminó la frase por él:

—Pero no fue así. Es extraño cómo un problema aparentemente resuelto resurge una y otra vez, ¿no te parece, Ricky?

—«Extraño» es la palabra adecuada —dijo. Señaló el búfalo africano muerto—. Son muchísimo más sutiles que ese animal —aseguró.

—Pero desean lo mismo. Arrollarte.

—Eso parece.

—¿Lo han conseguido?

—Hasta ahora no —dijo con un matiz de desafío en la voz, lo que hizo sonreír a su anfitriona.

—¿Y tu plan? —preguntó la señora Heath.

—Todavía no estoy muy seguro. Las cosas se han desarrollado muy rápido.

—¿Quieres combatir el fuego con fuego?

—Es una opción.

—No quieres contarme gran cosa, ¿verdad, Ricky? —dijo la señora Heath tras reflexionar un instante.

—No —respondió este pasado un momento, mientras negaba con la cabeza—. Me siento como el portador de una plaga, señora Heath. No quiero poner injustamente en peligro la vida de las personas con quienes entro en contacto.

—¿La gente que sabe algo está amenazada?

Ricky recordó las patillas ensangrentadas de Elvis.

—Sí. Estas personas son despiadadas. Si alguien muere por mi culpa…

Se detuvo. Sospechó que llevaba la frase «Ya ha pasado» escrita en la cara.

«Un buen psicoterapeuta es como un jugador de póquer con las apuestas altas —pensó—. Evita dar pistas a los demás jugadores para poder tirarse un farol y quedarse con lo que hay en el centro de la mesa».

La señora Heath dio un largo sorbo a su café.

—Es lógico. Pero no te preocupes, te aseguro que Donald, mi chófer, tiene ciertas aptitudes en este sentido. ¿Y no es, en realidad, una decisión que debe tomar la gente que entra en tu círculo?

Ricky asintió de nuevo. Pensó que toda la conversación era increíblemente civilizada. Porcelana fina. Una habitación elegante. Obras de arte caras y obras literarias famosas a su alrededor. El asesinato como tema.

—Puede. Es una cuestión moral difícil. No quiero ponerla en peligro ni tampoco a los dos jóvenes…

—Me gusta el peligro —dijo con un bufido—. Es apasionante. —Ricky vio que dirigía otra mirada de soslayo a la fotografía del cadáver del búfalo africano.

—Me temo que la gente dispuesta en mi contra no lo considera un deporte —dijo.

No estaba seguro de ello. De hecho, tenía la impresión de que más bien era todo lo contrario. Si había algo que sabía con certeza del señor R, Virgil y Merlin era que les encantaban los juegos.

«No se trata del jaque mate —reflexionó—. Se trata de la sucesión de jugadas que van eliminando lenta y constantemente opciones, de modo que cuando el rey queda por fin atrapado y sentenciado, la satisfacción es muchísimo mayor. Una auténtica psicopatología».

Se giró hacia la señora Heath.

—No es justo que la involucre en esto, y tampoco a Charlie y a Roxy. No es nada ético por mi parte. Como psicoterapeuta. Este problema es mío. Y tengo intención de resolverlo yo solo.

Sabía que era una falsa bravuconada y esperaba que ella no se diera cuenta.

—¿Tal vez podrías hablarme un poco de ellos dos? —pidió la señora Heath tras asentir con la cabeza.

No quería decir demasiado. No quería decir demasiado poco.

—Roxy quedó atrapada en la intriga que tenía que provocar mi muerte. Era todo muy inteligente. Un asesino que no tenía nada que perder contratado por unos asesinos con todo que perder. —No añadió nada sobre la bala que le pasó rozando la oreja. Si Roxy quería contarle ese detalle, ya lo haría ella—. Y esto creaba un escenario en el que no habría ningún rastro ni ninguna conexión. Lo que se ofrecía a cambio de mi muerte era el futuro de la chica. Aunque esto era mentira. Pero es sincera sobre su padre. Enfermo terminal. En las últimas fases. Sin embargo, también es muy posible que las personas que quieren verme muerto lo asesinaran. —Se detuvo y añadió—: A Roxy le está costando aceptar su muerte, aunque sabía que era inevitable, como podrá imaginar. —Oyó el sonido del arma disparándose en el pequeño coche del profesor y vio mentalmente el fogonazo—. Creo, señora Heath —prosiguió —, que por la mañana necesitará intentar averiguar otra vez qué le ha pasado exactamente a su padre. Creo que está dividida entre una verdad que teme y otra que necesita saber. Una posición emocionalmente muy difícil. Le irá bien algo de ayuda para superarlo.

—Tendrá toda la ayuda que yo pueda darle. ¿Tiene a alguien…?

—No —la interrumpió—. No que yo sepa.

—Es una pena. Necesitará ser valiente.

—Tengo miedo de lo que vaya a descubrir y de su reacción. Ya ha sufrido mucho.

—¿No es esa siempre la cuestión? —dijo la señora Heath—. Parece una joven muy lista.

—Lo es. Y, además, está leyendo a Hemingway.

Esto hizo reír a la señora Heath.

—Bueno, es evidente que entonces está en la casa adecuada. Haré lo que pueda por ella. ¿Y el joven?

—Los problemas de Charlie son profundos pero no insuperables. La bipolaridad es difícil de tratar. Es inteligente. Sensible. Considerado, cuando sus voces no lo hostigan. Creo que esta noche me ha salvado la vida. Hay muchas probabilidades de que haya sido así, de hecho. Pero tiene que tomarse su medicación.

—¿Te ha salvado la vida? Impresionante. Y, a cambio, ¿tú quieres salvar la suya?

—Yo no. Solo puedo ayudar. La medicación es lo que…

—Creo que también puedo ocuparme de eso —lo interrumpió la señora Heath con un gesto de la mano.

—¿Podría cuidar de ellos un tiempo? —preguntó Ricky.

La señora Heath pareció intrigada.

—Pero ¿no de ti?

—No, es demasiado peligroso.

—Por supuesto. Tener invitados de, bueno, otra clase será un cambio bienvenido después de todos esos parientes tan pesados. —Se detuvo y añadió —: ¿Qué piensas hacer?

—Terminar el psicoanálisis —contestó Ricky con frialdad.

Habló despacio pero con un matiz de furia apenas contenida. Se percató de que, desde que Roxy lo había recibido en la puerta principal de su casa, no había tenido tiempo de estar verdaderamente enojado. Sucumbió a la emoción en aquel momento y sujetó con fuerza el brazo de su asiento con los labios apretados. Una oleada de intensa rabia le recorrió el cuerpo, ahora que se sentía algo seguro entre las paredes de la casa de la señora Heath. Le vinieron imágenes a la cabeza, como tarjetas educativas o fotogramas de una película. Lo ocurrido cinco años antes se mezclaba con el presente y ocultaba el futuro. Vio a Zimmerman, a Rumplestiltskin, al señor R en su diván, a Virgil desnuda, a un manipulador Merlin. Imaginó a su alrededor su querida casa de veraneo quemada hasta los cimientos. Vio asesinatos, heridas de bala, patillas ensangrentadas y llamas surcando la noche de Alabama. Vio desesperación y mocasines de agua, y oyó a Roxy cantando lo que tendría que haber sido la canción de su muerte.

La señora Heath sonrió.

—Creo que tendrías que tomar tu próxima decisión de día, Ricky. No pasada la medianoche, a oscuras. Las decisiones tomadas a estas horas normalmente tienden a ser excesivamente drásticas.

Se levantó de su asiento y se dirigió hacia un antiguo escritorio taraceado de la época de Luis XVI. Se sentó en una butaca rígida y abrió un cajón. Sacó de él un talonario y blandió un bolígrafo en la mano.

—Creo que te debo la sesión de esta noche —dijo—. Ojalá todos los problemas fueran tan sencillos como el ataque de un búfalo africano. Lo resolví con un único disparo, certero y bastante afortunado. ¿Quizá tú harás lo mismo?

Entregó un cheque a Ricky, que le echó un vistazo.

—Es demasiado… —empezó a decir.

—Tendrás algunos gastos imprevistos los próximos días —respondió la señora Heath—. Permíteme contribuir a ellos. Y considéralo un anticipo de futuras sesiones. Tener la oportunidad de quejarme sobre mi familia y mi muerte inminente, bueno, me produce cierta satisfacción. —La señora Heath hizo un gesto con la mano en el aire—. Cóbralo por la mañana en mi banco.

No dijo «para que lleves a cabo tus intenciones», pero fue lo que Ricky entendió. Cogió el cheque y se lo guardó en el bolsillo.

La señora Heath se levantó.

—Ha sido la noche más interesante que he tenido… desde, bueno, hace muchos años. Pero soy vieja y necesito descansar un poco. Consuela, Donald, todo el servicio, se disgustan cuando no duermo mis ocho horas. Le diré a Consuela que te enseñe tu dormitorio. —Se detuvo y echó un vistazo a la habitación. Ricky vio que su mirada se detenía en fotografías y retratos, y supo que cada imagen la interpelaba directamente, como si estuviera hablando de forma agradable con fantasmas—. Me encanta este sitio —dijo la señora Heath en voz baja—. Pero esta casa es demasiado grande para mí. Más y más habitaciones, muy pocas de las cuales necesito en realidad. Pero llevo años aquí y ya soy demasiado vieja para mudarme. —Se volvió y miró por una ventana el mundo en penumbras al otro lado del cristal—. Me encanta estar junto al agua. Es muy reconfortante contemplar las olas. El mar es siempre el mismo y, aun así, nunca es igual. —Sonrió antes de proseguir—: Parezco una poetisa. Seguramente una mala. Pasa cuando envejeces. Y, en cualquier caso, en esta vieja casa hay demasiados recuerdos amontonados. —Señaló la pared con las fotografías—. O colgados en mi pasado —dijo y, dándose unos golpecitos en la frente con el índice, añadió—: Estos no pueden dejarse atrás.

Miró detenidamente a Ricky.

—Hoy tienes un aspecto algo distinto, doctor —comentó con una pequeña carcajada—. Supongo que no estás acostumbrado a pedir ayuda.

—No —respondió—. No es mi estilo.

—No pasa nada, Ricky —dijo riendo la señora Heath—. La vida da unos giros y unas vueltas interesantes, ¿verdad?

Ricky no contestó.

—Es la cosa más fascinante que me ha pasado en años —aseguró la señora Heath, juntando con delicadeza las manos—. Estoy encantada, la verdad. Me habían hecho peticiones muy poco corrientes en mi época, pero nunca antes me habían pedido que ayudara a alguien a cometer un asesinato.

Lo tomó del brazo y lo condujo fuera del estudio.

A pesar de lo agotado que estaba, Ricky no esperaba dormir demasiado. Las sábanas eran demasiado sedosas. La cama, demasiado mullida. Él también se sentía demasiado limpio y demasiado a salvo, demasiado relajado y demasiado seguro. Todos esos «demasiados» se traducían en la espantosa sensación de que todo lo parecía acertado iba a acabar resultando equivocado. Cuatro horas. Tal vez cinco. Y entonces se levantó, poco después de que la primera luz del alba se colara por la ventana. Su dormitorio tenía unas vistas espectaculares de la bahía Vizcaína. El viento había agitado el mar. Vio la espuma que salpicaba la superficie azul del agua. No conocía demasiadas cosas sobre el mar, pero sí sabía que tendría que haber estado en calma por la mañana. Llano. Sin olas. En bonanza. Se volvió y bajó sin hacer ruido.

Lo más educado habría sido esperar. A Consuela. A la señora Heath. A Roxy y Charlie. A alguien.

No lo hizo.

Encontró un bloc y dejó una nota en la encimera de la cocina:

CHARLIE Y ROXY:
VOLVERÉ EN CUANTO PUEDA. CONFIAD EN LA SEÑORA HEATH.

No estaba del todo seguro de que hubiera algo de verdad en la primera frase, mientras que la segunda era totalmente cierta. Subrayó la palabra «Confiad» dos veces. No sabía si los estaba poniendo a salvo o en peligro. Se preguntó si ambas cosas podrían ser la misma.

Como un ladrón tras un robo, salió sigilosamente de la casa. Bajo la tenue luz de primera hora de la mañana, todavía parecía más grande. Llevaba con él

su pequeña bolsa de viaje, el arma y su identidad falsa.

Cuando estaba a mitad de camino del coche de alquiler, oyó una voz:

—¿Se marcha tan pronto, doctor?

Se volvió y vio a Donald de pie junto a la puerta del garaje. Iba en vaqueros y camiseta, y llevaba un cubo con agua jabonosa en una mano y una taza de poliestireno con café en la otra. Iba a lavar el coche.

Ricky asintió.

—Hay unos asuntos de los que tengo que ocuparme.

Era la mejor y la peor respuesta que podía dar.

Donald asintió. Era fornido y musculoso. Llevaba el pelo gris muy bien cortado y, por primera vez, Ricky se fijó en que tenía una pequeña cicatriz cerca de la ceja.

El chófer esperó un momento antes de hablar. Pareció estar midiendo cuidadosamente sus palabras.

—Todos agradecemos lo mucho que ha ayudado a nuestra jefe los últimos meses, ¿sabe, doctor? Parece mucho más feliz desde que empezó a ir a verlo. Ha recuperado gran parte de su vieja vivacidad. Eso hace que por aquí todo sea estupendo.

—Me alegro —respondió Ricky.

—Pero ahora las cosas parecen algo inusuales.

—Lo son.

—¿Está la señora Heath en peligro?

—Espero que no. Por eso me marcho.

El chófer reflexionó sobre lo que Ricky estaba diciendo y volvió a hacer una pausa.

—Nadie quiere verla metida en ningún problema, y quiero decir «ninguno», doctor, en sus últimos años. Ha sido muy buena con todos nosotros. Nuestra lealtad es grande, doctor.

Ricky no contestó enseguida. Finalmente habló en voz baja:

—Creo que entiendo lo que me está diciendo.

—Su problema está cerca, ¿verdad?

—Sí, así es. —Era una afirmación segura.

—Aquí nadie dejaría que nada malo le pasara a la señora Heath. Cuando se vaya, doctor, será como ella quiera. ¿Comprende lo que le estoy diciendo?

—Creo que sí.

—Perfecto. —El chófer se calló un momento y miró a Ricky de arriba abajo—. Es difícil saberlo —dijo pasado un largo rato.

—¿El qué?

—Si tiene lo que hay que tener para resolver su problema. Lo miro, doctor, y por un momento creo que sí. Al siguiente, no estoy seguro. Dígame, doctor: ¿es la clase de problema que puede solucionarse hablando?

—No, creo que no.

Donald asintió despacio.

—¿Dispone de la alternativa adecuada?

Ricky supo al instante lo que le estaba diciendo.

—Sí.

Donald asintió de nuevo.

—Estupendo. Pero esta «alternativa», bueno, ¿puede rastrearse fácilmente hasta usted?

Era una cuestión que Ricky no se había planteado. Vaciló, asintió y dijo:

—Sí. Cuando la compré, rellené todo el papeleo adecuado…

—A veces, el papeleo adecuado es en realidad el equivocado, doctor —comentó Donald, riendo de forma forzada—. Espere aquí —añadió.

Se volvió de repente y desapareció en el interior del garaje. Ricky aguardó un momento y vio que el hombre regresaba. En la mano derecha llevaba una pistola semiautomática negra mate del calibre 40.

—Esta salió de la nada —dijo en voz baja, ofreciéndole el arma— y seguramente acabará en ninguna parte. En ese sentido es sumamente valiosa. Inestimable. Como el cuadro del tal Pollock del salón. Se la cambio.

Ricky abrió la bolsa y sacó de ella el 357.

—Ah —dijo el chófer con una sonrisa—. Un auténtico cañón de mano. Colt Python.

—Entiende de armas —comentó Ricky.

—Tengo algo de experiencia —contestó Donald. Tomó el revólver de Ricky y le dio la semiautomática. Tenía los números de serie borrados y la culata envuelta en cinta aislante negra—. Nueve proyectiles en el cargador —dijo—. Espero que no los necesite todos.

Recorrió las calles silenciosas, pasó ante las inmensas mansiones y cruzó la verja de seguridad. Saludó con la mano al arisco vigilante que estaba de guardia a esa hora. Los primeros estallidos de sol y de calor de Miami impactaron en el parabrisas y lo deslumbraron un momento. Había otros coches que se incorporaban a las calzadas. El tráfico matutino empezaba a rodar. Ricky pensó que decenas, centenares, finalmente miles de personas se estaban preparando para otro día de trabajo típicamente normal. No era su

caso. Su trabajo era muy distinto. Se dejó arrastrar por la oleada de energía del inicio del día en la ciudad a sabiendas de que en aquel segundo se estaba alejando de la vida que había conocido y se preguntó si sería capaz de volver de nuevo a ser quien era. Lo dudaba. Tres personas le habían robado una vez su vida. Pensó que ahora tenía que robársela él mismo. Hacía cinco años, habían creído que estaba muerto, así que cuando volvió a la vida, los pilló por sorpresa. Ahora debería estar muerto en Alabama. Pero no era así. Habían dejado escapar su oportunidad. Una vez. Dos. Tal vez tres veces o puede que más, no estaba seguro. Su ventaja: la desesperación. Sabía que no era lo que se dice un fantasma, pero tenía toda la intención de aparecerse ante ellos.

TERCERA PARTE

EL HOMBRE QUE DEBERÍA ESTAR MUERTO

No necesito ningún médico,
Porque sé el mal que me aqueja…
No necesito ningún médico,
para que me prescriba una receta…

NICK ASHFORD,
Valerie Simpson y Jo Armstead, *I Don't Need No Doctor*
[Versión *blues*: Ray Charles, grabada en estudio, 1966.
Versión *heavy metal*: Humble Pie, grabada en directo, 1971]

Y, al pronunciar la última palabra, el disipador de las dudas se situó detrás del príncipe y le susurró: «¡Estoy aquí!».

FRANK R. STOCKTON,
El disipador de las dudas
[continuación de ¿*La dama o el tigre*?]
The Century Magazine, julio de 1885

35

Sabía: «Nada de hotel».

Sabía: «Nada de tarjetas de crédito».

Sabía: «Nada de móviles».

Sabía: «Tengo que ganar tiempo».

Sabía: «No puedo ser yo mismo. No puedo ser otra persona».

Sabía: «No puedo esconderme más. Pero tampoco pueden encontrarme».

«Camuflaje».

Al repasar todas las formas en que podía ser rastreado y reconocido, los posibles peligros casi lo abrumaron. Supo que estaba atribuyendo capacidades sobrehumanas al señor R, a Virgil y a Merlin, pero se le escapaba por completo dónde podía trazar una línea y decir «esto es imposible». No era espía. No era inspector de policía. No era detective privado o asesor de seguridad, exmiembro de la División de Investigación Criminal del Ejército, ni siquiera la clase de lector astuto de novelas de misterio que averigua lo mucho que los buenos y los malos pueden hacer dándole un poco al teclado. Creía que en el mundo moderno la mayoría de la gente deja rastros de forma prácticamente constante sin querer. Imaginó a Merlin, con toda su pericia jurídica y su experiencia mundana, sentado frente a un ordenador de gran potencia observando cualquier transacción que él pudiera hacer. «¿Devolvió Ricky el coche de alquiler en Miami? Sí, aquí lo tengo. ¿Se compró un billete de vuelta a Nueva York con una tarjeta de crédito? Sí, aquí lo tengo. ¿Sacó algo de dinero de su cuenta bancaria personal en Miami? Sí, aquí lo tengo». Así que había cobrado el cheque de la señora Heath y lo pagaba todo en efectivo. También creía que Virgil, la actriz, podía interpretar cualquier papel que le permitiera obtener información sobre él. «Hola, soy médica. Hola, soy profesora. Hola, soy secretaria. Hola, soy una asesina. Dígame: ¿no sabrá por casualidad dónde está el doctor Starks?». Y, finalmente, sabía que el señor R era muy hábil averiguando no solo cómo matar, sino dónde. Lo habían entrenado bien.

Era consciente de que cualquier cosa podía ser una trampa. No podía ser previsiblemente errático, ni tampoco erráticamente previsible. Detrás de él, en algún sitio, no sabía si cerca, más cerca o lejos, estaba el señor R. Reflexionó sobre el asesino y trató de sofocar al mismo tiempo su intensa paranoia. El señor R era preciso e impulsivo a la vez. Confiaba en lo que hacía solo

cuando había manipulado cada aspecto de la muerte violenta para obtener una fórmula de la que solo él conocía la solución. Pensó que podía colarse en la extensa biblioteca del Instituto Psicoanalítico de Nueva York y encontrar artículos, ensayos, estudios de casos y libros dedicados a comprender a los sociópatas y los asesinos en serie: cómo se creaban, cómo actuaban, como justificaban emocionalmente sus actos. El problema era que toda aquella información solo le proporcionaría un conocimiento académico del hombre que le seguía el rastro. De pie en una esquina de la calle, soltó una sonora carcajada. «Conocimiento».

—¡Qué gilipollez de palabra! —soltó entre dientes.

«Puedo conocerlo todo y a la vez no conocer nada». No había nada escrito en ninguna página, guardado en ninguna biblioteca que le dijera qué debía hacer en aquel instante.

Pensó que hacía cinco años había tenido muchísima fortuna.

Dudaba en poder confiar en volver a tener esa misma suerte.

Así que se dijo a sí mismo: «Encuentra otra clase de fortuna».

Mientras los pensamientos se le arremolinaban en la cabeza, se le ocurrió: «Tengo que pasar de presa a cazador. De psicoanalista a psicópata. Tengo que estar escondido. Pero debo acercarme. Hasta tenerlos al alcance de la mano. Tengo que llenarlos de tanta incertidumbre como ellos a mí».

Era la única forma de equilibrar la balanza que alcanzaba a ver. Había funcionado antes. Hacía cinco años, había confiado en el impulso y la rabia para atraer al asesino hacia una confrontación que encajaba en esa descripción. Ahora, de nuevo, sabía que su única esperanza era atacar la única área vulnerable del asesino.

«El único resquicio de amor del psicópata».

—Hola, Virgil. ¿Cómo estás, Merlin?

«Esta vez voy a por vosotros. De verdad. Nada de amenazas vanas.

»Encuéntralos antes de que su hermano te encuentre a ti.

»Empieza a acosar a los acosadores y sé convincente.

»Haz que te teman. El temor es lo que iguala las fuerzas.

»En el psicoanálisis, eres una pizarra en blanco para que el paciente pueda transferirte sus sentimientos. Eso no funcionará ahora. Esto es lo contrario:

»Piensa como la actriz.

»Piensa como el elegante abogado de Wall Street.

»Piensa como un asesino.

»Ellos crearon al falso Jack.

»Haz que crean que tú eres el verdadero Jack».

Estaba susurrando a nadie en particular. Pero el mero sonido de su propia voz le daba energía. Se volvió y echó un vistazo a la Octava Avenida de Manhattan, contemplando cómo la luz del sol se deslizaba entre los edificios. Pasó junto a una pareja gótica, con sus *piercings*, su ropa de cuero negro hecha jirones, su pelo lleno de reflejos púrpuras y sus tatuajes. Le recordaron a la chica de la copistería de Dothan, en Alabama, y la canción de la que hablaron. Le vino otro verso de ella a la cabeza: «*There's a killer on the road*…». Y al pensar en ese asesino de la carretera inspiró bruscamente y alzó la mirada hacia la luz que iba desapareciendo esa tarde entre los edificios.

—No me digas —murmuró para sí mismo a fin de alejar dudas pasadas.

Delante de él había un atasco formado por el constante reguero de coches, peatones, camiones y taxis que se desplazaban de un lado a otro conformando el *ballet* urbano del comercio en la ciudad. Estaba en la parte alta de West Village.

Un par de policías de uniforme iban en dirección contraria a la suya. Uno de ellos hablaba por un *walkie-talkie* que llevaba en la mano, mientras que el otro bebía café de una taza. Parecían despreocupados. El del *walkie-talkie* hasta se rio. Ricky se preguntó cómo cambiaría su actitud si supieran que el hombre con el que se cruzaban tenía una pistola en la bolsa y el asesinato en la cabeza. Miró cómo doblaban la esquina y se metían en un coche patrulla aparcado. Agachó la cabeza, pensó en que la Manhattan que había conocido en el pasado ya no era suya y se unió a los transeúntes. Su primera parada esa tarde sería el comienzo.

El teatro Repertory de la calle Trece tenía un toldo rojo que cubría la acera y un par de vitrinas de cristal en las que se anunciaban los próximos espectáculos. En la puerta había una taquilla. Se dirigió hacia ella, pero estaba vacía. Empujó las puertas de entrada y descubrió que no estaban cerradas con llave.

Así que entró y esperó un momento a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Oyó a gente hablando en el interior del teatro y siguió el sonido.

Imaginando que podía encontrarse cara a cara con Virgil en cualquier momento, Ricky se adentró en el local.

Sabía que tenía que empezar por alguna parte, y el teatro era un sitio tan bueno como cualquier otro.

Al entrar en el mal iluminado vestíbulo oyó unos pasos que se acercaban rápidamente hacia él y unas voces en animada conversación. Le llegaron frases como «tercer acto», «registro de emociones» y «los focos tendrían que bajar un poco», y una parte de él le exigió que cogiera la pistola, por si Virgil

formaba parte de las personas que iban en su dirección. Descorrió la cremallera de la bolsa de viaje y hurgó en su interior hasta sujetar la culata con la mano. Era una posición intermedia: podía sacar o no el arma.

No creía que pudiera dispararle.

No creía que pudiera no dispararle.

Dividido entre estas dudas repentinas, retrocedió justo cuando una pareja joven de unos veintitantos años doblaba una esquina, con las cabezas muy juntas, hablando.

Lo vieron y se pararon en seco.

«No era Virgil. Supuso que estaba a salvo». Aunque no estaba seguro de si ese «a salvo» se refería a él o a Virgil. Sacó disimuladamente la mano de la bolsa y mantuvo oculta la automática.

—¿Quién es usted? —preguntó la joven. Llevaba un gorro de punto multicolor que era incapaz de controlar una melena morena de rizos indomables.

—Todavía no hemos abierto —dijo enérgicamente el joven—. Tendrá que esperar fuera. —Era sumamente delgado, alto como un jugador de baloncesto, y llevaba una barba descuidada.

—No he venido a ver la función —explicó Ricky—. Estoy buscando a alguien.

—¿A quién?

No respondió a esta pregunta.

—Hace poco representaron una versión de *La muerte y la doncella*. Muy convincente. Estoy intentando encontrar a la actriz protagonista. Es una vieja amiga…

El hombre negó con la cabeza.

—No hemos puesto en escena esa obra.

—¿No? Hace poco, aquí mismo —empezó a decir Ricky.

—No.

—Lo siento —insistió Ricky—. Estoy muy seguro…

—No. Los derechos son caros. Y es famosa. Famosa a la altura de Meryl Streep. Se representaría en Broadway. O en el *off*-Broadway. Nosotros somos el *off-off*-Broadway. Más o menos.

Lo dijo como si cualquiera que cruzara esas puertas, supiera algo sobre el teatro de Nueva York y no fuera un completo idiota tuviese que conocer todas las distinciones que existían en las producciones teatrales de la ciudad.

—Lo siento —repitió Ricky—. Estaba seguro de que había sido aquí. El apellido de la actriz es Tyson, y…

Recordó las letras rojas en el CD antes de que la imagen se fundiera en el ensayo. Dos actores en el escenario. Virgil, que no recordaba una frase. Una voz: «¡Mata a tu hermano!». La introducción había sido muy específica: «El teatro Repertory de la calle Trece. 16 de septiembre».

«Otra mentira».

—Bueno —dijo el joven con frialdad—. Hace más de dos años que soy director de escena aquí y jamás he visto representarse esa obra concreta; creo que me habría dado cuenta si un puñado de actores se hubiera puesto a recitar frases en el escenario.

Señaló la puerta con la cabeza como si el gesto de «por favor, lárguese» acompañara de modo natural su sarcasmo.

—Lo siento, hombre —prosiguió—. No tendría que estar aquí. La puerta debería haber estado cerrada con llave. Tengo que pedirle que se marche de inmediato.

Ricky estaba muy decepcionado. Sintió una repentina oleada de rabia contra sí mismo por haberse creído lo que había visto en el CD. Pero la joven con el cabello rebelde pareció ponerse pensativa de golpe. Levantó la mano como para detener al joven, que estaba empezando a acompañar a Ricky hacia la puerta.

—Espera —dijo.

Los dos se volvieron hacia ella.

—Aquí no —continuó—. Pero vi una versión de esa obra… *La muerte y la doncella*, ¿verdad? ¿La del violador y torturador al que la mujer quiere matar mientras el marido intenta convencerla de que no lo haga? Fue en otro teatro, hará como mínimo un año. No recuerdo exactamente cuándo o quién la interpretaba. Pero estaba bien para lo que era. De poca duración. Dos noches, nada más, con lo que no hay que pagar derechos y nadie cobra por actuar. Era más bien una función de presentación, ya sabe, para que a los actores pueda verlos alguien que esté haciendo el *casting* de una obra más importante y mejor, o simplemente para poder incluir ese papel en su currículum. Para rellenarlo. Muchos actores lo hacen mientras intentan que alguien del departamento de *casting* de *Ley y orden* llame a su agente. —Sonrió antes de añadir con sinceridad—: Yo también lo hago.

El joven, que estaba señalando la salida, se detuvo.

—¿Dónde fue eso? —preguntó Ricky—. ¿Dónde vio la obra?

—En Chinatown —respondió la joven.

«La primera pizca de suerte», pensó Ricky.

El joven sacudió la cabeza.

—Olvídalo, Jake. Esto es Chinatown —citó con una sonrisa, pero volvió a señalarle la puerta del teatro.

Bajaba con paso enérgico Lafayette en dirección al teatro Access, cuando vio una Goodwill Thrift Store, un popurrí de ropa, artículos del hogar, baratijas y rarezas, apelotonadas en un espacio reducido. Ricky levantó la vista al entrar y vio una toalla de playa con una reproducción de *La última cena* de Da Vinci en ella. Se preguntó quién pensaría que era buena idea tumbarse en la arena sobre esa imagen.

Se acercó a los burros con prendas de segunda mano. Encontró un abrigo azul raído totalmente inadecuado para el calor que hacía y dos tallas demasiado grande para él. También vio algunas gorras de béisbol. Podía elegir entre los Yankees y los Mets, y se decidió por el azul marino de los Mets. «Mejor ir con los adorables perdedores que con los eternos campeones». Llevó su compra al mostrador, donde una mujer joven con pinta de aburrida lo marcó todo en una anticuada caja registradora. No lo miró ni tampoco dijo nada. Ricky echó un vistazo a su alrededor para intentar localizar alguna cámara de seguridad, pero no parecía haber ninguna. La dependienta metió las prendas en una fina bolsa de plástico después de recibir el efectivo. No le hizo ninguna pregunta y él no abrió la boca.

Salió a la calle, donde las sombras eran cada vez más oscuras, con la gorra de los Mets puesta y se dirigió hacia el teatro.

Había un letrero en el interior del umbral: segundo piso. Subió la estrecha escalera y encontró una taquilla, donde compró una entrada. La joven que se la vendió le dijo que no podía entrar la bolsa de viaje ni el abrigo de Goodwill en el pequeño teatro y lo dirigió hacia un guardarropía que parecía un armario. Otra joven le cogió las cosas y le entregó un número. Ricky le dio un billete de diez dólares. Ella le dijo que no era necesario, pero cuando él le obligó a aceptar el dinero, pareció muy agradecida.

No mencionó la pistola que llevaba en la bolsa.

El teatro, de pequeño formato, tenía cincuenta butacas muy juntas dispuestas frente a un pequeño escenario. Ocupó una en la segunda fila y miró el programa de mano. Esa noche se representaba una comedia titulada *Mac y Beth o La obra escocesa que salió mal*. Ricky se figuró rápidamente que iría de una superstición desenfrenada y de una compañía de teatro muy chapucera que intentaba poner en escena a Shakespeare. Cuando el teatro estuvo lleno y las luces se atenuaron, escudriñó la sala en busca de Virgil. No la vio.

La obra era realmente divertida, con mucho *slapstick*. Entradas erradas aposta para dar lugar a momentos absurdos. Meteduras de pata y desnudos fortuitos. Bromas continuas. Frases como: «¿Es una daga esto que veo ante mí?», seguida de: «¿Has dicho "braga"?». «No, "daga"». «Creí que habías dicho "braga"…».

Rio a carcajada limpia en varias ocasiones y casi se relajó. Estuvo a punto de olvidar por qué se encontraba allí esa noche.

La obra terminaba con prácticamente todos los intérpretes en escena adoptando diversas poses de muertes azarosas, un toque disparatado al estilo de los hermanos Marx, *Saturday Night Live* y Monty Python que hizo estallar al público en aplausos. Ricky se sumó a ellos con entusiasmo.

El reparto saludó varias veces, sonriendo al recibir la aclamación de la gente. El actor protagonista, un joven larguirucho que había interpretado al actor que intentaba hacer el papel de Macbeth entre tropezones y tartamudeos de una originalidad entrañable, pidió con entusiasmo al autor y director de la obra que se reuniera con ellos en el escenario.

Este salió de entre bastidores sonriendo cuando los aplausos del reducido público aumentaron. El teatro era íntimo. El autor y director estaba a menos de dos metros de donde Ricky estaba aplaudiendo. No era un hombre alto, de modo que al lado de su Macbeth parecía casi enano. Rondaba los cincuenta y tenía unas cuantas arrugas en la cara y unas cuantas canas en las sienes; era algo calvo y con el pecho hundido. Tenía ese aspecto vagamente familiar de alguien que ha interpretado papeles pequeños en producciones más importantes, consiguiendo una escena aquí o allá, una frase o dos como mucho, un paso por encima de un extra, pero solo un pasito. Puede que hubiera hecho un anuncio o dos de la tele, por lo que resultaba conocido aunque no lo fuera, de esa forma que lo son los intérpretes que están en la periferia del éxito. Llevaba una vestimenta típica del *off-off*-Broadway: unos vaqueros descoloridos, una camisa holgada y unos zapatos Birkenstock. Levantó una mano y se hizo el silencio entre el público para que pudiera dirigirle unas palabras.

—Todos los miembros del Access Theater les agradecemos enormemente que vengan a apoyar producciones independientes —dijo—. No podríamos hacer todo esto sin ustedes —añadió, señalando con un brazo a todo el público—. Es aquí donde todos nosotros empezamos, y es aquí donde recibimos el impulso que nuestras carreras necesitan. Así que muchas gracias de todo corazón.

Más aplausos.

El guionista y director sonrió.

Se volvió hacia los actores situados a su alrededor.

—Su actuación casi nos mata de risa esta noche —dijo.

Risas y más aplausos.

Pero no de Ricky.

Él estaba petrificado en su butaca.

Había oído esa palabra, «mata», antes. Con otro significado. En otro contexto. Con la misma inflexión. Y la misma voz.

Recordó que el profesor moribundo le había dicho antes de apretar en vano el gatillo en Alabama: «No hay ningún Jack». Estaba equivocado.

«Sí lo hay», pensó Ricky.

Imaginó una conversación entre Virgil y el señor R:

«—¿Dónde encontramos un Jack?

»—Yo sé dónde.

»—Un Jack que interprete el papel de una forma realmente profesional, engañe a Ricky, mantenga la boca cerrada y no haga demasiadas preguntas.

»—Yo sé dónde».

Ricky no apartó los ojos del escenario.

«La segunda pizca de suerte», se dijo a sí mismo.

Siguió aplaudiendo mientras los actores y el autor y director saludaban una última vez, desaparecían entre bastidores y las luces de la sala se encendían por fin.

Y pensó: «Mala suerte, colega. Ahora eres tú quien se ha interpuesto entre el cazador y su presa».

36

Ricky sostenía una taza de café solo tibio y vigilaba la entrada de un restaurante chino, intentando observar sin ser visto, manteniéndose entre las sombras. Los letreros de neón rojos, las tenues farolas y los brillantes faros del tráfico rodado rasgaban la noche. La energía del ruido de la ciudad, los motores diésel y las distantes sirenas resonaban en el aire a su alrededor, pero en su interior solo sentía calma y tranquilidad. Por la ventana del restaurante veía al director y una mesa llena de actores que, blandiendo sus palillos, atacaban platos de verduras humeantes y pollo condimentado. Formaban un grupo alegre y, en su mayoría, demasiado joven para ser conscientes de lo difícil que iba a ser su vida en el escenario. Pero esa noche la realidad no se entrometería. Veía que la conversación era animada, e imaginó que se hablaba mucho sobre su futuro sin límites y su potencial para cosas más importantes y mejores en sus carreras. El estrellato les aguardaba a todos y cada uno de ellos. Sin duda. Se figuró que esa noche habían dejado a un lado los habituales y mezquinos celos y envidias del mundo teatral cuando alguien del grupo progresaba, por modesto que fuera el avance. Probablemente habían recibido antes los aplausos suficientes como para que incluso el mayor de los narcisistas estuviera satisfecho hasta la mañana siguiente.

Ricky no apartaba los ojos del director.

El hombre se llamaba Dwight Farmer. En la inflada lista de títulos que incluía el programa de mano que Ricky había recibido antes de la representación no había mención alguna de *La muerte y la doncella*.

Mientras miraba por la ventana, vio que el grupo del restaurante empezaba a dividirse la cuenta y a levantarse de la mesa. Un momento después ya habían salido a la calle. Hubo algunos abrazos y algunos chócalas, alguna carcajada sonora y, después, empezaron a desfilar, marchándose a casa solos y en parejas. Ricky vio que Dwight, el director, se había quedado en la calle, al igual que la joven que había interpretado a la actriz atolondrada que andaba perdida al hacer el papel de *lady* Macbeth en la comedia. La brillante luz blanca de una lavandería abierta las veinticuatro horas les iluminaba las caras. Ella, de veintipocos años, llevaba el cabello moreno despeinado y tenía el atractivo y fresco aspecto de alguien recién salido de la universidad. Supuso que sería una estudiante de arte dramático que intentaba abrirse paso en la gran ciudad, donde las cosas no van tan bien como en el campus, y

estaba aprendiendo rápidamente que el talento y la educación no son tan importantes como la suerte al toparte con una competición encarnizada.

Vio que el director la cogía de la mano y se inclinaba hacia ella. Era varios centímetros más bajo que la actriz. Se le veía vehemente. Lascivo.

Hubo un momento incómodo. Ella se echó hacia atrás.

El director intentó tirar de ella hacia él, susurrarle algo.

Ella negó con la cabeza y retrocedió un poco más.

Vio que Dwight, el director, decía algo un poco más agresivo, tal vez un poco más exigente. Más depredador.

La mujer siguió negándose.

Cinco minutos de tira y afloja. Sus negativas fueron constantes. Ricky tuvo claro que Dwight, más de veinte años mayor que ella, estaba usando todas las frases para ligar inventadas desde los albores del tiempo. Finalmente ella se soltó de él y se dio la vuelta para marcharse. Ricky vio que estaba disgustada. La mujer se secó una lágrima de la cara y se marchó calle abajo deprisa, casi echándose a correr.

Dwight se quedó mirando su partida.

«Bueno, esa seducción no ha salido como estaba previsto —pensó Ricky —. De modo que ni las palabras dulces, ni las promesas falsas ni las amenazas veladas han surtido efecto esta noche. El "puedo hacer mucho por ti si tú haces un poquito por mí…" no ha logrado su objetivo esta vez, ¿verdad?».

Siguió observando al director, quien, a su vez, contemplaba cómo su objetivo se le escapaba. Tenía el ceño fruncido. No costaba ver su rabia, incluso desde donde Ricky lo acechaba. Repasó las probables sensaciones que el director tenía y sonrió.

«Nada como un rechazo sexual semidramático y semipúblico para herir un poco el viejo ego —pensó—. Tú eres más viejo. Ella es más joven. Mala suerte, imbécil. Creo que puedo usar eso».

Ricky recorrió el mismo camino que el director durante tres manzanas, yendo en paralelo con él por la calle, desplazándose desde el extremo de Chinatown hasta el límite de East Village. Cuando el director se detuvo, Ricky se quedó algo rezagado. Vio que empezaba a cruzar la calle con el semáforo en rojo y que después retrocedía hacia la acera, frustrado porque no podía esquivar los coches. Ricky siguió esperando. El semáforo cambió. El director empezó a cruzar, en dirección a Ricky. Cuando Dwight estuvo a unos tres metros de la acera, Ricky salió de entre las sombras a toda prisa, como alguien que intenta llegar al otro lado antes de que el semáforo vuelva a

cambiar. Pasó a medio metro de Dwight, moviéndose con la precisión urbana de un bailarín de salón del Renacimiento con la que está familiarizado cualquiera que haya cruzado alguna vez una calle concurrida de Manhattan. Después se detuvo, se volvió y dijo en voz alta:

—Oiga, ¿no es usted Dwight Farmer, el director teatral?

Habló con un falso acento sureño, con las suficientes vocales alargadas y entonaciones en sus palabras para ocultar quién era en realidad. No sabía con qué atención lo habría escuchado Dwight por teléfono o si el mero sonido metálico del móvil barato escondería la relación, pero no iba a correr ningún riesgo.

Dwight se detuvo en el bordillo cuando Ricky lo abordó.

—Sí, soy yo —respondió con cautela.

—Me ha parecido reconocerlo —prosiguió Ricky, subiéndose a la acera cuando el semáforo cambió por fin y estrechando la mano del sorprendido director—. Esta noche estaba entre el público del Access.

—Sí, creo haberle visto… —asintió Dwight.

Ricky lo dudaba.

—Bueno, aplaudía muy fuerte —dijo alargando las palabras—. En la segunda fila. Era imposible que no me viera.

—Espero que le gustara… —empezó a decir Dwight.

—Una noche estupenda —aseguró Ricky, entusiasmado—. Muy divertida. Muy bien representada. La obra es suya, ¿verdad?

—Exacto —confirmó Dwight.

—Es muy hábil con las palabras. ¿Le han hecho alguna crítica?

—Tengo entendido que el *Times* tiene previsto asistir. Y el *Time Out* también.

«Seguro que sí», pensó Ricky con sarcasmo.

—Bueno, estoy seguro de que les entusiasmará. Le pondrán cinco estrellas. Dos pulgares hacia arriba. Se lo merece. Tendría que estar en Broadway.

—Gracias.

Ricky se acercó más. No había soltado la mano del director.

—Oiga —dijo, usando el tono de alguien que acaba de tener una idea genial—. No hará voces en *off* y reconstrucciones para docudramas televisivos, ¿verdad?

«Un trabajo fácil. Un pago seguro. Quedaría bien en ese programa de mano y podría dar lugar a mejores oportunidades». Ricky sabía exactamente cómo reaccionaría Dwight, el director.

—Sí. Por supuesto —contestó Dwight—. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Alex Franz —dijo Ricky sin titubear mientras seguía estrechando la mano del director. Era una inversión del nombre del difunto y famoso psicoanalista Franz Alexander, que escribió *El complejo de castración* y fue pionero en el conocimiento psicoanalítico de la criminalidad.

—Me alegro de conocerlo, Alex. ¿Y su empresa?

—Mierda, no llevo ninguna tarjeta encima. Bear Productions —prosiguió flagrantemente, dándose unas palmaditas exageradas en los bolsillos para indicar que no llevaba esa inexistente tarjeta de visita—. Verá, soy productor para un par de cadenas, y siempre estoy buscando intérpretes versátiles y con talento. Gente que sabe escribir y actuar, y que conoce cómo funciona un estudio de grabación y un plató cinematográfico. Por eso estaba en el teatro esta noche. A la caza, buscando talentos. Como esa joven que interpretó el papel de *lady* Macbeth. Necesitamos una joven que no sea cara —dijo con una pequeña carcajada—. ¿Cree que tiene lo que se necesita?

Dwight esperó un momento antes de contestar, como si estuviera pensando en serio sobre la pregunta.

—Tiene unas dotes innatas para la comedia —dijo con altivez mientras negaba con la cabeza—, pero carece de experiencia y dudo que pueda interpretar emociones reales en un drama. Tiene que aprender el oficio.

«¡Qué cabrón! —pensó Ricky—. Habría sido fácil para ti darle una oportunidad. No es extraño que no se acostara contigo».

—Pero ¿hace usted la clase de cosas que yo busco?

—Sí —respondió Dwight—. Aunque me gusta estar al mando de algunos elementos de la producción.

—¿Como escribir sus propios diálogos?

Dwight sonrió y asintió.

«Faltaría más», pensó Ricky.

—Por supuesto —dijo este—. Tiene mucha más experiencia. Ya está bregado. —Habló de modo amistoso—. ¿Tal vez podríamos quedar y comentar lo que hago y ver si se ajusta a su perfil profesional antes de que regrese a Atlanta?

Atlanta salió de la nada.

—Por supuesto.

—El problema es que mi vuelo sale mañana por la tarde. Y tengo un par de reuniones por la mañana en Showtime y HBO. No puedo saltármelas. Son los peces gordos.

Dejó caer con soltura las grandes cadenas por cable con sus enormes presupuestos para producciones.

—Y estoy seguro de que usted se encontrará muy ocupado —añadió.

«No es muy probable si estás trabajando *off-off*-Broadway», pensó.

Dwight titubeó.

—Tal vez en mi siguiente visita —dijo Ricky—. Supongo que será en los próximos seis meses.

Le gustó ese detalle: «seis meses». Imaginó que en el mundo de las oportunidades teatrales de Nueva York, ese tiempo parecerían más bien seis años. Estaba disfrutando de todas estas mentiras. Veía cómo picando en el anzuelo.

—Vivo a media manzana de aquí —comentó Dwight—. Quizá le gustaría subir…

—Bueno, no querría molestar —siguió mintiendo Ricky—. Después de todo, es tarde…

—No es ningún problema. Soy un ave nocturna —aseguró Dwight.

«Seguro», pensó Ricky.

—Caramba, es muy amable por su parte. Es una de esas casualidades profesionales realmente afortunadas. Como lo de Lana Turner en la cafetería…

Dwight sonrió al oír la famosa anécdota cinematográfica de los viejos tiempos.

—Coño, una taza de café estaría de fábula. A Lana le funcionó, ¿no? —soltó Ricky con entusiasmo—. No me llevará más de un par de minutos exponerle lo que hacemos en nuestra empresa, y así podrá ver si es algo que le interese —dijo.

—Sígame —pidió Dwight.

«No suele pasar que el ratón invite al gato a su casa —se dijo Ricky—. Tal vez sea porque no se da cuenta de que él mismo es un ratón. Pero así es».

Conversación trivial en la calle.

Ricky siguió mostrándose entusiasmado por la obra de aquella noche soltando bromas constantes y sin sentido.

El director pareció deleitarse con sus cumplidos.

«Es probable que haya olvidado que no han querido acostarse con él, pues la ambición sustituye muy eficazmente al deseo», pensó.

Siguió a Dwight escalera arriba hasta un piso de la primera planta.

Ricky tuvo una sensación de *déjà vu*: El piso de Dwight tenía también una pared de ladrillos vistos, carteles de teatro enmarcados, muchas fotografías a todo color de él en diversos papeles, desde uno totalmente maquillado para un papel de antiguo griego en un drama de Sófocles, pasando por uno ataviado con peluca y terciopelo para un Molière, hasta otro con vaqueros y camiseta en una obra de Tennessee Williams. Había un premio Obie, galardón compartido por todo el reparto de una reposición de *Pigmalión*, junto a una fotografía de Dwight con Martin Scorsese y Robert DeNiro. La fotografía insinuaba que eran amigos íntimos cuando era más probable que en realidad fuera un encuentro casual en algún acto oficial que ninguna de las personas realmente famosas y con talento recordaría. Ricky dedujo que el conjunto de las cosas expuestas tenía dos objetivos: reforzar la exagerada autoestima del director e impresionar a cualquier joven actriz a la que llevara a su casa y esperara conducir hasta su dormitorio.

—¿Qué tal una copita de vino? —preguntó Dwight.

Ricky se sentó en un sofá.

—Tinto, si tiene. Si no, blanco está bien. Lo que tenga abierto —respondió.

El director le dio la espalda. Ricky había colocado su bolsa de viaje y la bolsa en la que llevaba las prendas de Goodwill en el suelo. Metió la mano en la bolsa de viaje y colocó la semiautomática arriba, donde pudiera alcanzarla fácilmente.

Dwight apareció con dos copas de vino tinto.

—Bueno, Alex —dijo, sentándose delante de Ricky—. Cuénteme un poco lo que tiene en mente.

Ricky se zambulló en un mar de invenciones.

—Verá, ahora mismo estamos preparando una serie de seis capítulos para una de las grandes cadenas por cable. Profundizando en un asesinato que tuvo lugar en el Sur hace poco tiempo. ¿Ha estado alguna vez en Mississippi o en Alabama?

—No. Me muevo exclusivamente por la Costa Este y la Costa Oeste. Hice una obra de presentación en Nueva Orleans hace un par de años que no se llegó a poner en escena aquí. Pero puedo hablar con un excelente acento sureño —aseguró Dwight—. Cuando estudié en el Lee Strasberg Acting Studio… —dejó caer con soltura el nombre de la famosa escuela de interpretación—, siempre se hacía énfasis en la capacidad de interpretar a personas de cualquier parte del mundo. Puedo ser francés, *cockney* o hasta un

narcotraficante colombiano si es necesario. —Dwight se recostó en su asiento —. Entonces ¿un asesinato, dice?

No esperó a que Ricky dijera nada. Se encogió de hombros, irguió la espalda y adoptó una cara totalmente inexpresiva antes de cambiarla otra vez, inclinarse hacia delante y meterse al instante en un papel. «Una clase de interpretación».

—Oye, Louie, hay que deshacerse del cadáver —soltó imitando a un mafioso italiano tipo *Uno de los nuestros*. Y, acto seguido, se respondió con acento de las Tierras Altas de Escocia—: Claro, Conor, tenemos que deshacernos del cadáver. —Y por último—: Vaya, Roger, creo que ha llegado el momento de deshacernos del cadáver —dijo hablando como un inglés de clase alta de polo, Rolls-Royce y *Dios salve a la reina*.

—No está mal —dijo Ricky, riendo. «Pica más el anzuelo», pensó, así que prosiguió—: Todavía estamos en la fase de preproducción de la serie y yo estoy haciendo el *casting* para algunos papeles clave. ¿Quién es su agente?

Dwight mencionó un nombre que Ricky jamás había oído.

—Sí, lo conozco. —Agitó la mano con seguridad—. Me pondré en contacto con él.

—¿Y esta producción, qué…? —empezó a preguntar Dwight. Ricky lo interrumpió de inmediato.

—Nos gustaría rodar algunos exteriores y seguir después en el estudio. Atlanta está al alza en cuanto a la producción cinematográfica. —Lo dijo sin la menor idea de si era verdad o no, pero sabía que sonaba bien—. Dos, tres semanas de rodaje haciendo reconstrucciones del crimen y luego aproximadamente otra más grabando diálogos y voces en *off* cuando nos acerquemos al final. Lo hemos convertido en una ciencia. Un equipo reducido, pero eso está bien porque podemos pagar muy por encima de las tarifas de las telenovelas. Intentamos poner todo el dinero posible de la producción en la pantalla y en los bolsillos de los intérpretes, ¿sabe?

Dwight asintió.

—Existe un mercado enorme para este tipo de programas. Y no hace más que crecer. Hay mucho dinero que ganar.

Dwight asintió de nuevo.

Ricky se acercó con la punta del pie la bolsa de viaje que contenía la pistola.

Miró a Dwight, intentando examinarlo como haría cualquier productor con un posible intérprete.

—Dígame: ¿ha interpretado alguna vez a un asesino?

—¿Un asesino?

—Sí —continuó Ricky—. Un asesino sociópata, listísimo, culto, realmente cruel e insensible que busca venganza.

Dwight asintió y sonrió.

—Es nuestro protagonista —dijo Ricky. Sabía que estaba halagando la vanidad del hombre—. Es el mejor papel de la producción. Un hombre más o menos de su edad y complexión.

—Claro que sí —dijo Dwight—. Parece un buen personaje.

Ricky le devolvió la sonrisa. Se había pasado toda su vida adulta sonsacando información a la gente y esto no era distinto. Y tenía una segunda ventaja: el arma a sus pies.

—¿Podría ponerme algunos ejemplos de asesinos que haya interpretado? —prosiguió.

Dwight pareció pensar un momento.

—Ah —titubeó—. Bueno, Otelo, en un teatro de verano en Cape Cod hace un par de años. El moro de Venecia era un auténtico asesino. Después hice de Clifford en *Trampa mortal* de Ira Levin. Eso fue en el teatro Berkshire. Tengo algunas copias de las críticas y de las imágenes que usamos para anunciarla si quiere verlas. Interpreté a un asesino en tres capítulos de *Ley y orden*…

Ricky echó la cabeza hacia atrás para mostrar simpatía.

—Todos los actores de Nueva York tienen eso en su currículum —dijo recordando lo que le había dicho la chica en el teatro Repertory de la calle Trece. Soltó una carcajada y Dwight hizo lo mismo.

—Desde luego —admitió—. Y he interpretado dos veces a un asesino en serie en películas de casquería de bajo presupuesto y otra más en una producción estudiantil en la Universidad de Nueva York. El chaval tenía un presupuesto de doscientos mil dólares que le había conseguido su corredor de bolsa, por lo que quedó muy bien. Le fue bien en el circuito de festivales. Y también he interpretado a algunos asesinos para audiolibros, ya sabe, leyendo textos editados de modo que tienes que cambiar de inflexiones para diferenciar a los personajes…

—Eso es exactamente lo que estamos buscando —comentó Ricky con cautela—. Alguien que pueda imprimir la personalidad de un asesino en cada palabra que diga.

«Como tú hiciste conmigo», pensó.

—Lo he hecho —dijo Dwight asintiendo con entusiasmo—. Cuando acepto un papel, me documento y estudio muchísimo. Eso confiere

autenticidad a cada frase.

—¿Hace poco tiempo?

—¿De cuánto tiempo hablamos? —preguntó Dwight pasado un momento.

Ricky se dio cuenta de que estaba en una encrucijada. Podía seguir intentando sonsacar información a Dwight con preguntas indirectas o podía probar otro método. Examinó al director.

«Es falso. Mentirá. Disimulará. No me dirá lo que necesito», pensó.

—¿Ha interpretado alguna vez *La muerte y la doncella*? —preguntó en voz baja.

La cara del director reflejó sorpresa.

—No —soltó, cuando lo cierto habría sido decir que sí.

—Creo que no me está diciendo la verdad —replicó Ricky.

Con la misma tranquilidad con la que hablaba, se agachó cuidadosamente hacia su bolsa de viaje. Al instante tenía la semiautomática en la mano derecha apuntando a la cara del director. Ricky pensó que era como si el arma tuviera vida propia. Y, en aquel momento, dejó de fingir y eliminó hasta el último ápice de Atlanta de su voz.

—Y debo decirte, Dwight, que soy partidario de la verdad.

Este se quedó petrificado.

Ricky notó que una creciente crueldad le recorría el cuerpo.

—Hola, Jack —dijo con dureza—. No nos habíamos visto nunca en persona. Pero ya habíamos hablado antes.

37

Observó el impacto que sus frías palabras causaron al instante en el rostro del director y en todo su cuerpo.

Empezaron a temblarle las manos.

La frente se le llenó de sudor.

Se le tensaron los músculos. Frunció los labios.

«Jamás pensaste que nos llegaríamos a ver cara a cara, ¿verdad?», pensó Ricky.

—Solo he disparado a un hombre antes de esta noche, Dwight —dijo inclinándose hacia delante—. No hagas nada para convertirte en el segundo. —Se detuvo, sonrió e hizo una mueca como un niño que prueba algo amargo —. Mentir podría hacer que eso pasara. Así que no lo hagas, Dwight.

Dijo todo esto a modo de un soliloquio enérgico, trepidante, que fue cobrando fuerza. Para ser un hombre que estaba acostumbrado a escuchar, sintió liberación al hablar a toda velocidad. Cada vez que pronunciaba el nombre del director, lo hacía como si fuera una palabrota: «Duh-white», conservando al máximo la fonética pero incluyendo la exclamación bobalicona «duh». Cada tono era como un balazo. No quería que Dwight tuviera un solo segundo para serenarse. Nada que no fuera miedo y duda, confusión y terror. Todo eso haría que dijera lo que imaginase que le permitiría seguir con vida. Pero habría algunas verdades mezcladas en ello, y eso era lo que Ricky necesitaba esa noche.

Sabía que Dwight era la carretera 1. El destino: Virgil. Esta lo conduciría hasta Merlin, y Virgil y Merlin juntos harían que el señor R saliera de entre las sombras. El director era su punto débil. Seguramente el único que seguía con vida.

Esperó. También estaba un poco sorprendido. Lo más lógico era que Dwight ya estuviera muerto.

«Un hombre con suerte.

»Hasta esta noche.

»Piensa que solo tiene que preocuparse por mí —pensó—. Y se equivoca».

Sonrió lo más perversamente que pudo. Era la sonrisa de un tiburón. La sonrisa de un asesino en serie. La sonrisa de la Gestapo. La sonrisa del ayudante del diablo.

—Pero, Dwight, no te mataré, siempre y cuando seas, bueno, digamos que comunicativo.

Intentó evocar interiormente todas las escenas de confrontación que había visto en películas o series de la tele. Dennis Hopper y Christopher Walken: «Usted es siciliano, ¿eh?». O *sir* Laurence Olivier y Dustin Hoffman: «¿Es seguro?». Quería intranquilizar más al director y lo miró implacablemente.

«Ahora mismo, Dwight —pensó—, quieres dejarte llevar por el pánico. Quieres estar en otra parte, en algún lugar seguro. Estás en tu casa y es el último lugar en el que esperabas morir. Sé todas estas cosas, Dwight, porque yo he estado sentado en tu sitio. Sé que algunos de tus pensamientos van a un kilómetro por minuto y otros parecen paralizados. Y quieres encontrar alguna forma que te permita sobrevivir durante los próximos minutos».

—Mantén las manos donde pueda verlas —prosiguió Ricky, que recuperó su acento sureño y, acto seguido, lo abandonó.

Se figuró que ya había usado los suficientes tópicos cinematográficos para lograr que Dwight hiciera exactamente lo que él quería y le contara lo que necesitaba saber.

—Te gusta actuar, ¿verdad, Dwight?

El director a duras penas pudo asentir con la cabeza. Ninguna palabra salió de su boca.

—Bueno —dijo Ricky—, pues ahora estás en el escenario, Dwight. Y mejor que vaya a ser tu mejor actuación. Mejor que ese Otelo en un teatro de verano. Diría que tu vida depende de ella.

Dirigió la mirada hacia el cañón de la pistola de modo exagerado. No estaba seguro de si había cargado o no una bala en la recámara.

—Yo soy el único crítico que importa. No el del *New York Times* o el del *Time Out.*

Ricky sabía que tenía que abrumar al director e impedir que tuviera tiempo para pensar, planear o evitar la verdad. El arma que sostenía debía ser convincente, aunque supiera que había pocas probabilidades de que realmente llegara a usarla. Pistola. Voz. Mirada. «Gélida». Lenguaje corporal. «Electrizante». Todo tenía que ser igual de creíble, porque no podía dar al director ni siquiera un momento para distanciarse un poco y jugárselo a que no iba a dispararle. El director ganaría esa apuesta. Ricky comprendió que era él quien estaba en el escenario y no Dwight, pero no iba a dejar que se diera cuenta de ello.

—Muy bien —dijo despacio con una voz dotada del tono más siniestro que pudo—. Hablemos sobre interpretar a un asesino. —Se detuvo y añadió

—: Interpretar un papel, pero no en el teatro ni en una película. En la vida real.

El director parecía la estatua de un museo. Toda su bravuconería, vanidad, seguridad y control habían desaparecido junto con el color de su semblante.

—Necesitaba dinero —dijo Dwight con un ligero tartamudeo.

—Claro que sí —soltó Ricky, casi cordial. Pensó en Lawrence Allison, el entregado profesor, preocupándose sin descanso en su lecho de muerte por el futuro de Roxy, su hija.

«Él sí que necesitaba el dinero, hijo de puta —pensó—. Tú solo querías el dinero. Es una gran diferencia».

—Me da igual lo arruinado que estuvieras —dijo con voz gélida—. Podrías estar desesperado, Dwight, aunque no creo que eso sea cierto. De todas maneras, me importa un comino. Y tampoco es una excusa. Es como «el perro se comió mis deberes». Y, la verdad, no es eso lo que me interesa.

—Yo no sabía… —empezó a excusarse lastimeramente el director.

Ricky se inclinó hacia delante.

—Claro que lo sabías, Dwight. Conocías exactamente en lo que te estabas metiendo. Pero te daba igual. ¿Recuerdas lo que te he dicho sobre las mentiras?

Dwight se estremeció.

—Lo siento. Lo siento…

Seguramente habría llegado a repetir estas palabras una decena más de veces, pero Ricky negó con la cabeza, lo que lo detuvo a media disculpa.

—Me da igual que digas que lo sientes porque, de hecho, no es así. Lo dices porque tienes una pistola en la cara. Hace cinco minutos no lo sentías. En lo más mínimo. La gente dice «lo siento» sin parar. ¿Sabes cuántas veces he oído esa frase? Demasiadas. Y rara vez quien la pronuncia lo siente de verdad. Normalmente lo que quiere decir es «siento que me hayan pillado». Pero no estoy aquí por eso, Dwight. Lo que quiero saber es…

Dwight lo interrumpió, hablando a toda velocidad para intentar encontrar la respuesta adecuada que le permitiera seguir con vida.

—Ella me dijo que era una broma. Una broma elaborada.

—Vamos, Dwight —dijo Ricky con una mueca—. No te lo creíste ni por un segundo. —De nuevo miró al cañón—. Ella te lo dijo simplemente para que te fuera más fácil aceptar. Eso se le da bien.

«Una broma, algo de dinero y una actuación realmente buena que nadie vería jamás», se dijo Ricky a sí mismo.

—Sí. Pero creo que esta conversación está empezando con mal pie, Dwight…

Antes de que pudiera terminar, este soltó:

—Ella me indicó todo lo que tenía que decir en el ensayo cuando exclamó «¡Frase!». Yo manejaba la cámara de vídeo y grité lo que ella me dijo…

«Hay tres personajes en *La muerte y la doncella* —recordó Ricky—. Solo dos estaban en el escenario en ese momento. Virgil parecía espontánea cuando dijo "¡Frase!", pero no lo era. Él estaba esperando. Maldita sea, tendría que haberme dado cuenta».

—Fuiste un Jack muy convincente, Dwight.

—Practicamos. Ensayamos. Mucho. Noche tras noche…

«¿Y quizá te ofreció algo extra? Serías la seducción más fácil de su vida, Dwight», pensó Ricky.

—Quería que me metiera en el personaje. Me dio libros para que los leyera. Me mostró películas. Leí guiones. Fue como una inmersión total. Dijo que tenía que estar totalmente preparado porque usted captaría cualquier falsedad.

—Es así como te gusta, ¿verdad, Dwight?

El director asintió.

—Y te pagó a cada paso del camino. Me juego lo que sea a que mucho, además.

Dwight asintió de nuevo.

Ricky iba a preguntar todos los cómos y los porqués, y a hacer las preguntas que le explicaran el pasado. Sabía que era el terreno en el que se sentía más a gusto.

«Examina lo que sucedió antes porque te dirá lo que pasará a continuación», se dijo a sí mismo.

Era el planteamiento de un psicoanalista. Pero, al mirar al director retorciéndose de miedo, de repente le pareció que era inútil.

—Cuando hablamos por teléfono —explicó Dwight—, ella estaba a mi lado. Había algunas cosas escritas, pero a veces tenía que improvisar. Eso se me da bien. Lo hacemos sin parar en clase de interpretación…

«Por eso te eligió, Dwight —pensó Ricky—. Eras el candidato ideal para lo que los tres tenían pensado. Y si posteriormente tenías que desaparecer de repente, bueno, a nadie le importaría demasiado».

—Muchas veces me proporcionaba una o dos frases. Hablamos por el manos libres. Ella tenía un bloc y un bolígrafo, y anotaba cosas mientras escuchaba. Me indicó que dijera: «Está intentando resolver un crimen antes

de que se cometa». Me indicó que dijera: «Hay otras clases de muerte». Me dijo que fingiera que iba a matar al abogado. Quería que todo fuera retorcido. Yo tenía que parecer loco y decidido. Tenía que dejar claro que iba a cometer un asesinato y que tenía buenas razones para hacerlo. Supongo que a su hermano…

«Una actuación cojonuda, Dwight —pensó Ricky—. Convincente».

—¿Usó el nombre Merlin?

—¿Quién? —preguntó Dwight negando con la cabeza—. Nunca usó ningún nombre. No dejaba de decir: «Sé un asesino porque…».

Se detuvo de repente. Ricky casi imaginó que podía ver cómo al director se le cerraba la garganta al recordar algo que no quería decir. Fue un momento que había visto reproducido en cientos de sesiones terapéuticas, cuando el paciente se percataba de que no quería añadir una verdad de vital importancia. Era como acercarse demasiado a un precipicio: el paciente quería protegerse contra la caída. Conservar el equilibrio. En un entorno terapéutico, Ricky se lo habría sonsacado con delicadeza al paciente. Esa noche no podía permitirse ese lujo. Le acercó el cañón de la pistola a la frente.

—Creo que tendrías que seguir, *Duh-white* —dijo.

—Por favor. Por favor.

—Sigue.

—No quiero morir.

—Eso está clarísimo. Sigue.

El director cerró los ojos.

—Decía: «Sé un asesino porque estás hablando con un asesino». —Abrió los ojos—. Por favor —dijo de nuevo—. Usted es médico. No es ningún asesino. Lo sé. Usted ayuda a la gente, ¿no es cierto? No la mata.

—No tendrías que estar tan seguro de eso —respondió Ricky—. Después de todo, a lo mejor ella tenía razón. Tal vez decía la verdad. A lo mejor soy un asesino.

Se maravilló de lo fácil que esta mentira a medias y verdad a medias le salió de los labios y caló en el director. En medio del silencio, notó que la parte de la mentira aplastaba la verdad. Era una mentira como un estilete. Se le ocurrió una segunda mentira. Una mentira como una reluciente cimitarra. Se inclinó otra vez hacia delante, pero apartó ligeramente el cañón de la pistola de la frente del director.

—Dwight, creo que sería inteligente por tu parte tener presente que estoy dividido en dos. Una gran parte de mí me pide que te mate. Otra me dice que

tan solo eres un tipejo insignificante y que no vale la pena que pierda el tiempo contigo. ¿Quién va a ganar esta discusión, Dwight?

—Por favor —gimió.

—Demasiados «por favor», Dwight. Suplicar no funciona en una situación como esta. En las circunstancias adecuadas, una persona normal y corriente puede hacer toda clase de cosas horribles, Dwight. ¿Sabes lo fácil que es hacer el mal? —soltó, adoptando de nuevo un tono burlón—. Incluso para los médicos. Lo aprendes el primer día de tu residencia en psiquiatría. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

El director asintió.

—Todos tenemos algo de psicópata. Incluso yo. Y los dos sabemos que tú también, porque cuando ella vino y te dijo que fueras un asesino y que podías ganar algo de dinero con ello, tú te entregaste a esa veta que hay dentro de ti. A ver, la pregunta que debes hacerte esta noche, la única pregunta auténtica, es: ¿Son estas las circunstancias adecuadas para que el doctor Starks se deje llevar por su psicópata interior? ¿Tú que crees, Dwight?

—Por favor. Lo que quiera…

A Ricky le pareció más que patético.

—Estupendo. Buena respuesta. A ver, el oso Paddington…

—Ella me enseñó un vídeo en que alguien lo destrozaba. Dijo que usted se concentraría inmediatamente en eso.

«Tenía razón», pensó Ricky.

De golpe le vinieron a la cabeza todas las imágenes de los preparativos de la trampa que le habían tendido. El cristal roto de una fotografía familiar. El oso Paddington. Una serpiente decapitada. Un puzle que cobraba forma lentamente. Una tumba y citas de la Biblia. Toda clase de simbolismos pensados para atraer a un hombre dedicado a los símbolos en su profesión psicoanalítica. Era elaborado. Era inteligente. Y el peso de todas esas imágenes lo había conducido hasta el dormitorio de un hombre agonizante en Alabama, donde él también tenía que morir. Lo asombró la facilidad con que el señor R, Virgil y Merlin habían jugado con la clase de ideas que lo envolverían en la ficción. «Enseña a tres personas una fotografía de un clavo. Las dos primeras dirán “eso es un clavo”, pero el psicoanalista replicará: “Eso es un objeto de hierro inventando hace miles de años y diseñado para unir dos bloques de madera durante un largo período de tiempo. Sin embargo, hace falta un martillo para que funcione de manera eficaz y un carpintero para dirigirlo certeramente de modo que pueda desarrollar todo su potencial…”».

«Y es así como me manipularon», se dijo Ricky a sí mismo.

—Muy bien, Dwight. Ahora quiero que pienses con mucho cuidado cómo vas a contestar mis próximas preguntas. Imagina que tu vida dependiera de tus respuestas.

Dwight asintió despacio.

—¿Dónde está ella?

El director prácticamente se derrumbó.

—No lo sé, no lo sé… —dijo.

—Esa no es una buena respuesta, *Duh-white*…

—No, no, por favor. Ella siempre vino aquí. Yo solo tengo un número de móvil…

—¿Dónde?

—En un papel. En la cocina, pegado en la nevera.

«Eso sí que es un tópico», se dijo Ricky.

Miró de nuevo al director con toda la intensidad que pudo. Se percató de que él mismo se había metido en un aprieto. Dwight, como toda buena sabandija deshonesta, llamaría a Virgil en cuanto él se marchara. Sabía que no podía matar al director. «No soy un asesino, a pesar de que deba serlo». Pero también necesitaba algo de tiempo.

Por más que estuviera metido en este aprieto oculto, Ricky comprendió que también se le abría otra oportunidad. Lo que dijera iba a llegar a oídos de Virgil.

—¿Quieres seguir con vida esta noche, Dwight?

El director asintió enérgicamente.

—Entonces quiero que me digas dónde guardas algo de cuerda. O, mejor aún, de cinta de embalar. Plantéatelo del siguiente modo, Dwight: si me ayudas a atarte, seguirás vivo. Dime: ¿tengo pinta de ser la clase de hombre que se tomaría la molestia de atarte para después pegarte un tiro?

Vio que el director calculaba mentalmente si lo que le decía Ricky era verdad o si, al ayudarlo, solo le facilitaría matarlo. Dwight era un individuo decadente con pretensiones artísticas cuya idea del asesinato era interpretar al moro de Venecia en una obra de Shakespeare o hacer de malo en *Ley y orden*. Todo lo que le estaba pasando era completamente ajeno a su experiencia. Ricky observó el rápido tira y afloja mental del director que se reflejó en su rostro, inseguro de cuál era la elección adecuada. Así que decidió darle un empujoncito.

—Si no me lo dices, Dwight, no me dejarás alternativa. —Tomó un cojín del sofá en el que Dwight estaba sentado y lo puso delante del cañón de su

arma—. Te sorprendería, Dwight, lo mucho que puede atenuarse un ruido, como el de un disparo. Lo más probable es que nadie lo oiga.

No sabía si eso era cierto o no, pero tuvo un efecto inmediato. Pensó que había reproducido lo que el señor R le había dicho en su consulta la primera noche de su mortífero plan. El señor R le había hablado sobre el silenciador que había incorporado a su nueve milímetros, pero había tenido sobre él el mismo efecto que ahora en Dwight.

«El argumento irrebatible».

—En el cajón superior de la derecha, al lado del horno.

Ricky sonrió.

—Vamos, Dwight. Muy despacio. Ten esperanza. Estás muy cerca de sobrevivir a esta noche. Cada vez más cerca. No la cagues ahora, cerca del final. —Se percató de que todas sus palabras de esta noche reflejaban en gran medida lo que el señor R le había dicho a él.

El director se levantó, moviéndose con cautela. Al principio se tambaleó y Ricky lo empujó con la mano libre. Tenía el arma apoyada en la parte posterior de la cabeza del hombre, rezando en silencio para que no se moviera bruscamente, porque si Dwight se defendía, no se veía capaz de matarlo.

—Ahí —dijo Dwight, señalando.

En el cajón había un rollo de cinta de embalar de color gris plateado.

—Bien hecho, Dwight. Ahora estas muchísimo más cerca de ver salir el sol por la mañana. Hacia el dormitorio.

Como un perro guía bien entrenado, el director se dirigió con paso vacilante hacia la habitación.

Se detuvo junto a la cama.

—Hasta ahora vamos bien —soltó Ricky—. Ahora quítate la ropa.

—¿Qué?

—Que te desnudes, Dwight. Del todo.

El director vaciló un instante, dirigió otra mirada al cañón del arma y se encogió de hombros. Se desvistió deprisa. En pocos segundos estaba en pelotas. Ricky notó lo humillado que se sentía.

—Date la vuelta. Pon las manos detrás de ti. Junta los pies.

No le llevó más de un minuto atar las manos juntas del director con la cinta. Luego hizo lo mismo con las piernas.

Después cortó un trozo más pequeño de cinta de embalar y con él le tapó la boca al director.

Los ojos del hombre se llenaron de un miedo renovado.

—Podrás soltarte, Dwight. Te costará algo de tiempo y algo de esfuerzo, pero serás capaz de hacerlo.

Sonrió. Quería estar totalmente seguro de que Dwight viviría y de que lo primero que haría después de soltarse sería llamar a Virgil. Sabía que el director jamás avisaría a la policía. Y quería asegurarse de que recordara esa noche pero que, a la vez, quisiera omitir algunos detalles.

—Asegúrate de que ella sepa exactamente lo cerca que estoy —dijo. Con un susurro—. Justo detrás de ella. Luego lo recalcó: —¿Y Dwight? Dile que soy como ella. Nunca me detendré. ¿Lo has entendido? Nunca.

No había terminado del todo. Dejó a Dwight, atado y amordazado, de pie junto a la cama. Regresó a la cocina y encontró el número de Virgil exactamente donde le había dicho el director. Después rebuscó en el armario que había bajo el fregadero y se hizo con una caja de bolsas de basura. Había una conexión de teléfono fijo en la pared de la cocina. La arrancó y la metió en una bolsa. Volvió al salón y encontró el móvil del director. El aparato fue a parar también a la bolsa de basura. Imaginó que habría un tercer teléfono en el dormitorio, así que regresó adonde estaba el director, atado y desnudo.

—Supongo que estaría de más decirte que te estés quieto —comentó Ricky mientras dejaba caer el último teléfono en la bolsa de basura.

Su comentario casi le hizo reír en voz alta. Cogió una segunda bolsa de basura y metió en ella la ropa de Dwight. Después se dirigió hacia una cómoda y vació todo su contenido en la bolsa. Hizo un tercer viaje hasta el armario del dormitorio y echó en la bolsa todos los vaqueros, los pantalones y el único traje azul oscuro que había colgados, los apretujó y tiró de las cintas de cierre de la parte superior. No estaba seguro de poder llevarse toda la ropa del piso. Pero había encontrado más que suficiente. Vio que el director tenía los ojos abiertos como platos, desconcertado.

«No lo pilla —pensó Ricky—. Aunque se suelte, ¿qué va a hacer? ¿Llamar a la puerta del vecino en pelota picada? ¿Bajar a la tienda de la esquina para llamar por teléfono? Me parece que no».

—Asegúrate de decirle que te dejé en pelotas —susurró al oído de Dwight.

Le gustó de verdad este toque. Dudaba que Dwight fuera a decirle eso a Virgil, pero simbólicamente funcionaba. Si lo hacía, pondría muy nerviosa a Virgil sobre sus próximos pasos.

Sabía que no podía decir lo mismo del señor R. El asesino lo consideraría una burla. Eso era bueno. La gente enfadada comete errores.

Dejó que esta idea calara un instante en Dwight y después le dio la vuelta y lo empujó para dejarlo boca abajo en la cama. Recogió su bolsa de viaje, junto con las bolsas de basura y se marchó del piso. No cerró la puerta principal con llave. Cargó con cierto esfuerzo las bolsas con la ropa del director y las dejó junto con otros cubos y bolsas de basura que había en la calle, donde se apiñaban para la recogida matutina. Estaba seguro de que Dwight haría la llamada necesaria a Virgil.

«No se da cuenta de que es probablemente esa llamada lo matará», reflexionó.

Sabía con certeza que al señor R no le gustaban los cabos sueltos. Y Dwight era un cabo suelto donde los hubiera.

La noche cubría de modo irregular la ciudad: había puntos totalmente a oscuras interrumpidos por cortinas de luz brillante. Ricky encontró un lugar vacío y sacó el abrigo demasiado grande de segunda mano de la tienda Goodwill. Lo manchó con algo de suciedad de la acera, y así le dio un aspecto extenuado y desaliñado en cuanto se lo puso sobre los hombros. Enseguida tuvo demasiado calor, pero pensó que el sudor y el mal olor formaban parte de la imagen necesaria. Sabía que tenía que ir a alguna parte donde pudiera pensar con calma, medir sus siguientes pasos y no ser encontrado. Creía que conocía el sitio adecuado para ello.

Hurgando en su bolsa de viaje, sepultó la pistola lo más abajo que pudo y sacó el carnet de conducir de New Hampshire con su fotografía y su identidad falsa de hacía cinco años.

Sabía que el señor R estaría buscando alguna de las dos identidades que había utilizado. La verdadera, doctor Frederick Starks, y la falsa, Richard Lively.

Caminó con brío hacia el norte y se metió en la primera boca de metro que vio imaginando que se desvanecía. Agachó la cabeza y avanzó rápidamente hacia el andén. Al hacerlo masculló para sí mismo:

—Practicando.

Palabras como «cohete espacial», «CIA» y «nadie me querrá jamás» fluyeron con soltura de sus labios. Los suficientes sonidos imposibles y cavilaciones paranoides para asegurarse de que cualquiera que oyese algo de lo que decía se apartara, lo rehuyera y evitara el contacto visual con él.

Recordó lo que Charlie había dicho sobre sus movimientos sin rumbo por las calles de Miami:

«Soy invisible».

Sabía que eso era lo que él necesitaba. Incluyó en sus desvaríos la frase «gracias, Charlie». Estas fueron las únicas palabras sinceras que dijo al ir aferrado al asidero del metro y al salir después a la calle. Avanzó convertido en un esquizofrénico de nueva factura, con la esperanza de ser un actor lo bastante bueno. Había estado sentado ante los suficientes enfermos mentales para saber que la impresión que daría ante la gente sería aceptable.

«Aunque tal vez no sea una actuación tan sofisticada y convincente como la que haría Virgil en un escenario», pensó.

Pero, en aquel momento, no creyó que eso fuese necesario. Se removió nervioso un par de veces, añadió, por si alguien lo oía, las palabras «quieren matarme», que eran verdaderas pero parecían descabelladas, y se dirigió hacia la Sexta Avenida.

Dejó un momento de fingir que hablaba solo y se detuvo en una farmacia cercana de guardia para comprar un frasquito de aspirinas. Abrió el envase de plástico y vació el contenido en el bolsillo del abrigo. Después tiró el envase a la basura. La farmacia disponía también de un teléfono público. Introdujo en él unas cuantas monedas y marcó el número del teatro Access.

Como esperaba, le salió un contestador automático:

—En este momento las taquillas están cerradas. Abriremos mañana a las cuatro de la tarde. Si quiere reservar sus entradas, por favor, deje un mensaje.

Disimuló la voz.

—Alguien debería ir inmediatamente a visitar a Dwight, el director, a su casa —dijo con rapidez—. No se encuentra demasiado bien y necesita ayuda inmediata.

Después colgó. Alguien iba a asistir a todo un espectáculo por la mañana. Salió a la calle y empezó a hablar consigo mismo entre dientes, adoptando de nuevo el papel que se había inventado para el resto de la noche. Sabía adónde se dirigía.

Un lugar donde podría organizar su siguiente paso.

Un hotel de un tipo muy distinto.

La New Chance House está en la parte central de Manhattan que tiempo atrás era conocida como Hell’s Kitchen. Un centro de bienestar para esquizofrénicos, indigentes y bipolares que ofrece posibilidades a muchas personas que creen que ya no les queda ninguna. Ricky la había visitado una o dos veces cuando ejercía como médico, normalmente para reuniones e inauguraciones. Como psicoanalista neoyorquino, sus pacientes no habían sido personas como Charlie, aquejadas de enfermedades mentales

importantes. Eran más bien gente con depresiones, neurosis y dudas acerca de muchas cosas, excepto sobre sus cuentas bancarias. Pero durante los últimos cinco años se había sumergido en cuestiones que superaban los problemas de los ricos, así que cuando cruzó las puertas del centro mucho después de medianoche, se adentró en territorio conocido.

En una pared había una exposición de obras de arte de los residentes de la New Chance House. Algunas de las imágenes eran retorcidas, otras eren reflejos oscuros de la dureza de la enfermedad mental. Pero había una extraña clase de esperanza en esas imágenes, como si, al colgarlas en la pared, cada una de ellas fuera una alegato: «Esto es lo que pensaba antes, pero ya no tanto. Quiero seguir siendo como soy, no como era».

A un lado había un mostrador de recepción. Tras él estaban sentados un hombre joven y una mujer de mediana edad. Ricky supo que prácticamente todo el mundo que trabajaba en la New Chance House había entrado por la puerta más o menos del mismo modo que él, así que se acercó a ellos despacio.

Fijó los ojos en ellos y luego desvió bruscamente la mirada. En dirección al techo, como si quisiera asegurarse de que no se estuviera cayendo, antes de volver a dirigirla hacia la pareja.

Masculló algo, hurgó en un bolsillo y entregó al hombre joven la identificación de Richard Lively.

—Richard no quiere dormir en la calle —dijo refiriéndose a sí mismo en tercera persona—. A Richard le gustaría una cama calentita y segura.

El hombre joven asintió. La mujer de mediana edad empezó a mirar inmediatamente un libro de registro.

—¿Has estado aquí antes? —le preguntó el joven.

Ricky se volvió un poco, como si lo estuviera consultando con alguien, y negó con la cabeza.

—Richard ha pasado por delante. Richard ha mirado dentro. Richard ha llegado hasta la puerta. Pero esta es la primera vez en que Richard ha entrado.

—Podemos ayudarte —dijo la mujer con una sonrisa. Era muy amable—. ¿Tomas alguna medicación?

Ricky rebuscó de modo exagerado en su bolsillo antes de sacar la mano con algunas de las aspirinas sueltas. Se puso una en la boca y se la tragó.

—Richard sabe que van bien —dijo—. Pero a veces Richard se olvida.

«Gracias, Charlie, por segunda vez», pensó.

—Podemos encontrarte una cama. Será segura. Y mañana puedes empezar a elaborar un plan con algún miembro de nuestro personal.

Ricky sonrió. La mujer había dicho «plan», refiriéndose a un tipo concreto, el terapéutico. Su idea de plan ahora era considerablemente distinta.

—A Richard le gusta —dijo.

—¿Has comido? ¿Tienes hambre? —preguntó el joven.

—A Richard le gustaría mucho algo de comida —respondió.

—Ven conmigo entonces —dijo el joven tras levantarse.

«Hay muchos sitios en Nueva York en los que el señor R podría buscarme —pensó Ricky mientras seguía al joven por el majestuoso viejo edificio—. Pero este no es uno de ellos».

Estaba encantado con su elección. Sabía que esa noche estaría a salvo, y seguramente unas cuantas más.

Pero se dio cuenta de que también estaba avergonzado. De todas las mentiras que había dicho, de todas las identidades falsas que había adoptado, esta en concreto le parecía peor que las demás.

No podía hacer nada al respecto, pero se prometió a sí mismo que si sobrevivía a los días siguientes, haría algo a modo de compensación. Pensó que tal vez tratar gratis a Charlie sería un acto de contrición suficiente. Quizá tuviera que hacer algo más. Ya se le ocurriría más adelante. Primero tenía que sobrevivir.

«Si puedo interpretar a un esquizofrénico, ¿puedo hacer el papel de un asesino psicótico?», se preguntó.

Mientras seguía al empleado de la New Chance House hacia la bien iluminada cocina, pensó: «Tiempo atrás logré evitar matar y me gané cinco años en los que me felicité a mí mismo, libres de remordimientos, que resultaron ser una mentira. No creo que siga teniendo esa opción. Creo que todo se reduce a asesinar o ser asesinado. De eso se trataba tiempo atrás. Y de eso se trata de nuevo».

Parecía sencillo.

Pero como una de las voces de Charlie que le retumbaba en la cabeza, sabía que no lo sería.

38

Como submarinos ocultos que acechan peligrosamente a gran profundidad, sabía que tenía que obligar a los tres hermanos a salir a la superficie. Era lo que había conseguido cinco años atrás y esto lo había colocado en una posición en la que había podido enfrentarse al señor R en igualdad de condiciones, en un terreno de su elección y que le habían dado una ligera pero notable ventaja. Pensó que era muy probable que hubiera alterado de verdad a Virgil. *Duh-white* se habría encargado de hacerlo en cuanto se hubiera librado de su bocadillo de cinta de embalar.

«¿Estás asustada, Virgil? ¿Qué bis nos ofrecerá Ricky?».

El siguiente de la cola era Merlin, cuya vulnerabilidad era evidente.

El señor R, en cambio, era escurridizo.

«No caerá en una trampa parecida —pensó—. Es demasiado prudente. Pero tiene que estar frustrado. Todas esas maquinaciones tan inteligentes y esos planes tan hábiles, arruinados por una mano temblorosa, enferma de cáncer. Había entendido casi a la perfección las necesidades del profesor.

»Casi.

»Pero no del todo.

»Así que ahora lo invade la rabia. La rabia de un psicópata. Y solo confiará en sí mismo para acabar el trabajo. No le importarán los riesgos. Así pues, ¿en qué clase de trampa caerá?».

Creyó tener la respuesta a esa pregunta:

«Una trampa que parezca una ramificación de la que él ideó.

»Solo tiene que ser algo distinto —siguió pensando—. No puedo hacer lo mismo que la vez anterior, pero tiene que parecerlo. El patrón tiene que ser idéntico, pero el resultado debe ser diferente».

A lo largo de la mañana, siguió mascullando y arrastrando los pies en su farsa de enfermedad mental. Se reunió brevemente con un asistente social para describirle el trabajo que Richard Lively, el personaje que había recuperado de cinco años atrás, había desarrollado en la Universidad de New Hampshire. Al hablar con el asistente social, un joven enérgico y totalmente sincero que acababa de licenciarse en Psicología por la Universidad de Nueva York, solo había dicho:

—Richard trabaja duro. A Richard le gusta barrer.

Hacía que sus conversaciones fueran lo más breve posibles. Estaba seguro de que era capaz de engañar al personal, aunque dudaba si lo conseguiría con los demás residentes. Poco antes de mediodía, salió por la puerta principal de forma casi casual, con los ojos puestos en el cielo, siguiendo con su soliloquio en tercera persona.

A dos manzanas de la New Chance House dejó de ser esquizofrénico. Abandonó su forma de andar ligeramente encorvado. Puso fin a la retahíla interminable de delirios. Se quitó el abrigo de Goodwill antes de acabar totalmente achicharrado y lo metió en la parte superior de su bolsa de viaje, enterrando todavía más la semiautomática bajo nuevas capas de ropa. Se desprendió de la enfermedad del mismo modo en que un actor se deshace de un personaje al caer el telón.

Recorriendo con paso enérgico las calles de Manhattan, llegó a la terminal de autobuses de la Autoridad Portuaria. Avanzó entre personas que arrastraban maletas con ruedas y cargaban bolsas de lona hacia la zona de salida de los autobuses. Sabía que cerca de las taquillas había una hilera de consignas de alquiler. Encontró una vacía, introdujo unas cuantas monedas de veinticinco centavos en la ranura y dejó cerrada con llave la bolsa de viaje.

Se guardó la llave en el bolsillo antes de dirigirse hacia un área de espera y se dejó caer en un asiento de plástico duro.

A su alrededor había gente que aguardaba impaciente. Gente que aguardaba tranquila. Gente que aguardaba ansiosa. De vez en cuando, un altavoz anunciaba las salidas y había personas que se levantaban y se dirigían hacia el andén del autobús. Muchas veces, la voz del sistema de megafonía era prácticamente incomprensible.

Se sentía oculto entre las idas y venidas.

Eso le daba tiempo para pensar. Utilizar la identificación de Richard Lively de hacía cinco años era como poner un disco una y otra vez, una pieza musical que te era familiar, que tenías memorizada, que conocías nota a nota, palabra por palabra, y que, aun así, te parecía nueva.

Se recostó contra el asiento de plástico y pensó por un momento que tendría que subirse a un autobús con rumbo a cualquier parte y renunciar para siempre a quién era, a lo que hacía y a lo que quería ser. Entrar en una especie de programa de protección de testigos, solo que no dependería de ningún organismo gubernamental, sino de una organización creada por el miedo. La seguridad en sí mismo que había acumulado después de manejar de modo tan eficiente a Dwight, el director, había empezado a abandonarlo.

Y, en ese momento, rodeado de todas las personas que iban atareadas de un sitio a otro por literalmente cientos, por no decir miles, de motivos diversos, se le empezaron a ocurrir ideas.

«¿Cuál es su punto más débil?», se dijo.

Sonrió. Respondió de nuevo su pregunta interna:

«El que creen que es el más fuerte».

Se levantó, vio que por lo menos una persona se había fijado en que hablaba solo, dirigió una rápida mirada a un reloj digital para asegurarse de que tenía tiempo suficiente y salió a la calle. Se dirigió deprisa hacia la farmacia donde había comprado las aspirinas la noche anterior. Como sospechaba, había un pasillo en el que vendían unas baratas cámaras Kodak desechables en forma de cajita amarilla, del tipo que la gente pone en las mesas de las bodas para que los invitados puedan tomar algunas instantáneas ligeramente desenfocadas de la ceremonia, los discursos o el baile. Podían tomarse dieciséis fotografías con cada cámara desechable. Pensó que serían más que suficientes. Una vez en la calle, se dirigió a toda prisa hacia la estación de tren.

El tren del Metro-North en dirección nordeste tarda menos de una hora en recorrer la distancia entre la estación Grand Central y Greenwich, en Connecticut. Transporta a una mezcla variada de gente: individuos acaudalados de Wall Street que van al vagón restaurante, estudiantes con mochilas, madres ricachonas de las afueras con bolsas de tiendas de la Quinta Avenida y obreros de camino a modestas casas en Bridgeport, sin darse apenas cuenta de que pasan por una de las imitaciones de la vida campestre más caras de Estados Unidos.

Ricky había visitado la zona una vez, hacía cinco años, cuando había dejado un pequeño recordatorio de sus primeros encuentros en casa de Merlin. Se trataba de vino: un obsequio que en realidad no era ningún regalo. Era algo distinto.

«La majestuosa y cara casa de estilo Tudor del vídeo», recordó.

Pero recordó que había algo más importante: «La furgoneta blanca con el nombre de una escuela en un costado».

«Mark hijo».

Reprodujo mentalmente el CD:

«No pierdas el autobús».

«No lo haré», pensó.

Se bajó del tren y detuvo un taxi delante del aparcamiento contiguo al andén.

—¿Adónde lo llevo?

—¿Sabe dónde está The Hearts School?

—Claro. Aquí todo el mundo conoce ese sitio.

Ricky iba a arrellanarse en su asiento, pero hubo algo en el tono del taxista que captó su atención.

—¿Todo el mundo conoce ese colegio?

—No quería insinuar nada con eso —soltó rápidamente el taxista—. Quise decir que es conocido. Quiero decir famoso, vaya. Se ocupa de niños con necesidades especiales que en los centros corrientes necesitan ayuda. Solo quería decir eso.

«Quise decir», «quiero decir», «quiero decir», «quería decir». Ricky reconoció a alguien que intentaba desdecirse de sus palabras anteriores.

«Necesidades especiales». Conocía ese eufemismo. «Espectro autista».

—Bueno, allí es adonde voy. Me gustaría dar una sorpresa a mi ahijado con una visita.

Lo de ahijado era para evitar que el taxista pensara que se estaba viendo involucrado en una batalla por la custodia en un divorcio desagradable con un niño en medio de un tira y afloja. Aun así, el hombre lo miró con cierto recelo, pero no tanto como para no querer aceptar el viaje.

—Suena bien —comentó, aunque sin ninguna sinceridad.

Ricky echó un vistazo a su reloj. Faltaba poco para la hora de salida de las clases. Él contaba con ello.

El taxi lo alejó del pequeño centro, con sus galerías de arte y sus tiendas de lujo, y lo condujo rápidamente por estrechas calles bordeadas de árboles que eran la idea de un campo manejable que tenían los ricos. Nada de la naturaleza que pudiera resultar una molestia. Granjas de caballos que no eran granjas, sino que albergaban purasangres, fincas que no se esforzaban demasiado en ocultar la riqueza que se obtenía de ondulantes terrenos de una tierra bien cuidada. Mansiones enormes con casas del guarda suplementarias que eran más grandes que el domicilio de la mayoría de las familias normales y corrientes. Muchas vallas de hierro forjado y carteles discretos de empresas de seguridad. Más de uno de estos últimos contenía la muletilla respuesta armada. Pensó que hasta la señora Heath, con toda la riqueza que exhibía en su casa de Miami, echaría un vistazo al excelso mundo de Greenwich y pensaría que excedía con creces una misteriosa línea de modestia económica.

—El colegio está a la derecha —comentó el taxista.

Se puso detrás de un par de sedanes negros de la marca Mercedes que enfilaban un ancho camino de entrada señalado con una valla de madera pintada de blanco. El taxi desentonaba por completo. Todos los demás vehículos eran caros, o bien se trataba de todoterrenos o sedanes. Había varios chóferes aguardando junto a sus coches y Ricky atisbó por lo menos un Bentley. También vio una hilera de furgonetas blancas aparcadas a un lado de un largo camino de entrada circular, delante del edificio principal del colegio. Era una construcción moderna de dos plantas, con mucho cristal, acero reluciente y paredes con paneles de madera. Vio una entrada con atrio. No guardaba el menor parecido con el deteriorado centro en el que Lawrence Allison daba clases en la zona semirrural de Alabama.

—¿Quiere que lo deje delante? —preguntó el taxista.

—No —contestó Ricky—. Pare aquí y espéreme. Puede que tenga que ir a otro sitio.

—El taxímetro sigue en marcha.

—Ningún problema.

Un vistazo alrededor subrayaba la idea de que cualquiera relacionado de algún modo con aquel colegio tenía el dinero suficiente para dejar el taxímetro indefinidamente en marcha.

El taxista aparcó en el primer sitio que pudo. El vehículo recibió más de unas cuantas miradas. Pero la atención que el taxi captaba de las personas que esperaban fue usurpada un momento después de que las puertas de cristal del colegio se abrieran. Hubo un repentino estallido de voces infantiles que retumbaron en el aire. Puertas de coches que se abrían, chóferes que se erguían, progenitores, madres en su mayoría, reunidos frente a la entrada que dejaban de conversar para recibir a la marea de niños que salía. Empezaban las prisas del final del día.

—Enseguida vuelvo —dijo Ricky. Cogió la cámara desechable y salió a toda velocidad de la parte trasera del coche.

«Soy el hombre que debería estar muerto —pensó—, así que no imaginaste que tuvieras que cambiar nada, ¿verdad, Merlin? ¿Creías que eras inmune? Esta mañana te has levantado, has desayunado y has ido a trabajar, igual que todos los días. Tus hijos han ido al colegio. Tu mujer al club de tenis, al club de lectura o a su empleo en una inmobiliaria. Todo tenía que ser normal, habitual, regular y rutinario, porque ¿de qué ibas a tener que preocuparte? El hombre al que querías ver muerto supuestamente era un cadáver maloliente en la puñetera Alabama. ¿Por qué tendrías que alterar lo más mínimo tu perfecta vida? Esa mujer y esos hijos seguramente no

imaginaron en ningún momento, ni siquiera remotamente, que formaban parte de un plan para asesinar a alguien.

»Bueno —pensó Ricky—. Yo me equivoqué en todo. Y ahora, Merlin, resulta que tú también».

Avanzó rápidamente y se incorporó a la manada de adultos que recibía a los niños. No estaba del todo seguro si reconocería al hijo de Merlin. Intentó recordar sus rasgos del CD, tanto de la fotografía con el cristal roto como del vídeo del niño en el que salía dando brincos de su casa y subiéndose a la furgoneta: Ruta de recogida número 4.

Recordaba eso.

Se dirigió hacia las furgonetas y vio que cada una de ellas llevaba un papel en la ventanilla lateral con un gran número estampado en negro. Del uno al seis.

«Práctico y útil —pensó—. Números grandes para niños con necesidades especiales».

Se detuvo junto al número cuatro. A su lado pasó una oleada de niños. Más de uno lo miró. Sabía que los niños del espectro autista son sensibles a cualquier cosa fuera lo normal. Era fundamental no destacar, ser como los padres y los chóferes que estaban allí. Los niños con autismo poseen una habilidad especial, a menudo única, para detectar que algo va mal en su mundo. Eso puede provocar diversas reacciones, que comprenden desde gritos, alaridos y miedos persistentes hasta fijaciones, miradas fijas y gestos para señalar.

Si antes había pensado que era un actor, ahora supo que este escenario exigía todavía más aptitudes.

Se hizo a un lado, con la cámara desechable medio escondida en una mano, y repasó cada grupo de niños que se acercaba a las furgonetas o se subía a los coches. En unos segundos había localizado a Mark hijo.

El niño medio brincaba medio corría hacia el lugar que tenía designado. Sonreía, haciendo oscilar una mochila amarilla en una mano y unos papeles enrollados que sujetaba en la otra.

«Las obras de arte del día —pensó Ricky—. Muchos colores y dibujos descabellados. Tan inestimables como aquel Pollock que había en casa de la señora Heath para unos progenitores que intentan disfrutar de cualquier ápice de esperanza y de optimismo que su hijo pueda ofrecerles».

Ricky levantó la cámara y tomó tres instantáneas cuando el niño subía a la furgoneta, ajeno a su presencia.

Levantó la cabeza y vio a unos doce metros a un adulto, evidentemente un miembro del personal docente, que lo había visto. Era probable que el profesorado estuviera tan alerta de cualquier cosa fuera de lo normal y corriente como los niños a los que enseñaba. Ricky sabía que el docente habría recibido formación para reaccionar rápidamente, pero de un modo que no supusiese ninguna alteración. Antes de que el profesor tuviera la oportunidad de acercarse a él, se dio la vuelta y regresó rápidamente hacia el taxi que lo estaba esperando.

—¿Ha encontrado a su ahijado? —preguntó el taxista.

—Al parecer se ha debido de ir a casa temprano —contestó Ricky.

—¿Adónde lo llevo entonces?

Ricky recordó la casa de estilo Tudor del CD. Dio esa dirección al taxista.

—Es un trayecto algo largo —comentó el taxista.

—No tengo prisa —respondió Ricky. Se figuró que la ruta de recogida número 4 haría un par de paradas antes de llegar a casa de Merlin.

Vio cómo el SUV Mercedes blanco enfilaba el camino de entrada. El CD los mostraba al salir por la mañana. Los semiduplicados de Ricky los enseñaría al llegar por la tarde. No le pareció que eso importara.

«Molly y su madre, Laura… Tralará…».

—Pare a un lado, por allí —pidió al taxista inclinándose hacia delante.

El taxista así lo hizo.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Esperaremos —respondió Ricky.

Como en el colegio, salió velozmente de la parte trasera del taxi. Delante de él, a unos treinta metros, la mujer y la hija de Merlin estaban sacando unos paquetes del maletero. Levantó la cámara desechable y tomó dos instantáneas rápidas. Ni la mujer ni la niña se fijaron en él. Dio la espalda a las dos, sostuvo la cámara en alto en la forma que se haría famosa con el nombre de «selfi» y sacó una foto. No estaba seguro de haber captado a la familia de Merlin de fondo o no, pero eso no importaba. Lo que había hecho significaba lo siguiente: «Mira lo cerca que está Ricky. ¿Qué hará a continuación?». Volvió a subirse al taxi.

—Muy bien —dijo—. Volvamos a la estación de tren.

El taxista vaciló.

—Oiga, ¿qué está pasando aquí?

—Arranque. Vámonos —dijo Ricky—. Ya.

El taxista dudó un segundo o dos y, después, se encogió de hombros.

—Bueno —comentó sacudiendo la cabeza—, espero que sepa lo que está haciendo.

—Sí, así es —contestó Ricky.

—¿Está infringiendo algún tipo de ley? —preguntó el taxista con algo más de agresividad.

Ricky miró el medallón que colgaba del asiento. Contenía el nombre, la empresa y el número de licencia del taxista junto con su fotografía. Ricky tomó también una fotografía de eso.

—No. No estoy infringiendo ninguna ley —dijo, recostándose en el asiento. Habló con seguridad—. Por lo menos, no hoy. —Vio que el taxista lo miraba por el retrovisor interior—. Pero no he dicho nada sobre ayer. ¿Y quién sabe lo que pasará mañana? —añadió.

Vio el impacto que sus palabras tenían en el rostro del taxista.

«Lo único que querrá este hombre es que me baje de su taxi lo antes posible. Y recordará esa frase cuando Merlin lo encuentre», pensó.

Hicieron el resto del trayecto hasta la estación de tren en silencio. Ricky dedicó algo de tiempo a pensar la cantidad de propina debería dar al taxista. No lo bastante grande como para que se sintiera obligado a mantener la boca cerrada. La suficiente para que cuando Merlin lo localizara, dijera con entusiasmo quién iba en el asiento de atrás de su taxi esa tarde. Por supuesto, esa pequeña relación bastaría para que el hermano del abogado lo matara. Aunque no estaba seguro de eso, era sin duda posible. Puede que incluso probable.

39

Tomó el último tren de la tarde de vuelta a la ciudad y, después de una parada rápida en una tienda de material de oficina para comprar un sobre acolchado y un rotulador grande, y de una segunda parada en una tienda de productos electrónicos, donde compró dos móviles desechables, fue directo al servicio de mensajería en bicicleta Road Runner, donde llegó justo antes de la hora de cierre.

Metió la cámara en el sobre, junto con un papel con el número de uno de los móviles garabateado en él. Un servicial dependiente con unos pantalones ciclistas obscenamente ajustados y una camiseta de licra tan ceñida al cuerpo que realzaba sus fuertes músculos le advirtió que estaba oscureciendo y que la entrega en el bufete de Merlin no podría efectuarse hasta la mañana siguiente.

—Las entregas de noche tienen un coste mucho más elevado para nosotros. Son más arriesgadas —comentó, señalando una bicicleta estropeada que colgaba de unos ganchos tras él mientras el enorme ruido del tráfico que llegaba de la calle salpicaba sus palabras.

—Ningún problema —dijo Ricky—. Mañana está bien. No quiero poner a nadie en peligro. Siempre y cuando llegue antes de mediodía.

—De sobra —aseguró el dependiente mientras cogía el sobre y comprobaba la dirección—. Debería estar ahí a media mañana. Cuente con nosotros.

—Lo hago —dijo Ricky.

Fue en metro hasta la calle Veintitrés, y salió cuando la noche estaba empezando a adueñarse verdaderamente de la ciudad, lo que le hizo sentir, si bien no tan invisible como Charlie, por lo menos anónimo. Es un momento curioso en Nueva York: la luz del día se desvanece, sustituida poco a poco por el brillo del neón, los faros, las farolas y la energía, por lo que no hay demasiada distinción entre el día y la noche. Desanduvo lo andado días antes para llegar finalmente al piso donde se había reunido con Virgil y Merlin.

Ricky tenía pocas esperanzas de que la actriz estuviera allí. Y no estaba seguro de lo que haría si era así. Simplemente le pareció el siguiente paso lógico.

Desde la acera de enfrente, alzó la vista hacia las ventanas del piso. Estaban a oscuras, como los ojos vacíos de un cadáver. Cuando estuvo medio

convencido de que no había nadie, se acercó a la entrada principal, subió los peldaños y examinó la hilera de timbres de los distintos pisos.

Donde ponía «Tyson» la primera vez que había estado ahí, ahora solo había un espacio vacío.

Tocó imprudentemente el timbre.

Aguardó.

Se inclinó hacia el interfono, esperando y no esperando oír su voz.

Nada.

Cuando ya iba a marcharse, vio a una atractiva pareja de jóvenes que bajaba el último tramo de escalera en el interior del edificio. Esperó hasta que abrieron la puerta principal.

—Disculpad —dijo—. Siento molestaros, pero parece que la dirección más reciente que tengo de mi prima, que se apellida Tyson, no está bien. Se habrá mudado sin comentármelo. Estoy algo perdido, porque se trata de una emergencia familiar. Una de nuestras anciana tías falleció, aunque era algo de esperar, por lo que no es ninguna tragedia ni nada por el estilo, pero tal vez le dejó algo de dinero en el testamento y no tenía ningún número de teléfono suyo, solo esta dirección, así que se me ocurrió pasarme por aquí al volver a casa del trabajo para comunicarle las tristes nuevas, que tal vez también sean buenas, porque podría tocarle algo de dinero, ya que nuestra tía era bastante rica, pero parece que mi prima no está aquí…

Dijo todo esto en un tono amistoso, hablando deprisa, uniendo las palabras entre sí al azar y lanzando invenciones contradictorias al aire. Para desarmar a cualquiera. Le pareció que había tocado todas las teclas adecuadas. «Muerte. Dinero. Necesidad de ayuda».

El joven miró a su chica. Los neoyorquinos pueden combinar fácilmente el recelo y la cordialidad en una sola fracción de segundo.

—En realidad solo la vimos una o dos veces —explicó—. Creo que subarrendó el piso durante un período muy corto de tiempo.

—Se instaló aquí hará un mes. Y el otro día vi a los de la mudanza llevarse unas cuantas cosas. Es actriz, según tengo entendido —añadió la joven—. Seguramente le ofrecieron un papel en alguna parte.

«No, te equivocas —pensó Ricky—. Ya estaba interpretando un papel».

—Es una pena. Gracias —dijo.

«Un callejón sin salida», pensó.

Entonces se le ocurrió algo.

—¿No te fijarías por casualidad en el nombre de la empresa de mudanzas? —preguntó a la joven.

—Pues sí —respondió con una sonrisa—. Solo porque fue la misma que usamos nosotros hace un mes, más o menos al mismo tiempo, y nos llegó la mitad de las cosas rotas. Carson's, en la esquina entre la calle Quince y la Décima Avenida. Van en esos camiones rojos que llevan en el costado la imagen de un vaquero montado a caballo como Kit Carson, ya sabe, el famoso jinete del Pony Express…

—Pony Express, menuda farsa —soltó el joven—. Y los muy cabrones siempre bloquean la puñetera calle y a veces la acera mientras están ocupados rompiendo marcos de foto y caros regalos de bodas. —Se encogió de hombros y añadió—: A lo mejor pueden ayudarlo, aunque no fue el caso con nosotros, desde luego. Eso sí, nos cobraron lo suyo.

Dicho esto, la pareja se alejó en la oscuridad.

Tras recuperar algunas de sus pertenencias en la Autoridad Portuaria, especialmente el abrigo manchado y andrajoso que era completamente inadecuado para el bochornoso calor de principios de otoño, Ricky se convirtió otra vez en Richard Lively.

Cuando mucho después del anochecer llegó a la New Chance House arrastrando los pies y mascullando para sí mismo, en recepción estaban los dos mismos expacientes.

—A Richard le gustó estar aquí —les dijo contento a la vez que apremiante.

Sonrió, se sacó otra aspirina del bolsillo del abrigo, la levantó para que los recepcionistas la vieran y se la puso en la boca tal como había hecho Charlie en el asiento de atrás de su coche de alquiler en Miami.

Esa noche no tuvo sueños. Por lo menos, ninguno que recordara por la mañana. Eso lo sorprendió.

Se marchó temprano.

Recorrió arrastrando los pies como un esquizofrénico las mismas dos manzanas y, después, caminó deprisa para volver a su consigna en la Autoridad Portuaria. Volvió a dejar el abrigo, que metió en la parte superior de la bolsa de viaje junto con su arma después de sacar una camisa limpia. Fue a un aseo y se lavó, con lo que salió como alguien con posibilidades, perspectivas y destrezas. De indigente a clase media en unos minutos. Lo sorprendía un poco lo rápido que podía transformarse.

El transportista de Carson’s Quick Move era una caricatura del típico obrero neoyorquino. Vestía una camiseta roja con el logo de la empresa. Un cigarrillo le colgaba de los labios. Llevaba el pelo negro, lacio y brillante, peinado hacia atrás, no se había afeitado las mejillas morenas, tenía los dedos regordetes y lucía un tatuaje en su musculoso antebrazo. Tenía una taza de cartón con café pegada a la mano izquierda y sujetaba un bolígrafo con la derecha. Era la clase de neoyorquino que podría tener treinta, cuarenta, cincuenta o sesenta años, era imposible de saberlo. Apenas miró a Ricky cuando este entró en el mugriento local.

—¿Necesita ayuda?

—Sí —respondió Ricky.

Este cargaba con ambas manos una caja que había comprado en una ferretería. Estaba cerrada con cinta de embalar y había escrito en ella varios cocina en la parte superior con un rotulador rojo.

La caja estaba vacía. Pero la dejó en el suelo polvoriento como si pesara una tonelada.

—Su empresa hizo la mudanza de una chica que se marchó de mi edificio hace unos días. Se dejaron una caja en el rellano —comentó.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó el transportista.

Ricky le dio las señas del edificio en el que se había reunido con Virgil.

El transportista cogió una carpeta de anillas que estaba llena de pedidos. Los repasó rápidamente.

—Sí —dijo—. Una mudanza parcial. Mierda, no había demasiadas cosas. Joder, qué tíos, no me puedo creer que se dejaran algo así…

—Pues lo hicieron.

—Muy bien, déjela aquí. Gracias. Me encargaré de que se la lleven.

Ricky sacudió la cabeza.

—La señorita Tyson me hizo uno o dos favores. Es realmente encantadora esa chica. Espero que le vaya bien en el teatro. Yo mismo se la llevaré a su nueva dirección, pero creo que no tengo la correcta. Me dio su número de teléfono… —Leyó los dígitos que había obtenido de la nevera de *Duh-white*, el director—. Pero cuando la llamo, siempre comunica.

—No tendría que darle esa información —dijo el transportista. Ricky vio que comprobaba en el pedido el número que le había dado y veía que coincidía.

—Sí —dijo Ricky—. Y sus hombres no tendrían que dejarse algo tan obvio como una caja cerrada con cinta de embalar. Utensilios de cocina. ¿Cómo va a cocinar en su nueva casa? Y ahora usted tendrá que pagar un taxi

para que alguien se la lleve, y me apuesto lo que quiera a que la primera vez que vaya a entregársela, no habrá nadie en casa, y si está allí, bueno, estará cabreada y seguramente hablará mal de Carson's al siguiente de sus amigos que vaya a mudarse. Y, oiga, yo le debo ese favor y a mí no me cuesta nada. Ahórrenos a los dos algo de tiempo y de esfuerzo, ¿quiere?

—No tendría que dar… —empezó a repetir. Se detuvo y echó un vistazo a su alrededor—. ¡Qué coño! —exclamó—. ¿Por qué no?

Se puso a manosear los documentos, cogió un papel de la mesa y garabateó en él la dirección.

Ricky sabía que lo haría. Era de lo más previsible. El transportista no quería que su jefe le pegara una bronca por contratar a gente que se dejaba una caja. La cagada acabaría recayendo sobre él. Y, por supuesto, no quería poner de su bolsillo el dinero del taxi en el que se llevaría esa caja. Era mucho más fácil aceptar la generosa oferta de Ricky y volver a fumar un cigarrillo, a tomarse su café frío y a ignorar el mundo que lo rodeaba.

Y eso fue lo que el transportista hizo cuando Ricky salió de la oficina.

Ricky recorrió una manzana y tiró la caja vacía a un cubo de basura de la calle. Se dirigió hacia el metro e hizo otro viaje hasta su alijo de ropa en la Autoridad Portuaria. Sabía que oscilaba de una identidad externa a otra y le pareció que el truco era seguir siendo una única y sólida persona en su interior. Daba igual cuál fuera su aspecto externo, por dentro tenía que ser disciplinado. No sabía si podría hacerlo.

Pero sí que era consciente de que su vida dependía de ello.

A pesar del aspecto que tuviera en cualquier instante, sabía lo que tenía que entregar a Virgil en su casa: algo muy distinto de una caja vacía.

Miedo. Incertidumbre. Duda.

«Varios cocina», pensó. Tenía la intención de que la cocina de sus cabezas trabajara horas extra.

Ricky tenía previsto hacer varias llamadas ese día. Se aseguró de utilizar el teléfono que no correspondía al número que había enviado a Merlin para su primera llamada.

Le contestó Consuela.

—Residencia de la señora Heath.

—Consuela, soy el doctor Starks…

—Oh, doctor, hemos estado muy preocupados. La señora Heath estará muy contenta de tener noticias suyas.

—¿Cómo están todos?

Vacilación. Pausa. Un tono más sombrío impregnó la respuesta de Consuela:

—Creo que será mejor que se lo diga la señora Heath. Espere un minuto. Ahora se la paso.

Oyó que Consuela llamaba a la señora Heath.

—¿Ricky? Me alegro de que seas tú. Tenía miedo que me llamara algún agente de policía diciendo: «Tengo que darle una mala noticia sobre el doctor Starks». ¿Estás bien?

—De momento, sí.

—¿Dónde estás?

Ricky echó un vistazo a la calle. No estaba lejos del piso de Virgil en Greenwich Village. Había recogido su traje de indigente y había preparado unos cuantos elementos más para dar más credibilidad a su papel. No sabía muy bien si debería contarle demasiado a la señora Heath. Le sorprendió la ironía de la situación: el psicoanalista intenta crear una imagen vacía para el paciente. Así, este puede imponerle la riqueza que suponen sus fantasías. Esto resulta fundamental para el proceso de transferencia. Pero se percató de que no estaba seguro de que siguiera siendo un psicoanalista. No sabía muy bien en qué se había convertido.

—Estoy en Nueva York —contestó.

—¿Cuándo volverás a casa?

—Muy pronto, creo.

Podría ser cierto. Podría no serlo. No le gustaba la idea de estar mintiéndole a la señora Heath.

—Me parece que aquí te necesitan, Ricky.

Lo dijo con una voz mesurada, pero en sus palabras quedaba clara la necesidad de su presencia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ricky.

La señora Heath suspiró antes de responder:

—Bueno, costó un poco, pero finalmente pudimos localizar al padre de la pobre Roxy…

«En el coche. Frente a la escuela». Él ya lo sabía.

—¿Y?

—Había… —Se detuvo de nuevo, antes de proseguir—. Bueno, había fallecido. Roxy está consternada.

—Su padre…

—Hay cierta confusión en Alabama. Supongo que es normal en ese estado. Tenía una enfermedad terminal. Todos lo sabíamos. Y Roxy también. Pero un guarda de seguridad encontró su cadáver en su coche frente a la entrada de la escuela donde daba clases…

Ricky tuvo una punzada de remordimiento, conocedor de que había alejado a la adolescente de la imagen de su padre muerto.

«Era lo que tenía y lo que no tenía que hacer al mismo tiempo», pensó. Se preguntó si eso sería verdad para todo lo que había hecho.

—¿Podría ponerme al corriente…?

—No tienen claro si fue un suicidio o no.

—Sí. —Ricky tuvo la impresión de que debía añadir «no lo fue».

—Había un arma cerca de su mano. Y una herida de bala. Me imagino que habría mucha sangre, pero ninguna nota. Es algo sospechoso, incluso para esos policías algo torpes que hay allí. Hablé con ellos. ¿Una carta a su hija, quizá? Eso tendría sentido, pero no han podido encontrar ninguna, y no entendían por qué Roxanne desapareció esa noche. De modo que desconfían. Han estado intentando encontrarla.

«Un hombre duro. Un profesor duro». Imaginaba al señor R apuntando con la nueve milímetros con silenciador a la cara del hombre con una mano y sujetando la automática del profesor con la otra: «Escriba lo que le diga». El señor R sabría lo fundamental que sería esa nota. Y también Lawrence Allison. Convertiría el asesinato de un hombre moribundo en un suicidio. Podía oír la respuesta del profesor. Su voz sería apagada, dominada por la enfermedad, pero inconfundible: «No». Y puede que después añadiera un «váyase a la mierda». Esperaba que lo hubiera hecho.

—Roxy, pobrecita, está inconsolable. Aunque esperaba que su padre muriera, ha sido un golpe muy duro. Está en su habitación, llorando a lágrima viva. No, no del todo inconsolable, eso no es verdad. Charlie ha sido maravilloso, hablando con ella y simplemente haciéndole compañía. Y también ha hablado un poco conmigo, lo que la ha animado un poquito. Los dos hemos conseguido arrancarle algunas sonrisas. Pero creo que quien tiene que estar aquí con ella eres tú. Te relaciona con lo que ha pasado y con el futuro que le espera.

«Una compleja situación emocional —pensó Ricky—. Tanto como cualquiera que haya tratado en mi consulta».

—Sí. Debería estar ahí —dijo—. Y estaré. En cuanto…

Se detuvo. No quería poner una palabra a lo que tenía que hacer. O peor aún: a lo que iba a pedir a otras personas que hicieran.

—Y otra cosa —dijo la señora Heath.

—¿Qué?

—Han organizado el funeral de su padre. A finales de esta semana, en Alabama. Sus amigos de la escuela donde daba clases lo han organizado todo. Las muertes son incómodas para los centros educativos. Quieren que todo el mundo haga el duelo en un periquete, recórcholis… —Ricky pensó que esa era una expresión propia de hacía unas décadas—. Y que pasen página lo más rápido posible. Dicen «Jesús», seguido de «era un hombre y un profesor maravilloso» y después: «Muy bien, niños, volvamos a lo nuestro». Parezco algo cínica, ¿verdad? Bueno, supongo que es cosa de la edad. Sea como sea, Roxy quiere ir. Insiste mucho en ello. Y creo que, además, los inspectores de policía de allí quieren hablar con ella. Primero la consideraron una «persona desaparecida», pero creo que he conseguido convencerlos de que más bien se ha trasladado.

Ricky notó que la señora Heath sonreía al otro lado del teléfono.

—Puedo ser muy convincente con los funcionarios gubernamentales —comentó, mezclando un poco de actitud altanera con una verdad absoluta.

—Los policías —dijo Ricky, midiendo sus palabras—, cuando le dijeron que Roxy había desaparecido, ¿le comentaron cómo o por qué habían llegado a esa conclusión?

La pregunta pareció desconcertar a la señora Heath.

—No —respondió, alargando la palabra—. Solo dijeron que como no estaba en casa y nadie la había visto…

—¿Parecían sospechar alguna otra cosa?

—No. Aparentemente no. —Otra pausa.

—¿Este funeral…? —empezó a decir Ricky.

—En la iglesia. Unas oraciones, unos himnos, uno o dos panegíricos. Después lo enterrarán junto a su mujer. Esperan que vaya mucha gente, o eso me dice el director de la funeraria. Era un hombre muy querido y con mucho talento. Admito que para Roxy es importante estar ahí. Creo que necesita ver por sí misma lo mucho que querían y respetaban a su padre. Eso la ayudará a seguir adelante.

—Estoy de acuerdo. Salvo que podría ser muy peligroso para ella.

La señora Heath esperó un momento antes de hablar:

—Peligroso. Sí. ¿Emocionalmente?

—Sí. No. Quiero decir físicamente.

—Las personas con quienes estás lidiando… ¿suponen también una amenaza para Roxy?

—Sí. Ella supone un vínculo entre ellos y yo. Es un espacio peligroso que ocupar.

—¿Y ellos son la razón de que Roxy esté aquí?

—Sí. Porque con usted está a salvo.

—Me encargaré de que siga siendo así.

—Lo sé. Pero, en el fondo, me quieren a mí. Les importa poco cualquiera que pueda ser un estorbo para su objetivo. Roxy podría serlo.

Sabía que Roxy era más que un estorbo. Pero no lo dijo.

Otro breve silencio.

—¿Soy yo un estorbo?

—Puede que ahora no. Pero tal vez sí en Alabama.

La señora Heath pareció pensar en lo que había dicho.

—Creo, Ricky, que la chica tiene que ir, sin importar el riesgo. Aunque solo sea para despedirse de su padre.

Ahora fue el turno de Ricky de esperar un momento antes de hablar:

—Sí, estoy de acuerdo.

Poco a poco empezó a formarse un plan en su cabeza. Todavía no podía ver todos los detalles, pero era posible.

—Yo la acompañaré —dijo la señora Heath con decisión.

Ricky pensó un momento. Sabía que estaba poniendo en peligro a personas que le importaban. No estaba seguro de cómo evitarlo.

—¿Puede hacerlo, señora Heath? Me parece pedirle mucho.

Del otro lado del teléfono le llegó una breve carcajada y un bufido.

—Tener a Roxy… y también a Charlie… aquí, en casa, me ha hecho sentir mucho mejor de lo que me he encontrado en meses. Es como una nueva energía, a pesar de sus problemas. Me siento diez años más joven. No, veinte.

—Eso está bien. Pero…

—¿Gente mala? ¿Asesinos? —dijo la señora Heath riendo—. ¿Crees que no he lidiado con unos cuantos personajes deleznables en mi vida? Que se jodan.

A Ricky le encantaba su seguridad y él también quería tenerla, pero era incapaz.

—¿Podrás reunirte allí con nosotros? —prosiguió de inmediato la señora Heath—. Me parece que eso sería bueno para Roxy. Parece tenernos a todos juntos en la cabeza.

Ricky creyó que eso era totalmente cierto.

Titubeó otra vez.

—Sí —dijo—, pero antes hay que arreglar algunas cosas.

La señora Heath soltó otra carcajada.

—«Arreglar» es una palabra maravillosa, ¿no te parece, Ricky? Puede significar tantas cosas.

—Sí —contestó Ricky. La cabeza le daba vueltas—. Creo que tiene razón.

Colgó y se guardó el móvil en el bolsillo derecho. «Móvil de la derecha, señora Heath. Móvil de la izquierda, los demás». Se puso el abrigo, se encasquetó la gorra de los Mets y se sentó con pesadez en la acera, recostado contra una pared de ladrillos, casi absorbido por la ciudad, formando parte del paisaje. Puso delante de él un cartel de cartón con las palabras SIN TECHO. VETERANO. UNA AYUDA, POR FAVOR garabateadas de cualquier manera. Luego colocó una taza de café vacía junto al mensaje. En realidad no esperaba que nadie echara ninguna moneda en la taza. Imaginó que no tendría que esperar demasiado:

Una entrega en bicicleta esa mañana al bufete de Merlin.

El abogado iría inmediatamente a la tienda más próxima que anunciara «Revelado de fotografías en 1 hora».

Miraría las fotos de su familia. De su casa.

Y de Ricky. Puede que un poco borroso y desenfocado. No importaría. Al lado de su hijo en el colegio. Y después su mujer. Su hija. Un solo mensaje: «Estoy cerca».

No creía que Merlin se dejara llevar al instante por el pánico.

Pero le faltaría poco.

Y llamaría a su hermana. Ella le contaría todo lo que Dwight le había contado. Se imaginaba la rápida conversación:

«—Tenemos que hablar.

»—Sí. Ya lo creo.

»—No por teléfono. Pero enseguida.

»—Voy para allá».

Conocía la sensación que había creado en sus mentes: «Creerán que los he llevado al límite. Ahora piensan que soy tan mortífero como ellos. Tan mortífero como su hermano». Profesionalmente, Ricky nunca había utilizado la popular palabra «chiflado». Pero eso era exactamente lo que quería que pensaran.

«Tienen que pensar que solo me queda una opción: el asesinato», se dijo a sí mismo.

Sabía que no llamarían a su hermano hasta haberse puesto de acuerdo en que no quedaba tiempo suficiente para planear detenidamente algo. Entonces lo llamarían con un solo mensaje insistente: «¡Sálvanos!».

Alzó la vista.

Tal como esperaba, vio que Virgil bajaba apresuradamente las escaleras de su edificio. Incluso a lo lejos, se dio cuenta de que la preocupación y el miedo la distraían. No miró hacia atrás ni siquiera una sola vez. La experta Virgil que daba órdenes sobre todo lo que había que hacer para que nadie los siguiera había desaparecido.

«No estás tan segura de poder interpretar este papel, ¿verdad?», pensó cínicamente.

Se puso de pie, dejó el letrero y la taza de café vacía y la siguió discretamente. Cada paso que daba por la acera de la ciudad era otro movimiento de una elaborada sinfonía que se había iniciado décadas antes, en el mismo momento en que una madre afligida y desesperada había entrado en su consulta cuando él era joven y todavía no sabía lo suficiente como para ayudarla, había ido *in crescendo* hacía cinco años y ahora estaba culminando en una fanfarria.

40

Mala poesía… Como tiempo atrás…
Pero… Son versos con otro propósito

Estaba sentado ante una mesa con una taza de café, esperando.

Se encontraba a unas dos manzanas del bufete de Merlin. Se había metido en una cafetería después de ver cómo Virgil cruzaba las puertas de cristal del imponente edificio de Wall Street con paso rápido, arrastrada por la ansiedad. Frente a él, en la mesa de madera, había colocado el móvil con el número que había enviado a Merlin. Para cualquiera que pasase por allí y lo viese se trataba de una persona normal y corriente que esperaba una llamada de relativa importancia. No desentonaba en el lugar, una vez que se había quitado la ropa de indigente, que tenía amontonada a sus pies. Como un intérprete en el camerino preparándose para salir al escenario y situarse bajo los focos, Ricky notó que se le aceleraba el pulso y que se le hacía un nudo en el estómago al repasar lo que creía que iba a oír, mientras que todo el rato aparentaba ser ante el mundo exterior otro hombre normal y corriente siguiendo una rutina aburrida. Anotó unas palabras en una servilleta de papel, tachó un par, añadió unas cuantas más y después las articuló en silencio para sí mismo, practicando lo que diría. Daba la impresión de ser un hombre que entre una cita y otra se tomaba una taza de un café carísimo en un restaurante de moda frecuentado normalmente por jóvenes operadores de bolsa y otros profesionales ataviados con trajes de dos mil dólares. Él no iba trajeado, pero se imaginaba que quien lo mirara detenidamente vería que lucía asesinato en su camisa como si fuera el logo de Nike. Hizo un pequeño gesto a una camarera que pasaba a su lado para pedir que volviera a llenarle la taza de café. Y siguió esperando. La llamada llegaría. En diez minutos. Tal vez en quince. Pero llegaría. Era más que previsible. Era inevitable.

Cuando estaba dando el último sorbo a la segunda taza, tenso, pero no debido a la cafeína, el móvil sonó en la mesa. Esperó. Un tono. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Se recordó a sí mismo que debía ser paciente.

Seis. Siete.

Lo dejó sonar. Al décimo tono, le dio a la tecla para contestar pero no habló. Dejó que el silencio fuera su lenguaje. Después de varios «¿Hola?» de Merlin, colgó.

Treinta segundos. Sabía que Merlin estaba marcando de nuevo.

El móvil sonó.

Un tono. Dos. Tres.

Repitió lo que había hecho antes: tecla de contestar, silencio y colgar.

Echó un vistazo a su alrededor para ver si alguien lo estaba mirando. Todas las demás personas de la cafetería parecían absortas en sus asuntos. Se planteó si Merlin intentaría llamar una tercera vez. Creyó que no. Imaginó a los dos hermanos mirándose, intranquilos y desconcertados. Sabía que esperaban oír su voz después del primer tono de llamada. Habrían comentado lo que dirían y cómo.

«El silencio es la herramienta de un psicoanalista», pensó. Y se dio cuenta de que también podía servir de arma.

Se terminó el café. Dispuso la servilleta con las palabras que había escrito delante de él y, después, marcó el número de Merlin.

El abogado contestó al segundo tono de llamada.

Ninguna sorpresa, ningún saludo.

Una rabia instantánea desde el otro lado del teléfono.

—Escúcheme bien, hijo de puta, como vuelva a acercarse a mi mujer y a mis hijos, le juro que…

Era exactamente lo que Ricky había esperado. Casi palabra por palabra.

—¿Qué harás? —lo interrumpió—. ¿Matarme? ¿No es eso lo que habéis intentado hacer durante los últimos cinco años?

Un repentino silencio.

—En vano, debería añadir —dijo Ricky.

Provocador.

—Una psicodinámica interesante —prosiguió, en un tono de repente reflexivo, casi académico—. ¿Imaginaste que podrías usar tu casa, a tu mujer y a tu hijo como atrezo, y que no los pondrías en peligro? ¿Son de algún modo inmunes? Una idea muy curiosa. Tendrías que recibir tratamiento por ello.

El abogado no contestó. Ricky sabía que había dado en el clavo. Siguió adelante.

—Recuerdo perfectamente que tus hermanos y tú erais aficionados a la mala poesía cuando nos conocimos hace cinco años… —Le vinieron a la cabeza los pareados burlones que el señor R y sus hermanos habían usado

entonces para atormentarlo. Sonrió amargamente y continuó—: Así que escúchame con mucha atención…

—¿Qué? —soltó por fin Merlin.

Ricky ignoró esta pregunta y se puso a susurrar a ritmo rápido la melodía de una canción infantil, con una única pausa para lograr un golpe de efecto con la frase final:

—Ricky, oculto, planea con tino.
»Ya todo le importa un comino.
»Tiene que ir a un funeral
»y, después, llegará el final.
»Tiene una muerte prevista.
»¿Qué hermano seguirá la pista?
»¿Virgil, Merlin o el señor R será?
»Entonces Ricky no se detendrá.
»¿Le importa cuál de ellos muera?
»Pues no, de ninguna manera.
»Una cosa clara ha quedado:
»Demasiado lejos habéis llegado…
»… Y en Jack me he transformado».

Y entonces colgó por tercera vez.

Vio a la camarera y le preguntó rápidamente:

—¿Cuánto le debo?

Luego pagó la cuenta y salió deprisa a la calle. Estuvo tentado de apostarse delante del edificio donde estaba el bufete de Merlin solo para ver en el rostro de Virgil el profundo miedo que sabía que le había instilado y darse esa satisfacción, pero sabía que eso sería un error. No quería ser visto hasta estar preparado. No quería hablar hasta estar preparado. Y, lo más importante de todo, no quería cometer un asesinato hasta estar preparado.

Era lo bastante listo para añadir un pensamiento a esa ecuación: «En caso de que pueda».

Una vez había apretado el gatillo y casi había matado a un asesino. No había ninguna certeza de que pudiera volver a hacerlo. Creía que sí. Pero no estaba seguro.

Tuvo una idea sorprendente, una sensación que prácticamente lo abrumó. Ya no tenía miedo a morir.

Tenía miedo a perder.

Dando bandazos entre la seguridad y la duda, se marchó a ritmo rápido. Antes de haber llegado a media manzana, empezó a sonarle el móvil. Solo había tres personas que, en principio, podían tener ese número. Imaginó que Merlin y Virgil habían llamado al señor R presas del pánico que él les había provocado.

«Adiós, móvil del bolsillo izquierdo. Ya has cumplido tu función —pensó sonriendo—. Caballo a torre cuatro. Jaque. Pero no mate».

Esa última jugada le seguía siendo esquiva, pero esperaba que ahora estuviera más próxima. Tiró el móvil en una papelera cercana sin contestar la llamada. Seguía sonando cuando se alejó de allí.

Curiosamente, su primer pensamiento fue: «En la vida siempre es importante elegir el momento oportuno».

Sabía que Virgil no saldría del bufete de Merlin hasta que ambos hubieran hablado por segunda vez con su otro hermano. Sabía que necesitaría que el señor R la tranquilizara. Al igual que Merlin. No creía que fuera a ser una conversación rápida. Le preguntarían qué había dicho Ricky y el señor R les respondería que no había contestado la llamada. Y entonces le exigirían que hiciera algo. Y el señor R se vería obligado a decir: «Me ocuparé de ello…». De modo que Ricky creía que tenía poco tiempo para adelantarse a Virgil.

Hizo una parada rápida en una tienda, donde compró un paquete de sobres postales blancos y cinta adhesiva. Una vez en la calle, sacó un sobre del paquete y tiró los restantes.

Volvió al edificio donde vivía Virgil.

Como prácticamente todos los edificios de Nueva York, tenía los buzones en el vestíbulo de entrada, junto a la puerta principal. Localizó el que llevaba el nombre «Tyson».

Sacó el sobre y escribió en el exterior:

Hola, Virgil. Un regalo de tu hermano que me gustaría devolver.
Un pequeño recordatorio de cómo están las cosas.

Se metió la mano en el bolsillo, donde todavía llevaba el proyectil que el señor R había dejado en su cama del motel. Lo introdujo en el sobre y lo pegó con cinta adhesiva a su buzón de modo que fuera muy visible.

Era excesivo y cinematográfico, algo que creía que apelaría al sentido teatral de Virgil. Imaginó que era exactamente la clase de cosa que el Jack de los tres hermanos o su Jack haría.

Eso hizo que se marchara con una sonrisa en los labios.

Hizo una última parada en su camino hacia las afueras. Fue a la New Chance House para dar las gracias en modo esquizofrénico:

—A Richard le gusta estar aquí. Richard dice adiós. Pero Richard también os da las gracias.

Hizo una reverencia y saludó con la mano.

Sabía que el personal intentaría convencerlo de que se quedara hasta que estuviera mucho más estabilizado, lo que vendría marcado por el abandono de la tercera persona al referirse a sí mismo. No les dio la oportunidad. Salió de nuevo a la calle, a pesar de las súplicas que le gritaron mientras él se marchaba a toda velocidad hacia la Autoridad Portuaria y su consigna. A mitad de camino, le dio su abrigo de indigente y su gorra de los Mets a un hombre que ocupaba la acera tal como él había hecho antes. Al hombre pareció gustarle especialmente la gorra azul.

Ricky pensó que era lo mínimo que podía hacer.

En la terminal de autobuses, después de recuperar su bolsa de viaje y su pistola, y de asearse, compró un billete de ida a Atlanta y se subió al autobús que cubría el trayecto de catorce horas. Ocupó un asiento cerca de la parte trasera y echó un vistazo a los demás pasajeros. Tuvo la impresión de que ya no encajaba, como si la educación, la respetabilidad y los logros profesionales se llevaran por fuera, y él simplemente no tuviera el aspecto de la clase de persona dispuesta a hacer aquel agotador e incómodo desplazamiento al sur. Pensó que seguía proyectando la imagen de alguien que tendría que haber volado en primera clase desde el aeropuerto JFK, no del tipo de persona que iba encajonada en un asiento incómodo en un autobús lleno a rebosar. Sin embargo, estaba satisfecho. No creía que a Virgil, a Merlin o al señor R se les ocurriera que fuera a viajar de este modo. Y aunque imaginaran que lo haría, dudaba que tuvieran el tiempo suficiente para seguirle la pista.

Antes de que el autobús arrancara, llamó a la señora Heath.

—Las cosas están en marcha —comentó—. Me reuniré con ustedes en Alabama de aquí a tres días. Procure ir allí con el menor tiempo posible entre la llegada y el funeral.

—Entendido. Eso haré. Pero ¿hay algún motivo para ello?

—Sí. —No le dio más detalles pero la respuesta implicaba: «Porque cuanto menos tiempo estén allí, menos tiempo tendrá el señor R para encontrar a Roxy y matarla».

—¿Hay algún plan?

—Todavía lo estoy ideando. Ya empieza a tomar forma.

No sabía muy bien si eso era exactamente cierto o no. Creía que podría serlo. Pero todo lo que había previsto exigía que el señor R, Virgil y Merlin actuaran como había anticipado.

«Los conozco», se dijo a sí mismo. Esperaba tener razón.

—Muy bien —dijo la señora Heath pasado un momento—. Mi sugerencia es que te esfuerces al máximo en todo este asunto, pero supongo que ya lo haces.

—Correcto —contestó.

Tuvo ganas de sonreír. Hablar con la señora Heath requería ventilarse todas las complicaciones e ir directamente al grano. Era alentador.

—Alguno de los…, bueno, riesgos que temes, ¿ha disminuido?

Ricky pensó que era una forma sumamente educada de preguntar si había matado ya a alguien.

—Hasta ahora no. Pero creo que he logrado alterar un poco los cimientos.

—¿Cómo? Ricky, eso suena de lo más fascinante.

—Miedo. Duda. Comportamiento errático. Amenazas inciertas. No creo que deba entrar en detalles.

La señora Heath asimiló lo que le había dicho antes de hablar:

—Parece un juego muy peligroso —dijo despacio, titubeando entre cada palabra y subrayando mucho la palabra «muy».

Ricky pensó que la señora Heath estaba en lo cierto.

—Tiene razón. Pero creo que es el único juego que me queda por jugar.

—¿Crees que terminará en Alabama?

—Eso creo. No sé cómo podría alargarse más en el tiempo.

—¿De modo que nos dirigimos hacia un funeral y hacia el peligro?

—Sí.

Vaciló antes de responder.

—Esto no supone nada para mí, Ricky. Soy vieja y ya he vivido mi vida. Una buena vida. Llena de aventuras. He ido de safari. He escalado una montaña helada. He saltado en paracaídas. Cuando era joven, me gustaba correr riesgos. Pero los muchachos, Roxy y Charlie, no estoy tan segura de que posean este gen temerario. ¿Es esto justo para ellos?

—No —contestó Ricky—. Pero no se me ocurre ningún otro método.

—Creo que no soportaría que les pasara algo. Me siento responsable.

—Yo también —aseguró Ricky.

Otra pequeña pausa.

—Según mi experiencia, Ricky, cuando la gente está acorralada y tiene pocas opciones, se vuelve cada vez más difícil maniobrar.

Ahora quien vaciló fue Ricky. «En la mayoría de terapias, la idea era crear opciones para los pacientes. En el caso del señor R, Virgil y Merlin, la idea era limitarlas».

—¿Puedes maniobrar, Ricky? —prosiguió la señora Heath.

—La respuesta es sí, señora Heath. Creo que sí.

—¿Sabes qué, Ricky? —dijo la señora Heath pasado un instante—. Siempre es peligroso acorralar a un animal salvaje. De repente se revuelve contra ti. Un lobo suelto es simplemente un lobo que deambula libre por el bosque. Podría ser peligroso. Podría no serlo. Un lobo encerrado sin escapatoria posible enseña los dientes, saca las garras y solo le queda una opción y un instinto: defenderse. ¿Estás seguro de que quieres enfrentarte a eso?

—Creo que aquí hay dos corrales igual de estrechos —dijo Ricky despacio—. El corral en el que estoy yo. Y en el que creo haberlos metido.

—Ajá —estuvo de acuerdo la señora Heath—. Pero ¿eres tú también un lobo, Ricky? Porque, por lo que me has contado, es obvio que esas otras personas lo son.

—Supongo que ahora lo averiguaré.

—Bueno, se me ocurre lo siguiente: es fundamental que te adelantes a ellas. Mi difunto marido me dijo una vez que solo hay una forma correcta de abordar la mayoría de peleas a puñetazos: asestar el primero. Y que sea fuerte. Porque es mejor que no haya un segundo. Si no quieres perder.

—Tenía razón en eso.

—Tenía razón en muchas cosas. Era muy de Hemingway, como te dije. Ojalá estuviera todavía aquí. —Suspiró—. Muy bien, Ricky. Tres días. El funeral es a las cinco de la tarde. Nos vemos entonces. —Añadió su número de móvil a la conversación.

—La llamaré cuando llegue —aseguró Ricky.

—Estupendo. ¿Quieres hablar con Roxy? Necesita que la tranquilicen un poco.

—Ahora mismo no. Lo siento. Es muy perspicaz y no quiero que me pregunte algo a lo que todavía no pueda responderle. Cuando lleguemos a Alabama, me encargaré de ello.

—De acuerdo, tiene algo de sentido. No mucho, pero algo. Se lo diré. Pero no creo que le diga que podría estar en peligro. Será mejor que eso quede entre nosotros, ¿no? ¿Y Charlie?

—¿Qué opina usted?

—Está mejorando un poco cada día. Se toma regularmente la medicación. Es un joven encantador en muchos sentidos. Su enfermedad es trágica, a mi entender. Pero veo que puede llegar a serlo muchísimo menos. Él también te necesita, Ricky. Podría empeorar si…

—¿Si…?

—Si no lo incluimos en esto. Se nota que es muy leal y ha adoptado una actitud protectora.

Era un riesgo adicional. Ricky le veía ventajas y desventajas a la vez.

—Entonces deberíamos incluirlo.

—Estoy de acuerdo.

—¿Señora Heath?

—Sí.

—Esté preparada para cualquier cosa.

Oyó una carcajada.

—«Cualquier cosa» es un concepto maravilloso, Ricky. Eso, mi querido doctor, es lo que he estado haciendo muchos años y por lo que he durado tanto tiempo.

El autobús arrancó cuando colgó. La marcha entró con un fuerte sonido metálico al recular y salió del andén con un rugido del motor diésel.

Ricky cerró los ojos cuando entró en el túnel Holland; el autobús pasó por debajo del río Hudson para salir en New Jersey, rumbo al sur y ganando velocidad. No miró ni una sola vez hacia atrás para ver la ciudad que en su día había sido su hogar y de golpe tuvo la sensación que nunca volvería a ver Manhattan. Se dio cuenta de que ya no estaba intentando proteger esa vida pasada y que podría no estar protegiendo siquiera su vida actual. Reconoció que tendría que haberlo percibido mucho antes. Tenía otras vidas, más nuevas, que proteger.

41

¿Qué estoy mirando exactamente?

La marquesina del Friendly Shores seguía anunciando canal HBO y *wifi* gratuitos pero ahora incluía debajo otro mensaje: *Cerrado. Pronto reabrirá sus puertas bajo una nueva dirección*.

Ricky sintió una punzada de remordimiento.

«La vieja dirección está muerta», pensó.

Al pasar despacio por delante, vio la ondeante cinta policial amarilla que precintaba la puerta de cristal donde había muerto el recepcionista con las patillas de Elvis. Se obligó a no ser ingenuo. Pensó en la ley de las consecuencias involuntarias: «Hola. Soy el doctor Starks». «Encantado de conocerlo, doctor. Yo soy una persona cualquiera». Deme la mano. Lo lamento, pero tendría que prepararse para ser asesinado. Sabía que en su profesión había una dedicación constante a la conexión emocional: cuando esta persona hace esto, afecta a todas estas otras vidas. Lo manifiesto siempre influía en lo inconsciente: unas veces de manera sutil, otras de forma evidente. Era a la vez la fuerza y la maldición del psicoanálisis.

Pasaba exactamente lo mismo con el asesinato.

Miró por la ventanilla, como si inspeccionara el Friendly Shores para encontrar algún indicio revelador de que el señor R estaba cerca.

El trayecto desde Atlanta en otro coche más de alquiler le había llevado menos de cuatro horas. Se había deshecho de parte del agotamiento producido por el largo viaje en autobús alojándose una noche en un barato Motel 6 cerca del inmenso aeropuerto de Atlanta. El recepcionista que lo había atendido le había contado un chiste: «En el Sur, cuando te mueres y vas al cielo, haces enlace en Atlanta». Como él había imitado al hablar con Dwight, el recepcionista alargaba las palabras con un marcado acento sureño. Pero el descanso le había sido esquivo y había sido una noche difícil, llena de ansiedad, de sueños agitados y de terrores. Había soñado que estaba andando junto a Tarik por el Distrito Nueve y que el chico le hablaba animadamente sobre su futuro, sin el menor tartamudeo. Pero en el sueño él tenía los labios sellados y, por más que lo intentaba, era incapaz de advertirle que una bala lo esperaba al doblar la esquina. Otra vez se había despertado, sobresaltado,

pensándose que el señor R estaba abriendo la puerta de su habitación en el motel. Turbulencias. Creía que estaba poniendo en peligro a unas cuantas personas más y ver el Friendly Shores reforzó esta sensación de duda.

Que él supiera, no tenía otra alternativa.

Cinco años atrás, había manipulado al señor R para que fuera a un lugar que él conocía íntimamente, donde el juego de la muerte estaba equilibrado, incluso puede que se hubiera decantado ligeramente a su favor. Un uno contra uno, como si jugaran un partido de baloncesto en un parque dejado de la mano de Dios. Había sido algo íntimo: él y el señor R solos en la oscuridad y la penumbra. Aquella noche, el señor R se encontraba en un estado que Ricky consideraba «moderadamente enfurecido». Había sido un asesino que se movía según se tiraba de los hilos arraigados en su inconsciente. Cada paso que había dado obedecía a un recuerdo arraigado en su mente, ensuciado por la furia.

El asesino no volvería a cometer esos errores.

El señor R había tenido cinco años para dominar sus emociones.

Ricky sabía algo: «Esta vez estará tan tranquilo como cuando estaba sentado en el diván de mi consulta; tan tranquilo como cuando jugaba al ajedrez en el tablero en Washington Square. Uno. Dos. Tres. El mate del loco».

En el asiento del copiloto estaba su bolsa de viaje con la semiautomática del calibre 40 sin número de serie y sin registrar que Donald, el chófer, le había cambiado por su 357. Había cargado una bala y le había quitado el seguro; sabía que solo tenía que apuntar y disparar.

De golpe se le ocurrió lo siguiente: «El psicópata suele carecer anormalmente de restricciones emocionales porque solo ve el momento exacto en el que está. El futuro es menos importante. El pasado ya no existe. Solo se concentra en una cosa: lo inmediato».

Siguió argumentando, debatiendo y valorando interiormente.

«Esa era la definición de manual. Pero no es cierta para un psicópata: el señor R».

Su cabeza siguió trabajando a toda velocidad, como un matemático que mueve las bolas en un antiguo ábaco.

«¿Qué había dicho? —pensó—. Fueron felices y comieron perdices».

Repasó muchos escenarios en su cabeza. Curiosamente eso le recordó su residencia en psiquiatría, cuando como médico joven e inexperto, recién salido de la universidad, se sentaba frente a una persona escuchando cualquier entonación, construcción del lenguaje, tic o temblor del mentón, tono de voz,

movimiento del cuerpo, en busca siempre de elementos que le permitieran llegar a un diagnóstico y así poder poner una etiqueta a la persona que había acudido a su consulta.

—Esto es lo mismo —dijo en voz alta, aunque sabía que no era así—. Él no es ningún misterio para mí.

Esperaba tener razón.

Condujo despacio y sin brusquedades, dirigiendo la vista a derecha y a izquierda, observando las calles vacías, mirando a cualquier persona que veía en una acera como si pudiera detectar al señor R entre la multitud. Supuso que el asesino debía de estar en algún lugar de Dothan haciendo más o menos lo mismo. Deseó que aquella ciudad fuera más grande.

Ricky tenía tres horas antes de que el funeral comenzara. Sabía que Roxy, la señora Heath y Charlie estaban cerca y se dirigían hacia el mismo sitio a la misma hora.

Le asustaba pensar que pudiera ver el mundo a través de los ojos de un asesino. Le asustaba pensar que no pudiera hacerlo. Ambos polos de emoción eran igualmente acertados y equivocados al mismo tiempo.

Condujo hacia el centro de la pequeña ciudad y pasó ante lo que quedaba del bufete del abogado. Tuvo un arranque de cinismo: «Mala suerte, letrado. Nunca se dio cuenta de con quién coño estaba tratando hasta que fue demasiado tarde».

En los pocos días que habían pasado desde el incendio se había retirado gran parte de los escombros. Pero todavía había una inmensa marca negra que afeaba un edificio contiguo, y montones de restos de ladrillos, barras de acero retorcidas y cemento ennegrecido cubriendo el espacio que había ocupado el bufete. Había un destartalado *bulldozer* amarillo aparcado a un lado escupiendo gases por un tubo de escape y un contenedor rojo situado en la calle, lleno ya a rebosar de basura. Ricky tuvo un segundo pensamiento cínico e implacable: «¿Tiraron sus restos al contenedor, letrado?».

Un equipo de obreros con casco estaba instalando una valla metálica alrededor del solar. Vio que ya había instalado un letrero de prohibido el paso.

Los obreros estaban atareados. Muchos martillazos y paletadas.

«No estará aquí», se dijo Ricky, y siguió adelante.

Pasó ante la entrada del hospital donde deberían haber llevado al padre de Roxy y continuó resiguiendo la ruta de la noche en la que se había enterado de que todo estaba preparado para que muriera.

«Me estará esperando en algún lugar de esta ruta», pensó.

Su siguiente parada fue en la escuela.

Como antes, se detuvo a cierta distancia.

Al igual que la noche en que se había librado de que lo asesinaran, escudriñó primero la zona con la vista, como si el señor R pudiera estar esperándolo detrás de aquel árbol o de aquel arbusto, tras aquel coche estacionado o una casa cercana. Eran pasadas las doce del mediodía, y había pocas sombras en las que el asesino pudiera ocultarse, pero las inspeccionó igualmente todas, como un científico que observa bacterias en un portaobjetos por un microscopio.

La parte delantera de la escuela estaba en calma, aunque sabía que entre sus paredes había aulas llenas de alumnos y una actividad bulliciosa.

«Aquí no. No ahora. No es el sitio correcto», pensó. Echó un vistazo a su alrededor. Había coches y personas, y el sol brillaba. No era el lugar adecuado para cometer un asesinato.

Arrancó de nuevo y partió rumbo al campo.

El pantano donde habían encontrado el cadáver de Julia estaba a quince minutos en coche. El cielo despejado y el calor de principios de otoño hacían que el mundo pareciera sofocante y a la vez inocente. Parecía que los elementos contradijeran el ambiente que lo rodeaba. Era un día para secarse el sudor de la frente y beber algo frío y refrescante comentando que hacía demasiado calor para esa época del año y hablando sobre deporte o política.

«El asesinato pertenece a la oscuridad», pensó Ricky.

Se detuvo en el aparcamiento. Como la otra vez, estaba vacío. Miró con cautela a su alrededor.

«Este es un buen lugar para cometer un asesinato», se dijo.

Estaba solo.

Sacó el arma de la bolsa de viaje que llevaba al lado y salió del coche de alquiler.

Echó un vistazo al camino que conducía al pantano. Era como un pequeño espacio abierto entre los arbustos y los árboles, acogedor y siniestro a la vez. Intentó captar algún sonido: la puerta de un coche, el trino de un pájaro, el movimiento de un animalito que huía entre la hierba y las ramitas, algo que pudiera indicar que aquel era el momento y el lugar propicio para otra muerte.

Sujetando con firmeza la semiautomática, avanzó por el camino, solo pero intranquilo. Cada paso que daba reflejaba sus dudas.

Buscaba un lugar donde alguien pudiera tenderle una emboscada.

Buscaba un lugar donde él pudiera tenderle una emboscada a alguien.

Tenía miedo de que ambos pudieran ser lo mismo.

Se le pegó algo de barro a las zapatillas de deporte. Unos rayos de luz se filtraron entre las copas de los árboles. El mundo que lo rodeaba oscilaba entre la luz y la penumbra. Pasados cien metros, tenía sudadas las axilas, la cara y el cuello por los nervios.

Caminando deprisa, con la pistola medio preparada en un costado, se dirigió hacia el lugar donde el *boyscout* que tiró la caña de pescar había sacado a Julia a la superficie y había iniciado algunas cosas que estaban a punto de concluir.

«Este sitio es igual al lugar donde una vez tuve éxito —pensó—, cuando me agaché junto a los escombros carbonizados de mi casa de veraneo y aguardé. Es la clase de lugar que toca la fibra psicológica del señor R. Creo que puedo hacer que venga hasta aquí. A oscuras. Completamente solo».

Echó un vistazo a su alrededor.

Vio un lugar donde podría esconderse.

«Él vendría por este camino —se dijo—. No le quedaría más remedio. Si intentara abrirse paso entre los arbustos, haría demasiado ruido. Así que lo tendría a tiro.

»Esta vez no vacilaré —se animó a sí mismo—. Un disparo a la cabeza. Un disparo al pecho. Un disparo mortal. Un doble disparo».

Negó con la cabeza.

—Estás equivocado, idiota. Totalmente equivocado. —Su voz rasgó el aire en calma.

«El señor R se dará cuenta de lo que es: un intento de recrear lo que hice la vez anterior. Casi le costó la vida hace cinco años. Y el señor R no se lo tragará una segunda vez. Imposible. Las cicatrices y las heridas de su cuerpo se lo recordarán ferozmente».

El problema era que se trataba de una jugada totalmente previsible en el tablero de ajedrez psicológico. Y lo que no sabía era si el señor R se daría cuenta y no le importaría, o si se daría cuenta e intentaría superarle porque en realidad sí que le importaba. Se detuvo y se apoyó en un árbol. Nada estaba bien. La sinfonía del asesinato que había funcionado para Jimmy Conway al cargar el cadáver de la pequeña Julia no era la misma melodía que interpretaría el señor R.

Miró la hora en el reloj. Después dirigió la mirada hacia las aguas oscuras donde el *boyscout* había tirado la caña para capturar una perca.

La hora del funeral se acercaba rápidamente. De nuevo imaginó a Roxy. La vio mentalmente en el coche, junto a él, la noche que se marcharon de

Alabama.

Inspiró hondo, se secó un poco el sudor de la frente…

… Y se quedó petrificado.

«El *boyscout* sabía dónde estaría el pez —se dijo—. El señor R no está seguro de dónde estoy yo. Pero puede prever una cosa».

Sintió de golpe una oleada embravecida de miedo en su interior. Electrizante. Abrasadora y gélida. Fuerte y estrepitosa.

Una explosión silenciosa de maldiciones rápidas y precipitadas: «¡Dios mío! ¡Maldita sea! ¡Oh, no!».

Cualquiera que lo hubiera visto lo habría tomado por loco: se encontraba tranquilamente a orillas de un pantano inspeccionando cuidadosamente los alrededores y, acto seguido, estaba fuera de control, presa del pánico. Regresó al instante por el camino. De cero a su velocidad máxima en una sola zancada. Moviendo rítmicamente los brazos, con los pies golpeando la tierra seca o resbalando en el fango y los músculos tensos, corrió de vuelta hacia su coche, al comienzo del camino, dejando atrás las aguas oscuras donde se había encontrado el cadáver de Julia. El calor del día casi podía con él. La pistola que llevaba en la mano le pesaba como un yunque. Oía su respiración dificultosa y el miedo en cada paso. Cada segundo que pasaba le gritaba que se apresurara. El trecho que Jimmy, el farmacéutico, había cargado con la niña asesinada se le hizo mucho más largo, increíblemente más largo. Muchos metros más. Muchos kilómetros más. Esprintó.

Un minuto. Dos. Seis. Nueve. No estaba seguro. Su ritmo era vertiginoso y furioso.

Cuando salió del camino y llegó al aparcamiento, se abalanzó hacia su coche, cerró de golpe la puerta del conductor y metió la llave en el contacto a la vez que manoseaba su bolsa de viaje. Dejó la pistola en el asiento mientras rebuscaba entre sus pocas pertenencias, hasta encontrar el móvil desechable que aún conservaba.

El sudor le resbalaba por la cara y le escocía en los ojos.

Marcó el número de la señora Heath.

«¡Márcalo bien! ¡No te confundas!», se dijo a sí mismo mientras rezaba para tener cobertura en esa zona rural y para que la señora Heath contestara.

Un tono de llamada. Dos. Tres.

Una voz:

—¿Sí? ¿Ricky?

—¿Dónde están, señora Heath?

Casi había gritado.

—¿Estás bien, Ricky? Pareces…

Inspiró profundamente. Inhaló un aire sobrecalentado.

—¿Dónde están? —repitió.

—Bueno, de camino a casa de Roxanne…

—¡No! ¡Deténganse!

—… Ella quería recoger algunas de sus cosas que siguen allí. Hay un vestido, uno de los favoritos de su padre, que quiere llevar en el funeral. ¿Qué pasa?

«Pues claro que quiere ver su casa. Es el único hogar que conoce. Se siente atraída inexorablemente hacia él. Y yo no soy la única persona que sabe eso».

Intentó calmarse.

—¿Quién conduce?

—Donald, por supuesto. Y también está aquí Charlie…

—¡Dígale a Donald que pare ahora mismo! Deténgase. Inmediatamente…

—Pero, Ricky…

—¡Ahora mismo!

Una breve vacilación. Después Ricky oyó la voz firme de la señora Heath:

—Donald. Es el doctor Starks. Quiere que paremos aquí mismo… sí, exacto. Aquí mismo. Para a un lado. —Otro silencio momentáneo—. Muy bien, Ricky. Ya hemos parado. ¿Qué sucede?

Inspiró profundamente de nuevo. Intentó tranquilizar sus palabras, pero parecieron escapársele a lo loco.

—Pregunte a Roxy lo cerca que están de su casa.

Volvió a oír la voz apagada de la señora Heath.

—Roxanne, cielo, el doctor Starks quiere saber lo cerca que estamos de tu casa.

—A unas cinco manzanas —oyó.

«Cinco manzanas. Tal vez eran suficientes para mantenerlos a salvo».

—Esperen ahí —dijo al instante—. Estaré con ustedes en unos minutos.

No dijo quién creía que les estaba esperando a cinco manzanas, dentro de la casa de Roxy, pero debió de ser evidente por su tono de voz. Arrancó y pisó a fondo el acelerador. Los neumáticos de su coche levantaron algo de gravilla y de tierra al salir coleando del aparcamiento.

Solo podía pensar en lo que el señor R le había dicho después de enseñarle el primer vídeo falso de Jack que había dirigido su hermana actriz y que había protagonizado su hermano abogado.

—¿Qué estoy mirando exactamente? —había preguntado él.

—La muerte —le había contestado el señor R—. La muerte acercándose mucho.

Condujo deprisa.

Temerariamente.

42

Las últimas jugadas en el menguante tablero de ajedrez

Ricky los encontró aparcados bajo la sombra de un árbol a cinco manzanas de la casa de Roxy, tal como habían prometido. El único que estaba fuera del coche era Donald, el chófer, que estaba apoyado en el capó, mirando con recelo cualquier vehículo que pasara a su lado. Tenía el motor en marcha a fin de que el aire acondicionado siguiera funcionado para el trío que seguía dentro, pero Ricky pensó que Donald parecía estar fresco a pesar del calor. El chófer le saludó con la cabeza al detenerse delante del coche aparcado. Cuando salió del vehículo, le dirigió una larga mirada y se limitó a preguntarle:

—¿Peligro?

—Sí. Puede. No estoy seguro.

—¿Mejor prevenir que curar?

—Exacto.

Esto pareció satisfacer al chófer.

La señora Heath bajó la ventanilla.

—¿Qué pasa, Ricky?

Este intentó encontrar las palabras adecuadas. Vio que Roxy y Charlie estaban en el asiento de atrás alargando el cuello para oír su respuesta. El chico iba aseado y llevaba una camisa blanca y una corbata azul. El cabello indomable de Roxy parecía bajo control. Los dos lucían una expresión nerviosa de preocupación en la mirada, no precisamente de miedo, sino de crispación, como si el mundo que los rodeaba estuviera torcido pero no supieran muy bien hacia qué lado estaba inclinado.

—No sé lo que podría aguardarnos en casa de Roxy —le dijo Ricky a la señora Heath—. Tal vez nadie. Podría estar vacía, pero quizá no lo esté. Es un riesgo que me parece mejor no correr.

Había medido cada palabra: ninguna de ellas reflejaba el pánico que lo había invadido cuando estaba en el pantano.

Sabía que, desde el punto de vista del asesino, la casa de Roxy era un lugar espléndido para esperar escondido. No costaba forzar la entrada. Podía estar cómodamente dentro. A oscuras. Fresco. Era un sitio donde le sería fácil

ser paciente y vigilar la parte delantera. Recordó el silenciador en el arma del señor R. Podía apretar el gatillo una vez, dos, y era poco probable que ni siquiera lo oyeran los vecinos más entrometidos. «Puf. Puf. Y se acabó». Había pocas probabilidades de que lo vieran. ¿Habría acudido Roxy a la policía? No. Porque si fuera a acudir a la policía, lo habría hecho la noche en que Ricky se libró de ser asesinado. El asesino sabía que Roxy era una chica que se sentía perdida. ¿Estaría sola esa tarde? No. El asesino sabría quién estaría a su lado: su otro objetivo. Que él supiera, el señor R seguramente pensaba que las dos únicas personas que iban a cruzar la puerta principal serían Ricky y Roxy.

«Como decía el refrán, mataría dos pájaros de un tiro», pensó Ricky.

Al adoptar el punto de vista del señor R, comprendió algo: «Y si los dos no aparecíamos… bueno, no pasaba nada. Iría al siguiente sitio».

La señora Heath pareció estar valorando lo que Ricky había dicho. Se volvió hacia los dos jóvenes y dijo:

—Esperad aquí mientras yo hablo un momento con el doctor Starks, por favor.

Charlie asintió con la cabeza. Parecía haber dejado a un lado algo de su actitud despreocupada, especialmente sobre su enfermedad, y la había sustituido por una expresión militar de firmeza, una cualidad que Ricky no había observado antes en el paciente bipolar. Ricky se dio cuenta de que el litio estaba empezando a surtir efecto. Pareció que Roxy iba a decir algo, porque empezó a abrir la boca, pero se detuvo y también asintió. Ricky vio que una oleada de emociones se reflejaba en su cara y pensó: «Es una joven formidable. Es rebelde, y no tiene miedo de lo que ve. Es lo que no puede ver lo que la asusta». La miró con atención y se le ocurrió algo más: «No quiere ir a buscar ningún vestido. Eso es una mera excusa. Quiere sentirse en su casa y respirar el aire de su vida pasada, cuando era más feliz. Quiere recordar. Y quiere hacerlo porque sabe que la ayudará a estar tranquila durante las difíciles horas que le esperan».

La señora Heath salió del coche y se volvió hacia Donald:

—Asegúrate de que los dos jóvenes no salen del coche y vigila lo que pase fuera, Donald, por favor.

—Por supuesto, señora. Así lo haré —respondió al instante el chófer.

La señora Heath cogió a Ricky del brazo.

—Vamos a caminar un poco, doctor —dijo.

Los dos avanzaron, andando despacio, como si estuvieran dando un paseo dominical por el campo. Estaban rodeados de campos verdes y de unos

distantes pinos. La estrecha carretera de dos carriles por la que caminaban estaba decorada con magnolios y sauces llorones que proyectaban algo de sombra en el camino. La señora Heath dirigió la mirada hacia una casa baja, parecida a un rancho, que no quedaba lejos del sendero. Ricky vio que medía distancias y ángulos, como un ingeniero.

—¿La casa de Roxy es…? —No le fue necesario terminar.

—Parecida a la que ve, señora Heath.

—¿Tan aislada?

—Más o menos como las casas aquí. Apartadas de la calle, con vecinos a por lo menos veinticinco metros.

—Y tú crees…

—No creo nada con seguridad. Estoy intentando anticiparme. Su casa podría ser un buen sitio para esperar. Es la clase de lugar que yo podría elegir. Tranquilo. Fuera de la vista. Es la lógica de un asesino, señora Heath.

La señora Heath se giró un poco para mirar el coche donde Roxy, Charlie y Donald los aguardaban.

—Sí —dijo pasado un momento—. Tiene algo de sentido. —Inspiró profundamente—. ¿Crees que hoy morirá alguien, Ricky?

—No lo sé, señora Heath. Es posible.

—Pero tiene que ser la persona correcta, ¿verdad?

No quiso contestar esta pregunta, ni siquiera asintiendo con la cabeza. La miró y vio muchas preguntas en sus ojos, en cada arruga de su semblante envejecido. Sabía que quería preguntar muchas cosas pero no lo haría. En lugar de eso, de repente, le sonrió.

—Eres un psicoanalista de lo más inusual, doctor Starks.

—Gracias, creo, señora Heath.

—Supongo que hemos pasado muchas cosas —comentó y después de titubear, añadió—: Por lo menos yo. Los últimos días han hecho que este sea con creces el octogésimo séptimo año más fascinante que pueda desearse, ¿no crees? Así que ¿hasta dónde crees que tenemos que ir?

«Hasta la esquina. Calle abajo. Hacia la noche. Hasta la mañana. Hasta el día siguiente. Y el día después. Aquí. Allí. Hasta alguna parte». No lo sabía con certeza y no quería hacer suposiciones.

—Así pues —prosiguió la señora Heath contemplando las extensiones de campos verdes—, ahora vamos…

—Al funeral. Tenemos que presentar nuestros respetos.

La aguja de la iglesia parecía relucir al capturar los rayos cada vez más débiles del sol unos cuantos minutos antes de que empezara el funeral. Las paredes exteriores de la iglesia baptista estaban pintadas de un blanco celestial. Al entrar en el aparcamiento gratuito, Ricky vio al instante regueros de persona que entraban en el templo. Era una amplia variedad de gente, que abarcaba desde personas muy jóvenes y bebés en brazos a legiones de niños en edad escolar y sus padres y abuelos. Hombres trajeados con corbata, mujeres con vestidos estampados, jóvenes con vaqueros, pero con camisas con cuellos incómodamente abrochados. El aparcamiento frente a la iglesia ya estaba lleno, y Ricky vio dos autobuses amarillos de la escuela estacionados en la parte posterior y supuso que el centro habría transportado hasta allí a algunas de las clases. Vio a la señora Dandridge, la directora, de pie junto a un pastor y al lado de unas anchas puertas de madera oscura. Justo detrás de ellos, vio al señor Willoughby, el director de la funeraria, entregando recordatorios. Estaban dando la bienvenida a la gente.

«La señora Dandridge dijo que era un hombre muy querido —recordó Ricky—. Tenía razón».

Vio que la directora abrazaba a varios adultos y se agachaba a hacer lo mismo con algunos de los niños en edad escolar. Había otros afectuosos encuentros en los peldaños cuando la gente se reconocía. Vio sonrisas y lágrimas por igual. También vio a los dos inspectores de policía, Smith y Jones, que avanzaban entre los dolientes para entrar en la iglesia.

Echó un vistazo a su alrededor en el momento en que Donald aparcaba el otro coche en una plaza cercana. Cuando Roxy, Charlie y la señora Heath salieron, se fijó en que el chico había rodeado los hombros de la adolescente con un brazo. Le pareció que ella había empezado a temblar.

«Esto será duro para ti», le dijo mentalmente a la chica. Fue consciente de que probablemente la muerte de su padre había sido surreal para ella. Sin duda había descendido a ese ámbito fluido en el que era consciente de que se había producido pero le costaba aceptarlo. Pensó que aquello estaba a punto de volverse muy real para Roxy.

Todos miraron hacia él.

—Entrad —dijo en voz baja—. Iré en uno o dos minutos.

—¿Le guardamos un sitio? —preguntó Charlie.

—No —dijo negando con la cabeza—. Me sentaré donde pueda controlar la situación. —Se volvió hacia Donald—: Vigile usted también.

—Conozco mi trabajo —dijo el chófer levantando una mano. Se dio unos golpecitos en la chaqueta y Ricky supuso que llevaba un arma en una

pistolera de hombro.

Ricky no sabía qué esperar.

Volvió la cabeza a derecha y a izquierda: tuvo dudas sobre si el señor R se arriesgaría a cometer un asesinato en una iglesia en medio de un funeral. Pero sabía que asistiría. El señor R calcularía el riesgo que correría: «Poco». Valoraría la oportunidad de cambiar la dinámica del asesinato: «Grande». Se detuvo para observar cómo la señora Heath conducía a Roxy y a Charlie hacia la entrada, seguidos a pocos pasos de Donald, receloso y preparado. Se le ocurrió algo extraño:

«El asiento que tenemos que guardar es para el asesino».

Vio que la señora Dandridge detectaba a Roxy y corría hacia ella para abrazarla con fuerza. En ese momento de distracción, Ricky se puso la pistola semiautomática en el bolsillo interior de la americana. No iba vestido para un funeral. Sus zapatillas de deporte todavía estaban manchadas de fango del pantano. Llevaba unos vaqueros descoloridos que necesitaban un lavado, y las manos y la cara, sucias. Se secó el sudor de la frente. Vio que el pastor y la señora Dandridge acompañaban a Roxy y a los demás hacia el interior de la iglesia. Se imaginaba lo que estarían diciendo: los habituales tópicos sobre la pérdida, ser valiente y seguir adelante. Dudó que Roxy estuviera oyendo nada de eso.

En lugar de seguirlos, Ricky se agazapó entre dos camionetas. Estuvo allí un minuto, ligeramente agachado, inspeccionando a la gente que se dirigía hacia la entrada, en busca del asesino.

«Tienes que verlo antes de que él te vea a ti —se dijo a sí mismo—. Tienes que actuar antes de que él pueda hacerlo».

La campana de la iglesia empezó a doblar. Recordó una película antigua en blanco y negro: Charles Laughton en *El jorobado de Notre Dame*. Imaginó al campanero deforme lanzándose en picado para rescatar de la soga del verdugo a su querida Esmeralda, la mujer que siempre estaría fuera de su alcance. Cuando ascendían los peldaños de la catedral, con aquella belleza en sus brazos, el jorobado gritaba con su voz atormentada: «¡Santuario! ¡Santuario!».

«Pero nadie rescata a Esmeralda —recordó—. La traicionan. Y al final acaba siendo asesinada».

Se dijo a sí mismo: «Vendrá».

Su parte razonable y analítica quería ofrecer tablas. Como cinco años antes. Pensó que ya había demostrado lo suficiente, que ya había enseñado lo

suficiente y amenazado lo suficiente como para que unas tablas resultaran atractivas.

«Un punto muerto —pensó—. Todo el mundo es vulnerable. Nadie gana. Nadie pierde. Todo el mundo vive. La vida sigue. Tú sigue tu camino, yo el mío. Igual que antes. ¿Qué mejor lugar para cimentar ese acuerdo que una iglesia, en público, donde todo el mundo está seguro?».

Era la única oferta que podía hacer.

Dudaba que el asesino la aceptara.

No sabía si él mismo podía aceptarla.

Observó a las últimas personas que entraban apresuradamente en la iglesia. El funeral estaba a punto de empezar. Avanzó con cautela, con cada paso subrayado por la campana, mirando a derecha y a izquierda, pensando que los últimos días y los últimos años había estado totalmente equivocado. Siempre había creído que participaba en un juego con el señor R, Virgil y Merlin. Pero eso no era del todo cierto. Había participado en un juego con la muerte. Y era muy consciente de quién ganaba siempre ese juego.

43

Eclesiastés 3, 1-8

Sus ojos tardaron un momento en adaptarse al oscuro interior de la iglesia. Una persistente luz del sol iluminaba un vitral que representaba a san Cristóbal cruzando un río con el niño Jesús en brazos y enviaba rayos de tonos rojos, azules y dorados al interior. El santo llevaba aureola, pero tenía el rostro atormentado por el esfuerzo. Según cuenta la historia, el peso del niño Jesús aumentaba a cada laborioso paso, pero el santo persistió hasta alcanzar la orilla. Un gran crucifijo dorado presidía la parte delantera de la iglesia. Vio que Roxy, la señora Heath, Donald y Charlie recorrían el pasillo central acompañados por el señor Willoughby y se sentaban en el primer banco, cerca de la señora Dandridge. Los demás asientos estaban abarrotados de alumnos y familias. Un coro vestido con largas túnicas blancas ribeteadas de rojo carmesí estaba reunido bajo el crucifijo. A un lado, un pequeño grupo musical, compuesto de guitarra eléctrica, bajo y batería, estaba preparado para tocar. Todos los miembros del grupo eran adolescentes, con el pelo largo bien peinado, camisa blanca almidonada y corbata negra. Serían compañeros de clase de Roxy, y supuso que los sábados por la noche se convertían en una banda de *punk rock* o tal vez de *country* con botas y sombreros de vaquero, un pequeño paso por encima de una banda de garaje. No vio a ningún organista pero sabía que había uno cerca, puesto que la música solemne seguía sonando mientras la gente ocupaba los demás bancos. Reconoció un himno luterano, *Castillo fuerte es nuestro Dios*, que parecía fuera de lugar en la iglesia baptista. Pero había tantas cosas inusitadas en su mundo que, por extraño que pareciera, resultaba adecuado; esperaba ver a un asesino y no a un sacerdote en una iglesia. Llevaba en el bolsillo una pistola y no el Libro de Oración Común. Iban a enterrar al hombre que no merecía morir mientras que quien debería estar muerto seguía vivo y esperaba pacientemente para localizar a un hombre a fin de asesinarlo.

Se sentó discretamente en un banco vacío cerca de la parte trasera.

La música de órgano se desvaneció y Ricky vio que el pastor se levantaba de una silla de madera laboriosamente tallada y se dirigía hacia un atril decorado con otro crucifijo y una gran fotografía de Lawrence Allison, una

instantánea del profesor delante de una pizarra con una tiza en la mano. El pastor, un hombre de cabello rubio, enjuto y con unas gafas con montura negra al estilo de Buddy Holly, llevaba un traje negro que ondeaba cuando se movía, como si en el interior de la iglesia soplara una fuerte brisa en lugar de estar el aire en calma. El pastor señaló a Roxy con la cabeza y alargó una mano con unos dedos huesudos con los que sujetaba una Biblia gastada como si quisiera indicarle que se pusiera de pie. La adolescente se quedó sentada.

El pastor levantó la mirada al techo en busca de inspiración y después contempló a los presentes con ojos centelleantes. A pesar de su corta estatura, su voz era portentosa:

—Y Jesús dijo: «En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones…». —Hizo una pausa para lograr un golpe de efecto— y seguro que todos los que estamos hoy aquí reunidos creemos en el fondo de nuestro corazón que una de esas habitaciones es un aula, donde hay sillas dispuestas para los alumnos y donde con toda seguridad nuestro querido amigo Lawrence estará en la tarima con las lecciones del día escritas en una pizarra celestial… —Al decir esto señaló la fotografía—. Dispuesto a educar a todos y cada uno de nosotros en la bondad de Cristo.

«La bondad de Cristo» tronó y resonó.

Hubo un murmullo de asentimiento por parte de las personas reunidas en la iglesia. Pero lo que Ricky oyó fue otro mensaje:

—Hola, doctor —susurró el señor R—. Estoy detrás de ti.

Ricky se puso tenso. Tuvo el impulso de mover la mano derecha para sujetar al instante el arma. Le costó cierto esfuerzo conservar la calma. El miedo le cerró el estómago.

—Hace cinco años —prosiguió el señor R en voz baja—. Tú estabas detrás de mí. Y eso casi me costó la vida. Hoy soy yo el que estoy detrás de ti.

Ricky inspiró despacio en un intento de serenar su corazón desbocado.

—Sabía que vendrías a buscarme aquí —comentó Ricky.

—Sí. Claro —dijo el señor R con una ligera carcajada—. Pensé que podríamos tener ocasión de hablar hace un ratito… pero no te presentaste. Has sido muy listo, doctor.

La casa de Roxy. Ricky no respondió.

En ese momento tuvo la sensación de que la iglesia se desvanecía, sustituida por un recuerdo, y volvía a estar escondido bajo una lona, frente a su casa de veraneo de Cape Cod, viendo cómo el señor R avanzaba sigilosamente hacia él. En esa imagen, él tenía el arma en la mano, apuntaba y

esperaba a que el asesino se diera la vuelta. Todas las emociones recordadas lo embargaron.

La voz del pastor lo devolvió al momento presente:

—Porque nuestro queridísimo Lawrence Allison ha subido sin duda al cielo para reunirse con Jesús. ¡Recordad, queridos amigos, que Nuestro Salvador también era maestro! ¡Y todos sabemos que Jesús le ha tomado la mano y le ha dicho que todos sus sufrimientos terrenales habían terminado! —estalló el pastor, con la alegría reflejada en su semblante.

—¿Es hora de morir, Ricky? —preguntó el señor R.

Ricky negó con la cabeza.

«Aunque si tengo que morir, podría haber elegido lugares mucho peores —se dijo a sí mismo—. Como ese cementerio en el que Jimmy mató a la pequeña Julia o el pantano donde la tiró como si fuera un desecho. O el Friendly Shores, o el asiento delantero del coche donde falleció Lawrence Allison. Me pregunto si lo último que vio el profesor fue la deteriorada escuela que él tanto quería. No quiero morir atrapado en un despacho, engullido por las llamas como Augustus Sharpe. Un mal final para un hombre en cierta medida malo. Un final peor de lo que se merecía —pensó—. Si tiene que pasar hoy, en los próximos minutos, esta iglesia es un lugar tan bueno como cualquier otro. Mucho mejor que morir en aquella calle oscura en la que Tarik falleció desangrado».

La idea de su muerte inexorable le hizo recordar a su difunta esposa, cuando los dos eran jóvenes, estaban enamorados y veían su futuro con optimismo. Se dio cuenta de que hacía muchos días que no había pensado en ella, en ella de verdad, imaginándola antes de su enfermedad, antes de su muerte. Esperaba que ella no estuviera alargando la mano hacia él en aquel momento, aunque admitió que podría ser así.

Empezó a deslizar la mano por debajo de la americana hasta encontrar la culata de su arma. La pistola le pesaba en el pecho.

—No lo hagas —le advirtió el señor R—. ¿Por qué quieres obligarme a matarte antes de que hayamos tenido ocasión de hablar?

Ricky le obedeció.

—Dime, Ricky: ¿crees que vas a ir al cielo como todas estas personas piensan que harán?

Ricky negó con la cabeza.

—Cierto. Creo que a ambos nos espera otro destino no tan agradable —susurró el señor R, pensativo—. Olfatee un poco, doctor. Casi se puede notar el fuego y oler el azufre. —Cada palabra del asesino parecía subrayar que el

asesinato era una broma y que la muerte solo se merecía una carcajada burlona.

Ricky recordó la conclusión de la señora Heath: «Si no ves la muerte como una enorme broma cósmica…».

—Y aquí estamos, doctor. Rumbo al Infierno.

Fue casi como si pudiera notar el aliento del asesino en la nuca.

Delante de él, el pastor seguía bramando:

—Porque el aprendizaje, la educación, lo que nos enseñan en el colegio y en nuestra fe, nunca muere, son lecciones que pasan de una vida a otra hasta la eternidad. —Su voz parecía elevarse, pero nunca era lo bastante fuerte como para tapar los susurros del hombre que Ricky tenía detrás.

Ricky quiso darse la vuelta y enfrentarse al hombre que quería asesinarlo, pero no lo hizo. Siguió mirando hacia delante.

—No me matarás aquí —respondió en voz baja.

—¿Estás totalmente seguro de eso?

«Sí, lo estoy —pensó Ricky—. Para ti, asesinar es algo íntimo. Requiere oscuridad y calma. No hacerlo en público con una luz fuerte y rodeado de gente».

Echó un vistazo a un lado y vio que los dos inspectores de policía estaban allí plantados, más cerca de la parte delantera, pero desde un lugar donde podían vigilarlos tanto a Roxy como a él. Asintió con la cabeza como si contestara la pregunta del señor R y vio que los dos policías no se estaban esforzando en absoluto por ocultar quiénes eran exactamente. Llevaban la placa a la vista en el cinturón, como cuando le habían hecho frente a la entrada del pantano. Se les marcaban las armas debajo de las chaquetas ajustadas. Smith y Jones lo miraron y después fijaron otra vez la vista en Roxy. Sus ojos estaban llenos de preguntas. Como «¿dónde han estado?».

—Yo también los veo —dijo el señor R en voz baja—. ¿Cree que pueden mantenerte a salvo?

Ricky negó ligeramente con la cabeza.

—Bueno, por lo menos estamos de acuerdo en algo —soltó el señor R.

—Oh, pero podemos estarlo en muchas otras cosas —aseguró Ricky, cazando las palabras del asesino al vuelo y procurando volverlas en su contra. Mantuvo la voz fría. Directa. Miraba hacia delante, pero todo lo que decía iba lanzado hacia atrás.

El señor R soltó una risita.

—¿Por ejemplo? —preguntó.

—La muerte. La agonía. El asesinato. Y lo fácil que son realmente esas cosas —contestó Ricky—. Es lo que he aprendido de ti y de tus hermanos.

El pastor extendió los brazos, de nuevo a modo de invitación:

—Repitamos todos juntos las palabras que nuestro Señor nos enseñó —dijo con una voz que recorrió a todos los presentes. Y, sin apenas pausa, empezó a recitar—: Padre nuestro que estás en el Cielo…

—¿Crees que rezar te ayudará? —preguntó el señor R en voz baja mientras las voces de los fieles murmuraban delante de ellos.

Ricky no se movió. No contestó esta pregunta.

—Creo que deberías probarlo —prosiguió el señor R—. Nunca se sabe, doctor. Tal vez tus plegarias obtengan respuesta.

—… Hágase Tu voluntad…

—Una de mis plegarias obtuvo respuesta —dijo Ricky, manteniendo muy baja la voz, intentando dotar a cada palabra de la misma furia infinita que sabía que todavía guardaba el asesino situado tras él.

—¿Cuál?

—Estás aquí. Ahora. Y puedo decirte esto: cuando esta ceremonia finalice, solo quedará una de dos posibilidades.

Los fieles siguieron murmurando:

—… Aquí en la Tierra como en el Cielo…

—¿Dos?

—Sí —dijo Ricky—. O tú estarás muerto, o lo estaré yo o ambos estaremos muertos. Esa es una posibilidad. Un tiroteo aquí mismo. No será exactamente el OK Corral, pero tendrá que valer. La otra es que la ceremonia finalice, los dos salgamos a la calle y, ¡puf!, desaparezcamos. Nos desvanezcamos. Nos evaporemos. Y entonces tanto tú como yo veremos cada minuto por llegar como el que podría traernos la muerte. Tú seguirás queriendo asesinarme. Eso es para siempre. Ahora lo sé. Pero es igual de posible que yo pueda estar predispuesto a cometer un asesinato. Ahora también sabes eso. Quizá, solamente quizá, me he vuelto igual que tú.

—… Danos hoy nuestro pan de cada día…

—Tú mismo me dijiste que si les pasara algo a tu hermana o a tu hermano, o a su mujer o sus hijos… —siseó Ricky.

—… Perdona nuestras ofensas…

—Equilibrio —prosiguió Ricky—. Yo soy una amenaza. Tú eres una amenaza. Estamos igual. Realmente esta es la única forma en que ambos podamos salir de aquí no solo vivos… sino con un futuro.

Puso todo el énfasis que pudo en esta última palabra.

Era el mejor farol que se le había ocurrido.

—… Y líbranos del mal.

—Amén —dijo en voz alta, con lo que se unió al coro que inundó la iglesia pronunciando esa palabra. El señor R debió de haberse inclinado hacia delante, porque Ricky notó que tenía sus labios a apenas unos centímetros de su oreja.

—Quieres volver al punto en el que estaban antes las cosas, doctor. Pero, en realidad, nunca fueron como creías. ¿No te lo han demostrado estos últimos días? Para ser un hombre que cree buscar verdades, vives, sin duda, en un mundo de mentiras, Ricky.

Notó que el señor R sonreía.

«Va a matarme ahora —pensó—. O quizá no. Se lo está pensando. Se está preguntando si no le importa que estemos en una iglesia rodeados de gente. Está intentando decidir si no significa nada para él que haya dos policías con las mano en sus armas a unos pocos metros de distancia».

La pistola del calibre 40 parecía estar llamándolo. Acercó un poco más la mano hacia ella.

«Está calculando —se dijo a sí mismo—. Sumando. Restando. Dividiendo y multiplicando. Conoce la respuesta: la muerte. Está intentando decidir si este es el minuto adecuado. O no. El psicópata duda. No sobre el deseo. Sino sobre el lugar».

En el estrado situado en la parte delantera de la iglesia, el pastor seguía hablando:

—Gracias, amigos míos. Ha sido precioso, como siempre. Y ahora oiremos una canción que gustaba mucho a nuestro hermano Lawrence…

Ricky pensó que la iglesia abrasaba como el carbón. Esperaba ver llamas de un momento a otro. Tenía la impresión de haberse metido en un incendio. Se preguntó si el asesino estaría pensando lo mismo.

El pastor se situó delante del coro. Ricky vio cómo se preparaban. La pequeña banda de *rock* miró al pastor, que asintió en su dirección. El guitarrista puso los dedos en el traste, pareció inspirar profundamente y rasgueó con suavidad una serie de acordes. Tras una breve introducción musical, el coro se sumó a la melodía con su versión de una conocida canción. A Ricky le pareció irónico: The Byrds estaban en el iPod que escuchaba cuando salía a correr por Miami.

To everything… turn, turn, turn…
There is a season… turn, turn, turn,

and a time to every purpose under heaven.
A time to be born,
a time to die.
A time to kill…

—Me gusta especialmente ese verso, «*a time to kill*», un momento para matar —comentó el señor R—. Los demás, no tanto.

Las voces del coro llenaron la iglesia, pero los susurros siseados del señor R llegaban a Ricky por encima de la guitarra, del bajo, de la batería y de la enérgica canción.

—Hemos vuelto al principio —dijo el señor R.

Ricky estaba paralizado. Si el señor R no aceptaba su oferta de tablas, el único plan posible era darse la vuelta lo más rápido posible, sacar el arma, pasar de los policías, la gente, el pastor, los fieles y la música, e intentar disparar al asesino allí mismo antes de que lo hiciera contra él.

—¿Sabes qué, doctor? He estado, bueno, analizando nuestra situación durante los últimos días. Me obligaste a hacerlo al joder a mi familia… —El señor R sustituyó su voz siseante por una carcajada—. Ya ves, esa no es una palabra que se oiga a menudo en la iglesia.

Ricky siguió sentado, sin moverse.

—Hace cinco años, en nuestro primer encuentro, te di a elegir: «Suicídate o un inocente morirá». Curiosamente, ahora se da la misma situación: la misma oferta, idéntico plan… —La voz del asesino era como una navaja oxidada que le atravesaba los pensamientos—. Lo único que ha cambiado es ese «inocente». Los dos sabemos exactamente quién será esa persona. Ya no será alguien anónimo. Ya no será un desconocido. Será la vulnerable joven que está en el primer banco llorando desconsoladamente. Roxanne, nuestra huerfanita. Ahora el peón en el tablero es ella. ¿Quieres que viva? ¿Puedes mantenerla hoy a salvo? ¿Y mañana? ¿O la semana siguiente, el mes próximo o dentro de un año? Tengo tiempo, doctor. Tú solo tienes incertidumbre. Puedo ser implacable…

Era una cualidad que Ricky sabía que el asesino poseía.

—De modo que este es el trato, doctor: ¿Quieres entregarle la vida que su padre intentó darle y que después no tuvo las agallas de llevar a cabo?

Ricky no pudo evitar interrumpirlo.

—Todo era mentira —susurró con la misma dureza que el señor R—. Nunca habríais cumplido vuestra parte del trato.

—Eso no lo sabes, doctor —respondió el señor R con un bufido—. En absoluto. Puede que la hubiéramos acogido como a uno de los nuestros y nos hubiéramos ocupado de todas sus necesidades hoy, mañana y todos los días en el futuro. Al fin y al cabo, está espiritualmente mucho más cerca de mi hermana, de mi hermano y de mí que de ti. Nosotros nos quedamos injustamente huérfanos en su día. Conocemos ese dolor. Y ahora ella también. Puede que fuéramos la familia perfecta para ayudarla y que hubiéramos cumplido todo lo que habíamos prometido.

A Ricky le daba vueltas la cabeza. Todo lo que decía el asesino era muy posible y altamente improbable a la vez.

—Ahora tienes que elegir, doctor. Me privaste de tu muerte hace cinco años. ¿Quieres que ella viva? Paga el mismo precio. —El asesino se detuvo y, luego, añadió—: ¿Qué vida es más valiosa?

Ricky no respondió esta pregunta. No podía.

—Así pues… —siseó el señor R lentamente.

Ricky pensó que, si una serpiente pudiera hablar, su voz sonaría así.

—… Nuestro jueguecito llega hoy a su fin, doctor. Levántate. Ve a tu coche. Sin despedirte. Ni siquiera con la mano. Dirígete hacia ese pantano; aquel donde se encontró el cadáver de aquella otra muchachita. Pero cuando llegues allí, doctor, ya sabes lo que tienes que hacer: Pégate un tiro. Ahógate. Córtate las venas. Deja que te devoren los caimanes. Haz lo que quieras. La elección es tuya. Y las vidas de todo el mundo podrán seguir adelante. Sacrifícate y todos volveremos a la nueva normalidad. Y la encantadora Roxy, ahí sentada, bueno, podrá vivir. Eso contribuirá a crear el equilibrio del que tanto te gusta hablar.

Ricky tenía la garganta seca.

No se creía la promesa del asesino.

«Yo muero. Ella vive —pensó—. ¿La dejará en paz el señor R? Nunca. Sabe demasiado. El señor R está mintiendo. Pero no lo sé con certeza».

Las opciones lo martilleaban.

—Si no haces lo que te digo, doctor, bueno, piensa en ello del siguiente modo: ¿Quién es aquí el creativo en lo que se refiere a asesinar? —Hizo una pausa y añadió en un tono desenfadado, casi amistoso—. Hoy tenemos asesinato en el menú. ¿Qué podríamos pedir para la triste huerfanita?

Ricky no creyó que pudiera sentirse peor. Se estremeció. Quiso decir algo inteligente, pero no encontró las palabras.

«Se acabó —se dijo a sí mismo—. Sujeta el arma. Vive o muere. Asesina o sé asesinado».

—¿Recuerda la imagen del puzle de todos esos CD? —preguntó de repente el señor R.

La pregunta pareció salir de la nada y pilló a Ricky por sorpresa. Era como si los CD, Jack el Destripador del Oso Paddington y todo lo que había ocurrido fueran una fantasía. Solo había habido una realidad, que era simple: cinco años antes no había ganado un juego cruel, tal como había creído. En realidad lo había perdido. Él no era la persona que había herido a un asesino aquella noche, sino la que había sido asesinada.

—Móntalo antes de morir. —El señor R dejó caer una bolsita de plástico en el banco, junto a Ricky.

Ricky contempló las trece piezas de madera, que formaban una imagen desconocida y estaban revueltas dentro de la bolsita. Sabía que era una respuesta, pero como cualquier otra respuesta, todavía no estaba formada.

El grupo y el coro habían cobrado fuerza. Al llegar a la frase final, la iglesia se llenó de un sonido jubiloso: voces, guitarra y el repiqueteo constante de la batería. El coro miraba hacia arriba como si esperara algún tipo de señal de aprobación celestial, la banda parecía absorta en la electricidad del *rock and roll*, el pastor tamborileaba con los dedos contra la cubierta de la Biblia, con la cabeza hacia atrás, cantando con fuerza.

A time to gain, a time to lose…
A time to rend, a time to sew…
A time for love…
A time for hate…

Ricky miró a Roxy.

«Se merece vivir», pensó.

La adolescente estaba sentada junto a la señora Heath. Tenía a Charlie al otro lado. Pero el joven paciente bipolar no estaba mirando al frente, al pastor, al coro o a la banda. Tenía los ojos puestos en Ricky y en el hombre sentado tras él. Era como si Charlie estuviera mirando lo que el psicoanalista tenía detrás.

Vio que una expresión que mezclaba la sorpresa y el reconocimiento con la confusión se reflejaba un instante en el rostro de Charlie, como un único nubarrón negro que tapa el sol. Y entonces vio que, con la misma rapidez, se inclinaba por delante de Roxy y le decía algo a la señora Heath, gesticulando frenéticamente con las manos.

—Verás —susurró el señor R en tono seductor al oído de Ricky. Hablaba despacio para que sus palabras no se perdieran bajo los acordes finales de la canción y la música—. Nunca has tenido elección. Nunca ha habido ningún otro resultado posible que no fuera el que tienes ante ti. Estoy seguro de que ahora lo comprendes, ¿verdad? Todo lo que has hecho. Todo lo que has intentado, todos los trucos que has utilizado, todo lo que has amenazado y manipulado pensando que era tan puñeteramente inteligente, bueno, todo eso no significaba absolutamente nada. Tendrías que haberte suicidado hace cinco años, doctor. Tendrías que haber dejado que el señor Allison te matara. Has fracasado en la vida, doctor. Has fracasado en la muerte. Es tu última opción. La única que te queda. Suicídate. Y los demás vivirán. Es muy sencillo si te paras a pensarlo.

«Sabías que todo terminaría así. Desde el principio —se dijo a sí mismo. Y, a continuación, pensó—: No me da miedo morir, pero tengo que llevármelo conmigo. De algún modo. Es lo mínimo que puedo hacer».

Deslizó los dedos hacia la culata de su pistola. Tuvo la impresión de que la cinta aislante que la rodeaba estaba helada y que tenía la palma de la mano mojada y resbaladiza. Trató de imaginarse a sí mismo sacando el arma, dándose la vuelta, disparando.

Sencillo.

Imposible.

De golpe se sintió exhausto, como un náufrago aferrado a una barca que se hunde y se da cuenta de que su lucha contra las olas, las mareas y las corrientes de agua fría que lo arrastran es totalmente inútil…

… Y entonces se suelta y se deja llevar.

Volvió a mirar a Roxy, a Charlie y a la señora Heath como si quisiera despedirse.

La anciana se había levantado. Vio que se agachaba hacia los dos jóvenes y les decía algo.

El grupo había alcanzado un *crescendo* e interpretaba los últimos acordes de la canción; las baquetas del baterista golpeaban los cueros de su instrumento, las notas de la guitarra se cargaban de energía. El sonido se quedó suspendido un momento sobre su cabeza, envolvió su cuerpo y le atravesó el corazón antes de que la música se desvaneciera, resonando junto con las palabras finales que cantó el coro:

I swear, it's not too late…

Y después de esta afirmación de que aún no era demasiado tarde, el silencio inundó la iglesia.

El pastor, todavía situado delante del coro y de la banda, observó con extrañeza a la señora Heath, pero lo que dijo fue:

—Ahora nos dirigirá unas palabras la gran amiga y compañera de trabajo de Lawrence…

En otro banco, la señora Dandridge se levantó y avanzó hacia el atril con un fajo de papeles en la mano. Su panegírico. Pero Ricky tenía la mirada puesta en la señora Heath.

La anciana estaba recorriendo el pasillo central de la iglesia en su dirección. Se movía a un ritmo constante. Ni deprisa ni tampoco despacio. Casi majestuosamente, como una monarca viuda que había gobernado su reino benévolamente durante cada uno de sus ochenta y siete años.

Se detuvo de repente junto a Ricky.

Lo miró a él primero, y sus ojos azules centellearon como debían de hacer cincuenta o sesenta años atrás. Después miró detrás de él. Ricky se volvió y vio que estaba mirando directamente al señor R. El asesino lucía una expresión de desconcierto en el rostro.

—¿Quién es usted, señora? —preguntó.

La señora Heath no respondió. Se giró hacia Ricky.

—¿Es él tu búfalo africano? —preguntó.

—¿Qué? —soltó el señor R.

—Sí —respondió Ricky.

—Ya me lo había parecido —dijo la señora Heath.

Llevaba un bolso grande y caro de marca.

Sin dudarlo, metió una mano dentro.

Cuando la sacó, sujetaba en ella el revólver Magnum 357 de Ricky.

Sin decir ninguna palabra más, disparó una sola vez, directamente a la cara del estupefacto señor R.

EPÍLOGO

Lo que pasó a continuación…

Primero: una fracción de segundo de un silencio conmocionado y vacilante cuando el disparo retumbó en la iglesia.

Después:

Caos.

Gritos.

Alaridos.

Barullo.

Pánico.

Ricky no se movió, pero fue como si una inmensa explosión procedente del revólver lo lanzara hacia atrás. Se sintió atrapado por un repentino torbellino, con la cabeza dándole vueltas. Por extraño que pareciera, por un segundo creyó que era él quien había recibido el disparo y, con la misma rapidez, esa sensación desapareció. La señora Heath estaba completamente erguida, inmóvil, con el Colt Python todavía extendido delante de ella. A su alrededor, los fieles se echaban al suelo para ponerse a cubierto. Algunos progenitores protegían con su cuerpo a sus hijos. Gritos y sollozos inconexos, y todos los habituales sonidos del terror irrumpieron en la iglesia de modo desaforado. El pastor, en la parte delantera, parecía clavado en su sitio como si se hubiera quedado congelado, con una expresión de incredulidad absoluta en el rostro, mientras que el grupo de músicos adolescentes se agazapaba y el baterista se agachaba detrás del bombo tirando la caja con estrépito al suelo. El coro se echó a gritar y empezó a correr, poniéndose a cubierto detrás de mesas con crucifijos. Unos cuantos se pusieron a rezar. Ricky echó un vistazo al banco situado detrás de él para asimilar lo que la señora Heath había hecho. El señor R había salido disparado hacia atrás con los brazos extendidos por encima de su cabeza. Su sangre y su cerebro se habían desparramado por el banco de madera y lo habían manchado de un color rojo vivo y gris viscoso.

Tenía la cara destrozada, salvo por los ojos negros, que seguían reflejando sorpresa por la imposibilidad de morir de una forma tan inesperada, en ese segundo, en ese sitio, a manos de esa persona. Ricky oyó a Smith y a Jones bramando, aunque con una voz aguda: «¡Todo el mundo al suelo! ¡Policía!» y «¡Quietos!». Vio que Donald, el chófer, corría frenéticamente por el pasillo central con una mano debajo de la americana para sacar su arma de una pistolera de hombro. Agitaba su brazo libre, como si intentara captar la atención de los inspectores de policía, gritando:

—¡No disparen! ¡No disparen!

Cuando el sonido del disparo se desvaneció, la señora Heath se giró hacia Ricky.

—Bueno —dijo despacio aunque su voz estaba cargada de tensión—. Supongo que se acabó.

Ricky fue incapaz de responder.

—Creo que será mejor que me siente —añadió la señora Heath.

Ricky alargó el brazo para sujetarla y la ayudó a sentarse a su lado. La anciana se desplomó en él, pálida, repentinamente exhausta, como si todos los años la hubieran alcanzado de golpe. Cuando Donald llegó adonde estaban, se volvió hacia él y le entregó educadamente el revólver.

—Toma, Donald —dijo con calma—. Creo que ni el doctor ni yo vamos a necesitarlo más.

El chófer cogió el arma, dirigió una larga mirada al señor R como si quisiera cerciorarse de que el asesino estaba definitivamente muerto y se giró para interponerse de modo protector entre su jefe y los dos inspectores de policía que, agachados, seguían en posición de disparo. Levantó las manos como si se rindiera.

—¡No disparen! ¡No disparen! —repitió en voz alta, aunque ahora sostenía un arma en cada mano.

En medio de la confusión, Ricky metió la mano por debajo de su americana y sacó deprisa su pistola. Se agachó y la dejó en el suelo. Después la empujó con el pie derecho hacia su espalda, de modo que se deslizó por debajo de su asiento y acabó en alguna parte, esperaba que cerca del cadáver del señor R. A continuación se guardó la bolsita con el puzle hecho a mano en un bolsillo vacío. Le asombró lo calmado que estaba. Rodeó los hombros de la señora Heath con un brazo y notó que la mujer temblaba un poco.

—Gracias, Ricky —dijo—. Tengo un poco de frío, ¿sabes?

Ricky miró de soslayo la parte delantera de la iglesia. Charlie y Roxy estaban de pie junto al primer banco, observándolo todo como estatuas. La

adolescente tenía la boca abierta dibujando una «O», pero Charlie no parecía ni sorprendido ni asustado.

—¿Era el hombre correcto? —preguntó la señora Heath—. De verdad, espero que sí.

—Sí. Pero ¿cómo lo supo? —dijo Ricky.

La señora Heath sonrió.

—Sabía que estaría aquí. Por todo lo que me habías contado. Y luego Charlie lo reconoció. Supongo que lo vería aquella noche en tu casa. Eso es lo que me ha dicho.

Ricky volvió a mirar al paciente bipolar, que lanzó un puñetazo al aire y esbozó una sonrisa antes de rodear a Roxy con un brazo. Ricky vio que susurraba algo a la adolescente, pero no supo qué. Pensó que si pudiera leer los labios, seguramente habría oído algo así como: «Ya estamos todos a salvo». No estaba totalmente seguro de eso.

Donald, que parecía ser el único que mantenía la sangre fría, se volvió un poco hacia la señora Heath.

—Cuando esos policías la esposen, no diga nada —le advirtió en voz baja —. Ni una palabra. No responda a ninguna pregunta, especialmente por qué, cómo, quién o lo que sea. Ni siquiera les diga su nombre. Lo único que puede decir es: «Quiero un abogado, por favor». Y espere entonces a que llegue. ¿Me ha oído, señora Heath?

Esta no contestó.

—¡Señora! ¿Me ha oído? ¡No le diga nada a nadie! —dijo elevando la voz con insistencia.

—Sí —asintió finalmente la señora Heath—. De acuerdo, Donald. Entendido. No diré absolutamente nada. Gracias.

Y, luego, una pausa a modo de silencio estremecedor se apoderó de la iglesia.

Un segundo. Dos. Veinte. Treinta. El tiempo parecía haber perdido el sentido en el interior de la iglesia. Ricky no sabía muy bien cuánto había durado ese silencio pero, de repente, todos, hombres, mujeres y niños, empezaron a levantarse y, en unos cuantos segundos más, como un dique que se va desbordando, echaron a correr hacia la puerta. El ruido de los pasos se mezcló con los alaridos y los gritos: «¡Vamos! ¡Vamos! ¡Salid! ¡Salid!». En realidad nada que no fuera dicho en otro lenguaje que el del pánico total. Ricky oyó a la señora Dandridge bramar como buena directora de escuela:

—¡Orden! ¡Orden! ¡No corran!

Pero todo el mundo siguió huyendo lo más rápido que pudo hasta que al final las únicas personas vivas que quedaron dentro de la iglesia fueron Ricky, la señora Heath, Donald —que seguía en medio de la línea de tiro con las manos levantadas a modo de rendición, pero protegiendo todavía con su cuerpo a su jefe—, Roxy, Charlie y los dos policías, que curiosamente no parecían saber qué hacer a continuación.

Hasta el pastor había salido disparado.

Lo qué pasó poco tiempo después…

La sala era oprimente, como un traje mal entallado. Paredes de hormigón gris, una única mesa metálica con dos sillas, una luz potente y fuerte de techo y un espejo que Ricky sabía que era unidireccional para que solo pudiera observarse desde fuera. Usaban uno así en el pabellón de psiquiatría. Todos los pacientes sabían qué era y eso solo aumentaba su paranoia. Había una cámara colgada a cierta altura en una pared, colocada de modo que si alguien se movía, lo seguían grabando en vídeo. También sabía que tenía que haber una grabadora escondida en alguna parte. Imaginó que era una habitación que había oído de todo, desde delitos menores hasta otros graves, desde actos de vandalismo hasta asesinatos.

En la iglesia, después de que se hubieran llevado a la señora Heath, Smith y Jones lo habían acribillado a preguntas, ninguna de ellas demasiado amistosas, como «¿Qué coño está haciendo aquí el documentalista ese?», «¿Qué tiene esto que ver con usted?» y, la más importante de todas: «¿Por qué disparó esa anciana al hombre con quien usted estaba hablando?».

Ricky había seguido al pie de la letra el consejo que Donald le había dado a la señora Heath.

No había dicho nada. Se había quedado callado, lo que era más o menos lo mismo que mentir. No había respondido ninguna pregunta. Se había percatado de que guardar silencio frente a unas emociones intensas era una habilidad que había aprendido al principio de su carrera psicoanalítica, y cuyas lecciones le resultaban muy útiles ahora. Smith y Jones, evidentemente furiosos, habían pasado rápidamente a interrogar a los demás, pero no antes de decirle a un agente uniformado que llevara a Ricky a comisaría. Uno de ellos, Ricky no estaba seguro de cuál de los dos, le había lanzado una amenaza indirecta:

—Va a hablar con nosotros, ya lo verá.

El mensaje estaba en el tono, no en las palabras, pero lo había ignorado y se había limitado a responder negando con la cabeza. No lo habían esposado, como a la señora Heath, pero lo habían trasladado de forma muy poco delicada en la parte de atrás de un coche patrulla hasta esa sala para que esperara.

Ricky era paciente.

A pesar de que sabía que estaban observando todo lo que hacía, acercó la silla a la mesa y se sacó del bolsillo la bolsita de plástico con las piezas de madera del puzle.

Trece piezas.

Ningún desafío. Un juego de niños.

Las encajó una tras otra hasta que se vio claramente la imagen:

Una típica instantánea veraniega de un hombre imponente, alto y canoso, de pie frente a un lago reluciente. Se veía, a lo lejos, una cadena montañosa, y el cielo estaba cubierto de nubes blancas. Repartidas a ambos lados del hombre, tres figuras más pequeñas.

Sabía exactamente a quién estaba mirando.

A las personas que querían verlo muerto.

«Hola, doctor —pensó—. Era más joven entonces, y yo pensaba que era mi amigo y mi mentor. ¿Había decidido ya volverse malvado? Creo que sí. —Y siguió, uno por uno, con los demás—: Hola, señor R. Puede que fueras un niño en esta fotografía, pero ya tienes el aspecto del asesino en que te ibas a convertir. Hola, Merlin, puedo atisbar al abogado que eres ahora. Hola, Virgil, está claro que siempre fuiste hermosa».

Miró los ojos de todos ellos.

Dos de las personas de la fotografía ya estaban muertas.

Las otras dos se encontraban en Nueva York. Todavía más huérfanas que el día en que se había tomado aquella fotografía.

Reconoció un fracaso. La psiquiatría consiste en intentar encajar las partes de un puzle para ver una imagen más completa. Pero detuvo esta línea de pensamiento. No le serviría de nada en la pequeña sala de interrogatorios de la policía.

Ricky echó un último vistazo al puzle, mezcló de nuevo las piezas y las metió en la bolsita, que volvió a guardarse en el bolsillo.

Unos instantes después, Smith y Jones entraron en la sala.

—Muy bien, doctor, ¿quiere contarnos qué ha pasado hoy?

Ricky negó con la cabeza.

—Lo siento, inspectores, creo que no puedo ayudarlos demasiado. La señora Heath es paciente mía, por lo que debo regirme por la confidencialidad entre médico y paciente. Hasta que ella me autorice, en persona y por escrito, algo que dudo mucho que haga, lo que puedo decir es realmente limitado.

Smith se dejó caer con pesadez en la silla situada delante de Ricky, mientras que Jones se apoyaba en la pared que tenía detrás, aunque lo bastante cerca como para que lo oyera cada vez que movía los pies. Sabía que era el procedimiento habitual, diseñado para ponerlo nervioso. «Porque si pones nerviosa a la gente, esta habla». Smith le haría preguntas hasta que, de repente, Jones se inclinaría hacia delante y le gritaría furiosamente algo al oído. Una variación de la rutina del poli bueno y el poli malo que funciona tantas veces, aunque no iba a hacerlo aquel día.

Smith se inclinó hacia delante.

—Bueno, no creo que el fallecido fuera paciente suyo, ¿verdad?

Ricky pensó un momento.

«Se me acercó y me pidió ayuda. Pero no era paciente mío».

—No.

—Háble me de él.

—No creo que pueda. En realidad no lo conocía.

«Lo mejor es que algunos secretos permanezcan ocultos», se dijo, aunque todos los psicoanalistas que conocía discreparan de esta norma. Solo que, en esta ocasión, era verdad.

—Bueno, ¿de qué estaban hablando entonces? ¿Qué le dijo? Porque seguro que no era del tiempo, de nada relativo al funeral ni de quién ganaría el partido este sábado…

—Dijo que creía que hoy iba a morir alguien.

—Bueno, pues tenía razón, pero no creo que pensara que era él quien iba a palmarla.

—Creo que tiene razón, inspector.

—¿Qué más dijo?

—No sé. Costaba concentrarse en lo que estaba diciendo porque el coro estaba cantando, el grupo estaba tocando, la gente estaba rezando y el pastor estaba predicando. Había muchas distracciones.

—Sí, claro. Tiene a un individuo armado hasta los putos dientes detrás de usted diciendo que alguien va a ser asesinado, pero ¿le costaba oírlo?

—Lo siento —respondió Ricky encogiéndose de hombros. Su disculpa no era sincera en absoluto.

Smith parecía frustrado.

—Vamos, doctor, ayúdenos un poco. Este caso ya es bastante confuso de por sí. Una anciana rica dispara, al parecer de una forma totalmente inesperada, a un individuo que, según tengo entendido, no había visto en su puñetera vida. ¡En medio del funeral de otro hombre al que tampoco conocía, por el amor de Dios! ¿Qué clase de asesinato es este, coño? Y usted parece ser la única persona de toda la iglesia que conocía a la víctima. Así que díganos, doctor, ¿quién era?

—Creo que era un asesino. Pero no estoy especializado en psiquiatría forense.

—Sí, bueno, gracias, doctor, pero eso ya lo habíamos deducido nosotros solitos. Tenía un par de armas, incluida una nueve milímetros con silenciador y otra del calibre 40 que estaba en el suelo, donde seguramente se le cayó, pero no llevaba ningún documento de identidad encima. Ninguna de las dos armas es rastreable. Y cuando registramos su coche, encontramos carnets de conducir, tarjetas de crédito y hasta un par de pasaportes, todos a nombres distintos con diferentes direcciones de sitios repartidos por todo el puñetero país, ninguno de los cuales parece ser auténtico. Todavía no los hemos comprobado todos; estamos trabajando en eso. Pero, ahora mismo, ni siquiera tenemos el nombre verdadero de este hombre. Pero si hasta hemos metido sus huellas dactilares por la base de datos y no ha habido coincidencias, coño.

«El señor R se ocultaba extraordinariamente bien —pensó Ricky—. Nunca averiguarán quién era de verdad».

—Así que tenemos un cadáver sin identificar, doctor. Tenemos una asesina que no debería serlo y ningún móvil evidente. Y la única persona que lo relaciona todo entre sí es usted. Ayúdenos. ¿Por qué estaba hablando con usted?

—Creo que tenía un problema y sabía que yo era psicoanalista.

Era consciente de que esta respuesta petulante enfurecería a los dos inspectores. Smith golpeó la mesa con el puño y Jones se agachó y le gritó al oído, tal como esperaba.

—¡Maldita sea! ¡O empieza a colaborar o lo encerramos!

Ricky conservó la calma. Había presenciado demasiadas explosiones de rabia en su carrera como para dejar que las amenazas de un policía lo intimidaran.

—¿Acusado de qué?

—¡De obstrucción a la justicia y de ser gilipollas! —Algo de la saliva de Jones le salpicó la cara.

—Entonces supongo que necesitaré un abogado —dijo. Dejó que esta frase se enconara—. ¿Necesito un abogado, inspectores?

Esta pregunta dejó la pequeña sala en silencio. Los dos policías sabían que «abogado» significaba «dejar de hablar».

—¿Lo necesito o no?

Tras lograr controlarse, Smith levantó una mano e hizo un gesto a su compañero para que retrocediera. Era lo que Ricky esperaba. El inspector se inclinó de nuevo hacia delante, intentado hablar del modo más amistoso que pudo.

—Mire, doctor, este caso nos está resultando de lo más frustrante. Ayúdenos, ¿quiere? A ver: ¿por qué una anciana encantadora dispararía a un individuo al que nunca ha visto en medio de una ceremonia religiosa?

Ricky esperó, como si estuviera pensando.

—Sé que usted lo sabe —prosiguió Smith—. Doctor Starks… —Intentó dar un toque más formal a sus palabras—, eso ayudará a la señora. Le facilitará las cosas a ella. Y también lo ayudará a usted. Querrá irse a casa esta noche, ¿no?

Ricky supo lo que era esta mentira: una táctica policial. «Díganos algo que: uno, nos facilite el trabajo; dos, nos ayude a meter entre rejas a la señora Heath exactamente al revés de lo que le estamos diciendo, y tres, le incrimine a usted para que nosotros dos podamos volver a casa y usted vaya a la cárcel».

Sonrió, pero negó con la cabeza.

—La psiquiatría geriátrica es un campo complejo y poco conocido incluso para los profesionales como yo —afirmó con pesadez, como un profesor en un aula llena de estudiantes aburridos—. Pero puedo decirles algo: a menudo la edad avanzada puede crear tipos de formas misteriosas y totalmente desconcertantes de demencia que conllevan que los pacientes no estén nada seguros de por qué hacen las cosas. Es como si algún recuerdo de un lugar profundo de su pasado olvidado provocara un acto precipitado en el presente. Esta afección puede verse a menudo exacerbada por algunos de los medicamentos que se recetan de manera rutinaria a los ancianos para combatir la depresión, la ansiedad y el dolor. Si no se prescriben correctamente equilibrados, bueno, a veces pueden ocurrir sucesos dramáticos de los que las personas no son totalmente responsables.

Smith seguía apoyado en la pared tras él.

—O sea, ¿está diciendo que estaba loca?

—No. No necesariamente, en absoluto. Y no estoy hablando de forma específica de mi paciente. Solo estoy intentando proporcionarles cierta información general que podría ayudarlos en su investigación. —Dedicó una sonrisa al policía—. Estoy intentando colaborar, inspector. Pero tengo las manos atadas por la ética profesional.

«Lo que no le estoy diciendo es que acabo de inventarme todo esto», pensó.

—Sí, muy bien —dijo Jones desde detrás de él—. Dígame, doctor, ¿sabe de quién era el arma, me refiero a la que la anciana usó para asesinar al hombre cuyo nombre desconocemos? Estaba registrada a nombre de usted.

—Sí —dijo Ricky, pensando deprisa—. Naturalmente. La señora Heath es una anciana que vive bastante sola y había expresado ciertos temores acerca de su situación; no estoy diciendo nada que usted no sepa, inspector. Así que le presté el arma. Ya sabe cómo es Miami. A veces da miedo. —Esperaba que la reputación de la ciudad lo ayudara en este sentido.

—¿O sea que se la prestó? Por supuesto —soltó Smith con sarcasmo—. ¿Proporciona armas a todos sus pacientes?

Ricky intentó parecer preocupado. Pensó que Virgil interpretaría aquel papel de modo muy convincente.

—No esperaba que empeorara, inspectores, pero es algo prácticamente imposible de predecir. Estados de fuga, se les suele llamar —explicó—. Esto es posiblemente lo que pasó. Pero no puedo estar seguro sin estudiar mucho más el caso…

«Estoy haciendo un muy buen trabajo llevando a estos dos a un estado de rabia —se dijo—. No están acostumbrados a que les den lecciones».

—Interiormente se produce una ruptura con la realidad. En el exterior pasan cosas de las que el paciente no es consciente de verdad. Tal vez haya tenido suerte de que la señora Heath no me disparara a mí. O quizá al pastor. O a algún desconocido sentado allí. Aunque puede que sí disparara a un desconocido.

Los dos policías permanecieron callados un momento como si intentaran asimilar lo que Ricky estaba diciendo, al mismo tiempo que trataban de contener una rabia intensa.

«Están acostumbrados a controlar la situación —pensó Ricky—. Pero en este caso no lo hacen. Y nunca llegarán a hacerlo».

—Piénsenlo del siguiente modo, agentes —añadió pasados unos segundos —. Es como un hombre que ha bebido demasiado y conduce muy deprisa bien entrada la noche con unos neumáticos viejos y desgastados por una

carretera desierta de Alabama. Y pongamos, solo por decir algo, que hace poco ese hombre ha quedado impune de un asesinato. Y pisa el acelerador de modo realmente peligroso, quiero decir a fondo, porque se imagina que alguien lo está siguiendo. A ver, ¿hay alguien realmente detrás de él o no? Y cuando nuestro hombre pierde el control, ¿está ese accidente provocado por una alucinación? Puede que hubiera alguien circulando detrás de él, claro. Pero ¿estarían quienes fueran siguiendo a un pobre hombre borracho? Tal vez simplemente volvían a casa tras un duro día en el trabajo. ¿Es eso un homicidio? Cuando te sumerges en el ámbito de la psicología, lo que la gente hará o no en condiciones de estrés, de sentimientos de culpa o de rabia… bueno… hay muchos factores complejos a tener en cuenta… —Miró a los dos policías—. ¿Verdad, inspectores?

Sabía que ninguno de los dos hombres querría hablar sobre Jimmy Conway, sobre Julia, la canguro asesinada, o sobre nada de ese pasado concreto, ni sobre la posible relación que tenía aquello con ese momento en el que él estaba sentado en la sala de interrogatorios. El escenario revuelto que había descrito no era en realidad relevante desde un punto de vista psiquiátrico, pero lo sería para esos dos policías. Sabía también que no querrían que se mencionara en voz alta el nombre de Jimmy o de Julia en cualquier cinta que se grabara esa noche.

«Solo quieren las relaciones que les sirven a ellos. No las demás».

Vio que los dos inspectores se miraban de soslayo.

—No va a ayudarnos nada, ¿verdad, doctor? —dijo Smith. Esta pregunta, pronunciada con cierta resignación, sorprendió a Ricky. No era en absoluto la que haría un policía.

—Les he ayudado, inspector —respondió Ricky—. Creo que más de lo que llegarán a saber jamás.

«No son conscientes de que la bala de la señora Heath enterró también su crimen», se dijo a sí mismo.

—Muy bien —dijo Jones enfadado desde detrás de él.

Ricky se volvió un poco hacia el inspector. Se le había ocurrido otra idea, algo que les dificultaría aún más las cosas.

—¿Han pensado que la víctima podría haber estado a punto de abrir fuego indiscriminadamente en esa iglesia? Tenía más de un arma, según me han dicho antes. Es muy posible que la señora Heath, con independencia de sus procesos mentales, salvara a muchas personas en ese funeral. Podría ser la verdadera heroína de la historia.

Los dos policías se quedaron callados.

Ricky procesó rápidamente lo que podría estar pasándoles por la cabeza: «Virginia Tech, treinta y dos víctimas mortales; Salt Lake City, cinco muertos en un centro comercial; Lancaster, en Pennsylvania, cinco niñas muertas a balazos en una iglesia amish; Capitol Hill, en Seattle, siete víctimas más asesinadas a tiros. Y todo esto solamente el último año. Eso les dará algo en lo que pensar esta noche y les impedirá conciliar el sueño», pensó.

—Nos va a tener dando vueltas y más vueltas intentando averiguar quién era nuestra víctima y qué iba a hacer, ¿verdad, doctor?

Ricky recordó el desafío del juego mortal al que se había enfrentado cinco años atrás: «Averigüe mi nombre».

Hacía cinco años solo le habían dado quince días para conseguir esto.

«Exactamente, inspectores. Averigüen su nombre. Que tengan suerte», pensó.

—Cuando se sentó detrás de mí, se presentó con un nombre. Creo que era un alias —mintió.

Los inspectores lo miraron atentamente.

—Dijo que se llamaba Rumplestiltskin —soltó Ricky en voz baja—. Pero no creo que fuera su verdadero nombre, porque así se llama el personaje de un cuento que teje hilos de oro. Lo más probable es que fuera inventado.

«Adiós, Zimmerman.

»Adiós, Rumplestiltskin.

»Y adiós, señor R».

Ignoró el torrente de palabrotas incontroladas que los dos inspectores profirieron al instante antes de levantarse, salir de la sala y cerrar la puerta con llave. Imaginó que lo dejarían cuatro o cinco horas más en la sala de interrogatorios para ponerlo nervioso antes de verse obligados a soltarlo porque, fueran cuales fuesen los delitos que él podía, o no, haber cometido, eran tan vaporosos como la primera niebla matutina.

Una breve vista en el juzgado. Una semana después…

El juez, situado en su estrado de modo que miraba desde arriba al pequeño grupo reunido ante él, parecía estar algo más que ligeramente irritado. Era un hombre menudo, calvo y algo rechoncho, con unas gafas enormes y unas orejas que parecían ser de una tonalidad distinta de rojo que la de sus mejillas. Tenía los ojos puestos en un par de jóvenes fiscales que estaban sentados delante de Smith y de Jones. Ninguno de estos cuatro hombres paraba de removerse, incómodo.

—A ver si lo he entendido —dijo el juez con frialdad—. ¿Me están pidiendo que no fije ninguna fianza a una mujer de ochenta y siete años, y ni siquiera están seguros de si se trata de un caso capital o no porque todavía no han identificado a la víctima y no saben cuál fue el móvil del crimen? ¿Así que quieren que la acusada se quede en la cárcel sin más?

Uno de los fiscales se puso de pie.

—Señoría, esta mujer mató de un disparo a un hombre delante de decenas de testigos…

—Un hombre que iba muy armado, creo.

—Sí, pero…

—Un hombre que, al parecer, tenía malas intenciones. Solo que no pueden decirme cuáles eran.

—Señoría…

—¿Y creen que hay riesgo de fuga?

—Es una mujer rica, señoría, y…

—Y permítame que le recuerde, letrado, que tiene ochenta y siete años.

El juez hizo un ademán al fiscal para subrayar sus palabras.

—¿Cree que la acusada supone una amenaza para la salud y la seguridad de alguien aquí, en Alabama?

—No puedo prever sus acciones, señoría.

El juez resopló y negó con la cabeza.

Sentados tras una mesa delante de Ricky estaban dos abogados defensores elegantemente vestidos, uno de los cuales era lo bastante famoso, televisivamente hablando, para que lo reconocieran al instante. La señora Heath estaba sentada en silencio entre ambos, con las manos juntas, escuchando atentamente. Llevaba un mono naranja con un número negro en el pecho. Tenía el cabello plateado muy bien peinado y no se la veía desmejorada. Ricky sabía que los dos abogados habían solicitado inmediatamente la vista de fianza. No porque el caso contra la señora Heath no fuera sólido, ya que, después de todo, decenas de personas habían visto lo que había hecho, sino por la incertidumbre sobre la clase de asesinato que era. Esta sensación quedaba subrayada cada vez que el juez fruncía el ceño.

Roxy estaba sentada al lado de Ricky. Charlie y Donald, el chófer, que había tenido la suficiente presencia de ánimo para ponerse a llamar a los abogados penalistas a los pocos minutos del disparo, ocupaban los asientos situados a su otro lado. Vio que Roxy se inclinaba hacia delante. Tenía las manos juntas y las frotaba ansiosamente entre sí cada pocos segundos.

Uno de los fiscales, que estaba levantado, cambió el peso del pie derecho al izquierdo, como si el suelo que pisaba estuviera caliente. El otro fiscal se inclinó hacia Smith y Jones, hablando entre susurros.

—¿Una mujer con una enfermedad cardíaca documentada que no puede ser tratada como es debido en nuestras instalaciones? —insistió el juez.

Lo formuló como una pregunta que no necesitaba respuesta.

—No sé qué es capaz de tratar el personal de prisiones —dijo tímidamente el fiscal.

—Claro que no —respondió el juez—. Ya he oído suficiente.

Se volvió hacia la mesa de la defensa.

Uno de los abogados se levantó.

—Naturalmente, estaríamos dispuestos a aceptar una fianza considerable que garantice que nuestra clienta regrese a cualquier vista que se celebre en el futuro, señoría. Sin embargo, le pediríamos que, en el ínterin, se le permita volver a su casa, en Florida.

—Protesto, señoría —lo interrumpió el fiscal que estaba de pie.

El juez lo fulminó con una mirada durísima.

—Pues claro que protesta. Solo que no sabe decir por qué —soltó—. Constará en acta. Recurra ante un tribunal de apelación, si gusta. Tal vez ellos quieran tener encarcelada a una anciana mientras ustedes averiguan lo que sea que están intentando descubrir. —Se volvió hacia la señora Heath—: Si fijo una fianza, quiero algo más que su dinero, señora. Quiero su palabra de honor de que estará aquí cuando se le pida. Y quiero que me entregue su pasaporte.

Uno de los abogados indicó a la señora Heath que se levantara. Lo hizo totalmente erguida, como un centinela de guardia.

—Por supuesto, señoría —aseguró—. Tiene usted mi palabra. Me gusta el estado de Alabama. Siempre estaré dispuesta a visitarlo. Y no tengo previsto ningún viaje al extranjero.

El juez esbozó una media sonrisa.

—Puede que en el futuro descubra que no le gusta tanto —comentó con frialdad. Dio un sonoro mazazo—. Fijo una fianza de un millón de dólares —dijo, y miró a los abogados defensores.

—Gracias, señoría —dijeron estos al unísono.

—La depositaremos de inmediato —añadió uno de ellos.

Ricky dirigió una larga mirada al juez.

«No quiere ser el juez que mantiene encarcelada a una encantadora anciana, cuya enfermedad cardíaca empeora debido a su fallo —pensó—. Mala prensa, especialmente cuando es posible que la señora Heath salvara

muchas vidas ese día. Sé que solo salvó una, puede que dos, pero nadie más lo sabe».

—Se levanta la sesión —dijo el juez con frialdad.

Cuando este empezó a descender del estrado para regresar a su despacho, la señora Heath se volvió hacia Ricky y los demás.

—Bueno —dijo—, supongo que puedo volver a casa. Todos podemos volver a casa.

—¿Cómo está, señora Heath? —preguntó Ricky en voz baja.

—¿Ahora que me he convertido en una auténtica asesina? Bastante bien, gracias. Es una sensación muy extraña. —Les dirigió una sonrisa—. ¿Sabéis qué? He hecho algunas amigas de lo más interesantes en la cárcel. Una joven encantadora acusada de disparar a su exmarido me ayudó a peinarme. Creo que lo hizo muy bien. —Se detuvo un momento antes de añadir, como si fuera moderadamente crítica—: Tengo entendido que solo lo hirió. Pero al parecer le disparó en un lugar muy íntimo.

Ricky asintió.

—Creo, doctor, que el jueves acudiré a tu consulta a la hora habitual —comentó la señora Heath—. Tengo mucho de que hablar. Y, por favor, ¿podrías programar también algunas sesiones para Roxanne y para Charlie? Ellos también tienen muchas cosas que comentar.

—Por supuesto —contestó Ricky.

La señora Heath miró a los dos jóvenes. Ambos parecían aliviados.

—Creo que vamos a ser la familia más interesante de mi barrio —dijo—. Desde luego, la más excepcional. —Luego dirigió una mirada a los dos abogados defensores, uno de los cuales ya estaba hablando con el secretario sobre la fianza. La señora Heath se volvió de nuevo hacia Ricky—: Me dicen que pueden demorar y demorar y demorar las cosas lo suficiente para que disfrute de algo de tiempo con Charlie y Roxanne —explicó—. Y quizá un poco antes de que tenga que volver aquí e ir a juicio y, después, a la cárcel porque, como ambos sabemos, soy culpable, este viejo y bastante inútil corazón finalmente se habrá detenido.

—No lo sé, señora Heath —dijo Ricky—. Creo que es más fuerte de lo que usted cree.

La mujer mayor negó con la cabeza pero le brillaron los ojos.

—Se me da bien engañar a la gente en ese sentido, ¿verdad, Ricky?

—No creo que engañe a nadie, señora Heath.

—Pero eso sería una gran decepción para mí, Ricky —respondió la señora Heath—. Me gusta pensar que todavía puedo ser lo misteriosa que fui tiempo

atrás.

—Sí, creo que aún puede serlo —dijo Ricky.

—Cuida de esos dos jóvenes —dijo la señora Heath—. Creo que ambos tienen algunas colinas que escalar.

Ricky asintió. Era verdad en ambos casos.

Una funcionaria de prisiones, una fornida mujer negra que parecía ser el doble de grande que la señora Heath y que había permanecido en un segundo plano durante la conversación, avanzó y le tocó el brazo.

—Tenemos que volver a la cárcel, señora —dijo con delicadeza, de un modo nada hostil—. Pero me parece que saldrá muy pronto.

—Eso creo yo también —respondió la señora Heath—. Estará muy bien. Será estupendo recuperar mi vida.

Ricky pensó que eso también era cierto en su caso.

Una rápida conversación y una elección interesante…

La primera llamada que hizo esa tarde fue a Virgil.

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

—Naturalmente —respondió con un hilo de voz.

—El hombre que debería estar muerto —dijo Ricky como si contestara su propia pregunta.

Virgil no replicó nada.

—Ve al bufete de tu hermano —ordenó Ricky—. Treinta minutos. Llamaré ahí para que podáis oírme los dos. —No esperó respuesta y colgó.

Echó un vistazo a su reloj de pulsera.

Cuando Dwight interpretaba a Jack, lo había llamado un minuto antes. Eso lo había descolocado. Esta vez, él era Jack y esperó la media hora prometida. Después siguió esperando. Cinco minutos. Diez. Quince.

«¿Estáis nerviosos?», pensó.

Cuando el retraso cayó en un número impar, diecisiete minutos, marcó el número del abogado.

—Los dos estamos aquí —dijo Merlin.

Inexpresivo. Apagado. Frío. Ocultando sus emociones.

—¿De luto? —preguntó Ricky.

—Eso no es asunto suyo —respondió Merlin.

—En realidad sí que lo es —dijo Ricky—. Sabéis muy bien lo que podría pasar si alguien os relacionara con vuestro hermano. Así que… nada de funeral. Nada de ceremonia religiosa. Ni siquiera una lápida en su tumba o

una esquela en el periódico. Ninguna oportunidad de ponerse el traje negro o el vestido negro y llevar unos lirios blancos a alguna última morada. Si os relacionaran de algún modo con él, no recibiríais una llamada telefónica como esta. Os llamarían a la puerta para haceros unas preguntas muy difíciles. ¿Creéis que todos los policías de Alabama son idiotas? Sería una conclusión muy errónea a la que llegar, letrado, porque no lo son. Y estoy completamente seguro de que ni tú ni tu hermana disfrutarais ni siquiera un minuto en una cárcel de Alabama. —Se detuvo un momento—. Dime, Virgil: ¿crees que podrías salir airosa de esa clase de reunión con una de tus actuaciones?

No obtuvo respuesta. Aunque Ricky sabía que probablemente la respuesta era «sí». Pero no lo dijo y a duras penas se permitió pensarlo.

—¿Sabéis quién podría relacionaros fácilmente con todas esas cosas?

«Las patillas ensangrentadas de Elvis.

»Un incendio provocado. El asesinato de un abogado.

»La muerte del querido profesor».

Roxy le había dicho que los mataría si les habían robado un minuto juntos. Pensó que habían hecho mucho más que eso.

Dudó antes de añadir:

—Digo «cosas», pero todos sabemos que la palabra exacta es «delitos».

Esperó a que Merlin respondiera.

—Sí. Evidentemente. Usted, doctor.

—Correcto —dijo Ricky, que imprimió a sus palabras toda la frialdad que pudo—. Y esta vez, no estoy solo, ¿verdad?

—No —contestó Virgil. Hasta esta breve palabra estaba cargada de tensión.

—La persona a quien normalmente recurriríais para resolver este pequeño, llamémosle dilema, ¿os parece? Bueno, ya no está aquí, ¿verdad?

Sabía que esta frase era cruel. Pero satisfactoria.

—Deje de hacer preguntas cuyas respuestas ya sabe, doctor —dijo Merlin.

Ricky oyó la dificultosa respiración de Virgil al otro lado del teléfono.

—Lo queríais, ¿verdad? A pesar de saber quién era y lo que hacía, y lo que le impulsaba a hacerlo, lo seguíais queriendo, ¿no?

—Ya sabes que sí —dijo Virgil con voz ahogada.

—Se lo repito, doctor. —La voz de Merlin era igual de tensa—. Por segunda vez, deje de hacer preguntas cuyas respuestas todos sabemos.

«Están en una situación dificilísima —pensó Ricky—. No pueden reclamar a su hermano por más que quieran hacerlo. Es la indignidad final de querer a un asesino: tienen que esperar que conserve su anonimato una vez

muerto. Solo muriendo sin que nada lo relacione con ellos puede mantenerlos a salvo como hacía en vida. Muy apropiado».

—Bueno, supongo que preferiréis que mantenga lo que sé en secreto.

—Por supuesto —dijo Virgil demasiado deprisa.

—¿Merlin?

—Sí. —El abogado escupió la palabra con amargura.

«Equilibrio», pensó Ricky. No era la primera vez que lo pensaba, y seguramente no sería la última. La misma palabra que había usado el hermano muerto.

—Me parece que los dos tenéis que hacer una elección —dijo despacio, pronunciando con mucho cuidado para que todas las palabras estuvieran cargadas de todo lo que había pasado hacía cinco años y en el presente, y de todo lo que podría pasar en el futuro—. Es una decisión consciente que muy pocas personas pueden tomar en la vida, lo que, curiosamente, es una suerte inmensa y una terrible desgracia a la vez. ¿Elegiréis llevar una vida normal, con una familia que te quiere y una exitosa carrera en la abogacía en tu caso, Merlin, o en el tuyo, Virgil, una vida artística, aclamada en el escenario y puede que incluso en el cine, o tal vez los dos decidiréis que todas esas cosas y lo que conllevan no valen nada y preferís ser un par de asesinos?

Tanto Merlin como Virgil permanecieron callados.

—¿Os satisface la muerte? ¿O la vida?

Ninguna respuesta.

—Una decisión fascinante —dijo Ricky—. Muy poca gente tiene la oportunidad de elegir no ser un psicópata.

Esta vez el silencio duró treinta segundos largos.

—Adiós, doctor —dijo por fin Merlin con frialdad—. Espero no volver a verlo nunca.

«¿En un juzgado, en la puerta de su casa o cerca de los colegios de sus hijos, delante del piso de Virgil, en Washington Square, entre el público que asiste a una función teatral? No, no creía que volviera a estar en ninguno de esos sitios».

—«Nunca» es una palabra que rara vez se usa en mi profesión —soltó Ricky.

Colgó el teléfono.

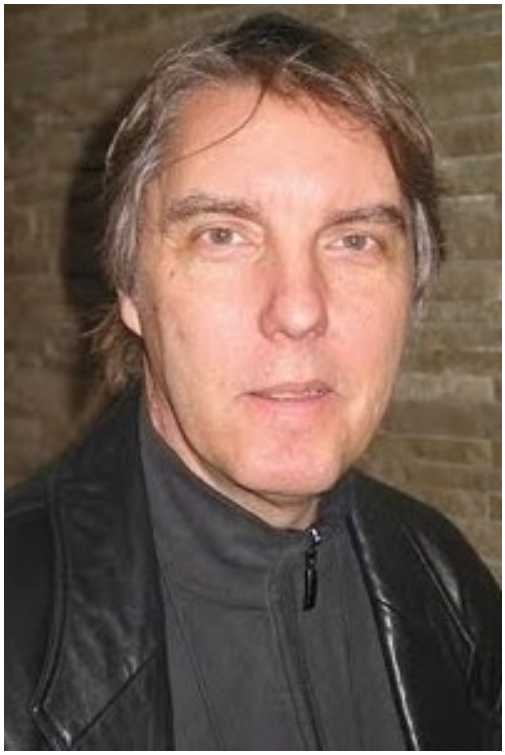
Por un momento se quedó sentado en silencio. Sabía que se había adentrado voluntariamente en un terreno lleno de incertidumbre, con grandes dudas que asaltarían sus pensamientos durante cada uno de sus momentos de vigilia en el futuro. Pensó que lo mismo era totalmente cierto para los dos

miembros restantes de la familia que había querido que muriera. La diferencia era que él se sentía a gusto viviendo en un mundo de preguntas complejas y sospechaba que ellos, no.

«Las dudas son moneda corriente en el psicoanálisis», se dijo.

Por primera vez en mucho tiempo se sentía libre. Se parecía a la sensación que notaba cuando se acababan las turbulencias a diez mil seiscientos metros de altura y el vuelo recuperaba la normalidad.

Y, de todas maneras, se dijo a sí mismo que tenía a otros huérfanos que necesitaban su ayuda de verdad.



John Katzenbach es escritor y periodista. Nació en 1950 y es hijo del conocido político estadounidense Nicholas Katzenbach. Como escritor alcanzó la popularidad con *El psicoanalista (The Analyst)* y La historia del loco (The Madman's Tale).

Sus novelas han sido nominadas a dos premios Edgar: *Al calor del verano (In the Heat of the Summer)* adaptado para la pantalla como *Llamada a un reportero (The mean Season)*, protagonizada por Kurt Russell y Andy Garcia y *La sombra (The Shadow Man)*.

Ha sabido hacerse de un estilo bastante peculiar, y por lo tanto, arraigarse a un público bastante constante. Un estilo misterioso, oscuro, que envuelve casi siempre a uno de los personajes protagonistas en un desesperante viaje a manos de algún (o algunos) tipo de deficiencia mental de notable gravedad. Las novelas de Katzenbach, han sabido tomar lo peor de la psicología humana para hacerlo algo encantador y llamativo de mostrar, puesto que a los amantes de las psiques humanas enfermas siempre les será morboso conocer la mente de personas realmente locas, cómo es que piensan, cómo es que se siente motivados y cómo es que el «mal» se adueña de algunas personas y se extienden en todo el circulo social aledaño.

Sus libros fueron casi todos un gran éxito, como el *bestseller* del *New York Times, El Viajero (The Traveler), Un asunto pendiente (Day of Reckoning),*

Causa Justa (Just Cause), también adaptada por Warner Brothers y protagonizada por Sean Connery y Laurence Fishburne, y *Juegos de ingenio (State of Mind)*.

Ha sido reportero de la corte criminal para *The Miami Herald* y el *Miami News* y se caracteriza por sus trabajos en la revista *Herald Tropic*. Su trabajo ha aparecido en muchos otros periódicos, incluyendo el *New York Times*, el *Washington Post*, y *The Philadelphia Inquirer*. La guerra de Hart (*Hart's War*) es otra de sus obras que fue llevada al cine con éxito, protagonizada nada menos que por Bruce Willis y Colin Farrell.